

Javier Paredes (director),
Maximiliano Barrio,
Domingo Ramos-Lissón
y Luis Suárez

Diccionario de los Papas y Concilios

Prólogo del Cardenal
ANTONIO MARÍA ROUCO VÁRELA

Editorial Ariel, S.A
Barcelona

Diseño cubierta: Nacho Soriano

I.' edición: noviembre 1998

© 1998: Maximiliano Barrio, Javier Paredes,
Domingo Ramos-Lissón, Luis Suárez

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© 1998: Editorial Ariel, S. A.
Córcega, 270 - 08008 Barcelona

ISBN: 84-344-0513-X

Depósito legal: B. 44.759 - 1998

Impreso en España

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

PRÓLOGO

El 3 de junio de 1963 una muchedumbre entristecida que abarrotaba la plaza de San Pedro acompañaba conmovida la agonía de un papa querido, Juan XXIII. Probablemente nunca antes se había producido una conmoción parecida con ocasión de la muerte de un papa, pero el interés del pueblo cristiano por el obispo de Roma, expresada de diversas maneras según los tiempos, ha sido constante y se confunde, a menudo, con la historia compleja y apasionante de la institución eclesiástica.

Desde Pedro hasta Juan Pablo II el pontificado romano ha evolucionado con los tiempos, aumentando sus objetivos y sus presencias, pero desde las primeras generaciones los cristianos miraron con atención e interés a Roma como centro de comunión eclesial, sede donde residía la verdad incontaminada y lugar que determinaba y juzgaba en los casos en litigio. Los *grafitti* presentes en la tumba de San Pedro nos hablan de la antigüedad de esta tradición y, desde entonces, la permanente peregrinación de los creyentes a Roma la han confirmado y enriquecido.

La política, la cultura y las ideas que han dominado Europa durante siglos han estado profundamente relacionadas con la Santa Sede. La estrecha imbricación entre la naturaleza temporal del papado y su misión espiritual ha favorecido la íntima conexión de Roma con la historia de los países, no sólo por la inculturación natural del cristianismo en cada lugar sino, también, por los lazos de toda clase que han relacionado la multiforme historia de Europa con la historia del pontificado.

La presencia protectora de Roma apoyó y favoreció la independencia de las Iglesias, presa siempre apetecida del poder político. Gregorio VII y otros muchos papas con él afirmaron la supremacía de la Iglesia, instancia de salvación, sobre las almas y los individuos, y lucharon denodadamente para liberarla de la tutela interesada de los príncipes y de tantos poderes de este mundo.

La universalidad de Roma respaldó la de la Iglesia, liberándola de movimientos nacionalistas y de tentaciones disgregadoras. Las peregrinaciones a Roma, las visitas episcopales *ad limina apostolorum*, los años santos, han significado lo que en los últimos años significan los viajes de los papas a las diver-

sas Iglesias: la comunión de las Iglesias en una fe y una tradición común, y la participación de todos los creyentes en una historia y en unos puntos de referencia compartidos. El pontífice se encuentra en el punto de intersección de todas las líneas: *Ubi Petras, ibi Ecclesia*.

En la larga serie de papas encontramos toda la riqueza que puede uno encontrar en la naturaleza humana enriquecida por la gracia y por la capacidad de adaptación a todas las contingencias históricas. Obviamente, no todos valen lo mismo ni son igualmente ejemplares o imitables, pero no creo que podamos encontrar en la historia de la humanidad un conjunto de personas tan extraordinario y atractivo. A lo largo de los siglos encontramos personalidades sorprendentes que han enriquecido, completado y orientado la historia del pontificado y de la Iglesia, pero, también, la historia de los pueblos. Desde san León Magno y san Gregorio hasta Inocencio III, Benedicto IV, Pío VII o los papas del presente siglo que fenece, estos testigos del Evangelio han enseñado a la Iglesia y a la humanidad los caminos de la verdad y del amor.

Estas densas páginas que presentamos, descarnadamente objetivas, escritas por historiadores de prestigio, nos ofrecen los datos suficientes para conocer las vidas de los diversos papas, encuadrándolos inteligentemente en su época correspondiente, de forma que, al mismo tiempo que nos familiarizamos con un papa, terminamos conociendo las coordenadas históricas en las que se ha desarrollado la vida y la historia de la Iglesia.

ANTONIO MARÍA ROUCO VÁRELA
Cardenal-arzobispo de Madrid

Madrid, 25 de marzo de 1998

LOS PAPAS DE LA EDAD ANTIGUA Y MEDIEVAL

por Luis SUÁREZ
Catedrático de Historia Medieval.
Miembro de la Real Academia de la Historia

Pedro apóstol, san

Príncipe de los Apóstoles. En la Iglesia católica los papas de Roma son reconocidos como sucesores de aquel a quien, según los Evangelios, el propio Jesús consideró como primero de los apóstoles, siendo ésta y no otra la razón de la primacía romana. Simeón (Simón es únicamente la grafía griega), nacido en Bethsaida, a orillas del mar de Galilea, hijo de cierto Jonás, y hermano de otro apóstol, Andrés, que fue discípulo de Juan el Bautista, vio cómo el propio Jesús cambiaba su nombre por el de Cefas, que ha dado el latino Pedro, con la significación de «piedra». Los Evangelios sinópticos le presentan como verdadero portavoz del grupo de discípulos, y los Hechos como dirigente de la primitiva comunidad cristiana. Un párrafo especialmente significativo de Mt. 16, 13-20, atribuye a Simón Pedro la confesión pública («tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo») que provoca, por parte de Jesús, la misión: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos y cuanto desatares en la tierra será desatado en los cielos.» En estas palabras se encierra y fundamenta el primado de los obispos de Roma, en cuanto sucesores de san Pedro, sobre toda la Iglesia.

Consta la actividad misionera de Pedro en Jerusalén, Cesárea y Antioquía, aunque es de suponer que enseñó también en otras partes; durante estos viajes, aunque la misión se dirigía preferentemente a los judíos, abrió a los gentiles las puertas de las iglesias, contribuyendo decisivamente a que se aligerara a los neófitos de las prescripciones de la ley mosaica. Una firme tradición señala que Pedro pasó los últimos años de su vida en Roma. Probablemente no es muy preciso considerarle obispo, ya que su condición de apóstol le colocaba, al igual que a Pablo, considerado como «la otra columna», por encima de cualquier oficio ministerial. Es más correcto definir a san Lino, segundo papa, como primer obispo. La palabra «papa», derivada del griego *pappas*, «padre», no aparece en Roma, sino tardíamente. La más antigua mención comprobada, en la tumba de Marcelino, data del año 296. En ese momento se aplicaba también a otros obispos orientales. Es sólo a finales del siglo iv que aparece referida exclusivamente al obispo de Roma.

Pedro, en Roma. Los historiadores no discuten la veracidad de la noticia de la estancia de san Pedro en Roma: aparece corroborada por fuentes de las que no es posible dudar. Si aceptamos que la noticia de Tácito (54? - 117?) acerca de la expulsión de los judíos por Claudio el año 49, a causa de las alteraciones que en ellos causaba un cierto Chrestus, demuestra la existencia de una primitiva comunidad cristiana, es necesario admitir que la llegada del príncipe de los apóstoles a la capital del Imperio se produjo estando ya constituida dicha comunidad. La I Epístola de san Pedro, datada en torno al 64, en la que se menciona la colaboración de Marcos, se escribe desde «Babilonia», que es el nombre clave para referirse a Roma. La Carta de san Clemente Romano hace referencia expresa cuando Pedro y Pablo «moraban entre nosotros». San Ignacio de Antioquía (50? - 115?) («yo no os mando como Pedro y Pablo») da por sentada la presencia de ambos apóstoles. Lo mismo señalan expresamente Ireneo de Lyon, hacia el 180, y Tertuliano en el 200. Pocas noticias de la Antigüedad aparecen confirmadas por testimonios tan próximos y fehacientes. Habría que añadir que no existe dato alguno que indique contradicción. Numerosas leyendas se elaboraron más tarde en torno a esta estancia, que no deben ser tenidas en cuenta.

Al final del Cuarto Evangelio («Cuando envejeczas, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras; esto lo dijo [Jesús] indicando con qué muerte había de glorificar a Dios») encontramos un testimonio acerca del suplicio que acabó con la vida de san Pedro. Esa noticia aparece corroborada en la *Ascensio Isaiae*, en torno al año 100, y en el apócrifo *Apocalipsis Petta*: «marcha, pues, a la ciudad de la prostitución y bebe el cáliz que yo te he anunciado». No hay duda, pues, de que Pedro murió en Roma y ningún autor ha podido aportar pruebas en contra. Es imposible fijar la fecha exacta, si bien se abrigan escasas dudas acerca de que su martirio debe incluirse en el de la «gran muchedumbre» que, según Tácito, pereció a consecuencia de la persecución de Nerón, debido a que la nueva religión cristiana no había obtenido el reconocimiento de su licitud como parte de la judía. En la época del papa Ceferino (198-217) el presbítero Gayo confirma la noticia de que Pedro y Pablo murieron respectivamente en la colina Vaticana y en la vía Ostiense, siendo enterrados en lugares inmediatos al de su ejecución. Las excavaciones efectuadas entre 1940 y 1949 en el subsuelo de la basílica de San Pedro revelaron la existencia de un cementerio y en él un sepulcro modesto, anterior a la construcción de la gran iglesia constantiniana, pero rodeado de tales muestras de respeto que bien puede indicar la ubicación de la primera tumba del apóstol.

Lino, san (67? - 79?)

Las más antiguas fuentes, Ireneo de Lyon (140 - 201?), que escribe en torno al 180, Hegesipo, del siglo ni, Eusebio de Cesárea (265-340) y el Catálogo de Librio del siglo iv, coinciden en decir que san Lino fue nombrado obispo de la comunidad de Roma por el propio apóstol. El personaje aparece mencionado en la II Epístola de san Pablo a Timoteo, entre los que acompañaban al

autor en Roma. Es insignificante la noticia que de él tenemos: ignoramos incluso la forma en que estaba constituida la comunidad romana. Una tradición muy posterior le atribuye la disposición que obligaba a las mujeres a usar el velo, signo de distinción de las damas romanas, durante las ceremonias litúrgicas. Originario de Toscana, era, por tanto, súbdito imperial; de modo que la presidencia de una religión «no lícita» le colocaba fuera de la ley. Es tardía y poco fiable la tradición que le permite compartir el martirio con san Pedro.

Anacleto, san (79? - 91?)

Su nombre, Anenkletos, que significa en griego «irreprochable», permite suponer un origen helénico y no latino; esa significación ha dado origen a sospechas, pues coincide explícitamente con la condición que se requiere para los obispos en la Epístola de san Pablo a Tito. A veces se abrevia este nombre como Cleto y así aparece en los textos de la antigua liturgia romana. Algunos autores han llegado a pensar que pueda tratarse de dos personas distintas: Cleto y Anacleto. El nombre Anenkletos era frecuente entre los esclavos. Según Eusebio murió mártir en el año 12 del reinado de Domiciano (81-96).

Clemente, san (91 - 101)

En la lista proporcionada por Eusebio, que Erich Caspar (*Die alteste Römische Bischofsliste*, Berlín, 1926) considera fidedigna por haberse redactado con fines apologéticos, figura san Clemente como el tercero de los obispos de Roma. Tal parece ser lo cierto, aunque Tertuliano (160? - 220?) y san Jerónimo prescindieran de los dos primeros y le presentaran como ordenado por san Pedro. La noticia de Ireneo, que le hace un poco depositario de la doctrina del príncipe de los apóstoles, parece más correcta: en la Epístola a Timoteo se menciona a un Clemente entre los que forman el equipo apostólico. Existen en torno a él dos leyendas que deben considerarse falsas: la que pretende identificarle con el primo de Domiciano, Flavio Clemente, antiguo cónsul, ejecutado por «ateísmo»; y aquella otra que le presenta como de nacimiento judío, condenado a trabajos forzados en Crimea y ejecutado después, atándole al ancla de un buque. Ni siquiera estamos seguros de que pueda ser considerado como mártir. Es bien claro que en ese momento —que coincide con el reinado de Domiciano— el cristianismo se hallaba presente en esferas sociales muy elevadas. Además de Flavio Clemente hay noticias de otro cónsul, Acilio Glabrio, ejecutado por el mismo delito que se atribuía normalmente a los cristianos. El apellido Clemente puede indicar alguna clase de relación con esa importante *gens* romana.

Ignoramos todas las circunstancias de su pontificado, incluso las de su muerte. En aquel tiempo el culto cristiano giraba en torno a la liturgia de la «fracción del pan». El único dato comprobado es que se trata del autor de una «Epístola» dirigida a los corintios, principal obra literaria de las postrimerías del siglo i, que convierte a san Clemente en el primero de los Padres occidentales. Su estilo revela una formación helenística, aunque muestra preferencias muy acusadas por las figuras del Antiguo Testamento.

Rivalidades mal conocidas provocaron disturbios en la Iglesia de Corinto entre los años 93 y 97. Los corintios acudieron a Roma reconociendo de este modo una superioridad jerárquica. Clemente intervino y no a título personal, sino en nombre de la Sede Apostólica y afirmando el sentido jerárquico esencial de la Iglesia: los laicos se encuentran sometidos a los presbíteros, que reciben de Dios su autoridad; ésta, dispensada directamente por Cristo a los apóstoles, se continúa, sin solución, a través de los sucesores en las Iglesias por aquéllos fundadas. Roma es la continuadora de Pedro. Según señala Karl Baus (*De la Iglesia primitiva a los comienzos de la gran Iglesia*, Barcelona, 1966), la Epístola de Clemente aparece como el primer ejemplo de que un obispo interviene en los asuntos interiores, propios de otra sedes, y de que dicha intervención fuera acogida con tanto reconocimiento que su texto fue incorporado como lectura en la liturgia de Corinto.

Gozó Clemente de tanta fama que con posterioridad se le atribuirían algunas obras apócrifas y también la primera colección de leyes canónicas. La actual basílica de San Clemente trata de indicar el lugar que ocupó su casa. En la Epístola hay una referencia a que san Pablo llegó «hasta los términos de Occidente», que parece confirmar el viaje del apóstol a España.

Evaristo, san (100? - 109?)

Euaristós o, simplemente, Aristós, es, para nosotros, un perfecto desconocido. Las fuentes tradicionales, el *Liber Pontificalis*, ni siquiera se ponen de acuerdo sobre la duración de su pontificado, entre ocho y once años. El nombre revela que se trata de un griego, pero la noticia de que hubiera nacido en Belén, así como la de que sufrió el martirio, carecen de toda posible confirmación. Se le atribuye la creación de los siete diáconos y la asignación de parroquias a los presbíteros; no existe la menor garantía para tales noticias.

Alejandro I, san (109? - 116?)

Considerado como mártir, probablemente se le ha confundido con otra persona del mismo nombre, cuyas reliquias fueron encontradas a mediados del siglo xix en el lugar donde se señalaba su enterramiento, en la vía Nomentana. Otra tradición imposible de comprobar le atribuye la introducción de la costumbre de bendecir los hogares con agua y sal; se trata, sin duda, de un anacronismo. Sin embargo, en medio de este silencio, se produce el hecho singularmente importante de la Epístola que san Ignacio de Antioquía dirigió a la Sede Apostólica, «que preside en la capital del territorio de los romanos» y que está «puesta a la cabeza de la caridad». San Ignacio no da el nombre del obispo que gobierna dicha sede, porque su carta no tiene carácter personal, sino institucional: en torno al año 110 un patriarca oriental reconocía que en la unión de caridad que formaban todas las Iglesias cristianas, a la de Roma correspondía ser la cabeza.

Sixto I, san (116? - 125?)

La forma correcta de escribir su nombre es, probablemente, Xystus; la coincidencia con el ordinal sexto, que le corresponde en la sucesión de san Pedro, ha inducido a algunos autores a sospechas. Todas las acciones a él atribuidas aparecen en noticias muy posteriores. Se afirma en el *Liber Pontificalis* que su padre era un griego, llamado Pastor, pero la grafía griega de su nombre debe guardar relación con su origen. Se le rinde culto como mártir, pero es sorprendente que no figure como tal en la lista de san Ireneo, en donde sí aparece el martirio de su inmediato sucesor, Telesforo.

Telesforo, san (125? - 136)

Las fuentes antiguas se muestran precisas al asignarle once años de pontificado. Comenzamos a pisar un terreno más firme en cuanto a las funciones y cronología de los papas. Su nombre corresponde a la calidad de griego que se le atribuye. En su tiempo se detecta la primera diferencia entre las Iglesias latina y griega en relación con el cómputo de la Pascua. Eusebio, que confirma el dato de san Ireneo de que murió mártir, fecha este martirio en el primer año del emperador Antonino Pío, lo que nos obligaría a retrasar dos años la fecha tradicionalmente asignada a su fallecimiento. Sin embargo, el dato de su martirio parece establecido con seguridad.

Higinio, san (136? - 142?)

Las fechas asignadas al comienzo y final de su pontificado pueden considerarse correctas aunque se escriban con interrogantes para demostrar que no hay seguridad absoluta; coincide Eusebio con el *Liber Pontificalis*. Griego ateniense, había ido a Roma en calidad de profesor de filosofía. San Ireneo dice que fue precisamente durante su gobierno cuando aparecieron en Roma los dos primeros maestros gnósticos, Cerdón y Valentín, procedentes de Egipto y de Siria respectivamente; sostenían, entre otras cosas, que Jesucristo, además de las enseñanzas impartidas al pueblo, había comunicado a unos pocos discípulos una doctrina esotérica muy distinta a la de los apóstoles y que sólo podía comunicarse por vía de iniciación. San Higinio se vio, pues, obligado a combatir la peligrosa herejía, y esto puede explicar que se le eligiera en su calidad de filósofo. El gnosticismo se organizó en Roma como una Iglesia nueva y no como una simple disidencia: sus miembros se calificaban de «pneumáticos» por atribuirse una especial condición espiritual.

Pío, san (142 - 155)

Hijo de cierto Rufino, había nacido en Aquileia. En el Códice Muratoriano se afirma que Hermas, autor de la importante obra conocida como *El Pastor*, fue hermano de este papa. El libro, de escasa extensión, permite descubrir que los obispos de Roma habían llegado a concentrar en sus manos un gran poder, que hacían extensivo a otras sedes: aunque los grandes centros teológicos se encontraban fuera de Roma, especialmente en Alejandría y Antioquía, *El Pastor*

formula, entre otras, una importante doctrina sobre la penitencia que no limita a un determinado territorio, sino que la hace válida para toda la Iglesia. Coetáneo de san Pío I es también san Justino, el famoso apologista.

Hacia el año 140 había llegado a Roma Marción: excomulgado por su propio padre, había conseguido reunir una gran fortuna con negocios navieros, la cual permitió que se le acogiese muy bien en la comunidad romana. Pronto, sin embargo, se apartó de ella para fundar una nueva Iglesia gnóstica: sin entrar en disquisiciones teológicas ajenas a este libro, conviene sin embargo explicar que, en esencia, Marción afirmaba la existencia de dos principios divinos contrapuestos, el Demiurgo creador del Antiguo Testamento, duro y justiciero, y el Dios bueno y misericordioso, Dios Padre, que Jesucristo habría revelado y corresponde al Nuevo Testamento. Las consecuencias de este dualismo, al que san Pío I hubo de enfrentarse, eran muy graves: la materia pasaba a ser considerada esencialmente mala, con independencia del uso que de ella se haga; instalado el sexo en la zona del mal, el matrimonio se convierte en un pecado exactamente igual al simple concubinato. En julio del 144, el papa Pío presidió un sínodo de presbíteros excomulgando a Marción, condenando severamente su doctrina. El martirio, que algunos textos muy tardíos atribuyen a Pío I, no ha sido comprobado.

Aniceto, san (155 - 166)

Dos noticias muy concretas: procedía de Emesa (Siria) y, según Eusebio, llegó a reinar once años. Roma era ya, en esos tiempos, el centro que atraía desde todos los rincones de la cristiandad, y no sólo a los grandes maestros de la ortodoxia, sino también a Marción y a Valentín (130? - 160?), los predicadores del gnosticismo que daban la sensación de que el triunfo de su causa dependía de lo que sucediera en la gran capital del Imperio. Era inevitable que se produjera cierta confusión, pues eran muchos quienes establecían una relación de dependencia con el hecho mismo de la capitalidad. Poco después de su elección, Aniceto recibió la visita de san Policarpo de Esmirna, octogenario, que solicitaba del papa una decisión respecto a la fecha en que cada año debía conmemorarse la Pascua, esto es, la fecha correspondiente al 14 del mes lunar de Nisan. Roma no paraba mientes en la fiesta anual: cada domingo conmemoraba la Resurrección del Señor. Por lo tanto, san Aniceto no opuso ningún obstáculo a lo que le solicitaban. Policarpo celebró la misa en presencia del papa manifestando así la perfecta comunión entre ambos.

Policarpo sumó sus esfuerzos a los de otros grandes colaboradores de la Sede Apostólica empeñados en la lucha contra el gnosticismo. Entre ellos hay que destacar a Hegesipo, autor de importantes obras, al ya mencionado Justino y, sobre todo, a Ireneo, discípulo de san Policarpo. Probablemente fue también Aniceto quien erigió la lauda sepulcral de San Pedro en el Vaticano, que se menciona ya como lugar de peregrinación a principios del siglo iii y cuya existencia han confirmado las modernas excavaciones. No existe, en cambio, comprobación de la noticia de que san Aniceto hubiera adoptado las primeras

disposiciones acerca del traje clerical, prohibiendo a los presbíteros el uso de melena larga. La tradición no le cuenta tampoco entre los mártires.

Sotero, san (166 - 174)

Originario de Campania, se han suscitado algunas dudas en torno a las fechas de su pontificado. En una fecha indeterminada escribió al obispo Dionisio de Corinto, acompañando su carta de regalos y recomendaciones; se han conservado únicamente fragmentos de la respuesta, sumamente afable, los cuales permiten establecer que se mantenía una relación de primacía entre Roma y Corinto y que, en tiempos de persecución, eran más frecuentes las condenas a trabajos forzados en las minas que las penas de muerte. Por otra parte, la respuesta de Dionisio de Corinto induce a los historiadores a pensar que la carta perdida de san Sotero contenía reprensiones y advertencias contra cierta laxitud de costumbres. Bajo Sotero se establece la conmemoración anual de la Resurrección, pero fijándola no en el día 14 de Nisan con independencia de su colocación dentro de la semana, sino en el domingo inmediatamente posterior a dicha fecha; una diferencia, en relación con las Iglesias orientales, que daría lugar posteriormente a ciertas discusiones.

Noticias más tardías y no comprobadas atribuyen a san Sotero una carta contra el montanismo. Era éste un movimiento nacido en Frigia, que se denominaba a sí mismo «nueva profecía»; el término montanismo se debe a que fue Montano su principal difusor (el cual pretendía que, por directa inspiración del Espíritu Santo, le era conocida, para fecha inmediata, la segunda venida de Jesucristo). Los montanistas exigían un rigor extremo en la vida, con fuertes ayunos, abstinencia de matrimonio y abandono de los negocios de este mundo. La visión extremada del montanismo perjudicó grandemente a la Iglesia ante las autoridades del Imperio romano, que distinguían mal entre la secta y los cristianos.

Eleuterio, san (174 - 189)

Ultimo de los papas mencionados en la lista de san Ireneo que estuvo estrechamente vinculado a su persona. Griego procedente de Nicomedia (parece que la grafía correcta es Eleutherus), actuó como diácono durante el pontificado de san Aniceto. Coincidiendo el de san Eleuterio con los gobiernos de Marco Aurelio (161-180) y Commodo (180-192), durante los cuales disminuyeron las persecuciones, pudo discurrir pacífico en cuanto a sus relaciones con el exterior. Lucio Septimio Megas, Abgar IX, rey de Edessa, situada en el norte de Mesopotamia, envió mensajeros a san Eleuterio solicitando ser bautizado e instruido en la fe, algo que conocemos por datos posteriores fidedignos. Las preocupaciones principales del pontificado llegaban ahora del interior: valentinianos, marcionitas y montañistas creaban fuertes movimientos de disensión que amenazaban la unidad y la estabilidad de la propia Iglesia. Hacia el año 177 san Ireneo regresó desde Lyon a Roma para plantear, en pleno reconocimiento de su primado, las dos cuestiones que aquejaban a su Iglesia: una fuerte per-

sedición local y la presencia de los montanistas. Parece que, al principio, el papa no quería dar demasiada importancia a estos últimos, que se presentaban tan sólo como excesivos rigoristas, pero al final tuvo que condenar su doctrina como contraria a una de las aserciones fundamentales del cristianismo: no son las cosas materiales en sí buenas o malas, sino el uso que de ellas se haga.

Víctor I, san (189 - 198)

Nacido en África, es el primer papa de quien consta la calidad de latino; en adelante se registrará un predominio de éstos sobre los griegos. Las manifestaciones de superioridad de Roma sobre las demás Iglesias hasta entonces detectadas se limitaban a la primacía de honor y de consejo. San Víctor la invoca en un sentido disciplinar, aplicándola a la cuestión de la Pascua. Sotero había aceptado establecer una solemne conmemoración anual de la Pascua del Señor, pero insistiendo en señalar el domingo como día de la Resurrección (*dies Domini*). Algunas Iglesias orientales seguían con la costumbre de celebrarla el 14 Nisan con independencia de cuál fuera el día de la semana. Sínodos celebrados en Roma y otros lugares fueron aceptando el nuevo cómputo «romano», coherente con el Símbolo de Fe de que «al tercer día resucitó». Las Iglesias de Asia Menor se negaron a cambiar la costumbre y Víctor I declaró que quedaban excluidas de la comunión con la Iglesia universal. No faltaron observaciones en contra, entre ellas de san Ireneo, que era el más firme defensor del primado romano, pero el papa no cedió. Quedaba sentado el principio de que en materia de fe y costumbres a Roma correspondía la decisión.

Idéntica energía mostró frente al «adopcionismo», que en torno al 190 un curtidor muy culto, Teodoto de Bizancio, había comenzado a enseñar. Consistía esta doctrina en afirmar que, hasta el bautismo, Jesús había sido simplemente un hombre como los demás. El Espíritu Santo había descendido sobre él adoptándole como Hijo de Dios y retirándose luego en el momento de la Pasión. Víctor pronunció la excomunión contra Teodoto y sus seguidores y la hizo extensiva a toda la Iglesia.

San Jerónimo (350? - 420) atribuye también a este papa la redacción de obras latinas de bastante calidad. La maduración del cristianismo se revelaba en la elevación del tono social de sus fieles: una concubina de Commodo, Marcia, fue cristiana y ayudó al papa cuando éste gestionó la libertad de mártires condenados a las minas de sal en Cerdeña; entre ellos había el futuro papa Calixto.

Ceferino, san (198 - 217)

Versión negativa. Hijo de Abundio, Zephyrinus aparece, en medio de las tormentas doctrinales, como un hombre sencillo que se aferra a las verdades esenciales de la fe con absoluta claridad: no hay sino un solo Dios y de su divinidad participa Jesucristo, que nació, murió y resucitó. Hipólito (160? - 235), que sería después el primer antipapa conocido, le califica de débil, irresoluto, de escaso talento y poco dotado para los negocios de la Iglesia, por lo que se

dejó seducir por Calixto, a quien presenta como un «ambicioso, ávido de poder, hombre corrompido». Pero este testimonio de Hipólito en su obra *Philosophoumena*, hallada en 1842, es considerado por los historiadores como un producto inválido del apasionamiento. Calixto, esclavo de Carcóforo e hijo también de esclavo, poseía un buen talento para los negocios: administraba los de su amo cuando éstos sufrieron una quiebra, y fue condenado a las minas de sal de Cerdeña, donde permaneció tres años; fue, como sabemos, uno de los liberados por las gestiones de Marcia. Víctor I le había encargado cierta tarea en Actium, que cumplió satisfactoriamente. Por eso Ceferino le rehabilitó, encomendándole la dirección del bajo clero y la administración del gran cementerio que era entonces la primera propiedad importante de la sede romana. Se trata de las catacumbas que hoy se conocen precisamente como de San Calixto, cerca de la Vía Apia.

Hipólito. La llegada de Septimio Severo (193-211) al poder había puesto fin al tiempo de tregua. Pero más que las persecuciones, de diverso matiz según las regiones del Imperio, sufría la Iglesia por el debate interno, que no siempre se presentaba con suficiente claridad. Esto explica que Hipólito, que se consideraba a sí mismo como un gran teólogo, el único capaz de confundir a los herejes, alcanzara tanta importancia: su ambición era ser papa, pues únicamente la autoridad suprema sobre la Iglesia podía garantizar el triunfo de su doctrina. Ordenado presbítero, se integró en el elemento directivo de la comunidad romana, sin renunciar por ello a criticar ásperamente al obispo y a sus colaboradores. El gnosticismo, todavía vigoroso, se había separado creando una Iglesia propia: pero montanistas y adopcionistas aspiraban a permanecer dentro de la Iglesia romana universal haciendo que se aceptaran sus doctrinas. Aunque Tertuliano (160? - 220?) insiste en que Víctor I estaba dispuesto a aceptar el montanismo, del que le separaban influencias extrañas —Tertuliano era entonces un montanista—, lo único que parece claro es que el papa condenó tanto a unos como a otros. Ahora bien, Roma practicaba desde antiguo la norma de que el hereje arrepentido, tras suficiente penitencia, podía y debía ser restituido a la Iglesia. Fue precisamente esta doctrina la que tanto Tertuliano como san Hipólito reprocharon a san Ceferino, como si se tratara de una peligrosa novedad. La excomunión contra Teodoto y su discípulo Asclepiodotus fue renovada, pero el obispo Natalias, arrepentido, volvió a la comunión.

Según Tertuliano, la persona que había inducido a san Ceferino a la condena del montanismo era cierto maestro llamado Praxeas, que apareció en Roma hacia el 213. Junto con Noetus y Sabelio, Praxeas enseñaba una doctrina que hacía caso omiso de la distinción de personas en la Trinidad. Esta doctrina, que conducía a entender que el Padre también compartía la Pasión («patri-pasionismo» o «modalismo») con el Hijo, era herética. Hipólito acusó a Ceferino de no haber defendido frente a ella la ortodoxia, pero las dos afirmaciones que le atribuye («yo sólo conozco a un solo Dios, Cristo Jesús, y ninguno fuera de él, que nació y padeció» y «no fue el Padre quien padeció sino el Hijo») demuestran claramente que no hubo ninguna concesión al modalismo aunque

faltasen las explicaciones amplias y matizadas que la teología reclamaba. Orígenes, que enseñaba en Roma por esos años, demostró hacia la «más antigua Iglesia» una veneración que muestra cómo Roma era reconocida fuente de unidad.

Calixto I, san (217 - 222)

Las noticias más detalladas de la vida de este papa, Callistus, proceden de Hipólito; es natural que se formulen dudas acerca de su exactitud. Parece seguro, sin embargo, que llegó a convertirse, como diácono, en el hombre de confianza de Ceferino, el más influyente. No sorprende que en el momento de la muerte de éste fuera aclamado como su sucesor. Hipólito se negó a confirmar el nombramiento y se hizo elegir papa, a su vez, por un grupo de correigionarios. De este modo se produjo un cisma con resonancias doctrinales: los partidarios de Calixto reprochaban a aquél su rigorismo excesivo. El cisma había de prolongarse durante los dos pontificados inmediatos siguientes.

Calixto sería expresamente acusado por Hipólito de concesiones en la doctrina; no pueden confundirse con el modalismo, ya que éste fue expresamente condenado por el papa, que exigió la expresa afirmación de que Padre, Hijo y Espíritu Santo representan distinciones reales en la divinidad, siendo ésta una y trina. De hecho, sucedía que el papa estaba tratando de evitar los excesos en que incurrían los del extremo contrario al reconocer distinta naturaleza en el Padre y el Hijo. También reprochaba Hipólito a Calixto que hubiera otorgado perdón a un obispo culpable de graves pecados y arrepentido, o que admitiera el segundo y hasta el tercer matrimonio en caso de fallecimiento de uno de los cónyuges. Pero en ambos casos es forzoso reconocer que Calixto estaba en línea con la que había sido siempre la actitud de la Iglesia, e Hipólito no. Pues la Iglesia se define como hogar común de santos y pecadores, siendo la penitencia el vehículo de conversión. Calixto estableció los tres ayunos correspondientes a los sábados anteriores a las grandes fiestas agrícolas: comienzo de la recolección de cereales, vendimia y recogida de la aceituna.

La ley romana prohibía el matrimonio de pleno derecho (*confarreatio*) entre un ciudadano y una mujer o varón de clase inferior. Calixto recordó que, siendo sacramento, el matrimonio surtía efecto en orden a la santificación con independencia de la condición social de los contrayentes, incluso en el caso extremo de un esclavo y un miembro del orden senatorial. Ésa fue una de las decisiones más fuertemente criticadas por Hipólito. En ambos casos —el perdón para cualquier clase de pecado con arrepentimiento, separación entre el sacramento del matrimonio y las circunstancias jurídicas—, el pontificado de Calixto I se señala como un progreso social considerable.

El caso de san Hipólito, primer antipapa, es psicológicamente importante. Nacido antes del año 170, parece que llegó a Roma desde Oriente, siendo ordenado presbítero por el papa Víctor I. Inmediatamente planteó la cuestión: ¿debe un gran maestro, superior en conocimientos, griego de Alejandría, discípulo sobresaliente de san Ireneo, rendir su mente ante personas intelectual-

mente mediocres como Ceferino, Calixto, Urbano o Ponciano? ¿No están llamados los teólogos a ser los grandes directores de la Iglesia? Lo poco que de sus muchas obras se ha conservado revela que era un hombre polifacético, de amplio saber, aunque no tan profundo como su coetáneo Orígenes (184-253). La doctrina que reconocía legitimidad plena al antiguo concubinato romano, y la de otorgar perdón a todos los pecadores fructuosamente penitentes, le parecía un monstruoso error. Explicó con claridad la doctrina del *logos* y cómo el Verbo es hipóstasis o persona distinta del Padre, acusando a Ceferino y a Calixto de no defenderla; sus rivales denunciaban, en cambio, el peligro de poner demasiado énfasis en la tesis que podía llevar a un «diteísmo», es decir, a la defensa de dos naturalezas. Probablemente ambos contendientes exageraban.

El año 217, cuando Calixto fue reconocido papa, Hipólito y sus seguidores se mantuvieron en minoría apartada y en discordia. Su rigorismo les empujó a excluir definitivamente de la Iglesia a todos los pecadores, y a sostener que la validez de los sacramentos dependía del grado de pureza de los ministros encargados de impartirlos.

Urbano I, san (222 - 230)

El *Liber Pontificalis* le presenta como un romano, hijo de Ponciano; añade después algunos detalles que constituyen una evidente extrapolación. Su pontificado se desarrolló bajo el imperio de Alejandro Severo (222-235), coincidiendo por tanto con uno de los períodos de paz para la Iglesia. Hipólito se negó a reconocerle, pero carecemos de noticias acerca de las relaciones entre ambos. La noticia de que murió mártir no es correcta, pues probablemente murió de causas naturales, siendo enterrado en las catacumbas de San Calixto, donde se ha descubierto una inscripción griega con su nombre.

Ponciano, san (21 julio 230 - 28 septiembre 235)

Romano, hijo de cierto Calpurnio. Prácticamente lo ignoramos todo sobre su pontificado, pero tuvo que presidir el sínodo en que se confirmó la sentencia dictada contra Orígenes por Demetrio de Alejandría y su Iglesia. Orígenes fue expulsado del colegio de presbíteros y excomulgado. También sabemos que Hipólito continuó su cisma. En marzo del 235 fue elevado al trono Maximino Tracio (235-238), el cual desató una nueva persecución contra los cristianos. Una antigua tradición pretende que Ponciano e Hipólito fueron simultáneamente detenidos y enviados a Cerdeña para trabajar en las minas de sal hasta su muerte; aquí comprendieron el daño que con sus divisiones estaban haciendo a la Iglesia y se reconciliaron, renunciando Ponciano a su dignidad a fin de facilitar la pervivencia de la comunidad (28 de septiembre del 235). El consejo que ambos mártires dieron a sus seguidores fue el de «manteneos fieles a la fe católica y restaurad la unidad». Según esta misma fuente, Hipólito y Ponciano no tardaron en fallecer, el segundo —según anota el *Liber Pontificalis*—, «*afflictus et maceratus fustibus*». El año 236 o 237 sus cuerpos fueron rescata-

dos por el papa Fabián y enterrados en San Calixto. En efecto, en 1909 se descubrió en esta catacumba un fragmento con el nombre y título de san Ponciano, en griego.

Los investigadores formulan serias objeciones a esta tradición, ya que entienden que el Hipólito que acompañó a san Ponciano en su martirio pudo ser otro clérigo del mismo nombre. En 1551 fue descubierta en la vía Tiburtina una estatua de mármol que representa la figura de un filósofo con la lista de sus escritos, considerada como retrato de Hipólito. Es la que, por disposición de Juan XXIII, se encuentra en uno de los vestíbulos de la Biblioteca Vaticana desde 1959. La lista de obras suscita, sin embargo, fuertes dudas.

Antero, san (21 noviembre 235 - 3 enero 236)

Su nombre indica origen griego. Fue elegido para cubrir la vacante dejada por la abdicación de Ponciano. El *Liber Pontificalis* le atribuye únicamente haber comenzado la recopilación de las Actas de los mártires, pero puede tratarse de una noticia errónea. Aunque algunas veces se le haya señalado como mártir en el catálogo de Liberio, figura entre los que fallecieron de muerte natural. Sus restos mortales inauguraron la cripta preparada para los papas en la catacumba de San Calixto; se han encontrado abundantes fragmentos de inscripciones que corroboran esta noticia. Seis semanas indican un pontificado demasiado breve.

Fabián, san (10 enero 236 - 20 enero 250)

La leyenda. Se trataba de un laico que hubo de ser ordenado antes de comenzar su gobierno. Una leyenda, recogida por Eusebio, pretende que cuando la asamblea deliberaba acerca de la sucesión de san Antero, una paloma se posó sobre la cabeza de Fabián, que fue inmediatamente aclamado: le había designado el Espíritu Santo. Esta leyenda indica un estado de conciencia que ve en el papa una directa designación por Dios. Fue el suyo un tiempo excepcional de paz y prosperidad para la Iglesia, pues Gordiano III y Felipe el Árabe (244-249) se mostraron incluso favorables a la comunidad cristiana. Pero el espectáculo que ésta ofrecía era de ruina: los efectos del cisma se sumaban a las desoladoras consecuencias de las herejías. Todo tenía que ser reconstruido. Esenciales resultaban para la conciencia de la cristiandad esas memorias conocidas como «actas de los mártires», porque la sangre vertida era el mejor signo de identidad. Por esta misma causa se concedía mucha importancia a la conservación y ampliación de los cementerios, primeras propiedades que fueron reconocidas a la Iglesia. La noticia de que lograra rescatar los restos de Ponciano e Hipólito parece demostrar que existía ya una penetración cristiana en la casa imperial, pues era imprescindible la autorización del emperador para la entrega de los difuntos en el exilio.

Todos nuestros datos, aunque escasos, coinciden en destacar la importancia que la sede romana había llegado a alcanzar. Una comunidad tan numerosa como la que en la antigua capital se congregaba, exigió su división en siete dis-

tritos, al frente de cada uno de los cuales aparecía un diácono, un subdiácono y seis asistentes. Cuando los obispos Donato de Cartago y Privatus de Lambaesis fueron condenados por un sínodo africano, la sentencia no se consideró firme hasta ser refrendada por su homólogo romano. También Orígenes apeló al papa tras ser condenado en Alejandría, reconociendo de este modo la superioridad.

Novaciano. Un gran nombre aparece en este tiempo que recuerda en muchos aspectos la figura de Hipólito: se trata de Novaciano. Tenía alrededor de cincuenta años cuando, llegado de Oriente con toda probabilidad, apareció en Roma; el origen frigio que se le atribuye carece de fundamento. Bautizado *in extremis* durante una grave enfermedad, esta circunstancia le incapacitaba para el presbiterado, pero san Fabián apreció en él tan excepcionales cualidades que le dispensó del impedimento, ordenándole. Desde entonces se convirtió en el principal de los presbíteros romanos: se encargaba de responder a las cuestiones doctrinales y disciplinarias que llegaban de muy diversos puntos.

El año 250 Decio emprendió la primera de las persecuciones sistemáticas: no buscaba tan sólo castigar a los cristianos, sino destruir la Iglesia entera. San Fabián fue de los primeros detenidos y muertos. Durante dieciséis meses la sede permaneció vacante, porque las excepcionales circunstancias impedían la elección. Novaciano, que ejercía un papel directivo, abrigó la esperanza de ser reconocido como sucesor.

Cornelio, san (marzo 251 - junio 253)

Verdad y leyenda. Muchos de los que reunían condiciones para ser elegidos estaban en la cárcel. Pero en la primavera del 251 la persecución se detuvo. Novaciano, contra sus esperanzas, no fue papa; el clero y el pueblo prefirieron a Cornelio, que puede tener alguna relación con la familia patricia de este nombre. La razón de la preferencia parece simple: el rigor sistemático de la persecución de Decio había multiplicado el número de quienes ocultaban su condición de cristianos o, incluso, ofrecían sacrificios a los dioses. Ahora querían volver a la Iglesia. Cornelio, a quien san Cipriano describe como amable y sin ambición, se inclinaba al perdón y a la reconciliación. Novaciano rechazó la elección y encontró a tres obispos dispuestos a consagrarle papa; la Iglesia se encontró nuevamente en cisma. Se ahondaron las diferencias en torno a esta cuestión: si los pecadores arrepentidos deben ser perdonados. Cornelio juzgó imprescindible que su doctrina fuera admitida en toda la Iglesia, porque se encuentra en la raíz del cristianismo. Por otra parte, Novaciano había escrito un tratado *Sobre la Trinidad* que podía ser acusado de tendencias subordinacionistas, ya que afirmaba que la divinidad de Cristo estaba subordinada al Padre como la del Espíritu Santo se encuentra subordinada al Hijo.

En el otoño del año 251 un sínodo, al que asistieron más de sesenta obispos, se reunió en Roma. Contaba con un precedente: san Cipriano, obispo de Cartago, al contemplar el problema de los llamados *lapsi* (los que cedieron ante la persecución para salvar su vida), concluyó que una verdadera y fructuosa pe-

nitencia conduce al perdón de los pecados y que el rigor extremo de Novaciano no estaba de acuerdo con la tradición cristiana. Dionisio de Alejandría se sumó también a las conclusiones del sínodo de Roma que había excomulgado a Novaciano. Faltaba la cuarta de las grandes sedes, Antioquía, y Cornelio escribió al patriarca Fabián comunicándole los acuerdos: los fragmentos que Eusebio ha conservado de esta correspondencia son reveladores. Cornelio explica en ella cómo la sede romana había alcanzado grandes dimensiones: aparte de los numerosos presbíteros que, por delegación suya, administraban los sacramentos, había siete diáconos, otros tantos subdiáconos, 42 acólitos y 52 ministros más entre lectores y ostiarios. Los lectores tenían gran importancia; se exigían especiales condiciones de instrucción y cultura.

Papel de san Cipriano. El reconocimiento que san Cipriano de Cartago hizo de la primacía de Roma, es un dato de importancia; no se limitaba al honor, sino que se hacía extensiva a la jurisdicción. Así, al denunciar la extensión del novacianismo a Arles, entiende que es el papa quien debe corregirlo destituyendo al obispo de aquella sede. La tesis que san Cipriano parece sostener es que «de la silla de Pedro», que es «la iglesia principal», «procedió la unidad de los obispos». En esta unidad, que se forma sobre el vínculo de la caridad, reconoce sin la menor duda que Roma es «el lugar de Pedro». En su tratado sobre la unidad de la Iglesia, el obispo de Cartago trae a colación el pasaje de Mt. 16, 18, en el que Jesús llama a Simón la Roca y concluye que «la unidad se deriva de uno solo». Todos los apóstoles, de quienes los obispos proceden, son iguales en su ministerio, pero únicamente a Pedro se confió la misión de salvaguardar la unidad. Este razonamiento lógico le llevaba a la conclusión radical: «el que abandona la cátedra de Pedro ¿cree estar aún dentro de la Iglesia?»; es compatible con la conciencia que Cipriano tuvo de atribuir dimensiones muy amplias a los poderes de cada obispo en su Iglesia local.

Aunque sólo se hayan conservado fragmentos de la carta a Fabián de Antioquía y de dos epístolas a Cipriano, es aceptable la noticia de que Cornelio escribió otras varias, de contenido doctrinal. Cuando el emperador Galo (325-354) renovó la persecución en junio del 352, acusando a los cristianos de propagar la peste, Cornelio fue desterrado a Centumcellae (Civitavecchia), donde murió, al parecer un año más tarde. Su cuerpo fue llevado a Roma para ser depositado en la cripta Lucina de las catacumbas de San Calixto; por vez primera, su lauda sepulcral se redacta en latín y no en griego. No hay base histórica para otras leyendas, como la de su martirio.

Siglos más tarde se extendió por Inglaterra una leyenda que, en razón de su nombre, le convertía en patrón del ganado, representándole con dos cuernos. Y en Bélgica se le asignó la curación de los epilépticos a los que, en la Edad Media, se hacía respirar el nauseabundo olor de cuerno quemado.

Según el historiador Sócrates, Novaciano murió mártir o confesor el año 258 durante la persecución de Valeriano (253 - 259/60). Una tumba hallada en 1932 en la vía Tiburtina parece confirmar este dato; pero no hay seguridad absoluta de que se trate del famoso antipapa y no de otro mártir de igual nombre. San

Jerónimo menciona nueve obras suyas, aunque advierte que escribió algunas más. Ellas permiten una aproximación a su doctrina, caracterizada por el rigorismo: rechazaba las prescripciones alimenticias judías, prohibía a los fieles la asistencia al teatro, circo y toda clase de espectáculos, era muy riguroso en la fidelidad absoluta dentro del matrimonio, único, y del que excluía a viudos o viudas, y exaltaba la defensa de la virginidad.

Lucio, san (25 junio 253 - 5 marzo 254)

Romano, por el lugar de su nacimiento, fue elegido en el momento en que la persecución desatada por Treboniano Gallo (251-253) se desarrollaba con más fuerza. Inmediatamente fue desterrado. Como el emperador murió asesinado a los pocos meses, pudo regresar a Roma: san Cipriano le escribió entonces una carta de congratulación. Falleció al poco tiempo de muerte natural. No conocemos de su pontificado otra noticia salvo que compartía en relación con los *lapsi* la misma actitud que san Cipriano: por esta causa Novaciano persistió en su oposición. Se ha identificado parte de su epitafio en la catacumba de San Calixto, escrito en griego.

Esteban I, san (12 mayo 254 - 2 agosto 257)

Nacido en Roma, parece que tenía alguna clase de relación familiar con la *gens lidia*, de la que salieron los primeros emperadores. Es posible que esto explique la singular energía en su conducta, que no excluyó algunos enfrentamientos serios con la otra gran figura de san Cipriano de Cartago. Dos obispos españoles, Basíledes de Astorga y Marcial de Mérida, se habían procurado durante la persecución el libelo que les acreditaba como sacrificadores ante los dioses. Fueron depuestos por sus colegas. Uno de ellos viajó a Roma para explicar su caso, acogiéndose a la doctrina de la penitencia, y fueron rehabilitados. Las Iglesias de España escribieron a Cipriano, el cual demostró a Esteban cómo había sido sorprendido en su buena fe, pues la penitencia es válida para reintegrarse a la Iglesia, pero no para conservar los obispados. Paralelamente se planteaba la cuestión del obispo Marción de Arles que, inclinado al novacianismo, negaba la reconciliación a los arrepentidos incluso en el momento de la muerte. Sus sufragáneos de las Galias, decepcionados por la lentitud de Esteban, acudieron a san Cipriano. Los dos casos dieron oportunidad a una correspondencia en la que se advierte que, desde Cartago, se reconocía la plenitud de dominio de Roma, al menos sobre las Iglesias de las Galias y España. Lo que desconocemos es el grado de autonomía que cartagineses y orientales reservaban para cada obispo en su sede; indudablemente se trataba de un espacio muy amplio.

Surgió una cuestión todavía más delicada: la validez de un bautismo impartido por herejes. El año 255 san Cipriano la trató en un sínodo del que remitió después las actas al pontífice: indirectamente se reprochaba a Roma que dijese que no era necesario rebautizar a los fieles que lo recibieran de un hereje, bastando la imposición de manos para una reconciliación. Cipriano decía: no basta

la imposición de manos o la confirmación, pues éste es un sacramento de vivos, y estando los herejes espiritualmente muertos se necesitaba del segundo bautismo para su revivificación. Ignoramos cuál fue la respuesta concreta del papa, aunque no hay duda de que sostuvo su opinión con gran energía, afirmando «*nihil innovetur nisi quod traditum est*». Esteban llegó a acusar a Cipriano de innovador; éste calificaba al papa de soberbio e impertinente.

Por una carta que Firmiliano de Cesárea escribió a san Cipriano, sabemos que el papa se dirigió a las Iglesias orientales reclamando unidad en esta cuestión. Así pues, el metropolitano de Cartago convocó un segundo sínodo en el otoño del 256 al que asistieron bastantes obispos del norte de África. Se había llegado a un punto que presagiaba la ruptura, pues los asistentes al sínodo afirmaron que ciertas cuestiones como la del bautismo de herejes eran competencia de cada Iglesia local en particular y no de Roma en nombre de todas. Esta vez Esteban se negó a recibir a la delegación que le llevaba las actas del sínodo e incluso se las ingenió para que les fuera negado el alojamiento. El fallecimiento del papa (257) y el de san Cipriano, mártir glorioso (258), evitaron que la querrela prosperase.

Sixto II, san (31 agosto 257 - 6 agosto 258)

Griego de origen, su pontificado, aunque breve, resulta importante. El biógrafo de san Cipriano le describe como «bueno y pacífico sacerdote». No modificó la doctrina sostenida por su antecesor, y en un breve fragmento conservado de su carta a Dionisio de Alejandría, se contiene la defensa de la validez del bautismo de herejes, siempre y cuando hubiera sido administrado en nombre de la Santísima Trinidad. Las relaciones con san Cipriano volvieron a ser amistosas, sin duda porque fue aceptada la postura de éste: que pudiera ser competencia de cada obispo, en su propia Iglesia, la solución de los casos que se presentaran. En lo que las dos partes estaban absolutamente conformes era en que la legitimidad de cada sede venía de su fundador, que era siempre, directamente o por jerarquía de discípulos, un apóstol: las enseñanzas recibidas desde aquél constituían un deber de obediencia.

El emperador Valeriano, que comenzara mostrándose tolerante con los cristianos, modificó esta actitud a partir del año 257: se dictaron disposiciones que hacían obligatoria la participación en las ceremonias religiosas paganas y prohibían las reuniones en los cementerios. Esta última disposición exigió una nueva ley, pues quebrantaba la salvaguardia que siempre el derecho romano había otorgado a los cementerios. En pocos meses la persecución se endureció: obispos, presbíteros y diáconos fueron condenados a muerte mientras los laicos eran enviados a terribles trabajos forzados. El 6 de agosto del 258 los soldados entraron en la catacumba de Pretextato y encontraron a Sixto sentado en su cátedra, oficiando rodeado por sus diáconos. El papa y cuatro de éstos fueron decapitados en el mismo lugar; los otros tres sufrirían la misma suerte en los días siguientes. De este modo las autoridades imperiales creyeron haber arrancado de cuajo la Iglesia de Roma. De hecho, por la violencia de la persecución sería

imposible dar a Sixto un sucesor durante dos años, hasta que llegaron las noticias de la prisión y muerte de Valeriano.

Dionisio, san (22 julio 260 - 26 diciembre 268)

Cuando la persecución de Valeriano cesó, y Galerio (293-311) otorgó a los cristianos incluso la devolución de sus propiedades y cementerios, el clero y el pueblo eligieron a este griego de origen, Dionisio, que había servido fielmente a Esteban y a Sixto, habiendo influido al parecer en el apaciguamiento que caracteriza el segundo pontificado de ambos. Llegaba a la Sede Apostólica en un momento especialmente difícil, de desorganización a causa de la reciente persecución. El *Liber Pontificalis* le atribuye la primera gran reorganización de la diócesis, colocando a presbíteros en lugar de diáconos al frente de los distritos parroquiales y creando obispados suburbicarios bajo su autoridad. San Basilio el Grande, que vivió un siglo más tarde, transmite el recuerdo de la riqueza que había logrado ya reunir la Iglesia romana: ésta permitía acudir en auxilio de otras, como la de Capadocia, que padecían necesidad, y organizar operaciones de rescate de cristianos cautivos.

Llegaba a su fin la cuestión suscitada por el bautismo de herejes, aunque será preciso esperar a san Agustín (354-430) para alcanzar una explicación teológica aceptada por todos. Parece seguro que con ayuda de su homónimo de Alejandría, Dionisio logró una convivencia. Pero, justo entonces, surgió una nueva cuestión: algunos clérigos alejandrinos acusaron a su obispo de enseñar una separación tan radical entre el Padre y el Hijo que casi reducía a éste al nivel de las criaturas, negándose a proclamar la unidad esencial de ambos. La cuestión doctrinal era de tanta importancia que el papa decidió plantearla en un sínodo a celebrar en Roma. Allí se hizo, con la condena del sabelianismo y del subordinacionismo, una exposición doctrinal acerca de la Trinidad: tres personas en una sola esencia. Inmediatamente el papa remitió a Dionisio de Alejandría el acta, acompañada de una carta escrita con admirable sentido de la caridad: exponía cuál era la doctrina sostenida por la sede de Pedro e invitaba a Dionisio a explicar su propio pensamiento. Parece que la respuesta del patriarca de Alejandría fue plenamente satisfactoria porque la querrela cesó.

Otro sínodo reunido en Antioquía depuso a Pablo de Samosata por considerar que sus enseñanzas eran adopcionistas. El patriarca Máximo comunicó esta decisión buscando del primado romano una confirmación del acuerdo. Ignoramos si Dionisio llegó a conocer el documento a él dirigido puesto que murió en los últimos días de diciembre del 268, de enfermedad. Se tenía la impresión de que las horas amargas para la Iglesia habían pasado y que no estaba lejos de alcanzar una convivencia con el Imperio: esto ayuda a comprender el desconcierto que provocó la inesperada persecución de Diocleciano.

Félix I, san (3 enero 269 - diciembre 274)

Romano, hijo de Constancio, es un papa del que se tienen pocas noticias a pesar de que corresponde a un tiempo en el que los conocimientos acerca de la

historia de la Iglesia son más abundantes. Consagrado el 5 de marzo a él correspondió responder a la carta en que Máximo, patriarca de Alejandría, daba cuenta del sínodo contra Pablo de Samosata. Félix respondió satisfactoriamente y estableció la comunión con el sustituto de Pablo, Domno. Hizo más: como el depuesto se negara a abandonar su sede, acudió al emperador Aureliano (270-275), el cual ordenó que la Iglesia antioquina fuera entregada a «aquellos con quienes están en comunión los obispos de Italia y en particular el de Roma». El papa estaba, pues, presentándose como interlocutor válido ante la autoridad imperial y no dudaba en acudir en petición de auxilio para restablecer el orden. Félix es uno de los papas cuyo enterramiento en San Calixto se ha comprobado.

Eutiquio o Eutiquiano, san (4 junio 275 - 7 diciembre 283)

Salvo la fecha de su elección y muerte, así como de su origen toscano y el nombre de su padre, Marino, nada puede decirse de este papa, el último de los que fueron enterrados en el mausoleo de San Calixto. Remando Valeriano y luego Diocleciano (284-305) en sus comienzos, la Iglesia no padecía persecución y se iba afirmando. Se ha supuesto que los documentos que habrían podido dar cuenta de su gobierno fueron destruidos en la violencia del año 304.

Cayo, san (17 diciembre 283 - 22 abril 296)

De nuevo, por las razones apuntadas, nos encontramos con un papa sin historia. El *Liber Pontificalis* hace a Caius o Gaius originario de Dalmacia y aun pariente de Diocleciano; una noticia imposible de comprobar o de rechazar. La Iglesia parecía haber encontrado finalmente una paz de hecho, aunque no de derecho. Los emperadores ilirios, al reordenar todas las creencias vigentes en el Imperio en una especie de sincretismo, tendían a reconocer la existencia legítima de posturas religiosas distintas, debidas a la variedad de tendencias y tradiciones humanas: en otras palabras la religión era el «modo» como cada pueblo o grupo se dirige a la divinidad. Las leyendas en las monedas hacen referencia a esta doctrina. En este caso, el cristianismo podía ser considerado como uno de estos «modos» y ser dejado en paz. Pero la Iglesia tenía que rechazar el sincretismo: ella era la depositaria de una verdad absoluta, revelada por el mismo Dios, que hacía falsas las creencias, y la aceptación del cristianismo obligaba a prescindir de todo lo demás.

Dos leyendas aparecen asociadas al nombre de Cayo, la de santa Susana, a la que se describe como su sobrina y cuyo culto se localizaría en las iglesias en que Cayo era titular, y la del martirio del soldado Sebastián a quien habría confortado. Ambas noticias parecen falsas. Fue enterrado en San Calixto, pero no en la cripta de los papas, por falta de espacio.

Marcelino, san (39 junio 296 - 25 octubre 304)

Se desconocen sus orígenes familiares. La única noticia comprobada es la autorización que concedió a uno de sus diáconos, Severo, para emprender re-

formas de ampliación en San Calixto, lo que prueba el crecimiento que había experimentado en este tiempo la comunidad cristiana. Su pontificado coincide enteramente con el gobierno de Diocleciano y la Tetrarquía. El cristianismo estaba penetrando en la misma casa imperial, donde Prisca, esposa del emperador, y su hija Valeria, mostraban evidentes muestras de simpatía hacia los cristianos. Uno de los césares, Constancio, había estado unido en concubinato (matrimonio de rango inferior) con una cristiana, Elena (t 330), de la que nació el futuro emperador Constantino. Este crecimiento era considerado por algunos colaboradores del emperador como un gran peligro. Y le incitaron a librar una batalla que por fuerza habría de ser decisiva: si el Imperio no lograba someter a la Iglesia, ésta impondría al Imperio sus condiciones de ser reconocida como «la» religión verdadera.

Desde el año 297 se publicaron decretos que excluían a los cristianos de la Administración y del ejército. La Iglesia obedeció, esperando que pasara esta tormenta como las anteriores. Pero el 23 de febrero del 303 una ley válida para todo el Imperio, aunque luego sería desigualmente aplicada, ordenaba recoger todos los libros, confiscar los cementerios y demás propiedades. Quienes acudieran ante los tribunales de justicia tendrían que ofrecer incienso a los dioses. Los donatistas afirmaron posteriormente que san Marcelino y los tres presbíteros que habrían de sucederle, esto es, Marcelo, Milcíades y Silvestre, habían entregado los libros. San Agustín consideró la acusación absolutamente falsa.

Es difícil pronunciarse sobre la cuestión: se trataba de soportar una tormenta que, por dura que fuese, habría de pasar y por tanto ciertos gestos podían constituir la mejor defensa. En tiempos posteriores, sin embargo, el nombre de san Marcelino fue omitido en la lista de papas y Dámaso I prescindió de él en los panegíricos ofrecidos a sus antecesores. El *Liber Pontificalis*, que dispuso de un acta de martirio de san Marcelino, dice que ofreció incienso a los dioses, pero que a los pocos días reconoció su error y fue entonces decapitado, junto con otros mártires. Este relato, ampliamente difundido en el siglo vi, carece de comprobación. En uno de los epigramas de san Dámaso se relaciona a Marcelino con quienes exigían penitencias muy serias para el perdón de los *lapsi*, que no se negaba.

Murió Marcelino cuando la persecución estaba en sus comienzos y no pudo ser inhumado en San Calixto, seguramente porque este cementerio estaba confiscado. Se llevaron sus restos a otro, de propiedad privada, el de Santa Pastilla, que pertenecía a la poderosa familia de los Acilio Glabrio.

Marcelo, san (noviembre/diciembre 308 - 16 enero 309)

El *Liber Pontificalis* se muestra muy inseguro al ocuparse de este papa y, ante las graves imprecisiones cronológicas que han surgido, algunos investigadores admiten una posible confusión entre Marcelo y Marcelino, siendo aquél una trasposición del nombre de éste o, también, que Marcelo haya sido simplemente un presbítero colocado al frente de la sede vacante, pues sí parece se-

guro que, tras la muerte de Marcelino y debido a la dureza de la persecución, la Sede Apostólica estuvo vacante al menos tres años y medio. Las disposiciones de Diocleciano habían causado una tremenda confusión, de modo que cuando Majencio (306-312), tras afirmarse en el trono, se mostró más condescendiente con los cristianos, eran numerosísimos entre éstos los que habían sacrificado a los dioses o adquirido —en una especie de mercado negro— certificados (*libelli*) que así lo acreditaban. Y todos ellos acudían ahora a la puerta de la Iglesia para ser admitidos a reconciliación. Parece que san Marcelo fue acusado ante Majencio de usar demasiado rigor y que con ello causaba disturbios en la comunidad romana. El emperador habría decretado su destierro, en el que no tardó en morir. Sus restos fueron llevados a Santa Priscilla.

Esta reconstrucción de los hechos, bastante verosímil, tropieza sin embargo con inconvenientes cronológicos. Parece seguro que Marcelo fue elegido un 27 de mayo, pero ignoramos si fue en el 309 o después. Hay divergencias entre el *Liber Pontificalis* y otras fuentes. Por la misma razón tampoco estamos seguros de cuál sea el año de su muerte. Las noticias más antiguas le atribuyen una reordenación a fondo de la comunidad romana, dividida en veinticinco *tituli* con un presbítero al frente de cada uno de ellos.

Eusebio, san (18 agosto 309 - 21 octubre 310)

Las fechas arriba mencionadas proceden del Catálogo de Liberio redactado en el siglo ív, pero son muy inciertas. De todas maneras, sabemos que su pontificado fue breve y que coincide con las secuelas de la persecución. Las comunicaciones entre Roma y las demás Iglesias se habían visto extraordinariamente dificultadas por las medidas de las autoridades, la división del Imperio y el clima de guerra entre los sucesores de Diocleciano. La ciudad de Roma, que contaba con una de las más numerosas comunidades cristianas, se hallaba también afectada por disensiones. Parece evidente que la mayor parte de los fieles habían buscado medios, a veces absolutamente ficticios, para eludir la persecución, pero sin renunciar a seguir siendo cristianos. La penitencia a aplicar en cada uno de los casos era frecuente objeto de debate. San Eusebio, de acuerdo con la doctrina tradicional, defendía el derecho de todos a retornar, sin que por ello se rebajase el nivel de exigencia penitencial. Frente a él se alzó un disidente, Heraclio, que como en otro tiempo Novaciano, reclamaba la exclusión definitiva de los *lapsi*. La querrela entre ambos bandos alcanzó extremos de dureza que permitieron a Majencio insistir en que los cristianos alteraban el orden: Eusebio y Heraclio fueron enviados al destierro en Sicilia, donde el papa no tardó en morir.

Melquíades o Milcíades, san (2 julio 311 - 10 enero 314)

La paz de la Iglesia. A este romano o africano, aunque de ascendencia griega, iba a corresponder el gran momento. Pocos meses antes de su elección el emperador Galerio había publicado una ley (30 de abril del 311) que reconocía por primera vez a los cristianos el derecho a profesar su religión «a con-

dición de que no hagan nada contra el orden establecido». El Imperio se plegaba a las demandas de la Iglesia, que adquiría personalidad jurídica; en consecuencia, las propiedades y cementerios confiscados durante la persecución fueron devueltos y, por primera vez, un 13 de abril del 312 el papa pudo presidir la Pascua en Roma sin ningún temor. Pese a las fantasías literarias no hay noticia de ningún enfrentamiento entre san Melquíades y Majencio en los meses que preceden a la victoria de Constantino (306-337) sobre el puente Milvio. Poco después de esta batalla, en febrero del 313, Constantino y Licinio, ahora únicos emperadores, se reunieron en Milán y decidieron no sólo confirmar el edicto de Galerio, sino añadir en favor de la Iglesia disposiciones que la hacían pasar de simple tolerancia a pleno reconocimiento social. Comenzaba lo que los historiadores llaman «imperio cristiano». Durante algunas décadas el cristianismo compartiría su legitimidad con las antiguas religiones, a las que no reconocía como verdaderas, y con el judaísmo, cuyo estatus de *religio licita* no había sido alterado.

Obviamente, Constantino esperaba del papa una colaboración semejante a la de los altos magistrados del Imperio. Fue probablemente durante su primera estancia en Roma cuando hizo a Melquíades un regalo que demuestra lo que apreciaba esta colaboración: el palacio que la emperatriz Fausta tuviera en el Monte Celio, llamado Letrán, por haber sido en tiempos cuartel de los soldados *laterani*. En él se establecería durante siglos la residencia de los obispos de Roma: la sala de justicia o basílica, convertida al culto cristiano, daría el modelo para muchas edificaciones semejantes. Las leyes imperiales no reconocieron ninguna legitimidad a la *gnosis*, considerada como simple secta. Dotada ahora de capacidad para adquirir y administrar bienes, la Sede Apostólica se encontró en condiciones de aumentar extraordinariamente su riqueza, que le llegaba por donaciones, herencias y otros medios. Esta riqueza era esencial: el crecimiento de la comunidad cristiana obligaba a tomar sobre sus hombros fuertes obligaciones, en el sostenimiento del culto, la remuneración de un clero cada vez más numeroso y la atención a viudas y necesitados.

Donatismo. Dentro del esquema imperial, Constantino deseaba que el papa y los patriarcas convirtieran su primacía en un poder jurisdiccional más completo para establecer disciplina. Estalló en África un conflicto en torno a la cuestión, tantas veces debatida, del perdón que debía otorgarse a los *lapsi*; aquí, los rigoristas declararon la ilegitimidad del obispo Ceciliano de Cartago, alegando que uno que intervino en su consagración, Félix de Aptunga, había sido un *traditor*. Procedieron a la elección de un antiobispo, Mayorino, que falleció pronto, al que sustituyeron por su propio líder, Donato. De él procede el nombre que se dio a esta facción, «donatismo». Excluía definitivamente de la Iglesia a quienes hubieran entregado (de ahí el término *traditor* que equivale a nuestro «traidor») libros o propiedades. La división de la comunidad cristiana estuvo acompañada de disturbios y perturbaciones del orden. Constantino pidió al papa Melquíades que, asesorado por otros obispos de las Galias, decidiera acerca de esta cuestión.

Pero Melquíades convirtió la reunión en un sínodo al convocar también a quince obispos italianos: estuvieron presentes Ceciliano y Donato. Se trataba de resolver una profunda querrela teológica que fue fallada en el sentido que marcaba la tradición romana: la validez del sacramento no depende de la conducta moral de quien lo imparte. En consecuencia, Ceciliano fue reconocido. Como Donato se empeñó en seguir defendiendo que los laicos caídos en pecado debían ser bautizados de nuevo, y los sacerdotes reordenados, se pronunció contra él una sentencia de excomunión. Los donatistas, organizados como un movimiento de resistencia dentro de la Iglesia, acudieron de nuevo a Constantino, acusando a Melquíades y a sus dos antecesores de haber sido *traditores*, por lo que la sentencia resultaba inválida. Constantino, preocupado por el mantenimiento del orden, pidió a Melquíades que convocara un concilio de todas las Iglesias occidentales a fin de que quedara resuelta la cuestión y se pudieran dar órdenes a las autoridades provinciales. Pero el papa murió antes de que se inaugurara este concilio, previsto para el 1 de agosto del 314.

Silvestre I, san (31 de enero 314 - 31 diciembre 335)

Los concilios. Es difícil saber si el dato de que era romano, hijo de Rufino, que proporciona el *Liber Pontificalis*, es exacto; la figura de este papa se encuentra tan afectada por leyendas que a veces resulta imposible distinguir lo falso de lo verdadero. Sin embargo, esas mismas leyendas ayudan a comprender la conciencia que siempre ha habido sobre la importancia de este largo pontificado. Los donatistas trataron de crear en torno a su persona una imagen negativa y absolutamente falsa: el hecho de que se le titule oficialmente como «muy glorioso» indica sin duda que era considerado como un confesor resistente de la persecución. Sus relaciones con el Imperio reflejan ya la ambigüedad que comenzaba a producirse: es indudable que recibió de Constantino importantes regalos; pero es indudable también que el emperador, todavía no bautizado, gustaba de ser llamado «obispo del exterior», denotando el proyecto de colocar a la Iglesia como una de las instituciones directamente subordinadas a su poder.

Por ejemplo, en el concilio convocado en Arles el año 314 para resolver la cuestión donatista, no presidieron los delegados del papa, sino el obispo Chrestus de Siracusa, que llevaba el encargo del propio emperador. Silvestre justificó (al ausencia con el escaso tiempo transcurrido desde su elección, y luego confirmó los acuerdos tomados y los difundió por medio de una carta que explicaba con suficiente claridad la primacía de Roma, al menos sobre todas las Iglesias de Occidente. En el verano del 325, al ser convocado el Concilio de Nicea por el emperador, a fin de resolver la cuestión arriana, Silvestre fue simplemente invitado como cualquier otro obispo y sus legados no fueron colocados en la presidencia que ostentó, en nombre del emperador, Osio de Córdoba. Hubo *a posteriori* una pequeña enmienda, puesto que los legados firmaron las actas los primeros inmediatamente después del presidente. Se perfilaba, mediante estos pequeños gestos, la política imperial: para Constantino los obispos

eran ante todo funcionarios de alto rango que se ocupaban de un sector tan importante como el de la vida religiosa. Reconocida oficialmente la Iglesia, su clero recobraba la plena condición legal de ciudadanos, con sus derechos y también con sus obligaciones.

La Edad Media, que tuvo que sufrir las consecuencias de esta situación, trató de engrandecer la figura de san Silvestre mediante leyendas. Es un hecho cierto que en la comunicación de las actas de Arles y del Símbolo de Nicea, había una afirmación del primado romano. Lo es también que Constantino, sin incluir a Silvestre entre sus consejeros, consideró la sede de Roma como la primera, haciendo abundantes donaciones, como los terrenos sobre los que a partir del 319 se edificaría la basílica de San Pedro en el Vaticano, y los medios para sostener, adecuadamente las otras Iglesias. Las dos grandes basílicas, la de San Juan en Letrán y la de San Pablo en la vía Apia, unidas ahora a la nueva levantada sobre el sepulcro de san Pedro, eran como las tres columnas para la edificación de un nuevo poder espiritual. Todos estos bienes, junto con los que procedían de donaciones de particulares, se integraron en lo que comenzaba a llamarse *Patrimonium Petri*, que era todavía un conjunto de propiedades privadas. En poco tiempo el papa llegaría a convertirse en el más acaudalado propietario de Roma y sus copiosas rentas le permitirían asumir funciones sociales y de beneficencia a medida que éstas eran abandonadas por la autoridad imperial.

La leyenda. Entre los siglos v y viii se forjaron las tres leyendas que encontramos reflejadas en muchas obras de arte:

— Primera, que fue san Silvestre quien convirtió, bautizó y curó de la lepra a Constantino; en realidad, el emperador recibiría el sacramento en su lecho de muerte y de manos de un obispo considerado favorable al arrianismo.

— Segunda, que en agradecimiento, Constantino otorgó a Silvestre el uso de la diadema imperial, con la mitra, el *pallium*, la clámide y todos los signos externos correspondientes a la majestad, incluyendo el *calceus nullas*.

— Tercera y más tardía, que, no contento con esto, Constantino, al confirmar el primado de Roma sobre todas las sedes patriarcales, le otorgó el pleno dominio sobre «la ciudad de Roma y todas las provincias, vicos y ciudades, tanto de Italia entera como de todas las regiones occidentales». La Falsa Donación de Constantino, sobre la que volveremos, es una superchería forjada en torno al año 778, pero su falsedad no fue descubierta hasta el siglo xv.

Por haber fallecido el 31 de diciembre se dedica a su memoria la noche final de cada año. Fue enterrado en el cementerio de Priscilla.

Marcos, san (18 enero - 7 octubre 336)

Hijo de Prisco y nacido en Roma, se quiere identificar con el personaje que aparece mencionado en la carta de Constantino a san Melquíades encomendándole la solución de la controversia en torno a Ccciliano; en este caso, hay que concluir que se trataba de un clérigo influyente. Coincide con el momento

en que se inicia en Oriente la gran polémica en torno al Símbolo de Nicea y en que san Atanasio (295? - 373?), patriarca de Alejandría, es desterrado por el emperador a Tréveris. No tenemos sin embargo noticia de ningún contacto entre él y el obispo de Roma, sin duda porque el pontificado de san Marcos es demasiado breve, o quizá porque aquella contienda en torno a la naturaleza de Cristo que sacudía a las Iglesias orientales tenía poca repercusión en Occidente: aquí el Símbolo de Nicea se aceptaba sin ninguna duda. Un motivo distinto de distanciamiento entre los dos ámbitos, latino y griego, estaba surgiendo. Constantino decidió construir una nueva capital que llevara su nombre, en la antigua Bizancio, no manchada por el martirio y la persecución. De este modo se privaba a Roma de su rango, empujándola poco a poco a una posición marginal. Los obispos de Constantinopla, empujados por el emperador, reclamaron el rango de patriarcas, aunque no podían invocar la fundación apostólica.

Esta disyunción iba a permitir al papa cobrar una progresiva independencia: permanecían en Roma el Senado, de ámbito cada vez más local, y el prefecto referido exclusivamente a la ciudad y su entorno. En ella se albergaba una autoridad universal, la del sucesor de Pedro. Se atribuye a san Marcos la costumbre de enviar el *pallium* —es decir, la banda orlada de cruces hecha con lana blanca como signo de primacía— a otros obispos como signo de dignidad y de dependencia. El primero de todos fue entregado al obispo de Ostia que, en adelante, tendría la misión de officiar en la consagración de los papas. San Marcos levantó dos iglesias en Roma, una a su propio nombre, que pronto fue asignada al evangelista san Marcos, y otra a santa Balbina, en la actual vía Ardeatina. La primera de ambas ha quedado subsumida en el actual palacio de Venecia, antigua sede de la embajada de la Serenísima.

Se inició entonces la redacción de las listas de defunción de obispos y de mártires. Roma estaba cobrando conciencia de su propio pasado cristiano.

Julio I, san (6 febrero 337 - 12 abril 352)

Ignoramos la causa del interregno de cuatro meses que se produjo antes de la elección de este romano, lleno de energía, cuyo pontificado se inicia coincidiendo con la muerte de Constantino. En sus últimos años, impulsado por su consejero, Eusebio de Nicomedia (280-341), el emperador se había inclinado en favor de un arrianismo moderado, más acorde con la filosofía helenística. Los obispos despojados de sus sedes, Atanasio de Alejandría y Marcelo de Ancira, acudieron entonces a Julio en demanda de ayuda. También lo hizo, desde el bando opuesto, Eusebio de Nicomedia. Había en estas apelaciones un reconocimiento de la singularidad de la Sede Apostólica. Julio I es el que usa ya título de papa. Invocando su condición de cabeza, apoyó a Atanasio y recibió a Marcelo en su comunión, una vez que éste hubo suscrito la fórmula de fe que se empleaba en Roma y que coincidía plenamente con el Símbolo de Nicea. Julio respondió a Eusebio con reproches por haber tomado medidas contra san Atanasio, ignorando la estrecha comunión existente desde antiguo entre Roma y Alejandría.

Cuando un sínodo celebrado en Antioquía en el verano del 341, aprobó un Símbolo en que omitía la frase «consustancial al Padre», Julio, que el mismo año presidió un sínodo en Letrán confirmando sus posiciones, propuso a los emperadores Constante y Constantino II la celebración de un concilio ecuménico en Sardes, bajo la presidencia de sus legados. Cuando éstos reclamaron la presencia de san Atanasio y de Marcelo de Ancira, muchos eusebianos presentes abandonaron la asamblea. El concilio continuó sus trabajos. No sólo se produjo la rehabilitación de los dos depuestos, sino que se aprobaron cánones que establecían con claridad la superioridad del papa; en adelante, se dijo, cualquier obispo depuesto podría apelar a Roma. Dos grandes enemigos de Atanasio, Ursacio y Valiente, se dirigieron entonces al papa solicitando una reconciliación y fueron aceptados.

Una tradición que recoge el *Liber Pontificalis* atribuye a Julio, además de la fundación de las iglesias de Santa María in Trastévere y de los Santos Apóstoles, el establecimiento de una cancellería que imitaba la de los emperadores. Roma iniciaba, de este modo, la erección de una burocracia: el principal de los funcionarios, en esta primera etapa, llevaba título de *primicerius notariorum*. La utilización del papiro como materia escritoria es, probablemente, la causa de que no se haya conservado documentación. En relación con estos cambios se encuentra el canon establecido ya entonces que prohibía a los clérigos acudir con sus causas ante tribunales civiles.

Liberio (17 mayo 352 - 24 septiembre 366)

Las disputas teológicas. La querrela cristológica, ahora que los emperadores eran oficialmente cristianos, llegaba a su punto culminante: se trataba de acomodar el pensamiento helenístico, todavía muy vivo (Juliano —361-363—, sucesor de Constante II —337-350—, recurriría a él en su proyecto para prescindir del cristianismo en la reconstrucción del Imperio), a la fe cristiana. Constancio II, convertido en emperador único, estaba absolutamente decidido a luchar en esta línea, favoreciendo un arrianismo mitigado, por razones políticas: evitar la tremenda disociación que el cristianismo reclamaba, Liberio, nacido en Roma, se mostró defensor absoluto del Símbolo de Nicea, que garantizaba una fe en la divinidad de Jesucristo (*pmousios* = «consustancial» al Padre), pero buscaba también vías de entendimiento entre las Iglesias. Pidió al emperador Constancio, como solución, la convocatoria de un concilio que decidiese, como ya sucediera en Nicea. Los consejeros de Constancio se mostraban vehementes enemigos de san Atanasio, en quien veían el principal protagonista de la radical oposición.

Los obispos occidentales se mostraron cada vez más partidarios de san Atanasio; algunos de ellos escribieron al papa pidiendo que se opusiera a su deposición. Constancio II aceptó la propuesta de convocatoria de un concilio, señalando la ciudad de Arles y el año 353; le influían poderosamente Ursacio y Valiente, que no habían renunciado a su posición antiniceana. La asamblea no se ocupó de aclarar la doctrina, sino de juzgar a Atanasio. Las presiones fueron

tan fuertes que incluso los legados pontificios acabaron admitiendo la sentencia condenatoria. Liberio protestó, desautorizando a sus legados y reclamando una nueva convocatoria del concilio, esta vez en Milán (octubre 355). Se había producido entre los arrianos una división: mientras que los radicales afirmaban que Cristo era *anomoios* (= «desemejante» al Padre), un sector mayoritario se mostraba dispuesto a admitir una cierta *omoia* (= « semejanza »), aunque no extensiva a la esencia divina. Nuevamente en Milán triunfó la maniobra de centrar los debates en torno a la persona de Atanasio y no en la doctrina. Quienes se negaron a ratificar la sentencia, fueron desterrados. Tropas imperiales ocuparon Alejandría para capturar al terco patriarca, que pudo huir al desierto. Liberio fue conducido a Milán y, cuando se negó a capitular, se le aplicó la pena reservada a los funcionarios desobedientes: el confinamiento en Beroea (Tracia).

Cuando un funcionario imperial, culpable de desobediencia, era desterrado, perdía automáticamente su oficio. Así se hizo con Liberio: los partidarios del emperador procedieron a elegir un nuevo papa, Félix, el cual tardó bastante tiempo en aceptar, consciente de la impopularidad que despertaba su persona. El emperador se encontraba ante un nuevo problema: la consagración de Félix por tres obispos arrianos provocó un verdadero levantamiento en Roma: sus calles eran campo de una guerra civil. Constancio pensó que era conveniente propiciar el regreso de Liberio, haciéndole aceptar una fórmula, lo cual al parecer consiguió a principios del año 357. Así surge la «cuestión del papa Liberio», que sería esgrimida incluso en el Concilio Vaticano I como un argumento contra la infalibilidad pontificia. La pregunta es: ¿capituló el papa sometiéndose a una doctrina no ortodoxa? Sozomenos dio ya una explicación que dejaba a salvo la integridad del papa, aunque autores como san Anastasio, san Jerónimo o Filostorgia, hablan de una verdadera capitulación.

La cuestión de Liberio. G. Moro («La cuestión del papa Liberio», *Revista Eclesiástica*, 1936) entiende que para comprender lo sucedido es necesaria una referencia a los debates internos de los arrianófilos. Éstos, reunidos en Ancira (Ankara) el año 358 habían hallado una fórmula que permitía decir de Cristo que era *omoiousios* (= «semejante en esencia» al Padre), la cual, traducida al latín, parecía compatible con la ortodoxa. Esta fórmula, conocida como la «tercera de Sirmium», fue la presentada al papa precisamente en esta ciudad (la actual Mitrovica) y pudo ser aceptada por éste. Quedaban matices muy fundamentales, pero había una posibilidad de entendimiento, algo que el propio Liberio buscaba. Los arrianos la rechazaron.

Constancio II autorizó el retorno de Liberio a Roma, aunque imponiendo la condición de que Félix conservara su condición de obispo, estableciéndose una especie de diarquía. El papa fue recibido con grandes aclamaciones («un Dios, un Cristo, un obispo») y Félix tuvo que huir de la ciudad. Parece que las autoridades imperiales arbitraron entonces un procedimiento para que el fugitivo siguiera ejerciendo funciones episcopales hasta su muerte (22 de noviembre del 365) en algunas de las villas suburbicarias de Roma.

La debilitación del prestigio y de la influencia de Liberio fue la consecuencia de tan desdichados sucesos. Cuando el año 359 se reunió un concilio en Rímini, suprema esperanza del emperador para imponer también en Occidente sus puntos de vista, el papa ni siquiera fue invitado. Bajo la dirección de Constancio y de su equipo, la templada «tercera fórmula de Sirmium» parecía triunfar, revelando además que la «semejanza» se inclinaba más del lado de la distinción entre las esencias del Padre y del Hijo que del de la identidad. En este momento falleció Constancio II (3 de noviembre del 361) y su sucesor, Juliano, al rechazar a la Iglesia —será llamado «apóstata»— la dejó al mismo tiempo en libertad para resolver sus querellas. Liberio recobró la dirección y su energía. Restableció la comunión con Atanasio, que pudo regresar a Alejandría. En esta ciudad se reunió un sínodo que, reclamando el Símbolo de Nicca, acordó sin embargo medidas conciliatorias para que los disidentes pudieran retornar sin traumas a la unidad. Liberio operó de la misma manera: invitó a la comunión a todos los presentes en Rímini con la única salvedad de que debían aceptar el Símbolo de Nicea. Desde el 366 dicho Símbolo iba a convertirse en signo de identidad para la Iglesia universal.

Aunque la memoria posterior le haya sido desfavorable, hasta el punto de omitirse su nombre en la lista de santos, es evidente que su pontificado se cerró con un gran servicio a la unidad de la Iglesia y que su transitoria debilidad dialogante fue eficaz a la hora de evitar una ruptura entre Oriente y Occidente. Construyó en el Esquilmo una basílica sobre la cual se alzaría, un siglo más tarde, Santa María la Mayor. También en su tiempo comenzó a redactarse el llamado Catálogo Liberiano, que proporciona una cronología de emperadores, papas, mártires y confesores.

El archidiácono Félix figura, a veces, como el segundo de este nombre en la serie de papas, lo que parece indicar que su ilegitimidad fue tenida al menos como dudosa. Constancio pretendía que se aceptara una fórmula, dualidad, extraña a la esencia de la sede de Pedro; lo que verdaderamente consiguió fue una división. Es evidente que la legitimidad corresponde únicamente a Liberio. Curiosamente, la leyenda se apoderó de los dos personajes y, olvidando que Félix había sido consagrado por tres obispos semiarrianos, invirtió los términos como si Liberio fuera el claudicante, y Félix, confundido con otros mártires del mismo nombre, recibió un verdadero culto, como si hubiera entregado su vida en defensa de la fe niceana.

Dámaso I, san (1 octubre 366 - 11 diciembre 384)

Un papa español. Nació en Roma de padres españoles, y fue educado en el servicio de la Iglesia. Su padre recibió el presbiterado después de haber contraído matrimonio. Sabemos que su madre se llamaba Lorenza y su hermana Irene. Diácono al servicio de Liberio, al que acompañaba en Milán, estuvo también al servicio de Félix para retornar al del papa cuando éste regresó. A la muerte de Liberio (24 septiembre 366) estallaron revueltas en Roma, pues los partidarios del difunto, en minoría, eligieron y consagraron al diácono Ursino,

mientras que la mayoría, a la que se incorporaban los partidarios de Félix II, aclamaban a Dámaso. Durante el mes de octubre vivió Roma un clima de guerra civil, con numerosos muertos; finalmente Dámaso y los suyos, dueños de Letrán y de Santa María la Mayor, consiguieron expulsar a Ursino. El apoyo de la corte imperial permitiría a san Dámaso afirmarse en el poder, aunque los ursinistas difundieron entre los obispos italianos muchos informes y noticias desfavorables; el año 371 un judeoconverso, Isaac, llegaría a presentar una acusación criminal ante los tribunales del Imperio, pero intervino el emperador y Dámaso fue absuelto. Este proceso sirvió para que la Iglesia adoptara importantes cánones en materia de justicia: a partir del 378 Roma es considerada por todas las Iglesias occidentales como tribunal de apelación o de primera instancia, según los casos, mientras que los tribunales episcopales tendrían jurisdicción en todas las materias relativas a la fe y las costumbres, quedando a las autoridades del Imperio únicamente la ejecución de las sentencias que por aquellos fuesen dictadas.

Esas dificultades iniciales no impiden que el pontificado de san Dámaso sea importante y fecundo. De las construcciones, destinadas a hacer de Roma una ciudad cristiana, es buena muestra el trazado actual de San Pablo Extramuros. Buscaba deliberadamente levantar el nivel cultural de la Iglesia. Inspiró la legislación de Valentiniano I (364-375), Graciano (375-383) y, sobre todo, Teodosio (379-385). Contribuyó a un acercamiento entre la vida cristiana y la sociedad romana, mostrando con sus maneras aristocráticas que no había ninguna incompatibilidad entre ellas. De este modo hacía aparecer las corrientes heréticas como el arrianismo, el apolinarismo (que atribuía al Espíritu Santo el papel de alma humana de Jesucristo), el sabelianismo dualista o el macedonianismo (que rechazaba la naturaleza divina del Espíritu Santo) como amenazas contra el orden social. La ortodoxia era el verdadero término de llegada del rico pensamiento helenístico y así combatió todo rigorismo, como el de los discípulos de Lucifer de Cagliari, y propugnó frente al priscilianismo una actitud más moderada que la de sus jueces. En suma, el cristianismo tenía que convertirse en el nuevo elemento integrador de la sociedad y por ello no veía inconveniente en acudir a las autoridades imperiales cuando se trataba de corregir desviaciones.

La búsqueda de la unidad. Esa unidad integradora, en opinión de Dámaso, estaba íntimamente vinculada al reconocimiento del primado de Roma y no por razones políticas, sino porque así lo había dispuesto Cristo al entregar a Pedro los poderes para atar y desatar. Su principal éxito fue alcanzado cuando Teodosio (27 de febrero del 380) declaró la fe cristiana como religión oficial del Imperio, tal como la recibieran los apóstoles y ahora Dámaso y Pedro de Alejandría la sostenían. Roma era, pues, fiel custodia de la ortodoxia. En asuntos que le parecían de importancia, Dámaso no cedía: en la sede de Antioquía apoyó a Paulino, riguroso niceano, frente a Melecio, partidario de ofrecer concesiones, y aunque aquél representaba a un grupo minoritario, consiguió hacerle triunfar.

Se reunió el concilio ecuménico en Constantinopla (381) para clarificar definitivamente la doctrina de un Símbolo de Fe que precisaba aún más que el de Nicea. Pero cuando los legados pontificios habían abandonado la ciudad, se aprobó un canon que reconocía a Constantinopla —la «nueva Roma»— un honor semejante al de la «vieja Roma». Dámaso se negó a confirmar las actas aunque no el Símbolo. Estaba surgiendo la importante fisura: los orientales, esgrimiendo razones políticas, parecían dispuestos a admitir una primacía de honor de Roma sobre toda la Iglesia, y de jurisdicción sobre Occidente, pero haciéndola depender de su capitalidad en el Imperio; por esa misma razón debía recaer ahora sobre Constantinopla una primacía sobre Oriente. Dicha fisura nunca se cerró por completo y acabaría generando la división. Hay un trasfondo en el entusiasmo con que Dámaso se lanzó a su tarea de construcciones —por ejemplo San Lorenzo in Dámaso— y de afirmación del culto a los mártires: no era la Roma pagana la que daba gloria al mundo, sino la cristiana, fertilizada por la sangre de los que murieron por su fe. Reorganizó los archivos y las actas y puso a san Jerónimo al frente de su secretaría. La obra fundamental de este santo fue proporcionar una versión latina de la Biblia, la Vulgata, heredera de la de los Setenta y considerada como texto fehaciente para todo el Occidente.

El papa era ya un gran poder. No sólo por la riqueza acumulada y por su influencia social que le permitían asumir poco a poco la administración de Roma, sino porque en medio de la general decadencia urbana, que se acentuaría durante siglos, estaba surgiendo la gran ciudad cristiana, centro intelectual y artístico al servicio de la fe. Dámaso contribuyó a ello con textos litúrgicos, obras poéticas y un tratado que cantaba las excelencias de la virginidad. Sus restos mortales, depositados primero en una pequeña iglesia de la vía Ardeatina, fueron luego inhumados en San Lorenzo in Dámaso.

Ursino o Ursicino, que figura en los registros como antipapa, retuvo hasta el día de su muerte la pretensión de ser el verdadero electo. Sus partidarios, especialmente los diáconos Amancio y Lupus, combatieron a san Dámaso con todas sus fuerzas, sin detenerse en las graves calumnias. El emperador Valentiniano II (375-392) encomendó al prefecto de la ciudad, Praetextatus, que buscara una fórmula de paz, repartiendo el territorio entre ambas facciones, pero los ursinistas consideraron esta decisión como una victoria y causaron en los años 367 y 368 tales desórdenes que las autoridades civiles se vieron en la necesidad de intervenir, prohibiéndoles la estancia en un radio de veinte millas en torno a Roma, luego ampliado a cien. Es evidente que dichas autoridades se resistían a intervenir en un asunto que quedaba fuera de su competencia (las condiciones que debe reunir un papa para ser considerado legítimo) y, aunque apoyaron a Dámaso, se negaron a tomar medidas contra su rival. El conflicto se apaciguó tras la muerte de Dámaso (384).

Siricio, san (diciembre 384 - 26 noviembre 399)

Nacido en Roma, era uno de los diáconos al servicio de Liberio y Dámaso. Aunque san Jerónimo aspiraba probablemente a ocupar la sede romana, fue

unánime la proclamación de Siricio, ya que de este modo parece que se unían nuevamente las facciones. Un rescripto imperial (25 de febrero del 385) ordenó a los ursinistas César en sus demandas y reconocer a Siricio como único papa. Valentiniano II le hizo importantes donativos a fin de que la basílica de San Pedro fuese ampliada y embellecida. Sin embargo, san Jerónimo, que abandonó entonces Roma, describe a Siricio en términos desfavorables, como altanero, un juicio desfavorable que comparte Paulino de Nola y que se refiere sin duda tan sólo a uno de los aspectos de su pontificado.

Tal como Francis Dvornik (*Byzantium and the Roman Primacy*, Nueva York, 1966) ha señalado, la cuestión más importante era la que arrancaba del canon de Constantinopla (381), rechazado por san Dámaso, acerca de las dos «primacías». Siricio publicó la primera de las decretales conservadas (11 febrero 385) dirigida a Himerio, obispo de Tarragona y a todos los demás obispos de España, África y las Galias, en la cual afirmaba que «llevamos sobre nuestros hombros la carga de cuantos andan necesitados; más aún lleva en nosotros esta carga el bienaventurado apóstol Pedro que, según confiamos, ampara y protege al que es heredero de su administración». En esta decretal se fallaban, con la misma autoridad que si procediera de un concilio, importantes cuestiones como el celibato clerical, la penitencia de herejes, la edad y condiciones de las ordenaciones presbiterales, el calendario de la Pascua y Pentecostés, así como las formas de impartir la penitencia. Y se añadía una cláusula muy importante: ningún obispo podía ser considerado legítimo sin la comunión con el de Roma. Ese mismo año 385 Siricio otorgaba al obispo de Tesalónica poderes para confirmar a los de Iliria: era prácticamente la primera manifestación de un vicariato apostólico.

La autoridad primada se manifiesta con más claridad en las cuestiones doctrinales. Prisciliano, denunciado por obispos españoles como hereje pelagiano, había sido juzgado y ejecutado por orden del emperador Máximo (383-388). Siricio, contando con el apoyo de san Ambrosio de Milán, aunque rechazaba el priscilianismo en cuanto doctrina, excomulgó a los obispos responsables de lo que a sus ojos era un crimen: el hereje debe ser confundido y reconciliado, pero no muerto. Exigió que a los priscilianistas se aplicara estrictamente ese criterio de penitencia y perdón. El año 392, en un sínodo romano, fue excomulgado Joviniano, un monje que sostenía la doctrina de que María había perdido su virginidad al dar a luz, y también Bosus, obispo de Naissus (Nisch), que afirmaba que la Virgen había tenido otros hijos además de Jesús. También intervino, con eficacia, en un cisma que dividía a la Iglesia de Antioquía. Una inscripción conservada hasta hoy revela que consagró la basílica de San Pablo. Fue enterrado en la de San Silvestre, aneja al cementerio de Priscilla.

Anastasio I, san (27 noviembre 399 - 19 diciembre 401)

Romano de nacimiento, tuvo el pleno apoyo de san Jerónimo que, aunque instalado en Belén, contaba con abundantes partidarios. También mantuvo buenas relaciones con Paulino de Nola. Acababa de publicarse una traducción

latina de los *Primeros principios* de Orígenes, obra de Rufino de Aquileia. San Jerónimo denunció este libro recordando que las doctrinas de Orígenes padecían abundantes desviaciones y el patriarca de Alejandría, Teófilo, dio cuenta de los graves daños que en su propia comunidad causaba el origenismo. San Anastasio, tal vez no por propia iniciativa, planteó la cuestión ante un sínodo romano del que salió una sentencia condenatoria comunicada a todos los obispos de Italia con mandato de obediencia. Rufino se sintió amenazado y envió al papa un escrito justificándose, tanto por la traducción, en que afirmaba que no había desviaciones doctrinales, como por su propia postura, firme en la fe. Por una carta al obispo Juan de Jerusalén, bajo cuya obediencia vivía san Jerónimo, sabemos que el papa confirmó la sentencia del sínodo, pero prohibió tomar medidas contra Rufino, remitiendo su actividad al juicio de Dios.

Anastasio no dio en ningún momento señales de debilidad. Conservó la directa dependencia de Tesalónica y su vicariato, demostrando así que consideraba el Ilyricum (en realidad los Balcanes) dentro de la jurisdicción romana. Cuando los obispos de África solicitaron de él una mitigación de las sentencias contra el donatismo, se negó, exhortándoles a combatir la herejía hasta su total extinción. Entre las disposiciones tomadas durante este pontificado figura la de que los obispos, presbíteros y diáconos se cubrieran la cabeza durante la lectura del Evangelio, en la misa.

Inocencio I, san (27 diciembre 402 - 12 marzo 417)

Un obispo de toda la cristiandad. Romano, según san Jerónimo era hijo de san Anastasio y diácono cuando fue elegido sin dificultades. De él se han conservado treinta y seis cartas que permiten conocer cuan extensa y variada era la autoridad que ejercía y que permiten a ciertos historiadores afirmar que fue el primer obispo de Roma que actuó como papa en el pleno sentido de la palabra. Sus disposiciones, incorporadas luego al conjunto de las decretales, aunque fueran dirigidas a obispos concretos como Euxuperio de Toulouse, Victricio de Rouen y Decencio de Gubbio, pasaron a ser leyes generales en la Iglesia. Esto se pone en evidencia cuando los obispos españoles, reunidos en sínodo en torno al año 400, reclamaron del papa que confirmara sus disposiciones. Materias disciplinarias, pastorales y litúrgicas forman el contenido de sus cartas: en todas ellas hay un denominador común: la «norma romana» debía considerarse como universalmente válida. Dos concesiones fueron exigidas: que la legitimidad de los obispos dependiera de la aceptación expresa o tácita de la Sede Apostólica y que en todas las causas graves asistiera al obispo de Roma un derecho de apelación. Como una consecuencia de dicha exigencia nacían los vicariatos, el primero de los cuales fue el de Tesalónica, en la línea antes indicada: el 17 de junio del 415 fue extendida la credencial que encomendaba al obispo Rufo para que «en su nombre» rigiera todas las Iglesias en la prefectura de Iliria.

En un momento de grave crisis para el Imperio —las provincias occidentales comenzaban a escaparse de sus manos—, la cristiandad no podía ser una

suma de Iglesias locales, unidas solamente por el vínculo de la caridad, cada una con sus peculiares problemas: Inocencio consideraba indispensable la consolidación de la unidad en esa voluntad de Jesucristo comunicada a san Pedro. Llegó a escribir: «Todo lo que ha sido transmitido a la Iglesia por el apóstol Pedro y ha sido observado hasta ahora, ha de ser observado por todos.» Corresponde en consecuencia a la Sede Apostólica plena y eminente autoridad: en la liturgia todos debían guiarse por la norma romana; y las disposiciones que en materia de fe y de costumbres fueran tomadas por el papa debían considerarse como de valor universal. Aparece bien clara esta línea de conducta cuando, por sus enfrentamientos con el gobierno bizantino, san Juan Crisóstomo fue despojado de la sede patriarcal y murió en el destierro. San Inocencio se negó a reconocer al nuevo patriarca, nombrado por el emperador, y rompió la comunión con los obispos que habían tomado parte en la condena del famoso orador. También apoyó a san Jerónimo contra los enemigos que se alzaron contra él en Palestina.

Caída de Roma. Tuvo que asistir, como espectador y protagonista, a los terribles sucesos que afectaron a Roma. Desde el año 408 los visigodos, con su rey Alarico (370? - 410), estaban en Italia, proclamándose vengadores de Estilicón y de otros oficiales bárbaros al servicio de Roma que habían sido asesinados; en realidad se trataba de obtener el botín que un pueblo desplazado de sus raíces necesitaba para seguir viviendo. Roma tuvo que pagar rescate para ganar tiempo. El papa presidió una legación que viajó a Rávena, residencia del emperador Honorio (395-423), propiciando una tregua para salvar Roma; estaba providencialmente ausente cuando esta ciudad fue tomada por Alarico, el 24 de agosto del 410, sometiéndola a saqueo durante tres días. Muchos paganos vieron en la catástrofe un signo de la cólera de los antiguos dioses, obligando a san Agustín y a Orosio (t 418) a escribir sus dos grandes obras, *La ciudad de Dios* y *Siete libros de historia contra paganos*, para fundar una nueva conciencia histórica que atribuye al pecado el mal y ve en los aparentes desastres una vía indirecta de la Providencia. El papa no regresó a Roma hasta el 412, poniendo entonces todos los recursos de la Iglesia a trabajar con un objetivo: la reparación de la ciudad que, abandonada por los emperadores, era ya solamente la cabeza de la cristiandad.

El saqueo de Roma tuvo otras consecuencias: el Imperio, desinteresado en Occidente —no tardaría en confiar a los visigodos la pacificación de España—, volcaba su atención en la parte oriental y trataba de resolver los problemas eclesiásticos de aquella sin consultar a Roma. Pero cuando estalló la querrela en torno al pelagianismo (doctrina que confiaba la salvación del hombre a las propias acciones, rebajando decisivamente el papel de la gracia divina) y un concilio, celebrado en Dióspolis (Lidda) pareció colocarse al lado de los herejes (415), los obispos africanos, liderados entonces por san Agustín, se dirigieron al papa para que confirmara la doctrina que ellos habían aprobado en sus respectivos sínodos. Inocencio lo hizo así, aprovechando la oportunidad para explicar a sus interlocutores que habían procedido de manera correcta, ya que

en cuestiones graves, como la suscitada por los pelagianos, se debía apelar a san Pedro. En una de sus cartas, el 416, incluyó una frase que se ha esgrimido como contraria a la tradición jacobea: «En toda Italia, las Galias, Hispania, ninguno fundó Iglesias sino aquellos que el venerable Pedro y sus sucesores constituyeron obispos.»

Zósimo, san (18 marzo 417 - 26 diciembre 418)

Griego o judío. Griego de origen, se ha supuesto que tuvo ascendencia judía, pues su padre se llamaba Abraham. Recomendado por san Juan Crisóstomo, formaba parte del presbiterado romano. Su pontificado, breve, presencia tensiones internas muy fuertes y ha sido adversamente juzgado. Conviene por tanto descender al detalle: probablemente el principal defecto consistía en aplicar en el mundo occidental criterios propios de las Iglesias orientales. Siguiendo la vía de sus antecesores en relación con Tesalónica, quería establecer vicariatos también en las regiones de Occidente, haciendo así efectiva esa condición del reconocimiento para la legitimidad de los obispos. Erigió Arles, capital de la prefectura de las Galias, en vicaria, designando obispo de esta ciudad a un turbio personaje llamado Patroclo, al que se acusa de haber manipulado su elección. La decisión de establecer un vicario era correcta, pero la ciudad y la persona probablemente erróneas: los obispos de Vienne y de Narbona, sedes más antiguas, protestaron. Zósimo rechazó estas protestas, apoyó a Patroclo y llegó a deponer a Próculo de Marsella, porque se le resistió. Hay indicios en una carta a Esiquio de Salona de que el tercer vicariato previsto era el de Dalmacia.

Las apelaciones. Se trataba seguramente de un progreso en el sentido de dar más unidad a la Iglesia. Roma no discutía el origen apostólico de Jerusalén, Antioquía y Alejandría —al contrario, lo afirmaba—, como tampoco el carácter metropolitano de otras sedes como Constantinopla, Cartago o Milán, pero por encima o al lado de esta jerarquía, pretendía introducir un nuevo esquema de organización que le permitiera disponer de un delegado permanente en cada prefectura del Imperio.

En esta línea, Zósimo aceptó las cartas exculpatorias que, en grado de apelación, Pelagio y su principal colaborador, Celestio, le dirigieron. En ellas, muy hábilmente, evitaban pronunciarse sobre el pecado original y la gracia. El papa llegó a invitarles a un encuentro, en San Clemente, ya que ambos se mostraban dispuestos a someter su caso al juicio de la Sede Apostólica. Comunicó a los obispos africanos estas negociaciones, insinuando si no se habría obrado con excesiva precipitación, ya que los herejes parecían dar señales de arrepentimiento. Los africanos, dirigidos por san Agustín, respondieron en noviembre del 417 en forma bastante brusca: la sentencia que pronunciara Inocencio I debía considerarse válida. El papa había sido sorprendido en su buena fe, al igual que sus legados en el sínodo de Dióspolis en Palestina.

Zósimo confirmó su postura: obviamente, la sentencia de Inocencio seguía siendo válida y sólo al sucesor de Pedro correspondía juzgar en tales casos. Pe-

lagio y Celestio, una vez examinada la causa, fueron excomulgados. Pero en el intermedio de estas discusiones los africanos habían cometido el error de dirigirse al emperador Honorio solicitando un rescripto u orden imperial contra el pelagianismo y sus adherentes. En consecuencia, el papa preparó una *Epístola tractoria* remitida a todos los obispos, condenando el pelagianismo pero haciendo advertencias respecto a la supremacía de la Sede Apostólica.

Aprovechando la oportunidad de que un sacerdote, Apiario, condenado por su obispo Urbano de Sicca, al parecer con razón suficiente, apelara a Roma, aceptó la demanda y, al devolver al presbítero a África, le hizo acompañar de tres legados que dejaron firmemente establecidos estos tres puntos:

— Todos los obispos tienen derecho a llevar sus apelaciones a Roma; los presbíteros y diáconos que se sientan injustamente tratados pueden hacerlo también ante los obispos de diócesis vecinas.

— No existe ninguna autorización que permita a los obispos africanos acudir directamente a la corte de Rávena.

— De acuerdo con los cánones del Concilio de Nicea y de Sardica, el obispo Urbano sería excomulgado si rechazaba la resolución romana en el caso del presbítero Apiario.

La muerte de Zósimo evitó, probablemente, que el conflicto aumentara; pero en la propia Roma, y fuera de ella, las divisiones se mantuvieron. Es posible que el papa hubiera adolecido de falta de habilidad, pero no cabe duda de que doctrinalmente no se apartaba de la línea seguida por san Dámaso, tratando de llevar a las últimas consecuencias el principio de la delegación de poderes de Jesús en Pedro, según lo explica Mt. 16, 18.

Bonifacio I, san (28 diciembre 418-4 septiembre 422)

La elección. Romano e hijo del presbítero Iocundus, había desempeñado una importante misión en Constantinopla por encargo de Inocencio I; gozaba de gran prestigio. Al día siguiente de la muerte de Zósimo, los diáconos, unidos a unos pocos presbíteros y atrincherados en la basílica de San Juan de Letrán, procedieron a elegir al archidiácono Eulalio, probablemente un griego, como Zósimo, de quien había tenido toda la confianza. De modo que cuando el 28 de diciembre los presbíteros, el pueblo y algunos obispos, se congregaron en la basílica de Teodora para proceder a la elección regular que favoreció a Bonifacio, se encontraron con este golpe de mano ya consumado. Hubo, como consecuencia de esta división, un retroceso. Se podían incluso manifestar legítimas dudas, pues en la consagración, celebrada el mismo día, Eulalio contó con el obispo de Ostia, según estaba previsto, pero san Basilio pudo reunir en San Marcelo a nueve obispos. El prefecto de la ciudad, Symmaco, que no era cristiano (fue uno de los que defendió la idea del castigo de los dioses cuando el saqueo de Roma), envió a Honorio un informe del que se desprendía mayor legitimidad en el caso de Eulalio. Otros informes, radicalmente opuestos, llega-

ron a Gala Placidia, hermana del emperador. Todo quedaba, pues, en manos de este último.

Honorio dispuso que las autoridades imperiales permanecieran neutrales hasta que un sínodo, a celebrar en Spoleto el 13 de junio del 419, decidiese la duda; al mismo tiempo ordenó a Eulalio y Bonifacio que permanecieran fuera de la ciudad sin acudir a ella bajo ningún pretexto. Eulalio creyó que el sedicente papa que lograra celebrar la Pascua (30 de marzo) en Roma, se vería de hecho en posesión de la magistratura. Se apoderó de Letrán y provocó disturbios. A juicio de Honorio, un caso de desobediencia que debía ser castigado: el 3 de abril del 419 Eulalio fue desterrado y Bonifacio oficialmente reconocido. El sínodo de Spoleto no llegaría nunca a celebrarse. Posteriormente, Eulalio recibió como indemnización un obispado en Campania que pudo regir hasta su muerte (423).

Ingerencia imperial. El año 420 Bonifacio sufrió una grave enfermedad y se temió por su vida. Fue entonces cuando Honorio dictó un decreto que era el primer paso a una ingerencia imperial en las elecciones pontificias: en adelante, cuando se produjera una doble elección, las autoridades civiles negarían el reconocimiento a los dos candidatos; sólo una elección sin disputa sería recibida y confirmada. Aunque Bonifacio vivió todavía dos años, ese decreto no fue modificado, sirviendo de punto de apoyo para que los emperadores reclamasen el derecho de confirmar a los papas. Oficialmente cristiano, el Imperio tendía a adueñarse de la jurisdicción eclesiástica. Teodosio II (408-450), emperador de Oriente, respondiendo a una demanda de los obispos de Tesalia, anuló por su cuenta el vicariato de Tesalónica y asignó al patriarca de Constantinopla poder sobre todas las diócesis balcánicas. Bonifacio cursó su protesta a través de Honorio, sin éxito, pues la disposición fue incluida con el Código que recopilaba el emperador. Por su parte, el papa había dejado sin efecto el vicariato de Arles al reconocer los derechos metropolitanos de Marsella, Vienne y Narbona. Y tuvo que plegarse ante los obispos africanos después de que Apiario confesara sus faltas y fuera enviado a otra diócesis. Eran retrocesos en la práctica, pero no en la doctrina. Exigió rigurosamente que jamás «pudiera legalmente ser reconsiderada una disposición de la Sede Apostólica» y, en esta línea, pudo conseguir que Honorio publicara un rescripto conminando a todos los obispos a acatar la doctrina expuesta en la *Epístola tractoria* de Zósimo. Del pontificado de Bonifacio I data la prohibición a las mujeres de subir al altar, incluso para quemar el incienso, o de tocar con sus manos los objetos sagrados. Estableció un severo impedimento para que pudieran ser ordenados esclavos; su liberación entraba en las condiciones indispensables para el sacramento.

Celestino I, san (10 septiembre 422 - 27 julio 432)

Influencia de Sardes. Nacido en Campania, había servido como diácono y archidiácono desde la época de Inocencio I, estando dotado de gran energía. Las ruinas causadas por el saqueo de Alarico reclamaron de él medidas de reconstrucción (basílica de Santa María in Trastévere y otra de nueva planta en

Santa Sabina) que aprovechó para confiscar las iglesias que aún retenían los novacianos. Era urgente, ante todo, ampliar y reforzar la disciplina. Ya Zósimo había invocado los cánones del Concilio de Sardes (342/343) para frenar las ingerencias imperiales. Tales cánones, incorporados a la legislación occidental y muy tardíamente también a la oriental, permitían apelar a Roma cuando los tribunales metropolitanos no ofrecieran las garantías suficientes, y a cualquier obispo depuesto por un sínodo acudir al papa en demanda de amparo. El papa estaba facultado para designar comisiones de obispos de sedes vecinas para juzgar los casos controvertidos.

Las disposiciones de Sardes tropezaban con una fuerte resistencia, especialmente entre los obispos de África. Celestino insistió de nuevo en su obligatoriedad. Sobre todo, empleó de nuevo el caso de Iliria, renovando a Rufo de Tesalónica sus poderes de vicario para de este modo dejar bien establecido que, de acuerdo con el concilio, a Roma correspondía el conocimiento de todas las apelaciones en su grado más eminente. Desde esta posición impartió las órdenes para que los pelagianos fueran expulsados de todas las Iglesias en Occidente y envió a Britannia una misión, que presidía san Germán de Auxerre, para extirpar la herejía. Fue importante la decisión del 431 consistente en ordenar como obispo al diácono Paladio y enviarle a Irlanda para organizar allí una Iglesia, porque era la primera que nacía fuera del ámbito del Imperio romano. El texto antipelagiano, que Celestino distribuyó por todas las Iglesias de Occidente con precepto de obediencia, fue debido probablemente a la pluma de Próspero de Aquitania.

San Celestino se encontró en medio de una querrela doctrinal de gran alcance que le daría la oportunidad de poner en práctica los cánones de Sardes. San Cirilo, patriarca de Alejandría, y Nestorio, patriarca de Constantinopla, aunque se había formado teológicamente en Antioquía, se enzarzaron en una disputa acerca de la naturaleza de Cristo. La escuela alejandrina, consecuente con la actitud observada durante la querrela arriana, insistía en la íntima unión entre las dos naturalezas, humana y divina, de Cristo; la antiocena, cuyo principal maestro fuera Teodoro de Mopsuestia, enfatizaba la separación. Nestorio comenzó a enseñar esta doctrina añadiendo que el nacimiento, pasión y muerte de Jesús no podían atribuirse a la persona divina del Hijo. «No puedo hablar de Dios como si tuviese dos o tres meses de edad.» Hacia el año 428 o 429, Nestorio prohibió que se diera a María el título de *Theótocos* (Madre de Dios) y Cirilo respondió con una carta doctrinal que denunciaba dicha tesis como una herejía tendente a separar en Cristo dos personas.

Nestonianismo. En ese mismo momento Nestorio escribió al papa comunicándole sus argumentos. San Celestino no quiso precipitarse: pidió un informe a Juan Casiano, mientras recibía también noticias de san Cirilo. Con todo ello reunió un sínodo en Roma que, el 10 de agosto del 430, condenó la tesis de la radical separación y de las dos personas, dando a Nestorio un plazo perentorio de diez días, antes de pronunciar su excomunión. Luego encargó a Cirilo que «en su nombre» diera ejecución a la sentencia; el patriarca de Ale-

jandría envió al de Constantinopla un verdadero ultimátum. Mientras tanto, los dos emperadores habían decidido convocar un concilio ecuménico (sería el tercero reconocido como tal) en Efeso para el año 431. Esta vez el papa envió a sus tres legados con órdenes de operar en todo momento unidos con san Cirilo pero dejando bien clara la supremacía de la Sede Apostólica. Cirilo, sin esperar la llegada de estos legados, puso en marcha el concilio, en donde se produjo la casi unánime repulsa de las tesis nestorianas. Los romanos la respaldaron. En medio de grandes aclamaciones populares, María fue proclamada Madre de Dios.

Aunque no dejó de mostrar sus reticencias porque se cerraban demasiado las puertas al arrepentimiento de los antiochenos y se envolvía en un solo grupo a todas las corrientes de esta escuela, Celestino confirmó las actas del concilio. Entre ellas había una sumamente importante, impuesta por uno de sus legados, el presbítero Felipe, en que se decía que Pedro «ha recibido de Nuestro Señor Jesucristo [...] las llaves del reino y el poder de atar y desatar los pecados. Pedro es quien, hasta ahora y para siempre, vive y juzga en sus sucesores. Nuestro santo y bienaventurado obispo, el papa Celestino, sucesor y vicario legítimo de Pedro, nos ha enviado para representarle en este santo concilio». El primado romano fue, por tanto, reconocido en la forma más solemne.

Sixto III, san (31 julio 432 - 19 agosto 440)

Romano e hijo de otro Sixto, desempeñó un importante papel en los pontificados de Zósimo y de Ceferino, probablemente relacionado con el Concilio de Efeso. Hubo sospechas, al comienzo de su carrera eclesiástica, de mostrar condescendencia hacia las doctrinas pelagianas acerca de la gracia, pero se justificó adhiriéndose a la *Epístola tractoria* y dando explicaciones que parecieron suficientes a san Agustín. Elegido por unanimidad se presentó a sí mismo como el continuador de la obra de san Celestino. Quería la paz en Oriente y no la victoria demasiado radical de los alejandrinos, que podían verse impulsados, en su defensa de la unidad en Cristo, a rechazar la existencia de dos naturalezas en él. Insistió, por ejemplo, en que el patriarca de Antioquía no debía ser anatematizado: era preferible conseguir que se adhiriese a la doctrina de Efeso de las «dos naturalezas en una». Así se hizo, y el Símbolo de Unión presentado por los nicenos en la primavera del 433 y aceptado por san Cirilo, fue considerado como el gran éxito de la Sede Apostólica: Pedro conservaba la unidad en la fe y restablecía la paz.

Sin embargo, esta visión era engañosa. Obligado Nestorio a retirarse, el nuevo patriarca de Constantinopla, Proclo, inició una maniobra, apoyada en el rescripto de Teodosio II, para hacer que los obispos de Iliria oriental pasaran a la dependencia de Constantinopla. Sixto protestó: su vicario era Atanasio, obispo de Tesalónica, y de él dependían los demás; sin una credencial de este último no estaba dispuesto ni siquiera a recibirles. Para demostrar que no había en sus pretensiones ningún deseo de menoscabar su autoridad, Sixto comunicó poco después al patriarca que, habiendo recibido la apelación del obis-

po de Esmirna, se había limitado a confirmar la sentencia que contra él dictaran en Constantinopla.

La familia imperial favoreció con donativos extraordinarios la tarea de reconstrucción que se operaba en Roma. Hay que indicar que las edificaciones, además de transformarla en centro cristiano, tenían objetivos concretos. Así, en este tiempo fue fundado el primer monasterio en la ciudad, el de San Sebastián en la vía Apia: la oración contemplativa y el aislamiento propio de los monjes debían formar parte de la vida romana. Al reconstruir la basílica llamada de Liberio, en ruinas desde el asalto de Alarico, no sólo aumentó su magnificencia, sino que cambió de nombre, pasando a la advocación de Santa María la Mayor, esto es, la Madre de Dios, como se había definido en Éfeso. Y construyó el baptisterio occidental de Letrán: el sacramento del bautismo proporciona la gracia, en contra de lo que sostenían los pelagianos.

León I Magno, san (septiembre 440 - 10 noviembre 461)

El Grande. Sólo dos papas hasta ahora han merecido el calificativo de «grandes»: san León y san Gregorio. Y lo fueron. Para T. G. Jalland (*The life and times of Saint Leo the Great*, Londres, 1941), este pontificado marca el cambio decisivo. Nacido en Roma aunque de familia toscana, se había convertido en el brazo derecho de Celestino y de Sixto: fue elegido en ausencia, mientras desempeñaba una misión en las Galias por cuenta del emperador. Vuelto a Roma fue consagrado en una solemne ceremonia el 29 de septiembre, fecha que conmemoraría durante los veinte años siguientes como la de su «nacimiento». Se conservan de él numerosos escritos, en especial la colección de 96 sermones, en los que no se advierte ninguna erudición helénica, pero mediante los cuales demuestra claridad de ideas: la autoridad sólo sirve para ser puesta al servicio de la Iglesia y de los hombres en el camino hacia Dios. Toda su doctrina acerca del pontificado gira en torno a ese eje, tantas veces repetido, de la sucesión de Pedro; pero esa autoridad y esa prerrogativa que hacen de Roma «primado de todos los obispos», no es tanto un poder como un servicio. No son los titulares quienes magnifican el oficio, sino a la inversa, el oficio les engrandece. El año 445 Valentiniano III (425-455) haría expreso reconocimiento de la primacía romana mediante un rescripto que declaraba sumisas al poder del papa a todas las Iglesias de su parcela occidental del Imperio.

Ejercería esta autoridad especialmente como pastor. En los sermones, que cubren todo el año litúrgico, son constantes las referencias a la doctrina. Estimulaba el celibato incluso entre diáconos y subdiáconos. Prohibió la confesión pública de pecados ocultos. Combatió el maniqueísmo, que presentaba a Valentiniano III como un peligro social además de religioso, el pelagianismo subsistente aún en Britannia y el priscilianismo que rebrotaba en Hispania. En todos estos casos, san León no se limitaba a exponer la doctrina correcta: daba instrucciones a los obispos para que actuasen en la práctica. Tanto en el caso de Arles, que pretendía excederse en sus funciones, como en el de Tesalónica, advirtió a sus titulares que el vicario era tan sólo una «representación» del po-

der del primado, pero que no afectaba a los derechos que tradicionalmente asistían a los metropolitanos.

Monofisismo. Surgió entonces el «monofisismo» (doctrina que afirma que en Cristo sólo hay una naturaleza, la divina) como consecuencia de la exageración de la doctrina aprobada en Éfeso el 431. Un monje llamado Eutiques fue condenado, en un sínodo, por su obispo Flaviano, al sostener que en Jesús la naturaleza humana estaba absorbida por la divina. Eutiques apeló al papa y consiguió del emperador cartas que le recomendaban. San León contestó afectuosamente a estas cartas y ganó tiempo para recibir informes; luego redactó un texto que sería llamado el *Tomus*, en donde se hacía la clara exposición teológica de las dos naturalezas de Cristo unidas en una sola persona. Envío el documento a Flaviano. El *Tomus Leonis* está fechado el 13 de junio del 449 y redactado en latín, lo que impedía ciertas matizaciones que ofrece el griego, ganando en consecuencia en claridad. Pero en el intermedio el emperador Teodosio II, que apoyaba evidentemente a Eutiques, había convocado un concilio, en Éfeso, para el mes de agosto de ese mismo año, designando a uno de sus consejeros, Dióscoro, para presidirlo. Los monofisitas se apoderaron del concilio con ayuda de los soldados que Dióscoro movilizó, maltrataron a los legados pontificios y condenaron a Flaviano. Uno de estos legados, Hilario, huido a duras penas, informó a León de lo ocurrido.

El papa no se conformó con rechazar los acuerdos del concilio: lo calificó de «latrocinio», exigiendo la inmediata rehabilitación de Flaviano. La muerte de Teodosio II y la regencia de su hermana Pulqueria (399-453) cambiaron bruscamente la situación. Fue convocado un nuevo concilio en Calcedonia el otoño del 451. Los legados pontificios ocuparon el puesto de honor y pudieron leer el *Tomus*, acogido con grandes aclamaciones. «Creemos lo que han creído nuestros padres, aceptamos la fe de los apóstoles. Es Pedro quien habla por boca de León.» Los orientales comprendieron que habían ido demasiado lejos porque si aceptaban que la singular posición de Roma era debida al apostolado de Pedro, la doctrina del primado universal no ofrecía la menor duda. En las sesiones siguientes maniobraron para introducir un canon, el 28, que afirmaba que Constantinopla y Roma eran iguales en calidad por ser ambas capitales del Imperio. León no podía aceptar esta condición; por eso retrasó su aprobación de las actas, y cuando lo hizo puso la salvedad de considerar el canon 28 como ilegítimo porque se oponía a las disposiciones de los concilios, desde Nicea hasta entonces.

La fórmula definitivamente aprobada en el debate teológico era que en Cristo existen dos naturalezas en una sola persona (*hypostasis*). San León insistiría cerca de las autoridades imperiales para que no consintieran ninguna desviación. Para hacer más eficaz su gestión decidió hacerse representar en Constantinopla por un «apocrisario», Julián de Cos, que actuó a modo de nuncio permanente. Sobre todo desplegó una infatigable actividad epistolar de la que se han conservado 143 cartas. En sus escritos, que explican que fuera declarado doctor de la Iglesia por Benedicto XIV, a mediados del siglo xviii, res-

plandece sobre todo la sencillez expositiva. Tal vez no fuera un profundo teólogo, pero sí un hombre de espléndida caridad.

El político. Ésta se refleja en los dos episodios políticos que le proporcionaron una extrema popularidad. El año 452, vencido Aecio (t 454) y desmantelada toda posible resistencia, Atila (t 453), rey de los hunos, invadió Italia reclamando una parte del Imperio y causando terribles daños. El emperador y los suyos se refugiaron en Rávena y sus inmediaciones, concentrando allí sus fuerzas y dejando Roma desamparada. Fue entonces cuando el papa salió al encuentro del rey en las inmediaciones de Mantua, el 6 de julio. No sabemos el contenido de aquella entrevista entre el sucesor de Pedro y el «azote de Dios venido de la estepa», pero es un hecho que Atila abandonó Italia retirándose a Panonia donde murió aquel invierno. El papa fue considerado el salvador de Roma y había conseguido este éxito sin desviarse un ápice de la caridad. En los años siguientes, asesinado Accio (454) tuvo lugar una revolución que anunciaba ya el fin: el senador Máximo dio muerte a Valentiniano III, casó con su viuda, y usurpó el trono. Entonces Genserico (428-477), rey de los vándalos, asentados en África, marchó por mar sobre Roma. Asesinado también el usurpador, la desamparada ciudad acudió de nuevo a León que pudo conseguir que, al menos, los lugares santos y las zonas de refugio para la población, fueran respetados (455). En medio de las ruinas de un Imperio que marchaba ya hacia la destrucción, era la del papa la única autoridad todavía viva en Roma. Una autoridad que, de momento, carecía de soldados.

Hilario, san (19 noviembre 461 - 29 febrero 468)

Hijo de Crispinus y nacido en Cerdeña, ocupaba el cargo de archidiácono cuando fue elegido: se pretendía que fuese el más fiel continuador de san León. Se trata del mismo legado que informara a este último del «latrocinio» de Efeso. En aquella ocasión corrió grave peligro y salvó la vida refugiándose en la Casa de San Juan el Evangelista, lo que explica que después dedicara a este santo una de las capillas en el baptisterio de Letrán. Hombre de gran carácter y energía, se le atribuye una importante decretal que, sintetizando la doctrina de Nicea, Efeso (431), Calcedonia y el *Tomus Leonis*, fijaba definitivamente las expresiones que debían utilizarse para definir la doble naturaleza en una sola persona de Jesucristo.

Desde el año 456 un bárbaro, hijo de suevo y nieto por su madre del rey de los visigodos, Walia (415-418), convertido en *magister militum*, ejercía el poder, deshaciendo y creando emperadores: se trata de Ricimero, que, como sus antecesores, era arriano. Lograría incluso que uno de sus títeres autorizara la existencia de una Iglesia arriana en Roma. Hilario se enfrentó con ese emperador, Antemio (467-472), y le hizo jurar que nunca, bajo ninguna circunstancia, consentiría que dicha Iglesia dispusiera de templos y lugares de asentamiento en la ciudad.

Con la dictadura militar de Ricimero (t 472), el Imperio se fragmentaba: España, las Galias y Dalmacia, aunque siguieran invocando la legalidad de su so-

beranía, estaban separadas. África, Germania, Britannia, se habían perdido. Era, por tanto, urgente para el papa afirmar la cohesión de estas Iglesias con la de Roma, por encima de circunstancias políticas. San Hilario apoyó a Leonicio de Arles para que siguiera ejerciendo la primacía sobre las Galias, aunque el interesado respondió mal. El 19 de noviembre del 465 reunió un sínodo en Roma, el primero del que se conservan actas, a fin de ordenar el esquema jerárquico de la Iglesia. En él se trataron una denuncia contra Silvano de Cahorra, que consagraba irregularmente obispos impuestos por los notables de la región, y una demanda de los de la provincia Tarraconense para que se permitiese a Nundinario, que ya era obispo, pasar a la sede de Barcelona. El papa resolvió ambos asuntos y, afirmando su autoridad, designó al subdiácono Trajano para que vigilara el cumplimiento de los decretos; se insistía en la negativa a que los obispos pudieran «recomendar» un sucesor.

Simplicio, san (13 marzo 468 - 10 marzo 483)

Hijo de Castino y natural de Tívoli, Simplicio es el espectador pasivo de los graves acontecimientos que provocaron la desaparición del emperador en Occidente. Hasta el año 472 prolongó Ricimero su poder: los sucesivos emperadores, Livio, Severo, Antemio y Olibrio fueron apenas marionetas en sus manos. Pero el «ejército romano», formado por bárbaros, era ya incapaz de dar origen a nuevas instituciones. En tales circunstancias y faltando un rey, la única solución posible era la dictadura, interrumpida de vez en cuando por luchas para asegurarse el poder, hasta que el 23 de agosto del 476, Odoacro (t 493), un hérulo, se decidió a poner fin a lo que era simplemente una ficción y envió a Bizancio las insignias imperiales. Un solo Imperio para todo el Mediterráneo, convertido ahora en un mosaico mal hilvanado de caudillos militares. Entre las funciones subrogadas que Odoacro reclamaba, figuraba también la de ejercer autoridad sobre Roma, sede del papado; y no renunció a ellas a pesar de su arrianismo.

Simplicio tuvo que luchar contra las pretensiones del patriarca Acacio de Constantinopla que reclamaba la plena aplicación del canon 28 del Concilio de Calcedonia, al que ya no iban a renunciar sus sucesores: una vinculación del primado romano a la capitalidad del Imperio se convertía en argumento para reducirlo poco a poco a una posición subordinada; máxime cuando esta pretensión venía amparada en querellas doctrinales. El monofisismo se mantenía fuerte en Bizancio y había sostenido incluso la usurpación de Basilisco entre el 475 y el 476. Tanto el emperador Zenón como el patriarca Acacio buscaban una fórmula intermedia que permitiera conciliar los puntos de vista, imponiéndola al margen de la doctrina del *Tomus Leonis* aprobado en Calcedonia. Lo hicieron sin tener en cuenta la voluntad del obispo de Roma, al que consideraban como representante de una comunidad marginal. El papa solicitó de Zenón que defendiera la ortodoxia, brindándole algunas concesiones, como el reconocimiento de un patriarca de Antioquía que no había sido elegido canónicamente. Ni ruegos ni protestas fueron atendidos.

Sin embargo, se advertían progresos. El papa estaba convirtiéndose en dueño de Roma: por primera vez un edificio civil fue transformado en basílica dedicada a San Andrés de Catabarbara; edificó, además, San Stefano in Rotondo. Lo más importante es que apoyaba y estimulaba la tarea de san Severino (+483) que predicaba el cristianismo en Norica y, al mismo tiempo, reanudaba la creación de vicariatos aunque sin asignarlos a sedes determinadas y sí a personas relevantes. Por primera vez el obispo de Zenón de Sevilla ostentó esta calidad en España.

Félix II, san (13 marzo 483 - 1 marzo 492)

Impropia, en aquellas relaciones que otorgan legitimidad al rival de Liberio, aparece mencionado como Félix III. Pertenecía a la aristocracia romana y su padre había sido ya sacerdote. Viudo y con dos hijos, uno de los cuales sería a su vez el abuelo de Gregorio Magno: tuvo que recibir sobre la marcha todas las órdenes antes de ser consagrado. Odoacro, a través del prefecto Basilio, primera autoridad en Roma, intervino en esta elección. Félix II se apoyaría, para su gobierno, en el archidiacono Gelasio, que sería además su sucesor: de ahí que se hayan considerado ambos pontificados como dos etapas en un mismo gobierno cuya tarea más importante consistió en fijar el ámbito de autoridad de Roma con respecto a Bizancio.

Vista desde Constantinopla, la caída del Imperio de Occidente reducía Italia al rango de una mera provincia, gobernada además por usurpadores bárbaros (desde el año 487 el rey de los ostrogodos, Teodorico (454-526), recibiría de Zenón un título de «patricio» que le capacitaba para su gobierno) y, en ella, Roma podía ser tratada como una sede metropolitana, no distinta de las otras patriarcales. Acacio, por encargo de Zenón, preparó un documento, *Henótico*, reinterpretando la doctrina de Calcedonia a fin de que pudiera ser aceptado por monofisitas y nestorianos, y trató de imponerlo como si tuviera la supremacía doctrinal. Paralelamente un monofisita, Pedro Mongo, era admitido como patriarca de Alejandría. Félix no fue ni siquiera informado: tuvo conocimiento de lo sucedido a través del patriarca alejandrino depuesto, Juan Talaia, que buscó refugio en Roma. El papa, todavía en el comienzo de su gestión, envió sus legados a Constantinopla para dar cuenta de su elección, reclamar la confirmación del credo de Calcedonia y la restauración de Talaia en Alejandría. Fallaron absolutamente en su cometido; admitieron ser tratados como inferiores y dieron a entender que podían plegarse a todas las decisiones de Acacio y de la corte imperial.

Félix convocó un sínodo (28 de julio del 484) para excomulgar a sus legados y también a Acacio de forma solemne. Algunos monjes bizantinos, exaltados defensores de la ortodoxia, hicieron pública la excomunión colgando el documento en las vestiduras de Acacio cuando éste se hallaba celebrando misa. El patriarca ordenó que se borrara el nombre de Félix de los dípticos y, durante 35 años, se prolongaría una ruptura que algunos historiadores consideran ya como el primer cisma. El papa, mostrándose absolutamente seguro de su po-

sición, se negó a hacer concesiones: exigía el retorno puro y simple a la fe de Calcedonia y la deposición de los patriarcas de Antioquía y Alejandría, considerados monofisitas. Muerto Acacio y llegado al trono imperial Anastasio (491-518), hubo un giro a la ortodoxia, pero matizada con concesiones al monofisismo moderado. El papa nunca quiso modificar sus condiciones, a pesar de que sus detractores le considerasen demasiado duro. Su sepulcro, junto al de su padre, su esposa y sus hijos, se encuentra en la basílica de San Pablo.

Gelasio I, san (1 marzo 492 - 21 noviembre 496)

Italia. Nacido en Roma, procedente de una familia africana, fue tan importante para la vida de la Iglesia como san León Magno, a pesar de que reinó poco tiempo. Dionisio el Exiguo, que vivió en Roma pocos años más tarde y recogió la memoria inmediata de su vida, hace de Gelasio un retrato impresionante: su humildad, su determinación en el servicio de los demás, sus mortificaciones personales, su conocimiento de la Biblia, su oración y su piedad, le convierten en el Buen Pastor por excelencia. Fue el primero en usar el título de vicario de Cristo. A diferencia de sus inmediatos antecesores, fue un excelente teólogo: de ahí la claridad que emana de sus abundantes documentos. Destaca en especial el llamado *Decreto gelasiano*, que proporciona la lista de libros canónicos del Nuevo Testamento y también de los apócrifos.

La guerra que permitió a Teodorico adueñarse de Italia había causado graves quebrantos económicos: miles de refugiados cayeron sobre Roma provocando serios problemas de subsistencia. A ellos tuvo que atender Gelasio, poniendo en práctica los preceptos de la caridad. Por vez primera se redactó entonces un *Liber censuum* que permitía conocer todas las rentas a disposición de la Sede Apostólica: eran copiosas y sus propiedades —especialmente las de Cerdeña y Sicilia— permitían disponer de abundantes reservas de trigo. Gelasio dispuso que de las rentas se hicieran cuatro partes: una para el papa, que empleaba en limosnas para remedio de tanta miseria; otra parte para el clero; la tercera para repartir entre los pobres; la cuarta y última para la fábrica de las iglesias. Sus excelentes relaciones con Teodorico, pese a ser arriano, dieron a Roma el grado de tranquilidad que necesitaba. G. Pomares (*Celase I*, París, 1959) señala cómo su obra más importante consiste en haber rematado el proceso de conversión de Roma en ciudad cristiana, suprimiendo la última reliquia de las fiestas paganas, las Lupercalia, degeneradas en un grosero carnaval.

Oriente. El problema fundamental seguía siendo el de las relaciones con Oriente, interrumpidas desde el año 484 por la excomunión de Acacio. El sucesor de éste reclamaba, para suscribir el documento de fe de Calcedonia, que se anulase el decreto de excomunión, pero en esto iba envuelta la negación del primado de Roma. Gelasio se negó: a lo único que accedería fue a perdonar a uno de los legados, Miseno, obispo de Cumas (13 de mayo del 495) porque la falta de éste afectaba únicamente a la disciplina. Se declaró absolutamente decidido a defender hasta el último extremo lo que, andando el tiempo, llegaría a definirse como infalibilidad pontificia. Estas son sus palabras: «Lo que la Sede

Apostólica afirma en un sínodo, adquiere valor jurídico; lo que él ha rechazado no tiene fuerza de ley.»

En una carta al emperador Anastasio y en algunos otros textos doctrinales, expuso por vez primera con absoluta nitidez las relaciones entre los dos poderes. «Dos poderes gobiernan el mundo: la autoridad sacra del pontífice y el poder imperial. Del uno y del otro son los sacerdotes quienes soportan el mayor peso, pues en el Juicio Final tendrán que rendir cuentas, no sólo de sí mismos, sino también de los reyes.» Desde una posición de fe absoluta esta doctrina aparece como resultado de una lógica meridiana, pues el único fin de la existencia humana consiste en alcanzar la vida eterna, mientras que los bienes temporales, entre los que se cuenta el gobierno, son solamente medios para asegurar a los súbditos ese fin. Completando esta idea dijo que nadie podía colocarse «por encima de aquel hombre a quien la misma palabra de Cristo ha colocado sobre todos los hombres y al que la venerable Iglesia fiel ha reconocido como su primado». Gelasio explicaba la recíproca autonomía de ambos poderes, pero declarando que los dos están sometidos al orden moral del que la Iglesia es fiel custodia.

La abundante correspondencia conservada revela la preocupación del papa por imponer estas doctrinas y la satisfacción que le producían las sedes de Italia y, en general de Occidente, porque no ponían dificultades de obediencia. En el sínodo del 494 se tomaron importantes medidas disciplinarias acerca de la ordenación de sacerdotes y de la acción pastoral. Se le ha atribuido el más antiguo de los formularios conservados para la administración de sacramentos.

Anastasio II (24 noviembre 496 - 19 noviembre 498)

La enérgica actitud que Félix y Gelasio adoptaron en sus relaciones con Oriente suscitaban la oposición de los círculos romanos partidarios del emperador, los cuales elevaron al solio a Anastasio, hijo del presbítero Pedro, que se había hecho notar en el sínodo del 495 por su inclinación a la condescendencia. Junto con Liberio forma la excepción de no haberse incluido en la lista de los santos. Dante no dudaría en enviarle al Infierno. Apenas elegido, envió sus legados a Constantinopla con una carta al emperador concebida en términos muy conciliadores: era evidente el deseo de restablecer la unidad, pero su tono de moderación no se apartaba de las posiciones fijadas por Gelasio I en el 494; por ejemplo, pedía al emperador que le ayudara a restablecer en Alejandría la fe de Calcedonia, pero no mencionaba a Pedro Mongo, el discutido patriarca.

Los legados pontificios viajaron junto con una embajada que, presidida por el senador Festo, era enviada por Teodorico el Ámalo, en un intento de obtener una legitimación del gobierno que venía ostentando. Las dos negociaciones se mezclaron y, en determinado momento, el emperador Anastasio ofreció el reconocimiento de dicha legitimidad si por su parte el monarca ostrogodo lograba que Roma se plegara a una fórmula de compromiso en la fe, expuesta en un documento que repetía, palabra por palabra, el *Henótico*. Desconocemos la respuesta de los legados pero sabemos que Festo prometió que desde Rávena

se harían todos los esfuerzos necesarios. Bajo esta condición, Teodorico fue reconocido como prefecto de Italia el año 498.

En Constantinopla habían comenzado conversaciones con una delegación de eclesiásticos llegados de Alejandría, en un esfuerzo para encontrar una fórmula satisfactoria para todos, y el papa Anastasio, que había restablecido la comunión con Andrés de Tesalónica, dispuso que su diácono, Fotino, se incorporara a dichos trabajos. No había tenido la precaución de consultar con el clero romano, de modo que éste creyó que estaba obrando a sus espaldas y con diversas intenciones. Se produjo una grave crisis cuando algunos presbíteros romanos suspendieron la comunión con su obispo, y comenzaron a desarrollar una propaganda adversa que acabaría convirtiéndose en leyenda, recogida en el *Liber Pontificalis*, y que pretende, nada menos, que el papa había traicionado la fe. Anastasio II murió bruscamente, cuando la crisis estaba aún en sus comienzos.

Simmaco, san (22 noviembre 498 - 19 julio 514)

Cisma. La división del clero en dos facciones que se venía registrando desde la muerte de Gelasio I, quedó reflejada el 498 en un nuevo cisma. Los clérigos eran ya quienes desempeñaban el papel decisivo en la elección. La mayor parte se decidió por el diácono Simmaco, un corso que había nacido en el paganismo, y que fue inmediatamente consagrado en San Juan de Letrán. Pero los partidarios de Anastasio II que, aunque eran minoría, contaban con el apoyo de la aristocracia senatorial romana, nostálgica del Imperio, procedieron a elegir al archidiácono Lorenzo, inmediatamente consagrado en Santa María la Mayor. Las dos facciones acudieron a Teodorico, que poseía la autoridad delegada por el emperador, y él se inclinó en favor de Simmaco porque había sido elegido antes y por la mayoría. Simmaco tuvo que viajar hasta Rávena para alcanzar este resultado favorable. Apenas instalado, el nuevo papa convocó el sínodo (499) para elaborar las normas a que, en adelante, debía someterse la elección del pontífice: dicha elección correspondería exclusivamente a los clérigos, quedando excluidos los laicos. Lorenzo se sometió y fue compensado con el obispado de Noceria, en Campania, que desempeñó hasta su muerte.

Teodorico visitó Roma el año 500, siendo recibido por Simmaco. La aristocracia romana, fuerte en sus grandes propiedades y en su condición de senadores hereditarios, que no estaba dispuesta a consentir la exclusión prevista en el sínodo del 499, aprovechó esta oportunidad y el enfriamiento de relaciones entre Rávena y Constantinopla para acusar a Simmaco ante el rey de graves delitos: no celebraba la Pascua en la fecha debida, malversaba las rentas, incluso cometía pecados contra la castidad. Simmaco se negó a comparecer ante el rey en su calidad de magistrado del Imperio, atrincherándose tras los muros del Vaticano. Teodorico dispuso entonces que un obispo, el de Altinum, se encargara provisionalmente de la administración de Roma hasta que los obispos de Italia, en un sínodo, tuvieran la ocasión de pronunciarse. El papa, que negó legitimidad al administrador, Pedro de Altinum, sí aceptó el concii-

lio. Éste, el 23 de octubre del 502, decidió en forma taxativa que ningún tribunal humano puede juzgar al vicario de Cristo, una vez consagrado como tal; sólo Dios podía juzgarle.

Un papa no puede ser juzgado. La continuación de este concilio tuvo lugar el 6 de noviembre del mismo año, en San Pedro y bajo la presidencia de Simmaco. En él se renovaron las disposiciones del 499 acerca de la elección y se aprovechó la oportunidad para declarar nula la ley que invocaran los acusadores para atribuir a Simmaco malversación, con el argumento de que dicha ley había sido promulgada por Odoacro y ningún poder laico puede legislar en la Iglesia. El texto de dicha ley se convirtió en un canon que aprobaron el papa y los obispos reunidos.

Teodorico comprendió que estas disposiciones eran una amenaza para el poder temporal que representaba: sus tropas permitieron a Lorenzo regresar a Roma e instalarse en Letrán. Durante cuatro años se produjo la extraña división, pues Simmaco pudo mantenerse en San Pedro y la zona del Vaticano, mientras Lorenzo, con ayuda de los senadores, administraba la mayor parte de las propiedades de la Iglesia. Ennodio y Dióscoro, diáconos de Roma y de Alejandría respectivamente, negociaron con Teodorico hasta convencerle de su error: nada podía perjudicarle tanto como esta división. El rey ordenó al senador Festo que expulsara a Lorenzo enviándolo de nuevo a su diócesis y así concluyó el cisma. Nunca lograría Simmaco la aceptación unánime: parte de su clero y de los senadores se mostraría recalcitrante.

Algunas obras importantes se asignan a este pontificado. Confirmó a san Cesáreo de Arles en sus poderes como vicario, haciéndolos extensivos a cuestiones de fe y a las relaciones con los reyes merovingios y con los visigodos de España; le fue remitido el *pallium* como signo de autoridad. Fueron dictadas disposiciones contra los maniqueos, ordenando su expulsión de Roma. En las misas solemnes se cantarían en adelante el Gloria. Fue construida la nueva residencia pontificia en el Vaticano. En relación con Bizancio, mantuvo Simmaco la misma firmeza que sus antecesores, obligando al emperador Anastasio a capitular: estaba previsto que el papa presidiera un concilio en Heracleon de Tracia, pero la muerte se lo impidió. A su vez, el antipapa Lorenzo había muerto el año 508. Sus últimos meses se desarrollaron en medio de ejemplares ejercicios de piedad.

Hormisdas, san (20 julio 514 - 6 agosto 523)

Decreto del papa. De acuerdo con las normas de los sínodos romanos del 499 y 502, Hormisdas, probablemente recomendado por Simmaco, fue elegido por el clero por unanimidad. Era un hombre de paz que sabía aprovechar las coyunturas favorables. El emperador Anastasio, que veía crecer la resistencia de los calcedonianos, repitió la invitación para que el papa presidiera un concilio en Heracleion, a fin de restablecer la unidad. Hormisdas consultó con Teodorico, para tener la seguridad del respaldo de las autoridades italianas, y proveyó cuidadosamente de instrucciones a las legaciones que envió los años 514

y 517; no había en ellas el menor resquicio que permitiera ceder en dos puntos: el del primado romano y la profesión de fe en las dos naturalezas unidas en una persona. En consecuencia, los legados presentaron como inexcusables: la aceptación del *Tomus Leonis*, como fuera proclamado en Calcedonia; la sentencia de excomunión pronunciada contra Acacio; y el derecho de apelación a Roma de todos los obispos depuestos durante la querella. Anastasio, probablemente, no podía aceptarlas, pero su muerte, el 518, abrió paso a una solución.

Justino (518-527), el nuevo emperador, que pronto asoció al trono a su sobrino Justiniano, abrigaba grandiosos proyectos de reconquista del Mediterráneo; era calcedoniano convencido (a pesar de lo cual los monofisitas conservarían mucha influencia a través de Teodora —527-548—, la esposa de Justiniano —527-565—) y sabía muy bien que la unión de las Iglesias era indispensable para el triunfo de sus proyectos. Tras haber proclamado en Constantinopla el Símbolo de Fe calcedoniano, en medio de grandes aclamaciones populares, Justino invitó al papa a enviar una tercera embajada: esta vez se incluyó al diácono alejandrino Dióscoro, que tanto había ayudado a Simmaco y cuya lengua era el griego. Iba provisto de un documento, *Libellus fidel Hormisdæ Papæ*, que expresaba con absoluta claridad la posición de Roma tanto en la cuestión cristológica como en la primacía de la Sede Apostólica. El documento fue presentado al emperador y los obispos, que lo asumieron. En él se contenía este texto:

No puede silenciarse la afirmación de nuestro Señor Jesucristo que dijo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.» Estas palabras han sido confirmadas por los hechos: en la Sede Apostólica se ha conservado siempre, sin mácula, la fe universal. Ésta es la razón por la que yo espero estar en comunión con la Sede Apostólica en la que se encuentra la plena y verdadera religión.

Posteriormente se ha dicho que fueron más de un millar los obispos que habían suscrito el texto, y la que se llamó «Fórmula de Hormisdas» pasó a ser uno de los documentos esenciales de la Iglesia católica; el Concilio Vaticano I la incorporaría a la declaración dogmática sobre la infalibilidad pontificia. Los monofisitas, sin embargo, que conservaban fuerza en la capital aunque fueran perseguidos, se atrincheraron en Egipto, en donde darían lugar a una disidencia permanente.

Dos Romas. Hormisdas tuvo la sensación de haber conseguido una gran victoria: los nombres de los últimos cinco patriarcas así como los de los emperadores Zenón y Anastasio, fueron borrados de los dipticos. Pero Justiniano también estaba convencido de haber alcanzado grandes metas: el patriarca Juan II, al firmar la Fórmula, manifestó la alegría de declarar que ahora las dos Romas, la vieja y la nueva, eran una sola. En los años siguientes los patriarcas ganaron terreno hasta conseguir, el 521, con Epifanio, el reconocimiento del canon 28 de Constantinopla que otorgaba a Bizancio el primer puesto inmediatamente detrás de Roma. Pero el emperador había conseguido que esta ciudad

se sintiera parte del Imperio. Preparaba ya su reconquista militar. Al mismo tiempo estaba ejerciendo autoridad en asuntos puramente eclesiásticos.

Había, pues, un reconocimiento de que Constantinopla era en cierto modo cabeza de las Iglesias orientales. Hormisdas aprovechó el caso de los monjes escitas para demostrar que tal preeminencia no se extendía a cuestiones doctrinales. Dichos monjes, para evitar tendencias nestorianas, habían elaborado una fórmula («Uno de la Trinidad sufrió en la carne») que, aunque era teológicamente correcta, podía dar origen a ambigüedades. El papa no la condenó, pero tampoco la aceptó; dijo simplemente que bastaba con el *Tomus Leonis* aprobado en Calcedonia. Cuando Fausto de Riez fue acusado de pelagianismo, respondió que la doctrina de la Iglesia en este punto se había fijado por Celestino I y bastaba con atenerse a ella.

Liber Pontificalis. L. Duchesne (*Le Liber Pontificalis*, París, 1884-1885) pudo ya demostrar que en este tiempo se comenzaron a redactar las biografías de los papas a partir de documentos existentes en los archivos romanos. El *Liber Pontificalis*, como la traducción de los cánones griegos al latín (obra encomendada a Dionisio el Exiguo, el mismo monje que elaboró el cálculo del comienzo de la era cristiana) perseguían una meta: demostrar la continuidad apostólica sin fisuras. Consciente de la debilidad que podía acarrear el sometimiento al Imperio de Constantinopla, Hormisdas buscó un fortalecimiento con las Iglesias de Occidente: Cesáreo de Arles y Avito de Vienne se mantuvieron en muy estrechas relaciones con el papa; nombró vicarios en España, primero a Juan de Elche y el 521 a Salustio de Sevilla. A este último otorgó facultades para convocar y presidir concilios en Bética y Lusitania, asegurando el cumplimiento de las disposiciones romanas.

Juan I, san (13 agosto 523 - 18 mayo 526)

Natural de Toscana, había figurado entre los seguidores del antipapa Lorenzo antes de someterse a Simmaco y ser ordenado diácono. Gozaba de un gran prestigio intelectual y era amigo de Boecio, con quien consultaba sus escritos teológicos para garantizar la ortodoxia. Se trataba, sin embargo, de un anciano y, además, enfermo. Con san Hormisdas compartía el convencimiento de que para el bien de la Iglesia convenía el estrechamiento de relaciones con Oriente. Siguiendo los consejos de Dionisio el Exiguo se adoptó el calendario litúrgico que se empleaba en Alejandría. La herejía, perseguida con apoyo de las autoridades imperiales, seguía retrocediendo. Pero desde el año 524 el emperador Justino hizo extensivas a los godos que vivían en sus dominios las leyes antiarrianas: se les prohibía ocupar cargos públicos, sus iglesias fueron confiscadas y algunos de ellos obligados a abrazar el catolicismo. Teodorico que, ante todo, se sentía rey de los godos, se enfureció: convocó a Juan I a Rávena y le encargó presidir una amplia embajada, con obispos y senadores incluidos, para exigir el cese de la persecución. Juan le advirtió que procuraría que fueran ¡Hendidadas sus demandas, pero que la doctrina de la Iglesia le impedía solicitar el retorno de los conversos al arrianismo.

La embajada llegó a Constantinopla unos días antes del 19 de abril en que se celebraba la Pascua y fue recibida con muestras exageradas de respeto: el papa celebró la misa tradicional de la fiesta, en latín, ofreciendo a Justino la corona. Podía interpretarse este hecho como una estrechísima vinculación de la Sede Apostólica al Imperio. Así lo entendió Teodorico. El emperador accedió a todas las demandas de Juan I, si bien en ellas no entraba el retorno de los conversos al arrianismo. Por otra parte, mientras la embajada seguía sus gestiones se deterioraba rápidamente la situación política en Italia: el rey entendió que se estaba alzando un movimiento probizantino e hizo ejecutar a algunas prominentes personas, entre ellas Boecio (480? - 524?) y su suegro el senador Simmaco. De modo que cuando el papa regresó a Rávena se vio tratado como un enemigo. No está muy claro el alcance que las represalias tuvieron contra él y sus colaboradores: sabemos que se le prohibió abandonar la ciudad y que algunas fuentes atribuyen a los malos tratos su enfermedad y muerte.

Félix III, san (12 julio 526 - 22 septiembre 530)

En muchos textos en los que se reconoce legitimidad al antipapa Félix, figura con el ordinal IV. La muerte inesperada del papa Juan produjo una vacante de 58 días, pues los dos bandos imperantes en el clero, progodo y prooriental, se enfrentaron. Amalasunta (526-534) presionó a su padre Teodorico para que forzara la elección (un dato que recoge el *Liber Pontificalis*) y Félix pudo ser consagrado. Las relaciones con los godos mejoraron al producirse la muerte de Teodorico y asumir Amalasunta las funciones de regencia de su hijo Atalarico; se aprecian las consecuencias de dicha mejora en un incremento del poder que los pontífices venían ejerciendo sobre la ciudad de Roma; hay datos que revelan que aumentaron las propiedades, bienes y edificios, que obligaron a Félix III a incrementar el número de presbíteros para atender las nuevas necesidades.

La correspondencia de Félix III con Cesáreo de Arles revela una creciente preocupación por la mala formación de muchos presbíteros y por el retorno de algunos de éstos al estado laical. Para evitarlo, el papa recomendaba un examen riguroso de las condiciones de cada candidato. Como la necesidad de contar con el apoyo de los godos forzaba a suspender las medidas contra el arrianismo, Félix volcó sus esfuerzos en la lucha contra el pelagianismo. Por su encargo, Próspero de Aquitania recopiló textos de san Agustín hasta redactar un documento de 25 capítulos que definía la doctrina de la gracia. Dicho texto fue adoptado en el Concilio de Orange (julio del 529) y reveló ser eficaz.

Los mosaicos de San Cosme y San Damián, antiguo templo pagano, ahora convertido en iglesia cristiana, muestran el que parece ser el retrato de Félix; se trata en tal caso del primero de los pontífices cuya imagen ha llegado a nosotros. Son muchas las edificaciones y obras que se le atribuyen, reflejando una voluntad de sustituir la imagen de Roma pagana por otra, de una ciudad cristiana. En sus últimos días intentó introducir una nueva norma, designando a su

archidiacono Bonifacio como sucesor y entregándole el *pallium*. El Senado no quiso admitirlo: de ningún modo la aristocracia romana estaba dispuesta a renunciar a hábitos electorales que consideraba como derecho. La muerte del papa abrió así un serio debate.

Bonifacio II (22 septiembre 530 - 17 octubre 532)

La parte más antigua y menos fiable del *Liber Pontificalis* concluye con la muerte de Félix III: la obra será continuada por diversos autores. La designación previa de un sucesor obedecía probablemente al designio de conservar las buenas relaciones con Rávena en un momento en que, desencadenada la reconquista de África, aumentaba el número de probizantinos: aunque nacido en Roma, Bonifacio, hijo de Sigibuldo, era un germano. El Senado y la mayor parte del clero rechazaron esta designación y el mismo día 22 de septiembre procedieron a elegir a Dióscoro, el diácono alejandrino que tan importante papel desempeñara en la lucha contra el monofisismo; era, sin duda, el mejor candidato de los bizantinos. Pero murió el 14 de octubre, sin haber sido ordenado, y sus partidarios, desconcertados, reconocieron a Bonifacio.

Como la oposición había sido tan fuerte y el Senado formuló serias amenazas contra quienes aceptaran ser designados en vida de su antecesor, Bonifacio decidió convocar un sínodo (27 de diciembre del 530) exigiendo de los 60 clérigos que proclamaran a Dióscoro un juramento firmado de fidelidad; al mismo tiempo hizo condenar la memoria del difunto como de un antipapa. En sentido contrario, afirmado en el poder, Bonifacio trató de ganarse a sus clérigos con donativos y prebendas. Nada de esto significaba renunciar a su origen, ya que estaba convencido de la necesidad de poner la Sede Apostólica a resguardo de la creciente influencia de los senadores. Otro sínodo celebrado en Roma (531) aprobó un canon que le permitía designar candidato a su propia sucesión: este candidato sería el diácono Vigilio. Estalló entonces una oposición tan formidable que el papa se vio obligado a reconvocar el sínodo declarando nula la anterior constitución.

Su breve reinado obedece, sin embargo, a la misma línea de sus inmediatos antecesores: quería afirmar, ante todo, la primacía de la Sede Apostólica. Confirmó las actas del Concilio de Orange, celebrado antes de su elección, en un documento (25 enero del 531) que definía con carácter ecuménico la doctrina de la gracia. Cuando el patriarca de Constantinopla depuso al obispo de Larissa, un sínodo romano (532) le recordó que Grecia formaba parte del Iliricum y todo éste quedaba bajo la directa autoridad de Roma.

Juan II (2 enero 533 - 8 mayo 535)

Vientos de guerra comenzaron a soplar en Italia. Amalasueta, que apoyó a Justiniano durante la conquista de África, perdió la regencia al morir prematuramente su hijo Atalarico. Trató de mantenerse en el poder contrayendo nuevo matrimonio con su primo Teodahado (534-536), pero este la envió prisionera a un castillo del lago Bolzano y se proclamó rey. La princesa despojada pidió

ayuda a los bizantinos. Son estos vientos los que explican que la sucesión de Bonifacio II se desarrollara en medio de terribles debates entre ambos partidos, provocando que el solio permaneciera vacante dos meses y medio. Al final, en una especie de compromiso, fue elegido un anciano presbítero del título de san Clemente, llamado Mercurio. Como resultaba inadecuado el nombre de un dios pagano en la cabeza de la Iglesia, el electo lo cambió, tomando el de Juan, una costumbre que en el futuro se haría cada vez más frecuente. En uno de sus últimos actos como regente, Amalasueta confirmó un decreto anterior del Senado prohibiendo manipulaciones en la elección; pero añadió —precedente de mucha importancia— que en caso de discordia, al rey correspondía el arbitraje.

Justiniano, que influido por su mujer trataba de atraerse a los monofisitas moderados, logró que un sínodo aceptara la fórmula de los monjes escitas («Uno de la Trinidad sufrió en la carne») que Hormisdas rechazara por ambigua e innecesaria, y la impuso por decreto (15 de marzo del 533). Los monjes del monasterio Acoemetæ («los que nunca duermen») protestaron. Esta vez el papa dio la razón al emperador: la fórmula era ortodoxa y si servía para convencer a algunos monofisitas para que admitieran el Símbolo de Nicea y Constantinopla, podía considerarse útil. Del mismo modo, Juan II hizo valer su primado cuando, en un sínodo presidido por él, Cesáreo de Arles condenó al obispo Contumelioso de Riez por su conducta pecaminosa: Arles actuaba en este caso como vicaria de Roma.

Más clara resulta la actitud de la Iglesia africana. El año 535 Reparato de Cartago reunió un magno concilio al que asistieron 217 obispos. Se trataba de reorganizar la provincia tras la conquista. El concilio envió a Juan II un informe completo pidiendo la confirmación de sus actas. En todas partes la primacía de Roma era admitida; existían, sin embargo, discrepancias acerca de su extensión.

Agapito I, san (13 mayo 535 - 22 abril 536)

La prisión y posterior asesinato de Amalasueta dieron a Justiniano la oportunidad que desde hacía tiempo buscaba para desencadenar su ofensiva sobre Italia: dos ejércitos, desde África y desde Dalmacia, participaron en la invasión. En este clima de duros presagios tuvo lugar la elección de Agapito, hijo del presbítero Gordiano, que había muerto a manos de los partidarios de Lorenzo el año 502. Archidiácono, era un hombre cultísimo, poseedor de una importante biblioteca estudiada por I. Marrou («Autour de la bibliothèque du papa Agapit», *Mel. Archéologie et Hist.*, 48, París, 1931) y ubicada en su casa del Monte Celio. Gran colaborador de Cassiodoro, con él había construido el primer plan de enseñanza orgánica que conocemos como *trivium* (gramática, retórica, dialéctica) y *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música) y que es el fundamento de la escolástica europea. En este ámbito es el antecedente de san Isidoro. Una de sus primeras decisiones fue rehabilitar la memoria de Dióscoro.

De carácter muy independiente, desplegó una gran energía en la defensa del primado romano. Así, cuando Contumelioso de Riez apeló la sentencia pronunciada contra él por Cesáreo de Arles, admitió la apelación y luego confirmó la sentencia. Justiniano le pidió concesiones en relación con los arrianos de África vueltos al catolicismo, pero él mantuvo firmemente la legislación romana, especialmente la que impedía a los sacerdotes arrianos ser luego sacerdotes católicos. En octubre del 535 fueron confirmados todos los cánones que regulaban la cuestión arriana.

Teodahado pidió a san Agapito que encabezara una misión de paz en Constantinopla. Él aceptó porque era consciente, al igual que sus antecesores, de los graves daños que la guerra iba a significar para la Iglesia. Tenía el ejemplo de África: muchos clérigos y laicos se habían refugiado en Italia huyendo de las tropas bizantinas. Introdujo entonces una disposición que obligaba a dichos clérigos a proveerse de cartas de excomunión de sus propios obispos antes de incorporarlos al servicio de Roma. Aceptó, pues, la embajada, pero no quiso recibir dinero alguno: hubo de empeñar vasos de oro y plata de las iglesias de Roma para hacer frente a los gastos del viaje.

En Constantinopla fue recibido con muestras de afecto y sumisión muy grandes (febrero del 536). Pero en relación con la guerra Justiniano le advirtió que las órdenes estaban ya cursadas y no era posible cambiarlas. Conoció Agapito que el patriarca Antimo de Constantinopla, designado a instancias de la emperatriz Teodora, era un monofisita, como ella misma, y le negó la comunión. Se sucedieron halagos y amenazas, igualmente resistidos hasta conseguir que se celebrara un debate público en que pudo demostrar que Antimo, efectivamente, sostenía doctrinas que ya habían sido condenadas. Justiniano, que no podía en aquellos momentos prescindir de Roma y de lo que la Sede Apostólica significaba, depuso a Antimo. San Agapito se encargó de consagrar a su sucesor, Menas, pero después de que éste hubiera firmado la «Fórmula de Hormisdas». Como compensación, confirmó el decreto de Justiniano de marzo del 533, pero advirtiéndole que los laicos no tenían autoridad para predicar.

Agapito no volvió a Roma: murió en Constantinopla el 22 de abril del 536. Un concilio celebrado poco después en esta ciudad, al que asistieron los miembros de su séquito, hizo la solemne condena del monofisismo. El cadáver del papa, encerrado en una caja de plomo, fue trasladado a Roma para recibir sepultura en San Pedro.

Silverio, san (8 junio 536 - 11 noviembre 537)

Hijo de un papa. La guerra gótica había comenzado cuando llegó a Roma la noticia del fallecimiento de Agapito. Teodahado pudo presionar por última vez sobre el clero de Roma para que eligiera inmediatamente un sucesor, confiando en que se promocionase alguna persona favorable a sus intereses. Fue designado un hijo del papa Hormisdas, nacido en Frosinone, y que sólo era subdiácono, de nombre Silverio. Inmediatamente el clero cerró filas en torno a su persona para salvaguardar la unidad, preciosa en aquel momento. Este pontifi-

cado, breve y de acciones poco importantes, suscitó una cuestión que tardaría siglos en aclararse: ¿puede un papa abdicar? Silverio iba a encontrarse entre dos fuegos. Parecía, por una parte, que debía su nombramiento a las presiones de los ostrogodos; la emperatriz Teodora quería, por otra, conseguir la rehabilitación de Antimo.

Apenas muerto Agapito, Teodora se había puesto de acuerdo con el apocrisario, Vigilio, ofreciéndole la promoción a la Sede Apostólica si se comprometía a la rehabilitación de Antimo. Y él aceptó marchando con los soldados de Belisario cuando éstos, desembarcados en Nápoles, avanzaron hacia la antigua capital, que sería ocupada en diciembre del 536. Durante dos siglos, Roma iba a encontrarse dentro del espacio bizantino. Justiniano tenía, en relación con la Iglesia —nuclearmente inserta en el Imperio—, algunas ideas muy claras que conocemos a través de su legislación (*Novelae*). No formulaba ninguna duda acerca de que Roma fuese «cabeza de todas las Iglesias», aunque asociaba esta condición, no a la tumba de Pedro, sino al hecho de que a esta ciudad cabía «el honor de ser madre de las leyes» y «cima del supremo pontificado». Tras esta cabeza, a muy escasa distancia, se encontraba Constantinopla, la nueva Roma dotada de «precedencia sobre todas las demás sedes». En el siguiente rango aparecían aquellas Iglesias que compartían con las dos mencionadas el rango de patriarcales, esto es, Alejandría, Antioquía y Jerusalén. Desde el año 536 estas cinco indiscutibles cabezas estaban dentro del Imperio: sólo flecos de cristianismo permanecían fuera de él. El emperador consideraba a los cinco patriarcas como altos magistrados súbditos suyos que le debían obediencia, aunque él se declaraba sujeto a la doctrina y a la moral.

¿Puede un papa abdicar? M. Hildebrand (*Die Absetzung des Papstes Silverius*, Munich, 1923) realiza la siguiente reconstrucción de los hechos: Belisario, llegado a Roma el 10 de diciembre del 536, pidió a Silverio, según las órdenes de la emperatriz, la rehabilitación del patriarca Antimo, y él se negó. El papa fue conducido a la residencia del general y acusado, mediante pruebas falsas, de haber conspirado para entregar Roma a los godos. De hecho se había producido lo contrario: el papa, junto con el Senado, había tratado de convencer a los bárbaros de que no ofrecieran resistencia dentro de la ciudad para evitar su demolición. Belisario arrebató a Silverio el *pallium*, le devolvió a su antiguo rango de subdiácono, y anunció al pueblo su deposición (11 marzo 537). El Imperio, tratando al pontífice como a cualquier funcionario desobediente, le desterró a Patara, en Asia Menor. Vigilio fue entronizado el 29 de marzo del 537.

Miembro de la aristocracia senatorial romana, el antipapa era precisamente aquel mismo Vigilio a quien Bonifacio II quiso designar como sucesor. Rechazado por el clero romano, Agapito había buscado para él una compensación nombrándole su apocrisario en Constantinopla. Allí, siendo ambicioso, entró en los planes de la emperatriz, adquiriendo el doble compromiso de rehabilitar a Antemio y de sustituir la confesión de Calcedonia. La deposición de Silverio permitió a Belisario promover una nueva elección, pero la posición

de Vigilio se hizo sumamente difícil: seguía aún vivo el papa y la fe de Calcedonia era firme e indiscutida en todas las Iglesias de Occidente. En todas las zonas del Imperio se alzaban voces de obispos que rechazaban los sucesos de marzo del 537.

El de Patara, huésped del desterrado, viajó a Constantinopla para explicar a Justiniano cómo Silverio había sido injusta e indebidamente privado de su oficio. Justiniano dispuso que Silverio regresara a Roma para ser sometido a juicio justo: si se le encontraba culpable sería transferido a otra sede, pero si era declarado inocente volvería a ocupar la cátedra de san Pedro. Vigilio y Belisario, que contaban con el apoyo de Teodora, decidieron impedir tal posibilidad. Silverio fue detenido durante el viaje y enviado bajo custodia a la isla de Palmaria, cerca de Gaeta. Allí, sometido a amenazas, abdicó (11 de noviembre), falleciendo poco después.

Ahora el antipapa, reconocido por todos, era ya pontífice legítimo. Pero la abdicación planteaba, cuando menos, importantes dudas: si no se apreciaron las consecuencias fue sin duda porque en Roma se recibieron casi al mismo tiempo las dos noticias, de renuncia y de muerte. Quedaba en pie un hecho sustancial. Dueño de Roma, el Imperio se proponía tratar a los papas como a cualquier otro de sus funcionarios. Una situación que se prolongó hasta mediados del siglo VIII.

Vigilio (29 marzo 537 - 7 junio 555)

Querrela de «Los Tres Capítulos». Aunque consagrado el 29 de marzo, Vigilio no fue verdadero e indiscutido papa hasta después del 11 de noviembre. Sobre la marcha advirtió a Antimo y a los otros patriarcas anticalcedonianos que, aunque compartía sus puntos de vista acerca del peligro que significaba el nestorianismo, era preciso obrar con cautela. Buscó ante todo el modo de reforzar su poder en Occidente, confirmando el vicariato de Arles y estableciendo con Profuturo de Braga, metropolitano en el reino suevo, relaciones que garantizaran su sumisión (29 de marzo del 538). Justiniano no podía esperar, pues las divisiones teológicas ponían en peligro su Imperio. Comenzó a desconfiar de aquel papa hechura suya cuando éste afirmó que la fe de la Iglesia coincidía con los cánones de Calcedonia y que repudiaba el monofisismo. En enero del 543 un rescripto imperial condenaba los «Tres Capítulos» (es decir, los escritos en que Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto de Ciro e Ibbas de Edesa defendían la doctrina de las dos naturalezas en Cristo). Menas, patriarca de Constantinopla, firmó el rescripto: en realidad, se trataba de dar satisfacción a los monofisitas, que acusaban muy duramente a los tres autores mencionados. Patriarcas y obispos en Oriente obedecieron al emperador, pero en Occidente se produjo una fuerte resistencia, entre otras razones porque repugnaba a la conciencia que el emperador legislase acerca de lo que debía ser creído.

Vigilio se mantuvo, en principio, al lado de los occidentales. Pero el 22 de noviembre del 545, cuando se hallaba celebrando misa, la policía imperial interrumpió la ceremonia y le prendió; conducido a Sicilia bajo escolta, llegó a

Constantinopla en enero del 547. A pesar de sus debilidades, Vigilio era sin duda, sucesor de Pedro, custodio de la fe de la Iglesia. En Constantinopla se apartó de la comunión con Menas y rechazó el decreto justiniano. Era un prisionero, sobre el que pudieron ejercerse presiones y amenazas hasta que, finalmente, su voluntad se doblegó: estableció comunión con Menas y dictó una sentencia, el *Iudicatum*, rechazando los «Tres Capítulos». Estalló una verdadera tormenta: los obispos de África, que también eran súbditos del Imperio, convocaron un sínodo, excomulgaron a Vigilio (550) y vertieron contra él acusaciones corroboradas por individuos de su séquito, como si hubiera traicionado la fe de la Iglesia. El papa decidió retirar su *Iudicatum*, llegando a un acuerdo con el emperador: sólo un concilio ecuménico podía disipar las dudas y llegar a una solución. L. Duchesne («Vigile et Pélagie», *Rev. Quest. Historiques*, 1884) llegó a la conclusión de que el *Iudicatum* no había sido redactado en la cancellería del papa.

En medio de la tormenta desatada quebraban los designios de Justiniano. Sin esperar al concilio, cuyo lugar y tiempo no estaban fijados, hizo que uno de sus consejeros, Askidas, redactara un nuevo decreto, *omologia písteos*, confirmatorio de la sentencia contra los Tres Capítulos, y lo promulgó sin dar cuenta al papa. Vigilio, que recobraba el sentido de su autoridad, excomulgó a Askidas y exigió la retirada del edicto; para evitar nuevas vejaciones, se refugió en la iglesia de San Pedro con los clérigos de su séquito. Pero la iglesia fue asaltada por los soldados del emperador y el papa quedó sometido a verdadera prisión domiciliaria (23 de diciembre del 551). Estos avatares servían, sin embargo, para que el pontífice descubriera cuánta era la fuerza moral que le asistía: el emperador necesitaba de su confirmación para evitar que sus actos carecieran de legitimidad. Una noche, Vigilio huyó de su casa, atravesó el Bósforo y se refugió en Calcedonia, precisamente en la iglesia en que se celebrara el concilio del 451.

La fuerza del emperador. Pacientes negociaciones permitieron alcanzar un acuerdo en junio del 552. Se haría la convocatoria del concilio. Aunque el papa propuso Sicilia, Justiniano impuso su voluntad y fue convocado para el 5 de mayo del 553 en Constantinopla. Es el quinto de los ecuménicos. Comprobando que la representación occidental era insignificante, el papa se negó a asistir, pero mantuvo a través del diácono Pelagio un diálogo constante con los padres conciliares, a los que presentó el 14 de mayo una constitución en la que se reconocían 60 proposiciones extraídas de los escritos de Teodoro de Mopsuestia que podían considerarse peligrosas, pero se guardaba silencio sobre los otros dos autores. Justiniano rechazó la constitución y mostró al concilio cartas de Vigilio en que éste se había comprometido a condenar los Tres Capítulos. Entonces el emperador tomó la dirección del concilio; estaba decidido a resolver las cuestiones doctrinales sin reparar en el precio. Dijo que suspendía la comunión con Vigilio, aunque no con la Sede Apostólica, cuya primacía espiritual seguía reconociendo. En su octava sesión, el concilio del 553 condenó solemnemente los Tres Capítulos.

El Imperio dominaba ahora en el Mediterráneo. El año 554 Justiniano promulgó una pragmática sanción reorganizando las provincias de África, Italia y España; equivalía a una confesión de que la reconquista ya no podría ir más allá. Este Imperio se consideraba a sí mismo como la cristiandad y el concilio del 553 aparecía como el máximo logro de una política que comunicaba a sus súbditos, clérigos o laicos, la conducta a seguir. Pero Vigilio se resistía a confirmar los acuerdos, y en esta situación el concilio, rechazado en Occidente, no podía titularse ecuménico. Se ensayaron todos los procedimientos —detención y destierro de los consejeros del papa, amenazas y ofertas— hasta conseguir (8 de diciembre del 553) que Vigilio firmara un largo escrito arrepintiéndose de su defensa de los Tres Capítulos porque al fin «Dios le había abierto los ojos». El 23 de febrero del 554 firmaría una segunda constitución por la que ratificaba todos los decretos del concilio.

Era ya un papa desprovisto de prestigio, acusado de debilidades por los obispos occidentales. En estas condiciones, Justiniano no tuvo inconveniente en autorizar el regreso a Roma, de la que faltaba desde hacía nueve años. Vigilio decidió permanecer todavía un año en Constantinopla a fin de obtener de Justiniano concesiones que le permitieran defender su gestión. Ésta es la causa de que en la pragmática sanción se introdujera una cláusula aclaratoria que garantizaba las libertades eclesiásticas en las nuevas provincias. Con esta garantía mínima el papa se decidió a emprender el viaje. Nunca llegó a Roma: murió en Siracusa. Era tal su desprestigio que no fue sepultado en San Pedro, sino en San Marcelo, en la vía Salaria.

Pelagio I (16 abril 556 - 3 marzo 561)

Su nombre indica que se trataba de un romano, de vieja y noble estirpe. En el año 556 podía considerarse como el mejor preparado para ceñir la tiara. Ordenado diácono, acompañó a san Agapito en su embajada en Constantinopla y se convirtió en cabeza del grupo de clérigos romanos que, tras la muerte del papa tomaron parte en el concilio. En la crisis que siguió a la deposición de Silverio apoyó abiertamente a Vigilio, prestándole grandes servicios. Nombrado por éste apocrisario en Constantinopla, pudo entrar en el grupo de confidentes de Justiniano y Teodora: a él se encomendó redactar el decreto imperial que condenaba las doctrinas de Orígenes. Luego se le confió la administración de Roma durante la larga ausencia de Vigilio: tomó abiertamente la actitud de los obispos occidentales en la querrela de los Tres Capítulos y alcanzó una gran popularidad cuando el año 546 Tótila, rey de los godos, cercó y tomó la ciudad, pues evitó matanzas, saqueos y destrucciones. Tótila le pidió que regresara a Constantinopla, para negociar una paz, y allí permaneció, al lado de Vigilio, sosteniendo con energía su actitud frente al monofisismo, hasta el punto de ser enviado a prisión en un monasterio.

Cuando el papa suscribió las Actas del Concilio de Constantinopla, su actitud cambió: no podía negarse que el de Constantinopla era un concilio verdaderamente ecuménico que obligaba a obediencia. Su firme actitud a favor del

mismo le valió la estima de Justiniano, que le consideraba ya como el eclesiástico más importante del Imperio. Una especie de elección organizada por el emperador, fuera de Roma, le convirtió en papa. Los romanos le recibieron con la hostilidad que cabe suponer. Los obispos se negaban a officiar en la consagración y sólo el 16 de abril un clérigo de Ostia, que decía tener la representación del obispo, junto con los de Perugia y Ferentino, accedieron. Comenzó su pontificado prestando solemne juramento de fidelidad a los concilios ecuménicos, especialmente al de Calcedonia y, asimismo, no haber tenido nada que ver con la muerte de Vigilio. De este modo venía a demostrar que nadie tiene poder para juzgar a un papa, que se exculpa por sí mismo. Sin embargo, era el representante imperial, Narsés, quien se encargaba de sostenerle en su puesto con sus soldados.

A pesar de todo, y aunque los obispos de Aquileia y de Milán le negaron la comunión, iniciando un cisma que se prolongaría bastantes años, Pelagio fue un excelente papa: había decidido restaurar la unión entre los dos sectores de la Iglesia haciendo aceptable la doctrina de todos los concilios. Su gran cultura le permitió traducir al latín textos griegos del siglo v, *Los dichos de los ancianos*, que prestarían una gran ayuda en la formación de clérigos y monjes. Cuando Narsés instaló en Rávena la sede de su gobierno, el papa obtuvo amplios poderes sobre la ciudad de Roma, que había sufrido mucho durante la guerra gótica. Aprovechó también la oportunidad de las recuperaciones justinianeas para reorganizar las propiedades pontificias en Italia, Dalmacia y el norte de África, cuyas rentas, abundantes, le permitieron asumir plenamente la *annona* imperial o suministro de la ciudad. Su preocupación por la moral del clero, la energía con que defendió la ortodoxia y la eficacia de un gobierno que se aplicaba a restaurar la ciudad, le ganaron el respeto y la simpatía crecientes en Italia, sin que pudieran hacerse extensivos a las otras regiones de Occidente. Hay un silencio absoluto acerca de sus relaciones con España o las Galias. Justiniano no se vio defraudado: tuvo en Pelagio un excelente colaborador.

Juan III (17 julio 561 - 13 julio 574)

En la Pragmática Sanción, Roma aparecía descrita como un ducado dentro de la exarquía, que abarcaba toda Italia. El crecimiento del poder de los papas y el establecimiento de una guarnición militar con su mando, habían reducido al Senado a una mera distinción honorífica que ostentaban las grandes familias romanas, en general muy ricas: una de ellas era la del procurador Anastasio, cuyo hijo, Catelinus, fue elegido para suceder a Pelagio. Cambió entonces su nombre por el de Juan. Dos misiones fundamentales se asignó: atraer a los disidentes a la obediencia de Roma y organizar la nueva forma de vida religiosa que llamamos monaquismo. Logró reanudar las relaciones con las Iglesias de África, y el 573, cuando ya las invasiones alteraban profundamente la vida italiana, también la sumisión de Nápoles. Aquileia siguió negando la comunión.

Desde mediados del siglo iv se había extendido a Occidente la costumbre oriental de la vida solitaria, en desprecio del mundo. Nacieron así los primeros

cenobios, como fórmulas excepcionales, y para ellos se redactaron algunas reglas, bastante variadas. Fue san Benito de Nursia (480-529) quien realizó el gran esfuerzo de organizar en un solo texto, extraordinariamente inteligente, las experiencias recogidas en la vida cenobítica. Las comunidades benedictinas, equiparadas a familias —el superior recibía el afectuoso título de *abba*, «padre»— se caracterizaban porque constituían un modo de vivir el cristianismo de una forma completa, que es lo que significa la palabra «perfección». Pelagio y Juan III se enfrentaron con el hecho de que el cristianismo podía vivirse de tres modos: clerical, monástico y laical. A fin de ordenar el monaquismo, Pelagio había traducido *Los dichos de los ancianos* (*Verba seniorum*); al mismo fin apuntaba otra compilación, la llamada *Exposición del Heptateuco*.

Juan III esperó cuatro meses antes de ser consagrado: el tiempo necesario para que llegara el plácet del emperador. El 568 los lombardos, que habían figurado como tropas auxiliares de Narsés, desencadenaron su ataque sobre el valle del Po, apoderándose incluso de Milán: en Pavía instalaron una especie de capital. Cuando el avance de los invasores se hizo amenazador para Roma, el papa viajó a Nápoles tratando de convencer a Narsés de la necesidad de instalar en Roma su residencia. Pero la presencia del exarca, en un momento en que el prefecto de la ciudad era ya de nombramiento pontificio, provocó en los romanos una reacción tan desfavorable que el papa tuvo que abandonar Letrán, retirándose a la basílica de los Santos Tiburtino y Valeriano, en la vía Apia. Narsés y Juan III fallecieron en el mismo año con muy escasa diferencia de tiempo.

Benedicto I (2 junio 575 - 30 julio 579)

No conocemos sus antecedentes familiares, salvo que su padre se llamaba Bonifacio. Elegido inmediatamente después de la muerte de Juan III, tuvo que esperar once meses a que llegara la confirmación imperial; las comunicaciones con Constantinopla se habían hecho difíciles. Continuaba el avance de los lombardos que, a su paso, tendían a constituir ducados en el corazón de Italia; con uno de ellos, Spoleto, se vio obligado Benedicto a negociar por vez primera para conseguir que fueran respetadas las propiedades episcopales y de los monasterios. Los exarcas, atrincherados en Rávena, poco podían hacer. Una delegación, pontificia y senatorial, fue enviada a Constantinopla para conseguir ayuda, pero las tropas y suministros que Justino II (565-578) pudo emplear se revelaron muy escasos: en el verano del 579 la ciudad de Roma estaba asediada por los bárbaros y el hambre se adueñaba de la ciudad. En tan dramáticas circunstancias se produjo la muerte de Benedicto.

Pelagio II (26 noviembre 579 - 7 febrero 590)

Papa godo. Hijo de un godo, de nombre Wunigildo, había nacido en Roma. Las circunstancias extremas que atravesaba la ciudad impedían solicitar la confirmación imperial y por ello decidió hacerse consagrar inmediatamente (agosto del 579). Sin embargo, la fecha oficial que le asigna el *Liber Pontifica-*

lis coincide con la llegada del plácet, el 26 de noviembre. Mientras tanto, tras negociaciones que desconocemos, había conseguido de los lombardos que levantaran el asedio, obteniendo de este modo la adhesión popular. Sabía llevar la caridad al extremo y casi al comienzo de su pontificado fundó un hospicio para pobres. Bizancio ya no estaba en condiciones de atender militarmente a Italia. Cuando el diácono Gregorio llegó a Constantinopla en calidad de apocrisario, el emperador Tiberio II comentó con él dos posibles soluciones al problema: una negociación con los lombardos o una demanda de ayuda a los francos; era la primera vez que alguien mencionaba esta posibilidad.

Giro a Occidente. En octubre del 580 Pelagio II tomó contacto con el obispo de Auxerre, Aunario: pretendía que éste convenciera a Gontram, rey de Borgoña, de que, respondiendo a los designios de la Providencia, a él correspondía convertirse en protector de Italia y del pontificado. El merovingio prestó oídos sordos. De todo informó Pelagio a su embajador Gregorio que, entre tanto, había establecido relaciones con otro apocrisario venido de España, san Leandro (t 600). Se abría una nueva oportunidad con los visigodos. El emperador nada podía hacer; había cursado órdenes a Smaragdo, el exarca, para que intentara una negociación con los lombardos. Éstos aceptaron, el 585, una tregua de cinco años.

Durante este plazo algunos acontecimientos importantes tuvieron lugar. El primero de todos fue que se restablecieron las relaciones de la Sede Apostólica con el norte de Italia: la diócesis de Aquileia había sufrido tanto con las invasiones que su obispo, Elias, había trasladado su residencia a Grado, mientras que sus fieles se habían refugiado en las islas cercanas a la costa donde nacería Venecia. Los esfuerzos que el diácono Gregorio, vuelto de Constantinopla, realizó para conseguir que se reanudara la comunión, fracasaron, sin embargo. Pelagio II no renunció ni siquiera a solicitar de Smaragdo el empleo de la fuerza, pero nunca pudo conseguir su propósito. Venecia heredaría de Aquileia las pretensiones de autocefalia.

III Concilio de Toledo. Sostenido en este punto por Gregorio, Pelagio operaba ya una especie de giro hacia Occidente. Un nuevo rey, Autario (584-590), gobernaba a los lombardos; estaba casado con una católica, Teodolinda (t 625), y se abrían grandes posibilidades para unos esfuerzos de conversión, que prosperaban. Pero el gran acontecimiento de este tiempo, saludado con entusiasmo en la correspondencia entre Gregorio y Leandro, sería el III Concilio de Toledo (589), que significaba el abandono del arrianismo por los visigodos. Una fuerte monarquía, profundamente enraizada en el derecho y la cultura romanos, estaba surgiendo en la península. En todo el Occidente se fortalecía el catolicismo y el repliegue bizantino hacía que dejaran de ser aquellas Iglesias llecas en el exterior para cobrar protagonismo. El 588 hubo de protestar Pelagio de que el patriarca Juan IV de Constantinopla asumiera, en un sínodo, el título de «patriarca universal». Se ordenó a Gregorio que rechazara las actas del sínodo y que rompiera la comunión con el patriarca hasta que éste se decidiera a reconocer que tal título correspondía únicamente al sucesor de Pedro.

Como una reivindicación del mismo, ordenó cambiar de sitio el altar mayor de la iglesia de San Pedro a fin de que coincidiera exactamente con el lugar de la tumba del apóstol.

Grandes inundaciones provocó el Tíber en noviembre del 589. Como consecuencia, se difundió por Roma y su comarca una terrible epidemia. El papa hizo verdaderos alardes de heroísmo y abnegación acudiendo en ayuda de los afectados. Contrajo la enfermedad y murió, siendo enterrado en San Pedro.

Gregorio I Magno, san (3 septiembre 590 - 12 marzo 604)

Significación. Estamos ante una de las figuras capitales de la historia de Europa, cuya obra es más importante que la de ningún otro creador de Imperios. Nacido hacia el 540, pertenecía a una rica familia de patricios que diera ya a la Iglesia dos papas, Félix II y Agapito I. Se le preparó cuidadosamente —siempre en formación latina— para una carrera política de muy alto nivel. A los 30 años de edad era ya prefecto de Roma, en un momento en que el pontificado comenzaba a intervenir en estos nombramientos (572-574). Los especialistas en la materia (*The Earliest Life of Gregory the Great*, Lawrence, Kansas, 1968) coinciden en afirmar que la experiencia recogida en la primera etapa de su existencia es imprescindible para explicar la importancia de su obra. La muerte de su padre, Gordiano, y el encuentro con la regla de san Benito, le llevaron a un proceso de rigurosa conversión: vendió todos sus bienes para fundar seis monasterios, entre ellos el de San Andrés de Celiomonte, que era su propio domicilio, y comenzó a vivir el riguroso ascetismo de los monjes. Años después recordaba este tiempo de ayuno y oración contemplativa como el más feliz de su existencia. Pero hacia el año 578 Benedicto I requirió sus servicios y le ordenó diácono. En calidad de tal le enviaría Pelagio a Constantinopla el 579. Aquí organizaría su residencia de apocrisario, equivalente a una embajada, como un pequeño monasterio con otros monjes que le permitían seguir viviendo en comunidades. Este período, hasta el 585 en que hubo de regresar a Italia, reviste gran importancia: a instancias de san Leandro escribe las *Moralia*. Ganó la voluntad de las autoridades bizantinas, para las que pasó a ser candidato idóneo al pontificado. En los últimos años de Pelagio II se convirtió en el consejero indiscutible.

El papa. Pocas veces se había visto tanta unanimidad: Mauricio, el emperador, el clero y el pueblo le aclamaron y aplaudieron. Sólo él se mostraba reticente, pero acabó cediendo y fue consagrado el 3 de septiembre del 590. Una leyenda pretende que, para combatir la peste que asolaba Roma, hizo que salieran siete procesiones de otros tantos *tituli*, haciendo una llamada a la penitencia. La peste cesó. Alguien dijo que se había visto, sobre la mole Hadriana, un ángel que envainaba una espada de fuego: ésa es la razón de que se le conozca, todavía hoy, como castillo de Sant'Angelo. Manifestó el disgusto que le producía tener que cambiar la vida contemplativa por la tiara: de sus años mozos guardó siempre el convencimiento, que reflejan sus obras, de que el monacato es la forma superior de vida cristiana. Frente al patriarca de Constantino-

pla, que insistía en ser llamado «universal» —pretensión que san Gregorio siempre combatió— puso en marcha una conciencia de servicio mediante la fórmula que aparece en adelante en los documentos pontificios, del «siervo de los siervos de Dios». La misión del papa coincide con la doctrina evangélica: el que quiera ser primero entre vosotros sea vuestro servidor.

San Gregorio fue, ante todo, director espiritual de la Iglesia. Los tres sínodos que reunió dieron normas de vida religiosa. Fue, para Roma, un verdadero obispo que intentaba permanecer cerca de sus fieles y para ello estableció la costumbre de las «estaciones», que le permitía reunidos. Personalmente fue Gregorio un hombre de gran habilidad, determinación y energía, sostenidas por una muy frágil salud que acabó convirtiéndole en un paralítico. Realista, se distinguía especialmente por la humildad: a fin de cuentas la vida es sólo un breve tránsito temporal. La caridad destaca como una de sus virtudes más sobresalientes. Guerra, hambre y peste reclamaban medidas urgentes. La amenaza lombarda continuaba. El 592 y el 593 la ciudad de Roma sufrió dos asedios, el primero a cargo del duque Ariulfo de Spoleto y la segunda del rey Agiulfo; en ambas ocasiones el papa consiguió la retirada de los lombardos mediante negociaciones y una fuerte indemnización. Ya no era el gobernador bizantino sino el papa quien actuaba como defensor de Roma. Sin embargo, Gregorio se negó siempre a firmar acuerdos como la tregua del 598, porque ése era un cometido que correspondía al exarca y no a él.

«*Patrimonium Petri*». Como una parte de la reconstrucción se encuentra el esfuerzo para organizar el *Patrimonium Petri*, es decir, el conjunto de propiedades de la Sede Apostólica: además del *patrimonium Romae* incrementado con los bienes de *Aquae Salariae*, entraban en él las grandes fincas de Apulia, Calabria, Lucania, el Samnium, Campania, Capri, Gaeta, Toscana, Rávena, Córcega, Cerdeña y, especialmente, de Sicilia. Este enorme patrimonio estaba formado por fincas a las que se llamaba *fundos*. Una reunión de fundos, explotados por medio de campesinos establecidos en régimen de enfiteusis o arrendamientos, se llamaba *massa* y se evaluaba según el volumen de la renta que producía. El conjunto de las *massae* de una provincia se llamaba a su vez *patrimonium* y tenía a su frente un administrador directamente nombrado desde Roma. Ninguno de estos patrimonios provinciales podía compararse con el de Sicilia, que nutría de trigo los almacenes de Roma y permitía al papa asegurar el alimento de la ciudad. San Gregorio decidió, prudentemente, que los administradores («rectores») fuesen en todo caso clérigos para evitar la formación de linajes que confundiesen la propiedad con la autoridad.

El *Patrimonium Petri*, cuya existencia con la organización mencionada se comprueba al menos en la segunda mitad del siglo vi, fue el origen remoto de los Estados Pontificios, ya que, de acuerdo con la ley romana, los rectores, como el famoso subdiácono Pedro que administraba Sicilia, poseían funciones jurisdiccionales sobre colonos y arrendatarios. En tiempos de san Gregorio el conjunto del *Patrimonium* rendía 500.000 sueldos, una gran parte de los cuales recaudados en especie. Dos veces al año una flota procedente de Sicilia, arri-

baba a Ostia cargada de trigo: el mercado, los repartos gratuitos de grano, la construcción de iglesias y de otros edificios, hacían del papa el punto esencial de referencia para la vida de esta grande y frágil ciudad. Es cierto que seguía siendo un súbdito del Imperio y que los emperadores le trataban como uno de sus altos oficiales, pero las funciones en él subrogadas le convertían en el verdadero dueño de Roma. El fisco se entendía con él y no con los ciudadanos. De él y no del exarca se esperaban las medidas eficaces de defensa para las que se había comenzado a reclutar una guarnición, llamada «milicia romana». Sobrevivía un senado pero enteramente supeditado al papa, que era quien nombraba al «prefecto de la ciudad». Por otra parte, el Senado había dejado de ser una asamblea: era tan sólo la élite de los grandes propietarios que usaban este título como signo de su elevada posición. El papa era ya, por tanto, un príncipe temporal, aunque no soberano. En las dos ocasiones mencionadas, para la liberación de Roma negoció directamente con los lombardos. Pero al exarca correspondía la representación política del emperador.

El escritor. F. H. Dudden (*Gregory the Great. His Place in History and Thought*, Londres, 1967) y P. Batiffol (*Saint Grégoire le Grand*, París, 1928) coinciden en señalar que, con todo, el más importante y duradero de los aspectos de la obra de san Gregorio se encuentra en sus escritos. Nunca quiso emplear en ellos el griego, aunque es indudable que lo hablaba por su larga estancia en Constantinopla. Era, pues, un latinista. Sus cartas, de las que 850 han llegado hasta nosotros, presentan un variado y rico muestrario de orientaciones pastorales que tienden a buscar la imitación de Cristo. Nadie puede tener la seguridad de estar salvado: de ahí la tensión en que ha de desarrollarse la existencia. Monje ante todo, quería que el espíritu monástico se difundiese por las venas de la Iglesia hasta alcanzar los últimos rincones. La *Regula pastoralis*, comenzada a redactar como una explicación de su resistencia a aceptar el cargo, llegó a ser el libro más importante acerca del oficio episcopal. Se ordena en cuatro partes: las condiciones que deben tener los candidatos; la forma de vida, profundamente religiosa, a que el oficio obliga; la discreción que se necesita para la predicación; y la humildad que debe presidir todos los actos del obispo ya que, a fin de cuentas, no es sino el servidor de sus hermanos en la fe. Ejemplares de la *Regla* fueron después adoptados en todos los países como norma de disciplina.

Las *Moralia*, comenzadas durante la estancia en Constantinopla, son un comentario al Libro de Job. Es significativo que, mientras buscaba interpretaciones alegóricas, afirmaba que la Escritura carece de sentido cuando se prescinde de su contenido histórico. La Biblia no proporciona únicamente textos para la predicación: es ante todo una lectura espiritual para el perfeccionamiento de cada hombre. Sus comentarios y sermones, contenidos en las *Homilias sobre los Evangelios*, *Homilias sobre Ezequiel*, *Homilias sobre el Cantar de los Cantares* y *Comentarios sobre el Libro I de Samuel*, le permitieron ahondar en una cuestión de importancia decisiva en la conformación de la mentalidad europea, a partir del gran debate sobre la gracia a que Pelagio y san Agustín dieran lugar.

Para san Gregorio la gracia no es un elemento contundente capaz de anular la libertad humana: en esta condición esencial de la naturaleza humana, es decir, el libre albedrío, reside todo el mérito, pues si la gracia, ayuda de Dios, no falla, al hombre corresponde, en definitiva, aceptarla o rechazarla. Los *Diálogos* contienen, entre otras, una vida de san Benito de Nursia que es signo de absoluta fidelidad a su monaquismo.

La gran política. Polifacético, san Gregorio escribió, cuidó de los pobres, levantó iglesias, restauró Roma, hizo penitencia, enseñó con la palabra y el ejemplo, al tiempo que se ocupaba de las grandes cuestiones disciplinarias y políticas. En modo alguno sentía vacilar su conciencia de que Roma formaba parte del Imperio ni de que la unidad de la Iglesia estuviese garantizada por la fidelidad a los cuatro concilios (Nicea, Constantinopla, Éfeso, Calcedonia), que llegaba a comparar con los cuatro Evangelios, incluyendo el debatido canon 28 que garantizaba a Constantinopla el segundo puesto («después», pero no «antes» ni a la par de Roma) dentro de la cristiandad. Sintió escándalo porque el patriarca Juan el Ayunador se titulase «ecuménico», un título que le parecía signo de soberbia y que él mismo se negó positivamente a usar. Protestó reiteradamente de dichas pretensiones, pero a pesar de la amistad que le unía a los patriarcas de Antioquía y Alejandría, no consiguió que éstos, temerosos del emperador, le apoyasen. Cuando Mauricio, el emperador, le reprochó que hiciera cuestión importante de lo que, a su juicio, era sólo un juego de palabras, él replicó que estas palabras afectaban a una misión encomendada indefectiblemente a san Pedro por el propio Cristo que había colocado a todas las Iglesias, incluyendo a la de Constantinopla, bajo la supremacía de la Sede Apostólica. No vería el éxito de sus protestas, pero el año 607 Focas prohibiría a los patriarcas el uso del debatido título de ecuménico.

Las misiones. R. A. Markus («Gregory the Great and a papal Missionary strategy», en *Study of Christian History*, 6, Londres, 1970) no duda en calificar a Gregorio de «primer misionero». En realidad, las misiones para convertir a los germanos que aún permanecían fuera del ámbito romano en la idolatría, estaban en marcha cuando él subió al trono. Pero recibieron de su mano un fuerte impulso. En primer término en Cerdeña, donde impuso al obispo de Aleria la obligación de concluir con los resistentes focos paganos. Respecto a los judíos, recomendaba multiplicar los esfuerzos para atraerlos al bautismo, pero rechazaba cualquier recurso a la fuerza o a la coacción. Sus relaciones, estrechas e importantes, con los reyes germánicos en España, Francia e Italia, no deben interpretarse como desvíos en la fidelidad al Imperio, sino como una necesidad de fortalecer el cristianismo en ellos y sus vinculaciones con Roma. En España encontró un gran apoyo en Recaredo y san Leandro de Sevilla: debe recordarse el estrecho paralelismo que la obra literaria de san Gregorio ofrece con la de san Isidoro. En las Galias, la restauración del vicariato de Arles y las estrechas relaciones con Brunquilda, ella misma de origen visigodo, se explican por la necesidad de reforzar la dependencia de sus obispados respecto a Roma.

Un episodio en la vida de san Gregorio ha sido rodeado de tintes poéticos legendarios. Siendo todavía diácono vio que estaban vendiendo en un mercado de Roma jóvenes esclavos rubios y preguntó quiénes eran: «Son anglos», le respondieron. Y entonces replicó que «no son anglos, sino ángeles». Compró tales esclavos —es un hecho comprobado que parte de las rentas del Patrimonium se empleaban en el rescate de los esclavos— y, siendo ya papa, los envió a su país con el prior de un monasterio romano, llamado Agustín (t 604). Tal habría sido el origen de la Iglesia en la Inglaterra sajona. El propio Gregorio enviaría a Agustín el palio en su calidad de primer arzobispo de Canterbury. Nuevos refuerzos misionales enviados el año 601 permitieron fundar sedes en Londres y en York.

Entre las obras más destacadas de san Gregorio figura también un *Sacramentario*, que es una especie de misal de la época, y una colección de cantos, el *Antifonario*. Sus precisiones en el campo de la liturgia explican que la salmodia monocorde propia de los monjes siga siéndole atribuida con el nombre de «canto gregoriano». En realidad, no se trata de ninguna invención suya, aunque es evidente que estimuló la oración cantada. De él data también la reducción del tiempo de Adviento a cuatro semanas en lugar de las seis de que se componía al principio.

Sabiniano (13 septiembre 604 - 22 febrero 606)

Nacido en Volterra, Sabiniano era uno de los clérigos que trabajaron a las órdenes de san Gregorio, sirviéndole como legado en Constantinopla entre los años 593 y 595, si bien incurrió en censuras por parte del pontífice al no mostrar suficiente energía frente al emperador Mauricio y el patriarca Juan en el debate sobre el título ecuménico. A partir de entonces y aunque todavía hubo de desempeñar una misión en Francia, se convirtió en una especie de cabeza para el clero romano, que rechazaba las tendencias monásticas de san Gregorio. Al final del pontificado de este último aparecían muestras de descontento: la nueva amenaza lombarda, deficiencias en las comunicaciones y escasez alimenticia difundían la inquietud. De este modo, la elección de Sabiniano el 604 puede considerarse como una especie de reacción contra las tendencias anteriores. No pudo ser consagrado hasta septiembre de dicho año, por tener que aguardar el plácer imperial. Es poco lo que sabemos de su pontificado, salvo que el crecimiento del hambre obligaba a tomar medidas de emergencia y que se procuró aumentar la influencia de los clérigos en detrimento de la de los monjes. Los rigurosos controles que se vio obligado a establecer en los almacenes de grano sirvieron para que se le acusase de negocios especulativos. Había tal descontento que, en su sepelio hacia el Vaticano, el cortejo no se atrevió a cruzar las calles principales de Roma temiendo desacatos por parte de la multitud.

Bonifacio III (19 febrero - 12 noviembre 607)

Nacido en Roma, aunque de familia griega, era uno de los protegidos de san Gregorio, que le nombró *primicerias defensores*, una especie de jefe de proto-

coló en el séquito del papa. Actuó como embajador en Constantinopla el 603, al ofrecer la sumisión a Focas, que acababa de sustituir a Mauricio. De entonces databa el favor imperial. Sin embargo, entre la elección y la consagración medió casi un año a causa del desorden en las comunicaciones, tiempo en que estuvo gobernando de hecho. Focas demostró su favor con el decreto que prohibía al patriarca de Constantinopla el título de «ecuménico» y reconociendo el primado de Pedro sin paliativos. Bonifacio agradeció el gesto ordenando erigir en Roma una estatua dorada del emperador. Éste envió instrucciones a Smaragdo, el exarca, para que apoyase al papa contra los cismáticos de la antigua diócesis de Aquileia-Grado, ahora fuerte con el respaldo de Venecia. Son muy pocas las noticias que se tienen de este pontificado, extraordinariamente corto. La más importante se refiere a la reunión de un sínodo encargado de regular las elecciones pontificias: debían de transcurrir dos días desde la muerte del anterior para que se presentasen candidaturas; sólo el clero intervendría en la elección que, *a posteriori*, sería aceptada por el pueblo.

Bonifacio IV, san (15 septiembre 608 - 8 mayo 615)

Nacido en una pequeña localidad de los Abruzzos e hijo de un médico, pertenecía al séquito de san Gregorio, como su antecesor, cuyos pasos se proponía seguir, incluso en el detalle de convertir su casa en monasterio. Tiempo sumamente difícil el suyo: Italia estaba en guerra y Roma sufría verdaderos desastres, incluyendo el hambre y la peste. Bonifacio puso un gran empeño en conservar las excelentes relaciones con los emperadores; recibió de Focas, como regalo, el Panteón, que hizo adaptar arquitectónicamente para consagrarlo (13 de mayo del 609) como iglesia de Santa María de los Mártires in Rotondo. El papa la enriqueció luego con abundantes reliquias. Las amabilidades del emperador respondían a un fin concreto: que Bonifacio le ayudara a atraer a los monofisitas haciendo más rigurosas las censuras contra los Tres Capítulos. Cualquier concesión, en esta línea, provocaba reacciones desfavorables en Occidente.

Estos años aparecen llenos por la gran figura de san Columbano. Este monje irlandés, fundador de Luxeuil, conocido por su rigor, después de haber desarrollado una gran tarca como misionero, había tenido que refugiarse en Italia a causa de su enfrentamiento con Brunequilda. Fundó la abadía de Bobbio (613) y pasó a ser el principal consejero de Agiulfo (590-616) y su época católica, Teodolinda. Para estos últimos era de especial importancia conseguir que terminase el cisma que sostenía la antigua sede de Aquileia a fin de unirla al resto del norte de Italia, el cual se apoyaba en un rechazo de las concesiones que se hicieran por parte de Roma en la querrela de los Tres Capítulos. Columbano, que se dirigía al papa como cabeza *omnium totius Europae ecclesiarum*, redactó un documento en que desaparecían todos aquellos matices y pidió su aprobación. El papa se resistió: no quería entrar en nuevos conflictos con Bizancio. Bonifacio IV, que trataba de ganar el apoyo de las Iglesias occidentales, envió el palio al metropolitano de Arles, a petición de Brunequilda, y convocó un sínodo en Roma para tratar, según se anunció, de la regulación de

la vida monástica (610). Por primera vez un obispo de Londres, Melito, asistió a una asamblea de este tipo. Fue la oportunidad para que el papa enviara cartas al primado de Canterbury y al rey Ethelberto de Kent (560-616). Se reco-
gían, pues, frutos abundantes de la iniciativa de san Gregorio.

Deodato (Adeodato) I, san (19 octubre 615 - 8 noviembre 618)

Hacía mucho tiempo que un presbítero no era elegido. Nacido en Roma e hijo del subdiácono Esteban, era de edad avanzada y tenía tras de sí una larga trayectoria de servicios como sacerdote. Su elección era el resultado final de una querrela entre dos bandos: el gregoriano, inclinado a preservar la influencia monástica, y el del clero romano, que consiguió la victoria. De golpe ordenó catorce presbíteros y estableció un oficio vespertino, paralelo del matutino, a fin de darle una función. Aparte de esta política tendente a convertir el presbiterado en un elemento dominante, no se conocen otros detalles de su pontificado, que coincide con una época dura. Roma seguía formando parte del Imperio bizantino; las tropas de la guarnición se amotinaron por falta de pagas e incrementaron el bandidaje que ya abundaba. En su testamento, Deodato legó a cada clérigo romano un estipendio a fin de que pidiese a Dios por la salvación de su alma.

Bonifacio V (23 diciembre 619 - 23 octubre 625)

Hijo de Juan y nacido en Nápoles hubo de esperar trece meses la llegada de la confirmación imperial que le permitiría ser consagrado. Las crecientes dificultades de comunicación movieron al emperador a delegar en el exarca de Rávena este cometido, con la consecuencia de que la legitimidad del papa parecía depender ahora de un funcionario de segunda fila. Las campañas en la frontera persa alejaban cada vez más a Heraclio (610-645) de los asuntos italianos. Bonifacio se situó en la misma línea de actuación que su antecesor, favoreciendo al presbiterado. Por ejemplo, rebajó el papel de los acólitos, a los que prohibió transportar reliquias o sustituir a los diáconos en sus ausencias. También procuró que la autoridad civil, en Roma y su entorno, quedara sometida a la eclesiástica. Fue un hombre generoso, que distribuyó en limosnas su cuantiosa fortuna y se sintió movido a verdadera caridad hacia una población que vivía en muy difíciles condiciones. Se le ha de atribuir un gran esfuerzo en la edificación de la Iglesia en Inglaterra, aprovechando los copiosos resultados de la misión comenzada más de veinte años atrás. A las provincias del sur, Londres y Canterbury, se sumaba ahora Northumbria, donde el rey Edwin (f 633) y su esposa Ethelburga se convirtieron al cristianismo. Benedicto mantuvo con ellos correspondencia epistolar, enviando además el palio a Justo de Rochester, titular de York, que iba a ser la segunda metropolitana entre los anglosajones.

Honorio I (27 octubre 625 - 12 octubre 638)

Los comienzos. Hijo del cónsul Pctronio y originario de Campania, pertenecía a una de las familias más ricas de Roma. Repitiendo el gesto de san Gre-

gorio Magno, convirtió su casa en un monasterio; de nuevo los monjes desempeñaban un papel decisivo. No hubo en este caso intervalo entre la elección y la consagración porque estaba presente en Roma el exarca Isaac. Coincidió con san Gregorio en otras dos líneas de acción: correcta administración del Patrimonio e interés por los reinos occidentales. Buscaba también una mejora en la formación intelectual de los clérigos, en coordinación con el desarrollo que, desde la época de Cassiodoro (490-575), era visible en los benedictinos. Se estaba haciendo más compleja y, al mismo tiempo, más rigurosamente jerárquica, la ordenación de ese clero. En Roma, Honorio perseguía deliberadamente la sumisión de la ciudad, reduciendo al exarca al rango de huésped bienvenido cuando ocasionalmente la visitaba: eran el papa y sus clérigos quienes se ocupaban de las obras públicas, reparación de acueductos, aprovisionamiento del mercado, paga a los soldados de la guarnición y reparo de edificios, como en este caso concreto San Pedro y Santa Inés Extramuros. Las copiosas rentas del Patrimonio permitían asumir sin agobios tales obligaciones: los funcionarios civiles recibían del papa instrucciones, y sospechamos que también los nombramientos.

Relaciones con los germanos. Fuera del exarcado, frontera del Imperio, se hallaba el reino lombardo, frenado ahora en su expansión, de fronteras inciertas. Honorio mantuvo relaciones normales con Adaloaldo (603-626) y, cuando éste fue depuesto, las reanudó con Arioaldo (625-636), a pesar de ser arriano. Una línea de conducta que le permitió recobrar la autoridad sobre los obispos del norte de la península y dar los primeros pasos para resolver el cisma de Aquileia-Grado, que se arrastraba desde mucho tiempo atrás. Aunque la cuestión doctrinal, en torno —como sabemos— a los Tres Capítulos, siguió coleando por algunos años. Honorio pudo nombrar por primera vez un obispo de Grado, y precisamente a uno de sus subdiáconos, Primigenio, en sustitución de Fortunato, depuesto. En esta línea de refuerzo de los vínculos con el norte entran las extraordinarias concesiones a Bobbio, la obra predilecta de san Columbano: fue declarada exenta de cualquier jurisdicción y vinculada directamente a la sede romana.

Constan, asimismo, las relaciones de sumisión de los obispos de Epiro, Cerdeña y España. El año 638 Honorio escribió a los obispos españoles, que se preparaban para celebrar el VI Concilio de Toledo, una carta bastante brusca en que les exhortaba a que no permaneciesen «mudos como perros que no saben ladrar» y les ponía en guardia contra las excesivas condescendencias hacia los judíos. San Braulio respondió con una carta llena de fidelidad pero molesta por la reconvencción: Dios había iluminado en ambos sentidos al rey Chintila (636-639). Es posible que hayamos de establecer alguna conexión entre este gesto y la política antijudía, o cuando menos imprudente, de los últimos monarcas godos. Reforzando la vinculación de Inglaterra a la Sede Apostólica, envió el palio a los dos metropolitanos, de Canterbury y de York, encomendando al monje Birinus que iniciara la evangelización de Wessex (638). Dos problemas estaban surgiendo, ambos graves, dentro de esa área: la resistencia de los irlandese-

ses a unificarse con los anglosajones, sus inveterados enemigos, en el seno de la fe, y la reacción nacional e idólatra encabezada por el rey Penda de Mercia (632-642). Penda logró vencer y dar muerte a Edwin de Northumbria en Heathfield (633), pero los católicos se estaban ya reagrupando y no tardarían en conseguir la victoria definitiva.

Querella monotelita. El 634 Honorio recibió una carta del patriarca Sergio de Constantinopla en la que solicitaba o proponía una aclaración doctrinal en torno al modo de operar de la voluntad de Jesucristo. La fórmula propuesta por Ciro de Alejandría y abrazada por Sergio, «dos naturalezas distintas en una sola operación», había sido denunciada por el monje Sofronio como una forma disfrazada de monofisismo. El griego causaba ciertas confusiones que no se daban en latín. Honorio se precipitó probablemente en su afán de dar una respuesta inmediata, sin esperar a disponer de más información, especialmente de la parte contraria. Decía que había que confesar sencillamente «un solo Jesucristo que obra en las dos naturalezas las obras de la divinidad y las de la humanidad. Es necesario, ante todo, poner a salvo la voluntad personal y debe reconocerse «alguna unidad de voluntad», ya que el Verbo ha tomado nuestra naturaleza, mas no el pecado que hay en ella». El texto era claro, pero los términos griegos *energía* o *telía* (de donde procede monotelismo) no resultaban tan inequívocos. Cuando recibió al enviado de Sofronio, un presbítero llamado Esteban, intentó el papa evitar deformaciones con una segunda carta en la que recomendaba silencio.

De esta segunda carta sólo se han conservado fragmentos, que son importantes: «No debemos definir ni una ni dos energías... sino confesar las dos naturalezas en unidad de un solo Cristo. Debemos confesar un único operante que es Cristo, el Señor, en las dos naturalezas; y en lugar de las dos energías que se proclame más bien con nosotros dos naturalezas... las dos operando lo que les es propio sin confusión, sin separación y sin cambio.» Fue enviada a Sergio, a Ciro y a Sofronio. Pero ya entonces el patriarca y el emperador Heraclio habían entendido que con el texto de la primera el papa les daba la razón y publicaron un documento, *Ekthesis*, declarando el monotelismo como fórmula ortodoxa y obligatoria. Se trataba en realidad de un esfuerzo para atraer la buena voluntad de los monofisitas, fuertes en Egipto, en un momento de extraordinario peligro para el Imperio por persas y árabes.

Se había cometido un abuso: donde el papa hablaba de una unidad de voluntad moral trataban los monotelitas de entender unidad de voluntad física. Las Iglesias orientales, especialmente después de que el monofisismo naufragó en la marea musulmana, consideraron herética la doctrina de Honorio y armaron un gran escándalo consiguiendo que fuera condenada en el Concilio de Constantinopla del 680. León II, al aprobar sus actas, estableció que en el futuro los papas prestarían un juramento, antes de subir al solio, de no incurrir en lo que se daba en llamar el «error de Honorio». Pero en el siglo xv el famoso cardenal español Juan de Torquemada, al estudiar con detenimiento los textos, advirtió que el error estaba en los que condenaban la fórmula de Ho-

norio, que era absolutamente ortodoxa, y que el concilio, mal informado, había condenado una doctrina que jamás fue sostenida por el papa. Algunos teólogos católicos han llegado más lejos, al sospechar que las actas mismas del mencionado concilio hayan podido ser falseadas; esta última opinión tampoco es sostenible. Honorio no había negado en modo alguno que Jesucristo estuviera desprovisto de voluntad humana, si bien en Él las dos voluntades actúan al unísono, como explica el Evangelio cuando dice que cumple «la voluntad de mi Padre». El caso Honorio fue esgrimido todavía en el Concilio Vaticano I, que hizo la aclaración de que la infalibilidad pontificia se refiere únicamente a los pronunciamientos *ex-cathedra*, una condición que no tiene la carta de Honorio a Sergio, que era simplemente explicativa. Es G. Kreutzer (*Die Honoriusfrage im Mittelalter und in der Neuzeit*, Stuttgart, 1975) quien ha conseguido aclarar este vidrioso episodio.

Severino (28 mayo - 2 agosto 640)

Las noticias que llegaban de Oriente causaban la más profunda alarma: los musulmanes, dueños de Jerusalén, se expansionaban en Siria y preparaban un ataque decisivo sobre Egipto. Amplias zonas de cristiandad antigua y prestigiosa estaban ya en poder de los enemigos de la fe. En tales circunstancias fue elegido papa un anciano, hijo de Avieno, nacido en Roma. Aunque la elección tuvo lugar a mediados de octubre del 638, tuvo que esperar veintidós meses ya que no llegaba la confirmación imperial: Heraclio había hecho llegar al exarca Isaac un ejemplar de la *Ekthesis* con el encargo de que lograra la aceptación del papa antes de conceder el pláacet. Hubo negociaciones muy tercas. Los enviados de Severino a Constantinopla no fueron autorizados a regresar hasta que prometieron poner de su parte todo lo posible para que el papa suscribiera el documento. Sobre el propio electo se ejercieron presiones que podrían ser calificadas de malos tratos.

La guarnición de Roma se amotinó: la vacante en el pontificado impedía que se abonaran las soldadas con cargo al tesoro papal, según era ya la costumbre; de Bizancio no podía esperarse dinero. El comandante de esas tropas, Mauricio, cercó a Severino y sus colaboradores en Letrán, obligando al exarca Isaac a acudir a toda prisa. Los bizantinos saquearon las arcas papales, como si fueran un botín de guerra, pagaron los salarios y enviaron una ayuda al emperador para sus guerras. En estas circunstancias se produjo la consagración de Severino, que apenas pudo sobrevivir dos meses. Tan corto plazo evitó que tuviera que pronunciarse en el espinoso asunto de la *Ekthesis*. Fue enterrado en San Pedro.

Juan IV (24 diciembre 640 - 12 octubre 642)

Dálmata, era hijo de un alto funcionario (*scholasticus*) del exarca, de nombre Venancio, y ocupaba el cargo de archidiácono cuando fue elegido en agosto del 640. Durante cinco meses, mientras llegaba la confirmación imperial, gobernó en Roma un verdadero triunvirato que componían, con el electo, el ar-

cipreste Hilario y el primicerio Juan. Los tres firmaron el importante documento que ordenaba a la Iglesia irlandesa atenerse al calendario romano y no seguir la costumbre judía en el cálculo de la Pascua; en el fondo se trataba de un esfuerzo para romper las reticencias que separaban la vieja cristiandad de san Patricio de la que, por esfuerzo misional romano, había llegado a establecerse entre los anglosajones. Esta segunda iglesia estaba en peligro por la muerte de Edwin y la derrota de su sucesor Oswald (633-642). Penda estaba devolviendo extensas regiones al paganismo.

El exarca probablemente esperaba que Juan IV se mostrase obediente a las órdenes imperiales suscribiendo la Ekthesis. Hizo precisamente lo contrario: reunir un sínodo en Roma (enero del 641) y condenar la doctrina del monotelismo como herética. Perdido definitivamente Egipto, Heraclio había dejado de tener interés en ella; el 11 de febrero de ese mismo año escribió a Juan IV declarando que el responsable de la Ekthesis era el patriarca Sergio. Éste, sin embargo, insistió en el monotelismo, afirmando incluso que Honorio I lo había aceptado. Con gran cólera, Juan IV escribió al nuevo emperador Constantino III (641) rechazando dicha afirmación, pues lo único que Honorio había aceptado era que Cristo se hallaba preservado de los efectos de la división que aparece en la voluntad humana a causa del pecado.

El papa Juan mostró un especial afecto a la tierra que le viera nacer: envió al abad Martín con mucho dinero para rescatar cautivos dálmatas que eran víctimas de las correrías de ávaros y eslavos, y edificó en Letrán una capilla para reunir en ella las reliquias de los santos de Dalmacia. Un mosaico de dicha capilla conserva el que parece ser su retrato.

Teodoro I (24 noviembre 642 - 14 mayo 649)

Sus actos. Hijo de un obispo griego y nacido en Jerusalén, se contaba entre los fugitivos que llegaban a Roma como consecuencia del avance musulmán. Su elección demuestra que era cada vez más fuerte la corriente que se oponía al monotelismo. Teodoro tenía una preparación teológica superior a la de sus dos antecesores, se hallaba en relación con Máximo el Confesor, y era discípulo de Sofronio. La corta distancia entre la elección y la consagración indica un primer intento, todavía tibio, para sacudirse la tutela imperial. Dio acogida a los fugitivos que iban llegando de Oriente y despachó un legado, Esteban de Dor, a Egipto, para tratar de organizar la vida de una Iglesia que iba a verse sometida a un régimen de ocupación. Reforzó la independencia de Bobbio respecto al obispado de Tortona, contando con el apoyo de los reyes lombardos, a fin de que la gran abadía fuera un centro de proyección religiosa. En Roma instituyó la fiesta de la Purificación de María (2 febrero), en un intento para incrementar la importancia del culto a la Virgen, todavía poco desarrollado en Occidente.

El Typo de Fe. Impulsado por los obispos de África escribió, apenas consagrado, al emperador Constante II con reproches porque seguía sosteniendo la Ekthesis, contra lo que dispusiera Heraclio poco antes de morir. Pirro, pa-

triarca de Constantinopla, había sido despojado de su cargo al llegar al trono Constante (641-668) y Teodoro negó la comunión a su sucesor Paulo mientras no se dieran dos condiciones: restablecimiento de la legitimidad canónica, mediante renuncia libre de Pirro, y la condena del monotelismo. Pirro apareció en Roma protestando de que su despojo era debido a su ortodoxia, y el papa ordenó que se le tratara como un verdadero patriarca. No perseveró, sin embargo, en esa actitud, pues al llegar a Rávena hizo sumisa obediencia al emperador. En consecuencia, Teodoro hubo de negar la comunión a ambos. Pirro pasó a África, donde llegaban también muchos otros fugitivos, mantuvo un debate con Máximo el Confesor, en Cartago (julio del 645) y reconoció que el monotelismo era un error.

Ante estas presiones, Constante II, tratando de enmendar los daños que la Ekthesis causara, publicó un nuevo decreto, *Typo*, abrogando aquélla, prohibiendo los debates y disponiendo que todo el mundo se atuviese a la fe de los cinco concilios ecuménicos. Pero el *Typo* resultaba también para Roma inaceptable y no por razones doctrinales: se trataba de una ingerencia del emperador en la más íntima de las funciones de la Iglesia, a quien exclusivamente correspondía fijar la fe. El apocrisario Anastasio, que se negó a firmar el documento, fue desterrado a Trebisonda, mientras que la residencia que ocupaba en Constantinopla, la capilla latina del palacio de Placidia, era demolida. Constante intentaba demostrar que él era, también, la cabeza religiosa del Imperio. Teodoro falleció antes de que pudiera pronunciarse acerca del *Typo*.

Martín I, san (5 julio 649 - 17 junio 653)

Nacido en Todi (Umbría), tierra que ha dado a la Iglesia enérgicos colaboradores, sirvió siendo diácono, como apocrisario en Constantinopla, de modo que conocía bien las fuertes corrientes de opinión que agitaban al Imperio. De su estancia en Bizancio extrajo una fuerte oposición al monotelismo y, sobre todo, al dominio que los emperadores trataban de establecer sobre la Iglesia. No quiso esperar la confirmación antes de ser consagrado, un gesto que se interpretó en Constantinopla como desobediencia: Constante II se negó a reconocerle como legítimo. En octubre del 649 un sínodo, celebrado en Letrán, con asistencia de 105 obispos, condenó expresamente la Ekthesis y el *Typo*, anatematizando a Sergio, Pirro, Paulo, Ciro de Alejandría y Teodoro de Farán. Estaban presentes numerosos teólogos griegos exiliados. Al confirmar la doctrina de que en Cristo hay dos operaciones y dos voluntades libres, incontaminadas por el pecado, el sínodo prohibió nuevos debates sobre esta cuestión: la Sede Apostólica había pronunciado la última palabra. Las actas laterancenses fueron comunicadas a todas las Iglesias para que las suscribiesen y también a Constante II, acompañadas de una carta muy comedida.

El emperador percibió cuál era el fondo de la cuestión: se trataba de rechazar su derecho a decidir en cuestiones doctrinales. Nombró a Olímpios exarca de Italia y le transmitió la orden de conducir a Martín como prisionero a Constantinopla. Se trataba, desde su punto de vista, de un funcionario rebelde.

Olimpios no cumplió la orden: comprendió que el papa contaba con un fuerte apoyo y, movido por su propia ambición, se proclamó emperador ofreciendo a Martín un entendimiento pleno si le apoyaba. Pasaron así casi tres años antes de que la revuelta fuera controlada. El nuevo exarca, Teodoro Calliopas, con un fuerte ejército, se apoderó de Letrán (junio del 653) y de la persona de Martín, comunicó al clero que se trataba de un papa ilegítimo y le envió a Constantinopla en un barco, sin tener en cuenta la enfermedad que padecía. El clero romano obedeció en esta ocasión al emperador y procedió a una nueva elección.

Casi a punto de muerte por la gota y la disentería, Martín I alcanzó Constantinopla el 17 de septiembre del mismo año 654, tras una larga estancia en Naxos. Maltratado, fue sometido a juicio por alta traición (19 diciembre 654) —se le acusaba de complicidad con Olimpios— y condenado a muerte. La sentencia se conmutó por destierro a perpetuidad. Después de tres meses de prisión, en espantosas condiciones, fue enviado al Jersoneso (Crimea) en donde falleció el 16 de septiembre del 655.

En el intervalo entre el sínodo romano (31 octubre 649) y su prisión (17 junio 653), Martín I había desarrollado una gran labor: la correspondencia con Sigeberto III (634-656) revela cómo se estaba estrechando la relación con los merovingios; el apoyo a Teodoro de Tarso, nuevo arzobispo de Canterbury, ayudaría mucho a la fuerte reacción anglosajona en favor del catolicismo; las estrechas relaciones con san Amando, primer obispo de Maastricht, sirvieron para afirmar las misiones en los Países Bajos. Es el último papa que figura inscrito en la lista de los mártires. También Máximo el Confesor y sus dos principales colaboradores sufrieron el martirio.

Eugenio I, san (10 agosto 654 - 2 junio 657)

Profunda amargura hubo de sentir Martín I cuando supo que, pese a sus recomendaciones de resistencia, el clero romano había elegido, el 10 de agosto del 654, a un anciano, dulce y santo presbítero, Eugenio, hijo de Rufinianus. Había triunfado la opinión que consideraba peligroso mantener la sede vacante. Parece que posteriormente el propio Martín, para evitar un cisma, decidió renunciar a la tiara. Eugenio envió inmediatamente sus legados para restablecer las relaciones con Bizancio, instruyéndoles en la búsqueda de fórmulas de paz. El nuevo patriarca, Pedro, les acogió calurosamente porque esperaba de ellos que condescendieran. En este clima fue elaborada una fórmula que reconocía en Cristo dos voluntades en dos naturalezas, pero una sola en su hipóstasis o persona. Apoyándose en ella se restableció la comunión entre ambas sedes el año 655.

La fórmula aprobada venía a complicar más las cosas. Cuando los legados regresaron a Roma y se procedió a leer las cartas sinodales bizantinas en la misa que celebraba el papa en Santa María la Mayor, estalló un tumulto, se interrumpió la ceremonia y sólo pudo continuarse cuando Eugenio se comprometió formalmente a rechazar esta doctrina y excomulgar a quienes la sostu-

viesen. Constante II anunció que se dictaría nueva orden de prisión contra el papa. De nuevo Oriente y Occidente se separaron. La orden imperial no fue cumplida, sin embargo, porque Eugenio I murió antes de que Constante II pudiera tomar las disposiciones oportunas.

Vitaliano, san (30 julio 657 - 27 enero 672)

Nacido en Segni, localidad cercana a Roma, hijo de Anastasio, gozaba indudablemente de buena opinión cerca del emperador. A ella respondió satisfactoriamente, escribiendo tanto a Constante II como al patriarca Pedro cartas en que, silenciado el Typo y las cuestiones debatidas, manifestaba una fuerte voluntad conciliadora. En aquel momento el avance musulmán sobre Constantinopla recomendaba al emperador un repliegue sobre Italia, donde, entre otras cosas, esperaba hallar recursos para montar la contraofensiva. De modo que la respuesta fue también conciliadora: se inscribió en los dípticos el nombre del papa y, entre otras generosas donaciones, Constante II hizo una confirmación general de los privilegios de que gozaba la sede romana.

Italia vivía un tiempo de fuertes tensiones. Bajo el reinado de Ariperto (653-661) el catolicismo había hecho progresos decisivos entre los lombardos, pero se abría paso en este reino la opinión que codiciaba la conquista de toda Italia. Una guerra civil entre los hijos de Ariperto, Bertaris y Godeperoto, dio al duque de Benevento, Grimoaldo, la gran oportunidad. Consiguió proclamarse rey. Pero ahora unidos los ducados con el reino, Roma se hallaba como en el centro de una tenaza, con difíciles comunicaciones. Vitaliano acudió al emperador que había ido a instalarse en Sicilia. Constante hizo un corto viaje a Roma el 663 y fue acogido allí con gran entusiasmo. Aguardaba a los romanos una profunda decepción: los bizantinos no representaban ninguna fuerza, ni siquiera bastante para inquietar a Benevento. Lo que el emperador había ido a buscar a Roma era dinero. Incluso confiscó las puertas de bronce del antiguo Panteón para venderlas.

Vuelto a Sicilia, Constante promulgó un decreto (666) confirmando a Revena como capital del exarcado y disponiendo que, por esta condición, su metropolitano quedaba en adelante libre de cualquier dependencia con respecto a Roma. Sin embargo, cuando el emperador murió asesinado por sus tropas (15 de septiembre 668), san Vitaliano se negó a reconocer al usurpador Mejecio, prestando todo su apoyo al hijo de Constante, Constantino IV (668-685). El nuevo emperador pagó su deuda de gratitud olvidándose del Typo. En aquellas horas sombrías, cuando parecía Constantinopla condenada a sucumbir ante la marea islámica, las «cuestiones bizantinas» quedaban fuera de lugar. Vitaliano negó la comunión al nuevo patriarca Juan V, porque en sus cartas sinódicas seguía mostrándose monotelita, a pesar de lo cual Constantino no consintió que se borrara su nombre de los dípticos.

Dos son las obras que hacen grande la memoria de este papa: organizó la *schola cantorum* de Letrán, abriendo camino a la música religiosa que se separaba de la tradición profana de Roma hasta entonces dominante. Comenzaba

el desarrollo de lo que sería, primero, canto gregoriano, y después, polifonía. Los cantores fueron llamados *vitaliani*, que es el origen de los *italiani*. La influencia bizantina sobre esta música, que es como la raíz de todo lo que vino después, resulta fácilmente reconocible. Tras la victoria de Oswy, rey de Northumbria (642-670), sobre la reacción pagana, reorganizó la Iglesia anglosajona, fortaleciéndola en su negativa a rechazar las costumbres irlandesas. Para ello consagró en Roma, como arzobispo de Canterbury, a Teodoro de Tarso, y colocó a su lado dos personajes, el abad Adriano y Benedicto Biscop, que garantizaron la fe calcedoniana de la isla. En ambos casos Vitaliano se limitaba a culminar lo que emprendiera su modelo san Gregorio Magno. En uno de los trabajos que continúan siendo esenciales, Henri H. Howorth (*The Golden Days of the Early English Church from the arrival of Theodore to the death of Bede*, Londres, 1917) demostró, entre otras cosas, que esta política pontificia convirtió a Inglaterra en una de las grandes bases de la cultura latina en Occidente.

Deodato (Adeodato) II (11 abril 672 - 17 junio 676)

Hijo de Joviniano, había profesado, siendo muy joven, en el monasterio de San Erasmo del Monte Celio, y fue elegido siendo ya anciano. Confirmado muy pronto por el exarca, Deodato se hizo sin embargo eco de un escrito que presentaba a Martín I y a Máximo el Confesor como verdaderos mártires de la fe, y adoptó en este punto una conducta más rigurosa que la de sus antecesores: rechazó las cartas sinódicas del nuevo patriarca, Constantino I, porque seguía sustentando tesis monotelistas, y provocó una nueva ruptura de relaciones entre las dos Iglesias. El *Liber Pontificalis* le describe como un monje caritativo y piadoso. Se conservan de él solamente dos cartas: una al abad de San Pedro de Canterbury, la otra al monasterio de San Martín de Tours; se trata en ambos casos de confirmar sus privilegios y de revelar una política que consistía en favorecer todo lo posible las formas de vida monástica. En esa misma línea efectuó importantes obras de remodelación en su propio monasterio.

Domno (Dono) (2 noviembre 676 - 11 abril 678)

Muy pocas cosas se conocen de este breve pontificado. Nacido en Roma e hijo de cierto Mauricio, contaba también edad avanzada en el momento de su elección. Se le recordaría como importante embellecedor de iglesias. Estamos en una etapa en que, detenida la ofensiva musulmana sobre Constantinopla (son los años en que el esfuerzo se vuelca sobre el norte de África), Bizancio sentía de nuevo interés en lograr el acercamiento a Roma. Hubo una especie de acuerdo entre Domno y Reparatus metropolitano de Rávena, para dejar en suspenso el asunto de la autocefalia. Constantino IV presionó al patriarca de Constantinopla, Teodoro, hasta conseguir que escribiera una carta conciliadora. La propuesta del emperador consistía en reunir en la capital del Imperio una especie de conferencia entre teólogos, a la que asistieran delegados del papa, a fin de debatir las cuestiones pendientes a causa del nestorianismo, el monofisismo y el monotelismo. La invitación llegó después de la muerte de Domno.

Éste, mientras tanto, había tenido que enfrentarse en la propia Roma con el descubrimiento de una comunidad de monjes sirios refugiados que eran nestorianos. Domno sustituyó en el monasterio a dicha comunidad por otra de romanos y dispersó a los sirios entre varios monasterios a fin de que fuesen aleccionados y conducidos convenientemente a la fe de Calcedonia.

Agatón, san (27 junio 678 - 10 enero 681)

Las líneas generales. Monje siciliano, manejaba con igual soltura el griego y el latín. Los deseos bizantinos de alcanzar la reconciliación se manifestaron en la prontitud con que le fue enviada la confirmación desde Rávena. Constantino IV, a quien llamaban Pogonato (nacido con barba), estaba decidido a abandonar el monotelismo, inútil para lograr la reconciliación con los monofisitas y perjudicial en las provincias occidentales, de las que, tras la pérdida del Próximo Oriente, esperaba un refuerzo para sostener lo que aún quedaba de su Imperio. San Agatón recibió la invitación destinada a Domno y respondió favorablemente al proyecto de gran asamblea teológica en Constantinopla. Antes promovió sínodos en las Iglesias occidentales, como los de Milán y Heathfield (Inglaterra) y uno especialmente en Roma (680), al que concurrieron más de 150 obispos. Se trataba, pues, de fijar con claridad los términos en que se expresaba la fe en Occidente. Estuvo presente también el metropolitano de Rávena, Teodoro, que a cambio del reconocimiento como primado del norte de Italia dejó a un lado sus pretensiones de aulocefalia. Se acordó que, en adelante, los electos ravennatas serían consagrados por el papa de quien recibirían el *pallium*.

La «Epístola de san Agatón». En el sínodo se redactaron las instrucciones para los legados que iban a viajar a Constantinopla. Entre ellos, muy numerosos, figuraban dos futuros papas. Llegaron a la capital del Imperio el 10 de septiembre del 680 y fueron recibidos con entusiasmo. Eran portadores de dos cartas de san Agatón, una dirigida al emperador y la otra explicatoria de la doctrina de las dos voluntades en Jesucristo que toda la Iglesia occidental había ya suscrito. En la entregada a Constantino había una invitación para que asumiese un nuevo papel como cabeza de la cristiandad en el orden temporal. «Sólo la Iglesia, dirigida por el sucesor de Pedro, puede garantizar al Imperio aquel carácter universal que le ha hecho perder la aparición de nuevos reinos germánicos, sustituyendo la antigua unidad política por el vínculo de la unidad religiosa.» En la mente del papa se dibujaba ya una gran teoría, tendente —como apunta Walter Ullmann (*The Growth of papal Government in the Middle Ages. A study in the Ideological Relation of Clerical to Lay Power*, Londres, 1955)— a definir la cristiandad como una pluralidad de poderes políticos unidos por el fuerte vínculo de la Iglesia a la que todos pertenecen; en ella al papa, en cuanto custodio del orden moral y de la doctrina revelada, corresponde la *auctoritas*; pero al emperador, cabeza de todos los soberanos temporales, corresponde una *potestas* eminente que le coloca por encima de todos los demás, siendo el signo de unidad temporal en esa misma cristiandad.

El concilio, al aprobar la Epístola de Agatón, que repetía muchos de los conceptos del Tomus de san León Magno, llegó a decir: «Era el primero de los Apóstoles quien combatía con nosotros. Teníamos para fortalecernos a su discípulo y sucesor que en sus Epístolas nos explicaba la ciencia de Dios.» Y concluía: «Es Pedro quien habla por Agatón.» Lo que se había proyectado como una conferencia doctrinal, se convirtió en el VI concilio ecuménico, tercero de los celebrados en Constantinopla. Se le conoce también como Trullano porque, presidido por Constantino IV, tuvo sus sesiones en la sala del palacio imperial llamada Trullo. En la sesión decimotercera del mismo fueron condenados los principales defensores del monotelismo, entre los que se colocó al papa Honorio. Agatón había fallecido antes de que las deliberaciones concluyeran, el 16 de septiembre del 681, pero hubo un reconocimiento público de que a él, y también al emperador, se debía el restablecimiento de la unidad en la verdadera fe.

Una de las características de este pontificado es la atención que durante él se prestó a las finanzas pontificias. Graves pérdidas territoriales, consecuencia de las conquistas musulmanas, junto con alteraciones políticas, habían reducido drásticamente la tesorería real. Desconocemos en absoluto las relaciones con España, reducidas a un mínimo en aquellas postrimerías del reino visigodo. Prestó en cambio mucha atención a la Iglesia de Inglaterra, donde habían surgido conflictos entre Wilfrido, obispo de York, y Teodoro de Tarso, el de Canterbury. De todo fue cumplidamente informado el papa por Benedicto Biscop, que hizo para ello un viaje a Roma. Fue entonces enviado a las islas el abad Juan, del monasterio de San Martín, encargado de informar y, sobre todo, de acomodar la liturgia a los usos romanos. Entonces se introdujo en las islas británicas el canto gregoriano.

León II (17 agosto 682 - 3 julio 683)

Este siciliano fue probablemente elegido en enero del 681, pero tuvo que esperar dieciocho meses para ser consagrado ya que Constantino IV había dispuesto que fuese el emperador y no el exarca quien otorgase la confirmación. Llegaron las cartas de León II a Constantinopla cuando aún no habían concluido las sesiones del concilio; deliberadamente Constantino retrasó su respuesta para poder incluir las actas que, como anotamos, incluían una condena de Honorio. León disminuyó la importancia de la famosa carta del papa diciendo que, a lo sumo, podía hablarse de una falta personal de energía de la que se aprovecharon los herejes, pero no sólo confirmó las actas, sino que dispuso que en adelante los pontífices, antes de tomar posesión, debían prestar juramento de repudio a la «Fórmula de Honorio». Quedó restablecida la presencia de un apocrisario en Constantinopla y, como muestra de cordialidad, fueron rebajadas las tasas imperiales que pesaban sobre las rentas del Patrimonium en Sicilia y Calabria.

Conocemos bien la posición del papa por las cartas que envió al emperador y también al arzobispo de Toledo: el caso Honorio se reducía a una simple ne-

glicencia personal. San Julián recibió la que iba destinada a su antecesor en la sede toledana, ya fallecido, y dispuso que las actas del Concilio de Constantinopla fuesen examinadas al mismo tiempo que un documento redactado por él mismo, *Apologeticum fidei*, para asegurar la ortodoxia de la Iglesia española. La doctrina conciliar fue aceptada en España sin que se hiciera ninguna referencia al caso de Honorio. También los obispos italianos suscribieron el concilio y Constantino revocó con cierta solemnidad el decreto de Constante II acerca de la autocefalia de Rávena, permitiendo de este modo al pontífice ejercer su autoridad sobre todas las sedes de la península.

Benedicto II, san (26 junio 684 - 8 mayo 685)

Romano de origen, se trataba de uno de los niños educados en la *schola cantonan* que hiciera una carrera eclesiástica, siendo ya presbítero en el momento de su elección. Su designación parece significar que, con la paz, Roma estaba adquiriendo mayor independencia. Casi un año tardó en recibirse la confirmación imperial, no por otra causa que la dificultad en las comunicaciones. De ahí que Benedicto propusiera que se volviera a la costumbre de que fuera el exarca de Rávena, siempre más próximo, el encargado de cumplir la fórmula; podía ser, además, una compensación a la pérdida de la autocefalia. Las relaciones entre Roma y Bizancio pasaban por el mejor momento: de las querellas cristológicas quedaba apenas el recuerdo. En una solemne ceremonia, ante el clero y el ejército, manifestó Benedicto que tomaba bajo su patrocinio a los hijos del emperador.

La única noticia importante de su pontificado es el empeño que el papa puso en conseguir que todo el Occidente suscribiera las actas del Concilio de Constantinopla del 681. Los obispos españoles lo hicieron en forma solemne en el XIV Concilio de Toledo (noviembre del 684), pero aprobaron al mismo tiempo, como una muestra de su capacidad de iniciativa, el *Apologeticum* de san Julián (642-690). Supo luego el arzobispo de Toledo que el gesto había parecido mal al papa, que formuló críticas al documento, y por ello respondió a Benedicto en forma ciertamente áspera, llevando además dicha respuesta a la aprobación del XV Concilio de Toledo. No hubo en momento alguno peligro de ruptura.

Juan V (23 julio 685 - 2 agosto 686)

La tendencia a escoger personas mayores dotadas de experiencia hacía que los pontificados fuesen muy breves. Procedente de Siria, Juan era con toda probabilidad uno de los refugiados en Roma. Desempeñó el papel más relevante en la legación romana ante el Concilio de Constantinopla, cuyas actas se encargó de traer. Aclamado por unanimidad en San Juan de Letrán, no tuvo que esperar más que dos meses para la confirmación que, según lo pactado, otorgó el exarca de Rávena. De su pontificado se conoce tan sólo que impidió una tentativa del obispo Citonatus de Cagliari para hacer de la Iglesia de Cerdeña una especie de núcleo independiente de Roma. Enfermo, apenas podía tomar parte en las ceremonias solemnes y prolongadas. Está enterrado en San Pedro.

Conon (21 octubre 686 - 21 septiembre 687)

Un tiempo de paz veía crecer las tensiones internas. Había crecido mucho el poder de los papas y esto despertaba apetitos. Tres sectores dentro de la ciudad, el clero, la milicia y la aristocracia de grandes propietarios, pugnaban por elevar al solio un candidato que favoreciese sus propósitos. A la muerte de Juan el clero presentó al arcipreste Pedro, mientras que los soldados aclamaban a un presbítero llamado Teodoro. La milicia se instaló en San Esteban in Rotondo, destacando una unidad a San Juan de Letrán para impedir la elección regular. Los dos bandos acabaron llegando a una solución de compromiso y designaron a Conon, presbítero, que era al mismo tiempo hijo de un general que había servido en Asia Menor y Sicilia. Se trataba, simplemente, de un papa de tránsito, enfermo y poco inteligente, para salvar un tiempo difícil. Los partidos conservaron sus ambiciones y su recíproca hostilidad.

Justiniano II (685-711), que continuaba la línea política de paz que siguiera su padre, envió a Conon una carta (17 febrero 687) en que, confirmado el plácat enviado por el exarca, hacía expreso reconocimiento de su legitimidad: comunicaba en ella que todos los altos oficiales del Imperio y todos los obispos habían suscrito las actas del Concilio de Constantinopla; dejaba muy claro que se consideraba elegido por Dios como verdadero defensor de la ortodoxia. Consciente de las difíciles circunstancias económicas que atravesaba Roma, el emperador rebajó las tasas que pesaban sobre las propiedades pontificias radicadas en las provincias que aún le permanecían fieles; las más copiosas seguían estando en Sicilia. Conon cometió entonces el error de designar rector de ese patrimonio a un diácono de Siracusa, en lugar de escoger a un romano, como era la costumbre, y con ello se enajenó la buena voluntad del clero de Roma. Además, ese diácono, llamado Constantino, entendió que su misión consistía en incrementar las rentas presionando a los campesinos y provocó una revuelta. El gobernador bizantino decretó su destierro. El pontificado de Conon, de menos de un año, dejó tras de sí graves problemas.

Sergio I, san (15 diciembre 687 - 9 septiembre 701)

Ellección disputada. Nacido en Palermo en una familia emigrada de Antioquía, se hallaba en Roma desde muy joven, a fin de hacer carrera eclesiástica partiendo de la base, es decir, como niño de coro; en el momento de la muerte de Conon era presbítero del título de Santa Susana, en el Quirinal. Rebrotó la querrela entre los bandos a causa de la nueva elección y otra vez Teodoro, con el apoyo de la milicia, mostró aspiraciones. Frente a él los clérigos apoyaban al archidiacono Pascual. Recordemos que el archidiaconado era entonces la primera magistratura eclesial. Todavía en vida de Conon, Pascual había llevado a una especie de acuerdo con el exarca Juan Platin, al que ofreció cien libras de oro a cambio de su decisivo apoyo; él confiaba resarcirse de este desembolso con nuevas contribuciones entre el clero y en las propiedades del Patrimonium. Los soldados llevaron a Teodoro a Letrán y se instalaron en el recinto interior; Pascual, con sus partidarios, ocupó el exterior.

Pero la mayoría del clero, arrastrando a los nobles y a una parte del ejército, se reunió en asamblea en el antiguo palacio imperial del Palatino y decidió que ninguno de los dos candidatos era conveniente. Proclamaron a Sergio, que pudo contar con la aclamación popular; una gran muchedumbre fue con él a Lctrán, permitiéndole instalarse. Teodoro, al ver la causa perdida, y que la milicia le abandonaba, salió al encuentro de Sergio y le reconoció como legítimo papa. No volvemos a tener noticia de él. Resulta indudable que no puede ser considerado antipapa. Pascual, en cambio, escribió al exarca pidiéndole que fuera a Roma y cumpliera su parte del pacto. Platin acudió, pero comprobó que Sergio contaba con el favor de casi toda la población y, por consiguiente, Pascual no podía cumplir tampoco sus promesas. Confirmó a Sergio, que pudo ser inmediatamente consagrado, y le reclamó a cambio las cien libras de oro que le estaban prometidas.

Occidente. Sergio se revelaría como un enérgico papa que trataba especialmente de librar a la Iglesia de aquella especie de tutela imperial. Por vez primera desde la ruptura del 666, tuvo la oportunidad de consagrar un obispo de Rávena, al que entregó el *pallium*, destacando que era señal de un especial vínculo. Tomó contacto con Pipino de Landen, mayordomo de palacio en Francia, y patrocinó la obra de las misiones entre los germanos. La estrecha relación con Inglaterra, donde envió el *pallium* a Beorthwealdo de Canterbury y consiguió la restauración de Wilfrido en York, le permitió ejercer con más facilidad el control de las misiones de Frisia. Caedwalla (685-688), rey de Wessex, viajó a Roma y fue bautizado por el papa (10 de abril del 689).

El 695 san Willibrordo, misionero sajón, estuvo en Roma para explicar al papa cómo, con ayuda de los mayordomos Pipino y san Arnulfo, había abierto un campo de misión prometedor en los Países Bajos. Sergio le consagró obispo de Frisia, asignándole la sede de Utrcch (27 de noviembre). El año 700, en un sínodo celebrado en Pavía, en el que se hallaba presente Cuniberto (688-711), rey de los lombardos, se extinguieron los últimos rescoldos del viejo cisma de Aquileia. Venecia se incorporaba a la comunidad italiana. De este modo el cristianismo, que durante el último medio siglo había experimentado un terrible retroceso en Oriente, lograba en Occidente expansión y fortalecimiento. Cuatro Iglesias, española, italiana, francesa y británica, estaban ya sólidamente en la obediencia a Roma. Es cierto que, como ha indicado Kathleen Hughes (*The Church in Early Irish Society*, Ithaca, 1966), nunca se había conseguido que Irlanda se acomodara a algunos aspectos de la disciplina romana, pero estaba en la obediencia del papa y, en cambio, los anglosajones prestaban sus monjes misioneros para la penetración en el espacio germánico, más allá de donde estuvieran las fronteras de Roma.

Oriente. Era un absurdo que el Imperio bizantino se siguiera identificando con la cristiandad. Pero Justiniano II, llamado el «Rinotmeta» cuando le cortaron la nariz, estaba empeñado en demostrar que él era el verdadero administrador de la Iglesia. El año 692, en el mismo palacio del Trullo, presidió un concilio al que únicamente asistieron obispos orientales e hizo aprobar 102 cá-

nonas litúrgicos y disciplinarios. Pretendía ser complemento de los concilios ecuménicos V y VI; de ahí que se le conozca como Quínisexto. Ignorando las leyes y costumbres occidentales, hacía tabla rasa del celibato eclesiástico y ponía énfasis en el canon 28 de Calcedonia, como si pretendiera establecer la paridad entre Roma y Bizancio. Los apocrisarios firmaron las actas, pero cuando éstas llegaron a manos de Sergio I, él las rechazó. Justiniano hizo detener y deportar a cuantos consejeros del papa tuvo a su alcance y encargó al jefe de su guardia, el espartario Zacharías, que fuese a Roma, consiguiese la firma o se trajera a Sergio preso. No pudo cumplir este encargo porque las milicias de Rávcna, Roma y la Pentápolis se pusieron al lado del papa y le atacaron. Zacharías buscó refugio en las propias habitaciones del papa, que se encargó de salvarle la vida. Una afrenta al emperador, una demostración incluso del declive de su poder.

Sergio I hizo trasladar las cenizas de san León a una nueva tumba, en el centro de la basílica de San Pedro, a fin de que pudiera recibir el culto de los fieles. Promovió edificios, embelleció y amplió otros, enriqueció el culto: oriental en el fondo, trataba de promover las fiestas de la Virgen instituyendo, junto a la de la Candelaria (2 de febrero), la Anunciación (25 de marzo), la Asunción (15 de agosto) y la Natividad (8 de septiembre). Introdujo en el ritual de la misa el canto triple del *Agnus Del* Muy poco tiempo después de su muerte ya se le rendía culto.

Juan VI (30 octubre 701 - 11 enero 705)

De su familia sólo sabemos que era griego de nacimiento. El año 695 una rebelión militar derribó a Justiniano II, que pudo huir al país de los kházaros, en el sur de Rusia. La anarquía se extendió a Italia. Juan VI negó su reconocimiento a los dos sucesivos usurpadores, Leoncio (695-698) y Apsimer, el segundo de los cuales había cambiado su nombre por el de Tiberio III (698-705). Tampoco reconoció al exarca que este último nombrara: Teofilacto. El hundimiento del Imperio —entonces los musulmanes dominaban todo el litoral africano, hasta Ceuta— permitió al duque de Benevento, Gisulfo, invadir Campania el año 702, llegando con sus tropas hasta corta distancia de Roma. El papa hubo de negociar con él, entregando sumas muy crecidas para que cesara en el saqueo y devolviera a sus cautivos. Se conserva una sola carta de este papa, fechada el año 704 y dirigida a los reyes de Northumbria y Mercia, explicando cómo un sínodo romano había reivindicado la conducta de Wilfrido de York. Los obispos de Inglaterra figuraban entre los más obedientes a la autoridad pontificia.

Juan VII (1 marzo 705 - 18 octubre 707)

Griego, como lo fueron casi todos los papas de este período, era hijo del administrador del antiguo palacio imperial en el Palatino, que ahora estaba asignado al exarca y a quienes le representaban. Sus padres se llamaban Platón y Blatta; se trata, por tanto, de un papa que procede de la burocracia bizantina.

Hombre muy culto y de especial gusto artístico, aguzado en los años en que actuó como rector del Patrimonium en la vía Appia. En cierto modo, estos antecedentes condicionaron su pontificado: lo importante era conseguir que Roma llegara a ser la digna capital de la cristiandad; el autor de su biografía en el *Liber Pontificalis* parece reprocharle una excesiva afición a los monumentos, las pinturas y los mosaicos. Pero al papa no faltaba razón: sin una capital digna de tal nombre era difícil conservar el prestigio.

Son los años que preceden muy de cerca a la inesperada pérdida de España. La Iglesia de Occidente era ya más extensa y poblada que la de Oriente, pero Roma seguía siendo una ciudad bizantina y sus obispos se consideraban todavía como altos magistrados de un Imperio que, por inercia, se identificaba con la cristiandad. Huyendo del Islam, muchos fueron a instalarse en Roma, creando importantes colonias, especialmente la del Foro Boario en torno a Santa María in Cosmedin. Templos griegos se alzaban en el Capitolio (Ara Coeli), en el Palatino (San Cesáreo), en el Aventino (San Sebas), en el Monte Celio (San Erasmo) y en el Esquilmo. Juan VII se hizo construir una residencia cercana al palacio de los exarcas. Reformas y construcciones convertían a Roma en una ciudad de artistas: técnicas que en otras partes se perdieran, allí se conservaban. Hemos hablado de la música, pero lo mismo habría que decir del mosaico, los frescos y la escultura. Un retrato de Juan VII se conserva aún en las grutas del Vaticano.

Devotísimo de la Virgen María, en su política se mostró más hábil que enérgico. Logró estrechar las relaciones con Ariperto, rey de los lombardos, y que éste le indemnizara por las sumas que había tenido que abonar al duque de Benevento. Justiniano II, restaurado el 705; envió a Roma dos obispos con las actas del concilio quiniséxto, proponiendo al papa que confirmara los cánones con los que estuviera de acuerdo, silenciando todos los demás. Pero Juan las devolvió íntegras, sin aclarar su postura. No deseaba, en modo alguno, poner en peligro la unión conseguida con el Imperio.

Sisinio (15 enero - 4 febrero 708)

Sirio de origen fue, probablemente, elegido en octubre del 707, si bien la consagración hubo de demorarse varios meses. Tenía un enorme prestigio, pero se hallaba tan enfermo de gota en el momento de su elección que ni siquiera podía alimentarse por sí mismo. No se conoce otra cosa que su preocupación por el mal estado de las defensas de Roma; se proponía reconstruir las murallas, pero los escasos días de su gobierno no le consintieron ni siquiera iniciar las obras.

Constantino (25 marzo 708 - 9 abril 715)

Probablemente se trata del subdiácono de este nombre que figura entre los legados en el Concilio de Constantinopla del 681; el *Liber Pontificalis* le describe como persona sensible y hábil. Sin embargo, su pontificado coincide con un endurecimiento de las circunstancias exteriores. El 709 consagró un nuevo

arzobispo de Rávena, Félix, que inmediatamente se volvió en contra suya, reclamando otra vez la autocefalia: negó el juramento de obediencia y las demás señales de sumisión, provocando de este modo una ruptura. Pero tras sacarle los ojos, le envió al destierro. Regresaría el 712, tras la muerte del emperador y, hasta su muerte, mantendría la perfecta comunión con Roma.

Justiniano II, cuyas dificultades crecían, invitó a Constantino a viajar a la capital de Imperio y él aceptó: se trataba de negociar en torno a los cánones del concilio Quinisexto, a fin de traducirlos en fórmulas que fuesen igualmente aceptables para Oriente y Occidente. La estancia duró aproximadamente un año (710-711) y constituyó un gran éxito para Constantino, que se hizo acompañar por un gran séquito; en todas partes el papa era acogido con grandes muestras de afecto. El diácono Gregorio, futuro papa, se encargó de la negociación más difícil, desenvolviéndose con gran habilidad; se trataba de extraer del conjunto de las actas todo aquello que fuera aceptable para Occidente. Al final pudo decirse que el papa había aprobado, al menos verbalmente, los trabajos realizados en el Quinisexto y, cuando regresó a Roma, mostrar con claridad que en nada había cedido. El emperador, muy satisfecho, confirmó todos los privilegios que vinculaban a la ciudad con su pontífice. Fue un resultado importante: Constantino se presentaba como si se hallara en posesión de una autoridad subrogada. Roma era suya.

Pero el retorno a la ciudad, en donde hizo su entrada el 24 de octubre del 711, no fue placentero. Apenas unos meses antes (19 de julio) sucumbía el reino de los visigodos a orillas del Guadalete. Supo el papa que algunos altos oficiales romanos habían sido ejecutados por orden del exarca. Pero tiempo después llegó la noticia de que Justiniano II había muerto, asesinado por sus soldados (4 noviembre) que aclamaban en su lugar a Filipico Bardanes (711-712) que, además, era conocido monotelita. El usurpador remitió al papa una confesión de fe con la pretensión de que éste le aceptara. Constantino se negó. Y las calles de Roma eran ahora escenario de sangrientas luchas entre los que rechazaban a Bardanes y los soldados que trataban de imponer su reconocimiento. Constantino ordenó a sus clérigos que salieran en procesión, con cruces y libros sagrados, invitando a todos a deponer las armas. Afortunadamente para el papa murió pronto Filipico Bardanes y el nuevo emperador, Anastasio II (712-717), envió una confesión de fe plenamente ortodoxa.

Constantino rechazó una demanda de los obispos de Milán que pretendían que los obispos de Pavía fuesen consagrados por ellos como en la época anterior a la creación del reino lombardo.

Gregorio II, san (19 mayo 715 - 11 febrero 731)

El romano. Después de siete papas griegos o sirios, en todo caso orientales, y de tantas promociones de ancianos que garantizaban reinados muy breves, un romano de 46 años, con mucha experiencia en los asuntos públicos, llegaba a la sede de san Pedro en momentos extraordinariamente difíciles, cuando cabía preguntarse si la cristiandad, atrapada en medio de dos tenazas, iba a

sucumbir a manos del Islam: estaba a las puertas de Constantinopla y, cruzando España con gran rapidez, sus soldados árabes y berberiscos pasaron al otro lado del Pirineo, adueñándose de la Narbonense. No era previsible que quince años más tarde los francos conseguirían invertir el sentido de la marcha. Naturalmente, la resistencia iniciada en Asturias era absolutamente desconocida. El año 717 comenzó el asedio de Constantinopla, que iba a durar un año justo y acabaría estrellándose contra las fuertes murallas y la superioridad técnica de los bizantinos que descubrieron y aplicaron el «fuego griego».

En calidad de subdiácono, Gregorio había desempeñado bajo Sergio I los oficios de tesorero y bibliotecario. Como diácono fue uno de los miembros prominentes de la delegación que acompañó a Constantino en su viaje del 710, desempeñando, como dijimos, un importante papel en las negociaciones en torno a la doctrina del concilio llamado Quinisexto. Esta estancia le permitió conocer las realidades del Imperio: como romano, se sentía más inclinado que sus antecesores a buscar el apoyo del oeste. Sin embargo, seguía siendo un súbdito fiel para Constantinopla. En sus negociaciones con Liutprando (712-744), el nuevo rey de los lombardos, no se limitó a defender los intereses del *Patrimonium Petri*, sino que hizo suyos también los del Imperio. Pero esto puede obedecer al hecho de que su gobierno se había extendido hasta abarcar, al menos en ciertas ocasiones, todo el ducado de Roma, que comprendía, además de la Urbe y su territorio, Campania y Tuscia. Cuando Grimoaldo, duque de Benevento, se apoderó de Cumas el 710, el rector de las propiedades de Campania unió sus fuerzas a las de los bizantinos de Nápoles para recuperarla. El 728 conseguirá Gregorio que Liutprando evacuara Sutri, de la que se había apoderado. Resultaba ya muy difícil separar en el *Patrimonium* la propiedad de la autoridad: el progresivo repliegue bizantino permitía el crecimiento de un poder pontificio que puede definirse como temporal.

Oriente. León III el Isáurico (717-741) había salvado a Constantinopla. Entre sus proyectos para organizar una contraofensiva que le permitiera recobrar el espacio imprescindible para la supervivencia del Imperio, figuraba una revisión del sistema de impuestos, obligando a las provincias a contribuir más pesadamente a las cargas militares. Gregorio II, defendiendo a los que de hecho eran ya sus súbditos, se opuso. El emperador dictó una vez más la orden de conducir prisionero al funcionario rebelde, pero las milicias romanas, apoyadas en esta ocasión por los duques de Spoleto y Benevento, lo impidieron. El exarca Paulo fue asesinado en la revuelta (726-727). Una extraña alianza se concertó entonces entre su sucesor, Eutiquio, y Liutprando: bizantinos y lombardos unirían sus fuerzas para castigar a los rebeldes; el rey lograría la sumisión de los ducados que operaban con independencia, mientras el exarca se apoderaría de Roma. Gregorio repitió el gesto de san León: presentarse en el campamento de Liutprando, revestido como papa, y obtener de él un acta de protección. Solemnemente el rey de los lombardos depositó sus insignias reales en la tumba de san Pedro en muestra de sumisión. Gregorio no se opuso a que, mediante un acuerdo, Eutiquio volviera a ocupar la residencia de los exarcas en

Roma y le ayudó incluso a someter a los súbditos rebeldes. Las rentas pontificias acudieron también a la reparación de los muros de la ciudad. Lo sucedido en Constantinopla obligaba a tomar esas precauciones.

Las misiones en el oeste. Vientos nuevos llegaban del norte y del oeste. Como hicieran ya reyes y misioneros anglosajones, en el otoño del 718 san Winfrid (680? - 754), nacido en Wessex, llegaba a Roma para explicar al papa los grandes proyectos que, desde Frisia, comenzaba a acometer: se trataba de convertir a los pueblos de la llanura y del bosque, sajones que a sí mismos se llamaban *Deutsch*, «teutones». Gregorio II respaldó el programa y cambió a Winfrid su nombre por el de Bonifacio con que ahora se le conoce (15 mayo 719), otorgándole una especie de monopolio sobre estas misiones con la condición de mantenerlas en estrecha dependencia de Roma. Sucedió esto en el momento en que llegaban noticias extraordinariamente graves desde España y desde Bizancio, de modo que la obra de san Bonifacio parecía una especie de compensación por las pérdidas sufridas. En efecto, en los años inmediatos siguientes fue conocido el hecho de que se habían producido miles de bautismos. El 722 Gregorio II llamó al misionero a Roma y le consagró obispo (30 de noviembre); prestó juramento de fidelidad al papa con la misma fórmula que empleaban los suburbicarios. Vuelto a Hesse, san Bonifacio derribaría la encina de Goslar, signo del paganismo, y edificaría en su lugar el monasterio de Fulda. Gregorio II recibió también al duque Teodo de Baviera y a Ina (t 725), rey de Wessex, que había renunciado al trono para hacerse monje. Se ha conservado una correspondencia relativamente abundante con estos personajes, que revela la preocupación por la defensa y expansión de Occidente. Gregorio murió un año antes de que Carlos Martel lograra la victoria de Poitiers, que marcaba un cambio de signo.

El papa concedía mucha importancia a la restauración de Roma, sus murallas, sus monumentos y sus defensas contra las avenidas del río. Decidido partidario de la vida monástica, convirtió su casa en monasterio de Santa Águeda y encomendó al abad Petronax de Brescia que restaurara Montecassino. Las misiones eran concebidas asimismo como obra de monjes y no de clérigos.

Iconoclasia. Desde el año 726 una nueva fuente de discordia con el Imperio había surgido. León III, empujado por ciertos extremistas cristianos y también por las críticas de musulmanes y judíos, se mostró enemigo del culto a las imágenes. Es cierto que en la Iglesia oriental se había llegado a extremos reprensibles en este aspecto, declarándose que muchas de ellas eran *ajeiropoietes*, es decir, no hechas por manos de hombre, sino de origen sobrenatural. El emperador se propuso erradicar el culto a las imágenes; es lo que se conoce como «iconoclasia». Un decreto, firmado por el patriarca de Constantinopla, se publicó el año 730: el emperador amenazó a Gregorio II con deponerle si no suscribía esta disposición. El papa respondió que la iconoclastia era herejía (siendo las imágenes representación de algo que es, en sí mismo, sagrado), que no correspondía a los laicos sino a los clérigos decidir sobre cuestiones de doctrina, y que todo el oeste reverenciaba al sucesor de san Pedro. De hecho, al co-

nocerse las amenazas del emperador, se produjeron revueltas en el norte de Italia. A pesar de todo, el papa no alteró su lealtad al Imperio.

Gregorio III, san (18 marzo 731 - 28 noviembre 741)

Pérdida de bienes. Sirio de origen, era un presbítero tan famoso que en los funerales de Gregorio II fue aclamado por la multitud, llevado a Letrán y consagrado, tras haber obtenido el plácet del exarca. Sería la última vez que se cumpliría tal requisito. El primer gesto de Gregorio III fue contactar con el emperador León para conseguir que renunciara a la iconoclastia que no podía ser admitida en el oeste. No recibió respuesta. Fue entonces cuando convocó un sínodo en Roma (1 noviembre 731) con amplia representación de obispos italianos, en que se condenó a excomunión a cuantos destruyeran imágenes. Los enviados con las actas sinodiales, que llevaban instrucciones de insistir en el buen entendimiento y retorno a la verdadera fe, no alcanzaron su destino: fueron encarcelados en Sicilia. Uno de ellos logró atravesar la barrera, entregando las cartas de que era portador al emperador, a su hijo Constantino y al patriarca Anastasio. Encolerizado, decidido entonces León el empleo de la fuerza: envió una flota, que naufragó, sin embargo, en el Adriático, y ordenó una confiscación general de bienes y propiedades del Patrimonium Petri ubicadas en las provincias a él sometidas (733); de este modo perdió el papa las grandes fincas de Calabria, Sicilia y el Exarcado. Esta decisión de León III, que no pudo aplicarse en el ducado de Roma, tuvo dos efectos: dejó materialmente a Roma y su entorno fuera de control bizantino y provocó que todos los enemigos de la iconoclastia invocaran la autoridad primada de san Pedro, reforzando la conciencia de que la unidad de la Iglesia y la fe dependían de la comunión con Roma.

Giro al oeste. La contraofensiva bizantina en Asia Menor y, sobre todo, la victoria de Carlos Martel (685? - 791) en Poitiers (732), indicaban un cambio y un respiro: ya no parecía tan inminente el peligro musulmán. En este tiempo se empieza a utilizar el término *res publica romana* para designar el ámbito de gobierno territorial de Roma. Gregorio, que prácticamente ejercía dicho gobierno, lo concebía apenas como un soporte-garantía de independencia política y económica, no como un principado territorial independiente. Estaba tratando, en cambio, de afirmar un esquema rigurosamente jerárquico en las Iglesias de Occidente: el 732 envió el *pallium* a san Bonifacio (lo que significaba reconocerle como metropolitano) con autorización para crear otros dos o tres obispados, sin romper la estrecha dependencia de Roma. Cuando el año 737 el gran misionero hizo su tercer viaje a la ciudad eterna a fin de recibir instrucciones, Gregorio III le confirió poderes como legado o vicario para reformar la Iglesia franca. Hace más de un siglo que A. Hauck (*Die Bischofswahlen unter der Merovingen*, Erlangen, 1884) señaló la importancia de esta fecha, pues a partir de entonces los obispos francos, teóricamente elegidos por el clero y el pueblo, en realidad por los grandes y príncipes, formaron una estricta jerarquía, de metropolitanos abajo, reconociendo su dependencia absoluta del papa.

La confiscación del Patrimonium no había modificado los sentimientos de lealtad al Imperio. El 733 los lombardos se apoderaron de Rávena y Gregorio intervino para conseguir de Liutprando la restitución. Este gesto desarmaba moralmente a León III y a Eutiques, que hubieron de mostrar su gratitud enviando seis columnas de ónice, las cuales fueron colocadas en torno al altar de la confesión de san Pedro. El gesto generoso de Liutprando no engañó al papa: ahora que el poder imperial tendía a desaparecer en Italia, el rey de los lombardos abrigaba proyectos expansivos que, sin la menor duda, se extendían a toda la península. Gregorio III estableció una especie de alianza con los duques lombardos de Spoleto y Benevento y con el exarca Eutiques para frenar esta posible expansión. Reforzó también las murallas de Roma. Pronto se cumplieron los presagios: Liutprando conquistó Spoleto e invadió el ducado de Roma. En este momento Gregorio envió dos solemnes embajadas a Carlos Martel (739 y 740), con generosos regalos que incluían valoradas reliquias, en solicitud de ayuda. Carlos no estaba en condiciones de organizar una campaña de Italia: envió al abad Grimón para advertir seriamente a Liutprando del peligro a que se exponía. En un mismo año, 741, murieron León III, Carlos Martel y Gregorio. De éste puede decirse que fue el primer príncipe territorial de Roma, aunque sin desgajarla todavía del Imperio.

Zacarías, san (3 diciembre 741 - 15 marzo 742)

Su persona. De familia griega, nacido en Calabria, su bilingüismo le permitió traducir los *Diálogos* de san Gregorio, abriéndoles paso en las Iglesias orientales. I labia sido uno de los principales colaboradores de su antecesor. Tal como Karlo Janlere (*Die Romische Weltreichsidee und die Entstehung der weltlichen Machi des Papstes*, Turku, 1936) ya señalara con precisión, este pontificado marca un punto de inflexión definitiva: Roma se separa del Imperio de Oriente y se convierte en la cabeza indiscutida de Occidente. La idea de crear unos Estados Pontificios no estaba probablemente en la mente de ninguno de sus protagonistas, pero fue el resultado de una evolución casi inevitable del Patrimonium Petri. Apenas elegido, Zacarías comunicó al emperador su nombramiento, como un gesto de deferencia, sin esperar confirmación. En adelante los papas iban a prescindir de este requisito. El papa buscaba en aquellos momentos un acercamiento a Constantino V (741-775), aunque sin ceder una línea en la posición doctrinal referida a la inococlastia.

Cambió la política de Gregorio III, abandonando la alianza con Trasamundo de Spoleto y tratando de llegar a un entendimiento directo con el rey Liutprando, con quien celebró una entrevista en Trani el año 742. Consecuencia de este diálogo fue una tregua de veinte años, con devolución de las fortalezas, territorios y prisioneros que los lombardos ocuparan en el ducado de Roma. La razón de esta aparente generosidad estaba en el proyecto del monarca de eliminar el exarcado de Rávena reducido ya a la Pentápolis: el 743 lanzó su ofensiva. A instancias del exarca Eutiques, el papa volvió a entrevistarse con el rey, viajando a Pavía, y consiguió que devolviera sus conquistas. Rachis (743-749),

sucesor de Liutprando, que era ferviente católico, también se rindió a las demandas y regalos del papa, retirándose del exarcado y firmando una tregua. De este modo se logró una paz, y tanto en Roma como en Rávena se aclamó a Zacarías como verdadero salvador. Pero ya no era el emperador, lejano, sino el papa, quien ejercía las funciones de defensa territorial.

Alianza con los carlovingios. En julio del 749 Rachis fue depuesto e ingresó en un monasterio. Su hermano y sucesor Astolfo (749-756) no estaba dispuesto a guardar a Zacarías las mismas consideraciones. De un solo golpe hizo desaparecer el exarcado (751) sin que Zacarías pudiera hacer nada para evitarlo.

Cuando los legados que Zacarías enviara a Constantinopla a comunicar su elección el año 741 llegaron a aquella ciudad, encontraron sentado en el trono a un usurpador, Artavasdes, yerno de León. Hasta noviembre del 743 no conseguiría el legítimo heredero, Constantino, entrar en Constantinopla restableciendo la normalidad. Ni el emperador, convencido iconoclasta, ni el papa, decidido defensor de las imágenes, querían ahondar en las divergencias doctrinales; mantuvieron una política de frías relaciones amistosas, evitando las referencias a la cuestión que tan profundamente les separaba. Constantino, dueño ahora de Asia Menor, vida para el Imperio, empleaba todas sus fuerzas en la frontera árabe y no podía distraerlas en Italia: hasta el año 749 la diplomacia de Zacarías se mostró eficiente, frente a los lombardos y también en las provincias e islas meridionales.

En Francia, tras la muerte de Carlos Martel, sus hijos Carlomán y Pipino (741-768), llamado «el Breve» por la corta estatura, fueron mayordomos de palacio. La influencia de san Bonifacio creció. En el año 742 culminó el encargo que el papa le hiciera: todos los obispos de Austrasia y Neustria se sometieron a su autoridad como ya lo estaban los de Hesse, Turingia y Baviera, en su calidad de legado vicario. En una serie de sínodos promovió la reforma, siendo punto principal de la misma el reconocimiento del primado romano. En el del año 747 fue leída y aprobada, con plena unanimidad, la carta de fe católica y unidad jurisdiccional aprobada por Zacarías. Se condenaba la iconoclastia, si bien se definía con precisión la doctrina que impedía las exageraciones, y se establecía que, en la Iglesia, todos los obispos estaban sometidos a sus metropolitanos y éstos al papa.

Ese mismo año, 747, Carlomán renunció a su cargo para ingresar en un monasterio. Pipino quedó solo al lado de un fantasma de rey, Childerico III. El 751 una embajada en la que figuraban el obispo de Würzburgo, Burchardo, y el capellán real, Fulrado, viajó a Roma para plantear a Zacarías una cuestión moral: ¿es o no justo que se llame rey el que sólo tiene el título de tal en lugar del que posee todos los poderes? La respuesta del papa permitía establecer un nuevo criterio de legitimidad: «El orden de las cosas de este mundo reclama, conforme a la voluntad divina, que el título de rey lo ostente quien haya sabido hacerse con el poder, antes que el que no haya sido capaz de conservarlo.» Sobre esta base, Pipino, tras haber depuesto a Childerico, enviándole a un monaste-

rio, será proclamado rey por la asamblea de los francos. Lo importante fue que, resucitando el rito bíblico de la unción, y apoyándose en ciertos precedentes visigodos, Bonifacio procedió a ungir, en el nombre de Dios y de su Iglesia, a Pipino y sus hijos.

Fue un cambio muy importante. La unción sacralizaba la realeza, arrancándola de la elección por la asamblea, pero al mismo tiempo la sometía a la Iglesia. Desde este momento el papa, que fuera súbdito del emperador desde la época de Constantino, se colocaba en el vértice de toda autoridad en Occidente; a ella se encontraban subordinadas todas las demás. Zacarías, dueño ya, de hecho, del gobierno temporal de Roma y su ducado, comenzó allí una tarea de reasentamiento de campesinos en tierras abandonadas o roturadas, buscando una afirmación de poder y también una compensación para las rentas perdidas por la confiscación del *Patrimonium* que decretara León III. Menos opulencia, desde luego, pero una independencia más absoluta.

Esteban II (26 marzo 752 - 26 abril 757)

Ultimátum lombardo. Pocos días después de la muerte de Zacarías, el clero y el pueblo de Roma proclamaron a un anciano presbítero, llamado Esteban. Sufrió un ataque de apoplejía y murió a los cuatro días sin llegar a ser consagrado. Durante cierto tiempo se dudó acerca de su inclusión en la lista de papas, pero desde 1961 existe un fallo de la Santa Sede que aclara la cuestión: elegido y no consagrado, nunca fue papa. En su lugar se procedió a elegir a otro diácono, también llamado Esteban que, junto con su hermano Pedro, siendo huérfanos muy niños y de familia muy rica, habían sido educados en Letrán y preparados para el servicio de la Iglesia. Una gran figura desaparecía al mismo tiempo: el 5 de junio del 754 san Bonifacio sufrió el martirio.

Pocos meses antes de la elección de Astolfo se había producido la anexión violenta de Rávena y el exarcado al reino lombardo. Era evidente que se trataba de un primer paso, pues comenzó a tratar a los habitantes del ducado de Roma como si fuesen súbditos propios: en junio-julio del 752 Esteban II consiguió una tregua con el evidente propósito de negociar. Seguramente el rey de los lombardos esperaba un reconocimiento de su expansión, pero el papa no lo entendió así: envió una embajada a Constantinopla solicitando de Constantino V un ejército para recobrar Rávena. Informado de esta gestión, Astolfo amenazó (octubre del 752) con ocupar la propia Roma, que miraba ya como una parte del exarcado que debía serle transferida. El emperador no estaba en condiciones de enviar un ejército y propuso una nueva negociación. El «silencioso» Juan pasó por Roma en noviembre del 752, camino de Pavía para celebrar una entrevista con Astolfo. A su regreso a Constantinopla le acompañaban oficiales lombardos y pontificios encargados de explicar al emperador las condiciones a que aspiraba el rey. Habían aumentado.

Alianza con Pipino. En marzo del 753 un peregrino, visitando a Pipino el Breve, le dio noticia de la angustiada situación que padecía Roma; insinuó que el papa deseaba recibir una invitación para ir a Francia. Dos embajadas, en ju-

lio y septiembre del mismo año (la segunda compuesta por el duque Autcario y el obispo Chrodegando) se encargaron de transmitirla. Al mismo tiempo reaparecía en Roma el «silenciario» Juan: el emperador encargaba al papa que, en su nombre, negociara con Astolfo. Esteban II se trasladó en efecto a Pavía: halló en el rey una decidida voluntad de no ceder. El 15 de noviembre del 753 continuó su viaje a Francia.

En la abadía de San Mauricio, en Valais, aguardaba al papa un brillante séquito en que figuraba un muchachito de 12 años, hijo de Pipino: era el futuro Carlomagno: el rey aguardaba a Esteban II en Ponthion, cerca de Chálons. Aquí, el 6 de enero siguiente, tuvo lugar el encuentro que iba a cambiar la faz de Europa. Según E. Caspar (*Pippin und die Römische Kirche. Kritische untersuchungen zum frankisch-papstlichen Bunde im VIIIJahrhundert*, Berlín, 1914), Esteban tenía el proyecto ya de pedir a Pipino la entrega del exarcado de Rávena, tal vez colocándolo bajo el *mundubardium* del rey de los francos. Pero cambiaron las cosas cuando Pipino ejecutó la *proskynesis*, ese gesto de absoluta sumisión que consiste en besar el suelo de rodillas, y llevó luego las riendas del caballo del papa como si fuera su escudero. Esteban dio cuenta a Pipino de la difícil situación en que se hallaba «la causa de san Pedro y de la república de los romanos». Juntos fueron a Saint Denis, donde el papa procedió a ungir de nuevo al rey y también a sus hijos, otorgando a todos el título de «patricio de los romanos». Un patricio es un funcionario del más alto rango, pero sometido a la soberanía de quien otorga esta concesión.

Los Estados Pontificios. La asamblea de Quierzy-sur-Oise, cerca de Laon, ratificó en forma solemne estos acuerdos, que «han de considerarse —según J. Orlandis (*El pontificado romano en la historia*, Madrid, 1966)— el acta fundacional de los Estados Pontificios». Astolfo no se sometió a las demandas que le transmitieron las embajadas: trató incluso de promover entre los nobles francos una resistencia a Pipino, enviando entre sus propios embajadores al hermano de éste, Carlomán, monje de Bobbio. Esteban tuvo que reaccionar formulando una serie de amenazas y prohibiendo a Carlomán y a sus hijos abandonar el monasterio. Carlomán falleció antes de que pudiera regresar a Lombardía. En agosto del 754 condujo Pipino la primera expedición. Sitiado en Pavía, Astolfo pidió la paz, comprometiéndose a devolver Rávena con todas las ciudades y villas por él usurpadas. No cumplió sus promesas. En diciembre del 755 desencadenó una nueva ofensiva, fijándose esta vez como objetivo la propia Roma, que quedó prácticamente cercada. Embajadores del papa y de las autoridades bizantinas, por el camino del mar, fueron al encuentro de Pipino que, entre tanto, había vuelto a marchar sobre Pavía: a la demanda de los bizantinos para que restituyese Rávena y el exarcado, el rey de los francos contestó que él sólo combatía «por el amor de san Pedro y el perdón de los pecados». La segunda paz de Pavía fue de condiciones mucho más duras que la primera: Astolfo tenía que entregar la tercera parte de su tesoro, someterse a un tributo anual y hacer entrega a la Iglesia de todas las tierras que antes fueran dominio del Imperio. Fulrado, abad de Saint Denis, con una parte del ejército,

permanecería en Italia para vigilar el cumplimiento de los acuerdos. Él se encargó de depositar sobre la tumba de san Pedro las llaves de Rávena, las ciudades que formaban la Pentápolis (Fano, Ancona, Pésaro, Sinigaglia, Rímini) y de las otras de Emilia. En la corte pontificia comenzó entonces a tomar cuerpo la leyenda de la Falsa Donación de Constantino a Silvestre, pues era un medio de legitimar esta decisiva donación que convertía al papa en un importante soberano temporal. Desde el año 756, y como consecuencia de un largo proceso, que partiera de un conjunto de propiedades inmunes, para acabar en la soberanía, comienza a existir un nuevo sujeto político, la Sancta Ecclesiae Respublica, que perdurará hasta 1870.

Tras la muerte de Astolfo, el papa respaldó al nuevo rey, Desiderio (756-774), asegurándose de este modo el cumplimiento de los acuerdos adquiridos en la segunda paz de Pavía. Esto no le impedía trabajar cerca de los duques de Spoleto y Benevento para que, apartándose de la dependencia de Lombardía, se situasen en la de la Sede Apostólica. Fue el de Esteban un pontificado breve pero decisivo.

Paulo I, san (29 mayo 757 - 28 junio 767)

Hermano de Esteban y colaborador sobresaliente de los papas desde Gregorio II, fue elegido sin dificultad. Comunicó a Pipino esta elección pero sin recabar ninguna clase de confirmación. Sus legados regalaron al rey de los francos un antifonario, redactado por Amalario, que era como el signo externo de la identidad litúrgica entre Roma y la Iglesia franca. Paulo definía sus funciones, en un tono muy elevado, como las de «un mediador entre Dios y los hombres, buscador de almas». De hecho era consciente de que, al convertirse en soberano temporal, se estaban desatando sobre la sede de Pedro las concupiscencias que son fuente de conflictos; se hallaba, sin embargo, decidido a detener con todos sus medios el naciente Estado, para lo que necesitaba la ayuda del rey de los francos.

Aunque su deseo ferviente era el de mantener la estrecha comunión con las Iglesias orientales (estrechó sus relaciones con Antioquía y Alejandría, entonces sometidas al Islam), la nueva política imperial hizo muy difícil tal propósito: un sínodo reunido en Hieria (febrero-agosto del 754) por Constantino V, desencadenó una nueva ola de iconoclastia; se reprodujeron las persecuciones y muchos monjes orientales buscaron refugio en Roma. Para ellos edificó el papa, utilizando su propia casa, el monasterio de San Esteban y San Silvestre in Capita (761). Por otra parte, Desiderio comenzaba a dar muestras de que no estaba dispuesto a cumplir las promesas que hiciera: sometió Spoleto y Benevento, despreciando los compromisos de ambos ducados con el papa, y trató de concertar una especie de alianza con el emperador. El rey de los lombardos viajó a Roma para entrevistarse con Paulo I: explicó a éste que para que la paz fuese verdadera necesitaba la restitución de los rehenes que Pipino condujera a Francia, es decir, una plena independencia sin restricciones para su reino. Paulo no podía negarse a transmitir esta demanda pero, al mismo tiempo, ad-

virtió a Pipino en secreto que tras ella se encontraba una amenaza contra Roma. Aunque el papa repitió sus apremiantes demandas de ayuda, el rey de los francos parecía decidido a no repetir su expedición a Italia: se lo impedían los grandes proyectos de llevar la frontera hasta el Pirineo y establecer contacto con los grupos de resistencia que se habían formado en España.

Creyendo que la alianza entre los francos y Roma había terminado, el emperador Constantino envió el 765 embajadores a Pipino con un ambicioso proyecto de alianza entre los dos poderes, con respaldo para la iconoclastia. Pero la respuesta no le satisfizo. Pipino estaba dispuesto a mantener relaciones amistosas, pero en cuanto al abandono de la protección al papa o la aceptación de la iconoclastia, su actitud era negativa. Griegos y francos debatieron en Gentilly (767) en relación con las imágenes, cuyo culto Occidente defendía. Poco después murió Paulo I.

Esteban III (7 agosto 768 - 24 enero 772)

El interregno. Sucedió lo que se temía. El papa había dejado de ser una exclusiva autoridad espiritual para convertirse en príncipe soberano y los altos funcionarios del gobierno estaban ahora interesados en elevar a uno de los suyos. Se habían formado dos partidos, uno encabezado por el duque Toto de Nepi, jefe de la milicia, y el otro dirigido por el primicerio Cristóforo, con la nobleza senatorial: estando Paulo en su lecho de muerte, ambos se comprometieron, bajo juramento, a asegurar una elección normal. Apenas fallecido el papa, Toto, faltando a su juramento, se hizo dueño del poder mediante un golpe de Estado, y proclamó a su hermano Constantino, que era laico. Ordenado y consagrado por tres obispos, se instaló en el palacio de Letrán. Constantino escribió en dos ocasiones, en agosto y septiembre del mismo año, a Pipino, pero en ninguna de ellas obtuvo respuesta. Se obligó a Cristóforo a prometer que ingresaría en un monasterio.

No lo hizo así. Por el contrario, fue a advertir de lo ocurrido al duque de Spoleto y al rey Desiderio (757-774). Éste proporcionó tropas a Sergio, hijo de Cristóforo, para volver a Roma e imponer el orden. Hubo una sangrienta batalla dentro de la ciudad en la que Toto perdió la vida. Constantino, aprehendido en Letrán, fue privado de la vista. Un clérigo, Wadiperto, que actuaba por cuenta de Desiderio, quiso aprovechar la ocasión para suscitar un papa que pudiera convertirse en fiel instrumento de la política lombarda y escogió para ello a un presbítero, capellán del monasterio de San Vito en el Esquilmo, llamado Felipe: le llevó con escolta a Letrán. Pero los seguidores de Cristóforo no lo consintieron: invadieron la basílica, se apoderaron de su persona y lo devolvieron a San Vito, sin hacerle daño, para que reasumiese sus funciones.

Ahora Cristóforo pudo organizar una elección legal y sacar adelante a su propio candidato: Esteban III, presbítero del título de Santa Cecilia. El *primicerias* trataba de establecer su propio gobierno personal en nombre de un papa débil. Al principio así sucedió: Esteban no pudo evitar las crueles represalias

contra Constantino, Wadiperto y sus respectivos seguidores. Roma estaba viendo las secuelas de una primera lucha sangrienta por el poder. Entronizado el 8 de agosto del 768, Esteban III se vio abocado a una ingente tarea de restauración.

El pontificado. Comenzó enviando sus legados a Francia para comunicar su elección. Estos legados se encontraron con el hecho de que Pipino había muerto (24 de septiembre del 768) y sus hijos, Carlos y Carlomán, se habían repartido los ya extensos dominios aunque mantenían una forma de gobierno conjunto. Ofrecieron el apoyo que ya era tradicional. Los embajadores que saludaron a los príncipes como «patricios de los romanos», les invitaron a enviar representantes para el sínodo que Esteban había convocado en Roma para el año siguiente. Trece obispos francos, en efecto, participaron en él (abril del 769): compareció Constantino II, ciego y evidentemente maltratado, que hizo confesión arrepentida de sus faltas; las disposiciones por 61 tomadas, se declararon nulas; calificado de antipapa se le condenó a penitencia perpetua. El acuerdo más importante del sínodo, como era de esperar, giró en torno a la regulación de las elecciones futuras: sólo el clero tendría derecho a participar en ellas, siendo candidatos únicamente los cardenales presbíteros y diáconos. Desde el año 732 se mencionaba como *cardinales* a los siete obispos: Esteban aumentó hasta veintiocho el número de *tituli* a fin de establecer una debida proporción de presbíteros y diáconos también *cardinales*. A los laicos correspondería únicamente aclamar al elegido. En el sínodo del 769 se condenó la doctrina iconoclasta del Concilio de Hieria.

Una nueva amenaza parecía surgir. Las discordias entre Carlos (768-814) y Carlomán beneficiaron los propósitos de Desiderio, que había entrado en Istria aumentando el ámbito de la diócesis de Aquileia. Las discordias romanas evitaron cualquier intervención del papa. Supo Esteban III que Carlos, empujado por su madre, Bertrada, iba a casarse con la hija de Desiderio, Deseada, y se asustó: calificó el proyecto de maniobra «diabólica» (770). En realidad, Carlos no estaba pensando en suspender la protección sobre Roma y sus dominios, sino en disponer de alianzas, lo mismo que en Baviera y Benevento. El *Liber Pontificalis* —es la única fuente y por añadidura sospechosa, como ya apreció Louis Halphen («La papauté et le complot lombard de 771», *R. H.*, CLXXXII, 1938)—, da cuenta de una especie de extraño acuerdo entre Esteban III y Desiderio, el año 771, para librarse de la tutela del primicerio y de su hijo Sergio, los cuales fueron asesinados. Pero con la desaparición de Cristóforo la influencia franca recibía un duro golpe en Roma. Esteban habría escrito a Carlos que se habían lomado duras medidas por haberse descubierto, gracias a «su admirable hijo Desiderio», un complot dirigido a causar su propia muerte.

La abdicación de Carlomán, en este mismo año, convirtió a Carlos en único rey de los francos. Repudió entonces a Deseada y se aprestó a reorganizar la influencia franca en Roma.

Adriano I (1 febrero 772 - 25 diciembre 775)

Sumisión del reino lombardo. En contra de los preceptos del sínodo, el pueblo de Roma tomó parte en la elección de Adriano, diácono al servicio de Esteban III, y sobrino de cierto Teodoto con quien se había educado a causa de su prematura orfandad. Los acuerdos que Esteban concertara poco antes con Desiderio, entregaban a su chambelán, Paulo Afiarta, plenos poderes en Roma. Adriano hubo de comenzar por desembarazarse de él, rehabilitando primero a las víctimas del complot del 771, enviando luego al propio Afiarta ante Desiderio para reclamar las fortalezas que prometiera a Esteban devolver y que aún retenía, y haciéndole finalmente arrestar. Sabemos que el chambelán moriría por orden del metropolitano de Rávena, León.

Desiderio reclamó del papa la consagración de los hijos de Carlomán para crear enemigos a Carlos. Sin esperar la respuesta invadió el exarcado, poniendo cerco a Rávena. Sin medios suficientes de defensa, Adriano envió sus legados a Carlos; le encontraron en Thionville, cuando regresaba de la primera campaña de Sajonia (febrero o marzo del 773). El rey de los francos comenzó despachando una embajada a Pavía y Roma, para informarse de la situación y, repetidas veces, propuso a Desiderio una paz, ofreciéndose incluso a indemnizarle por las fortalezas que debía entregar. Actuaba no como un aliado, sino como verdadero «patricio de los romanos». Sus propuestas fueron rechazadas. Entonces llegó a la decisión extrema: suprimir el reino lombardo y liquidar de este modo el problema. Frente a los francos se produjo el derrumbamiento de la resistencia militar lombarda, de modo que en septiembre del 773 permanecían fieles a Desiderio únicamente Pavía, estrechamente cercada, y Benevento, donde gobernaba su yerno Arichis. Muchos de los nobles lombardos fugitivos se acogerían en Roma a la protección del papa.

Mientras duraba el cerco de Pavía, en marzo Carlos hizo una peregrinación a Roma, a fin de asistir a la Pascua, y fue recibido con extraordinarios honores. No quiso, sin embargo, ser alojado en el Palatino, residencia de los exarcas, sino en una zona inmediata a San Pedro, como hacían los peregrinos. Asistió a los oficios solemnes y luego negoció, con Adriano, el reconocimiento de un dominio que abarcaba el ducado de Roma, la isla de Córcega, el antiguo exarcado de Rávena, las provincias de Venecia e Istria y los ducados de Spoleto y Benevento. Más de la tercera parte de Italia, según este acuerdo, debía constituir ahora el *Patrimonium Petri*. De esta donación o reconocimiento se redactaron tres ejemplares: dos fueron ceremoniosamente depositados en la tumba de Pedro y el tercero viajó con el rey. A partir de este momento la cancellería pontificia dejó de datar los documentos por años del emperador de Constantinopla, cuya efigie desapareció también de las monedas: la plena soberanía era asumida por el papa. Por su parte, Carlos, que el 7 de junio del 774 entraba en Pavía enviando a Desiderio y a sus hijos a un monasterio, cambiaba su título inicial para asumir el de «rey de los francos y de los lombardos y patricio romano». Esto le convertía en protector de la Iglesia. Probablemente entendía que dicha condición le otorgaba poderes y facultades de gobierno

sobre Roma. Retenía, por tanto, cierta autoridad sobre los dominios que prometiera entregar.

Por lo demás, esta promesa fue deliberadamente retrasada: se restituyeron en seguida las fortalezas que prometiera Desiderio, pero no las otras. El año 775 se produjo una revuelta en Italia, a cargo de nobles lombardos agrupados en torno al duque de Benevento que asumía el título de príncipe y que contaba con el apoyo bizantino. La muerte de Constantino V privó a los rebeldes de dicho apoyo, pero el movimiento fue tan fuerte que obligó a Carlos a regresar a Italia, donde permaneció desde diciembre del 775 hasta julio del 776. En esta oportunidad no viajó a Roma: estaba entregado a la tarea de hacer «franca» a la antigua Lombardía. Inútilmente insistió Adriano en sus reclamaciones. El rey estaba alentando las tendencias de León de Rávena hacia la autocefalia.

Es precisamente entonces, el año 778, cuando encontramos la primera mención de la «Donación de Constantino» como si se tratara de una fuente de derecho. Este supuesto, cuya falsedad no quedaría oficialmente establecida hasta mediados del siglo xv, cuando Nicolás de Cusa y otros humanistas aportaron pruebas incontrovertibles, permitía a Adriano sostener que Constantino, además de reconocer la superioridad de Roma sobre todos los patriarcados y obispados del orbe, diera a san Pedro «la ciudad de Roma y todas las provincias, las localidades y las ciudades tanto de Italia entera como de todas las regiones occidentales». Los falsificadores del documento, cuyo nombre oficial fue *Constitutum Constantini*, trataban de demostrar que el papa reclamaba mucho menos de aquello a lo que tenía derecho.

Hasta el año 781 no se produciría un nuevo viaje de Carlomagno a Roma y, en consecuencia, la negociación que el papa reclamaba sobre los espinosos asuntos territoriales. En esta visita, en que Adriano bautizó y consagró a Carlomán (ahora llamado Pipino) y Luis, hijos de Carlos, como reyes de Italia y de Aquitania respectivamente, se puso mucho empeño en destacar el grado de buena relación existente entre el papa y el monarca en un momento en que, por muerte de Constantino V, las relaciones con Bizancio mejoraban. La emperatriz Irene (797-802), regente en nombre de su hijo León IV (775-780), buscaba el acercamiento y promovía un nuevo patriarca de Constantinopla, Tarasio, ajeno a la iconoclastia. Adriano prestó todo su apoyo a la reforma de la Iglesia que Carlos promovía en sus dominios y respaldó la política de éste incluso en sus dimensiones temporales. Sin embargo, las nuevas negociaciones, durante las cuales se puso de manifiesto de qué modo Carlos consideraba su título de patricio como una especie de soberanía temporal, condujeron a una definición del espacio asignado al Patrimonium Petri mucho menor del que se había prometido el 774.

La propuesta de Irene. El año 785 Tarasio e Irene se pusieron en contacto con Adriano; aunque éste tenía ciertas reservas que oponer, pues no le eran devueltas las fincas confiscadas ni se le restituía la jurisdicción sobre el Illiricum, aceptó la apertura y envió a sus delegados, un monje y un arcipreste, ambos del mismo nombre, Pedro, al concilio que se celebró en Nicea (septiembre

del 787), haciéndoles portadores de una profesión de fe que fue aplaudida. Así se restableció la unión y se proclamó la legitimidad del culto a las imágenes. Los legados trajeron a Roma las actas conciliares, que Adriano confirmó ordenando se tradujesen al latín. La traducción estaba llena de tantas imperfecciones que sería fuente después de dudas y de pequeños conflictos. No obstante estas buenas relaciones, Adriano advirtió que podría llegar de nuevo a la excomunión de Irene y Tarasio si los antiguos dominios y jurisdicción no le eran restituidos. Uno de los errores en la mencionada traducción consistía en ordenar una «adoración» de las imágenes. Este término fue rechazado en el Concilio de Frankfurt del 794, convocado por Carlomagno, en el que se condenaron, a la vez, la iconoclastia y el adopcionismo surgido en España.

Adriano ha sido considerado como el segundo fundador de los Estados Pontificios, con una extensión mucho más amplia que la prevista en Quierzy-sur-Oise, aunque no tanto como se soñara en el primer momento. Emprendió obras muy importantes en Roma: refuerzo de las murallas, diques contra las avenidas, cuatro acueductos (con objeto de colocarla a la altura de esta nueva posición), pero sobre todo creó un inteligente sistema de granjas para asegurar la alimentación de los indigentes y eliminar así un problema que había llegado a hacerse grave: las *diaconae* y las *domus cuitae*. Cuando murió, Carlomagno comentó que era como si hubiera perdido un hermano o un hijo, y remitió una lápida, que aún se conserva, con versos que demostraban este afecto.

León III, san (26 diciembre 795 - 12 junio 816)

Elección disputada. El mismo día de la muerte de Adriano fue aclamado papa el cardenal-presbítero de Santa Susana, León, un romano de estirpe siciliana, no noble, dedicado desde niño al servicio de la Iglesia. Probablemente era consciente de su debilidad frente a la aristocracia romana, crecida desde la consolidación de los Estados Pontificios; buscó ante todo el apoyo de Carlomagno, al que envió las llaves de la tumba de san Pedro y el estandarte de Roma, solicitando de él que enviara un representante para recibir el juramento de fidelidad de los romanos. Había, pues, reconocimiento de un poder. Esto explica que el *missus* de Carlomagno, Angelberto, instalado en Roma, desempeñara un papel importante como si se hubiera producido una división de funciones en la ciudad.

L. Halphen (*Charlemagne et l'empire carolingien*, París, 1947) insiste en que «el papel de jefe espiritual quizá sea aquel que Carlomagno asume de mejor grado». Esta posición es transparente en la respuesta que envió a las primeras demandas de León III: al rey incumbe la defensa de la cristiandad, con las armas, y el establecimiento de un dominio «por la fe verdadera»; es misión del papa levantar, como Moisés, los brazos en oración para atraer las bendiciones de Dios. Nuevo David —las alusiones al rey de Israel se hacen cada vez más frecuentes— ordenó a sus teólogos que redactaran un texto, los *Libri Carolini*, que contenía la exposición completa de la fe que debe imperar en Occidente. A pesar de la resistencia del papa, que trataba de eludir innecesarios conflictos

con Oriente, Carlomagno logró que se incluyera la expresión *Filioque* en el Credo de la misa en la liturgia occidental. Las instrucciones del rey a Angelberto parecen revelar que se estaba tratando al vicario de Cristo como un capellán del Imperio: el *missus* debía exhortar a León para que viviese con toda honestidad, guardara los cánones, rigiera la Iglesia con piedad y persiguiese «la mancha espantosa de la simonía». Estas últimas frases permiten a los historiadores formularse la pregunta de hasta qué punto estaba Carlomagno informado de la tormenta que se formaba sobre el cielo de Roma.

Dos parientes de Adriano I, el primicerio Pascual y el sacelario Cápulo, figuraban al frente de la aristocracia romana. Provocaron una revuelta. El 25 de abril del 799, cuando León se dirigía a San Lorenzo in Lucina para celebrar la misa, fue asaltado por un grupo de hombres armados que le maltrataron seriamente, declarándole depuesto y amenazándole con sacarle los ojos y cortarle la lengua. Quedó prisionero en San Erasmo. El duque de Spoleto, Winigis, y el abad Wirundo, ambos francos, acudieron a Roma al recibir noticia de los disturbios; pero ya un grupo de amigos había conseguido organizar la fuga de León, que pudo refugiarse en el Vaticano e informar a Carlomagno que se hallaba entonces en una de sus campañas en Sajonia. El monarca invitó al papa a trasladarse a su corte y ambos se reunieron en Paderborn en julio del 799. Comparecieron allí los enemigos del papa, que le acusaban de dos delitos: perjurio y adulterio. La cuestión tomaba un giro muy serio, pues con independencia de las violencias sufridas, se alzaba contra el papa una acusación. Alcuino advirtió seriamente a Carlomagno: nadie puede juzgar a un papa que es vicario de Cristo en la tierra. Ganando tiempo, el rey proporcionó a León una escolta con la que pudiese regresar a Roma, y ordenó a los obispos Hildebando de Colonia y Arno de Salzburgo que le acompañaran abriendo una información.

«*Renovatio Impera*». Los *missi* de Carlomagno invitaron a Pascual y a Cápulo a concurrir a un *placitum* celebrado en Letrán. No pudieron probar sus acusaciones y fueron desterrados a Francia, acompañados de informes que permitirían al rey juzgar su caso. Carlos no se precipitó. Hasta el mes de agosto del año 800 en la Dieta de Maguncia no quedó decidido su viaje a Roma; en noviembre alcanzaba Rávena y el 23 de dicho mes se encontraba con León III en Mentana a doce millas de la capital. Allí celebraron un gran banquete. Era imposible que Carlomagno no advirtiera que la procesión y todo el ceremonial desplegado para su entrada en Roma correspondía a un emperador y no a un rey.

Entre los días 1 y 23 de diciembre, con presencia de la nobleza romana y franca, se celebró un concilio en San Pedro. En la primera sesión dijo Carlomagno que el motivo de su convocatoria era el juicio acerca de las acusaciones presentadas contra León. Probablemente estaba convenido de antemano que los circunstantes dijeran que nadie puede juzgar a un pontífice y que León se adelantara espontáneamente a ofrecer un juramento exculpatorio. De todas formas se trataba de una muy seria derrota para la Sede Apostólica. No tenemos razones de peso que nos permitan dudar de la noticia que dan los Anales de Lorch cuando atribuyen a este concilio la demanda de que se coronara em-

perador a Carlos, puesto que el trono en manos de una mujer, parecía vacante. Con notable precisión cronológica el día 23 de diciembre el capellán real Zacarías regresó de un viaje a Jerusalén; le acompañaban dos monjes que eran portadores, en nombre del patriarca, de las llaves del Santo Sepulcro, que entregaron a Carlos. Ahora éste podía presentarse como protector de toda la cristiandad.

En la tercera misa del día de Navidad (25 diciembre del 800), estando arrodillado Carlos para orar en el momento en que se iniciaba el canto de las letanías, León III se adelantó y le puso la corona imperial en la cabeza. Aunque el cronista Einhardo dice que el ahora emperador hizo un gesto de sorpresa, no cabe duda de que la ceremonia estaba preparada de algún tiempo atrás. Varias opiniones se han formulado acerca de esa versión oficial de la «sorpresa». Halphen piensa que se trataba de limar suspicacias bizantinas en un momento en que estaban pendientes negociaciones. Pero lo que parece claro es que, a pesar de que León ejecutara entonces la *proskynesis* de acuerdo con el ritual antiguo —nunca más se arrodillaría un papa delante de un emperador—, la iniciativa por él tomada tenía que llenar de preocupaciones a la corte, pues se daba la impresión de que el pontífice «hacía» emperadores. Así se explicó luego: la autoridad apostólica ejecutaba una *translatio Imperii* de los romanos a los francos. Al mismo tiempo se producía una *restaurado* del Imperio desaparecido en el siglo v. Carlos recibía ahora, de Dios y no del Senado y el pueblo, el mandato de «regir a los pueblos con imperio», siendo su juez, favoreciendo la expansión del cristianismo en los pueblos aún idólatras, haciendo reinar la concordia entre los cristianos. Los que acusaran al papa falsamente fueron de inmediato juzgados y condenados a muerte; León intercedió para que esta sentencia se cambiara por la de destierro.

Ahora existían en la cristiandad dos emperadores como antes del 476. En su viaje a Aquisgrán, el 804, León III introdujo una versión apoyada en la *Constitutio Constantini*, que es la que gráficamente puede verse aún hoy en el mosaico de San Juan de Letrán. En virtud de la soberanía sobre Occidente transferida a Silvestre I por Constantino, la coronación del 800 puede considerarse como la entrega, por delegación, de esa misma soberanía a Carlos. Este argumento basta para hacernos comprender las quejas de Carlomagno y que éste, según sus cronistas, llegaba a decir que, de haber sabido lo que iba a suceder, jamás hubiera puesto los pies en San Pedro. Aquí estaba la desigualdad. La Iglesia es universal y el primado de la Sede Apostólica, aunque se refiera al orden espiritual, también es, por naturaleza, universal. El Imperio, brazo armado de esa misma Iglesia, carece de tal universalidad. Rechazando los excesos que se atribuyeran los *Libri carolini*, León hizo que la condena del adopcionismo, expresada en términos correctos, fuese adoptada en el sínodo romano del 798. Y el 809, confirmando la doctrina implícita en el *Filioque*, dispuso el papa de nuevo que se omitiera en el texto de la misa.

No se puede dudar de la trascendencia de los actos del 800. Nació Europa, un nombre que rebrota en varios textos de distintos lugares aunque pronto se-

ría cambiado por el de cristiandad. Nacía, sobre todo, la soberanía espiritual del papa con carácter universal. León mantuvo sus relaciones con Bizancio y ni siquiera quiso respaldar a Teodoro de Studion cuando este famoso monje fue perseguido. Intensificó sus relaciones con Inglaterra, actuando como juez arbitro en las disensiones entre York y Canterbury. Y, después de la muerte de Carlomagno (28 enero 814), volvió a ejercer la autoridad judicial en Roma.

Esteban IV (23 junio 816 - 24 enero 817)

Romano y de familia aristocrática, conciliador y muy popular, la elección de Esteban obedece, probablemente, a la necesidad de buscar una paz interna en Roma, pues se había alterado mucho durante el pontificado de León III. La maduración de las estructuras de gobierno para lo que era ya un extenso principado soberano, se reflejaba en la existencia de tres sectores o partidos: el imperial, alimentado desde la corte carlovingia; el senatorial, formado por los grandes oficiales laicos y jefes de la milicia; y el que se conocía como *familia sancti Petri*, constituido por los directos colaboradores del papa, a veces sus parientes. Con mucha frecuencia, en adelante, el poder del papa será quebrantado, pero nunca se negaría ya el derecho de ejercer soberanía.

Esteban hizo que el pueblo jurara fidelidad al emperador, comunicó a éste su nombramiento y le anunció el propósito de viajar a su encuentro. Estaba en la corte de Luis el Piadoso (814-840) en octubre del 816: había llevado consigo la «corona de Constantino», que utilizó en la ceremonia de la coronación de ambos, Luis y su esposa Irmengarda. Aunque había sido asociado ya al Imperio por su padre, el acto de Reims quedó revestido de gran importancia: desde el punto de vista del rey, se reforzaba su poder espiritual; del lado del papa, se dejaba patente el principio de que nadie es emperador hasta ser ordenado, investido y casi consagrado por el sucesor de san Pedro. Siguió a este acto negociaciones de las que únicamente conocemos su resultado, es decir el *Privilegium Ludovici* del 24 de enero del 817. Esteban solicitó que se perdonase a los exiliados que vivían en Francia desde el pontificado anterior. No pudo, sin embargo, conocer el contenido del *Privilegium*, pues falleció el mismo día en que el emperador ponía en él su firma.

Pascual I, san (24 enero 817-11 febrero 824)

«*Ordinario Imperii*». Presbítero y abad del monasterio de San Esteban, cercano a San Pedro, Pascual había nacido en Roma. Fue elegido el mismo día de la muerte de su antecesor y consagrado sin pérdida de tiempo; tales prisas demuestran que se trataba de evitar toda clase de interferencias. Comunicó a Luis su elección, asegurando que nada había hecho para conseguirla. El emperador le remitió un ejemplar del *Privilegium* que significaba concesiones en favor de la Sede Apostólica. Confirmaba el Patrimonium Petri, garantizaba la no intervención en las elecciones pontificias y, asimismo, que la autoridad imperial no intervendría en el gobierno y administración de los dominios de la Iglesia, salvo a petición de ésta. El único compromiso era el de comunicar al empera-

dor el resultado de la elección. Hasta el 823 el acuerdo se mantuvo sin dificultad: aparecen mencionados con frecuencia nuncios de ambas partes.

El mismo año 817, como consecuencia de un accidente, Luis el Piadoso pudo ser convencido por sus consejeros de la necesidad de regular el orden sucesorio, puesto que el esquema de la costumbre germánica reconocía derechos hereditarios a todos los hijos. La *Ordinatio Impertí* que entonces se promulgó, afirmaba que la Iglesia e Imperio estaban dotados por voluntad de Dios de esencial unidad y no podían ser divididos. De este modo sólo el mayor de los hijos, Lotario (817-855), sería emperador: sus hermanos Pipino (817-839) y Luis (817-876) (aún no había nacido Carlos el Calvo) poseerían reinos supeditados a la superior autoridad del Imperio. En compañía de Wala, Lotario bajó a Italia a principios del 823 y Pascual I le invitó a trasladarse a Roma para proceder a su coronación. Estaba ya firme el principio de que únicamente en Roma y de manos del papa se recibe la corona que hace a un rey emperador. En esta ocasión Pascual regaló a Lotario una espada, símbolo de la fuerza que se necesita para erradicar el mal.

Poder en Roma. Una vez en Roma y coronado emperador, Lotario decidió enmendar la generosidad de su padre, recuperando poderes, especialmente judiciales, en las provincias del Patrimonium, que consideraba parte de su Imperio. Comenzó por atraerse a la nobleza senatorial romana, convertida ahora en partido franco, cuyos jefes eran el protonotario Teodoro y el nomenclátor León. Como una prueba de su poder, emitió una sentencia que liberaba a la abadía de Farfa de su dependencia respecto a la sede romana. Apenas hubo Lotario abandonado Roma, los consejeros del papa provocaron una violenta reacción: León y Teodoro, presos, perdieron los ojos y fueron degollados. En la corte de Lotario se trató de hacer de Pascual el responsable de tales muertes. El papa prestó juramento exculpatorio: nada había tenido que ver con las ejecuciones, pero añadió que no debían considerarse injustas, pues se habían provocado motines.

Con la llegada de León V (813-820) al trono de Bizancio, rebrotaba la iconoclastia. Teodoro de Studion solicitó la intervención del papa. Era ya muy poco lo que Pascual podía hacer en este asunto: con la creación del Imperio de Occidente se había alzado una barrera de separación entre Oriente y Occidente. Abrió desde luego las puertas de Roma a los monjes griegos que huían de la persecución, contribuyendo indirectamente a un florecimiento del arte. Las grandes obras que el propio Pascual estimuló en Roma (Santa Práxedes, Santa María in Domenica, Santa Cecilia en el Trastévere) revelan que la capital de la Iglesia estaba bien dotada de talleres y artistas, con tendencia a un academicismo arcaizante, pero de una calidad que contrasta con la pobreza imperante en el resto de Europa.

Eugenio II (junio 824 - agosto 827)

Firmeza del papa. La nobleza romana se **unió** al partido imperial en **un** esfuerzo para evitar que el clero hiciese triunfar su candidato. Los **últimos meses**

del pontificado de Pascual habían sido muy duros. Wala, consejero de Luis y luego de Lotario, que estaba en Roma a la sazón, consiguió negociar una especie de arreglo mediante el cual se logró el reconocimiento de Esteban, arcipreste de Santa Sabina. El electo no se limitó a comunicar a Luis el Piadoso su elevación, como estaba acordado: le juró fidelidad, reconociendo de este modo la soberanía del emperador. Su nombramiento fue, en general, bien acogido porque se esperaba de este modo conseguir más paz interna. Así fue, pero a costa de que el papa fuese solamente instrumento de la política imperial.

La «Constitutio romana». Finalizaba el verano del 824 cuando Lotario apareció nuevamente en Roma proclamando su intención de restaurar el orden en la ciudad y establecer nuevas leyes que impidiesen las divisiones y tumultos. Eugenio II se plegó a estos proyectos y la consecuencia fue la llamada *Constitutio romana* del 11 de noviembre del mencionado año, que establecía un fuerte control del Imperio sobre el Patrimonium Petri. Los capítulos más salientes determinaban:

— Todas las personas declaradas bajo protección imperial o pontificia gozarían en adelante de inmunidad.

— Se establecía el principio jurídico de los germanos de la personalidad de las leyes, de modo que cada uno sería juzgado por la ley romana, franca o lombarda, según su nación.

— La administración de Roma y de los demás dominios pontificios se encomendaba a dos *missi*, uno imperial, el otro papal, los cuales elevarían cada año un informe al emperador.

— Suprimiendo el canon establecido en el sínodo del 769, se decretaba que en las elecciones pontificias tomaría parte el pueblo junto con el clero.

— Por último, que antes de que pudiera ser consagrado, el papa tendría que prestar juramento de fidelidad al emperador.

En definitiva, la *Constitutio* venía a demostrar que al emperador, y no al papa, correspondía la autoridad soberana. La crisis a que el Imperio estaba siendo abocado, precisamente por derechos sucesorios, evitaría que se obtuviesen de ella los resultados que Lotario esperaba. Eugenio comenzó mostrando bastante independencia en dos asuntos: la reforma, que parecía tan necesaria, y la iconoclastia. En noviembre del 826 un sínodo reunido en Letrán, que aceptó desde luego la nueva forma propuesta para las elecciones y también la legislación franca referida a las Iglesias propias, promulgó numerosos cánones acerca de la simonía, deberes de los obispos, monaquismo, educación clerical, indisolubilidad del matrimonio, etc., que se hicieron extensivos a todas las Iglesias de Occidente sin consulta previa al emperador.

En el mes de noviembre del 824 había pasado por Roma una embajada del emperador Miguel II (813-829) y del patriarca Teodoro, que intentaba negociar una fórmula que permitiese suavizar las aristas que despertara la iconoclastia. Eugenio advirtió que la doctrina formulada en el segundo Concilio de Nicea

(787) era la única aceptable. Y no cedió ni ante una embajada de Luis el Piadoso ni ante los requerimientos de una comisión de teólogos, reunida en París el 825, contando con permiso del papa, que había llegado a conclusiones excesivamente críticas respecto al culto de las imágenes. Eugenio, que mantenía contacto estrecho con Teodoro de Studion y con los monjes iconódulos refugiados en Roma, proyectaba el envío conjunto de una embajada imperial y pontificia a Constantinopla, cuando falleció.

Valentín (agosto - septiembre 827)

Hijo de Leoncio de Vialata, miembro de la nobleza senatorial romana, había hecho carrera bajo Pascual I, siendo archidiacono. En su elección unánime tomaron parte los laicos, de acuerdo con la Constitución del 824. Según el *Liber Pontificalis* no reinó más que cuarenta días. No hay ninguna noticia acerca de su gobierno.

Gregorio IV (29 marzo 828 - 25 enero 844)

Elección. Cardenal presbítero del título de San Marcos y miembro de la aristocracia romana, fue elegido por presiones de esta misma nobleza y de acuerdo con la *Constitutio* del 824, a finales del año 827, aunque no sería consagrado hasta el 29 de marzo siguiente, después de obtener el reconocimiento del representante imperial y hacerse el intercambio de juramentos. La jurisdicción imperial se hizo efectiva: a principios del 829 sería rechazada la apelación presentada por la sede romana contra el privilegio de Lotario a la abadía de Farfa, eximiéndola del tributo que pagaba a Roma.

Se rompe el Imperio. El 832 los tres hijos mayores de Luis el Piadoso, Lotario, Pipino y Luis, protestando de que se hubiese alterado la *Ordinatio Imperii* del 817 a fin de dar parte en la herencia a Carlos el Calvo (832-887), nacido de un segundo matrimonio del emperador, se sublevaron contra su padre. Lotario ordenó a Gregorio IV que le acompañara en su viaje a Francia; el papa aceptó porque se trataba de una coyuntura que podía dejar establecida nuevamente su autoridad, pero un gran número de obispos, agrupados en torno al viejo emperador, le reprocharon que apareciese como incorporado a un bando rebelde y llegaron a amenazarle con romper la comunión con Roma. La respuesta del papa fue fría y contundente: a él, en virtud de la supremacía otorgada por Dios sobre la cristiandad, correspondía la custodia de la paz y, por ende, la mediación entre las partes en discordia. Cuando en el verano del 833 los dos ejércitos se enfrentaron en Rotfeld, cerca de Colmar, Gregorio intervino mediando entre un campo y otro. Descubrió entonces que había sido utilizado malévolamente por Lotario para encubrir una maniobra que tendía a impulsar a los nobles a que cambiasen de bando a fin de obligar a Luis el Piadoso a una completa capitulación. Los eclesiásticos llamaron a Rotfeld, *Lügenfeld*, esto es «campo de la mentira». Profundamente amargado, Gregorio regresó a Roma, mientras en su ausencia una asamblea de Compiègne (octubre del 833) decidía la deposición del emperador y el ingreso de Carlos en un monasterio.

Apenas unos meses más tarde, en marzo del 834, nobles y obispos conseguirían la restauración de Luis el Piadoso: inmediatamente estableció contacto con Gregorio anunciándole su intención de peregrinar a Roma. Lotario consiguió impedir el viaje de una embajada pontificia, pero no evitó que una carta de Gregorio llegara a manos de Luis, restableciendo con ello la dignidad del papa. La muerte del emperador, el 840, desencadenó una guerra civil en la que ya no fue posible al papa interponer su mediación. Aunque el título imperial siguiera siendo único, el Imperio se dividió, iniciándose con ello una época de profunda crisis en la que la Iglesia y el pontificado serían víctimas. De inmediato se acusaron las consecuencias desfavorables sobre dos empeños del pontífice: el 831 había recibido en Roma a san Anscario, obispo de Hamburgo, a quien entregó el *pallium* y que venía a exponer los grandes planes de evangelización de escandinavos y eslavos; Amalario de Metz trabajaba en Roma para unificar textos litúrgicos que debían ser reconocidos como obligatorios. La expansión religiosa y la edificación de la unidad se vieron gravemente comprometidas.

Peligro sarraceno. Una gran ofensiva musulmana se desencadenaba en el centro del Mediterráneo, precisamente en el momento en que los cristianos lograban en España una resonante victoria en Simancas (939) que les aseguraba el dominio de la meseta. El año 827 los sarracenos desembarcaron en Mazzara (Sicilia) y en los siguientes se apoderaron de Agrigento, Enna, Palermo y Mesilla (843). La resistencia de las milicias bizantinas fue muy fuerte, pero sin éxito. Nápoles y Amalfi se segregaron, convirtiéndose en repúblicas independientes. Nápoles, amenazada por el duque de Benevento, pidió auxilio a los árabes, repitiendo el tremendo error de los vitanos en España. Los musulmanes desembarcaron en la península, tomaron Brindisi (838), Tárento (839) y Bari (811), desentendiéndose pronto de sus aliados. Venecia pudo impedir la entrada de los invasores por el Adriático, pero no que se hiciesen dueños del mar de Sicilia y del Tirreno. Unidades sarracenas alcanzaban con sus *razzias* Spoleto, quemando y saqueando casas y campos a su paso. Roma se encontraba, pues, al alcance de los musulmanes. Gregorio ordenó construir en Ostia un bastión para evitar los desembarcos: fue llamado Gregorópolis.

Sergio II (enero 844 - 27 enero 847)

La división del Imperio privaba a Europa de una fuerza capaz de protegerla: vikingos en el norte, sarracenos en el Mediterráneo y pronto magyares en el oeste, colocaban a la cristiandad en una posición sumamente difícil. Ahora Roma oslabla en el mismo frente de batalla. Reinaba el pánico. Al producirse la muerte de Gregorio la población alborotada aclamó a un diácono llamado Juan, se apoderó de Lelrán, e intentó entronizarle allí. La nobleza, reunida en San Martín, eligió a uno de los suyos, Sergio, arcipreste de Roma en el pontificado anterior. La rebelión fue aplastada aunque el propio Sergio intervino para evitar la muerte de Juan. Anciano y enfermo de gota, el nuevo papa fue consagrado sin esperar la confirmación imperial. Tanto las normas de costumbre como la *Constitutio* del 824 habían sido quebrantadas.

Por encargo de Lotario, su hijo Luis II (844-875), que gobernaba desde Pavía el antiguo reino lombardo, marchó a Roma llevando un considerable ejército; junto a él se hallaba uno de los principales consejeros del emperador, Drogo, obispo de Metz; sus tropas, que trataban a las comarcas que atravesaban como país conquistado, causaron grandes daños. Sergio supo calmar los ánimos porque no quedaba otra esperanza que la ayuda de los carlovingios. Un sínodo de veinte obispos italianos se encargó de examinar la elección; aunque fue confirmado, Sergio tuvo que prestar, con los ciudadanos de Roma, el juramento de fidelidad al emperador, prometiendo que en adelante no se procedería a la elección de papa sin orden previa de aquél y sin que estuviesen presentes sus *missi*. Drogo fue nombrado vicario con jurisdicción sobre todos los obispos al otro lado de los Alpes. Sin embargo, Sergio no cedió en las cuestiones fundamentales, como la rehabilitación de los obispos Ebbo de Reims y Bartolomé de Narbona, que habían tenido parte en la deposición de Luis el Piadoso, pues sólo al papa corresponde «hacer» y, por tanto, «deshacer» emperadores.

Viejo y enfermo, Sergio era consciente de los peligros que amenazaban a Roma. Provocó el descontento de la población por sus esfuerzos para allegar dinero; en este punto su hermano Benedicto, a quien consagró obispo, se hizo responsable de numerosos pecados de simonía, con terrible daño para la moral. Fue inevitable que, en la conciencia de muchos, el ataque de los sarracenos en agosto del 846 fuese un castigo divino por la inmoralidad desatada. Ese año había fracasado un intento musulmán sobre la bahía de Nápoles, pero la flota, que conducía a 10.000 hombres según cronistas contemporáneos, desembarcó entre Porto y Ostia. La guarnición de Gregorópolis huyó y la milicia romana se refugió tras las murallas que databan de tiempos de Aureliano. Las basílicas de San Pedro y San Pablo fueron saqueadas. Ante el anuncio de que las fuerzas de Cesáreo de Nápoles y del rey Luis II convergían sobre Roma, los invasores se retiraron. Su flota fue, además, destruida por una tormenta. La muerte súbita de Sergio II se produjo a las pocas semanas de esta catástrofe.

León IV, san (10 abril 847 - 17 julio 855)

Un papa restaurador. El mismo día de la muerte de Sergio II, en medio de las ruinas y desolación causadas por el golpe musulmán, fue elegido este benedictino de estirpe lombarda, aunque nacido en Roma, hijo de Rodoaldo, a quien Sergio II nombrara cardenal del título de los Cuatro Santos Coronados. Como tardara en llegar la confirmación imperial, se hizo consagrar el 10 de abril, alegando que el tiempo no permitía dilaciones. Era el hombre enérgico que se necesitaba en aquella ocasión. Garantizó que, pese a esta circunstancia, se mantenía la legalidad de la *Constitutio*. Luis II estaba llevando a cabo entonces la reconquista de Benevento, aplacando las discordias entre pretendientes y creando dos pequeños principados, Salerno y Benevento, destinados a servir de barbacana en la defensa contra los sarracenos.

El nombre de León se nos conserva hoy en la «ciudad leonina». Fue, en principio, un recinto fortificado que, por encargo de Lotario y con apoyo eco-

nómico de éste, se estableció en torno a San Pedro para defensa de esta basílica. El año 849 los musulmanes reaparecieron y contra ellos se unieron las flotas de Nápoles, Amalfi y Gaeta: de este modo logró el papa obtener una victoria decisiva en Ostia. A continuación fortificó Porto con refugiados corsos y reconstruyó Centumcellae (la actual Civitavecchia) en un lugar dotado de mejores condiciones de defensa. Pudo disponer de años de verdadera tregua.

Lotario estaba lejos. Pidió a León que coronara emperador a su hijo Luis II, y el papa accedió. A partir de entonces las relaciones con el Imperio se hicieron exclusivamente a través de este príncipe. Tales relaciones no fueron siempre pacíficas: la lejanía del emperador y las difíciles circunstancias de un Imperio atomizado y amenazado permitían al papa librarse de una tutela que resultaba ya molesta. Tres agentes imperiales que habían asesinado a un legado papal fueron ejecutados en Roma. Luis II sospechaba, con razón, que en la curia se conspiraba contra su autoridad. En relación con Constantinopla también mostró León la firme autoridad: reprochó al patriarca Ignacio que hubiera depuesto al obispo de Siracusa sin consultarle y dispuso que ambas partes, el despojado y el designado, comparecieran en Roma para que se produjera el juicio arbitral.

Sus trabajos de restauración aprovecharon muchos otros edificios de Roma. La basílica de San Clemente conserva su retrato. Los años 850 y 853 se celebraron sínodos que pretendían reemprender la obra de reforma que Eugenio II ya comenzara. Fueron importantes las relaciones con los obispos de Inglaterra, a los cuales se remitió el año 849 una instrucción que era una exhaustiva respuesta a las preguntas que aquéllos formularan. Ethelwulfo de Wessex (839-858) envió a Roma a uno de sus hijos, Alfredo, que quería ser monje, y León IV le distinguió con el nombramiento de cónsul honorario. Se trata del futuro Alfredo el Grande, y una curiosa leyenda afirma que el papa predijo que sería rey.

Las Falsas Decretales. Importante, por las inesperadas consecuencias que se derivaron, fue el enfrentamiento con Hincmaro, obispo de Reims, a quien los obispos de Francia acusaban de exceso en su calidad de metropolitano. Lotario insistió en que se le nombrara vicario y se enviara el *pallium*, pero León se negó, remitiéndolo en cambio al obispo de Autun. Hincmaro, en un sínodo celebrado en Soissons, había declarado nulos todos los actos de su antecesor, Ebbo, y el papa revocó el sínodo con todas sus consecuencias. En relación con esta querrela aparecen las Falsas Decretales o colección de cánones atribuidas a san Isidoro. Ya Paul Fournier (*Étude sur les Fausses Decretales*, Lovaina, 1907) había apuntado que esta curiosa colección fue redactada entre los años 846 y 852, en Le Mans, o entre los clérigos que se oponían a Hincmaro. Pero apuntaba más lejos y de ahí sus extraordinarias consecuencias. Por vez primera se denunciaban los peligros de la feudalización.

En el sínodo de Epernay (junio del 846) se suscitó la grave cuestión de que los señores feudales estaban sometiendo a la Iglesia, dentro de sus dominios, a la ley del vasallaje, que se estaba generalizando. Al advertir los clérigos la falta de una legitimación adecuada decidieron fabricar una mezclando invención

y realidad: Gastón Le Bras precisa los años 847 y 852 como lapso de reacción, ya que en la segunda de dichas fechas el Pseudo Isidoro empieza a ser mencionado. Para Horts Führmann (*Einflüsse und Verbreitung der pseudoisidorischen Fälschungen von ihrem Auftauchen bis in die neuere Zeit*, Stuttgart, 1972), el objetivo perseguido era: a) proteger a los clérigos y su patrimonio de los poderes feudales en crecimiento; b) hacer de la sede episcopal la célula esencial de la organización eclesiástica, poniéndola a cubierto de los abusos de los metropolitanos; y c) afirmar el primado del papa, ya que en él se apoyaba el poder de los obispos.

Benedicto III (29 septiembre 855 - 17 abril 858)

La papisa Juana. Una curiosa leyenda sitúa entre León IV y Benedicto III el fantástico episodio de la papisa Juana. Vivía en Roma un diácono muy apreciado por su cara de ángel y su profundo saber. Nacido en Ingelheim, cerca de Maguncia, aunque de padres anglosajones, había estudiado en Atenas antes de llegar a la capital de la cristiandad; tal era el origen de su conocimiento del griego y de los saberes orientales. Elegido papa con el nombre de Juan, trabajó infatigablemente, permaneciendo hasta altas horas de la noche con su principal colaborador, Sergio. Pero en una ocasión en que presidía una procesión le acometieron los dolores del parto y se descubrió que se trataba de una mujer. La justicia la condenó a morir arrastrada por un caballo. La más antigua noticia de esta curiosa superchería aparece en la *Chronica universalis Mettensis*, escrita hacia el año 1250 y atribuida al dominico Juan de Maily. La repite hacia 1265 la *Chronica de Erfurt*, aunque sitúa el episodio tras la muerte de Sergio III, el año 914. Martin de Troppau añadiría que, durante mucho tiempo, los papas, en sus procesiones, evitarían pasar por el lugar donde había tenido lugar el parto y la muerte. La leyenda alcanzó tanta amplitud que en el siglo xv se hizo figurar un busto de la papisa en la colección de la catedral de Siena.

Pontificado conflictivo. No existe posibilidad cronológica de insertar la leyenda entre León y Benedicto III porque ambos se sucedieron sin solución de continuidad. A los pocos días de la muerte de aquél fue elegido Benedicto, que era cardenal-presbítero de San Calixto. No fue una elección indiscutida, pues el clero mostraba su preferencia por el cardenal del título de San Marcos, Adriano, que se negó a aceptar. El partido imperial tenía su propio candidato en el bibliotecario Anastasio que, tras su cese y excomunión decretados por León IV, había buscado refugio en la corte de Luis II. Los imperiales, aprovechando que aún no se había dado el pláacet previo a la consagración, se apoderaron de León y encerraron en prisión a Benedicto. Roma vivió un auténtico clima de guerra civil hasta que Anastasio y sus favorecedores se convencieron de que no iba a triunfar; con los musulmanes instalados en Bari no convenía al emperador tal ruptura. Se llegó a un acuerdo: Anastasio pudo retirarse como abad de un monasterio aceptando la consagración de Benedicto, que tuvo lugar el 29 de septiembre del mismo año.

La muerte de Lotario y la necesidad de establecer una regulación sucesoria entre sus hijos Lotario II, de quien procede el término Lotaringia (Lorena), Luis II de Italia y Carlos de Provenza (855-863), permitieron al papa afirmarse. Guiado por los consejos de quien sería su sucesor, Nicolás, mostró energía frente a los desarreglos de los carolingios: amenazó a Huberto, hermano de la emperatriz Teutberga de Lorena, con la excomunión, si no detenía sus pretensiones de señor feudal sobre los monasterios; exigió que Ingeltruda, esposa del conde Bos, que había buscado con su amante refugio en aquella misma corte, fuera devuelta a su marido. La Iglesia tropezaba con el menosprecio de las normas matrimoniales. A instancias de Hincmaro de Reims accedió a confirmar las actas del Concilio de Soissons, pero haciendo la salvedad de que únicamente en el caso de que los informes por él recibidos fuesen correctos. Ante Bizancio no dejó de invocar la primacía romana, y cuando el patriarca Ignacio comunicó la deposición de Gregorio de Siracusa y de otros obispos, advirtió que los depuestos podían acudir a Roma para que fuese rectamente juzgada la causa.

Nicolás I, san (24 abril 858 - 13 noviembre 867)

Un gran papa. Nacido en Roma hacia el año 820, Nicolás era hijo de un alto oficial de nombre Teodoro, y durante los tres últimos pontificados había ocupado una posición sumamente influyente. Fue elegido después de que el cardenal Adriano rechazara por segunda vez el nombramiento, y con la aprobación de Luis II que se había apresurado a acudir a Roma al conocer la muerte de Benedicto. Hombre de formidable energía, una de sus primeras y sorprendentes decisiones consistió en llamar a la corte a Anastasio que, durante muy corto tiempo, jugara el papel de antipapa. Es cierto que, como destaca E. Perels (*Papst Nikolaus I und Anastasius Bibliothekarius*, Berlín, 1920), se trataba de un hombre de cualidades extraordinarias, concedor del griego, precisamente por su estrecha relación con la colonia helénica existente en Roma en aquellos tiempos. Consejero de Nicolás, especialmente para cuestiones bizantinas, el apellido con que se le conoce responde al oficio que se le confió mucho más tarde por Adriano II.

Nicolás completaba su energía con una gran altura moral: defensor de la dignidad humana, negaba que pudiera aplicarse la tortura, ni siquiera a ladrones o bandidos manifiestos; coincidía con las Falsas Decretales en la concepción de una estructura jerárquica para la Iglesia; y, en su correspondencia con los reyes, trataba de hacerles distinguir entre la legitimidad de origen que corresponde al nacimiento y la de ejercicio que se identifica con la justicia. Sentía verdadera obsesión por esa justicia, enfrentándose con cuantos se oponían a ella o a los principios de la moral, sin preocuparse por las consecuencias.

Nicolás I es uno de los grandes papas en la historia de la Iglesia. Vicario de Cristo, representante de Dios en la tierra, tenía el convencimiento de que le asistía autoridad completa sobre toda la Iglesia, siendo los patriarcas y metropolitanos engranajes para la comunicación con los obispos, y los sínodos instrumentos para la corrección de cualquier deficiencia o desviación en materia

de fe o de costumbres. Negaba a los poderes laicos derechos a intervenir en cuestiones religiosas; pero él se sentía llamado a ejercer la vigilancia sobre la moralidad del emperador, los reyes y sus mandatarios. El 861 excomulgó al arzobispo de Rávena, Juan, porque oprimía a los sufragáneos y se adueñaba del patrimonio que pertenecía al pontífice. El prelado huyó a Pavía buscando la protección de Luis II, y éste le aconsejó que se sometiera. Juzgado en Roma por un sínodo, alcanzó la absolución después de jurar que iría a Roma cada dos años y no ordenaría a ningún obispo sufragáneo sin la autorización pontificia.

Conflicto con los carlovingios. Hincmaro, mencionado con anterioridad, era un sabio y eminente obispo de Reims que, en su calidad de metropolitano, aspiraba a ejercer un dominio completo sobre las demás sedes de Francia. La deposición de su antecesor, Ebbo, había sido debida a motivos estrictamente políticos, relacionados con las luchas entre los hijos de Luis el Piadoso (sínodo de Thionville, 835); restaurado el 840 por influencia del emperador Lotario y vuelto a deponer el 843, había tomado una serie de decisiones en el tiempo en que ocupó la sede; entre ellas, ordenaciones presbiterales. Fueron todos estos actos los que el mencionado sínodo de Soissons (853) declaró nulos. Para Hincmaro este sínodo, cuyas actas confirmara Benedicto III *sub conditione*, era la piedra de toque de su legitimidad. Ahora uno de aquellos presbíteros ordenados por Ebbo, Wulfado, consejero de Carlos el Calvo, a quien éste quería promover obispo de Bourges, apeló al papa. Nicolás I explicó a Hincmaro cuál era la alternativa: o restituía por su propia autoridad a los presbíteros ordenados por Ebbo, o consentía que éstos apelaran al papa (primavera del 860). Un sínodo, de nuevo en Soissons (agosto del 860), rechazó la idea de un nuevo proceso y recomendó que el papa concediera por sí mismo la gracia. Ambas partes buscaban apoyo argumental en las Falsas Decretales.

Sin esperar a una decisión definitiva, Wulfado fue obispo. A esta cuestión se mezcló, sobre la marcha, otra. Hincmaro excomulgó al obispo Rotado de Soissons, por desobediencia, encerrándole en un monasterio (861-862). En ambos casos Nicolás hizo valer la autoridad suprema que como a primado le correspondía: ordenó llevar las causas a Roma. El 24 de diciembre del 864 fueron devueltas a Rotado las insignias episcopales; dos años después se declaraba legítimos a todos los sacerdotes ordenados por Ebbo. En el sínodo de Troyes (25 de octubre del 867) los obispos aplaudieron esta decisión, dando por liquidado el episodio —era una victoria que obtenían sobre sus metropolitanos— y solicitaron del papa que, a falta de la legislación pertinente, él fijara mediante decretos los poderes y facultades que correspondían a los arzobispos. Por primera vez, durante esta contienda se hizo desde Roma referencia expresa a las Falsas Decretales: se ha supuesto que fueron llevadas a Roma por Rotado, desde Soissons, en apoyo de su causa.

Uno de los cometidos que desde la Sede Apostólica se reclamaba era la vigilancia del orden moral, que abarcaba también a los reyes en cuanto miembros de la Iglesia. Lotario II había contraído matrimonio con Teutberga por razones políticas relacionadas con la Alta Saboya; de ella no tuvo descendencia, pero

de su amante Waldrada habían nacido dos hijos, Hugo y Gisela. Deshacer el primer matrimonio para legitimar a estos hijos era importante para la pervivencia del conjunto de dominios que iban de los Alpes al mar del Norte y que estaban siendo llamados con el nombre de Lotaringia. Teutberga fue acusada de haber cometido incesto con su hermano Huberto antes de la boda. Ella acudió a un juicio de Dios en que, sin que ningún Lohengrin tuviera que aparecer, probó su inocencia (858). Pero más tarde, y sometida a malos tratos, confesó su culpa: los arzobispos Gunther de Colonia y Tietgaudo de Tréveris admitieron esta confesión (860), y el año 862 un sínodo admitió el segundo matrimonio del rey. Teutberga consiguió huir refugiándose en la corte de Carlos el Calvo —personalmente interesado en que no hubiera descendencia legítima de su sobrino— y apeló a Roma. Un largo escrito de Hincmaro de Reims acompañaba esta apelación: la reina era inocente y, de todas formas, su culpabilidad no permitía un segundo matrimonio.

El año 862 Nicolás I despachó dos legados, los obispos Rodoaldo de Porto y Juan de Cervia, con el encargo de presidir un sínodo en Metz: en él debían debatirse dos asuntos: el del matrimonio de Teutberga y el de Godescalco, un teólogo condenado por defender la predestinación, cuya causa había sido elevada a Roma. La muerte de Carlos de Provenza retrasó la prevista reunión del concilio: sus hermanos se repartieron la herencia, asunto nada fácil. Así que las sesiones no pudieron comenzar hasta el mes de junio del 863. La sentencia contra Godescalco, por herejía, fue confirmada; el acusado murió poco tiempo después. Pero en cuanto al otro caso, los legados aceptaron la opinión del sínodo respecto a la nulidad del matrimonio de Teutberga y la autorización a Lotario II para contraer nuevas nupcias. Gunther de Colonia y Tietgaudo de Tréveris fueron los encargados de llevar a Roma las actas sinodales. Con plena serenidad, Nicolás reunió en Letrán una asamblea de clérigos y obispos, haciendo comparecer ante ella a los dos embajadores del sínodo: entonces las actas del sínodo quedaron anuladas y los dos obispos depuestos. Gunther y Tietgaudo acudieron a Luis II en busca de amparo, pero él se limitó a recomendarles que se sometiesen al papa.

También Lorario II se sometió: recibió a Teutberga como su esposa y puso a Waldrada en poder de los legados pontificios. Durante el viaje, sin embargo, la dama huyó, volviendo a reunirse con su amante. Fue una gran oportunidad: que aprovecharon Carlos el Calvo y Luis el Germánico: reunidos en Metz, (mayo del 867) acordaron que, ante la perspectiva de la falta de sucesión, se repartirían los dominios de Lotario II cuando se produjera su muerte, sin tener en cuenta a Luis II. Ante esta perspectiva, Lotario anunció su propósito de peregrinar a Roma, donde la influencia de su hermano era muy grande, con la esperanza de alcanzar alguna especie de reconciliación en el papa. La muerte de Nicolás I frustró este propósito, pero es indudable que el papa, en la cuestión del matrimonio, no hacía concesiones: el sacramento es intangible.

Toda la política en relación con Bizancio se encuentra dentro de las mismas coordenadas: la Sede Apostólica es primera y suprema autoridad, aunque esta-

ba dispuesta a reconocer a Constantinopla el segundo puesto. Las relaciones con el patriarca Ignacio (797-877), hijo de Miguel I Rangabé (811-813) y consejero de la emperatriz regente Teodosia, eran buenas. Dos facciones se le oponían: una clerical, dirigida por Gregorio Asbesta, un metropolitano de Siracusa, refugiado en Bizancio tras la invasión de Sicilia por los musulmanes, y la otra palatina, dirigida por Bardas, tío del emperador, a quien Ignacio negaba la comunión porque vivía en relación incestuosa con su nuera, Eudoxia. Cuando Miguel III (842-867) alcanzó la mayoría de edad, ambos partidos se pusieron de acuerdo para enviar a Teodosia a un monasterio y deponer a Ignacio, que fue acusado de alta traición. Para sustituirle escogieron a un laico, Focio (820? - 895), maestro brillante, famoso y de buena familia, a quien Asbesta inmediatamente confirió las órdenes. Focio envió a Nicolás I sus cartas sinodales, redactadas en forma muy correcta, en las cuales se daba a entender que Ignacio había renunciado a su cargo para poder recluírse en un monasterio. El papa respondió por medio de dos legados con instrucciones para enterarse de lo sucedido. Ellos se dejaron ganar por los honores tributados —resultaba especialmente significativa la aclamación al primado de Roma— y presidieron el sínodo (abril del 861) en que se confirmó a Focio. Una vez más, aunque inútilmente, los romanos reclamaron la jurisdicción del Iliricum.

En el intervalo, Nicolás I había recibido noticias de partidarios de Ignacio que le daban una versión distinta y más correcta del proceso. Al mismo tiempo tenía informaciones acerca de la penetración misional que, al margen de la autoridad pontificia, se estaba produciendo en Bulgaria y Moravia. Un sínodo celebrado en Letrán en agosto del 863 anuló las actuaciones de los legados en Constantinopla, reconoció a Ignacio como legítimo patriarca y rechazó a Focio no por ser laico, sino por haber ocupado una sede que no estaba vacante. Bardas se encolerizó, amenazando al papa con la ruptura de relaciones. El jefe de los búlgaros, que acabaría titulándose *tsar* (cesar) y había sido bautizado por sacerdotes griegos que le enviaron Focio y Miguel, mudando su nombre de Boris por el del propio emperador (864), aspiraba a conseguir para la Iglesia de su reino alguna clase de autocefalia, reclamando una sede metropolitana, cosa que ni Focio ni Miguel estaban dispuestos a conceder. Entonces Boris se dirigió a Nicolás I, que envió dos legados para que respondiesen a las cuestiones pastorales y litúrgicas planteadas por el rey, al que explicaron el propósito romano de que, como en otras partes, hubiera también en su reino una sede metropolitana. Boris quiso que uno de estos legados, Formoso, fuera nombrado para dicha sede. Nicolás rechazó la demanda, alegando uno de los cánones vigentes que prohibía a quien ya era obispo posesionarse de otra sede. De cualquier modo, Bulgaria entraba en la obediencia de Roma.

La misión eslava. En una obra ya clásica y fundamental, F. Dvornik (*Les légendes de Constantin et de Methode, vues de Byzance*, Praga, 1933) ha conseguido desenmarañar estas difíciles cuestiones. Por el tiempo en que Boris (852-889) contactaba con Roma, un príncipe eslavo, Rostislav de Moravia, se había dirigido a Bizancio solicitando misioneros que instruyeran a su pueblo en la fe.

Fueron designados dos hermanos, Cirilo y Metodio, oriundos de Tesalónica, pero que hablaban el eslavo y que en el 860 realizaron con gran éxito una misión cerca de los khazaros de Crimea. Fue durante este viaje cuando Cirilo encontró una traducción de los Evangelios al ruso, que le sirvió de base para emprender su propia versión de la Biblia. Para expresar los sonidos de las lenguas eslavas tuvo necesidad de adaptar los signos gráficos del alfabeto griego: así nació la escritura que aún se llama cirílica. El año 867 Nicolás I llamó a ambos hermanos a Roma, para que rindiesen cuenta de su trabajo y recibir nuevas instrucciones, y ellos obedecieron. Nicolás no pudo conocerles personalmente, ya que falleció antes de que llegaran a la Ciudad Eterna.

En ambos casos se trataba de una victoria romana: los eslavos se preparaban para entrar en el cristianismo a través de la obediencia a la Sede Apostólica. Las relaciones entre Roma y Bizancio se endurecieron. Sin embargo, Nicolás I no quería una ruptura: el 28 de septiembre del 865 escribió nuevamente a Miguel III y a Focio, proponiendo negociaciones en torno a los acuerdos tomados en el sínodo laterano del 863. Fue Focio quien optó por la guerra. Encontró que en las respuestas llevadas por Formoso a los búlgaros había un grave desprecio hacia las costumbres litúrgicas orientales y lanzó graves acusaciones en una carta en que denunciaba a la Iglesia de Occidente por desviaciones en la conducta, imposición del celibato a los clérigos e introducir en la doctrina la doble procedencia del Espíritu Santo (cuestión del *Filioque*). Subyacía en todo este asunto la preocupación política por la presencia latina en Bulgaria y Moravia. En el verano del 867, un concilio presidido por Focio en Constantinopla declaró depuesto y excomulgado a Nicolás I, bajo acusación de herejía. El emperador llegó a proponer a Luis II, que había buscado la estrecha alianza con Bizancio para defenderse de los musulmanes, que tomara la iniciativa de expulsar a Nicolás de Roma. El papa se dirigió a Hincmaro de Reims, buscando una especie de movilización en su favor de los obispos occidentales. Fue entonces, en el calor de la discordia, cuando se escribieron dos primeros libros en que se abordaban los supuestos errores doctrinales de los griegos: la carta de Odón de Beauvais y el tratado *Adversas graecos* de Eneas de París.

Adriano II (14 diciembre 867 - ¿diciembre? 872)

Giro a la condescendencia. Perteneciente a la aristocracia romana más opulenta, pariente de Esteban IV y de Sergio II, se trata del mismo Adriano que por dos veces había rechazado la elección. Contaba 75 años de edad y antes de ser ordenado había estado casado; su mujer y su hija vivían aún. Se habían producido tan graves discordias entre las facciones que se necesitaba de un hombre que, por su bondad y recta conducta, fuera el vínculo de unión que se necesitaba. Luis II, que estaba reuniendo todas las fuerzas del sur de Italia para una ofensiva contra los sarracenos, se apresuró a dar su confirmación. Sin embargo, el pontificado de Adriano II comenzó con un verdadero desastre: Lamberto, duque de Spoleto, que acaudillaba a la aristocracia del dominio territorial de Roma, asaltó la ciudad, donde contaba con partidarios, cometiendo mil

atropellos. En medio de la revuelta, Eleuterio, hermano de Anastasio el Bibliotecario, se apoderó de la mujer y la hija del papa y las asesinó. Ello no obstante, apenas transcurrido un año, Adriano se reconciliaría con Anastasio, al que colocó al frente de la cancillería pontificia. Esta conducta, así como el perdón a los obispos Gunther y Tietgaudo, excomulgados por Nicolás I, fue interpretada como un signo de debilidad. Fue necesario que Adriano II hiciese una declaración pública afirmando que la línea fuerte de Nicolás I no sería alterada.

Esto no era completamente cierto: su propia bondad le traicionaba. Mediando Angilberga, esposa de Luis II, Adriano aceptó recibir a Lotario II en Montecassino, donde le ofreció la comunión: fue acordado que en un nuevo sínodo, a celebrar en Francia, se daría la solución definitiva en el pleito, pero como si hubiera una prematura claudicación fue levantada la sentencia de excomuniación que pesaba sobre Waldrada. Aquí quedaron las cosas, pues Lotario murió el 8 de agosto del 869; apenas un mes desde la entrevista de Montecassino, Carlos el Calvo y Luis el Germánico se repartieron sus dominios, como tenían acordado, sin preocuparse por el hijo del emperador. Tampoco Luis II, que podía presentar mejores derechos que sus tíos, estaba en condiciones de intervenir. Era cuestión de vida o muerte para Italia el que pudiera soldar la unión de príncipes y duques del mediodía y conducirlos a la victoria: en febrero del 871 reconquistó Bari y, en una gran batalla a orillas del Volturno, derrotó a los musulmanes. La nobleza no estaba dispuesta a consentir que, como resultado de estas dos decisivas victorias, se fortificase la monarquía en Italia: en agosto del mismo año tomó prisionero al rey y no consintió en liberarle hasta que hubo hecho decisivas concesiones en orden al autogobierno de los principados. Un episodio que permitió a los musulmanes fortificar Tarento y repetir sus *razzias* por Campania.

Retroceso del pontificado. Adriano II era consciente de que la Iglesia necesitaba de la autoridad de un emperador, máxime estando rotas las relaciones con Oriente. El año 872 coronó nuevamente en calidad de tal a Luis II; la carencia de hijo de este carlovingio abría una incógnita de futuro. Pero era previsible que, en cuanto dejara de estar presente en Roma la autoridad imperial, las facciones de la nobleza tratarían de convertir el pontificado en un instrumento a su servicio, como estaban haciendo los señores feudales con obispos y clérigos en otras partes. Adriano II inició contactos con Carlos el Calvo y Luis el Germánico, preparando una eventual sucesión. Las relaciones con Luis se habían tornado difíciles porque el monarca alemán se oponía a las misiones de Cirilo y Metodio entre los eslavos, cuando éstos gozaban de todas las bendiciones de Roma. Los dos hermanos estuvieron en Roma con Adriano en los comienzos de su pontificado (869). Cirilo-Constantino murió entonces y fue sepultado en San Pedro. Metodio regresó a Moravia con una autorización especial para predicar y celebrar la misa en eslavó; el 870 fue consagrado obispo de Sirmium. Se dibujaba la posibilidad de una gran Iglesia eslava en la frontera de Alemania: Sirmium es hoy Sremska Mitrovica, no lejos de Belgrado. Luis el Germánico dio orden de aprehender a Metodio sin que bastaran las súplicas y recon-

venciones de Adriano para conseguir su libertad. A pesar de todo, Metodio, que sería liberado en tiempos de Juan VIII, es el gran signo de unión entre la cristiandad eslava y latina.

Retrocedía el pontificado, mostrándose incapaz de lograr el reconocimiento de hecho de la primacía romana. El 868 Hincmaro, obispo de Laon, sobrino del homónimo metropolitano de Reims, fue llevado ante el tribunal del rey porque había expulsado a algunos nobles feudales que usurpaban beneficios de su Iglesia. Antes de que pudiera intervenir su poderoso tío, apeló a Roma: Adriano procedió correctamente prohibiendo el embargo de Laon y reclamando su juicio en esta causa. Carlos el Calvo se negó, llevando la cuestión a dimensiones doctrinales muy serias: frente al papa, que se movía en la línea de las Falsas Decretales, el rey, apoyado en este caso por el propio obispo de Reims, invocaba el derecho consuetudinario que obligaba a confiar la solución del pleito a los obispos franceses. Citado el obispo de Laon ante el sínodo de Verberie, y aceptada la acusación, fue depuesto en otra reunión en Douzy (agosto 871): Adriano, entonces, cedió. Mientras que el canciller Anastasio redactaba carias enérgicas, en la línea de los papas anteriores, Adriano escribía secretamente a Carlos para proponerle un acuerdo: que el rey aceptase que Hincmaro pudiera apelar a Roma y él se comprometía a encomendar el caso a un tribunal de obispos franceses, conforme a la costumbre antigua.

Restablecida la unión con Bizancio. Una revolución se había producido en Bizancio: Basilio el Macedónico (867-886) asesinó a Miguel III y se proclamó emperador; entre sus primeras decisiones figuraba la deposición de Focio y el restablecimiento de Ignacio (23 noviembre 867). El nuevo emperador necesitaba de la Iglesia como una plataforma para el crecimiento de su propio poder; decidió convocar un concilio que restableciese la unidad. Emperador y patriarca escribieron a Adriano II en dos ocasiones, aceptando la línea que marcará Nicolás I, es decir, una referencia a la suprema autoridad del obispo de Roma. En el verano del 869, un sínodo lateranense confirmaba la deposición de Focio, la nulidad del concilio por éste presidido, y la supresión de las ordenaciones y actas de éste, que fueron públicamente quemadas. Mientras tanto se reunía en Constantinopla el concilio que pretendía ser ecuménico: a él asistieron los legados pontificios, que eran dos obispos, Donato y Esteban, y un diácono, Marino, que con el tiempo llegaría a ceñir la tiara. Presidió el patricio Baanes en nombre del emperador y no los representantes del papa. Lograron éstos, sin embargo, imponer de nuevo la supremacía de Roma en la fe y costumbres, y la confirmación del sínodo del 867, con gran disgusto de una parte sustancial del clero oriental, que se veía afectado por la nulidad de las actas de Focio; sufrieron, sin embargo, dos derrotas, pues la inmunidad reconocida a Roma se hizo extensiva también a las otras cuatro sedes patriarcales, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén, y en la cuestión búlgara el concilio decidió que este reino estaba dentro de la esfera de Bizancio y los misioneros romanos debían por consiguiente retirarse. Focio, vuelto del destierro y reintegrado a sus actividades docentes en la corte imperial, volvería a ser patriarca el 877.

Juan VIII (14 diciembre 872 - 16 diciembre 882)

La persona. Romano, hijo de Gundo, había servido como archidiacono a las órdenes de Nicolás I, demostrando energía, capacidad de gobierno e inteligencia. En línea con dicho papa, marca sin embargo el tránsito desde un tiempo de crecimiento, afectado ya por las concesiones de Adriano II, a otro de oscuridad. Su biografía no aparece en el *Liber Pontificalis*. Tendría que enfrentarse a tres grandes problemas: el de la expansión y refuerzo de una Iglesia que seguía ampliando sus horizontes; el de la lucha contra los sarracenos en el exterior y contra la nobleza en el interior; y el de la conservación de la unidad, tan afectada por las crecientes diferencias entre Oriente y Occidente.

Con energía consiguió la liberación de Metodio, defendiéndole de los obispos bávaros, y le llamó a Roma el 879 para reiterarle su plena confianza. Hasta su muerte el 884, este gran misionero —el año 882 haría incluso un viaje a Constantinopla para deshacer malos entendidos— trabajaría para que las nuevas Iglesias de Moravia, Eslavonia y Czechia, permaneciesen firmemente unidas a Roma. En Francia, Juan VIII, con el apoyo de Carlos el Calvo, restauró la calidad de vicario en el obispo de Sens, no dudando en enfrentarse con el poderoso Hincmaro. Y en el otro extremo de la cristiandad, aunque tengamos que considerar apócrifa la carta que se le atribuye, hay que registrar los primeros esbozos de relación con Alfonso III de Asturias y León, que se preparaba a restaurar la monarquía visigoda sobre algo menos de la tercera parte de la península: la autorización de consagrar Compostela y la elevación de Oviedo a metropolitana, pueden ser invenciones posteriores, pero no deja de ser verdad el hecho de que Roma comenzara a contar con los reinos españoles.

Los sarracenos. La amenaza de los sarracenos seguía pesando. La presencia de Luis II —un emperador al lado del papa— demostraba su eficacia, tanto en esta lucha contra el poderoso enemigo como en el sosiego de la aristocracia que se iba haciendo más poderosa. Juan VIII no tuvo inconveniente en tomar él mismo el mando de su pequeña flota y de las milicias romanas; ordenó rodear de muros defensivos la basílica de San Pablo y buscó la unión de los pequeños principados del sur de Italia. Había algo de precario en la situación: carente de hijos, se abrió una crisis sucesoria en el momento de su muerte el año 875. Por otra parte, los principados que se desgajaron del poder bizantino, como Amalfi, Salerno, Gaeta y Nápoles, que colaboraron con Luis, no parecían dispuestos a hacerlo con autoridades de menor rango. Desde años atrás se venía negociando reconocer como emperador a Carlos el Calvo. Juan convocó al clero y al pueblo en Roma, e hizo que le aclamasen, invitándole a viajar hasta allí para ser coronado. Este gesto entrañaba un malentendido: para Carlos el título imperial significaba que se le reconocía como cabeza de la dinastía, quedando sometidos a él todos los carlovingios, mientras que el papa necesitaba de un emperador que, de hecho, residiera en Italia y fuera coordinador de todas las fuerzas para su defensa.

Carlos viajó a Italia, después de haber otorgado a sus nobles el reconocimiento de la herencia en los feudos (una norma que tendría graves consecuen-

cias para la Iglesia) y fue coronado el día de Navidad del 875. Tomó decisiones muy distintas de las que se esperaban: dejó a su suegro Boso en Pavía para que rigiese el reino lombardo y encomendó a los duques de Spoleto (Lamberto) y de Camerino (Guido, hermano del anterior) que ejerciesen la protección del papa. Compensó a este último mediante la ampliación teórica de los Estados Pontificios a Spoleto, Benevento, Nápoles y toda Calabria. En adelante no sería necesaria la presencia de los *missi* imperiales para proceder a la elección. Era una solución poco adecuada. Nápoles se volvió contra el papa. Lamberto de Spoleto (880-898) acaudilló una revuelta romana, en la que estaba mezclado Formoso, obispo de Porto y antiguo legado en Bulgaria, tratando de cambiar la protección en dominio. Por su parte, Boso raptó a Irmgarda, la última descendiente de Lotario, se casó con ella y reivindicó la herencia de los derechos correspondientes a aquel emperador. Carlos el Calvo tuvo que deshacer todo lo hecho otorgando a Juan VIII poderes para gobernar directamente todo el sur de Italia (sínodo de Ponthieu, 876) y destituyendo a Boso. La muerte de Luis el Germánico, acaecida ese mismo año (tres hijos, Luis en Franconia (876-882), Carlos en Suabia (876-887) y Carlomán en Baviera (876-880) se repartieron el reino), complicó todavía más las cosas. Carlos el Calvo soñaba incluso con restaurar la unidad del Imperio, pero fue derrotado.

Crisis final. Y, mientras tanto, Juan VIII, que había tenido que abandonar Roma ante las presiones de los spoletanos, celebraba en Rávena un sínodo que le revelaba el apoyo con que podía contar entre los obispos de Italia. Era imprescindible que un emperador reapareciera en Italia; sin él, la península se rompería en pedazos. Carlos el Calvo y el papa se reunieron en Vercelli y fueron juntos a Pavía. En ese momento Carlomán de Baviera cruzaba los Alpes entrando en Italia, sin que se conozcan bien sus intenciones. La muerte del Calvo inspiró a Juan VIII un recurso supremo: coronar a Carlomán emperador. Para eso era necesario que el papa volviese a Roma en donde prácticamente se convirtió en un prisionero de Lamberto de Spoleto y de Adalberto de Toscana (847-890), los máximos exponentes de la nobleza del Patrimonium Petri que, a pesar de su nombre, era ya un reino con todos sus defectos y problemas. Aquella nobleza, mezcla de sangre lombarda, franca y romana, entendía que a ella debía corresponder, como en los demás reinos, el ejercicio de un poder fuertemente feudalizado. El papa consiguió huir en abril del 878, refugiándose en Genova. Carlomán moriría el año 880 sin haberle podido prestar ninguna ayuda.

La confusión reinante y la estricta necesidad de disponer de un soberano temporal capaz de restablecer el orden, explican que el papa recurriera a la desesperada a candidatos como Luis el Tartamudo (877-879), de Francia, al propio Boso, que prefirió encastillarse como rey en Borgoña, y finalmente a Carlos el Gordo, un inútil que fue coronado emperador en febrero del 881. Demasiado tarde. Los sarracenos acampaban en el Careliano y la indisciplina se había adueñado de Roma.

Unidad con Oriente. F. Dvornik (*The Phocian Schism*, Cambridge, 1948) ha conseguido aclarar la muy complicada política oriental de Juan VIII, un es-

fuerzo desesperado para evitar la ruptura entre las dos Iglesias. Apenas consagrado, el papa envió dos legados, Pablo y Eugenio, a Constantinopla, con cartas en que de nuevo se reivindicaba la sumisión de la Iglesia búlgara, pero en que se abogaba abiertamente por el acercamiento de posiciones entre ambas partes. Encontraron una situación cambiada: san Ignacio había muerto y de nuevo era Focio el patriarca. Es cierto que se trataba de un Focio que había renunciado a la cólera de antaño y buscaba también el reconocimiento. El emperador escribió a Juan VIII proponiendo la convocatoria de un concilio en Santa Sofía, que aclarase los malentendidos, y el papa aceptó. Previamente el sínodo romano aprobó un *commonitorium* con las condiciones que debían exigirse: ante el concilio, Focio debía mostrar arrepentimiento por las irregularidades cometidas, reconocer el primado de Roma y renunciar a sus pretensiones sobre la Iglesia búlgara. Acudieron al concilio (noviembre del 879) más de 400 obispos. Ante este masivo apoyo los legados romanos aceptaron una suavización del *commonitorium* y no se habló para nada del arrepentimiento de Focio; la cuestión búlgara se convirtió en un simple ruego. Nadie aludió al conflictivo *Filioque*, si bien se reconoció la supremacía romana en cuestiones de doctrina. Parecía, pues, que Focio había sido restaurado en Constantinopla de acuerdo con el papa.

Los orientales supieron que habían conseguido una victoria. Los misioneros romanos se retiraron de Bulgaria. Un motivo más de resentimiento en Formoso, antiguo legado en aquel país, ahora anatematizado por el papa. Se había reconocido el primado romano, pero asegurando a las actas de Focio legitimidad. Juan VIII confirmó los acuerdos del concilio: necesitaba de la ayuda bizantina para la defensa del sur de Italia y era, además, consciente de que la Iglesia oriental, teológicamente más desarrollada que la occidental, poseía características propias que debían ser respetadas; unidad y univocidad no debían confundirse. Sin embargo Marino, que era uno de los legados, manifestó su oposición a esta política.

El 15 de diciembre del 882 murió el papa Juan. Los Anales de Fulda aseguran que hubo una nueva conspiración en su contra y que fue envenenado. Como la ponzoña no hiciera los efectos esperados, los conspiradores remataron su obra a martillazos. Es difícil establecer la absoluta corrección de esta noticia, que abre desde luego una de las etapas más tristes de la historia de la Iglesia. Desaparecido el Imperio, durante un siglo el pontificado iba a verse a merced del creciente poder de la aristocracia romana.

Marino I (16 diciembre 882 - 15 mayo 884)

Si fue elegido, y con mucha celeridad, este hijo de un sacerdote, nacido en Toscana, antiguo diácono y legado de Nicolás I, ahora obispo de Cerveteri, es sin duda porque se había mostrado en contra de la política de su antecesor. Con él comienza la que César Baronio llamó «edad de hierro del pontificado». Se trata, además, del primer obispo que, contraviniendo el canon 15 del Concilio de Nicea, que prohibía los traslados de una sede a otra, cambió Cerveteri por

Roma. Este canon había impedido en otro tiempo nombrar a Formoso metropolitano de Bulgaria. No se registró la presencia de funcionarios imperiales en la elección, ni tampoco hubo confirmación previa a la consagración. Pero Marino se reunió con Carlos el Gordo en Nonantula, cerca de Módena (junio del 883), y le garantizó su lealtad. Acordaron entonces el perdón y rehabilitación de Formoso, que pudo regresar de su exilio en Francia y recobrar su sede de Porto. Es dudoso que se hayan tomado otras decisiones, salvo la deposición de Guido, ahora duque de Spoleto, por parte del emperador. Una noticia que pretende que Marino y Focio se excomulgaron recíprocamente es, cuando menos, dudosa. El año 884, a ruegos de Alfredo el Grande (871-899), Marino eximió de impuestos al barrio de los ingleses en Roma (*schola saxonum*). Guido de Spoleto, que continuaba en sus dominios, se convirtió en poderoso enemigo. Sabemos que mejoraron las relaciones con Bizancio merced a Zacarías de Anagni, amigo de Focio, que había sucedido a Anastasio en sus funciones de bibliotecario.

Adriano III, san (17 mayo 884 - septiembre 885)

Hijo de Benedicto, había nacido en Roma y llegó al pontificado en circunstancias extraordinariamente difíciles, de hambre y luchas internas. Había calles por donde el papa no se atrevía a transitar. Parece que trataba de reivindicar la memoria de Juan VIII, pues aplicó el terrible castigo de la ceguera a uno de los enemigos desterrados por aquel papa, Jorge del Aventino. Buscando la paz con Oriente, comunicó a Focio su elección. Carlos el Gordo, que pretendía aprovechar una transitoria mejoría en la situación interior de sus dominios para legitimar a su hijo bastardo Bernardo, invitó al papa a acudir a la Dieta, en Worms, y Adriano aceptó, encomendando el gobierno de Roma en su ausencia al enviado imperial, Juan, obispo de Pavía. Seguramente el papa esperaba con aquel viaje convencer al emperador de la necesidad de restablecer los esquemas políticos romanos de la época de Luis II. Pero no alcanzó su destino; murió cerca de Módena y fue enterrado en la abadía de Nonantula.

Esteban V, san (septiembre 885 - 14 septiembre 891)

La persona. Tras un paréntesis, vuelve el *Liber Pontificalis* a incorporar su biografía, que es la última. Cardenal presbítero de los Cuatro Santos Coronados, Esteban fue elegido por aclamación de la nobleza y el pueblo, sin presencia de los oficiales imperiales. Carlos el Gordo, a quien acuciaba el problema de su sucesión, envió a Roma a su propio canciller, Liutwardo, con el encargo de desposeer a Carlos y proceder a una elección que garantizase sus propósitos. Pero el enviado comprobó que Esteban contaba con absoluta unanimidad, y le reconoció. Se invirtieron los términos: tras haberse posesionado de Letrán, con la ayuda incluso de los imperiales, el papa pidió a Carlos que fuera a Italia, donde su presencia resultaba imprescindible para aplacar las facciones que desgarraban el territorio romano y para hacer frente a los sarracenos que, en sus *razzias*, llegaron a saquear Montecassino y San Vicente de Volturno. La

ayuda nunca llegó: Carlos fue depuesto por sus propios vasallos y murió el 13 de enero del 888.

Búsqueda de un emperador. Había en el pontificado una firme convicción: la Iglesia necesitaba de la existencia de un emperador —ella lo había creado— como de un brazo armado que restaurara el orden y formara el frente único capaz de derrotar a los sarracenos. Pues este frente se había roto: Guido de Spoleto y Berenguer de Friul, aspirante a ceñir la corona de hierro de Italia, estaban en guerra. Esteban V comunicó a Arnulfo, rey de Alemania (887-899), aunque bastardo de Luis el Germánico, que si acudía a Roma sería coronado emperador. Pero Arnulfo declinó la invitación porque necesitaba dirigir sus esfuerzos a otros frentes. Tampoco pudo acudir el papa a Luis de Vienne, el hijo de Boson, demasiado niño, proclamado rey de Provenza (890-905). Agotadas las posibilidades carlovingias, tuvo que decidirse: Guido, lograda una victoria sobre Berenguer, reclamó para sí la corona imperial y Esteban hubo de imponérsela el 21 de febrero del 891. No tuvo dificultad en garantizar, mediante juramento, el Patrimonium; apenas coronado, comenzó a disponer de él como un bien propio. De nuevo el pontífice acudió a Arnulfo con sus lamentos. Roma estaba siendo tratada como un beneficio vasallático cualquiera.

Oriente. Otra alternativa se hallaba del lado de Bizancio: si Basilio y su hijo León VI (886-911), que le sucedió, lograban recomponer sus posesiones en el extremo sur de Italia, podían proporcionar a Roma la ayuda que ésta necesitaba frente al peligro musulmán. Por eso Esteban V se esforzó en mantener buenas relaciones, reconociendo la nueva destitución de Focio e intercambiando correspondencia con su sucesor, llamado también Esteban I. Ofreció al Imperio una muy costosa muestra de buena voluntad: fallecido Metodio (6 de abril del 885), Esteban llamó a Roma a su sucesor, prohibió el uso de la lengua eslava en la liturgia y entregó las nacientes iglesias en Moravia y Eslovenia a la custodia de los obispos alemanes. De este modo se impedía la consolidación de una Iglesia eslava en el ámbito occidental, empujándola hacia Oriente; los discípulos de Metodio se refugiaron en Bulgaria, retornando al rito bizantino.

Formoso (6 de octubre 891 - 4 abril 896)

Antecedentes. Nacido en Roma, en torno al año 815, era un hombre de larga experiencia, como hemos tenido la oportunidad de señalar en la biografía de sus antecesores. Obispo de Porto desde el 864, jugó un papel esencial en las negociaciones con los búlgaros, de los que no pudo ser metropolitano por el canon que prohibía el cambio de sede. Tuvo un papel importante en el sínodo del 869 que condenó a Focio, y desempeñó con eficacia legaciones en Francia y Alemania. El 875 se encargó de la misión de ofrecer en nombre de Juan VIII la corona imperial a Carlos el Gordo. Pero en este momento, y por motivos que desconocemos, entró en discordia con el papa. El vacío que la ausencia de carlovingios provocaba en Italia había permitido a la aristocracia romana tomar la dirección política: se hallaba profundamente dividida en dos sectores que heredaban al parecer las viejas discordias entre francos y lombardos.

Guido de Spoleto parece haber sido defensor de un proyecto: identificar el título de emperador con el de rey de los lombardos, pero haciendo extensivo su poder a toda Italia; se podía presentar a Luis II como el antecedente, pues no había sido otra cosa que esto. En abril del 876, a causa de las discordias de partido, Formoso fue acusado de traición y de haber pretendido apoderarse del pontificado; depuesto y excomulgado, reconoció sus culpas ante una asamblea (agosto del 878) y partió al exilio en Francia. De él regresó con permiso de Marino I, que le devolvió a su sede. Esto le permitió contarse entre los obispos que consagraron a Esteban V. Es muy probable que la persecución contra Formoso se debiera a manejos del partido spoletiano, puesto que tras su elevación al solio el patricio Sergio, que lo dirigía, se mostró su más encarnizado enemigo.

Restaura el Imperio. Formoso estaba en la línea de Nicolás I: la autoridad pontificia se extendía a toda Europa. Defendió los derechos de Adalag como obispo de Bremen-Hamburgo frente a los arzobispos de Colonia (893). Intervino en favor de Carlos el Simple, rey de Francia, contra las ambiciones de Eudes, conde de París. Realizó, sobre todo, un gran esfuerzo de unidad en Oriente, proponiendo una fórmula de conciliación (se mantendría la ilegalidad de los actos de Focio en la primera etapa, pero no en la segunda) que ya no fue escuchada. Hasta en Inglaterra se acentuaba la presencia de esta autoridad pese a las terribles perturbaciones provocadas por las invasiones normandas.

Intentó construir un acuerdo de paz con Guido de Spoleto, al que volvió a coronar, junto con su hijo Lamberto, en Rávena (30 de abril del 892). Pero los spoletianos, vencedores del marqués Berenguer de Friul, que hubo de refugiarse en Alemania, no aspiraban a una paz, sino a convertirse en dominadores de todo el espacio territorial italiano reduciendo al papa al simple papel de un obispo de Roma. Cuando Guido y su mujer Agiltrudis ocuparon militarmente la ciudad leonina, Formoso comprendió la gravedad del peligro y, una vez más, acudió a Arnulf'o en petición de ayuda. Esta vez el rey de Alemania respondió al llamamiento, pero no pudo acudir hasta el año 894. Este año murió Guido y los alemanes ocuparon el norte de Italia; en febrero del 896 tomaron militarmente Roma, obligando a Agiltrudis a huir; el día 22 de dicho mes Arnulfo era coronado solemnemente. Pero cuando el emperador marchaba sobre Spoleto, se vio acometido por una grave enfermedad y hubo de regresar a Alemania. Para los spoletianos, Formoso era el peor enemigo imaginable. Murió el 4 de abril del 896 antes de que pudieran vengarse.

Bonifacio VI (abril 896)

Los partidarios de Lamberto aprovecharon el descontento contra los alemanes para, en medio del tumulto, elegir a un romano, Bonifacio, que en dos ocasiones, como diácono y como presbítero, había tenido que ser depuesto por inmoralidad. Enfermo de gota murió a los quince días de su elección y fue sepultado en San Pedro. El sínodo romano del 898 declararí­a antic­anónica esta elección, prohibiendo que se hicieran otras semejantes.

Ksteban VI (mayo 896 - agosto 897)

Romano de nacimiento e hijo de presbítero, Formoso le había consagrado como obispo de Anagni; sin embargo, al vigorizarse las luchas en Roma, se convirtió en radical enemigo de este papa. Lamberto de Spoleto y su madre Agiltrudis, ahora dueños de Roma y de su ducado, le promovieron con una misión: deshonorar la memoria de su antecesor. Para evitar el retorno de los alemanes, los spoletianos llegaron a un acuerdo con Berenguer de Friul (t 923), al que reconocieron dominio sobre las tierras situadas más allá del Ada y del Po; de este modo se vieron libres de oposición en el centro de Italia. En enero del 897 fue convocado un sínodo al que se hizo asistir al cadáver de Formoso, arrancado de su tumba y revestido con los ornamentos pontificios. Un diácono, de pie junto al difunto, respondía en nombre de éste a las acusaciones de perjurio, ambición del pontificado y quebrantamiento del canon que prohibía el traslado de obispos. Esteban VI, que se hallaba en el mismo caso, halló una curiosa fórmula de justificación: como las actas de Formoso eran nulas, su ordenación episcopal no había tenido lugar. Se quebraron al difunto los dedos de bendecir y se arrojaron al Tíber los despojos. Al desnudar el cadáver se comprobó que Formoso, hombre de gran austeridad, había muerto sin despojarse del cilicio con que hacía penitencia. Un ermitaño, que habitaba en la isla del Tíber, recogió los restos, que de este modo pudieron recibir años más tarde cristiana sepultura. Todos cuantos fueran favorecidos por Formoso sufrieron persecución. Pasados pocos meses estalló en Roma un tumulto provocado por el hundimiento de la techumbre de la basílica de Letrán, que fue tomado como signo del cielo por tanta iniquidad: Esteban VI, depuesto y encerrado en prisión, murió estrangulado.

Romano (agosto - noviembre 897)

Como resultado de la fuerte reacción proformosiana, fue elegido el cardenal presbítero de San Víctor, Romano, nacido en Gallese, por lo que se ha supuesto que era hermano de Marino I. No existen datos de su pontificado salvo que envió el *pallium* al obispo de Grado y confirmó las sedes de Elna y Gerona en Cataluña. Por una breve noticia que incluye el *Liber Pontificalis* se puede deducir que fue depuesto a los cuatro meses y enviado a un monasterio por los mismos formosianos que buscaban un pontífice que defendiera con más energía su memoria.

Teodoro II (897)

De nuevo un papa romano y un perfecto desconocido; llega a nosotros apenas la noticia de que Teodoro era «amante de la paz». Enérgico también, pues reunió el sínodo en que se hizo la rehabilitación de los actos de Formoso, al tiempo que se adoptaban medidas para reprimir los disturbios de la aristocracia romana, dirigida ahora por Sergio, conde de Tusculum. Los restos de Formoso fueron solemnemente inhumados en San Pedro. Teodoro reinó únicamente veinte días; ignoramos la fecha exacta de su elección y de su muerte.

Juan IX (enero 898 - enero 900)

Las dos facciones, de partidarios y enemigos de Formoso, estaban ahora firmemente asentadas. Los primeros contaban con mayoría en el clero. Lograron el apoyo, que podía resultar decisivo, de Lamberto de Spoleto, que desde el 892 ostentaba la corona imperial, residía en Rávena y dominaba una gran parte de Italia. La aristocracia del Patrimonium tenía a su frente a Adalberto, marqués de Toscana. Fueron los partidarios de este último los que, en el momento de la muerte de Teodoro, se adelantaron a proclamar al obispo de Caere, Sergio, poniéndole en posesión de Letrán. Pero Lamberto intervino para expulsar a este intruso por la fuerza y hacer que fuera elegido un monje nacido en Tívoli, Juan IX. Las noticias que tenemos de este pontificado siguen siendo confusas. Continuó desde luego la política de Teodoro de restaurar el orden legitimando los actos de Formoso. Un sínodo romano al que asistieron también obispos del norte de Italia, reivindicó la memoria de aquél, otorgando a la vez un amplio perdón a sus enemigos, que tuvieron que reconocer que habían actuado bajo amenaza. Sólo Sergio, dos presbíteros, Benito y Marino, y tres diáconos, León, Juan y Pascual, quedaron excluidos. Los spoletianos entraban ahora en línea de defensores de la legitimidad. Se prohibió en adelante juzgar a los muertos. Para evitar confusiones se puso nuevamente en vigor la *Constitutio* romana del 824: los papas serían elegidos por el clero, en presencia del Senado y el pueblo romanos, pero no podrían ser consagrados sin la presencia de los representantes del emperador.

Otro sínodo tuvo lugar en Rávena, esta vez bajo la protección de Lamberto. Se trataba de establecer un nuevo orden político en Italia. Lamberto, emperador, tenía derecho a recibir en grado de apelación todas las causas, ya fuesen de laicos o de clérigos; por su parte confirmaba todos los privilegios de la sede romana, declarándose protector de la misma. De este modo se pensaba haber llegado nuevamente a un equilibrio como en los mejores momentos de Luis II, si bien el resultado era un retroceso en el poder de los papas y un ascenso del duque de Spoleto a la singular posición de dueño indiscutible de Italia. Desde esta nueva concordia, Juan tomó dos decisiones: restablecer la unión con Oriente, enviando una carta sinódica al patriarca Antonio Cauleas, ratificando la comunión con Ignacio, Focio en su segunda etapa, Esteban y ahora el propio Antonio; y admitir la Iglesia de Moravia, enviando a este país, pese a las protestas de los obispos de Baviera, dos legados y un metropolitano. En ambos casos los resultados fueron mediocres: los orientales apenas prestaron atención a los proyectos de unidad, y la Iglesia morava desapareció el año 906 al ser sometido el país por los magyares.

El papa esperaba de esta verdadera restauración del Imperio, en dimensiones limitadas, una sumisión de la aristocracia romana. Pero Lamberto murió, en accidente de caza el 15 de octubre del 898. La nobleza se encontraba de nuevo en condiciones de imponer su voluntad.

Benedicto IV (mayo-junio 900 - agosto 903)

Hijo de Mammolo, y miembro de la aristocracia romana, fue elegido en una fecha incierta del año 900. Habiendo presidido un sínodo, Benedicto parecía la persona más indicada desde el punto de vista de los clérigos formosianos. Aunque el panorama que Roma y sus inmediaciones ofrecía, con un recrudecimiento de la violencia y del bandidaje, era desolador, el nuevo papa continuó la línea que marcaban sus antecesores de mantenimiento de la autoridad papal. En el sínodo de Letrán del 31 de agosto del 900, se tomaron decisiones como la confirmación de Agrino como obispo de Langres, reiterándose la concesión del *pallium* que ya le otorgara Formoso; se ratificó el derecho de Esteban, obispo de Sorrento, a ejercer como metropolitano de Nápoles; y algunas otras. Personalmente intentó ayudar con sus cartas al obispo de Amasia, Macario, expulsado de su sede por los musulmanes.

Benedicto concedía especial importancia a la situación de Italia. Seguía conservándose firme la conciencia de que la sede romana necesitaba la presencia de un emperador, cuya autoridad representaba el orden y la justicia en los asuntos temporales. La muerte de Lamberto había dejado vacante el trono. Berenguer de Friul se había apresurado a reclamar para sí la corona de Italia. Había muchas razones para que no resultara un candidato aceptable, especialmente porque el año 899 había sufrido una seria derrota a manos de los magyares. Se dibujaba, pues, un nuevo peligro de invasión desde el norte —viejo camino que usaran godos y lombardos— sobre la península. El papa optó por un carlovingio, Luis de Provenza, nieto de Luis II, y le coronó emperador en Roma en febrero del 901. Pero Luis cayó prisionero en manos de Berenguer que ordenó sacarle los ojos y le devolvió así a Provenza (agosto del 902).

León V (agosto - septiembre 903)

Ahora las discordias dividían a todos, el clero, los senadores y el pueblo romanos. La designación de un simple párroco, como era León, en un pueblo próximo a Ardea, aparece como una solución de compromiso. El cronista Auxilio le describe como un santo admirable en su conducta privada. Pero sólo pudo reinar treinta días, pues una fracción del clero proclamó a Cristóforo (Cristóbal), cardenal presbítero del título de San Dámaso; se adueñó de Letrán por la fuerza y le consagró, enviando a León a la prisión. Cristóbal, que es considerado como antipapa, pudo sostenerse tan sólo hasta enero del 904, pues la división del clero permitió a Sergio, el electo en discordia del 898 por los antiformosianos, regresar a Roma, adueñarse de Letrán y enviarle a hacer compañía a su antecesor. León y Cristóbal murieron ejecutados, «para poner fin a su miserable condición», como oficialmente se dijo.

Sergio III (29 enero 904 - 14 abril 911)

Un golpe de Estado. Conde de Tusculum, situado por tanto en la primera línea de la aristocracia romana, Sergio representaba los intereses de ésta y, al mismo tiempo, el odio más radical a Formoso y a la conducta y programa de

éste. Afirmó, por ejemplo, que su consagración como obispo de Caere, nula como todas las del tiempo de Formoso, le había sido impuesta contra su voluntad; tras su fallido intento del 898 había sido reordenado presbítero por Esteban VI, refugiándose, a la caída de éste, en la corte de Adalberto, marqués de Toscana. Su restauración en enero del 904 es un episodio muy confuso, como ya estableciera E. Dümmler (*Auxilius und Vulgarius*, Leipzig, 1866) hace más de un siglo, y en él aparecen mezcladas dos personas: Teofilacto, «senador y maestre de la milicia romana», que ostentaba ya el principal poder en la ciudad, y Alberico, duque de Spoleto, que no tardaría en convertirse en su yerno. Fueron tropas de este último las que ejecutaron el golpe de Estado del 904. Por consiguiente, puede considerarse éste como una toma del poder por parte de la aristocracia romana.

Aunque consagrado el 29 de enero del 904, Sergio III dispuso que se data-
ra el comienzo de su pontificado en el año 898, considerando a Juan IX y León V como simples usurpadores. Por medio de amenazas y violencias consiguió que se renovaran en un sínodo las actas del que vulgarmente se llamaba «cadavérico», declarando nulos todos los actos, incluyendo ordenaciones presbiterales y episcopales, producidos con posterioridad. Se produjo de este modo una terrible confusión, que él quiso remediar obligando con halagos y amenazas a los afectados a reordenarse; de este modo los que no querían o no se les permitía la reordenación, quedaban excluidos del clero. Refugiado en Nápoles un presbítero franco, Auxilius, tomó a su cargo la explicación proformosiana en dos obras, *De ordinationis a Formoso papae factis e Infensor et defensor*, que han contribuido mucho a crear una atmósfera espesa llegada hasta nosotros, gracias especialmente a Baronio que definió este tiempo, que abarca una docena de pontificados, como la «pornocracia».

Puede afirmarse que el año 904, en efecto, se consuma la revolución que se venía gestando desde tiempo atrás: la aristocracia senatorial romana se hizo dueña del poder en Roma y sus dominios, en un proceso de feudalización no distinto del que entonces atravesaban las demás monarquías europeas, reconociendo al papa una soberanía eminente poco efectiva. Un denario retrata a Sergio III locado ya con la tiara. Aunque cabe suponer que esta corona se empleaba desde algún tiempo atrás, la coincidencia entre la acuñación de moneda y uso de tiara denotan signos de soberanía. En un nivel inmediatamente inferior la nobleza ejercía el poder y en la cúspide de la misma se hallaban Teofilacto, con su mujer Teodora, y Alberico, duque de Spoleto, que el año 905 contrajo matrimonio con Marozia (892? - 937), la menor de las hijas del senador.

Confusión en las fuentes. Los historiadores se muestran perplejos, ya que una propaganda virulenta, propia de años de lucha, hace que lleguen a nosotros testimonios encontrados. Liutprando de Cremona, en su *Antopodosis*, escrita en defensa de Otón I y de la entrega del poder a los monarcas alemanes, retrata a Marozia como una «meretriz impúdica», la convierte en amante del papa Sergio y en madre del hijo de éste, el futuro Juan XI. Vulgarius, en cambio, pese a ser un defensor de Formoso, habla de ella como de una mujer ejem-

plar. La dificultad es seria: ¿a quién creer? Otras fuentes próximas, el *Liber Pontificalis*, Flodoardo y Juan Diácono, corroboran que en efecto Juan XI fue hijo de Sergio III, pero no mencionan el nombre de la madre. De ser cierta la imputación, Marozia habría tenido quince años en el momento de su nacimiento. Su hermana mayor, Teodora «la joven», ejerció también una gran influencia.

El pontificado de Sergio III es famoso porque en él se concluyó la basílica de San Juan de Letrán, dañada por el terremoto que puso fin al gobierno de Esteban VI. Se conservan pocas cartas, algunas ocupándose de donaciones a monasterios de tierras devastadas por las correrías de los musulmanes. Hay entre ellas una notable que intentaba recabar el apoyo de la Iglesia franca en favor de la doctrina de la «doble procesión del Espíritu Santo» que Focio negara. El emperador de Bizancio, León VI, que había sido excomulgado por el patriarca Nicolás el Místico al contraer un cuarto matrimonio, acudió a Roma en grado de apelación. Los legados enviados por Sergio aclararon que en la moral cristiana no entra el poner límites al número de matrimonios que, por viudedad, deban contraerse. Provocaron así la destitución de Nicolás. Pero esta decisión, meramente coyuntural, no sirvió para incrementar la unión entre las dos Iglesias.

Anastasio III (junio 911 - agosto 913)

No somos capaces de fijar con precisión las fechas de la elección y muerte de Anastasio. El cronista Flodoardo, que nos transmite el nombre de su padre, elogia la dulzura de su carácter y la tranquilidad de su pontificado, con lo que parece indicar que se redujo a funciones exclusivamente religiosas, mientras Teofilacto y su esposa desempeñaban plenamente el poder en Roma. Hay dos noticias, la del envío del *pallium* al obispo de Vercelli y la de importantes concesiones al prelado de Pavía que, siendo ambos súbditos de Berenguer de Friul, pueden interpretarse como un intento de acercamiento a este. El papa estaba siendo reducido a un papel mínimo, lo que nada tiene que ver con sus condiciones personales. Nicolás el Místico, restaurado en el patriarcado de Constantinopla, reclamó una rectificación en la doctrina acerca del cuarto matrimonio, a lo que Anastasio se negó: en consecuencia su nombre fue borrado de los díplicos.

Lando (agosto 913 - marzo 914)

Nacido en Sabina e hijo de un conde lombardo de nombre Taino, sabemos que reinó seis meses y once días, durante los cuales otorgó beneficios a la catedral de San Salvador de Fornovo, la tierra de su nacimiento. El silencio absoluto resulta significativo: el papa había perdido el control sobre la cristiandad actuando únicamente como obispo de Roma.

Juan X (marzo 914 - mayo 928)

Victoria en el Garellano. De pronto surgió una gran figura, Juan de Tosignano (Romana). Era arzobispo de Rávena en el momento de su elección, lo

que le colocaba en estrecha y útiles relaciones de amistad con Berenguer de Friul, rey de Italia. Los clérigos que heredaban la antigua posición de los formosianos, protestaron: si su jefe había sido condenado por cambiar un obispado sufragáneo por el de Roma, más grave era el caso de un metropolitano. Liutprando de Cremona, venenosa pluma, dice que Teodora, «la mayor», promovió su elección porque años atrás Juan había sido su amante, pero esto parece falso. La senadora moriría poco tiempo después. Puede en cambio atribuirse esta designación a otra circunstancia: el gravísimo peligro que significaban los musulmanes; completada la conquista de Sicilia, lanzaban fuertes ataques sobre Italia meridional y central. De modo que Roma necesitaba de un hombre enérgico que pudiera reunir tantos poderes dispersos y, desde luego, Juan podía ser ese hombre.

Inmediatamente el papa organizó la alianza triple con Adalberto de Toscana, Alberico de Spoleto, el marido de Marozia, y Landulfo de Capua, que aportó el poderoso auxilio de una flota bizantina. Tras un cerco de tres meses, la gran fuerza reunida se apoderó de la fortaleza del Garellano y arrojó a los musulmanes de Italia (agosto 915). Hay cierto paralelismo con la pacificación de Normandía y con la victoria leonesa en Simancas, que revelan que la cristiandad europea estaba en condiciones de superar las invasiones. Muy pocos años más tarde los monarcas alemanes lograban derrotar a los magyares. Se vislumbraba ya el final de los tiempos difíciles. Juan X decidió entonces volver a la situación de Luis II o de Lamberto de Spoleto, coronando emperador a Berenguer de Friul (diciembre del 915). Pero había un error de apreciación: el verdadero héroe de la batalla del Garellano había sido Alberico de Spoleto; él y su esposa se aprestaban a ejercer el poder que ya tuvieran sus padres.

Restablecimiento del primado. Durante ocho años Juan X pudo desplegar las funciones que como primado le correspondían, ateniéndose al contenido de las Falsas Decretales. Intervino directamente para zanjar conflictos en las sedes de Narbona y de Lovaina. En septiembre del 916 sus legados presidieron el Concilio de Hohcnallheim, apoyando la posición de Conrado I (911-918). Envió precisas instrucciones a las sedes de Rouen y de Reims acerca de las medidas a adoptar para asegurar el cristianismo entre los normandos. Restableció la unidad con la Iglesia oriental mediante una fórmula ambigua y acertada: el matrimonio de León VI era legítimo pero «excepcional», dejando a salvo la costumbre de aquélla que limitaba a tres el número posible de veces para recibir el sacramento.

Dos decisiones sumamente importantes señalan también este pontificado. El año 929 otorgó a la abadía de Cluny, fundada en el 909 y en trance de convertirse en una gran congregación de monasterios, la exención de la autoridad del obispo correspondiente, pasando a depender tan sólo del papa. Aceptó también la norma que vendría a llamarse «investidura», es decir, que los reyes o príncipes soberanos diesen posesión a los obispos electos de sus respectivas sedes, sin cuya condición no podrían ser consagrados. Se invocaba así la colaboración de los poderes temporales en apoyo de la disciplina. Las cosas cambia-

ron más adelante, pero en aquellos momentos la investidura se presentaba bajo un aspecto positivo. La reorganización de la *schola cantonan* de Letrán revela la importancia que concedía a la educación de los futuros clérigos.

El asesinato. Marozia tenía que contemplar con preocupación este crecimiento de poder que amenazaba el suyo propio. Es evidente que Juan X estaba maniobrando para independizarse de la tutela de la aristocracia romana. Para ello utilizaba a su hermano Pedro, un laico a quien confiaba oficios cada vez más elevados dentro de la administración romana: llegó a nombrarle cónsul, esto es, magistrado supremo. El 12 de marzo del 924 Berenguer de Friul fue asesinado y la nobleza franco-lombarda llamó entonces a un hijo de Lotario II y de Waldrada, Hugo, y le coronó rey de Pavía (926-947). El papa perdía uno de sus puntos de apoyo. Para remediarlo, Juan X llegó a un acuerdo con Hugo: debía acudir a Roma para ser coronado emperador. Marozia se adelantó. Acababa de enviudar y contrajo de inmediato segundo matrimonio con el hijo de Adalberto, Guido, marqués de Toscana. En sus manos estaban los dominios del padre, del primer esposo y del nuevo marido: era, desde Roma, la más poderosa de las nobles de Italia. Se organizó contra el cónsul Pedro la acusación de que había llamado a los magyares en su auxilio; fue asesinado en Letrán y en presencia del papa a finales del 927. Y en mayo del 928 Juan X fue depuesto, encerrado en Sant'Angelo, y probablemente asesinado pocos meses más tarde.

León VI (mayo - diciembre 928)

Marozia estaba preparando ya el golpe definitivo: sentar a su capricho papas en el solio. Entramos en la verdadera «pornocracia» o gobierno de las mujeres. Papas débiles, de mera transición, bondadosos a ser posible. León era el hijo de un notario, Cristóforo, perteneciente a una familia aristocrática y cardenal de Santa Susana. No se ha conservado de él otra noticia que la de una carta conminando a los obispos de Dalmacia y Croacia a someterse al metropolitano de Spalato, Juan. Murió, al parecer, antes que Juan X.

Isteban VII (diciembre 928 - febrero 931)

Fue como una sombra que pasa sin dejar huella. Las únicas noticias que se le atribuyen hablan de concesiones a monasterios. Marozia tenía lo que necesitaba: un papa que lo fuera únicamente de nombre mientras ella, *senatrix* y *patriicia*, gobernaba Roma.

Juan XI (marzo 931 - diciembre 935)

Marozia pudo entonces culminar su trabajo cerrando el círculo. Juan, cardenal de Santa María in Trastevere, aquel mismo de quien Liutprando dice que era hijo del papa Sergio, sucedió a Esteban VII. Una de sus primeras decisiones consistió en lograr un acuerdo con Romano Lecapeno, emperador de Bizancio (920-944), consintiendo que el hijo de éste, Teofilacto, con sólo 16 años, se convirtiera en patriarca de Constantinopla. Era Marozia la principal intere-

sada en este acuerdo, pues proyectaba para su hija Berta el matrimonio con uno de los Césares.

En medio de la oscuridad que significan estas intrigas, aparece ya un signo de contradicción: el papa estaba prestando apoyo a la obra de san Odón de Cluny. La primera de las abadías constituidas en el marco de la congregación, la de Déols, recibió los mismos privilegios de que gozaba la iglesia madre. Cluny preparaba un futuro de universalidad, opuesto al que entonces parecía vislumbrarse. Peter Llewelyn (*Rome in Dark Ages*, Nueva York, 1971) llama la atención sobre este contraste, pues con él comienza la raíz de la reforma.

Marozia aspiraba probablemente a más: quería ser reina de Italia, emperatriz. Viuda de Guido, pero dueña de Roma, Spoleto y Toscana, nudo y corazón de Italia, buscó un nuevo matrimonio con Hugo de Arles, el hijo de Waldrada. Y el papa ofició en esta boda de su madre, contraria a los cánones porque los contrayentes eran concuñados. En este momento entró en escena Alberico II, hijo del primer marido de Marozia: en diciembre del 932 tomó al asalto Sant'Angelo. Hugo logró escapar, pero Marozia y Juan XI quedaron prisioneros. Alberico se proclamó príncipe de Roma, senador, conde y patricio, reuniendo en su mano todos los poderes, que supo retener hasta su muerte. Parete que Marozia, de la que no volvemos a tener noticias, fue encerrada en un monasterio. En cuanto a Juan, devuelto a sus funciones estrictamente sacerdotales, murió a finales del 935 o principios del año siguiente.

León VII (3 enero 936 - 13 julio 939)

Durante más de veinte años, Alberico sería dueño absoluto de Roma. Sabía muy bien que este extraordinario poder tenía que justificarse como un servicio a la grandeza de la ciudad y de su territorio, ahora a salvo de la amenaza de los sarracenos, y como un respaldo a la Iglesia en vías de reconstrucción moral. Tara eso necesitaba papas sumisos, sin duda, pero ejemplares. Y aunque las elecciones fueron sustituidas por la designación directa, no cabe duda de que los cuatro pontífices que sucedieron a Juan XI deben calificarse de ejemplares. León VII, cardenal presbítero de San Sixto era, con toda probabilidad, un benedictino. Alberico mostraba mucho afecto a estos monjes. San Odón, presente en Roma, le ayudó a conseguir un acuerdo de paz con Hugo de Arles, al que se reconoció como rey de Italia. Alberico le hizo importantes regalos: el palacio del Avenlino ¡i fin de convertirlo en monasterio, Subiaco, tan afectivamente ligado a los orígenes del benedictismo, y la basílica de San Pablo extramuros. (arlas de León a los obispos franceses les conminaba a que prestaran ayuda a la reforma de Cluny. No sólo a ésta: Gorze, cerca de Metz, recibió también los privilegios que necesitaba para su desenvolvimiento; de ella arranca la otra rama del movimiento de reforma. Hacia el año 937 el papa envió el *pallium* al arzobispo de Bremen, Adaldag, lo que permitiría renovar el esfuerzo misionero en Escandinavia, y nombró a Federico de Maguncia vicario para Alemania. Primeros pasos, todavía tímidos de un cambio que habría de acentuarse. Europa, vencidas las invasiones —incluso en España— comenzaba a reconstruirse.

El cronista Flodoardo, que le conoció personalmente, hace de León un retrato lleno de devoción admirativa.

Esteban VIII (14 julio 939 - octubre 942)

Romano, era presbítero cardenal de los Santos Silvestre y Martino. No hay duda de que Esteban fue un hombre instruido, intachable en su vida privada. Alberico II le designó al día siguiente de la muerte de León, asignándole funciones que debían limitarse a la vida religiosa. Pero ésta era en aquellos momentos la que revestía mayor importancia. Su estrecha colaboración con Cluny le impulsó a intervenir en los asuntos políticos de Francia, protegiendo a Luis IV de Ultramar (936-954) el hijo de Carlos el Simple (879-929); bajo pena de excomunión advirtió a los obispos que le debían obediencia. Como una parte de esta actividad envió el *pallium* al obispo de Reims. Pero al restablecerse la paz en Francia, la labor de los monjes disponía de nuevas facilidades. Ignoramos las circunstancias de su muerte: fuentes muy tardías pretenden que murió asesinado al tomar parte en una conspiración contra Alberico.

Marino II (30 octubre 942 - mayo 946)

Era presbítero cardenal de San Ciríaco cuando Alberico le presentó al pueblo de Roma para que le aclamasen. En sus monedas aparece mencionado, al lado del papa, el príncipe de Roma. De este modo no había duda de quien ostentaba el poder. Esto no obsta para que en una fuente muy antigua se le describa como un efectivo pacificador y, sobre todo, un reformador de las costumbres de monjes y clérigos. Las pocas cartas que de él se conservan le muestran protegiendo a Balduino, abad de Montecassino, que estaba encargado al mismo tiempo de la comunidad de San Pablo Extramuros. Al comenzar el año 946 confirmó al arzobispo Federico de Maguncia en su condición de vicario para Alemania, pero ampliando sus poderes con la facultad de presidir sínodos y corregir las deficiencias en el clero secular y regular.

Agapito II (10 mayo 946 - diciembre 955)

La reforma acerca a Alemania. Nacido en Roma, Agapito permite comprender cómo los nombramientos efectuados por Alberico, al ir recayendo en clérigos idóneos, llevaban poco a poco a los papas hasta un punto en que recuperaban la dirección de la Iglesia universal.

Un síntoma de esa paulatina afirmación se encuentra en el hecho de que en las monedas apareciese únicamente su nombre. También pudo influir el alejamiento del peligro sarraceno: los últimos ataques a las costas italianas, a cargo del emir al-Hassan de Sicilia, tuvieron lugar los años 950, 952 y 956; a partir de esta fecha la iniciativa cambió de mano y fueron los cristianos los que pasaron a la ofensiva. Por otra parte, Alberico y el papa estaban de acuerdo en cuanto al impulso de la reforma de la vida monástica, y religiosos venidos de Gorze se instalaron en San Pablo Extramuros. Su legado, Marino, presidió en Ingelheim un sínodo conjunto de alemanes y franceses confirmando la amistad entre

Otón I (936-973) y Luis de Ultramar (936-954) y regulando la disputa del obispado de Reims en favor del candidato del segundo, Amoldo. Se amenazó a Hugo Capeto con la excomunión si no se sometía al legítimo rey. Todas estas decisiones fueron después confirmadas en el sínodo romano del 949.

La tarea más importante vinculaba cada vez más a la Sede Apostólica con Alemania. El 2 de enero del 948 el papa concedió al obispo de Hamburgo plenos poderes para organizar las Iglesias que estaban surgiendo en Escandinavia. Envío el *pallium* a Bruno, arzobispo de Colonia, hermano de Otón I, significando de este modo la autoridad que se le otorgaba. Confirmó el proyecto del rey que quería convertir el monasterio de San Mauricio, en Magdeburgo, fundado el 937, en sede metropolitana para los países eslavos: un amplio espacio dentro del cual se autorizaba a Otón a erigir nuevas sedes episcopales. En aquellos momentos ni la protección a monasterios ni la investidura laica parecían inconvenientes; antes bien resultaban ventajosos para el avance de la reforma que oslabla consiguiendo un renacer de la vida cristiana.

Otón, rey de Italia. Hugo, rey de Italia, mostraba síntomas de creciente debilidad. Había una vacante en el título imperial, pero no deseaba Alberico que se restableciera. Los nobles enemigos de Hugo, que se agrupaban en torno al marqués Berenguer de Ivrea, acudieron a Otón I despertando su atención hacia la península y, en definitiva, hacia el Imperio; pero pasaron bastantes años sin que el monarca alemán, absorto en los problemas de reforma y expansión de la cristiandad, prestara atención. El año 947 murió Hugo, dejando su herencia a Lotarío, que falleció a su vez el 950. Entonces Berenguer de Ivrea concibió un proyecto distinto: casar a Adelaida, viuda de Lotario, con su propio hijo Adalberto, proclamar a ambos reyes de Italia y, eventualmente, lograr una coronación imperial. Pero Adelaida rechazó el plan, fue encerrada en prisión y objeto de malos tratos para convencerla. El 20 de agosto del 951 la dama huyó y, atríncherándose en el castillo de Canosa, pidió a Otón que acudiera a recoger su mano y su corona. Rápidamente las tropas alemanas quebraron la resistencia de Berenguer y Otón pudo coronarse rey de Italia el 23 de septiembre del 951.

Desde Pavía, insinuó Agapito la conveniencia de restaurar el título de emperador. Alberico, que sentía acercarse el fin de su existencia, comprendía que el Imperio era el fin de aquello por lo que tanto luchara, un principado soberano y autocéfalo en Roma. Poco antes de morir (31 de agosto del 954) llamó al papa y a los clérigos de su entorno y les hizo jurar que, cuando se produjera la vacante en el solio, elegirían a su propio hijo, Octaviano; de este modo la Sede Apostólica y el principado se unirían, garantizando la independencia. Una solución con ventajas políticas, sin duda, y con desastrosas consecuencias para la Iglesia.

Juan XII (16 diciembre 955 - 14 mayo 964)

La elección. El juramento fue cumplido y el clero eligió a este bastardo, Oclaviano, que contaba 17 años. Era laico y ostentaba ya la magistratura de pa-

tricio de Roma. Fue ordenado a toda prisa. Las fuentes historiográficas, todas proalemanas, insisten en presentarle como un licencioso gozador de la vida en el sentido más vulgar de la palabra y completamente ajeno a las preocupaciones espirituales. Carecía, en consecuencia, de las condiciones necesarias para una empresa de tanta envergadura como era la de afirmarse en esa posición tan singular de papa y príncipe soberano. Los historiadores, sin embargo, deben mostrarse cautos ante las exageraciones que la propaganda favorable a Otón I fabricaría en los años siguientes. Liutprando, uno de los colaboradores del emperador, incluye en su *Antopodosis* relatos extendidos a todo el siglo del pontificado, que deben reputarse falsos. Algunos visitantes ilustres como Oskitel, arzobispo de York, o san Dunstan, de Canterbury, están lejos de compartir las negruras del cronista alemán. Por ejemplo, es un hecho comprobado que Juan XII mostró el mismo interés que su padre por la reforma monástica y que aplicó este interés concretamente a las abadías de Farfa y de Subiaco.

Coronación imperial. Las obligaciones políticas que como príncipe le correspondían, acabaron por desbordarle. Volvían las amenazas militares desde el sur, por los duques de Capua y Benevento, y desde el norte, donde Berenguer de Ivrea, que seguía titulándose rey de Italia, pudo apoderarse de Spoleto el año 959. Puesta a prueba, la capacidad militar de Roma reveló su deficiencia; en tales circunstancias Juan XII envió sus legados a Otón I, solicitando su ayuda y ofreciéndole la coronación como emperador, restaurando la situación existente en época de Luis II. Otón prometió a estos legados proteger la persona del papa y su patrimonio temporal, no ejercer funciones de juez salvo en su presencia, y no hacer nada que pudiera perjudicar al pueblo romano (960). En la primavera del 961 un gran ejército alemán llegaba a Pavía, restableciendo el orden a su paso, alcanzando Roma en enero del año siguiente. Aquí, el 2 de febrero del 962, en una aparatosa ceremonia, tuvo lugar la coronación: el Imperio era declarado «santo» como la Iglesia misma. El papa y los principales romanos juraron fidelidad a Otón y rechazo absoluto a Berenguer.

Sus contemporáneos no se percataron enteramente de la importancia del paso que se había dado. P. van der Baar (*Die Kirchliche Lehre der Translatio Imperii Romani*, Roma, 1956) recomienda poner atención, sin embargo, a lo que dijeron los tratadistas del tiempo: se trataba de una *translatio Imperii* a los alemanes, lo cual significaba al mismo tiempo, como señala Peicy Schramm (*Kaiser, Rom und Renovatio*, Darmstadt, 1957), una «renovación». En la práctica, el acto del 2 de febrero del 962 no fue simplemente una reanudación de la línea seguida desde Carlomagno a Hugo de Arles; extrayendo las últimas consecuencias de las Falsas Decretales, se llega a una nueva definición de la autoridad en sus dos dimensiones: la espiritual del papa, que es por esencia universal, y la que corresponde al emperador, de carácter temporal, y colocada a la cabeza de la sociedad cristiana. No es que Francia, España o Inglaterra se sometieran de alguna manera a su poder: en cuanto a éste, Otón y sus sucesores seguían siendo reyes de Romanos, de Italia, de Germania y de Borgoña, nada más. Pero siendo el primero entre los soberanos de la tierra, el papa —y sólo

el papa— le confería en una ceremonia que tiene rasgos de consagración sacerdotal, un carácter «sacro» que daba a sus disposiciones jurídicas un alcance universal. Sólo el emperador podrá en adelante promulgar esas leyes fundamentales que se llaman Constituciones.

El imperio —señala J. Orlandis (*El pontificado romano en la historia*, Madrid, 1966) siguiendo en este punto a G. A. Bezzola, *Das ottonische Kaisertum in der französischen Geschichtsschreibung des 10. und beginnenden 11. Jahrhunderts*, Graz, 1956)—no coincidía con la cristiandad y, sin embargo, otorgaba a los reyes de Alemania, Italia y las fronteras del este, una especie de cumbre en la estricta jerarquía de los soberanos. Esto daba lugar a que se estableciese cierta confusión, ya que siendo definida la cristiandad como un «cuerpo místico» de Cristo, la paridad en la cumbre de emperador y papa provocaban también en el primero la fuerte tentación de presentarse como cabeza de la cristiandad entera en el orden temporal.

Deposición. Así apareció muy pronto. En el sínodo romano que siguió a la ceremonia de la coronación, Otón reconvino a Juan XII a fin de que enmendase su línea de conducta, acomodándola a la conveniente a una persona religiosa; se otorgaron al mismo tiempo a la Iglesia alemana grandes poderes en relación con todos los países del este. El 13 de febrero de ese mismo año, renovando la Constitución romana del 824 —siempre punto de partida— el emperador confirmó las donaciones de Pipino y Carlomagno, ampliándolas hasta que abarcasen aproximadamente los dos tercios de la península italiana en sentido estricto. Sin embargo, Otón retenía lo que entonces se llamaba soberanía eminente sobre este territorio, que de este modo parecía un dominio señorial como eran los grandes ducados alemanes. Meses más tarde, a este *privilegium ottonianum* se añadiría una cláusula según la cual las elecciones pontificias necesitaban el plácet imperial: ningún electo sería consagrado antes de recibirlo y de que prestara en consecuencia juramento de fidelidad.

Juan XII comprendió el alcance de la revolución: ahora el papa, cuya universal autoridad espiritual nadie discutía, estaba reducido, en cuanto príncipe, al nivel de uno de los grandes magnates del Imperio. Apenas hubo abandonado Otón la ciudad, para combatir los focos de rebeldía que aún se detectaban, y ya el papa estaba contactando con Berenguer y, superando antiguos recelos, abría al hijo de éste, Adalberto, las puertas de Roma: alegaba que el emperador no había cumplido el juramento que hiciera ante sus legados. Por su parte, Otón acusó a Juan XII de haberle traicionado negociando con los rebeldes y con los enemigos de la cristiandad. En noviembre del 963 estaba de regreso en Roma, haciendo huir al papa, que buscó refugio en Tívoli con todos los tesoros que en el último momento pudo reunir. Un sínodo, presidido por el emperador, se reunió en San Pedro. Fue enviada al papa la orden para que compareciera; no obedeció y fue depuesto (4 de diciembre del 963). Entonces los clérigos reunidos solicitaron de Otón que designara al nuevo pontífice.

León VIII (4 diciembre 963 - 1 marzo 965)

Otón designó al *proscrinarius*, esto es, el jefe de los notarios de la cancillería pontificia, un laico de buena fama llamado León. Tuvo que recibir todas las órdenes antes de ser consagrado de acuerdo con un ritual nuevo, personalmente revisado por el emperador. Se habían establecido serios precedentes, entre ellos el de someter a juicio y deponer a un papa, algo que ningún canon consentía. La elección era sustituida por la designación directa. El pueblo de Roma consideró esto como un atropello a la legitimidad y a sus derechos y el 3 de enero del 964 se lanzó a una revuelta que los alemanes ahogaron en sangre. León VIII intentaría la pacificación por otras vías, aunque sin éxito.

De este modo, cuando las tropas imperiales, todavía en enero del 964, abandonaron Roma, Juan XII pudo regresar de Tívoli y convocar un sínodo en San Pedro (26 febrero del 964) para juzgar a León, ahora refugiado en la corte de Otón, bajo tres acusaciones: usurpación, ilegitimidad en sus ordenaciones y traición a su obispo. Todas las actas de su pontificado se declararon nulas. Pero apenas transcurridos tres meses, murió Juan XII (14 de mayo 964). Los romanos procedieron a una nueva elección, la de Benedicto V, para quien solicitaron el plácet imperial. La respuesta de Otón consistió en volver a Roma, que fue tomada el 23 de junio de ese año, y restablecer a León VIII. Nada sabemos de la política de este papa durante los pocos meses que todavía reinó.

Benedicto V (22 mayo - 23 junio 964)

La superposición de pontificados constituye un problema para los historiadores que, incapaces de llegar a una conclusión jurídica indudable, optan por situar a los tres, Juan, León y Benedicto, entre los legítimos sucesores de san Pedro. Benedicto V, romano de origen y de nacimiento, es descrito como una persona piadosa, ejemplar y culta, como demuestra el calificativo de *grammaticus* con el que se le conoce. Parece que no tomó parte en los disturbios del 963 y 964, de modo que su elección puede interpretarse como un deseo de presentar al emperador un hombre sin sospecha. Cuando Otón bloqueó la ciudad, privándola de alimentos, los romanos decidieron entregarlo. Fue llevado ante el sínodo para ser juzgado. Otón se conformó con rebajarle al nivel de diácono y con enviarle a Hamburgo bajo la custodia del obispo Adalag. Allí murió el 4 de julio del 966 siendo su vida ejemplar. Otón III dispondría el año 988 que sus restos fuesen trasladados a Roma.

Juan XIII (1 octubre 965 - 6 septiembre 972)

Aunque los romanos solicitaron del emperador que consintiera el retorno de Benedicto V, Otón se negó. La Sede Apostólica estuvo vacante cinco meses hasta que al final el clero procedió a elegir a Juan, hijo de Juan, un romano que había sido bibliotecario con Juan XII y ocupaba a la sazón la sede episcopal de Narni. Otón, que estuvo representado por dos obispos, aceptó la elección, de modo que el Imperio se proponía gobernar Roma por medio de una persona enraizada en la ciudad. Ello no obstante, los romanos recibieron mal a

Juan XIII y en diciembre del 965 ya se produjo una revuelta, en el curso de la cual el prefecto Pedro se apoderó de la persona del papa; cuando era conducido al destierro, Juan pudo escapar, informando de todo al emperador. Pero antes de que se produjera la intervención de Otón, un brusco cambio de opinión entre la población romana hizo que el papa fuera acogido con muestras incluso de entusiasmo (14 de noviembre del 966), de modo que se pudo tener la impresión de que todo era resultado de la lucha entre facciones. El emperador llegó en las Navidades de aquel mismo año, tomando represalias muy duras contra los autores de la revuelta.

El emperador permaneció en Italia hasta el verano del 972; intentaba establecer allí el sistema de gobierno que tan buenos resultados estaba dando en Alemania. De él formaban parte los dos aspectos esenciales: la ordenación jerárquica de los condados y señoríos feudales y la investidura laica de los obispos que estaban dotados también de beneficios. El papa era, desde este punto de vista, la cumbre del sistema, dotado de los beneficios más opulentos, pero designado directamente por el emperador. Se habían recibido demandas de Bohemia y de Polonia para que se erigiesen también allí sedes metropolitanas, y de Cataluña, cuyos obispos deseaban desligarse de Francia y reclamaban el reconocimiento de la primada de Tarragona aunque se hallaba aún esta ciudad en poder de los musulmanes. Para resolver éstas y otras cuestiones fue convocado un sínodo en Rávena al que debería asistir el papa, en abril del 967.

Importantes decisiones que afectaban al conjunto de la cristiandad fueron tomadas en este sínodo, comenzando por una orden de restitución de las tierras del Patrimonium que hubieran sido usurpadas. Especial interés tienen las disposiciones que prohibían el concubinato de los clérigos, un pecado que se denominaba nicolaísmo, y que quebrantaba una de las bases de la Iglesia occidental, el celibato. Se cursaron órdenes para que todas las autoridades, seculares o espirituales, siguieran prestando apoyo a Cluny, cuya expansión cobraba un ritmo rápido. Definitivamente Magdeburgo fue confirmada como metrópoli de los eslavos «recientemente convertidos», lo que dejaba a Polonia al margen. Otón consiguió que se declarara que Bohemia (la sede de Praga nace poco después) quedaba bajo la custodia de obispos alemanes. Y en relación con España se tomaría el año 971 la decisión de reconocer a Vic la condición de metropolitana en tanto que Tarragona permaneciese en régimen de ocupación. El 972 Oswald, nuevo arzobispo de York, viajaría a Roma para recibir el *pallium* y trazar el programa de una gran reforma monástica en Inglaterra.

Boda imperial. En la fiesta de Navidad del 967, Juan XIII coronó al hijo de Otón I, del mismo nombre, asociándolo de este modo al Imperio. Otón I pretendía extender sus dominios a la frontera meridional italiana, pero evitando el choque con los bizantinos. Envió a Liutprando de Cremona a negociar el matrimonio del joven Otón II con una hija de Juan Tzimisces (969-976), Teófano. De este modo se lograba el recíproco reconocimiento de ambos Imperios. La boda fue oficiada por el papa en Roma el 14 de abril del 972 y sus consecuencias, en el orden político y cultural, fueron importantes. Ante todo se

pretendía llegar a un *modus vivendi*, no sin algunos roces. Pero había ya una frontera entre los dos Imperios. Bizancio conservaba partes de Apulia y de Calabria, haciendo de Otranto una sede metropolitana con cinco sufragáneas, mientras que Juan XIII otorgaba ese mismo rango a Capua y Benevento. En este momento era ya visible una reacción cristiana en el Mediterráneo.

Benedicto VI (19 enero 973 - julio 974)

Nacido en Roma, hijo de cierto Hildebrando, era el candidato imperial y al mismo tiempo el de quienes deseaban la reforma. Elegido en septiembre u octubre del 972, tuvo que esperar varios meses hasta que, de acuerdo con el *privilegium Otonis*, llegara el plácet imperial. La aristocracia romana se había reorganizado en un fuerte partido que dirigía ahora Crescendo I, sobrino de Marozia como hijo de Teodora la Joven. Intentó, sin éxito, suscitar un candidato alternativo con el diácono Franco. Benedicto, que había sido presbítero cardenal de San Teodoro, contando con la protección imperial, pudo continuar las medidas de reforma que aprobaban los sínodos: refuerzo del celibato, extensión del monaquismo y persecución de las costumbres simoníacas. Algunos obispos cobraban tasas por las ordenaciones sacerdotales y por otros servicios ministeriales. La calidad de primada en Alemania fue reconocida a la diócesis de Tréveris.

El 7 de mayo del 973 murió Otón I y se originaron fuertes tensiones en Alemania. Con los alemanes lejos, Crescencio consideró que había llegado para él la ocasión que debía aprovechar. Seguramente contaba con el apoyo bizantino para el levantamiento que desencadenó en junio del mismo año. Benedicto fue preso, llevado a Sant'Angelo y allí estrangulado, mientras que el diácono Franco era entronizado con el nombre de Bonifacio VII. Cuando el representante imperial, Sicco, conde de Spoleto, llegó a Roma, la tragedia se había consumado. A pesar de todo, los imperiales decidieron acabar con el antipapa, al que sitiaron en Sant'Angelo. Franco consiguió huir llevándose consigo parte de los tesoros de la Iglesia; se puso a salvo en el territorio bizantino.

Benedicto VII (octubre 974 - 10 julio 983)

La elección de Benedicto, obispo de Sutri, conde de Tusculum, hijo de David y pariente de Alberico II, fue resultado de un compromiso entre las dos facciones: candidato del bando imperial, resultaba también aceptable para la aristocracia romana. El antipapa Franco protagonizaría, el año 980, una nueva ofensiva que obligó a Benedicto a abandonar Roma, pero las tropas imperiales se encargaron de restaurarle y de devolver a Bonifacio al exilio. De este modo, hasta el 981 no pudo desarrollar en paz su pontificado. Mostraba una estrecha amistad a san Mayeul de Cluny y entusiasmo por la reforma que estaba presidiendo. Una serie de sínodos incrementó progresivamente la libertad de que gozaban sus monasterios, asegurándoles así las condiciones que necesitaban para triunfar. También se ocuparon de reforzar la estructura jurídica en Alemania: el obispo de Maguncia, vicario pontificio, recibió el privilegio

de coronar a los reyes de Romanos, que es como se titulaban los soberanos antes de convertirse en emperadores. Dietrich de Tréveris fue el primer extranjero promovido cardenal de los Cuatro Santos Coronados. A principios del 976 fue confirmado el primer obispo de Praga, Thietmar, con jurisdicción sobre Bohemia y Moravia. En la propia Roma, Benedicto restauró el monasterio griego de los Santos Bonifacio y Alexis, colocándolo bajo la dependencia de patriarca Sergio de Damasco, refugiado en la ciudad a causa de la invasión musulmana.

La larga estancia de Otón II (973-980) en Italia favoreció extraordinariamente la autoridad del papa. Con él compartía el emperador la profunda voluntad de reforma. El principal de los colaboradores eclesiásticos de Otón, Giseler, trasladado a Magdcburgo desde la suprimida sede de Merseburgo, se convirtió en cabeza del gran movimiento de evangelización de los eslavos, que progresaba con creciente rapidez. Una noticia posterior, que ignoramos si es correcta, afirma que Benedicto, antes de ser papa, había hecho una peregrinación a Jerusalén. Tal vez tenga alguna relación con el hecho de que fuera inhumado en la basílica dedicada en Roma a la Santa Cruz.

Juan XIV (diciembre 983 - 20 agosto 984)

Hubo una larga vacante, hasta que Otón II se decidió a ofrecer la tiara a Pedro Canepanova, obispo de Pavía y su vicescanciller, para el reino de Italia. No parece que haya tenido lugar ninguna clase de elección, lo que puede explicar la impopularidad de que desde el primer momento se vio rodeado. Cambió su nombre por el de Juan para que no se repitiera el del príncipe de los apóstoles. El emperador quería tener a un gobernante con experiencia y capacidad que llevara adelante el programa de desarrollo de la Iglesia y también las relaciones con el sur de Italia. La única bula de él conservada, otorgando el *pallium* al obispo Alo de Benevento, responde a los deseos del emperador. Como una consecuencia de tan estrecha dependencia, la muerte de Otón II, a causa de la malaria (7 diciembre del 983) y el retorno de la emperatriz Teófano a Alemania, para garantizar la sucesión de su hijo Otón III (983-1002), demasiado joven, dejaron a Juan XIV en un absoluto desamparo. En abril del 984, contando esa vez con el apoyo de Crescencio, Benedicto VII regresó. Juan, sometido a juicio y despojado, fue encerrado en Sant'Angelo, en donde falleció, por hambre o veneno, el 20 de agosto de aquel mismo año.

Juan XV (agosto 985 - marzo 996)

Crescencio había muerto, el 7 de julio del 984, en el monasterio de San Alejo, en el monte Aventino, adonde se había retirado. Actuaba como cabeza de la aristocracia romana su hijo Juan Crescencio que, en la turbulenta situación que siguió a la muerte del antipapa Bonifacio VII, consiguió imponer su candidato. Juan XV, hijo del presbítero León, cardenal del título de San Víale, era un hombre culto y de buena preparación. Teófano no intervino, pues se hallaba con dificultades para lograr el reconocimiento de su hijo en Alemania, de

modo que se volvió en cierto modo a la situación del tiempo de Alberico II, pues Juan Crescencio asumió el título de «patricio» y comenzó a gobernar Roma según su criterio. Aunque reducido a funciones estrictamente ministeriales, Juan XV pudo mantener la línea favorable a la reforma. En el invierno del 989 a 990 la emperatriz Teófano estuvo en Roma reforzando con su cordialidad la posición del papa.

Se trataba, sin embargo, de una posición difícil que sus legados describirían en Constantinopla como de «tribulación y opresión». Era inevitable que, fuera de Roma, se le hiciera responsable de aquella anomalía: en Francia se le acusó de avaricia y de nepotismo. En un punto no vacilaba: apoyándose en las Falsas Decretales pretendía extender a toda la cristiandad su supremacía. Por primera vez se registra un intercambio entre el papa y Wladimiro de Kiev (980-1015). Medió entre Ethelredo de Inglaterra (978-1017) y Ricardo de Normandía (942-996) hasta convencerles de que suscribieran la paz (1 marzo 991). Aceptó el vasallaje que los reyes de Polonia le ofrecieron, garantizando así la independencia del reino y de su Iglesia. Un sínodo, reunido el 993 en Letrán, hizo la primera canonización de que tenemos noticia en la persona de Ulrico, obispo de Ausburgo.

Conflicto con Gerberto de Aurillac. En junio del 991 se reunió un sínodo de la Iglesia de Francia en San Basilio de Verzy. Sirviendo los deseos de Hugo Capelo, depuso al arzobispo de Reims, Amoldo, y lo sustituyó por Gerberto de Aurillac, uno de los más extraordinarios sabios que ha conocido Europa. Pero algunos obispos y abades, invocando las Decretales, exigieron que se esperase la confirmación pontificia. Esta tardó en llegar. Se suscitó entonces un debate que pudo tener consecuencias muy peligrosas. Por ejemplo, Arnulfo de Orléans sostuvo que tal confirmación no era necesaria cuando los sínodos actúan, como en este caso, conforme a derecho; mezclaba este autor sus argumentos con tremendos ataques a la situación que se estaba viviendo en Roma. Juan XV no quiso decidir por su cuenta: dio poderes a un legado, León, abad del monasterio de San Alejo del Aventino, para que decidiese sobre el terreno. Se celebró un nuevo sínodo en Chelles (993 o 994) y en él se dijeron cosas muy radicales, como que cuando un papa no se atenía a la doctrina de los Padres no era mejor que cualquier hereje ni menos susceptible de excomunión. Por vez primera se sostuvo la tesis de que la Iglesia de un reino tiene derecho a proceder con independencia de Roma. Por fortuna para el papa, la protesta no prosperó: Hugo Capeto necesitaba de Roma para legitimar el cambio de dinastía y por consiguiente sacrificó a Gerberto que, en el sínodo de Mouzon (995), fue declarado como carente de derechos a la sede de Reims. Este percance no impediría a Gerberto llegar a ser papa.

La muerte de Juan Crescencio, a quien sustituyó su hermano, Crescencio II, la de Nomentano (988) y la de Teófano (991), perjudicaron hondamente a Juan XV. El nuevo «patricio» era menos condescendiente que su antecesor. Las relaciones con el papa se hicieron tan difíciles que, en marzo del 995, Juan huyó a Sutri y desde allí pidió ayuda a Otón III. La noticia de que el monarca ale-

man preparaba el viaje y su coronación, movió a Crescencio a reconciliarse con el papa, reinstalándolo en Letrán con todos los honores. Juan XV no tardó en sucumbir a la fiebre (marzo del 996) antes de que el rey de Romanos alcanzara Roma.

Gregorio V (3 mayo 996 - 18 febrero 999)

Nombramiento. Se trata del primer papa alemán. Afortunadamente disponemos de la investigación de Teta E. Moehs (*Gregorius V, 996-999: A Biographical Study*, Stuttgart, 1972) que nos permite comprender los matices de este singular pontificado. Su designación tuvo lugar de la siguiente manera. En Pavía, donde celebraba la Pascua, supo Otón III la muerte de Juan XV. Pasó a Rávena y aquí una delegación enviada por los romanos le solicitaba que designase un candidato que ellos pudieran aclamar. El monarca escogió a un pariente suyo, Bruno, biznieto de Otón I e hijo del duque de Carintia, capellán muy preparado y de gran experiencia en negocios eclesiásticos, a pesar de su juventud. Fue a Roma en compañía de los obispos de Maguncia y de Worms y quedó regularmente elegido. Cambió su nombre por el de Gregorio porque se proponía seguir los pasos de san Gregorio Magno. Su primer acto fue coronar emperador a Otón III (21 de mayo), otorgándole al mismo tiempo el patriciado romano. Intercedió en favor de Crescencio Nomentano, que había sido desterrado, permitiéndole regresar a Roma.

La intercesión no era tan sólo un gesto de clemencia; formaba parte también de un designio político que intentaba convertir la autoridad del papa en un factor de equilibrio entre los dos partidos, el imperial y el aristocrático, evitando los enfrentamientos. Esto le llevó a un cierto grado de independencia respecto al Imperio, del que se benefició por ejemplo el rey de Polonia, Boleslao Chrobry (Boca Torcida) (992-1027), pues la sede de Posen fue puesta a cubierto de las aspiraciones de dominio de los obispos alemanes. También Arnoldo, arzobispo de Reims, confirmado en su puesto a pesar de la protección que Otón III otorgaba a Gerberto de Aurillac. El emperador compensaría a osle último con la sede de Rávena, obligando además al papa a cederle casi todos los poderes que tenía en la Pentápolis y el antiguo Exarcado. Las relaciones entre el papa y el emperador fueron siempre buenas, pero Gregorio V demostró que estaba muy lejos de considerarse como un alto funcionario al servicio del Imperio. La mayor dificultad para él radicaba en la estructura interna del Patrimonium Petri: demasiado extenso, en él convivían dos potestades, laica y eclesiástica, mal delimitadas. Además, la inobservancia del celibato impulsaba a obispos, abades y clérigos a crear verdaderas dinastías, dotando a sus hijos con bienes que eran de la Iglesia. Por eso concedían las abadías cluniacenses o lorenas tanta importancia a la inmunidad, que les libraba de esta presión feudal. La generalización del vasallaje como modo de relación comenzaba a percibirse como una amenaza para la independencia de la Iglesia. Durante su estancia en Roma, Otón III promulgó una *Capitulare de praedibus ecclesiasticis* que intentaba hacer una distinción entre beneficios laicos y eclesiásticos, po-

niendo límites a ese enfeudamiento. Pero la política del emperador buscaba, precisamente, el incremento del vasallaje.

El cisma. En junio de 996 Otón abandonó Roma. Inmediatamente Crescencio renovó sus proyectos de ejercer el poder, recurriendo a la fuerza. El papa pidió al emperador que regresara, pero éste se excusó, delegando la protección de Roma en los duques de Toscana y de Spoleto. En octubre, falto de apoyo, Gregorio abandonó Roma refugiándose en Spoleto, para intentar desde allí la reconquista de la ciudad, que fracasó. A principios del 997 pasó a Lombardía, en un intento de lograr el apoyo de los obispos del reino, entre los que destacaba el de Piacenza, Juan Filagato, maestro de griego del emperador, que acababa de regresar de Constantmopla con una misión que el propio Otón le encomendara. Gregorio presidió en febrero un sínodo en Pavía que puso en vigor antiguas y nuevas disposiciones contra el comercio del dinero en bienes espirituales, esto es, la simonía. Tuvieron, de momento, escasa eficacia.

Pero se había planteado una cuestión que suscitaba un profundo descontento en amplios sectores del clero ganados a esta práctica. Crescencio trató de aprovecharlo declarando que la sede romana, desamparada por Gregorio, se hallaba vacante. Creyó asestar un golpe certero al elegir a Juan Filagato, que tomó el nombre de Juan XVI, y que esperaba el apoyo de su antiguo discípulo además del bizantino, que ya tenía. Pero Otón no aceptó en modo alguno la usurpación. Volvió a Roma en febrero del 998 y procedió a terribles represalias. Crescencio y sus colaboradores, decapitados, fueron luego colgados de los muros de Sant'Angelo. Juan Filagato, mutilado, compareció ante el sínodo y fue condenado a reclusión perpetua en un monasterio.

Gregorio V sobrevivió poco tiempo a estos terribles sucesos. Murió en febrero del 999 víctima de la malaria.

Silvestre II (2 abril 999 - 12 mayo 1003)

Papa del milenio. Siguiendo los consejos de Odilo, abad de Cluny, Otón III promovió la candidatura de Gerberto de Aurillac, el gran sabio, que lomó el nombre de Silvestre II en memoria del contemporáneo de Constantino. Al cumplirse el primer milenio de vida cristiana, el papa y el emperador proyectaban un retorno a las bases mismas del Imperio, haciendo que Europa fuese verdaderamente cristiandad. Conviene recordar que jamás existió el «terror milenario», una leyenda infantil sin fundamento alguno. Sin embargo, Raúl de Glaber, que escribe en torno al año 1044, ya señaló cómo, en el tránsito de uno a otro milenio, se había advertido una especie de despertar, un empujón hacia arriba que era producto en gran medida de la reforma que los monjes venían difundiendo desde un siglo atrás. La obra de Silvestre II reviste una gran importancia.

Nacido aproximadamente el 945, y de familia humilde, Gerberto estudió en Aurillac y luego en Ripoll, a la sombra del abad Atón, que era al mismo tiempo obispo de Vic, aprovechando su formidable biblioteca. Aquí recogió los materiales para su *Introducción a la geometría* y entró en contacto con la obra de

al-Kwarismí y los números arábigos que pasarían a llamarse «guarismos». Entre ellos estaba el cero, capaz de revolucionar todo el conocimiento matemático: en adelante sería teóricamente posible concebir cualquier magnitud numérica y establecer el cálculo decimal. Con este bagaje, viajó a Roma el 970, sorprendiendo al papa Juan XIII, que le presentó al emperador Otón: sus relaciones con la casa imperial ya no se interrumpirían. Instalado en Reims, el obispo Adalberón le tomó bajo su custodia y le puso al frente de la escuela catedral, una de las primeras que estaban evolucionando, todavía de forma imprecisa, hacia la enseñanza superior que daría los Estudios Generales. Viajando mucho, tuvo la oportunidad de actuar ante Otón II en un debate con el maestrescuela de Magdeburgo, Otrico, estando el emperador en Rávena. Impresionado, Otón le nombró abad de Bobbio en razón de la importante biblioteca que allí se estaba formando.

No era adecuada para el inquieto sabio la vida recoleta del monje. Regresó a Reims, donde se convirtió en la mano derecha de Adalberón. Fueron éstos, según Karl Schultess *{Papst Silvester jI (Gerbert) ais Lehrer und Staatsmann, Hamburgo, 1881}*, los años decisivos en su formación como líder. Ambos, obispo y maestrescuela, intervinieron en el cambio de dinastía ayudando a Hugo Capeto. Pero el papa intervino en favor de los últimos carlovingios y Hugo prefirió esperar hasta que con la muerte de Luis V (987) se agotó la línea. Un vínculo de agradecimiento se estableció entre el rey de Francia y el sabio matemático y astrónomo. A pesar de todo, cuando murió Adalberón, las esperanzas de Gerberto en convertirse en su sucesor no se cumplieron, pues Hugo prefirió dar la sede de Reims como compensación a un bastardo carlovingio, hijo de Lotario, llamado Arnolfo. Hugo trató de rectificar más tarde, al comprobar que Arnolfo conspiraba contra él. En páginas anteriores ya hemos visto cómo los papas sostuvieron a Arnolfo y las ambiciones de Gerberto quedaron defraudadas.

Universalidad. Perdida la partida de Reims, Gerberto se incorporó a la corte de Otón III, siendo uno de los principales consejeros del jovencísimo emperador. Desde abril del 998 ocupaba la sede de Rávena. Una vez elegido papa defendió con energía las mismas tesis de superioridad pontificia que antes le perjudicaran: confirmó a Arnolfo como obispo de Reims, castigando a quienes conspiraran contra él; demostró, sobre todo, ser un campeón de la reforma, combatiendo los tres males que aquejaban a la Iglesia: simonía, nicolaísmo y nepotismo. La reforma tendría en adelante objetivos concretos.

M. de Ferdinandy («Sobre el poder temporal en la cultura occidental alrededor del año 1000», *A. Hist. Medieval*, Buenos Aires, 1948), siguiendo la línea de Schramm, describe la obra conjunta de Otón III y Silvestre II como la creación de un Imperio cósmico, esto es, ordenado en círculos en torno a Roma, del que resultaría una Europa extraordinariamente agrandada y convertida ya en *Universitas christiana*, comunidad de hombres unida en el bautismo. En ella entraban a formar parte, con los antiguos reinos, Polonia, donde Boleslao usaba el título de rey, y Hungría, donde Waljk, convertido en Esteban (1001-1038) tras su cristianización, recibió del propio papa la corona.

Esta tendencia a la universalidad molestaba a la aristocracia romana. En febrero del 1001 estalló una rebelión y Silvestre y Otón tuvieron que abandonar precipitadamente la ciudad. Aunque el papa regresó el año 1002, reasumiendo su autoridad, le faltaba ya el apoyo esencial de Otón, fallecido el 23 de enero del mismo año, sin herederos directos. Juan II Crescencio desempeñaba las funciones de patricio y el papa estaba de nuevo reducido a funciones sacerdotales cuando murió.

Juan XVII (16 mayo - 6 noviembre 1003)

Juan Sicco, hijo de un personaje del mismo nombre, había nacido en Roma. Fue prácticamente designado por Juan II Crescencio, que tuvo en él un instrumento dócil que le servía para asegurarse el poder completo. No ha llegado a nosotros otra noticia que la de haber autorizado al misionero polaco Benedito a predicar el evangelio entre los eslavos. Ni siquiera se conocen las circunstancias de su muerte.

Juan XVIII (25 diciembre 1003 - junio o julio 1009)

Juan Fasano, hijo de Ursus y de Estefanía, puede haber sido pariente de los Crescencio, a quienes debería su designación. Sin embargo, no parece haberse reducido, como sus antecesores, a las puras funciones eclesiásticas. Estableció cordiales relaciones con Enrique II (1002-1031) que, ayudado por su mujer Cunegunda (ambos son santos), mostraba muy especial interés en promover la reforma. Absorto en los problemas alemanes, san Enrique mostraba poco deseo de intervenir en Italia. Juan XVIII canonizó solemnemente a san Marcial de Limoges y a los cinco mártires de Polonia. Restauró la diócesis de Merseburgo y, de acuerdo con los deseos del rey, fundó la sede de Bamberg en Baviera, para que se ocupase de los eslavos emigrados allí. También es conocido el protectorado que ejerció sobre la abadía de Fleury, cerca de Orléans, a la que declaró inmune de los dos obispos correspondientes a sus dominios.

El año 1004, cuando san Enrique viajó a Pavía para recibir la corona de hierro, Juan XVIII hizo un intento para conseguir que fuera a Roma a fin de convertirse en emperador, pero Crescencio lo estorbó. No convenía al patricio la presencia de los alemanes y estaba buscando un entendimiento con los bizantinos. El *Liber Pontificalis* dice que Juan murió siendo monje en San Pablo Extramuros; esta noticia se interpreta como si poco antes de su muerte hubiera decidido abdicar retirándose a un monasterio.

Sergio IV (31 julio 1009 - 12 mayo 1012)

Pedro, hijo de un zapatero del mismo nombre y de su esposa Estefanía, era obispo de Albano. También fue designado por Juan Crescencio. Se le conocía por el apodo de «hocico de cerdo». Cambió su nombre de acuerdo con la costumbre que impedía a los papas usar el mismo del príncipe de los Apóstoles, un hábito que se ha mantenido hasta hoy. Conservó las buenas relaciones con Enrique II, al que apoyaba en sus esfuerzos de reconstrucción de la Iglesia ale-

mana. Legados pontificios estuvieron presentes en la consagración de la catedral de Bamberg. Los privilegios y posesiones de la de Merseburgo fueron reforzados. Se dio mucha importancia a la canonización de Simeón de Siracusa, un popular ermitaño que vivió en las inmediaciones de Tréveris. En este tiempo llegó a Roma la noticia de que el califa al-Hakam había destruido la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Una leyenda, forjada más tarde, señala a Sergio como el primer príncipe que incitó a los caballeros feudales a organizar una cruzada para recobrarla. De hecho, se estaba produciendo un estímulo a las ciudades marítimas italianas que recobraban el control del Mediterráneo.

Benedicto VIII (17 mayo 1012 - 9 abril 1024)

Elección disputada. La muerte en breve plazo de Sergio y Juan Crescencio, permitiría a los condes de Tusculum, descendientes también de Teofilacto, un relevo en el poder. Los Crescencio designaron a cierto clérigo, Gregorio. Los Tusculanos promovieron a uno de los suyos, Teofilacto, hijo precisamente del conde, que tenía algo más de treinta años de edad, y le instalaron en Letrán por la fuerza. Siendo laico, recibió todas las órdenes de inmediato. Benedicto retuvo para sí el poder supremo, encomendando a su hermano el gobierno civil de Roma con el título de cónsul y duque, pero dejando claro que se trataba de una especie de delegación de la Sede Apostólica. K.-J. Hermann (*Die Tuskulanerpapsttum (1012-1046), Benedikt VIII, Johannes XIX, Benedikt IX*, Stuttgart, 1973) define el cambio producido, en relación con los papas anteriores de este modo: el pontífice era soberano supremo; el cónsul pasaba a ser delegado para la administración del Patrimonium y el cumplimiento de las órdenes que le dieran.

Obligado a huir de Roma, Gregorio viajó a Alemania esperando convencer a Enrique II de las ventajas de su causa, pero el rey le recibió en Pohlde (Sajonia) con deliberada frialdad. Le prohibió usar su oficio hasta que él mismo fuera a Roma y decidiera en el pleito «conforme a la costumbre romana». Esta actitud permite suponer que tenía tomada ya su decisión. Parece que Enrique II había tomado contacto con Benedicto recibiendo de él las garantías que necesitaba acerca de su propia política. Antes de concluir el año 1012 se había producido el reconocimiento. Desde este momento se borran las huellas de Gregorio, que aparece mencionado únicamente como un antipapa.

Enrique II en Italia. A diferencia de Juan Crescencio, Benedicto VIII decidió estrechar las relaciones con Enrique II: a un papa dueño del poder, convenía la existencia de un emperador. Al tiempo que remitía la confirmación de los privilegios concedidos a Bamberg, cursaba la invitación, que fue aceptada, para que Enrique II viajara a Roma para ser coronado. La ceremonia tuvo lugar el 14 de febrero de 1014. En este viaje tuvo el emperador la oportunidad de dispersar toda oposición en Lombardía, siendo ahora firme dueño del reino. Dejó a su hermano Arnolfo instalado en la sede metropolitana de Rávena. En esta ciudad se reunieron las dos cabezas, y Benedicto, para congratularse con Enrique II, dispuso que la costumbre alemana de cantar el Credo en la misa se

incorporara a la liturgia universal: en ese texto se incluía el *Filioque*. Juntos presidieron un sínodo en que se tomaron por primera vez resoluciones de ambas autoridades acerca de la disciplina del clero. El problema que en aquellos momentos llamaba principalmente la atención era el de la dispersión de bienes como consecuencia del concubinato, que se había extendido especialmente en Italia.

Ausente el emperador, Benedicto dedicó su atención a los problemas del Mediterráneo y del sur de Italia. Ataques musulmanes habían tenido lugar contra Pisa los años 1004 y 1011, mientras que una flota venida de Baleares desembarcaba tropas en Cerdeña (1015). Benedicto logró reunir en una alianza su propia flota con las de Genova y Pisa, procediendo a la reconquista de Cerdeña e impulsando el entusiasmo de los italianos para una ofensiva que a partir de este momento se desarrolló con éxito creciente. En otro campo, el papa apoyó a dos jefes rebeldes, Meles y Dattus, que se habían alzado contra la autoridad bizantina en el mediodía; como una consecuencia se rompieron, una vez más, las relaciones con el patriarcado. Favoreció incluso que caballeros mercenarios, venidos de Normandía de Francia, se pusiesen al servicio de dichos rebeldes: abría de este modo perspectivas entonces poco presumibles. Al principio, toda la maniobra pareció discurrir por mal camino: los rebeldes fueron derrotados en Cannas y las tropas bizantinas llegaron a amenazar Roma (1019).

Benedicto emprendió el viaje a Alemania en busca de ayuda, y en la Pascua del 1020 se entrevistó con el emperador en Bamberg. Enrique II le hizo entrega de un documento que era réplica del famoso *privilegium otonianum*, manifestando la voluntad de cumplirlo, y concertó una expedición a Italia, poniendo la reforma de las costumbres como objetivo principal. El emperador y el papa viajaron en compañía de un fuerte ejército, reuniendo en Pavía un sínodo cuyos cánones se incorporaron a las leyes del Imperio: se usaron expresiones muy fuertes contra la simonía y el concubinato eclesiásticos; los hijos nacidos en estas uniones sacrilegas seguirían en todo caso la condición social inferior de cualquiera de sus progenitores. Se trataba de conseguir un clero célibe, celoso cumplidor de sus deberes y custodio atento de los bienes eclesiásticos. Una meta que parecía aún muy lejana pero para la que se contaba con san Odilo y sus monjes: las dos potestades garantizaron a Cluny todo su apoyo. Todas las disposiciones se confirmaron en otro sínodo, en Roma. Las operaciones militares en el sur de Italia consiguieron el restablecimiento de las fronteras.

Conflicto con Maguncia. Era mucho lo que Benedicto consiguiera gracias a aquel cambio que le daba absolutamente la iniciativa en Roma, y a la estrecha amistad con Enrique II. La autoridad correspondiente al primado estaba segura. Lo demuestra el hecho de que no tuviera inconveniente en entrar en conflicto con uno de los más poderosos obispos alemanes, Aribon de Maguncia. Un sínodo celebrado en esta sede había disuelto, alegando razón de parentesco, el matrimonio del conde de Hammerstein. La esposa, sintiéndose injustamente tratada, apeló a Roma. Aribon convocó un segundo sínodo (1023) tratando de impedir la apelación sin poner en duda la primacía del papa: se dijo

que para que la apelación pudiera tener lugar se necesitaba que el pecador cumpliera la penitencia —debía ejecutarse la separación— y también que el obispo concediera su permiso. Benedicto rechazó las dos condiciones y, considerándolas un abuso, privó a Aribon del *pallium*. Poco tiempo después de la muerte del papa, una intervención de Enrique II zanjaría el conflicto. Quedaron en suspenso las acciones contra Irmgarda y se la permitió apelar ante Roma.

Juan XIX (19 abril 1024 - 20 octubre 1032)

Persona discutida. Se trata del hermano de Benedicto, que hasta entonces ejerciera las funciones de cónsul. Hubo de recibir todas las órdenes porque se trataba de un laico. Nuevamente quedaron en olvido aquellas cláusulas que determinaban que tuviera que haber un plázet previo del emperador. El cronista Raúl de Glaber, que tiene empeño en trazar una aureola siniestra en torno a su persona, afirma que repartió mucho dinero entre el clero y el pueblo para asegurar su elección; añade que durante el primer año de su pontificado recibió una embajada de Basilio II, «Macedónico» (963-1025), que mediante espléndidos donativos y ofertas trataba de obtener el reconocimiento de «ecuménico» para el patriarca de Constantinopla, equiparándolo de este modo al papa y dividiendo por este medio a la Iglesia en dos partes absolutamente iguales, y que, movido por la codicia, Juan estuvo a punto de ceder, aunque se lo impidieron los cluniacenses. De todas estas noticias, propagandísticas en favor del Imperio, piensa H. E. J. Cowley (*The Cluniacs and the Gregorian Reform*, Oxford, 1970) que debe ser retenido al menos un dato. Contra lo que Tellenbach y la escuela de Friburgo sostuviera, la orden de Cluny no fue neutral en todo este proceso: ella estaba implicada en el refuerzo de la autoridad del papa precisamente porque la culminación de su empresa dependía de la supremacía romana. Juan XIX completó la inmunidad de la gran congregación eximiéndola de las sentencias de excomunión y entredicho pronunciadas por los obispos.

Relevo en el Imperio. Había muerto, en 1024, san Enrique. Conrado II, que no tenía sus mismas aspiraciones espirituales, viajó a Italia, para posesionarse del reino lombardo y luego ser coronado emperador en San Pedro (26 de marzo de 1027). A esta ceremonia, que tuvo un gran relieve, asistieron dos reyes, Rodolfo III de Borgoña (993-1032), y Knut el Grande de Dinamarca e Inglaterra (1017-1035). Era una prueba de cuánto se había progresado en poco más de medio siglo. Knut obtuvo en esta visita que se cambiaran las gruesas sumas que había que abonar en el momento de la concesión del *pallium*, y se sustituyeran por una renta anual de carácter regular. Conrado, que permaneció poco tiempo en Italia, tuvo la impresión de que se hallaba ante un papa débil incapaz de oponerse a lo que a él convenía. Así consiguió que se colocara a Grado bajo la jurisdicción de Aquileia y se otorgara a ésta la condición de metropolitana. En un claro gesto de despotismo, el emperador, atendiendo las quejas del obispo de Constanza, obligaría a la abadía de Reichenau a entregar las vestiduras pontificales con las que su abad oficiaba, para ser destruidas.

Benedicto IX (21 octubre 1032 - septiembre 1044; 10 marzo - 1 mayo 1045; 8 noviembre 1047 - 16 julio 1048)

La elección. Una amenaza terrible se cernía sobre el pontificado, al cerrarse el círculo familiar, cuando Alberico **III**, conde de Tusculum, y hermano de los dos anteriores papas, promocionó a su propio hijo, Teofilacto, que cambió su nombre por el de Benedicto. Era sin duda muy joven, aunque no un niño, como algunas fuentes tratan de decir. El poder iba a ser en la práctica ejercido por su padre. La *Crónica* de Desiderio de Montecassino atribuye a este papa toda suerte de vilezas, si bien los historiadores entienden que se mezclan evidentes exageraciones para la propaganda. Hubo, como puede suponerse, una línea de continuidad con el pontificado anterior, incluyendo la estrecha alianza con Conrado **II**. En Cremona el emperador exigió la deposición de Alinardo, arzobispo de Milán, para dar paso a un candidato suyo; el papa demoró un año la resolución, para dejar sentado que era necesario un juicio previo, pero al final accedió. Benedicto tomó parte personalmente en la expedición de Conrado al sur de Italia, aportando tropas que Pandulfo de Salerno, marido de su tía, proporcionó. Esta acción le permitió una ganancia: el 1 de julio de 1038 la abadía de Montecassino fue puesta bajo la directa dependencia de la Sede Apostólica. En el sínodo romano de abril de 1044, reinando ya Enrique **III** (1039-1056), devolvió a Grado su carácter de sede patriarcal.

La revuelta. Las facciones romanas seguían en pie. En septiembre de 1044 los Crescencio provocaron una revuelta en Roma y obligaron al papa a huir. Durante meses dos bandos se combatieron en las calles de Roma. El 20 de enero de 1054 los Crescencio convencieron a Juan, obispo de la ciudad de Sabina, que era una especie de capital de sus dominios, para que aceptase ser elegido papa. Cambió su nombre por el de Silvestre III. Probablemente es falsa la noticia de que pagó abundantemente por este cargo. El 10 de marzo del mismo año, Benedicto conseguía regresar a Roma, expulsando a su rival, que retornó a Sabina, cubierto por la protección de los Crescencio, y reasumió sus funciones episcopales.

La segunda etapa en el pontificado de Benedicto IX fue muy breve ya que el 1 de mayo abdicó en favor de su padrino Juan Graciano, arcipreste de San Juan ante Portam Latinam y perteneciente a una acaudalada familia de banqueros, Pierleoni, de origen judío. Benedicto había exigido como condición para su renuncia que se le indemnizase por los gastos sufridos, que se fijaron en la suma de 1.500 libras de oro. Esta transacción, en la que intervino un converso, pariente de Graciano, Baruc/Benito, constituía, por encima de las formas electorales que se cumplieron, un caso claro de simonía. Los que apoyaron al principio a Graciano con la esperanza de que diera el impulso decisivo a la reforma, en especial san Pedro Damiano, quedaron profundamente decepcionados.

Sínodo en Sutri. Ahora había tres personas que podían titularse papas: Juan Graciano, que tomó el nombre de Gregorio VI en memoria de san Gregorio Magno; Benedicto IX, dimisionario, retirado a los dominios de su familia

en Tusculum; y Silvestre **III** que vivía en Sabina. Enrique III, que estableció relaciones con Gregorio, como si aceptara su legitimidad, le invitó a convocar un sínodo en Sutri, cerca de Roma (20 diciembre de 1046) a fin de tomar decisiones que permitiesen aclarar la compleja situación. El rey de Romanos se demoró un tanto en Pavía para presidir una asamblea que renovase las sentencias contra la simonía. Silvestre III fue condenado a deposición y privado de las órdenes sagradas, debiendo pasar el resto de su vida en un monasterio, aunque sabemos que continuó durante años oficiando como obispo. Benedicto IX, que no asistió, fue también depuesto bajo la grave acusación de simonía. Respecto a Gregorio VI, cuyo nombre se mantendría en la lista de papas, hay cierta inseguridad: parece que fue obligado a abdicar señalándosele una nueva residencia en Renania bajo la custodia del obispo Hermann de Colonia. En este destierro le acompañaba uno de sus principales colaboradores, el monje Hildebrando, que llegaría a ser el alma de la reforma.

En Sutri, según señala K.-J. Hermann (*Die Tuskulaner...*) se produjo un verdadero vuelco de la situación. Se volvía a la elección en presencia del emperador o sus mandatarios, lo que daba a éste un poder decisivo, y se rompía la norma ya secular de los papas romanos. Había triunfado la conciencia de que la cristiandad tenía que ser llevada lejos por el camino de la reforma.

Clemente II (24 diciembre 1046 - 9 octubre 1047)

El primero de los papas de la nueva serie respondió a una sugerencia directa del emperador: se trataba de Suidger, obispo de Bamberg en Baviera, conde de Morsleben y Hornburg, que tomó el nombre de Clemente II. Se había ofrecido la tiara previamente a Adalberto de Hamburgo-Bremen (1000? - 1072?), pero este prelado de enorme prestigio se negó a aceptarla. El nuevo papa tenía tras de sí una larga y fructífera carrera eclesiástica. Su primer acto, el mismo día de Navidad, consistió en coronar emperadores a Enrique **III** y su esposa. El monarca volvió a asumir el título de «patricio de los romanos» y acompañó al papa en la presidencia del sínodo que se inició el 5 de enero de 1047 y en el que se adoptaron nuevas disposiciones en la lucha contra la simonía. Los papas de origen germánico, como ya señalara K. Guggenberger (*Die deutschen Paps-te*, Colonia, 1916), iban a mostrarse como hombres profundamente religiosos, denodados luchadores en favor de la reforma. Entre los obispos alemanes comenzaban a surgir voces críticas: el «cesaropapismo», es decir, el sometimiento de los papas al emperador, no resultaba conveniente. Wazon, en Lorena, estaba ya sosteniendo algunos argumentos como que la abdicación forzada de Gregorio VI no era legítima y que la reforma tenía que ser emprendida desde el interior de la Iglesia y no desde el Imperio.

Concluido el sínodo, Clemente II acompañó al emperador en su viaje por el sur de Italia: pronunció el anatema sobre Benevento cuando esta ciudad se negó a abrir las puertas a Enrique. Volvió a Roma en febrero. No tenemos noticias de que Miguel Cerulario (1043-1058), nuevo patriarca de Constantinopla, le enviara las cartas sinódicas acostumbradas; desde luego el nombre del papa

había dejado de figurar desde bastantes años antes en los dípticos. Clemente acumuló privilegios sobre la sede de Bamberg, a la que no había renunciado. Pero también se volcó en favor de Cluny. Un hombre honesto, espiritual, aunque probablemente no genial, impulsaba desde dentro la vida de la Iglesia. Murió en la abadía de San Tommaso, cerca de Pésaro, el 9 de octubre de 1047. Su cadáver sería enviado a Bamberg para su inhumación.

Dámaso II (17 julio - 9 agosto 1048)

Un nuevo poder estaba emergiendo en el centro de Italia, afectando a la vida de los Estados de la Iglesia: Bonifacio di Canossa, que al contraer matrimonio con Beatriz de Lorena se convertiría en marqués de Toscana. Antonio Falce (*Bonifacio di Canossa, padre di Matilde*, Reggio, 1927) ha demostrado cómo la política alemana tuvo en él un apoyo absoluto, pero tan sólo en la medida en que esta política coincidía con los intereses de la sede romana. En el momento de la muerte de Clemente II, mientras los enviados de la aristocracia y del clero romanos viajaban para pedir al emperador un nuevo candidato, Benedicto IX acudió a Roma desde Tusculum, intentando convencer a Bonifacio de que su regreso era regular. Las órdenes de Enrique III fueron bien distintas: había designado a Poppo de Bressanone, obispo de Brixen. El 17 de julio de 1048 el marqués de Toscana expulsó definitivamente a Bonifacio. Poppo, que lomó el nombre de Dámaso II, sólo reinó veintitrés días.

León IX (12 febrero 1049 - 19 abril 1054)

La elección. Ante los propios romanos, el prestigio de Enrique III había crecido: las personas por él escogidas habían devuelto al pontificado su alto significado espiritual y a la ciudad el orden y la paz; de ahí que al producirse la muerte de Dámaso II, el Senado y el clero se dirigieran a él pidiéndole una nueva propuesta. Al principio su preferencia se dirigía a Alinardo, obispo de Lyon, pero acabó decidiéndose por Bruno, obispo de Toul, que había demostrado una gran eficacia en varias misiones. Nacido el 21 de junio de 1002, hijo de Hugo, conde de Egisheim y de Dagsbourg, alsaciano, estaba muy enraizado con los programas de reforma de los monasterios de aquella región. Conrado II, su pariente, le había encomendado misiones diplomáticas, pero era en su calidad de obispo como demostró energía, habilidad y espíritu sacerdotal. Cuando Enrique III, estando en Worms, le comunicó su decisión, en diciembre de 1048, le respondió que sólo aceptaría si los romanos le reconocían unánimemente. Así pues, viajó a Roma en hábito de peregrino y fue recibido con aclamaciones, pudiendo ser consagrado el 12 de febrero de 1049. El nombre escogido apelaba a la protección del Magno.

Equipo de reformadores. En ese gesto no había ninguna desconfianza al emperador, aunque sí la afirmación de un espíritu de libertad interna que es la misma que exigía en el Concilio de Reims del 1049. W. Brocking (*Die Französische Politik Papst Leo IX*, Stuttgart, 1891) ya destacó, hace más de un siglo, que este sínodo fue como el acelerador de la reforma. Precisamente en Francia

comenzó entonces a marchar con mayor rapidez porque los Capetos, que deseaban corregir los excesos del vasallaje, esperaban de ella un fortalecimiento y no una debilidad de su poder. Pero León IX hizo algo más importante todavía: crear el equipo colectivo de la reforma, con un predominio bastante claro de lo-reneses: Humberto de Moyenmoutier, Federico de Lorena, Hugo el Blanco, Pedro Damiano y, desde luego, san Hugo de Cluny (1024-1109). Desde Lorena trajo también a Hildebrando, el colaborador de Juan Graciano, al que ordenó de subdiácono para ponerle al frente de la administración romana. A. Fliche (*Études sur la polémique religieuse à l'époque de Grégoire VII. Les prégrégo-riens*, París, 1916) insiste: ha habido cierta exageración al atribuir a Hildebrando un papel de dirección casi absoluta en la reforma: la huella de los loreneses es muy profunda; fueron ellos los que descubrieron que sin libertad en las elecciones eclesiásticas, dicha reforma se encontraría desprovista de raíces.

León IX atacó muy duramente el concubinato de los clérigos en Roma, pero necesitaba de los obispos en cada sede, para atacar con eficacia un problema que no bastaba con denunciar. Llegó a la conclusión de que en la simonía, ese complejo tráfico de los grandes oficios, se encontraba la clave de todo. La simonía fue declarada pecado contra la fe, pues se opone a la acción del Espíritu Santo, y convierte lo sagrado en profano. En cierta ocasión el papa llegaría a plantear la cuestión de si debían considerarse inválidas las ordenaciones de manos de un obispo simoníaco —un debate que se había producido ya en el pasado al anularse los actos de un antipapa o antipatriarca—, pero Humberto, cardenal de Silva Candida, en su *Liber gratissimus* explicó que, en términos de doctrina cristiana, la validez de un sacramento es independiente de la dignidad o indignidad del ministro.

Frente a la herejía. Para extender su doctrina, León IX viajó infatigablemente. De este modo se daba la sensación, de un modo práctico, de que el papa era y actuaba como cabeza de la cristiandad y no simplemente como el primero de los obispos residentes en Roma. En mayo de 1049 presidió un sínodo en Pavía. Luego fue a Colonia, Aquisgrán, Lieja, Tréveris y, naturalmente, Toul. En octubre de ese mismo año estaba presidiendo el ya mencionado sínodo de Reims. Una asamblea, celebrada en Maguncia, contó con la presencia del emperador. En 1050, vuelto a Italia, León recorrió el sur de la península, ahora libre de sarracenos, visitando Salerno, Amalfi, Benevento, Gargano y Siponte, dejando en todas partes claramente establecida la autoridad romana. En ese preciso momento, y como una de las secuelas doctrinales generadas por la simonía, el papa se enfrentó con el primer hereje moderno occidental, Berengario de Tours (1000? - 1088).

Aunque no son demasiado precisas nuestras fuentes de información, Berengario afirmaba, al parecer, que la presencia de Cristo en la eucaristía no es «real» sino «virtual». De este modo resolvía las dudas que se venían formulando en torno a la validez de los sacramentos impartidos por simoníacos y nicolaístas: el pan seguía siendo pan y el vino vino, antes como después de la consagración. El sínodo de Letrán de 1050 declaró que dicha doctrina era herética,

invitando en consecuencia a Berengario a arrepentirse y a suscribir una declaración de ortodoxia. Berengario buscó el amparo de Enrique I, rey de Francia (1031-1060), y acabó sometiéndose. Ante el concilio que presidía en Tours Hildebrando, en calidad de legado apostólico, firmó la declaración de fe que se le pedía. Otros sínodos, en Velletri y Florencia, se ocuparon de posibles errores en torno a la eucaristía.

Civiale. Antes de fin de año, León IX había reemprendido sus viajes: por Borgoña, Lorena y Alsacia, alcanzó Augsburgo para presidir, junto con Enrique III, otro sínodo (2 febrero 1051). Recorrería después el norte de Italia, comprobando la marcha de la reforma. El año 1052 volvería a Alemania para tratar con el emperador de otro asunto, esta vez político. Los mercenarios normandos, a los que el propio pontificado pusiera en relación con el rebelde Meles, crecidos en número por sucesivas emigraciones, se habían agrupado en torno a los cuatro hijos de Tancredo de Hauteville y actuaban con absoluta independencia. Argiro, el hijo de Meles, reconciliado con Bizancio, proponía ahora una alianza entre el emperador Constantino y León para acabar con estos rebeldes que se habían vuelto peligrosos. Enrique III accedió a transferir a la sede romana el gobierno de Benevento y otros lugares inmediatos pero, aconsejado por su canciller, Gebhardt de Eichstadt, eludió participar en la campaña. Operando por su cuenta, los bizantinos fueron derrotados. También León IX sufrió un duro revés en Cividale (16 julio 1053) y cayó prisionero. Antes de recobrar la libertad hubo de firmar un tratado que significaba el pleno reconocimiento del principado normando.

Cisma de Oriente. Hubo una consecuencia inesperada. El patriarca de Constantinopla, Miguel Cerulario, era opuesto a los planes de Argiro y del emperador, pues entendía que la intervención del papa en aquella campaña implicaba un reconocimiento de su autoridad sobre las Iglesias del sur de Italia. Decidió forzar una nueva ruptura. Para ello, en 1053 inspiró una carta del metropolitano de Bulgaria, León de Acrida, al obispo Juan de Trani, en la que se acusaba a los occidentales de serias desviaciones doctrinales: uso de pan ázimo en la eucaristía, ayuno en los sábados y autorización para comer animales ahogados. El cardenal Humberto de Silva Candida dio la respuesta, afirmando al mismo tiempo la supremacía de la sede romana. Confiando en su alianza con el emperador, León IX decidió el envío a Constantinopla de una embajada en la que, junto al mencionado cardenal, figuraban Federico de Lorena y el obispo Pedro de Amalfi. Cerulario preparó ruidosas manifestaciones de protesta y exigió de los legados que le prestaran homenaje. Luego rompió las negociaciones afirmando que las cuestiones doctrinales eran competencia exclusiva del santo sínodo oriental. Los legados abandonaron Constantinopla. El emperador, que quería salvar *in extremis* la alianza, les volvió a llamar, pero Cerulario, que dominaba la situación, invocó al pueblo en alboroto y logró que el sínodo formulara acusaciones contra Roma. Los legados se encolerizaron y, a punto de abandonar definitivamente la ciudad, depositaron en el altar de Santa Sofía, el 16 de julio de 1054, una bula de excomunión. Seguramente no se percataban de

que esta vez la ruptura iba a ser definitiva. Las dos excomuniones eran defectuosas, pues se hacían en nombre de un papa que había fallecido y estando la sede vacante a un patriarca que no había tenido ocasión de redactar nuevas cartas sinodales.

Entre otras decisiones de este importante pontificado figuran la prohibición de calificar a Compostela de *sedis apostolicae* y la de otorgar a los arzobispos de Hamburgo-Bremen la vicaría general sobre los países del norte.

Víctor II (13 abril 1055 - 28 julio 1057)

Vacante el solio, el clero romano despachó una legación, presidida por Hildebrando, para pedir al emperador un candidato. Cinco meses de negociaciones transcurrieron hasta que fue designado Gebhardt de Eichstadt, el canciller antes mencionado. Nacido en Suabia, en torno al 1018, e hijo del conde Hartwig, gozaba de la plena confianza de Enrique III; exigió, como condición previa a la aceptación, que fueran devueltos a la sede romana algunos territorios que usurpaban las autoridades imperiales. Tomó el nombre de Víctor II y mantuvo en plenitud de funciones el equipo de reformadores. En el Concilio de Florencia (4 de junio de 1055) que presidió junto con Enrique II, al renovar las sentencias contra la simonía y el nicolaísmo, éstas se hicieron extensivas a cuantos enajenasen bienes eclesiásticos. Logró que el emperador le transfiriera el ducado de Spoleto con Trani a fin de fortalecer la defensa del Patrimonium frente a los normandos; sin embargo, mantuvo escrupulosamente la tregua firmada por su antecesor.

En el equipo llegó a faltar Federico de Lorena. El hermano de éste, Godofredo el Barbudo, con gran disgusto del emperador, se había casado con Beatriz de Lorena, viuda ya de Bonifacio de Toscana. De este modo dos grandes dominios, vitales para el Imperio, se unían peligrosamente en una sola mano. La persecución desencadenada por Enrique III llevó a Beatriz y a su hija Matilde (1055-1115) a prisión y a Federico de Lorena a buscar refugio en Montecassino. Pero el 5 de octubre de 1056 murió el emperador. Víctor II, que se hallaba presente, tomó muy eficaces disposiciones para asegurar al niño Enrique IV (1056-1106) en el trono y a su madre Inés en la regencia hasta que el nuevo príncipe alcanzara la mayoría de edad. Desde esta posición logró la reconciliación con Godofredo y la sede romana pudo contar con un muy fuerte apoyo en Toscana, que resultaría precioso en los difíciles tiempos posteriores. Federico de Lorena se reincorporó a la corte pontificia siendo ahora abad de Montecassino y cardenal de San Crisógono.

En estos años Hildebrando, legado en Francia al igual que los arzobispos de Arles y de Aix, impulsaba poderosamente la reforma en este país. La investidura no tenía en él las características que había llegado a cobrar en Alemania. La popularidad de Víctor II se mide por un hecho. Cuando falleció en Rávena, los moradores en esta ciudad se negaron a que sus restos fuesen enviados a Alemania y los sepultaron en Santa María la Rotonda, junto a la tumba de Teodorico el Ámalo.

Esteban IX (2 agosto 1057 - 29 marzo 1058)

La elección. La estrecha vinculación entre el pontificado y el Imperio había conseguido no sólo hacer viable la reforma de la sociedad cristiana, sino fortalecer la sede romana. A juicio de Antón Michel (*Humbert und Kerularios*, Paderborn, 1925-1930), se había pagado un precio muy alto: la división de la Iglesia en dos mitades, pues a partir de este momento el papa sería cabeza únicamente de la Iglesia occidental; la destitución de Cerulario no restablecería la unidad. En 1057, uno de los depositarios que marcó aquella ruptura, Federico de Lorena, ceñía la tiara. Según Giuseppe Alberico (*Cardinalato e collegialità: studi sull'ecclesiologia tra l'IX e il XV secolo*, Florencia, 1969), los cardenales habían conseguido ser los únicos representantes del clero de Roma. Y ellos protagonizaron un giro, todavía no muy brusco, pero que rompía la línea hasta entonces seguida de solicitar del emperador un candidato: ellos le eligieron el 2 de agosto —de ahí que Federico de Lorena tomara el nombre de Esteban— sin que se alterara en lo más mínimo la promesa de concordia. Inmediatamente después de la elección, una legación presidida por Hildebrando viajó a Alemania para comunicar el hecho a la regente Inés. Pero no se trataba ya de recabar una autorización, sino de colocar a la corte ante los hechos consumados, pues el día 3 de agosto Esteban IX había sido consagrado.

Derivaciones: la patada. Hildebrando había recibido en este viaje otra misión: informarse de los graves sucesos que estaban produciéndose en Milán, donde la reforma, unida a la protesta por la mala conducta de los eclesiásticos, se estaba convirtiendo en una revuelta en favor de la pobreza (*pataria*). Un sacerdote, Ariando de Varese, y un noble, Landulfo Cotta, aparecían al frente del movimiento, cuyo extremismo podía perjudicar la reforma. Esteban, entre tanto, elevaba a san Pedro Damiano al rango de obispo de Ostia y cardenal, lo que le situaba en una especie de segundo puesto. J. Leclercq (*Saint Pierre Damien, crite et homme d'Église*, Roma, 1960) explica cómo este gran motor de la reforma disintía de algunos otros miembros del equipo en que consideraba imprescindible la colaboración del emperador para llevar adelante el programa. En el extremo opuesto, Humberto de Silva Candida, que a su regreso de España estaba componiendo el *Adversas simoniacos*, estaba dando un paso adelante de gran significado: simonía era cualquier intervención de laicos en nombramientos eclesiásticos y la reforma tenía que coincidir con una radical independencia. Aunque parece que Esteban IX compartía más el punto de vista del segundo que del primero, no quiso prescindir de nadie dentro del equipo. La reforma parecía contar ahora con tres puntos de apoyo: Hildebrando, Humberto y Pedro Damiano, cuyas opiniones no coincidían en todo. Detrás estaba Godofredo el Barbudo, el hermano del papa, a quien se encomendó el gobierno de la marca de Ancona y de Spoleto; unidos estos dominios a Toscana, proporcionaban una plataforma militar.

Poco antes de morir, Esteban IX recomendó a quienes le rodeaban que no procedieran a una nueva elección hasta que Hildebrando hubiera regresado de su viaje. Y fue obedecido. Murió en Florencia.

Nicolás II (6 diciembre 1058 - 19 o 26 julio 1061)

Elección en discordia. Hubo un interregno. La nobleza romana, dirigida por Gregorio de Tusculum y Gerardo de Galería, aprovechó la ausencia de los cardenales para intentar una recuperación de su poder, haciendo aclamar por el pueblo a Juan, apodado Mincius, cardenal obispo de Velletri, que tomó el nombre de Benedicto X. La elección podía calificarse de prudente, pues Juan Mincius pertenecía al grupo de reformadores y su nombre había sonado incluso entre los posibles papas. Como Pedro Damiano se negó a consagrarlo, tuvo que acudir al arcipreste de Ostia. Los cardenales que permanecían en Roma le negaron obediencia y fueron a reunirse en Florencia con los demás miembros del colegio. Hildebrando había regresado y estaban en marcha negociaciones con la regente Inés y con Godofredo de Lorena. Asegurados estos apoyos se reunieron en Siena para elegir al obispo de Florencia, Gerardo, que tomó el nombre de Nicolás II. Durante nueve meses pudo Benedicto X ejercer en Roma funciones de papa.

Un sínodo reunido en Sulri excomulgó a Juan Mincius, despojándole de sus beneficios. Las tropas loscanas se encargaron de expulsarle de Roma y, después, de poner cerco al castillo de Galera hasta conseguir que el conde Gerardo le entregara. Bonifacio reconoció la legitimidad de la sentencia contra él, se despojó de sus cargos y se retiró a una de las propiedades de la familia. Los reformadores no se conformaron. Hildebrando se encargó de conducirlo preso a Roma para ser sometido a juicio, mientras él protestaba de que había sido elegido papa contra su voluntad. Considerado culpable, fue degradado en ceremonia pública y encerrado en el hospicio de Santa Inés en la vía Nomentana. El resultado de esta contienda era bien claro: los cardenales, ausentes de Roma y sin consulta al pueblo, habían procedido a rechazar a un candidato y elegir a otro, entronizándolo después.

Decreto electoral. Esta victoria y el cambio subsiguiente fueron confirmados en el sínodo romano de la primavera de 1059 que aprobó el decreto *Praeducens sint*, determinando el procedimiento que debía seguirse en la elección de papa. Constaba de tres fases: primero, los cardenales obispos se reunirían para escoger un candidato; luego comunicarían con los otros cardenales el resultado de su decisión; por último, el electo sería presentado al pueblo para su aclamación. Antón Michel (*Papstwahl und Königsrecht, oder das Papstwahl-Konkordat von 1059*, Munich, 1936) descubre en el documento un aspecto capital. En adelante, y como resultado de los trabajos de Humberto de Silva Candida, el mecanismo electoral se reducía a un colegio muy reducido de cardenales obispos y ni siquiera sería necesario que se reuniesen en Roma. A pesar de que —sobre esto llama la atención A. Fliche (*La réforme grégorienne*, I, París, 1924)— se introdujese en el documento la fórmula de estilo, «*salvo debito honore et reverentia dilecti filii nostro Henrici*», era evidente la intención de prescindir en absoluto de la intervención del emperador o de sus representantes.

El decreto de 1059 establecía el procedimiento de elección colegial que, con algunas variantes, ha perdurado hasta nosotros. Esto no significa que se aplica-

ra en todas las vacantes posteriores. En aquel momento los cardenales eran 53, de los cuales 25 poseían «título» sobre una de las iglesias romanas, y siete eran obispos suburbicarios (Ostia, Porto, Albano, Santa Rufina o Silva Candida, Sabina, Frascati —Tusculum— y Preneste —Palestrina—). En el mismo sínodo de 1059, al renovar los cánones contra la simonía y el nicolaísmo se mencionó por vez primera una condena de la «investidura», esto es, la entrega de un oficio eclesiástico por parte de un laico a un clérigo. De momento, la nueva ley no se aplicó porque se temía la reacción de los príncipes soberanos y especialmente del emperador. Pero el principio jurídico se había establecido.

Había motivos sobrados para este temor. Toda la estructura social y la de gobierno se apoyaban entonces en el vasallaje, es decir, el principio contractual de una fidelidad personal a la que se hacía coincidir con la libertad; fuera de ella sólo quedaban los siervos o los semilibres. La idea de que existe una obligación pública, como de súbdito a rey, general, había sido sustituida prácticamente y de manera universal por esa obligación privada de vasallo a señor. Las iglesias, parroquiales o episcopales, en cuanto que formaban parte del entramado social, se sujetaban a ese principio mediante la investidura, un término que en principio significaba la entrega de un beneficio por el señor al vasallo. Para el emperador la cuestión era especialmente grave, ya que los vasallos eclesiásticos, célibes, constituían el principal apoyo de su gobierno. Ahora los cánones del 1059 no sólo le despojaban de su intervención en el nombramiento de papas (algo que podía presentar como un poderoso servicio a la Iglesia, al liberar a su cabeza de la opresión a que la sometieran las facciones romanas), sino que ponía en peligro la estructura misma del Imperio. El sínodo había revelado, además, cuánta energía acumulada tenían los reformadores: Berengario de Tours fue de nuevo juzgado y obligado a firmar un texto en que se reconocía la presencia real de Cristo en la eucaristía sin que se admitiesen tergiversaciones ni simples disquisiciones dialécticas.

Acuerdo con los normandos. Para prevenirse de una probable reacción imperial, Nicolás II, siguiendo los consejos de Hildebrando y de Desiderio de Montecassino, decidió operar una reconciliación plena con los normandos: en el sínodo de Melfi (agosto de 1059), uno de los hijos de Tancredo de Hauteville fue investido como vasallo de la sede romana en razón de su título de príncipe de Apulia y Calabria, con derecho de conquista sobre Sicilia, en poder de los musulmanes. El primer servicio que los normandos prestaron fue, precisamente, el asedio y rendición de Galería. Nuevos sínodos, en 1060 y 1061, insistieron en sus sentencias contra la simonía. Nicolás II envió legados a todos los países de Occidente para reclamar el establecimiento de la liturgia romana, comunicar los decretos de reforma y explicar los objetivos que con ella se perseguían. Pedro Damiano y Anselmo de Lucca visitaron Milán, entrando en contacto directo con los «patarinos» y buscando el modo de reducir a disciplina el movimiento. Guido, el arzobispo, y sus clérigos, manifestaron que aceptaban plenamente la reforma; en un gesto lleno de significado, el prelado compareció ante el sínodo romano de 1060, recibiendo del papa el báculo y el anillo, como

si considerara inválida o insuficiente la anterior investidura que obtuviera de manos del emperador.

Sin embargo, cuando el cardenal Esteban, a quien se confió la legación en Alemania, llegó a la corte de Enrique IV, encontró un ambiente muy desfavorable. El arzobispo Annon de Colonia, que había llegado a convertirse en uno de los principales consejeros, maniobró de forma tal que el legado no fue recibido. Presagio de ruptura en torno a la cuestión concreta de las investiduras laicas. En 1061 un sínodo de obispos alemanes rechazó los decretos del 1059, excomulgó a Nicolás II y declaró nulos sus actos. De modo que las espadas estaban en alto cuando la muerte del papa, en Florencia, evitó lo que parecía un choque frontal.

Alejandro II (30 septiembre 1061 - 21 abril 1073)

El cisma de Cuttalo. La nobleza romana envió una embajada a Enrique IV con las insignias de patricio, pidiendo que, de nuevo, designara un papa sin tener en cuenta el decreto de Nicolás II. La regente Inés y sus consejeros aceptaron la idea. Pero los cardenales, guiados por Hildebrando, se adelantaron eligiendo el 30 de septiembre a Anselmo de Lucca, un milanés, antiguo discípulo de Lanfranco (1010-1089), que había servido en la corte de Enrique III y figuraba, según C. Volante (*La potaría milanese e la riforma ecclesiastica*, Roma, 1955), entre los fundadores del movimiento de los patarinos. Como ya indicamos, era uno de los legados que restableció la paz en Milán en 1060. Esta elección, efectuada por los cardenales según el decreto de 1059, no fue consultada a la regente; los obispos alemanes, que rechazaban el mencionado decreto, la consideraron ilegítima. A finales de octubre de 1061, el canciller de Inés de Aquitania, reunió en Basilea a un grupo de enemigos de la reforma, predominando los obispos lombardos, y procedió a una nueva elección en favor de Pedro Cadalo, obispo de Verona, miembro de una acaudalada familia alemana establecida desde hacía tiempo en Italia, el cual tomó el nombre de Honorio III. En abril del 1062 pudo Honorio instalarse en Roma, adonde llegó Godofredo de Toscana, en mayo, con instrucciones precisas: ordenó a los dos electos que se retiraran a sus respectivas diócesis hasta que el emperador decidiera quién era el más conveniente. Seguramente Alejandro II temía que dicha decisión le fuera desfavorable.

En este momento se produjo en Alemania un golpe de Estado: estando la corte en Kenilworth, Annon de Colonia, Otón de Nordheim y Egberto de Brunswick, se apoderaron de la persona de Enrique IV y declararon terminada la regencia. Fue Annon (1010? - 1075), convertido ahora en el principal de los consejeros, quien recomendó el cambio de política: había que atraerse a Alejandro II y a su equipo de reformadores como un medio para fortalecer la posición del futuro emperador. La experiencia demostraba que el decreto de las investiduras seguía sin aplicarse y la estrecha alianza podía ser un medio para que no se usase jamás. El reconocimiento vino acompañado, sin embargo, de golpes de autoridad: un sínodo celebrado en Augsburg se erigió en árbitro

de la disputa, examinando los *Disceptatio synodalis*; y fue Godofredo quien, en 1063, y siguiendo las órdenes del emperador, se encargó de reinstalar a Alejandro en Roma; finalmente el papa fue obligado a comparecer en mayo ante un sínodo en Mantua, jurando en manos de Annon que su elección no era simoníaca.

Se había logrado un acuerdo. Según S. G. Borino (*L'investidura laica del decreto di Nicolo II al decreto di Gregorio VII*, 1956), se apoyaba un principio pragmático: el decreto de las investiduras laicas quedaba en suspenso y reducido a un plano teórico, al no indicarse las penas en que incurrieran los que fuesen de este modo posesionados. El sínodo laterano del 1063, que endureció las normas al prohibir la asistencia a misas celebradas por sacerdotes concubenarios, limitó la condena de las investiduras a aquellos que las recibían sin permiso del ordinario. Por su parte, Enrique IV renunció a sus demandas de divorcio respecto a Berta de Turín, sometándose a las disposiciones pontificias.

Se amplía la reforma. Sin éxito, hubo en estos años un intento de establecer contacto con el emperador de Bizancio, Miguel VII (1071-1078). Los bizantinos perdieron entonces su última posición en Italia, Bari, y encontrándose en grave peligro en su frontera oriental, perdieron interés en las relaciones occidentales. Eran los normandos los que ahora emprendían la reconquista de Sicilia.

El pontificado de Alejandro II se prolongó el tiempo suficiente para que la reforma cuajara. Por medio de legados, el papa iba tomando la dirección de los asuntos en los distintos reinos. Directamente mostraba a los monjes la importancia del rezo en común, estableciendo la misa comunitaria en cada centro, en la hora de tercia y como culminación del oficio divino. Respondió a los regalos que le hiciera Roberto Guiscardo (1015? -1085) a costa del botín de Sicilia, enviándole el estandarte de san Pedro; este mismo estandarte ondeó en la batalla de Hastings cuando Guillermo de Normandía logró la corona británica en 1066. Detrás de cada legado y de cada relación política marchaba lo que podríamos llamar la nueva Iglesia.

Los reformadores, al difundir los cánones aprobados en los sínodos, planteaban a los reyes un problema de muy difícil solución: los obispados, las abadías y en algunos casos las iglesias simples, poseían abundantes bienes materiales que constituían el patrimonio, del que dependían para su existencia y su acción pastoral y benéfica; algunos de dichos bienes eran de nuda propiedad («alodios»), pero en su mayor parte se trataba de beneficios, es decir, feudos entregados a cambio de una relación de vasallaje. Una solución simple, como hubiera sido la renuncia a tales feudos, cobrando automáticamente independencia, resultaba imposible porque hubiera reducido a los eclesiásticos a la impotencia. Los monasterios tenían un recurso supremo, entrar en la «encomienda» directa de la sede romana, pero esto no estaba al alcance de todos. En sentido contrario, la abundancia de bienes materiales despertaba codicia: se buscaba el oficio episcopal o abacial no por su ministerio, sino por su riqueza.

Primera cruzada. La península ibérica estuvo mejor preparada para la reforma porque en ella el vasallaje, aunque extendido, no había alcanzado la radicalidad de otras partes y porque abundaban las inmunidades. Por eso el cardenal Hugo Cándido en su acción como legado, cosechó abundantes éxitos. Por otra parte, el rey de Aragón, Sancho Ramírez (1043-1094), que temía el empuje que desde dos fronteras podía ejercerse sobre su reino, viajó a Roma para poner su persona y bienes al servicio de la sede romana. Como un signo de cambio se adoptaría en su reino desde 1071 la liturgia romana; no tardó en extenderse también a Castilla y León. Siguiendo el ejemplo de Sicilia, se predicó desde Roma una especie de guerra santa contra los musulmanes en 1064. Ésta fue la «cruzada de Barbastro», un precedente para las expediciones posteriores a Tierra Santa. Los combatientes lucraban beneficios espirituales.

Milán, un conflicto. Apuntaba el conflicto. Guido, arzobispo de Milán, impotente ante la pataria, decidió renunciar a su mitra devolviendo a Enrique IV el báculo y el anillo con que fuera investido por el emperador al comienzo de su pontificado. Y murió muy poco después (23 de agosto de 1071). Enrique procedió de acuerdo con la costumbre, nombrando a un clérigo de nombre Godofredo. Estalló la revuelta colocándose al frente de la misma un noble, Erlembaldo, que enarbolaba el estandarte del papa: los reformadores se reunieron y procedieron a elegir a otro arzobispo, Aton. Como Enrique IV mantuviera su designación, Alejandro II, en el último sínodo que presidió, en la Pascua de 1073, excomulgó a cinco consejeros del monarca —aunque no al rey mismo— acusándoles de simonía. Una grave disensión quedaba abierta en el momento de la muerte del papa.

Gregorio VII, san (22 abril 1073 - 25 mayo 1085)

Su personalidad. De nuevo estamos ante uno de los grandes papas. Mientras se celebraban los funerales de Alejandro II, se alzó el clamor popular, reñido más tarde por los cardenales, pidiendo a Hildebrando que fuera papa. No era sacerdote y hubo de ser ordenado en mayo de 1073. Sin embargo, retrasó deliberadamente su consagración hasta el 29 de junio a fin de que coincidiera con la fiesta del Apóstol. Al tomar el nombre de Gregorio, legitimaba indirectamente al que fuera su patrón, dimitido en Sutri. Figura de extraordinaria importancia es también, lógicamente, muy controvertida. Para A. Fliche (*La réforme grégorienne*, II: *Gregoire VII*, Lovaina, 1925; *Saint Grégoire*, París, 1920) se trata de la figura más sobresaliente de su siglo, un santo de dimensiones capaces de cambiar el mundo. En cambio, A. J. Macdonald (*Hildebrand. A Ufe of Gregoire VII* Londres, 1932), expresando un punto de vista protestante, lo considera el personaje nefasto que impidió, como en el caso de Berengario de Tours, las derivaciones hacia la libertad. Esa contradicción sigue presente en los historiadores, aunque probablemente traduce juicios subjetivos lejanos a la realidad. Nos puede ayudar mucho la observación de J. P. Whitney (*Hildebrandine Essays*, Cambridge, 1932) en sus cinco profundos ensayos: sin duda se ha otorgado demasiada importancia al enfrentamiento con Enrique IV,

descuidando otros aspectos mucho más importantes: la obra de Gregorio VII se reflejó, en espacio y tiempo, sobre toda la cristiandad y únicamente así puede entenderse; hasta 1081 los problemas del Imperio ocuparon tan sólo una parte de su atención y fue después de esta fecha cuando se convirtieron en dominantes; por último, es imprescindible tratar de comprender su obra desde las coordenadas de pensamiento de su propia época.

Hijo de Bonizo, un toscano de cierta fortuna aunque no noble, Hildebrando había nacido en Soana en una fecha que debemos situar entre los años 1020 y 1025. Enviado por su familia a ser educado en el monasterio de Santa María del monte Aventino, donde su tío era abad, fue ordenado subdiácono e integrado en la capilla de Juan Graciano, Gregorio VI, al que acompañó al destierro. A la muerte de éste, en el otoño de 1047, se recluyó en Cluny o en alguno de los monasterios de esta congregación. León IX, como ya explicamos, le llamó a Roma para convertirlo en administrador del tesoro y prior de San Pablo. Desde entonces es uno de los hombres de confianza, motor de la reforma, que acumula experiencia de los negocios públicos, sirve como legado en Francia (1054 y 1056) y Alemania (1057) desempeñando el archidiaconado. En el momento de ceñir la tiara, heredaba un conflicto con Enrique IV, cinco de cuyos consejeros estaban excomulgados. Es importante señalar que conservó siempre un buen recuerdo de Enrique III, al que los miembros del equipo consideraron, sin vacilaciones, como un modelo de monarca reformador.

«*Dictatus Papae*». Gregorio VII tenía trazada de antemano una línea de conducta que, apoyándose en las Falsas Decretales, reivindicaba para la Sede Apostólica la primacía absoluta, la cual debía traducirse en leyes. Existía una compilación de cánones que databa del 1050. Otras tres se redactaron después: *Breviarium* o *Capitulares* de Atton, *Collectio canonum* de su antecesor, Anselmo de Lucca, y la Recopilación del cardenal Deusdedit. De este modo, explica Paul Fournier (*Les collections canoniques romaines à l'époque de Grégoire VII*, París, 1918), se disponía de un elenco completo que evitaba recurrir al Pseudo Isidoro y que abarcaba los puntos esenciales: primado de Roma apoyado en el encargo de Jesús, elecciones canónicas de acuerdo con la costumbre de la Iglesia, decretos contra simonía y nicolaísmo, e inmunidad eclesiástica. Ellos venían a ser como los cinco pilares de toda una obra. El rigor, a veces aspereza, con que el papa exigía el sometimiento a tales principios, sin matices ni flexiones, puede ayudarnos a comprender que en un momento de especial tensión, otro de los reformadores, partidario de negociaciones sutiles y pausadas, llegara a llamarle «San Satanás».

Sin embargo, pocas veces se enfrenta el historiador con tanta claridad de pensamiento. Según K. Hoffmann (*Der Dictatus Papae Gregors VII; eine rechtsgeschichte Erklärung*, Paderborn, 1933), las 27 proposiciones conocidas como *Dictatus Papae* (es difícil discernir si se trata de un genitivo «del papa» o de un ilativo «para el papa») no tenían otro objetivo que guiar, mediante principios apodícticos, el trabajo de los canonistas. Entre ellas hay algunas cortantes como espadas: «Sólo el romano pontífice debe ser llamado universal»; «El papa es el

único cuyos pies besan los príncipes»; «Tiene facultad para deponer a los emperadores»; «El papa no puede ser juzgado por nadie»; «Puede desligar a los súbditos del juramento de fidelidad prestado a los inicuos». El programa contenido en este documento implicaba una auténtica revolución, pues destruía el núcleo esencial de la estructura política, el vasallaje, reclamando para la Iglesia y sus clérigos una completa desvinculación del mismo. No aspiraba a ningún poder, sino al servicio: Cristo había puesto sobre los hombros de Pedro y sus sucesores la tarea de guiar a los hombres hacia el verdadero fin de su existencia, que es la salvación eterna, único bien absoluto, único necesario. Los dos poderes, explica Elie Voosen (*Papante et pouvoir civil á l'époque de Grégoire VII*, Gembloux, 1927), poseen el mismo origen, Dios, y por caminos distintos persiguen la misma meta: pues quien pierde su alma pierde toda su existencia. La dependencia de la fe es, en Gregorio VII, absoluta. Como consecuencia de este planteamiento, el poder principal es el del espíritu, siendo necesariamente el temporal subsidiario de éste y dependiente, para tener legitimidad, de no perder de vista su sometimiento al fin esencial de la salvación eterna. Porque el cristianismo no era para él una opinión, a la que el hombre puede adherirse o no, sino la verdad absoluta a la que todos, independientemente de su voluntad, se hallan sujetos, los santos para la salvación, los pecadores para la eterna condenación. La Iglesia, que se ocupa de las almas es, objetivamente, superior al Imperio, que sólo tiene el cuidado de los cuerpos. El poder espiritual, custodio del orden moral, genera autoridad; el temporal únicamente la recibe de aquél. Un emperador o príncipe cualquiera, si rehuyera estos deberes o se opusiera a ellos, se convertiría en tirano, servidor del diablo; se le debe convertir o, en caso extremo, suprimir. Verdaderamente resulta en extremo difícil comprender este argumento desde una mentalidad contemporánea.

Los sínodos. Con Hildebrando, la reforma cluniacense, que trataba de modificar la existencia humana para acercarla a Dios, se convierte en gregoriana que pretende la transformación de las estructuras sociales. Elegido papa contra su voluntad («*reluctanti impositum est*») este hombre de escasa estatura y voluntad de hierro, se sintió convertido en instrumento del Espíritu Santo, cuya inspiración buscaba en la oración contemplativa, como los monjes. Pero no intentaba reducir a la Iglesia a una vida monástica. Sentía muy acuciante el amor al prójimo, el anhelo de conseguir su salvación: esto explica las vacilaciones en relación con Enrique IV que tanto le perjudicaron: no quería la destrucción, sino la conversión del emperador. Cristo, verdadero hombre además de Dios, era el gran modelo a imitar. Por encima del amor a los hombres san Gregorio colocaba el amor a la Iglesia, que es la esposa de Cristo.

La reforma, organizada sistemáticamente por los sínodos que se reunían todos los años a partir de 1073, no aparecía como algo nuevo: simonía, nicolaísmo e incluso investidura laica, habían sido condenados sucesivamente a lo largo de un siglo, protagonizando una lucha cuyo resultado comenzaba a inclinarse cada vez más en favor del papa. Algunos colaboradores de Gregorio VII le reprocharon que iba demasiado deprisa. La resistencia principal no vino de par-

te de los reyes, sino de los obispos, que veían derruirse parte de su poder, obligados además a cambiar de vida. El 25 de enero de 1075 escribió a Hugo de Cluny que estaba tan decepcionado ante esta resistencia, que pedía a Jesús le enviase pronto la muerte. Ese mismo año el abad de Pontoise, san Gualterio, que defendía ante el sínodo de París la reforma con gran vehemencia, fue maltratado y llevado a prisión por los soldados del rey Felipe I (1060-1108). El vigor de la resistencia, que alteró seriamente la velocidad de la marcha, explica que al final de su pontificado hubiera cierta sensación de fracaso: nada más engañoso. Gregorio VII provocó el gran vuelco. Iba a permitir edificar a la Iglesia sobre presupuestos nuevos y la autoridad pontificia que él construyó es precisamente la que ha llegado hasta nosotros.

Condena de Berengario. Ante todo, la doctrina. Berengario de Tours, que había sido condenado varias veces porque seguía empeñado en decir que no sólo los accidentes sino también la sustancia del pan y del vino permanecían después de la consagración, apeló a Roma pidiendo una aclaración doctrinal. Fue juzgado en los sínodos de 1078 y 1079, donde aceptó una fórmula que reconocía en la eucaristía la realidad sustancial del cuerpo y de la sangre de Cristo. Reconciliado, el papa prohibió que se le tratara como hereje. En el fondo, la pobreza del lenguaje teológico occidental era responsable en parte de la confusión. Volvió a insistir en que el término *substantialiter* inserto en la fórmula que él jurara, se refería a las especies de pan y vino. Por eso tendría que comparecer ante otro sínodo en Burdeos (1080), mostrando deseo de rectificar en aquello que se declarara erróneo. Murió en la comunión de la Iglesia. Pero el episodio resultaba importante en un aspecto: la Iglesia latina necesitaba desarrollar su trabajo intelectual. El impulso a las escuelas y a los que en ellas profesaban, fue una de las consecuencias de la reforma.

Hechos concretos. Las tres cuestiones, simonía, concubinato e investidura laica, como se vio claramente en el sínodo cuaresmal del 1075, estaban profundamente imbricadas, de modo que o se las desarraigaba conjuntamente o la reforma fracasaría. El abad Ruperto sintetizaba las investiduras en una frase: «*non electione, sed donus regis episcopus fiebat*». Mientras la designación recaería en personas excelentes, como había sido frecuente en tiempos de Enrique II, el mal no se revelaba en toda su extensión. Geroch de Reichesberg nos dice que con la llegada de Enrique IV al trono se había producido una terrible indisciplina: se buscaban funcionarios eficientes y no santos. La medida era universal: el rey de Francia nombraba directamente los obispos de Sens, Reims, Lyon, Bourges y, en general, todos los que estaban en su patrimonio; en el resto del país lo hacían de uno u otro modo los grandes señores feudales. Los compromisos adquiridos en virtud del nombramiento, expresados a veces en dinero, obligaban a los titulares a resarcirse con sus súbditos. Obispos y abades, con investidura laica, no se diferenciaban ni siquiera en lo externo del resto de la jerarquía feudal: también ellos vivían con sus mujeres e hijos. Se invocaba en Occidente el ejemplo de la Iglesia griega, que consentía al clérigo casado antes de su ordenación, conservar su familia.

Conviene no exagerar, dejándose arrastrar por la propaganda que fue muy fuerte en esta contienda. Tenemos una muchedumbre de obispos y abades ejemplares, dentro del sistema. Para modificarlo y hacer presente su autoridad, Gregorio VII hizo un uso muy amplio del nombramiento de legados: Hugo de Dye en Francia, Amando de Oleron en Languedoc y la Marca Hispánica, Ricardo de San Víctor en España, Anselmo de Lucca en Lombardía, Altmann de Passau en Alemania. Ellos procedieron a aplicar los decretos sinodales. Estos nombramientos servían también para ampliar el ámbito de presencia. Dinamarca, con nueve obispados, pagaba el «suelo de san Pedro», y Suecia se adhería definitivamente al cristianismo. Las relaciones de Polonia, Bohemia y Hungría con Roma se hicieron constantes. Gregorio VII envió a Zvonimir, de Croacia y Dalmacia, el *vexillum Petri* como a Roberto Guiscardo; intervino en favor de Iziaslav de Kiev y de su propio hijo Jaropolk, ayudándoles a recobrar el trono.

La reforma triunfó fácilmente en España, donde la simonía y el nicolaísmo eran menos frecuentes, por medio de los sínodos de Gerona (1078) y de Burgos (1080): la vieja liturgia mozárabe cedió el paso a la romana y los monarcas españoles se vincularon muy estrechamente al pontificado. Fueron grandes los avances en Francia, donde nunca se llegó a una ruptura a pesar de que Felipe I, cuyas costumbres dejaban mucho que desear, seguía practicando la investidura. Las relaciones con Guillermo de Inglaterra, a través de Lanfranco de Canterbury, fueron cordiales, y ello a pesar de que el rey en nada modificó su cerrado cesaropapismo, uno de los más persistentes, prohibiendo incluso a los obispos acudir a Roma sin licencia suya.

Amplios horizontes, crecimiento de energía. Los obispos de Burdeos, Sens y Reims, fueron depuestos y excomulgados sin que hubiera necesidad de recurrir a las leyes contra la investidura laica. Europa estaba siendo ya la Cristianidad. Desde 1071, destruido el ejército bizantino en la batalla de Manzikert, y percibiéndose los grandes movimientos de agitación berberisca en el norte de África, pesaba sobre ella una nueva amenaza. Gregorio VII, que había participado probablemente en los preparativos de la cruzada de Barbastro, pensó en el desarrollo de una guerra santa contra el Islam mediante dos expediciones, una hacia España, a cuyo frente estaría Ebulo de Roucy, un hermano de Roberto Guiscardo, cuñado de Sancho Ramírez de Aragón, y la otra en Anatolia para salvar al Imperio bizantino. En 1074, respondiendo a una embajada de Miguel VII, envió a Constantinopla a Domingo de Grado para proponer el plan: la recuperación de Anatolia era cuestión de vida o muerte para Bizancio. Naturalmente el papa esperaba lograr de este modo la unión de las dos Iglesias. La muerte de Miguel VII —a quien sucede Nicéforo III (1078-1081) y en 1080 Alejo Comneno (1081-1118)— y la oposición radical del patriarca, impidieron que esto cuajara. Pero la idea fue recogida por Roberto Guiscardo y sus nobles normandos, bien que ellos estaban pensando en una ampliación de su fuerza militar. Guiscardo llegaría a apoderarse de Durazzo, pero sería expulsado tras una derrota.

Choque con Enrique IV. Todos los proyectos se vieron afectados y a veces destruidos por el enfrentamiento con el emperador. Enrique IV, embebido entonces en la necesidad de combatir la revuelta de Sajonia, no manifestó ninguna inquietud ante el nombramiento de Hildebrando. Éste se apresuró a enviar dos legados para comunicarlo, al tiempo que aludían a la reforma. Los obispos alemanes se inquietaron y Liemaro de Bremen viajó a Roma tratando de frenar la impetuosidad del nuevo papa. Transcurrió más de un año. Las primeras cartas entre Gregorio y Enrique están llenas de afecto y no parecen presagiar la ruptura ulterior: el 7 de diciembre de 1074, cuando el papa comunicó a Enrique sus proyectos de guerra en Oriente, a la que pensaba acudir, le dijo que, en caso tal, la Iglesia de Roma quedaría bajo la custodia del emperador.

Pero en febrero de 1074 el sínodo cuaresmal aprobaba un canon riguroso que incluía la investidura laica entre los pecados de simonía y nicolaísmo, estableciendo además la pena correspondiente que era deposición. B. B. Borino («II decreto di Gregorio VII contro le investiture fu promulgato nel 1075», *Studi gregoriani*, 1959-1961) parece haber demostrado que dicha disposición fue inmediatamente promulgada en forma de decreto imperativo: no era, por tanto —y así lo entendieron los obispos alemanes—, un canon para la prudente matización en su empleo, sino un mandato expreso. Enrique IV entendió que se trataba de un ataque a la propia estructura del Imperio: sin obispos (acababa de nombrar a los de Spira, Lieja, Bamberg, Spoleto y Fermo por el método directo de la investidura laica), la fuerza centrífuga de los príncipes territoriales quedaría sin contrapartida. Los obispos lombardos, amenazados muy directamente por la pataria, compartían esta actitud aunque por motivos personales. Mientras duró la rebelión sajona, Enrique IV mostró una voluntad negociadora, aceptando incluso que se produjera la primera deposición en el obispo de Bamberg.

Pero el 8 de junio de 1075 la victoria le permitió afirmarse en el trono. Entonces decidió rechazar el decreto: la chispa que permitió provocar el incendio fue el nombramiento de Tedaldo como arzobispo de Milán. Uno de los seis consejeros imperiales excomulgados por Alejandro II, el conde Eberhardo, estaba ahora combatiendo la pataria y tratando de lograr un acuerdo con Roberto Guiscardo.

Enrique IV se engañó: llegó a creer que la posición de su adversario ante la nobleza romana era débil y que podía ser derribado por un movimiento interno. En la Navidad del 1075 se produjo un atentado contra el papa, acaudillado por Cencio de Prefecto y otros partidarios del antiguo antipapa Cándalo. Pero Gregorio, preso mientras celebraba la misa, fue liberado por una fuerte reacción popular que le condujo en triunfo hasta Santa María la Mayor, obligando a Cencio a huir hasta refugiarse en la corte de Enrique. Por otra parte, Roberto Guiscardo estaba más interesado en sostener la causa del papa que en aliarse peligrosamente con el emperador, mientras que la marquesa Matilde de Toscana, con su marido, mostraba una más que favorable actitud progregoriana (N. Grimaldi, *La contessa Mathilde e la sua stirpe feudale*, Florencia, 1928). Hil-

debrando no quería la ruptura: envió sus legados, que llegaron a Goslar el 1 de enero de 1076 e invitaron al rey a que cediera en sus pretensiones. La respuesta de Enrique fue convocar a la Dieta en Worms para el 24 de enero del mismo año.

Los personajes más antigregorianos en esta Dieta fueron el antiguo legado en España, cardenal Hugo Cándido, ahora excomulgado, y el obispo Guillermo de Utrech. Con la anuencia de muchos prelados alemanes —luego se sumaron los de Lombardía—, todos de la estricta obediencia de Enrique, se denunció la ilegitimidad de Hildebrando, «falso monje», invitándole a que abandonara el solio. Esta conminación hubo de transmitirla Rolando de Parma en el sínodo cuaresmal correspondiente a aquel año. En medio de las naturales propuestas, Gregorio respondió excomulgando al rey y desligando a sus súbditos del juramento de fidelidad. No invitaba a una nueva elección, sino que dejaba abierta la puerta a la reconciliación. Enrique IV, que recibió la noticia en Utrech, donde pudo celebrar la Pascua sin dificultad, anunció que en un nuevo sínodo a celebrar en Worms para la fiesta de Pentecostés, se iba a proceder a la elección de un nuevo papa. Casi nadie respondió ahora a su llamamiento. Una cosa era protestar contra un decreto y otra muy distinta provocar un cisma.

Canosa. Algunos grandes príncipes, Rodolfo de Suabia, Güelfo de Baviera y Bertondo de Carintia, contando con numerosos apoyos, tomaron la decisión de reunirse en Tribur (octubre 1076) en compañía de los legados Altmann de Passau y Sicardo de Aquileia. Acordaron que, transcurrido el plazo de un año desde la excomunión, si el rey no lograba reconciliarse con el papa, la Dieta, convocada para Augsburg el 2 de febrero de 1077, procedería a una nueva elección. Tras una reiterada serie de sucesiones de padre a hijo, los príncipes reivindicaban ahora la costumbre alemana de que el monarca es elegido por los príncipes que representan las *stamme* que integran su nacionalidad. Sintiéndose en aquel momento el más débil, Enrique decidió montar lo que, a juicio de la mayor parte de los historiadores, no pasaba de ser una farsa, si bien Lino L. Ghirardini (*L'imperatore a Canossa*, Parma, 1965; *L'enigma di Canossa*, Bolonia, 1968; *Chi a vinto in Canossa?*, Bolonia, 1970) propone fijar la atención en un aspecto: aquella humillación, por falsa que fuera, tenía que influir negativamente en el prestigio del emperador. Gregorio fue invitado por los príncipes a presidir la Dieta de Augsburg.

En su viaje a Alemania el papa alcanzó el castillo de Canosa, propiedad de Matilde. El emperador venía a su encuentro. En tres días sucesivos (25 a 28 enero 1077) compareció Enrique en hábito de penitente, y permaneció ante las puertas cerradas. Los ruegos de Hugo de Cluny, Adelaida de Saboya y la propia Matilde, hicieron que, al final, el papa accediera a recibirle restableciendo la comunión bajo dos condiciones: dar satisfacción a las querellas de los príncipes y otorgar al papa un salvoconducto, cuando debiera ir a Alemania. Moralmente la penitencia de Canosa era una victoria del papa: a sus brazos llegaba el arrepentido emperador. Políticamente el éxito correspondía a Enrique IV, que recibía la legitimación de su poder. Así sucedió que cuando los príncipes,

decepcionados —ninguna satisfacción se les había ofrecido—, procedieron a elegir a Rodolfo de Suabia como rey en Forcheim, cerca de Bamberg (marzo de 1077), Gregorio ordenó a los legados que se mantuvieran neutrales.

Segunda excomuni6n. Las fuertes convicciones religiosas (lograr el arrepentimiento del pecador y no su muerte) habían decidido Canosa. Esas mismas dictaban ahora la conducta del papa: entre dos pretendientes, a 6l correspondía juzgar sobre su legitimidad. En el fondo, ninguno de los dos bandos en lucha deseaba que llegara a producirse un arbitraje, pues sin la menor duda vendría acompa1ado de fuertes concesiones a la Sede Apost6lica. Dos legados, los obispos de Albano y de Padua, respectivamente, comenzaron a recoger la informaci6n necesaria, pero Enrique les prohibi6 incluso el viaje: estaba dominando la rebeli6n de los pr6ncipes y comenzaba la confiscaci6n de bienes a sus enemigos. Ante el incumplimiento de las condiciones de Canosa, y la negativa a aceptar los legados, unidos al concreto rechazo a suprimir la encomienda que pesaba sobre la abadía de Hirsau, Gregorio volvi6 a pronunciar la excomuni6n durante el s6nodo cuaresmal del 7 de marzo de 1080.

El 25 de junio del mismo a1o un s6nodo de 30 obispos alemanes y lombardos, reunido en Brixen, conden6 a Gregorio como culpable de herejía, magia, simonía y pacto diab6lico, proponiendo para sustituirle a Guiberto, obispo de Rávena. La pugna, convertida ahora en doctrinal, di6 origen a numerosos opúsculos de propaganda. El 15 de octubre de 1080 muri6 Rodolfo de Suabia, y aunque los rebeldes eligieron para sustituirle a Hermann de Salm, su bando se había debilitado lo suficiente como para no causar inquietudes al rey, que comenz6 a preparar su expedici6n a Italia. Enrique celebr6 en Verona la Pascua de 1081 y se hizo coronar en Milán como soberano de los lombardos. Combatiendo, lleg6 hasta Roma, que sufri6 dos asedios, en 1081 y 1082. San Hugo de Cluny trat6 de mediar entre los dos bandos aunque sin resultado. Desde el 1083 los imperiales eran due1os de San Pedro y de la ciudad leonina, pero hasta el 21 de marzo de 1084 no consiguieron cruzar el r6o tomando el resto al asalto. Tres d6as m6s tarde Guiberto de Rávena, elegido por el clero y el pueblo, era consagrado papa Clemente III y procedía a la coronaci6n del emperador (31 de marzo). Entonces acudieron los normandos de Roberto Guiscardo que rescataron a Gregorio VII, refugiado en Sant'Angelo, y se lo llevaron a Salerno. Detr6s quedaba Roma, v6ctima de saqueos e incendios; algunos cardenales que hasta entonces siguieran a Hildebrando, se pasaron al bando del emperador. Y Gregorio VII muri6 el 25 de mayo de 1085, pronunciando las palabras del Salmo: «am6 la justicia y aborrecí la iniquidad». Ese mismo d6a las tropas cristianas entraban en Toledo.

Hasta el d6a de su muerte, el 8 de septiembre del a1o 1100, Guiberto, pariente de los margraves de Canosa, seguía titulándose papa. Curiosamente se trataba de uno de los amigos de juventud de Hildebrando, que mucho influyera sobre Alejandro II para que le consagrara obispo. Ambos se distanciaron luego por razones de pol6tica: para Guiberto de Rávena la reforma tenía que hacerse a trav6s del emperador, no en contra suya. Cuando los normandos ocu-

paron Roma, él se retiró a su sede ravennata, que no había abandonado. Nunca careció de partidarios. Nunca, tampoco, logró el reconocimiento más allá de un determinado círculo.

Víctor III, san (24 mayo 1086 - 16 septiembre 1087)

Gregorio VII había recomendado tres nombres para su sucesión: Anselmo de Lucca, Hugo de Lyon y Eudes de Ostia, pero los cardenales prefirieron a Desiderio (Danfari), abad de Montecassino, porque era un hombre pacífico que en 1082 incluso había sufrido temporal excomunión por su empeño en llegar a una paz negociada. Contaba casi sesenta años y desde 1058 se hallaba al frente de la famosa abadía cuyas rentas, prestigio y biblioteca incrementó extraordinariamente. En 1059 fue nombrado presbítero cardenal y vicario de todos los monasterios del sur de Italia. En calidad de tal logró la reconciliación de Roberto Guiscardo con la sede romana. Acogió al papa cuando éste huía de Roma, brindándole hospitalidad en su monasterio, y estuvo luego a su lado en el momento de la muerte. Jordano, príncipe de Capua, influyó cerca de los cardenales en su favor.

Consciente de la oposición que su nombramiento despertaba entre los gregorianos más radicales, Víctor se retiró a Montecassino, reasumiendo las funciones de abad, y sólo aceptó ser papa después de que un sínodo reunido en Capua así lo acordara. El 9 de mayo de 1087, liberada finalmente la ciudad leonina por los normandos, pudo ser consagrado. Entonces convocó el sínodo de Benevento, donde fue ratificada la excomunión de Enrique IV. Enfermo, débil y condescendiente, residió muy poco tiempo en Roma. Sin embargo, fue precisamente en este momento cuando los genoveses y pisanos formando parte de la milicia romana, llevaron a cabo la conquista de Mehdia, en el norte de África: el botín de guerra fue invertido en la catedral de Pisa. La reacción ofensiva en el Mediterráneo ya no se detendría. Víctor III murió en Montecassino.

Urbano II (12 marzo 1088 - 29 julio 1099)

Elección. Clemente III se mantenía aún en Roma cuando los cardenales, reunidos en Terracina, procedían a elegir a Eudes, obispo de Ostia, antiguo prior de Cluny. Se trataba del primer papa francés, nacido en noble cuna, hacia el 1035, en Châtillon-sur-Marne (L. Paulot, *Un pape français: Urbain II*, París, 1903). Educado por san Bruno de Reims, había llegado a ser arcediano de esta catedral antes de ingresar en Cluny. De allí le trajo Gregorio VII para convertirle en cardenal obispo de Ostia (1080), cargo que ostentó sin cambiar su condición monástica. Formó, pues, en el equipo de reformadores gregorianos. Como legado en Alemania, había presidido el sínodo de Quedlimburgo (Sajonna), donde pronunció oficialmente la excomunión de Clemente III. A. Becker (*Papst Urban II, 1088-1099*, 2 vols., Stuttgart, 1964) destaca que, aun manteniendo el rigor doctrinal de san Gregorio VII, su gobierno significó un cambio radical hacia la negociación, la cual permitió a la reforma triunfar.

La doctrina. En un libro ya clásico de Karl Miret (*Die Publizistik im Zeitalter Gregors VII*, Leipzig, 1894) quedó demostrado cómo, en los años clave de esta década de los ochenta, en el siglo xi, la querrela entre el emperador y el papa generó un profundo debate intelectual: se conservan más de un centenar de escritos, la mitad aproximadamente de cada bando, en que se presentan y discuten los argumentos encontrados. Alguno de los antigregorianos, como el cardenal Benon o el obispo Benzo de Alba, son meramente injuriosos, pero hay algunos como el *De unitate Ecclesiae conservando* de un anónimo monje de Illrsfeld, y los tratados de Pedro Crasso y Guido de Ferrara, que plantean la cuestión de fondo que permanecería a lo largo de toda la Edad Media: perteneciendo la soberanía a la comunidad política, un rey, aceptado por ésta y debidamente establecido en el trono, no puede ser depuesto; en consecuencia, pues, la reforma gregoriana constituía un atentado al orden social y político y, en definitiva, a la propia Iglesia. Por su parte, los gregorianos, como Gerhard de Salzburgo, Bernoldo de San Blas o Manegoldo de Lautenbach, lo mismo que el ya mencionado cardenal Deusdedit, preferían apoyarse en los cánones: es la ley, tomando su inicio en las Decretales, la que forma el nervio de la Iglesia y garantiza su libertad.

Desde este punto de vista era indudable que la reforma no podía triunfar sino a través del entramado legislativo que nace de la propia Iglesia. Y ésa fue la vía que escogió Urbano II. Mientras reunía en Melfi (septiembre del 1089) un sínodo para renovar las sentencias canónicas contra la simonía, el nicolaísmo y la investidura laica, enviaba instrucciones a su legado en Alemania, Gebhard de Constanza, a fin de que se mostrara en la práctica generoso: el rigor de la ley es compatible con la misericordia hacia el reo. Aceptó al arzobispo de Milán como legítimo, a pesar de haber recibido el báculo y el anillo de manos del rey, porque su elección había sido correcta. Y dio facilidades para que continuasen en su ministerio los sacerdotes ordenados por obispos simoníacos o que hubiesen seguido el cisma cuando alegaban ignorancia.

Victoria de Urbano. Durante su ocupación de Roma, Clemente III celebró un sínodo en el cual fueron renovadas las sentencias contra la simonía y el nicolaísmo, pero se guardó un escrupuloso silencio en relación con las investiduras laicas. Contando con el apoyo normando, Urbano se instaló en la isla del Tíber (San Bartolomeo en Insoala en la actualidad) y consiguió expulsar de la ciudad a su rival en junio de 1089. Preparaba entonces una jugada política de largo alcance: el matrimonio de la marquesa Matilde, viuda de 43 años, con Welfo V, heredero de Baviera, que sólo contaba 17. Serían la base de un amplio movimiento al que habría de sumarse Roger (1091-1127), rey de Sicilia y Nápoles, sucesor de Roberto Guiscardo, que en Amalfi renovó de forma fuerte el vasallaje. Ese mismo año también Sancho Ramírez de Aragón convertiría en vasallaje su dependencia de Roma. Desde 1091 Sicilia quedaría enteramente libre de musulmanes. Un acuerdo entre el papa y Alejo Comneno, que esperaba la movilización de fuerzas auxiliares en Occidente, garantizó a Urbano de un posible entendimiento entre los dos Imperios.

Tan amplia maniobra diplomática obligó a Enrique IV a regresar a Italia: entonces se apoderó de Mantua y amenazó los dominios del Patrimonium. En 1092 sus tropas le hicieron dueño de Roma, obligaron a Urbano II a huir, y restauraron a Clemente III. Poco duraron las victorias. El ejército alemán, sujeto a un fuerte desgaste, fue derrotado por las tropas de Matilde en las inmediaciones de Canosa, y Enrique IV se vio obligado a retirarse a Verona, donde quedó bloqueado. Estallaban por todas partes rebeliones: cinco ciudades lombardas, agrupadas en torno a Milán, tomaron la iniciativa de constituir una liga. El propio hijo de Enrique IV, Conrado, se alzó contra su padre, haciéndose coronar rey de Lombardía. En el invierno de 1093 a 1094, nuevamente Urbano II era dueño de Roma: mediante sobornos consiguió que le fuesen entregados el palacio de Letrán y el castillo de Sant'Angelo. Desde Roma renovó los poderes de Hugo de Lyon como legado en Francia y envió el *pallium* al nuevo arzobispo de Toledo, Bernardo de Salvetat, un cluniacense procedente de Sahagún, que pudo desde entonces considerarse primado de España. Las relaciones con Alfonso VI (1072-1109), que recibía auxilios desde Europa, eran excelentes.

Hasta 1097 no podría Enrique regresar a Alemania y restablecer su poder. En este tiempo Felipe I de Francia era excomulgado por Hugo de Dye por una razón puramente privada: el pecado de adulterio. Con un rey fuera de combate fue posible acelerar la marcha de la reforma en Francia, suprimiendo a la vez la simonía y la investidura (A. Becker, *Studien zur Investiturproblem in Frankreich. Papstum, Kónigtum und Episkopat im Zeitalter der gregorianischen Kirchenreform*, Sarrebruck, 1955). Guillermo II de Inglaterra (1087-1100) que, para fortalecer su dominio sobre la Iglesia, había tratado de mantenerse indiferente entre Clemente y Urbano y, durante cuatro años, forzado una vacante en la sede primada de Canterbury, tuvo al final que rendirse nombrando a Anselmo abad de Bec, para ocupar la vacante. San Anselmo (1093-1109) sería la figura clave de la reforma británica. Obligó a reconocer a Urbano y rechazó abiertamente las demandas de los obispos reunidos en Rockingham que, en un precedente de lo que llegaría a ser el anglicanismo, pretendían establecer el principio de que los miembros de la Iglesia deben antes obediencia al rey que al papa.

Clermont Ferrand. Firme ya en Roma, Urbano decidió entonces emprender el gran viaje que, según Rene Crozet («Le voyage d'Urbain II et ses negotiations avec le clergé de la France (1095-1096)», *R. K.*, CLXXIX, 1937) debía convertirle en la primera autoridad de Europa, con un emperador eclipsado, envuelto en revueltas, un rey excomulgado y otros monarcas sometidos de grado o por fuerza a la enorme influencia de Roma. El 1 de marzo de 1095 inauguró el sínodo de Piacenza con más de 4.000 clérigos y 30.000 laicos llegados de todas partes; ante él compareció Práxedes, la esposa de Enrique IV, acusándole de deshonestidades. Se renovaron en esta magna asamblea las sentencias contra Clemente III y se recibió cordialmente a los embajadores de Alejo Comeno, que solicitaba abiertamente la ayuda. En cierto modo el papa se com-

prometió a procurarla. Por Cremona y Milán, Urbano llegó a Valence y comenzó a ocuparse de los problemas de Francia. Además de las acostumbradas sentencias contra la simonía y el concubinato, se extendieron a todo el sur de Francia los preceptos de la Paz y la Tregua de Dios. Hizo un alto en Le Puy, cuyo obispo, Adhemar de Montreuil, que acababa de regresar de Jerusalén, le explicó cuál era la situación de los cristianos en Tierra Santa. El 25 de octubre de aquel año intenso estaba de nuevo en Cluny, consagrando el altar mayor de la basílica. El 18 de noviembre inauguraba otro gran concilio, en Clermont Ferrand.

Esta asamblea estaba destinada a ser el motor de la reforma en Francia: la excomunión de Felipe I fue renovada, con una afirmación de la doctrina acerca del matrimonio; se acompañaron las acostumbradas disposiciones acerca de la reforma eclesiástica y por primera vez se llegó al fondo mismo de la cuestión prohibiendo a los clérigos cualquier relación de vasallaje en relación con los laicos. Y el 27 de noviembre, saliendo a la plaza, hizo un llamamiento a los caballeros para que, formando un ejército, acudiesen al socorro de Bizancio. Así se puso en marcha la gran cruzada. Urbano II advirtió a los españoles que no debían participar porque «su» cruzada estaba en la frontera de sus reinos, amenazada por los almorávides. Terminado el concilio, el papa emprendió el regreso haciendo etapas en Poitiers, Burdeos, Toulouse, Nimes, Pavía y Milán, y siendo recibido en todas partes con indescriptible entusiasmo. El papa era ya, verdaderamente, cabeza de la cristiandad; en esta condición pudo presidir en enero de 1097 el sínodo en Letrán.

La gran cruzada. En este momento se incorporó a la corte pontificia san Anselmo de Canterbury; se había visto obligado a huir porque no podía contener las ingerencias de Guillermo II. Urbano retuvo junto a sí al gran teólogo, pero le disuadió de renunciar a la mitra, como pretendía. La decisión de enfrentarse al cesaropapismo inglés fue demorada (el problema se disolvería en 1100 con la muerte de Guillermo) porque la cruzada era más importante. De ella esperaba el papa, mediante la salvación de Bizancio, un restablecimiento de la unidad entre las Iglesias. Cuando ya las unidades de caballeros cruzaban, por tierra y por mar, los caminos de Europa, se celebraba un sínodo en Bari (1089) con la asistencia de los griegos, a quienes san Anselmo, con una expresión teológica más rica, pudo convencer de la corrección de la doctrina occidental acerca de la doble procesión del Espíritu Santo. Los choques entre caballeros cruzados y autoridades bizantinas, en divergencia profunda respecto a los verdaderos objetivos de la cruzada, impidieron que se llegase a la unión en el preciso momento en que se había conseguido superar el escollo más difícil. Cuando Urbano II murió hacía dos semanas que los occidentales eran dueños de Jerusalén.

Urbano II recogió los frutos de la política de Gregorio VII: una gran monarquía espiritual se alzaba ahora en Europa. Por vez primera encontramos en una bula de 1089 el término «curia» para designar el organismo central que gobernaba esa cristiandad; dentro de ella se menciona un *camerarius* que era el

encargado de administrar las rentas. Curia y Cámara apostólica eran dos organismos destinados a servir de modelo a las monarquías temporales en su camino hacia las primitivas formas de Estado.

Pascual II (13 agosto 1099 - 21 enero 1118)

Fin del cisma. Rainiero, cardenal presbítero de San Clemente y abad de San Lorenzo Extramuros, había nacido en Bieda de Galeata (Romagna) de una familia muy modesta. Monje en una comunidad que desconocemos, era un hombre muy sencillo y con tendencia a presentar los problemas con muy escasas matizaciones, lo que no dejaba de comportar ventajas, ya que es más fácil bailar solución en cuestiones debatidas cuando los términos del problema se presentan con claridad. C. Servatius (*Paschalis II*, Stuttgart, 1979) ha conseguido una reconstrucción muy correcta de su pontificado. Llegaba al solio cuando la reforma prácticamente había triunfado: ninguna duda de que la simonía y el concubinato eran grandes males que debían ser desarraigados. Pero seguía pendiente el asunto difícil de las investiduras laicas: ni los obispos podían renunciar a los beneficios para no verse despojados de poder, ni los reyes prescindir tampoco de estos preciosos administradores, puesto que los beneficios eran también un modo de gobernar. Pascual no podía vacilar en este punto y mantuvo en plena vigencia el canon aprobado en 1075.

Prácticamente el cisma concluyó con la muerte de Guiberto de Rávena, el 5 de septiembre del 1100, porque Enrique IV perdió todo interés. Los clérigos que formaban su séquito se reunieron secretamente en San Pedro, una noche, y eligieron a Teodorico, cardenal obispo de Albano, al que consagraron aprovechando la ausencia de Pascual II. Pero cuando el papa regresó, con las tropas normandas, fue preso, juzgado y condenado a prisión perpetua en el monasterio de la Santa Trinidad, cerca de Salerno, donde profesó como monje. Sus partidarios, refugiados esta vez en la iglesia de los Santos Apóstoles, insistieron, eligiendo a Alberto, cardenal de Silva Candida; estalló un motín y los mismos que le rodearon entregaron al antipapa en manos de Pascual II. Fue enviado al monasterio de San Lorenzo en Aversa. Todavía en 1105 los antiguos paludarios de Clemente III intentarían reunirse para repetir la aventura.

La fórmula para la investidura. Hace ya muchos años que Bernard Monod (*Essai sur les rapparis de Pascal II avec Philippe I, 1099-1108*, París, 1907) descubrió que fue en Francia donde se descubrió la solución al problema de las investiduras laicas. Ivo de Chartres estableció ante todo una división de la investidura en tres actos: la elección canónica, que corresponde al clero y al pueblo; la consagración episcopal del electo, que debe ser efectuada por el metropolitano; y la investidura de los beneficios inherentes a la sede, que debe hacerla el rey como «suzerano» de los mismos. Felipe I, ahora reconciliado con la Iglesia, y su hijo Luis VI (1108-1137), mediante un acuerdo que sería firmado solemnemente en Saint Denis (1107), aceptaron exactamente esa fórmula que aparentemente les reducía a un acto de entrega a quienes hubieren sido debidamente elegidos y consagrados. En Francia no era muy difícil alcanzar un

acuerdo, ya que los bienes adscritos a cada obispado eran tan sólo beneficios simples que no implicaban funciones de gobierno y, por consiguiente, las obligaciones del *auxilium et consilium* eran fáciles de cumplir.

Hugo de Fleury dedicó a Enrique I de Inglaterra (1100-1135) su *Tractatus de regis potestate et sacerdotali dignitate*, explicando esta doctrina. Pero en este reino su aplicación era menos fácil. Desde Guillermo el Conquistador, el cesaropapismo, que está en la raíz del anglicanismo, reclamaba tres condiciones: la intervención del rey tanto en la elección del candidato como en la investidura; la prohibición de las comunicaciones de los obispos con Roma sin licencia del soberano; y el reconocimiento de que el monarca es cabeza tanto de los cuerpos como de las almas de sus súbditos. Sólo bajo amenaza de excomunión aceptó Enrique I el retorno de san Anselmo (1105), que reclamaría una completa sumisión a Roma. En el caso inglés, el papa hizo evidentemente concesiones: aprovechando su presencia en Francia, pudo Adela de Blois organizar un encuentro de Enrique, Anselmo y Pascual II en un lugar de Normandía: el rey renunció a la investidura con el báculo y el anillo, pero obtuvo el reconocimiento de su «presencia» en el momento de las elecciones y también que el electo estuviera obligado a prestar juramento de fidelidad antes de ser consagrado (1107).

Se habían establecido precedentes que apuntaban a una solución negociada y no uniforme. En el caso alemán, y mientras viviera Enrique IV, tal solución parecía imposible, porque hubiera significado la capitulación del monarca. Descendía el prestigio del emperador, enfrentado desde su regreso a Alemania a constantes rebeliones, y aumentaba en cambio el del pontífice. La noticia de la conquista de Jerusalén, que fue conocida en Roma poco después de la elección de Pascual, había despertado un gran entusiasmo. Se comenzó a pensar en una solución de carácter militar también para el cisma oriental y en 1105 el papa bendijo a los soldados de Bohemundo de Tarento (1098-1104), que soñaban con la conquista de Constantinopla. Las amenazas no consiguieron derribar al Imperio bizantino, pero le atemorizaron hasta un punto tal que en 1112 Alejo I solicitó negociaciones: Pascual dio una respuesta que implicaba la aceptación del primado universal de san Pedro sin matizaciones. La creación del reino de Jerusalén, hacia el que afluían nuevos cruzados, completaba la idea de que el papa ejercía de hecho la jefatura sobre la cristiandad: la tierra de Jesús y la de Pedro le obedecían.

Sin embargo las cosas eran menos estables de lo que se pensaba. Cuando Enrique V, heredero alemán, se sublevó contra su padre, afirmando que —entre otras cosas— se proponía la defensa de la Iglesia, Pascual II apoyó el movimiento. Pero entonces el partido imperial en Roma, que seguía siendo fuerte en la aristocracia y en el clero, intentó una revuelta contra el papa. Miembros de esa aristocracia, reunidos en Santa María Rotonda, eligieron a Maginulfo, arcipreste de Sant'Angelo, y declararon a Pascual desposeído por simoníaco y hereje. La guerra civil ensangrentó las calles de Roma, porque Maginulfo, que se hizo llamar Silvestre IV, encontró un valioso protector en el conde Werner,

de Ancona, que era uno de los partidarios del joven Enrique. El 18 de noviembre de 1105 Silvestre IV fue entronizado en Letrán, pero su causa duró el tiempo que tardaron en gastarse los bienes acumulados. Faltó el dinero, se alejaron los interesados partidarios, y el antipapa buscó refugio en Osimo, cerca de Ancona.

Acuerdo de Sutri. Falleció en 1106 Enrique IV. Ahora Enrique V, reconocido por todos, invitó a Pascual II a viajar a Alemania para negociar, dando sin embargo a entender con claridad que no debía pensarse en una renuncia a las investiduras laicas. El papa, que había llegado hasta Guastalla, donde un sínodo repitió todos los cánones de condena de los vicios y malas costumbres, decidió entonces no seguir su camino hacia Alemania, sino ir a Francia, detenerse un poco en Cluny, y conferenciar con Ivo de Chartres. Negociaba con Felipe I y con Enrique de Inglaterra los acuerdos que hemos mencionado y que le proporcionaron experiencia. En Châlons-sur-Marne recibió embajadores del soberano alemán: parece que éstos le amenazaron con una nueva campaña militar en Italia (Silvestre IV seguía en reserva como una posibilidad de cambio), pero el papa no se dejó intimidar. En 1017 podía contar con todos los reinos de Occidente que habían suscrito una fórmula que, con variados matices, resolvía la cuestión de las investiduras.

Ninguno de los textos empleados era aplicable al caso alemán, donde muchos obispos regían verdaderos condados o margraviatos. Pascual II regresó a Italia y allí presidió sendos sínodos en Benevento (1108) y Letrán (1110) que demostraron que, en cuanto a doctrina canónica, no se había cambiado ni una línea. Conoció entonces que Enrique V, a la cabeza de 30.000 hombres, se dirigía a Roma para hacerse coronar. El papa le comunicó que la previa renuncia a las investiduras era condición indispensable; el rey de Romanos explicó a los legados cuáles eran las dificultades en Alemania y ellos le sorprendieron con una radical proposición: se devolverían al Imperio todos los beneficios, cesando de este modo la investidura, viviendo en adelante los obispos del diezmo, la limosna y las rentas de sus bienes alodieros. Enrique aceptó. ¿Sabía ya que los obispos impedirían al papa cumplir este compromiso tan radical? El hecho es que el 4 de febrero de 1111 se firmó en Sutri, cerca de Roma, el acuerdo: el emperador renunciaba a toda investidura y al juramento de fidelidad en vasallaje y los obispos abandonaban todos sus beneficios, mayores y menores.

El 12 de febrero, mientras se celebraba la coronación, fue leído el texto. Inmediatamente estalló un gran clamor. El rey, interrumpiendo la ceremonia, se retiró a deliberar con sus obispos y regresó al poco tiempo diciendo que, por unánime opinión, el acuerdo de Sutri era irrealizable y herético. Para protegerles, según dijo el rey, condujo al papa y a algunos cardenales presentes a su campamento situado en Monte Mario. Previamente había hecho venir al llamado Silvestre IV desde Osimo para disponer de una alternativa amenazadora. Pascual resistió dos meses, pero al final se rindió: coronaría al emperador y aceptaría las investiduras laicas en el Imperio. El 12 de abril firmó el llamado «privilegio de Ponte Mammola». Al día siguiente el papa, que había jurado no

excomulgar nunca a Enrique V bajo ningún concepto, le coronó emperador. La victoria alemana era, en estos momentos, completa: fue deshecho el previsto y absurdo matrimonio de Matilde con Welfo V de Baviera y la marquesa suscribió un documento que convertía a Enrique V en heredero de todos sus bienes. Silvestre IV fue enviado de nuevo a su retiro y desapareció de nuestras fuentes.

Las opiniones se dividieron. Para los reformadores, que consiguieran los acuerdos de 1107 con Francia e Inglaterra, el privilegio —al que se referían corrientemente llamándolo *privilegium*— resultaba inaceptable. Algunos pensaban, sin embargo, que la paz era preferible. Pascual II pensó en su propia abdicación como medio de resolver el problema. Gerardo de Angouleme tomó la iniciativa de recurrir a una declaración de nulidad presentándola al sínodo de Letrán de marzo de 1112: se trataba de una concesión arrancada por la fuerza a un prisionero. En Francia se registró en seguida un movimiento con Ivo de Chartres, Hugo de Fleury y el anónimo autor de la *Defensio Paschalis Papae*, defendiendo a la persona del papa y combatiendo al emperador. No faltaron sectores, aunque siempre minoritarios, que, con Godofredo de Vendôme, Josebrand de Lyon y Guido de Vienne, se volvieron contra el papa acusándole de debilidad. El legado pontificio en Alemania, Conon de Preneste, tomó contacto con los príncipes, preparándose para reactivar la resistencia contra el emperador.

Del escándalo en torno a Sutri quedaba un aspecto positivo: por vez primera se había definido con entera claridad el fondo mismo del problema, pues una Iglesia independiente no era posible en los esquemas del vasallaje. De momento era imposible salir de este círculo vicioso, pero significó una experiencia. Pascual II desarrolló la unidad en el gobierno de la Iglesia, definiendo en primer término al colegio de cardenales como un cuerpo de 53 miembros (siete obispos, veintiocho presbíteros y dieciocho diáconos) y desarrollando las notarías y escritorios. Cusía y Cámara incrementaron su actividad. Sabemos lo que la curia pensaba en aquellos momentos a través de un documento anónimo, llamado también *Defensio Paschalis Papae*; había que admitir la existencia de una doble investidura, espiritual con el báculo y el anillo, y de dominios temporales con el cetro. Una solución de compromiso que permitía cerrar la reforma y alcanzar la reconciliación.

En 1115 murió Matilde y Enrique V regresó a Italia para recoger la copiosa herencia. Pascual II reunió uno de los acostumbrados sínodos en Letrán (1116) para reconocer su culpa y declarar nulo el privilegio de Ponte Mammolo. Inmediatamente estalló la revuelta en Roma: el pretexto era el preponderante papel que los banqueros judeoconversos, Pierleoni, estaban desempeñando junto al papa. Pascual II se vio obligado a huir y el emperador se sintió obligado a reafirmar su legitimidad repitiendo la coronación. Ausente el papa ofició en esta segunda ceremonia el arzobispo de Braga, Mauricio, apodado *Burdino*, es decir, «asno». Inmediatamente, Mauricio fue excomulgado por el papa. Curiosa muestra de ambición la de este monje cluniacense, nacido en el sur de Francia que, bajo la protección de Bernardo de Salvetat, arzobispo de

Toledo, había hecho una carrera eclesiástica: archidiácono en Toledo, obispo de Coimbra y arzobispo de Braga (1109), habiendo recibido el *pallium* del propio Pascual. Estaba en Roma para defender la primacía de su sede frente a las pretensiones primadas de Toledo y las metropolitanas de Compostela. El papa le había nombrado legado cerca de Enrique V en 1116, momento en el cual se pasó al enemigo.

Enrique V no pudo mantenerse mucho tiempo en Roma, a la que regresó Pascual II a principios de 1118, pero sólo para morir pocos días más tarde el 21 de enero.

Gelasio II (24 enero 1118 - 29 enero 1119)

La contienda entre el emperador y el papa permitió resurgir las facciones en Roma. Frente a los Pierleoni, que apoyaban a Pascual II, se alzaban ahora los Frangipani que acaudillaban el que podríamos llamar partido imperial. Los cardenales se reunieron casi en secreto en Santa María de Pallara, sobre el Palatino, y eligieron canónicamente a Juan de Gaeta, antiguo monje de Montecassino, un sabio anciano que desde 1089 ejercía el cargo de canciller, adquiriendo gran prestigio por su eficiencia y sus escritos. Cardenal diácono, estaba presente y trató de evitar su elección dando tiempo a que Cencio Frangipani, quebrantando el aula, se apoderara de su persona, llevándolo a una de sus casas fuertes. El pueblo, movilizado por el prefecto de la ciudad, acudió a liberarle. Juan de Gaeta, que perdonó a sus enemigos, consideró este movimiento como una señal y aceptó la tiara. Acompañado de sus cardenales se refugió en Gaeta, donde fue ordenado sacerdote y consagrado papa Gelasio II los días 9 y 10 de marzo de 1118. Los alemanes dominaban en este momento Roma.

A esta ciudad acudió el emperador, invitando a Gelasio a que se reuniera con él a fin de negociar. La respuesta fue negativa: en el próximo otoño —anunció el papa— un sínodo a celebrar en Milán o en Cremona, se ocuparía de la debatida cuestión de las investiduras. Entonces Enrique V, declarando vacante el solio, hizo elegir a Mauricio de Braga que, muy curiosamente, quiso llamarse Gregorio VIII. Apenas se hubo alejado el emperador, Gelasio regresó a Roma y fue nuevamente objeto de las violencias de los Frangipani, aunque consiguió huir: unas aldeanas le encontraron oculto en un trigal, medio muerto de hambre, y le ayudaron para que escapara. Llegó a Pisa, donde pudo consagrar la nueva catedral, completamente a salvo. Un sínodo celebrado en Vienne renovó las sentencias contra las investiduras. Tenía previsto un encuentro con el rey Luis VI de Francia en Vézelay, pero murió en Cluny, tendido en el suelo, como hacen los humildes monjes. Durante su viaje había autorizado a san Norberto de Gennep, el fundador de los premonstratenses, a predicar en toda Francia.

Por su parte, Mauricio Burdino conservó hasta 1119 el dominio sobre San Pedro, Sant'Angelo y aquellas zonas de la ciudad de Roma que dominaban y guarnecían los Frangipani. No consiguió que le reconociera como papa nadie más.

Calixto II (2 febrero 1119 - 14 diciembre 1124)

La persona. Los cardenales Lamberto de Ostia y Conon de Preneste, que acompañaban a Pascual II en el momento de su muerte, tomaron la decisión de constituirse en cuerpo electoral allí mismo, procediendo a elegir a Guido de Vienne, arzobispo de esta ciudad desde 1088, e hijo de Guillermo de Borgoña. La elección fue canónicamente confirmada por los cardenales que permanecieran en Roma, el clero y el pueblo, el 1 de marzo del mismo año. Calixto estaba emparentado con las casas reales de Francia, Inglaterra, Alemania y Saboya y era tío de Alfonso VII (1126-1157), que se titulaba emperador en Castilla y León. Se esperaba de él que pudiera llevar a cabo una negociación que fuese muy clara, ya que en la crisis de 1112 se había mostrado enemigo de toda clase de concesiones. Stanley A. Chorodow («Ecclesiastical Politics and the ending of the investiture context: the papal election of 1119 and the negotiations of Mouzon», *Speculum*, XLVI, 1971) entiende que fueron dos circunstancias, la firmeza en la doctrina y la capacidad negociadora, las que permitieron la liquidación de la querrela y, de este modo, el cierre de la etapa de reforma que abrieran los papas alemanes. En este sentido, el I Concilio ecuménico de Letrán (1123) es término de llegada de un proceso.

Acuerdo de Worms. Viajando por Francia, donde reunió el sínodo de Toulouse para condenar la herejía de los petrobrusianos, remitió a Enrique V una primera propuesta de negociación con Guillermo de Champeaux (1070-1121), obispo de Châlons, y Poncio abad de Cluny; en Estrasburgo llegaron a un principio de acuerdo que implicaba una buena disposición por parte del emperador para renunciar a las investiduras en ciertas condiciones. Convinieron ambas partes en que los detalles del acuerdo se fijarían directamente por el emperador y el papa en una entrevista a celebrar en Mouzon, con ocasión del sínodo que habría de celebrarse a partir del 20 de octubre. Pero la entrevista y la negociación ulterior fracasaron: el papa no estaba dispuesto a conceder más de lo que se hiciera con Francia y esto no era suficiente, según el emperador. En consecuencia, el sínodo de Reims practicó la ceremonia pública de la excomunión de Enrique: todos los presentes apagaron los cirios y los volvieron hacia abajo. Habiendo concluido una paz entre Enrique I de Inglaterra y Luis VI de Francia, que dejaba todo el Occidente a cubierto, Calixto emprendió entonces el viaje a Roma, siendo recibido en todas partes con muestras de entusiasmo. El 3 de junio de 1120 entraba en la ciudad de la que había huido Mauricio Burdino hasta refugiarse en Sutri. Pero los habitantes de esta ciudad le entregaron en abril de 1121: el antipapa fue paseado por las calles de Roma, montado en un camello y de espaldas, antes de ser enviado a prisión perpetua a un monasterio, bajo custodia de los reyes normandos.

La Dieta de Würzburgo (septiembre 1121) pidió al emperador que se reconciliara con el papa negociando una paz «sin detrimento del Imperio». A principios de 1122 una embajada fue a Roma, donde fue bien acogida por Calixto. Éste respondió por medio de una legación de tres cardenales presididos por Lamberto, obispo de Ostia. Fueron necesarios catorce días de debates has-

ta llegar a un acuerdo en Worms (23 septiembre 1122), que algunas veces aparece calificado como el primero de los concordatos. Calixto concedía en él más de lo que su antecesor otorgara a Francia: las elecciones episcopales tendrían lugar en presencia del emperador o sus representantes, lo que permitía influir de alguna manera en ellas; se haría la consagración con el báculo y el anillo por el correspondiente metropolitano, renunciando el emperador a la investidura eclesiástica; después el obispo recibiría de manos de éste, por medio del cetro, las temporalidades anejas; en caso de elección disputada, al emperador correspondía decidir cuál era la *sanior pars*.

Concilio. El acuerdo, confirmado en la Dieta de Worms y en el I Concilio de Letrán (1123), noveno en la serie de los ecuménicos, ponía fin a la querrela de las investiduras y abría una nueva etapa en la vida del pontificado, ya que sus consecuencias fueron mucho mayores de las que en un primer momento se esperaba. Saltaba por los aires toda la estructura imaginada por Otón el Grande para el Imperio, dando a los príncipes eclesiásticos un cierto grado de independencia que pronto reclamaron para sí los laicos. Bastarían cien años, precisamente aquellos en que se dibujan las primitivas formas de Estado que llamamos monarquía, para que el Imperio llegara a convertirse en un nombre vacío. Y mientras tanto la Iglesia se alzaba, desde marzo de 1123, a través del Concilio de Letrán, como una gran monarquía pontificia. Ahí estaba la disyuntiva: los fieles a la reforma gregoriana pensaban que había que continuar por el camino ya inaugurado de transformación de la sociedad desde sus individuos en una exigencia cada vez mayor de cristianismo; pero en la curia sería cada vez más fuerte la corriente que pensaba que lo importante era, precisamente, construir la arquitectura de un gobierno eclesiástico.

Los veintidós cánones del Concilio de Letrán que, entre otras cosas, declararon nulo el matrimonio de presbíteros, diáconos y subdiáconos, prohibieron a los laicos disponer de bienes eclesiásticos, otorgaron indulgencia plenaria a cuantos fuesen a Tierra Santa, sometieron a los monasterios no expresamente exentos a la autoridad de sus obispos, y equipararon la Reconquista española a las cruzadas, fueron como el balance final de la reforma. Durante doscientos años la preeminencia de la autoridad pontificia sobre los demás poderes permanecería indiscutida. Y mientras tanto la estructura jerárquica experimentaría un proceso de consolidación.

En relación con España hay que recordar que Calixto II es quien eleva a la sede de Compostela a la calidad de metropolitana. El culto a Santiago y las peregrinaciones jacobeanas recibieron un impulso muy fuerte.

Honorio II (21 diciembre 1124 - 13 febrero 1130)

Elección disputada. Los gregorianos, en el sentido estricto de la palabra, eran sólo una minoría: veían en el acuerdo de Worms una especie de retroceso. Signo del cambio que se iniciaba era el predominio que alcanzaron los cánónigos regulares (premonstratenses) de san Norberto, que querían llevar al clero secular el espíritu monástico según la regla de san Agustín. Al mismo

tiempo se pretendía poner un límite a las inmunidades, acrecentando el poder pastoral de los obispos. Motor muy importante en el comienzo de esta nueva etapa fue el premonstratense francés Aymerico, a quien Calixto II encomendara la dirección de la curia con el oficio de canciller. Aymerico buscó principalmente apoyo en los Frangipani, usando de procedimientos que no pueden considerarse demasiado ortodoxos. En el momento de la muerte de Calixto, los Pierleoni trataron de promocionar al cardenal Saxo de San Stefano in Rotondo, pero él se negó sin que pudieran convencerle. Buscaron un nuevo candidato, Teobaldo Buccapecus, cardenal de Santa Anastasia, que tomó el nombre de Celestino II, el cual no llegó a ser consagrado: los Frangipani, con sus hombres de armas, invadieron el aula, interrumpieron la ceremonia e hirieron gravemente al electo. Aymerico intervino para convencer a Teobaldo de que renunciara. Los Frangipani pusieron mucho dinero en la empresa de atraerse al prefecto de la ciudad y a los hombres eminentes de la otra facción, asegurándose así la elección unánime de Lamberto de Fiagnano, cardenal obispo de Ostia, que tomó el nombre de Honorio II. F. J. Schmale (*Studien zur Schisma des Jahres 1130*, Colonia, 1961) advierte que esta elección disputada era tan sólo el primer acto del cisma de 1130. Teobaldo murió al poco tiempo, como resultado, tal vez, de las heridas que recibiera.

Las nuevas órdenes. Lamberto, de humilde cuna, era también un premonstratense: coincidía, pues, con Aymerico en la conveniencia de impulsar la nueva vía de refuerzo de la estructura jerárquica de la Iglesia. Las circunstancias parecían favorables. Murió Enrique V (23 mayo 1125) y en la elección que debía procurarle un sucesor estuvo presente el cardenal legado Gerardo, del título de la Santa Cruz. Los príncipes rechazaron a los Hohenstaufen, parientes más próximos del difunto, afirmando el sistema electoral, y escogieron a Lolario de Supplinburgo, un hombre de 50 años carente de hijos. Por primera vez un emperador electo pidió al papa que le confirmara. Conrado de Hohenstaufen (1138-1192) se alzó en armas y, en Monza, se hizo coronar rey de los lombardos por el arzobispo de Milán, Anselmo, que fue inmediatamente excomulgado en el sínodo de Pisa. Conrado fue vencido y pasó sin peligro.

La presencia de legados muy duraderos en Francia y, desde 1125, también en Inglaterra, aseguraba la autoridad pontificia, que se orientaba a someter a las grandes abadías tan independientes en el tiempo próximo pasado. Poncio de Cluny, cuya intervención en las negociaciones de Worms ha sido explicada, hizo un largo viaje a Tierra Santa. El papa autorizó que se procediera a una nueva elección, que recayó primero en Hugo de Marigny, y luego en Pedro el Venerable (1109-1156). Cuando regresó Ponce, reclamando su abadía, Honorio intervino como arbitro y le envió a prisión. También obligaría al cardenal Orderisio a renunciar a Montecassino.

El Cister, lo mismo que Prémontré, apoyaban la nueva política de salir al mundo y no apartarse de él. A este respecto la estrecha amistad de san Bernardo de Claraval (1090-1153) con Aymerico, como con otros grandes personajes del tiempo, debe ser considerada como un dato histórico. San Bernardo

es la gran figura del siglo xn. Su influencia extendería el espíritu religioso al ámbito más externo de la sociedad, la guerra, a través de las órdenes militares: en 1128 fue aprobada la regla del Temple, de modo que también la espada podía ser santificada. Todas las órdenes, aunque no siguiesen estrictamente la regla, aceptarían este espíritu cisterciense de ser monjes en medio del mundo.

Unidad en Nápoles. El principio de autoridad reservado a la sede romana en su grado más eminente no se haría extensivo a todas partes. Por ejemplo en Nápoles/Sicilia, invocando una bula de Urbano II (1098), cuya falsedad ha demostrado S. Fodale *{Comes et legatus Siciliae. Sull privilegio di Urbano II a la pretesa apostólica legazia dei normanni in Sicilia, Palermo, 1970}*, pero cuyos efectos habrían de prolongarse hasta la integración del reino en la corona española, Roger II (1129-1154) pretendía que en aquél las funciones de legado correspondían al soberano. Al morir Guillermo II, duque de Apulia, Roger reclamó la herencia de la que se apoderó, incrementando su poder hasta convertirlo en una amenaza para el Patrimonium. Honorio II intentó impedir la ab sorción, pero fracasó: Aymerico y Cencio Frangipani llevaron en su nombre las negociaciones que condujeron al tratado de Benevento (22 agosto de 1128), que admitía que en adelante Nápoles y Sicilia formarían un solo reino, vasallo del papa.

Al comenzar el año 1130 enfermó Honorio II. Para garantizar una elección favorable, Aymerico le trasladó al monasterio de San Gregorio en el Monte Celio, protegido por las casas fuertes de los Frangipani. Allí murió el 13 de febrero de dicho año, dejando tras de sí una profunda división en el clero.

Inocencio II (14 febrero 1130 - 24 septiembre 1143)

Otro cisma. Desde el pontificado de Gelasio II la división entre bandos romanos que identificamos con las familias de Frangipani y Pierleoni —intereses financieros andaban por medio— se había agudizado. S. Chorodow (*Christian Political Theory and Church Politics in the Middle Twelfth Century: the Ecclesiology of Gralian's Decretum*, Berkeley, 1972) advierte que para entender correctamente los graves sucesos del cisma de 1130 es preciso prestar mucha atención al desarrollo de la ciencia jurídica, que alcanza uno de sus momentos culminantes con las *Decretales* de Graciano, concluidas en torno a 1140. Pues la Iglesia que Aymerico y los nuevos reformadores se proponían construir acentuaba su carácter unitario de cuerpo místico de Cristo, expresado a través de una estructura jerárquica que culminaba en la autoridad del papa, vicario de Cristo, supremo legislador. La ley era, por tanto, la savia que circulaba por sus venas.

En la misma noche de la muerte de Honorio II, después de que el cadáver fuera depositado en una sepultura provisional, veinte cardenales, los más jóvenes, se reunieron en el mismo lugar de San Gregorio y procedieron a elegir a Gregorio l'apareschi, de noble familia romana, y uno de los negociadores del concordato de Worms, que tomó el nombre de Inocencio II. Otros veintitrés cardenales se reunieron en San Marcos: habiéndose negado su primer candida-

to, Pedro, obispo de Porto, los votos coincidieron en otro Pedro, Pierleoni, que quiso llamarse Anacleto II. Los dos electos fueron consagrados en el mismo día, el primero en Santa María Nuova por el obispo de Ostia y el segundo en la basílica de Letrán por el de Porto. La mayoría de votos no tenía entonces la significación resolutive que posee entre nosotros.

Dos figuras de gran relieve dentro de la Iglesia se enfrentaron en un cisma que habría de durar ocho años, despertando en los fieles grandes dudas. Pedro Pierleoni, bisnieto del converso Baruch, había estudiado en París con el rey Luis VI, profesado como monje en Cluny en tiempos del abad Poncio y alcanzado el cardenalato en 1112 como diácono de San Cosme y San Damián. Hombre de confianza de Gelasio II y, sobre todo, de Calixto II, fue promovido a cardenal presbítero de Santa María in Trastévere, en 1120. Destacó mucho como legado en Francia e Inglaterra, pero Aymerico consiguió apartarle de esta vida activa, de modo que durante varios años permanece silenciado. Él representaba la que podríamos llamar línea dura del gregorianismo: el ideal monástico debía inspirar la reforma de las personas. Dueño de Roma, de la que Inocencio II se vio obligado a alejarse, envió cartas a todos los príncipes requiriendo su reconocimiento con el argumento de que su elección había sido correcta y no forzada y que contaba con la mayoría de los cardenales. Pero el único verdadero apoyo con que pudo contar, aparte de la gran fortuna de su familia de banqueros, fue Roger II, que recibió la corona de Sicilia, Apulia y Calabria, culminando así el proyecto de unificación política de todo el mediodía italiano.

Algunos autores han especulado, sin duda erróneamente, con el obstáculo que para los Frangipani hubo de constituir su remoto origen judío. Jean Leclercq (*Recueil d'études sur saint Bernard et ses écrits*, 2 vols., Roma, 1962-1966) ha demostrado que fue la decisión de cistercienses y canónigos regulares en favor de la nueva línea de reforma, la que decidió el pleito. San Bernardo de Clairvaux, en el sínodo de Étampes (1130) proclamó la legitimidad de Inocencio II, ganando para él la obediencia de Francia, Inglaterra y España. Lotario de Supplinburgo convocó a la Dieta en Xantes y aquí fue el propio san Norberto quien inclinó la voluntad del emperador. Otras figuras sobresalientes como Hugo de San Víctor y Pedro el Venerable, ahora confirmado como abad de Cluny, apoyaron a Inocencio. El sínodo de Reims (octubre de 1131) mostró una decisión casi unánime de la cristiandad en favor de quien representaba la nueva etapa en la reforma (F. J. Schmale, *Studien zur Schisma des Jahres 1130*, Colonia, 1961).

Solución del cisma. Inocencio II se entrevistó en Lieja con Lotario y recibió la promesa de ser instalado en Roma: en 1133 el ejército alemán bajó a Italia y pudo entrar en la ciudad, aunque Sant'Angelo y la ciudadela de San Pedro resistieron. El papa coronó emperador a Lotario en Letrán, el 4 de julio de aquel mismo año, pero en cuanto las tropas alemanas se fueron, Inocencio tuvo que refugiarse en Pisa. Aquí reunió un nuevo sínodo (1134) que le proporcionó un gran respaldo: 113 obispos participaron en él. Hubo una segunda expedición imperial, el año 1136; y aunque el emperador logró una victoria sobre

Roger II, tampoco pudo hacer firme el dominio sobre Roma. Las relaciones entre el papa y el emperador se agriaron por el empeño de Lotario en conseguir que se diese a uno de los suyos, Wibaldo de Stablo, la abadía de Montecassino.

La solución del cisma, sin excesivos traumas, llegó con la muerte de Anastasio II el 25 de enero de 1138. Aunque los cardenales de su partido procedieron a elegir a Gregorio Conti, Víctor IV, san Bernardo le convenció para que resignara su oficio, en bien de la Iglesia, reconociendo a su rival. También se sometieron el rey de Sicilia y la familia Pierleoni. En abril de 1139 se reunió el II Concilio de Letrán, décimo de los ecuménicos; se declararon nulos todos los actos y disposiciones tomados por Anacleto II, que figura, en consecuencia, en la lista de antipapas. Naturalmente, el concilio no se redujo a este asunto: sus cánones hicieron avanzar la estructura de la Iglesia. Con la paz llegaba el predominio de la autoridad pontificia. Se hizo una definición rigurosa del matrimonio y de la familia. Un aspecto curioso e importante: a los monjes les sería prohibido el estudio del derecho y de la medicina.

Los últimos años del pontificado de Inocencio II fueron turbulentos. El choque doctrinal con Pedro Abelardo, en que se encontró mezclado san Bernardo, alcanzó también al pontífice cuando éste confirmó la sentencia dictada en el sínodo de Sens (1140). La paz con Roger II no pudo mantenerse y en la lucha que siguió el papa fue hecho prisionero y tuvo que suscribir el tratado de Mignano (25 julio 1139) en que se reconocían a Sicilia las mismas condiciones que ya otorgara Anacleto II. También se enturbiaron las relaciones con Luis VI de Francia, a causa de la provisión de la diócesis de Bourges. Para colmo de males un discípulo de Abelardo, Arnaldo de Brescia (t 1141), iniciaba el sueño perturbador de convertir a Roma en una comuna que restaurase los antiguos tiempos.

Celestino II (26 septiembre 1143 - 8 marzo 1144)

Guido de Cittá di Castello pertenecía a una familia aristocrática romana. También él se había contado entre los discípulos de Pedro Abelardo. Calixto II le había llevado a Roma en calidad de «maestro» en teología y filosofía. En 1127 Honorio II le nombró cardenal diácono de Santa María in Vía Lata, e Inocencio II lo ascendió a presbítero cardenal de San Marcos. Trabajó intensamente en Alemania y en Sicilia para conseguir el reconocimiento de este papa. Figuraba entre las cinco personas que su antecesor recomendara y fue elegido por unanimidad. Habiendo colaborado intensamente con Aymerico durante años, se veía en él un continuador de su obra. Su breve pontificado nos proporciona pocas noticias. A instancias de Suger de Saint Denis y de san Bernardo levantó las censuras que pesaban sobre Luis VII de Francia. Muy a regañadientes ratificó el tratado de Mignano, porque entendía que el fortalecimiento de un reino unido en el sur de Italia podía convertirse en una amenaza para el Patrimonium. Era muy celoso de la autoridad del pontífice: desde este momento se ordenó incluir en los documentos de la cancillería la frase «*salva Sedis Apostolicae auctoritate*», que era una afirmación de supremacía jurídica ab-

solata. Reunió una espléndida biblioteca de cincuenta y seis volúmenes que donó a su ciudad natal.

Lucio II (12 marzo 1144 - 15 febrero 1145)

Gerardo Caccianemici, natural de Bolonia, pertenecía a la congregación de canónigos regulares. Calixto II le nombró cardenal presbítero de Santa Cruz, iglesia que entregó a su orden. Rectitud de vida y espíritu de servicio le aseguraron una gran influencia en el pontificado de Inocencio II, que le nombró canciller y bibliotecario. Su amistad con san Bernardo es dato importante. Estableció el primado de Tours sobre Bretaña, contra las pretensiones del obispo de Dol, y otorgó a Toledo la primacía sobre toda la península. Aceptó el vasallaje de Alfonso Enríquez de Portugal, aunque sin darle título de rey. Pese a que en el colegio de cardenales se alzaran protestas contra Roger II, que usurpaba dominios de la Iglesia, Lucio II se negó a tomar medidas; la situación en Roma le obligaba a ser prudente.

Arnaldo de Brescia, que también era un premonstratense, predicaba contra la estructura de la Iglesia, su lujo y sus condiciones, reclamando un retorno a la predicación ambulante en rigurosa pobreza. Cometió el error de recurrir a medios políticos para conseguirlo. En Roma alentó la proclamación de una comuna que debía restablecer el Senado, como en los antiguos tiempos. Al frente del movimiento aparecía el hermano de Anacleto II, Giordano Pierleoni. Lucio intentó buscar ayuda en Roger II, entrevistándose con él en Cerano, y también con Conrado III (1137-1152) Hohenstaufen. Al no conseguirla se decidió a emprender el asalto del Capitolio, asiento del poder de Arnaldo, pero fue herido de una pedrada y falleció.

Eugenio III, san (15 febrero 1145 - 8 julio 1153)

El papa, fuera de Roma. El mismo día de la muerte de Lucio II los cardenales eligieron a Bernardo Pignatelli de Montemagno, abad del monasterio cisterciense de los Santos Vicente y Anastasio, en las afueras de Roma. La influencia de san Bernardo era la que le había movido, hacia 1130, a profesar en el mismo Claraval. Partidario de la construcción de una fuerte monarquía eclesiástica se mostró, naturalmente, enemigo de los proyectos de Arnaldo de Brescia. Cuando san Bernardo conoció su elección se asustó, pues se trataba de un monje —nunca abandonaría su hábito ni sus costumbres— y, sin embargo, iba a revelar una extraordinaria capacidad para desenvolverse en medio del mundo. Como rechazó la legalidad de la comuna constituida en Roma, fue a hacerse consagrar en Farfa. Luego fijó su residencia en Viterbo.

Desde aquí excomulgó a Giordano Pierleoni y a sus partidarios, estableciendo un estrecho bloqueo en torno a la ciudad hasta que la obligó a capitular. En las Navidades de ese mismo año, 1145, pudo ya entrar en Roma; Arnaldo de Brescia fue a postrarse a sus pies y se concertó un acuerdo mediante el cual el Senado, compuesto por 56 miembros, no entraría en funciones salvo con la autoridad del papa. Coincidió también en Roma por aquellas fechas Pe-

dro Abelardo (1079-1142), para prestar obediencia a Eugenio y explicar sus dificultades. La popularidad de Pedro Abelardo no procedía de sus enseñanzas, en la colina de Santa Genoveva, sino de sus discursos contra la riqueza de los eclesiásticos. Por esta causa había sido denunciado ante el II Concilio de Letrán. Luis VII había interrumpido sus clases expulsándole y, por el camino de Zurich, fue a confirmar su fidelidad. Ni Arnaldo de Brescia ni Pedro Abelardo perseveraron en su sumisión arrastrados por su espíritu, en que la mística se mezclaba con la violencia; reclamaban una Iglesia pobre que viviera de los diezmos y de las limosnas. En 1146, cuando Eugenio III rechazó las propuestas de la comuna que pretendía nada menos que arrasar Tívoli, rebelde, Arnaldo condujo a Roma de nuevo a la insurrección, obligando al papa a instalarse en Viterbo (enero de 1146).

La cruzada. En aquella ciudad le encontró Hugo, obispo de Gabala (Djebelh), a quien enviaba Raimundo de Antioquía. Coincidió con una delegación de obispos de rito armenio, procedentes de Cilicia, que protestaban de la hostilidad de los bizantinos. Las noticias eran alarmantes: Edessa había sido tomada por los turcos, que ahora amenazaban los dominios de los cruzados. El cronista Otto de Freisingen transmite la noticia de que Hugo fue el primero en hablar al papa de la existencia del preste Juan de las Indias, descendiente de los Reyes Magos, y de una comunidad cristiana en el Lejano Oriente. Eugenio III renovó la bula de cruzada con grandes indulgencias (marzo de 1146), encargando a san Bernardo que la predicase. Lo hizo con enorme entusiasmo: en una asamblea reunida en Vézelay invitó a los caballeros a repetir la hazaña del 1096. Comenzaba de este modo la Segunda Cruzada. En 1147 el papa viajó a Francia para tomar parte también en los preparativos: había pedido a san Bernardo que no involucrara a Alemania en la empresa porque necesitaba de Conrado III para recuperar Roma y lograr la sumisión de Roger de Sicilia. Pero ya el sanio de Claraval había iniciado la predicación y Conrado había dicho que oslaba dispuesto a acudir en persona.

Nunca se había hecho un esfuerzo tan grande, ni nunca tampoco se causaría una decepción más profunda. Mientras Eugenio III se entrevistaba con Luis VII, el otro rey cruzado, en Dijon y en Saint Denis —el encuentro previsto con Conrado no llegó a realizarse— los caballeros ya estaban marchando en grandes grupos por los caminos de tierra. Otros fueron por mar. Llegados a su destino, alemanes y franceses se entendieron mal. Por otra parte, la reina de Francia, Leonor de Aquitania (1122-1204), que acompañaba a su marido, intimó con Raimundo de Antioquía (1136-1149), y el matrimonio se rompió. Más tarde tal unión sería anulada por causa de parentesco, y Leonor, casándose con Enrique II, llegaría a ser reina de Inglaterra. Cruzando Asia Menor e intentando luego el ataque a Damasco, se perdió la mayor parte de los efectivos. Luis VII, al regresar, culpó a los bizantinos de este fracaso y dejó en el aire la idea de que sin un previo dominio del territorio bizantino la cruzada nunca conseguiría el éxito. Eugenio III se negó a tomar ni siquiera en consideración tales proyectos, pero fue una sugerencia que muchos no olvidaron. Dos efectos

se derivaron de la Segunda Cruzada: un serio desprestigio del pontificado y un aumento en la disyunción entre Oriente y Occidente. Contrastaba el fracaso en el camino de Damasco con el éxito que uno de los grupos de guerreros en viaje proporcionó a Portugal con la conquista de Lisboa.

Falta el emperador. Eugenio intensificó los esfuerzos de reforma para elevar el nivel de la vida espiritual en clérigos y monjes. Importantes sínodos en París, Tréveris y Reims se ocuparon de estos temas y también de la revisión de las doctrinas que enseñaban los grandes maestros de la primera escolástica, como Gilberto de la Porée; la experiencia de confusiones que originaran las enseñanzas de Pedro Abelardo obligaba al papa a tomar precauciones. Pero no se trataba de reprimir, sino de estimular. Por encargo de Eugenio, Burgundio de Pisa traduce al latín los sermones de san Juan Crisóstomo y el *Tratado de la fe ortodoxa* de san Juan Damasceno. Las intervenciones en Francia e Inglaterra, donde sostuvo a Teobaldo de Canterbury frente al rey Esteban (1135-1154), y en Irlanda, donde la Iglesia quedó reorganizada en cuatro sedes metropolitanas, fueron muy notables.

Con un buen bagaje de realizaciones a sus espaldas, el antiguo monje decidió regresar a Italia. Apenas llegado a Cremona (15 de julio de 1148) pronunció la excomunión contra Arnaldo de Brescia. Con tropas sicilianas pudo entrar en Roma, pero el ambiente era tan hostil que juzgó preferible no permanecer en ella, retornando a su residencia de Viterbo. En los años siguientes sería cada vez más frecuente esa residencia de los papas fuera de Roma. La única esperanza de restaurar el orden estaba en la presencia del emperador: Eugenio hizo planes para traer a Conrado a Roma y coronarle. Pero había regresado éste tan maltrecho de la cruzada que murió el 15 de febrero del mismo año.

El Imperio. Aunque Federico I de Hohenstaufen (1152-1190), llamado Barbarroja, al comunicar su elección no solicitó la confirmación, Eugenio la otorgó; confiaba en obtener alguna clase de acuerdo que le permitiera establecerse sólidamente en Roma. También los rebeldes romanos estaban atentos a lo que sucedía en Alemania; bastó la noticia de que la Dieta de Würzburgo había acordado el viaje a Italia para que los romanos abrieran sus puertas al papa. Pero antes de que se produjera la coronación, Eugenio y Federico negociaron y concluyeron el importante tratado de Constanza (23 marzo 1153). En él se fijaban los respectivos ámbitos de soberanía y jurisdicción, utilizando términos del lenguaje feudal: *honor Ecclesiae* y *honor Imperii*, como ha destacado P. Rassow (*Honor Imperii*, Darmstadt, 1961). Además, ambos se comprometieron a recíproca protección: el emperador no negociaría con romanos ni con normandos, ni haría concesiones sin consentimiento del papa, ni éste haría nada semejante con los que fuesen contrarios al Imperio. Eugenio III murió antes de que el convenio comenzara a surtir efecto.

Anastasio IV (8 julio 1153 - 3 diciembre 1154)

De nombre Conrado, había nacido en el barrio de Roma conocido como Suburra y probablemente procedía de un sector social medio. Pascual II lo había

nombrado cardenal presbítero de Santa Pudenciana y los servicios que como tal prestó a Honorio II movieron a éste a elevarle al rango de obispo de Santa Sabina. Decidido partidario de Inocencio II durante el cisma, había permanecido todo el tiempo en Roma o en sus inmediaciones como vicario suyo. Hizo el mismo oficio durante algunas de las ausencias de Eugenio III, de modo que era su continuador natural y fue elegido el mismo día de la muerte de éste. Su larga experiencia, a pesar de que el cronista Gerhoh de Reichersberg lo califica de «débil anciano», y la presencia constante en Roma, permitían esperar que le fuera posible alcanzar un acuerdo con la comuna. De hecho, durante todo su breve pontificado pudo residir en Roma. Puede definirsele como un pacificador: aceptó el candidato que Federico Barbarroja quería para Magdeburgo; restauró a William Fitzherbert, depuesto por Eugenio III, en la sede de York; logró, por medio del legado Nicolás Breakspeare, un acuerdo con Suecia y Noruega y que ambas pagasen el «dinero de san Pedro».

Adriano IV (4 diciembre 1154 - 1 septiembre 1159)

La persona. Nicolás Breakspeare es el único papa inglés. Hijo de un clérigo que más tarde se hizo monje y nacido hacia el año 1100 en las proximidades de St. Albano, se vio reducido a la absoluta pobreza. Emigró a Francia e ingresó en la orden de canónigos regulares, siendo compañero de estudios de John de Salisbury (1115? - 1180) y discípulo de Gilberto de la Porée y de Pedro Abelardo. Fue elegido preboste, esto es, prior, en San Rufus (Avignon), pero sus compañeros de orden le acusaron ante el papa, falsamente, de excesiva dureza en el trato. Eugenio III lo llamó a Roma, pero lo que hizo fue nombrarlo cardenal obispo de Albano (1149). Entre 1150 y 1153 desempeñó con enorme eficacia la legación en los países escandinavos. En 1152 reunió un gran sínodo en Noruega, en el que se decidió elevar la sede de Nidaros (Trondheim) a metropolitana; más tarde, en Suecia, otro sínodo en Linköping, hizo lo propio con Uppsala. La elección para suceder a Anastasio fue unánime.

Consecuencias de Constanza. Puso el mayor empeño en restablecer la autoridad pontificia en Roma, donde Arnaldo de Brescia había conseguido fortalecer su posición con dos propagandas: exigencia de pobreza absoluta al clero, sometiendo de este modo a los eclesiásticos; y canto a las viejas glorias de la ciudad, que debía ser restaurada en su antiguo poder. En uno de los tumultos que se produjeron, el cardenal Guido, de Santa Pudenciana, resultó herido. Entonces Adriano fulminó la excomunión sobre Roma, algo que nunca ocurriera y que resultaba inaudito. Pero por este procedimiento consiguió la capitulación del Senado, al que impuso como condición el exilio de Arnaldo de Brescia. Una solución únicamente parcial, pues el Patrimonium estaba seriamente amenazado desde el sur por Guillermo de Sicilia. Adriano pidió a Federico que fuera a Roma y le envió la confirmación del tratado de Constanza. Pero según Peter Rassow (obra citada) y M. Maccarone (*Papato e Impero dalla elezione di Federico I a la morte di Adriano IV*, Roma, 1959), este documento era tan sólo un acuerdo marco que necesitaba aclaraciones y sin duda debates: ¿dónde está el límite de cada «honor»?

Barbarroja fue a Italia en su primer viaje, el de la coronación. El 8 de junio de 1155 se entrevistó con el papa en Sutri y se produjo ya un roce serio: el emperador se había negado en principio a tomar las riendas del caballo de Adriano y sólo accedió cuando, tras un largo forcejeo, quedó claro que se trataba de un gesto de cortesía hacia san Pedro y no de sumisión. Inmediatamente después hizo entrega de Arnaldo de Brescia, a quien llevaba consigo, el cual fue juzgado y condenado por el prefecto de la ciudad. Las cenizas del revolucionario fueron lanzadas al Tíber para evitar una mitificación del héroe muerto. Pero el mismo día de la coronación (18 de junio de 1155) los alemanes tuvieron que aplastar una revuelta en Roma. Después el emperador regresó sin ocuparse de la amenaza siciliana, y sin que se hubieran hecho las puntualizaciones que exigía el tratado de Constanza.

«*Dominium Mundi*». Adriano negoció por su cuenta con Guillermo, firmando el tratado de Benevento (18 junio 1156). Rematando la empresa de un siglo, este descendiente de Tancredo de Hauteville recibía el título de rey de Sicilia, Apulia, Capua y Calabria, con la posesión hereditaria de Nápoles, Salerno, Amalfi y la tierra marsa, todo ello en calidad de vasallaje respecto a la Sede Apostólica y con la obligación de pagar cada año un censo de 1.000 marcos de oro. Desde noviembre de 1156 el papa había vuelto a establecerse sólidamente en Roma y contaba, de nuevo, con el respaldo de los normandos.

Para informar de estos acontecimientos, Adriano envió dos cardenales, Rolando Bandinelli y Bernardo de San Clemente. Se habían producido entre tanto importantes cambios en el entorno del emperador: el conde Otto de Wittelsbach y el canciller Reinaldo de Dassel (1120-1167) ejercían una gran influencia. Este último sostenía una doctrina según la cual el *honor Imperii* coincidía con un verdadero *dominium Mundi*, ya que la autoridad del emperador era tan universal como la del papa. Los legados de Adriano llevaban el encargo de resolver un conflicto que entre tanto había surgido: Eskil, obispo de Lund, en Dinamarca, a quien en Roma el propio papa entregara el *pallium*, había sido detenido en Thionville bajo la acusación de ingerencia en territorios propios del Imperio. Federico recibió a los legados en Besancon, donde celebraba una Dieta (octubre 1157). Al traducir la carta del papa al alemán, Reinaldo de Dassel convirtió el término genérico de «beneficios» en *lehen*, es decir, feudos. Estalló en la Dieta un escándalo al que contribuyó el cardenal Bandinelli cuando, en el calor de la polémica, preguntó de quién recibía el emperador el Imperio sino del papa. Los legados tuvieron que regresar a Roma con las manos vacías y con un mal sabor de ruptura. El papa se dirigió a los obispos alemanes, en indirecta solicitud de apoyo, y pudo comprobar que éstos estaban decididos a cerrar filas en torno a su rey. En consecuencia tuvo que escribir una segunda carta dando explicaciones: él se había referido claramente a beneficios en el sentido moral y no jurídico de la palabra, sin querer decir feudos; la corona imperial no es algo que el papa «otorgue», sino un signo de reconocimiento que «impone».

Primera victoria para Federico, que permitió a éste dar un paso adelante.

Protegiendo con abundantes privilegios a los maestros de Bolonia, el emperador estaba contribuyendo a la recepción del derecho romano, llevándolo al extremo: «*quod placuit principi, legis haber vigorem*». Frente a las pretensiones de la Iglesia (Dios mismo ha escogido al papa a través de Pedro) enarbolaba otro argumento: el mismo Dios que ha transferido el *imperium* al pueblo alemán, es coge a través de éste a los emperadores. Con un gran ejército regresó a Italia y, aludiendo a quejas presentadas en una asamblea anterior, sometió Milán (1 septiembre 1168) por la fuerza.

Roncaglia. Una Dieta fue reunida en Roncaglia, el 11 de noviembre de este mismo año. En ella reivindicó para sí todos los antiguos derechos soberanos (regalías), liquidó las pretensiones comunitarias de las ciudades designando en ellas magistrados (*podestá*) encargados de representarlo, y devolvió a los dominios de los nobles su condición de feudos en relación de vasallaje. Es indudable que se preparaba a restaurar la investidura laica de los obispos. No comprendía, acaso, que todo este programa resultaba arcaico: chocaba abiertamente con las nuevas circunstancias económicas. Milán, Brescia y Piacenza comenzaron a preparar una insurrección de las ciudades, tomando contacto con el papa. Mientras tanto, Federico Barbarroja iba acumulando motivos de discordia. Con los bienes de la marquesa Matilde más las islas de Córcega y Cerdeña, que el papa reclamaba, hizo un amplio dominio que entregó en vasallaje a Welfo de Baviera a fin de atraerse a este poderoso linaje. Luego nombró a Reinoldo de Dassel arzobispo de Colonia y a un subdiácono para la sede de Rijnena sin consultar siquiera al papa. Adriano reaccionó con energía: la Dieta de Roncaglia no le afectaba porque el *honor Petri* que es «honor de Dios» significa plena soberanía sobre el Patrimonium y plena independencia en lo espiritual para los obispos. Anunció que si en cuarenta días no rectificaba, Federico sería objeto de excomunión. Antes de que el plazo se agotara murió el papa, que había comenzado a prepararse para un enfrentamiento estrechando sus vínculos con Guillermo de Sicilia y procurando un acercamiento a Manuel Comneno, emperador de Bizancio.

Alejandro III (7 septiembre 1159 - 30 agosto 1181)

La elección. El colegio de cardenales se hallaba profundamente dividido: frente a los que defendían la plenitud de la autoridad en el pontífice, con predominio de la ley canónica sobre la civil en todos sus aspectos, no faltaban quienes, influidos por el derecho romano, compartían el punto de vista del emperador de que la Iglesia necesitaba la existencia de una soberanía temporal completa para su defensa. Otto de Wittelsbach, conde palatino, estaba en Roma en el momento de la muerte de Adriano e influyó seguramente en el desarrollo de los acontecimientos. Adelantándose a sus colegas, una minoría de partidarios del emperador, procedió a elegir al cardenal Ottaviano de Monticelli, un sabino de noble cuna que pertenecía al círculo de amigos de Federico, el cual anunció que tomaría el nombre de Víctor IV; en una de sus primeras cartas, usando los términos de Constanza, declaró su voluntad de velar por el «honor del Im-

perio». Ese mismo día la mayoría de los cardenales procedía a elegir a Rolando Bandinelli, el protagonista del enfrentamiento en la Dieta de Besancon, que lomó el nombre de Alejandro III y se presentó como defensor a ultranza del honor de Pedro».

Gracias a los trabajos de M. Pacaut (*Alexander III*, París, 1956) y de M. W. Baldwin (*Alexander III and the Twelfth Century*, Londres, 1968) estamos ahora en condiciones de entender este complicado cisma de dieciocho años. Nacido en Siena hacia el 1100, Bandinelli era un reputado profesor de derecho de Bolonia, autor de dos libros muy importantes (*Stroma*, que es el primer comentario al Decreto de Graciano, y *Sententiae*, una especie de suma en que comenta y corrige a su maestro Pedro Abelardo), promovido cardenal en 1150. En calidad de tal llegó a convertirse en principal consejero de Adriano IV y en el más decidido defensor de su política. La polémica entre las dos soberanías no se redujo a Italia y Alemania: se hizo extensiva a otros reinos, en especial Inglaterra.

La doble elección fue origen de choques armados: los partidarios de Ottaviano invadieron el aula y, contando con la mayor fuerza, le pusieron en posesión de Letrán, donde el clero y el pueblo le aclamaron. Pero ninguno de los electos juzgó prudente ser consagrado en Roma: Alejandro lo fue en Ninfa, cerca de Velletri (20 de septiembre) y Víctor en Farfa (4 de octubre). Dadas las circunstancias, muchos, de buena fe, dudaban de dónde estuviese la legitimidad. Alejandro III tuvo que abandonar Roma. Fue una gran oportunidad para Federico Barbarroja, que comenzó declarándose neutral y reclamando para el emperador la decisión final, como si se tratara de una elección episcopal en discordia de las previstas en el concordato de Worms. Convocó un concilio en Pavía (febrero de 1160): pero lo que en él habría de decidirse estaba prejuzgado ya que Ottaviano era llamado Víctor IV y Bandinelli simplemente cardenal; se trataba de formular, en ausencia de este último, una doctrina que declarase como Ottaviano era la *sanior pars*. El obispo de Aquileia y algunos otros alemanes, comenzando por Eberhard de Salzburgo, se declararon contra el emperador. John de Salisbury se encargó de rebatir las tesis de Pavía: la elección de Alejandro III era la única válida porque, aparte de contar con la mayoría, se había efectuado en libertad. Entonces el legado Juan de Anagni pronunció dos sentencias de excomunión, contra Víctor IV y contra Federico (27 de febrero). El papa confirmó la primera pero no la segunda; seguía buscando vías de negociación con el emperador.

«*Universitas christiana*». En octubre de 1160 se celebró un sínodo en Toulouse, al que asistieron Enrique II de Inglaterra, Luis VII de Francia y numerosos obispos de ambos reinos y de España, todos los cuales reconocieron la legitimidad de Alejandro III. Éste, no pudiendo instalarse en Roma y fracasado el primer contacto con el emperador, fijó durante más de dos años la residencia en Sens. El clero y las órdenes monásticas se dividieron: en general, los maestros teólogos y canonistas se colocaron al lado de Alejandro, que era uno de los suyos. Lo mismo hizo el Cister. En cambio, Cluny reconoció a Víctor IV.

Alejandro representaba un nuevo paso hacia esa forma de monarquía pontificia asentada sobre una comunidad (*Universitas christianá*) en relación con la cual él prefería llamarse vicario de Cristo en lugar de vicario de Pedro.

La comunidad, verdadero cuerpo místico, estaba siendo amenazada por desviaciones muy serias que fueron ya tratadas en los sínodos de Monipellno (1162) y de Tours (1163), en los cuales se reconoció la necesidad de recurrir a medidas de fuerza para desarraigarlas. Como un eco de las críticas que se levantarán contra la estructura jerárquica de la Iglesia y sus medios materiales surgían movimientos que reclamaban la pobreza absoluta, como era el caso de Pietro Valdo (1140-1217) y sus discípulos, o que rechazaban abiertamente los fundamentos mismos de la Iglesia, como sucedía con los *cátharos* («puros», en el sentido de elegidos) también llamados albigenses por ser Albi la ciudad donde más proliferaban. Alejandro confiaría el estudio del problema al legado cardenal Pedro de San Crisógono. Mientras que en los valdenses se apreció en principio un riesgo de desviaciones si exageraban su doctrina de la pobreza, el catharismo aparecía como una amenaza a la estructura misma de la sociedad por su negación del matrimonio, en consecuencia de la familia, y de los principios de autoridad. Siguiendo las recomendaciones de este legado, Alejandro conminó al conde Raimundo de Toulouse (1194-1222) una tarea de represión, que debía incluir el encarcelamiento de herejes, la confiscación de bienes y la destrucción de castillos.

Alejandro retorna a Roma. Federico Barbarroja, que había rendido Milán (1 de marzo de 1162) disponiendo su arrasamiento, parecía por primera vez absolutamente dueño de Italia: hasta Genova y Pisa se le sometían. Venecia comenzó a temer en su dorado aislamiento. Pero también Luis VII y Enrique II, en la obediencia de Alejandro III, estaban aprovechando la oportunidad del cisma para incrementar el dominio que ejercían sobre la Iglesia. En 1162 el monarca británico impuso el nombramiento de su propio canciller, Tomás Becket (1117-1170), un universitario formado en París y Bolonia, como arzobispo de Canterbury. El nombramiento fue mal recibido porque se pensaba que era únicamente un instrumento de su política. Entre Francia e Inglaterra se alzaba la misma mujer, Leonor de Aquitania, casada con Enrique II después de haberse divorciado de Luis VII.

Luis proyectó una solución al cisma mediante un encuentro con Federico Barbarroja en el puente de San Juan de Losne, sobre el Saona, al que deberían asistir ambos papas, pero Alejandro rechazó lo que a fin de cuentas se traducía en un arbitraje ejercido por soberanos temporales entre dos candidatos. Cuando el encuentro se realizó, el 19 de septiembre de 1162, Luis no encontró al emperador sino al canciller, Reinaldo de Dassel. La entrevista se convirtió en un fracaso. Pero también lo era la iniciativa de Enrique II. Tomás Becket afirmó desde el primer momento la superioridad del derecho canónico sobre el civil e impidió a los jueces temporales intervenir en el juicio de un clérigo de Sarum aunque se trataba de un horrible crimen. El monarca británico comenzó a trabajar en una ley, publicada en 1164 (Constituciones de Clarendon) que esta-

blecía una prohibición de los obispos de viajar a Roma sin su licencia y sometía a los clérigos a la justicia ordinaria cuando la materia del delito así lo requiriese. Becket apeló al papa, que declaró aceptables únicamente tres de los dieciséis artículos de la ley.

Conseguido el apoyo de los reinos occidentales y de una manera especial de sus obispos (en este momento otorga a Alfonso Enríquez el reconocimiento como rey de Portugal), Alejandro III comenzó a preparar su regreso a Roma. Víctor IV, que viajaba siempre en compañía del emperador, falleció en Lucca el 20 de abril de 1164. Los ciudadanos, que le consideraban un antipapa, se negaron a que le enterrasen allí. Dassel, temiendo que Federico se inclinase por la vía de la negociación, se apresuró a hacer elegir a Guido de Crema, que tomó el nombre de Pascual III. Hizo dos gestos hacia la popularidad en Alemania: la canonización de Carlomagno y el traslado de las reliquias de los Reyes Magos desde Milán a su catedral de Colonia. Ya se detectaba un movimiento de fuerte resistencia entre las ciudades que se proponían formar una liga contra el emperador. Como un signo, los lombardos comenzaron a construir una nueva ciudad, cerca de Tortona (1165), y la llamaron Alejandría, en honor al papa. También comenzaron a reconstruir Milán. Venecia se preparaba a respaldar dicho movimiento negociando con Guillermo de Sicilia, con el emperador de Bizancio y con algunas otras ciudades italianas: la consigna era frenar al emperador para no poner en peligro los esquemas económicos. Por el camino del mar Alejandro llegó a Sicilia y, desde aquí, escoltado por tropas normandas, pudo entrar en Roma el 23 de noviembre de 1166. Pascual III se retiró a Viterbo.

Asesinato de Becket. Por cuarta vez el gran ejército imperial descendió sobre Italia. Tomada Ancona, derrotadas las milicias romanas en Tusculum (29 de mayo de 1167) y huido Alejandro al seguro refugio de Benevento, pudo Federico entrar en Roma con Pascual III, que coronó en San Pedro a la emperatriz, Beatriz de Borgoña. Pero entonces —como dirían los partidarios de Alejandro— la mano de Dios descendió sobre él: una epidemia de malaria, el mal romano, se abatió sobre el ejército, causando la muerte de más de dos mil caballeros, entre ellos el duque Federico de Suabia, Welfo de Baviera y Reinaldo de Dassel (14 agosto 1167). Los invisibles microbios habían destruido el poderoso ejército alemán. Llegaba al mismo tiempo la noticia de que Mantua, Bergamo y Brescia, habían tomado la iniciativa (marzo de 1167) de constituir la Liga lombarda, con el propósito de que las cosas volvieran al estado en que se hallaban antes de la Dieta de Roncaglia. Cónsules elegidos por los ciudadanos comenzaron a sustituir a los *podestá* imperiales.

En 1168 murió Pascual III y Federico Barbarroja retiró prácticamente su apoyo al sucesor procurado por sus partidarios, Calixto III, porque comprendía que el cisma era ya un obstáculo para su política. Por medio de los abades de Citeaux y Claraval trataría de lograr un acuerdo. También Enrique II se rendía. Había intentado someter a juicio a Becket por el rechazo de las Constituciones de Clarendon, pero el arzobispo, tras pronunciar el entredicho, había salido de Inglaterra. Alejandro III no sólo confirmó su actitud sino que le nom-

bró legado en las islas británicas (1166). Y Enrique II había decidido aceptarle en Canterbury, sin que Tomás levantara siquiera las excomuniones pronunciadas contra quienes le desobedecieran.

Las negociaciones se prolongaron mientras se afirmaba la posición del papa. Manuel Comneno llegó a proponer a Alejandro una fórmula para que, deponiendo a Federico, se le reconociese como único embajador, mientras él, garantizando la unión de las dos Iglesias, le reconocía como único papa. Aunque esa proposición no podía tomarse en serio, el pontífice no quiso desecharla radicalmente. Por su parte, Barbarroja estaba convencido de que sólo una victoria militar podía cambiar ahora el equilibrio de fuerzas, pero carecía del instrumento fundamental para lograrla: no poseía un ejército ni los príncipes alemanes estaban dispuestos a proporcionárselo. Para ellos, y especialmente para Enrique el León, el gran güelfo, el este era la verdadera meta para Alemania, mientras que Italia era tan sólo la tumba de las desilusiones.

Tampoco la posibilidad de lograr aliados. Luis VII se mostraba contrario y el retorno de Becket a Canterbury sólo había servido para afirmar la posición de la Iglesia en Inglaterra. Un desdichado comentario de Enrique II hizo que algunos caballeros de su séquito asesinaran a Tomás en la catedral el 29 de diciembre de 1170. El formidable escándalo obligó a Enrique II a ofrecer un acto de sumisión completo y las Constituciones de Clarendon quedaron sepultadas en el olvido. En 1172 el rey hizo penitencia por un crimen del que se declaraba inocente. Y Alejandro III declaró que Becket había muerto mártir de la fe.

Legnano. En septiembre de 1174 el emperador estaba nuevamente en Italia. Se celebraron algunos coloquios con el papa y las ciudades italianas, que fracasaron: la Liga y Alejandro demostraron estar dispuestos a no separarse. Tras un último intento de conseguir la ayuda de Enrique el León, Federico decidió arriesgar la batalla en el campo de Legnano y la perdió (19 mayo 1176). No puede considerarse como una victoria decisiva, pero sí suficiente para enterrar el *dominium Mundi* y abrir negociaciones. Fueron éstas muy largas y tuvieron por escenario Venecia, adonde había llegado el papa entre los días 10 de mayo y 21 de junio de 1177. El emperador abandonaba a Calixto III (también éste, tras un conato de resistencia, se sometería el 28 de agosto de 1178), firmaba una tregua con las ciudades lombardas, reconocía a Guillermo de Sicilia como rey, y prestaba obediencia a Alejandro. Al entrar en Venecia el 24 de julio, Federico se arrodilló humildemente delante del papa, que le aguardaba a las puertas de la basílica de San Marcos. Alejandro le dio el beso de paz, juntos entonaron el *Tedeum* y en la misa solemne del día siguiente, comulgaron. La paz fue promulgada solemnemente el 1 de agosto.

/// Concilio de Letrán. Se había previsto, en las negociaciones, la convocatoria de un concilio ecuménico, el tercero de los celebrados en Letrán. Se inauguró el 5 de marzo de 1179, exactamente un año después del triunfal regreso de Alejandro a Roma. Con trescientos obispos e innumerables clérigos y monjes —incluyendo un enviado bizantino, Nectario de Casula—, era indudablemente la representación de la Iglesia universal; así lo expresó, en su discurs-

so de apertura, Rufino, obispo de Asís. Vencido el Imperio, la Iglesia se dibujaba como la gran monarquía prevista por los reformadores. Pero no era el poder lo que la caracterizaba, sino el profundo valor espiritual. Alejandro acogió a los valdenses, alabó su pobreza, y les pidió moderación, pero les prohibió predicar salvo con permiso de sus obispos. Se otorgaron plenos poderes al abad de Citeaux, promovido cardenal obispo de Albano, para ocuparse del catharismo.

Muchas cuestiones se trataron en este importante concilio, cuyo análisis no corresponde hacer aquí. Se decidió que, en adelante, las elecciones pontificias serían realizadas por todo el colegio de cardenales sin distinción entre ellos, siendo necesaria una mayoría de dos tercios para proclamar al electo. Toda la jerarquía se implicaba en el deber de obediencia, de inferior a superior hasta el papa, debiendo someterse a examen previo a los candidatos. La Iglesia optaba por la enseñanza —nacían los estudios generales—, asignando beneficios con renta pero sin cura de almas a los profesores, dándose de este modo la razón a los maestros parisinos que escapaban al control de la catedral. Por vez primera se dio la voz de alarma contra ciertas costumbres de las órdenes militares. Y se renovaron los decretos contra la usura que englobaban también los créditos mercantiles.

Lucio III (1 septiembre 1181 - 25 noviembre 1185)

Elección. Ubaldo Allucingoli, nacido en Lucca hacia el 1110, ingresado en la orden del Cister bajo el patrocinio de san Bernardo y cardenal obispo de Ostia y de Velletri, había sido el negociador de dos documentos esenciales, el tratado de Benevento y la paz de Venecia. Gozaba de la confianza de Federico Barbarroja, que le había propuesto como uno de sus interlocutores para aclarar las secuelas del acuerdo. El 21 de noviembre de 1184 hará un importante regalo a su orden: la absoluta inmunidad respecto a los poderes episcopales. Como no estaba seguro de la fidelidad de los romanos ni de su Senado de veinticinco miembros, descontentos porque ni se habían tenido con ellos las acostumbradas larguezas ni se les había dejado vengarse de Tusculum, no se hizo consagrar en San Pedro sino en Velletri (5 de septiembre de 1181); hasta el mes de noviembre no hizo su entrada en Roma, donde fue recibido con evidente frialdad. Aquí permaneció cinco meses. No tenía otra garantía de conservar la sumisión de sus habitantes que las tropas del obispo Christian de Maguncia; pero la muerte de éste, a causa de las acostumbradas fiebres, en septiembre de 1183, le dejó prácticamente sin cobertura.

Lucio III era un anciano sediento de paz. Desde el 22 de julio de 1184 se instaló en Verona aguardando a Federico Barbarroja, que se demoró hasta el mes de septiembre porque se hallaba negociando en Constanza una paz más amplia con las ciudades lombardas, hacia las que se mostró tan generoso que las comunas llegaron a proponerle el cambio de nombre de la ciudad de Alejandría por el de Cesárea. En octubre y noviembre los consejeros del papa y del emperador estuvieron negociando; no faltaban las disensiones, pero el ambiente, en términos generales, podía definirse como de cordialidad. La presen-

cia del patriarca Heraclio de Jerusalén y de los maestros de las órdenes militares, enviados por Balduino IV (1176-1185), provocó que se antepusiera a cualquier otra cuestión el angustioso trance que atravesaba el reino de los cruzados desde que Saladino consiguiera unir en una sola mano Damasco y Egipto. Se acordó la predicación de una nueva cruzada, que habría de ser la tercera; quedó entendido que en ella iría el emperador.

Albigenses. De esta cruzada y de otra, contra los herejes del mediodía francés, se había hablado ya en Letrán. Lucio publicó, el 4 de noviembre de 1184, una bula, *Ad abolendum*, que según H. Maisonneuve (*Étude sur les origines de l'Inquisition*» París, 1960) debe considerarse como la primera raíz del procedimiento inquisitorial. Era indudable que a los obispos incumbía el deber y el derecho de juzgar a los herejes en sus respectivas diócesis. Pero, de momento, en las conversaciones de Verona no se trataron con detalle los métodos a emplear en la extirpación de la herejía: era un problema demasiado complejo y se acordó confiarlo a otro concilio que habría de reunirse en Lyon próximamente. Tampoco en el pleito suscitado por la provisión de la sede de Tréveris quiso el papa complacer al emperador. Se dispuso que los dos candidatos acudiesen a Roma para seguir el proceso regular en tales casos. Cuando Federico le pidió que coronase emperador a su joven hijo, Enrique, también se negó: dos emperadores simultáneos parecían cosa poco conveniente.

El 29 de octubre de 1184, en un golpe genial del emperador, fruto de largas negociaciones, se concertaron los desposorios de este joven príncipe con Constanza, hija de Guillermo, y llamada a ser la heredera de Sicilia. Parece que el papa aceptaba este matrimonio, que evitaba nuevos enfrentamientos y, sobre todo, proporcionaba con Sicilia la base para la cruzada, pero los cardenales le advirtieron del peligro que significaba el hecho de que ahora el Patrimonium Petri se encontrara como entre los dos brazos de una tenaza. Lucio III identificaba el éxito de la próxima cruzada con la presencia en ella del emperador. Sin embargo, sus relaciones con éste habían vuelto a hacerse difíciles en el momento de la muerte del papa.

Urbano III (25 noviembre 1185 - 20 octubre 1187)

Los cardenales, sin perder un día, eligieron unánimemente a Umberto Crivelli, cardenal también de San Lorenzo y arzobispo de Milán. Pertenece a una de las opulentas familias milanesas que sufrieran gran daño con el saqueo de los alemanes y su designación puede interpretarse como un movimiento de oposición a Barbarroja. Se instaló en Verona y retuvo su sede episcopal evitando así que se cumpliera la norma de que las rentas de una vacante engrosaran las arcas reales. Al comunicar al emperador su nombramiento insistió en la voluntad negociadora; y de hecho las conversaciones en torno a la sede de Tréveris continuaron. A pesar de las reticencias que el matrimonio despertaba, cuando se celebró el de Enrique VI y Constanza (27 enero 1186), legados pontificios estuvieron presentes. Urbano III protestó de que, contra sus advertencias, el patriarca de Aquileia coronara luego al joven Enrique como rey de Italia.

El papa tomó un poco la iniciativa de la ruptura: pedía la supresión de las *regalías* (derecho del rey a percibir las rentas de las sedes vacantes) y de los *spolia* (apropiación de los bienes muebles del obispo o abad difuntos) y, reclamando para sí el juicio sobre la diócesis de Tréveris, nombró al candidato que rechazaba el emperador, Folnar. A estos gestos respondió Federico, seguro ahora de la sumisión de las ciudades lombardas, con gran energía: ordenó ocupar los Estados Pontificios y bloquear Verona de tal modo que no pudiera tener comunicaciones con el exterior. El papa trató de alentar una revuelta en Cremona y nombró legado en Alemania a un enemigo declarado de Barbarroja, Felipe, arzobispo de Colonia. Pero en la Dieta de Gelnhausen (noviembre de 1186) el emperador recibió el apoyo unánime de sus nobles y de sus obispos.

Ante esta situación, que equivalía a derrota, Urbano cedió. Pidió al obispo de Magdeburgo que mediara en el pleito de Tréveris: estaba dispuesto a permitir una nueva elección, como el emperador quería. Federico aceptó la propuesta y envió a Verona sus propios agentes negociadores (1187). Pero cuando éstos llegaron a la ciudad, el papa, que había recobrado su energía y preparaba ya la bula de excomunión contra el emperador, se negó a recibirles. Las autoridades de Verona le comunicaron entonces que deseaban mantenerse fieles a Federico y que, por consiguiente, le rogaban que abandonara la ciudad. Encaminándose a Venecia, Urbano hizo un alto en Ferrara porque estaba enfermo y allí murió.

Gregorio VIII (21 octubre - 17 diciembre 1187)

En el mismo lugar los cardenales, en un giro completo de opinión, eligieron a Alberto de Morra, canciller desde 1178 y hombre de más de setenta años. Nacido en Benevento, fundó en esta ciudad el monasterio de canónigos regulares a los cuales él pertenecía. Había sido profesor en Bolonia y legado pontificio en Inglaterra, Portugal y Dalmacia, siendo el que interviniere en la reconciliación de Enrique II después de la muerte de Becket. Autor de una *Forma dic-tandi* que pretendía mejorar el estilo de la documentación de cancillería, poseía excelentes dotes de gobierno. Pero sus electores tuvieron sobre todo en cuenta que, dado el momento duro de las relaciones, era Gregorio VIII una persona capaz de lograr la paz. Así pareció: acogió con calor a los enviados de Federico, a quienes Urbano rechazara, y dio a Enrique VI el título de «emperador electo». Pero su breve reinado de 57 días apenas le permitió esbozar dos proyectos: el de la reforma de la curia, acomodando a sus miembros a las costumbres premonstratenses, y la preparación de la cruzada. Empezó el viaje hacia Roma por Módena, Parma y Lucca, pero al llegar a Pisa murió.

Clemente III (19 diciembre 1187 - 30 marzo 1191)

Elección. Ahora todo se hallaba pendiente de la cruzada. El 3 de julio de 1187 Saladino (1138-1193) había destruido a la caballería cristiana en Hattin y era dueño de Jerusalén y de casi la totalidad del reino; los cruzados conservaban algunas posesiones en la costa en situación angustiosa. Los cardenales,

reunidos en Pisa, sabían que era necesario elegir un papa que fuera capaz de organizar la cruzada. Pensaron en Teobaldo, obispo de Ostia, que declinó la oferta, y se decidieron en favor de Pablo Scolari, cardenal obispo de Preneste (Palestrina), un miembro muy rico de la aristocracia romana, aunque de mala salud. Desde niño se le había preparado cuidadosamente para el servicio de la Iglesia y era un hombre muy hábil, capaz de conservar la paz. Cumplió estas esperanzas.

Gracias a un buen entendimiento con León de Monumenta, senador de Roma y colaborador de Federico Barbarroja, se alcanzó un acuerdo con el gobierno de la ciudad, poniendo fin a un exilio de seis años. Desde febrero de 1188 el papa pudo reinstalarse con los suyos en Letrán. Un pacto con el Senado (31 de mayo) le aseguró el reconocimiento de éste con juramento de fidelidad, así como el abono de todas las rentas pontificias. A cambio, Clemente III se comprometió a pagar con cargo a éstas fuertes subvenciones y a consentir la entrega de Tusculum a la merced de los romanos.

El emperador va a la cruzada. El tratado de Estrasburgo (3 de abril de 1189) lograba también la reconciliación con el emperador. Las tropas de Enrique VI (Federico Barbarroja estaba ahora al frente de la cruzada) accedieron a retirarse de los Estados Pontificios, pero se reservaba en ellos el *honor Impedi*, es decir, la soberanía temporal del emperador. Los antiguos dominios de Matilde no fueron jamás devueltos. Y el papa se comprometió a coronar a Enrique emperador. Sin duda las concesiones pontificias parecieron excesivas: pero la situación de la Cámara era tan desastrosa (Cenció Savelli fue entonces nombrado tesorero con la difícilísima misión de poner orden en unas rentas que estaban profundamente quebrantadas) y la necesidad de cruzada de tanto agobio, que difícilmente hubiera podido procederse de otra manera.

Clemente III hizo los mayores esfuerzos en favor de la tercera cruzada, comprometiendo su propio prestigio. Logró la paz entre Genova y Pisa y la reconciliación de Venecia y Hungría a fin de disponer de fuerzas marítimas. El cardenal de Albano, por su encargo, consiguió una reconciliación entre Felipe II de Francia (1180-1223) y Ricardo I de Inglaterra (1189-1199). Por primera vez los tres grandes reyes de Europa tomaban la cruz, aunque cada uno mandaba su propio ejército. Para dar mayor realce a la liturgia de la misa Clemenle III ordenó entonces que se practicase la elevación de la forma y del cáliz después de la consagración.

El 18 de noviembre de 1189, cuando todos los caminos resonaban al paso de los cruzados, murió Guillermo de Sicilia sin hijos varones y le sucedió su yerno, Enrique VI. Pero el reino no se le entregó. Un nieto de Roger II, Tancredo de Lecce (1190-1194), organizó una resistencia armada a los alemanes: logró consolidarse en Sicilia y penetró también en Apulia y Calabria. Esto afectó a la cruzada porque Ricardo reconoció a Tancredo, mientras Felipe se mantenía al laclo de Enrique VI. Para el nuevo emperador, ahora era Ricardo un enemigo. Clemenle III luvo tiempo de ver el fracaso final de la obra por la que tanto había trabajado: Felipe II regresó inmediatamente después de la conquista de

Acre, obteniendo del papa el reconocimiento de que él ya había cumplido su voto. Y además llegó la noticia de que Federico Barbarroja, la suprema esperanza, había muerto el 10 de junio de 1190, cuando se bañaba en las aguas frías del río Saleph.

Celestino III (marzo 1191 - 8 enero 1198)

Elección. Jacinto Boboni-Orsini, cardenal diácono, tenía 85 años de edad cuando fue elegido por sus condiciones conciliatorias. Era discípulo de Pedro Abelardo, a quien, con gran indignación de san Bernardo, defendiera en el sínodo de Sens (1140). Celestino II, que fuera su compañero de estudios, le promovió cardenal y, desde entonces, prestó muy grandes servicios a la Iglesia por su habilidad negociadora. Adriano IV, Alejandro III y Federico Barbarroja depositaron su confianza en él y santo Tomás Becket dijo en cierta ocasión que era uno de los dos cardenales incorruptibles. Fue ordenado sacerdote y consagrado los días 13 y 14 de abril de 1191, tomando el nombre de Celestino en honor de quien fuera su amigo. Enrique VI se hallaba entonces a las puertas de Roma, esperando ser coronado emperador y, aunque el papa tenía ciertas reservas al respecto, consintió en celebrar la ceremonia al día siguiente de su propia elevación al solio (15 de abril 1191).

Discordia con el emperador. Enrique VI tenía prisa por marchar hacia el sur para tomar posesión de la herencia de su mujer, ya que Tancredo se había proclamado rey sin que el papa hubiera formulado ninguna oposición. Celestino trató de disuadir al emperador, no tuvo éxito y al final el joven Enrique sufrió una derrota y Constanza quedó prisionera de Tancredo, que al poco tiempo la libertó. Durante el viaje de retorno a Alemania, el emperador celebró una entrevista con Felipe II de Francia en Milán, y aquí acordaron una estrecha alianza contra los enemigos comunes. Apuntaban de una manera especial a Ricardo Corazón de León, aliado de Tancredo. Una de las consecuencias de este acuerdo sería la prisión de Ricardo cerca de Viena, cuando trataba de regresar a su reino. Esta prisión constituyó un gran escándalo y Celestino III amenazó a Leopoldo de Austria (1157-1194) con la excomunión si no liberaba al cautivo; lo que hizo el margrave fue entregarlo al emperador.

A esta fuente de discordia se sumó otra cuando, al vacar el obispado de Lieja, se produjo una elección disputada. Enrique VI intervino para desechar a los dos candidatos y designar directamente a Lotario de Hochstaden. El candidato que reunió más votos, Alberto de Brabante, apeló a Roma, y Celestino III, reconociendo su derecho, le confirmó obispo. Alberto se hizo consagrar en Reims porque el emperador había prohibido su entrada en Lieja y, al cabo de poco tiempo, murió asesinado. Aunque Enrique prestó juramento exculpatório, la voz pública le acusaba, pues los asesinos fueron condenados únicamente a una leve pena de destierro. Se tenía la sensación de que el emperador trataba de retorcer las condiciones de Worms, convirtiendo su «presencia» en las elecciones en nombramientos directos. Precaviéndose ante un posible enfrenamiento, Celestino III reconoció a Tancredo como legítimo rey de Sicilia y fir-

mó con él un acuerdo (Gravina, julio de 1192) muy favorable para la soberanía pontificia.

P. Fabrc, L. Duchesne y G. Mollat (*Le Liber censuum de l'église romaine*, París, 1952) otorgan una decisiva importancia a este pontificado, en un aspecto concreto. Como sabemos, Cencio Savelli estaba al frente de la Cámara; Celestino le confirmó encargándole además una reforma a fondo, que comenzó con una estima rigurosa de los recursos. Antes de 1192 se había concluido el *Liber censuum*, que es el registro minucioso de las 682 propiedades del papa. Un proceso de centralización que se estaba aplicando también a los aspectos judiciales: la curia romana se estaba convirtiendo en el gran tribunal supremo de la cristiandad. Ante las monarquías en organización, la administración pontificia se convertía en un modelo a imitar.

Se desmantelan los Estados Pontificios. Cien mil marcos tuvo que abonar Ricardo Corazón de León al emperador por su rescate; sus vasallos hicieron en esta ocasión un gran esfuerzo. Con este dinero, y aprovechando la muerte de Tancredo (20 febrero 1194), pudo Enrique VI organizar su segunda expedición a Sicilia, esta vez con éxito. El día de Navidad de 1194 se hizo coronar rey en esa misma catedral de Palermo donde hoy yace enterrado. Al día siguiente la reina Constanza alumbraba al que sería Federico II. Los antiguos dominios de la Iglesia en el Realme fueron desmantelados y se procedió a una desmembración de los Estados Pontificios. La reina Constanza fue reconocida como reina y regente de Sicilia; los antiguos dominios de Matilde se cambiaron en ducado de Toscana entregado al hermano del emperador, Felipe de Suabia (1177-1208); Conrado de Urslingen fue designado duque de Spoleto, mientras que Markward de Anweiler se titulaba marqués de Ancona y duque de Romagna.

Poco quedaba en pie del Patrimonium Petri, sometido todo él al «honor del Imperio» y distribuido arbitrariamente. Pero Enrique buscó la conciliación presentando en 1196 al papa un gran proyecto de cruzada: aquella que daría a la cristiandad, es decir, al Imperio, la Tierra Santa y los dominios de Oriente, donde ya León de Armenia y Amalrico de Chipre se habían declarado vasallos. Celestino no podía rechazar la oferta ni tampoco dejar de temer sus consecuencias. Presentó quejas por el tremendo despojo sufrido y por la opresión a que estaban siendo sometidos los obispos en Sicilia. Entonces Enrique le propuso una solución: que el papa renunciase a todos estos dominios, recibiendo en cambio una renta fija cargada sobre los ingresos de las catedrales mayores: una solución que consistía en obligar a otros a compensar por el despojo padecido. En Alemania estas acciones de Enrique VI y, sobre todo, el plan que se advertía de transformar Alemania e Italia en una sola y gran monarquía hereditaria, comenzaba a despertar una nueva oposición. De pronto, como una demostración de la fragilidad de las cosas de este mundo, Enrique VI murió el 28 de septiembre de 1197, precediendo en pocos meses a Celestino III.

Este papa puede considerarse como un fuerte impulsor de la paz en todos los reinos, aunque con mediano éxito. Por ejemplo, aunque declaró nulo el divorcio de Felipe II con su primera esposa, Ingeborg de Dinamarca (mayo de

1195) no fue obedecido. Intervino en España para que cesaran los enfrentamientos entre Portugal, León, Castilla y Navarra a fin de formar un frente único contra los almohades, y obtuvo buenas palabras y no mucho más. Tampoco consiguió hacerse obedecer por Ricardo, que buscaba a todo trance la venganza contra Francia. Convencido de que nada de esto conducía a mayor prestigio de la Sede Apostólica, en el verano de 1197 propuso a los cardenales abdicar, algo que ellos rechazaron. Y sin embargo debe decirse que, aunque las circunstancias no le favorecieran, había conseguido ser un hombre de paz.

Inocencio III (8 enero 1198 - 16 julio 1216)

Gran figura. Los seis volúmenes que A. Luchaire (*Innocent III*, París, 1904-1908) publicó hace ya muchos años, que siguen siendo considerados como el gran estudio clásico, permiten establecer dos cosas: el pontificado de Inocencio III indica la cumbre de la monarquía eclesiástica medieval y, al mismo tiempo, señala el tránsito hacia una época nueva en que la Iglesia trata de organizarse mediante esquemas jurídicos que se apoyan en los *Decreta* de Graciano. Hijo de Trasimundo, conde de Segni, había nacido en Gravignano en torno a 1160; no había cumplido aún 38 años cuando, el mismo día de la muerte de Celestino III, los cardenales le designaron para sucederle, por mayoría simple en la primera votación y por unanimidad en la segunda. Gran orador, cantaba bien y se hacía notar por sus costumbres sencillas y una modestia que revestía de frugalidad. Sin embargo, como indica J. Clayton (*Pope Innocent and his times*, Milwaukee, 1941), la época, de plena madurez, desborda en ocasiones a la persona. «Demasiado joven», comentó el poeta Walter von der Vogelweide.

No lo era intelectualmente. Hasta 1187 había estudiado en París, donde tuvo como maestro a Pedro de Corbeil y como compañeros a Esteban Langton y a Roberto de Courcon, que llegarían a ser cardenales y grandes colaboradores suyos. Pasó a Bolonia donde, con Huguccio de Pisa, se convirtió en verdadero maestro de leyes. En 1189 su tío, Clemente III, le nombró cardenal diácono de los Santos Sergio y Baco. Con Celestino III atravesó, a causa de rivalidades familiares, un tramo de oscuridad que aprovechó dedicándose a escribir. Dos obras suyas destacan especialmente: *De miseria humanae conditionis* (nada torna tan miserable al hombre como el pecado) y *De missarum mysteriis*, que es una explicación de la misa en términos alegóricos. Escogió el nombre de Inocencio como una memoria hacia la reforma que el papa de 1130 emprendiera, y retrasó deliberadamente su ordenación sacerdotal y consagración hasta el 22 de febrero para hacerlas coincidir con la fiesta de la cátedra de San Pedro.

La gran preparación jurídica resultó esencial en toda su obra. En muchos de sus escritos hallamos una exposición de las ideas que tenía acerca del primado de Roma. El título de vicario de Cristo demostraba que el papa es un mediador entre Dios y los hombres cuya autoridad, en espíritu de servicio, se extiende no sólo a la Iglesia, sino al mundo entero, una idea que vemos reactivada en nuestros días a través del Concilio Vaticano II: como F. Kempf (*Papsttum und*

Kaisertum bei Innocenz III, Roma, 1954) y algunos otros autores han señalado, tal autoridad, *plenitudo potestatis* que Inocencio reivindicaba, se refería al orden espiritual y no al temporal, y el servicio se refería a la humanidad entera más allá de los límites de la cristiandad. Esto no significa que no se produjesen intervenciones en el orden temporal, referidas a dos aspectos: la defensa de la moral, cuando era conculcada, y el restablecimiento de la paz entre cristianos. Ese derecho a intervenir se explicaba únicamente *ratione peccati*. No dejaba de llamar la atención a reyes y príncipes de que gobernaban hombres que, ante todo, eran cristianos, y que para éstos la salvación eterna, que únicamente la Iglesia hace viable, era la verdadera meta de la existencia. En el IV Concilio de Letrán se estableció que así como resultaba intolerable la intervención de los laicos en asuntos espirituales, debía rechazarse también la de los clérigos en los temporales.

El programa. El pontificado de Inocencio III incluye un programa con cuatro puntos principales: el restablecimiento de la independencia de los Estados Pontificios, gravemente alterada por Enrique VI, lo que obligaría a medidas cerca del Imperio y de los reinos; desarrollo de la cruzada que restañase los terribles efectos de Hattin y enmendase los errores de la tercera; la destrucción de la herejía; y la reforma de la Iglesia en la cabeza y en los miembros. Estaba convencido de que la libertad de movimientos del pontificado estaba ligada a la libre posesión del antiguo Patrimonium Petri. Hubo de emplear en esta tarea muchos años. Hasta 1206, habiendo ya recobrado el ducado de Spoleto y la marca de Ancona (nunca lograría la devolución de Toscana ni de Romagna) no quedó perfilado el espacio territorial que debería conservar la Iglesia, con dificultades, durante siglos: una franja de mar a mar que separaba la Italia del norte de la del sur. Ese sur, consolidado como reino de Nápoles, era de hecho, va sallo de la sede romana.

Ayudó, en consecuencia, a Constanza, la reina viuda, a ejercer la regencia de su hijo Federico II y, cuando ella murió (27 de noviembre de 1198), el propio papa asumió estas funciones. Para salvaguardar la herencia de Federico II tendría que batallar durante diez años y a veces con rudeza. Es indudable que uno de los objetivos que interesaba conseguir era la separación de Sicilia y el Imperio, aunque, llegado cierto momento, tampoco tendría inconveniente en impulsar la candidatura del joven rey de Sicilia para el Imperio. No cabe duda de que Inocencio III prestó al Staufen un enorme servicio: probablemente sin él no habría podido Federico ni siquiera conservar Sicilia. El vasallaje era una condición seria. Se hizo extensiva a otros reinos, Aragón, Hungría y Dinamarca, cuyos soberanos le consideraban como salvaguardia.

En numerosas ocasiones Inocencio III explicaría que la paz y la justicia han sido encomendadas por Dios a dos potestades, la espiritual, que es única, y la secular, que ejercen diversos príncipes compartidamente. En consecuencia, la autoridad del papa es universal, mientras que la del emperador en relación con toda la cristiandad se limita a cierta superioridad de honor. La diferencia con nuestro propio tiempo se aprecia mejor si se tiene en cuenta que mu

chas de las cuestiones actualmente reguladas por el derecho civil, como el matrimonio, la familia, la propiedad, la herencia y los créditos, estaban entonces en el ámbito del canónico, resultando además sumamente difícil separar las acciones políticas del comportamiento moral. La doctrina del *dominium Mundi* que enarbolará Reinaldo de Dassel en la época de Federico I, era radicalmente rechazada.

Güelfos y gibelinos. Los príncipes alemanes aprovecharon la oportunidad de la muerte de Enrique VI para reafirmar el carácter electivo de la corona imperial. Prescindiendo de Federico, demasiado niño, se dividieron: la mayoría se inclinaba en favor de Felipe de Suabia, hermano de Enrique VI; pero una minoría importante lo hizo por Otón de Brunswick (1175-1219), el hijo de Enrique el León. En Italia la división se materializó en dos partidos, los gibelinos en favor de los Staufen y los güelfos que aclamaban a su rival. Más allá de los candidatos, güelfismo y gibelinismo iban a significar doctrinas políticas distintas: el primero aceptaba la supremacía pontificia, reclamando una pluralidad temporal que sustentaba también el autogobierno de las ciudades; el segundo la rechazaba. Estalló en Alemania, como en Italia, la guerra civil. Inocencio, por medio de su legado, el cardenal Guillermo de Palestrina, trató de intervenir sin inclinarse al principio en favor de ningún bando. El legado llegó a proponer a los dos partidos como solución un arbitraje papal, con la posibilidad de escoger a un tercero si no llegaban ambos rivales a un acuerdo. Otón de Brunswick, siendo al principio el más débil, negoció con el papa. Felipe de Suabia rechazó toda intervención. De este modo se llegaría a la decisión que se comunicó el 1 de marzo de 1201: Otón de Brunswick iba a ser reconocido. Cuando los partidarios de Felipe de Suabia protestaron, el papa explicó su doctrina en la bula *Venerabilem*: a los príncipes corresponde sin duda elegir emperador, pero es atribución del papa escoger entre los electos quién puede servir mejor a la Iglesia.

El choque con Francia. Esta decisión afectaba no sólo a Alemania, sino a todo el Occidente. J. A. Watt (*The theory of papal Monarchy in the Thirteenth Century*, Londres, 1965) insiste en considerar que es precisamente en Inglaterra y Francia donde se descubren mejor las implicaciones de la autoridad universal que Inocencio III reclamaba. Felipe II era un aliado imprescindible frente a los gibelinos, pero se hallaba inmerso en un problema moral de grandes proporciones: casado con Ingeborg de Dinamarca, la había abandonado tras la noche de bodas declarando que la dama padecía frigidez tan absoluta que hacía imposible las relaciones conyugales; una asamblea de obispos reunida en Compiègne (1193) aceptó, con otro tipo de argumentos, la nulidad de dicho matrimonio y que Felipe casara con Inés de Meraunia. Inocencio no podía aceptar ese atentado a la moral: amenazó con la excomunión si no se reintegraba a Ingeborg al trono, haciendo que todo el asunto se examinase en un sínodo especialmente convocado en Soissons para el mes de marzo de 1201.

Felipe debía demasiadas cosas al papa, aunque también esperaba mucho de su alianza con los Staufen. El legado Pedro de Capua había intervenido hasta

conseguir que Ricardo de Inglaterra hiciera un alto en sus ataques y firmara una tregua de cinco años (1198) cuando las cosas iban mal para Francia. El rey de Inglaterra murió poco tiempo después cuando sitiaba un castillo rebelde. Su sucesor, Juan sin Tierra (1199-1216), agriamente denostado en su propio país, ya no resultaba peligroso: los franceses comenzaron a invadir territorios del Imperio angevino. Inocencio, que necesitaba de la paz para impulsar la cruzada, intervino con gran fuerza: el acuerdo de Peronne (2 enero 1200) pacificó la frontera de Flandes; el de Goulet (22 mayo 1200) selló la reconciliación de Felipe con Juan sin Tierra. La boda de Blanca de Castilla, sobrina de Juan e hija de Alfonso VIII de Castilla, con el futuro san Luis, iba a ser la garantía suprema de paz. Una enorme indemnización fue ofrecida en concepto de dote, tomándola de lo que en tiempos fueran dominios de la abuela de la novia, Leonor de Aquitania.

Felipe II protestó de las intenciones de Inocencio de reconocer a Otón de Brunswick; se iba a constituir una alianza entre Alemania e Inglaterra muy perjudicial para su propio reino. La preocupación en estos momentos le inspiró, tal vez, la conducta en el sínodo de Soissons, que se reunió como estaba previsto. Felipe interrumpió las deliberaciones presentándose en el aula, afirmó que reconocía a Ingeborg como su esposa, la subió a caballo y se la llevó... para encerrarla en la torre de Étampes. La reina consiguió sin embargo burlar la vigilancia a que estaba sometida, y hacer llegar al papa un mensaje lleno de angustia. Inocencio III montó en cólera. Era el momento difícil de la gran rebelión en Sicilia contra Federico II y esto le obligaba a negociar, pero sin contemplaciones: tardaría muchos años, hasta el 1213, pero Ingeborg fue reina de Francia.

. Las protestas francesas fueron eficaces. Inocencio III no llegó a romper las relaciones con Felipe de Suabia y, propugnando una paz negociada, volvió a la que podría calificarse de postura neutral. Los Staufen triunfaban, Otón daba pocas muestras de respetar los derechos de la Iglesia y, de hecho, el conflicto creciente con Juan sin Tierra inspiraba desconfianza por su alianza con los ingleses. Además, el proyecto de cruzada estaba sufriendo uno de los golpes más demoleedores que cabe imaginar.

Cruzada de 1204. Inocencio había puesto mucho empeño en resolver la cuestión de Oriente, en sus dos facetas, muy mezcladas entre sí: lograr la unidad de las dos Iglesias y recobrar el dominio de los Santos Lugares. Al ser Jerusalén un reino vasallo, en las mismas o más fuertes condiciones que el de Sicilia, respecto a la Sede Apostólica, el papa desempeñaba en este tema un protagonismo muy especial. Inocencio recogió una tendencia heredada pero inyectó nuevo vigor: dos predicadores, el abad cisterciense del monasterio alemán de Pairis (Colmar) y el francés Fulco de Neully, estaban tratando de galvanizar a los caballeros para conseguir, como en 1095, un gran ejército más homogéneo, sin que estuviesen presentes los reyes con sus rivalidades. A finales de 1199 parecía convenido que el conde Teobaldo de Champagne fuera el jefe de este ejército que, por hallarse cerrados los caminos de tierra, era preciso transpor-

lar por mar. Inocencio III tomó contacto con Amalrico II de Jerusalén, que en realidad poseía sólo Acre y algunas otras fortalezas de la costa, y con León de Armenia de Cilicia, porque estos dos territorios debían ser la base de partida. En 1200 escribió a Alejo III de Constantinopla (1195-1203) explicándole estos proyectos, recabando su colaboración y aludiendo en definitiva al siempre espinoso problema de la unión. Pero Alejo no era un aliado seguro: se trataba de un usurpador que tenía al emperador Isaac II (1185-1195) ciego y en la cárcel, mientras que el hijo de éste, también llamado Alejo, se encontraba en Venecia.

La experiencia recogida aconsejaba utilizar este ejército, sobre el papel muy considerable, para la conquista del delta del Nilo, que era la verdadera garantía de que pudiera retenerse Jerusalén. Era una empresa que afectaba directamente al comercio veneciano. En febrero de 1201 seis caballeros, entre ellos el cronista Godofredo de Villehardouin (1160? - 1212?), negociaron en Venecia las condiciones para el transporte. El dux Enrique Dándolo (1192-1205) se comprometió a conducir un contingente de 4.500 caballeros, 9.000 escuderos y 20.000 infantes —cifra que nunca se alcanzó— a cambio de 85.000 marcos de plata que debían serle entregados antes de mayo de 1202 y de la mitad de las conquistas que en la expedición se lograsen. Inocencio puso como condición a este contrato que no fuera dañado en sus derechos ningún príncipe o súbdito cristiano. Llegado el momento, y como los cruzados no habían podido reunir más que 50.000 marcos, el dux propuso a Bonifacio de Monferrato (1192-1207), que por muerte de Teobaldo mandaba la cruzada, que se le indemnizase ayudándole en la conquista de Zara. Los cruzados, concentrados en el Lido y sin recursos, aceptaron la propuesta. Inocencio se encolerizó, pues Zara era una ciudad cristiana, y excomulgó a Enrique Dándolo.

Felipe de Suabia y el dux de Venecia pusieron a Monferrat en contacto con aquel príncipe Alejo, hijo de Isaac II, que había venido a buscar ayuda en Occidente. Les propuso, si restauraban a su padre en el trono, contribuir a la expedición con 200.000 marcos de plata y 10.000 hombres. Cogidos ya en la trampa los cruzados aceptaron lo que Steven Runciman (*Historia de las Cruzadas*, 3 vols., Madrid, 1965) llama «descomunial locura». Convertidos en mercenarios expulsaron a Alejo III, le sustituyeron por Alejo IV, y cuando éste fue derribado por un usurpador, Murzuplos (Alejo V), simplemente tomaron la ciudad y se quedaron con ella. Los actos de pillaje y crueldad fueron espantosos. Los cruzados restablecieron el Imperio, pero eligiendo a uno de los suyos, Balduino de Flandes (1204-1205), como emperador; al otro lado del Bósforo los bizantinos organizaron inmediatamente la resistencia.

Imperio latino. Se había colocado al papa ante hechos consumados. Inocencio mostró una profunda indignación cuando supo lo que había sucedido y más aún cuando conoció que su legado, el español Pelagio, había cambiado el voto de los cruzados de ir a Tierra Santa por el de defender durante dos años la nueva Romanía. Es indudable que se habían cometido tres gravísimos errores que durante siglos pesarían sobre la vida europea:

a) No se habían llevado los refuerzos imprescindibles para sostener las posiciones de Tierra Santa, encerradas en una defensiva sin esperanza. Por fortuna para estos puertos, el sultán había aceptado una tregua de diez años para evitar los desastres que temía, y Amalrico II había encontrado para su hija María un marido, Jean de Brienne (1148-1237), que gozaba de la confianza de las órdenes militares y tenía capacidad para la política que se precisaba.

b) Se había destruido la barrera bizantina que defendía Europa de los turcos, y aunque Teodoro Lascaris, en Nicea, había restablecido el Imperio, éste era apenas una sombra y jamás se recobraría.

c) La separación entre las dos Iglesias había dejado de ser una cuestión de disciplina religiosa para convertirse en nacional. «Griego y ortodoxo» se identificaron frente a «franco y papal», que despertaba el odio popular.

Inocencio III trataría de enmendar el desastre sacando ventajas de una mala situación. Ante todo envió 40.000 libras de plata (Felipe II hizo otro tanto) a Jean de Brienne para emplearlas en la defensa. Intentó que el patriarca Juan Camatero, huido el mismo día de la toma de Constantinopla (12 de abril de 1204) regresara a su sede. Por medio de otros legados, Pedro de Capua y Benedicto cardenal de Santa Susana, intentó luego la negociación con los eclesiásticos bizantinos, pero la oposición fue absoluta. Un nuevo patriarca ortodoxo fue elegido en Nicea. En 1214, y coincidiendo con el Concilio de Letrán, el papa llegaría incluso al reconocimiento de Teodoro Lascaris, intentando la reconciliación. Demasiado tarde: los odios habían crecido demasiado.

Rigor en la moral. El dramático suceso de 1204, del que Inocencio III fue víctima y no autor, pesó sin embargo sobre una política que se estaba haciendo presente en toda Europa. Dos prelados, Absalon de Lund y Enrique Kietlicz, de Gnesen, ejercieron la representación de dicha autoridad en Escandinavia y Polonia respectivamente. Mantuvo firmes los principios de la moral: negó a Pedro II de Aragón, su vasallo, el divorcio que reclamaba respecto a María de Montpellier (la madre de Jaime I) y mantuvo con firmeza la separación de Alfonso IX de León de sus respectivas esposas, Teresa de Portugal y Berenguela de Castilla, por razón de parentesco. El sacramento del matrimonio era igual para reyes y súbditos. La política de cruzada se apuntó en la península un gran éxito cuando, en 1212, en la batalla que se llamó luego de las Navas, el Imperio almohade recibió el golpe que le haría desaparecer.

El domingo de Bouvines. La alianza güelfa, que se presentaba a sí misma como favorable al papa, estaba revelando ya matices muy distintos. En julio de 1025 murió el arzobispo Walter de Canterbury. Los canónigos, que formaban una congregación, eligieron al subprior de la misma, Reginaldo, pero los obispos sufragáneos se quejaron al rey de no haber sido consultados y Juan aprovechó la oportunidad para forzar una nueva elección en favor del obispo de Norwich, Juan Gray. Inocencio III recibió la causa en grado de apelación y, utilizando a los ingleses que residían en Roma, hizo elegir a su compañero de estudios el cardenal Esteban Langton, al que personalmente consagró (junio de

1207). En una carta del 26 de mayo de este mismo año, el papa había puesto a Juan en guardia contra los malos consejeros que le rodeaban, apartándole de Dios y de la Iglesia. La respuesta del rey fue prohibir a Langton la entrada en Inglaterra y la persecución de clérigos y monjes que se oponían a su gobierno, confiscando bienes. En marzo de 1208 Inocencio pronunció el entredicho sobre Inglaterra y, pocos meses más tarde, excomulgaba a Juan.

De pronto llegó la noticia de que Otón de Wittelsbach había asesinado a Felipe de Suabia (21 junio 1208). Unánimemente las Dietas de Halberstadt y de Frankfurt reconocieron entonces a Otón IV. El 22 de marzo de 1209, en Spira, garantizó a los legados pontificios las tres condiciones esenciales que formaban la promesa del güelfismo: libertad en las elecciones eclesiásticas, derecho a apelar en todas las causas a Roma, y garantía para el Patrimonium Petri en la forma tradicionalmente establecida. El 4 de octubre del mismo año, Otón era coronado en Roma. Pero el emperador no cumplió su palabra. Afirmaba que la soberanía temporal le correspondía en todos los casos y que Sicilia formaba parte del Imperio. Cuando las tropas alemanas, en el otoño de 1210, cruzaron la frontera de Nápoles, Inocencio, que era el soberano feudal del Realme y regente del mismo, excomulgó a Otón y desligó a sus súbditos del juramento de fidelidad. El papa recomendó entonces a los príncipes electores que eligieran al hijo de Enrique VI, aquel Federico que era su pupilo y protegido. Ellos lo hicieron así en la Dieta de Nurenberg. A su paso por Roma, Federico garantizó las libertades de la Iglesia, el esfuerzo del Imperio en favor de la cruzada, y la separación entre Sicilia y Alemania. El 5 de diciembre de 1212 Federico era reconocido como emperador electo y establecía una alianza, como ya tuviera su padre, con Felipe II de Francia.

Los términos se habían invertido. El papa era gibelino y los reyes güelfos estaban excomulgados. Una guerra general entre ambos mandos iba a resolver el futuro de Europa. En febrero de 1213 Inocencio desligó a los británicos del juramento de fidelidad y encargó a Felipe II del cumplimiento de la sentencia. En la propia Inglaterra, donde Esteban Langton era ya una bandera, los barones vieron la gran oportunidad para sacudirse la «tiranía» del rey Juan. Mientras la guerra general en Europa alcanzaba su punto culminante, Juan sin Tierra tuvo que capitular: pidió perdón al legado Pandulfo, admitió a Langton y declaró a sus reinos vasallos de la sede romana, comprometiéndose a pagar un censo anual de mil libras, 700 por Inglaterra y 300 por Irlanda. Dicho censo sería abonado regularmente hasta 1366. También Federico II hizo semejantes promesas. La bula de oro de Eger (12 julio 1213) —sellar con oro era la forma más solemne de la cancillería imperial— garantizaba las promesas dadas y la separación entre Sicilia y el Imperio.

La guerra entre las dos coaliciones se resolvió un domingo —lo cual era un atentado o una prueba del principio de la Tregua de Dios— en Bouvines (27 de julio de 1214). Juan sin Tierra volvió a su país derrotado y Otón IV prácticamente desapareció. El legado Roberto de Courcon, otro de los hombres de confianza de Inocencio, medió para lograr una paz de cinco años (18 septiem-

bre 1214) en que cada parte conservaba sus posiciones. Los nobles no se conformaron con esle magro resultado y, agrupándose en torno a Langton, impusieron al rey la llamada Carta Magna, un documento que transformaba el compromiso vasallático en fundamento de las libertades del reino. Inocencio III condenó la Carta Magna, salvo unos pocos artículos, porque amenazaba los derechos de la Iglesia al establecer la preeminencia de la comunidad política y por el modo violento como había sido conseguida. Langton, suspendido de nuevo por el rey en sus funciones, acudió al Concilio de Letrán, pero la suspensión no fue levantada.

A pesar de todo, Inocencio insistía en la necesidad de una cruzada que devolviese Jerusalén a la cristiandad. Ni siquiera el extraño episodio de la «cruzada de los niños» —un movimiento que afirmaba que sólo muchachos desarmados entre 10 y 18 años sería capaz de lograr esa restitución— le desanimó. Uno de los grupos llegó a Roma desde donde fueron los niños devueltos a sus casas, pero los que se embarcaron en Marsella perecieron en naufragios o fueron vendidos como esclavos en Egipto. En 1213 la cruzada volvió a ser objeto de predicación, señalándose ya el lugar y la fecha en que tendría lugar la partida, Brindisi, el 1 de junio de 1217. Una nueva fuente de futuros daños para la Iglesia estaba surgiendo en torno a esta cuestión: la indulgencia plenaria (es decir, el perdón sobre el reato de pena que deja la culpa después de confesada) que se concedía a los cruzados podía lucrarse ahora mediante la entrega de dinero que permitiese armar soldados. Al mezclarse esta limosna con el diezmo destinado a las cruzadas se entraba en un peligroso camino, como si pudieran obtenerse tan importantes beneficios espirituales por medio de dinero.

Lucha contra el catharismo. Estas dificultades avivaban en el papa los deseos de reforma. El catharismo se seguía extendiendo por el sur de Francia, haciéndose ya presente en países limítrofes. Inocencio pensaba que había una grave negligencia en esta cuestión. En la bula *Urgentis et senium* (25 marzo 1198) dirigida a Viterbo, equiparaba ya la herejía al crimen de lesa majestad. Alejandro III (1179) y Lucio III (1184) habían publicado disposiciones condenatorias, pero Inocencio III creía que era deber de la Iglesia intentar la conversión de los herejes antes que su represión, y en 1198 envió a dos cistercienses, Raniero y Prisco, a organizar una vasta campaña de predicación. Tras la muerte del primero de ambos, el equipo fue remodelado colocando a su frente a Juan Pablo, cardenal obispo de Santa Prisca, y a dos renombrados predicadores, Pedro de Castelnau y Rodolfo de Fontfroide. Un coloquio público, al que Pedro II de Aragón (1196-1213) estuvo presente, y en que los predicadores se enfrentaron al obispo cátaro Bernardo Simorre, demostró que la palabra no bastaba a la conversión. En 1206 Diego de Aceves, obispo de Osma, y Domingo de Guzmán, su vicario, trataron de convencer a Inocencio III de que sólo el ejemplo, unido a la palabra, podía ser eficaz: de este modo se inició la orden de los Predicadores (dominicos).

Cuando el 14 de enero de 1208 Pedro de Castelnau fue asesinado, el papa se convenció de que se hallaba ante un movimiento de rebelión en toda regla.

La voz pública acusó a Raimundo de Toulouse, que había tenido un serio enfrentamiento con el predicador, y a quien se acusaba de proteger a los herejes cuando eran sus vasallos. Entonces se encargó al abad general del Cister, Arnaldo Amaury, de predicar la cruzada, mientras Inocencio se dirigía a Felipe II, pidiéndole que extirpase la herejía. El rey no quiso intervenir. En junio de 1209 un ejército de cruzados se reunió en Lyon; como era ya frecuente, muchos de los enrolados estaban pensando en el botín más que en otra cosa. Cuando este ejército tomó Béziers, Narbona, Carcasona y otros castillos, saqueando y destruyendo a su paso, Raimundo VI maniobró para conseguir una reconciliación con la Iglesia (18 de julio de 1209). Pero entre tanto Simón de Monfort había conseguido ser reconocido jefe de la cruzada: ésta debía proporcionarle un vasto dominio en el sur de Francia, para lo que era preciso destruir a Raimundo VI y si era preciso a su yerno Pedro II de Aragón. Consiguió que un sínodo de Avignon excomulgase de nuevo al conde de Toulouse, que viajó a Roma y fue cariñosamente acogido por Inocencio. Pero el papa no tenía otra fórmula que la de dejar el asunto en manos del legado, el cual puso como condición que Raimundo abandonara sus Estados y se trasladara a Tierra Santa para no volver hasta que se le ordenase. Era tanto como poner sus feudos en manos de Simón, para que los robase.

Pedro II, vasallo del papa, intervino en favor de su suegro. Inocencio III, que había confirmado la segunda excomunión de Raimundo (12 de abril de 1211) dando al de Monfort un arma definitiva, comprendió al fin la iniquidad que se estaba cometiendo, y en el verano de 1212 —mientras Pedro se cubría de gloria en las Navas— tomó al conde de Toulouse y a sus bienes bajo su protección, ordenando a Simón de Monfort prestar vasallaje al soberano aragonés. Demasiado tarde. Simón no obedeció y en Muret (12 de septiembre de 1213) derrotaría y daría muerte a Pedro II. En pocos meses toda Occitania sucumbió: una civilización desapareció al paso de los cruzados. Cuando al fin el rey de Francia intervino, cortando tantas iniquidades, fue para hacer de Occitania una tierra propia.

IV Concilio de Letrán. En todas partes, salvo en España (aquí los cruzados europeos se retiraron pronto sin tomar parte en la batalla), el pontífice iba descubriendo los riesgos que para él se escondían en el término cruzada. Sin embargo no tenía otro: era el medio único de que disponía la monarquía pontificia para su defensa contra los enemigos del interior y del exterior. De ella tuvo que ocuparse en primer término en el IV Concilio de Letrán, la magna asamblea convocada desde el 19 de abril de 1213, aunque las sesiones no comenzaron hasta el 11 de noviembre de 1215. A ella asistieron más de 400 obispos y 800 abades y prelados capitulares. Rodrigo Jiménez de Rada (1170-1247) fue una figura descollante con toda lógica, pues era el autor de la victoria en España.

Los temas asignados eran dos: cómo hacer la cruzada y la nueva reforma de la Iglesia. Inocencio III tomó como lema de su discurso inaugural las palabras de Le. 22, 15: «he deseado con acucia comer esta Pascua con vosotros antes de

mi Pasión», identificándose con el papel de vicario de Cristo. De nuevo el concubinato entre los eclesiásticos, el desorden matrimonial entre los laicos y la prostitución en general se habían extendido. Inocencio, que había publicado una bula (29 de abril de 1198) concediendo indulgencia plenaria a quien se casase con una ramera, librándola de este oficio, atribuía al lujo y al comercio del dinero, genéricamente asociado al pecado de usura, la causa principal. Los 70 decretos conciliares atienden a multitud de aspectos. Se trataba de conseguir que clérigos y religiosos viviesen de acuerdo con su regla y con su condición en espíritu de sacrificio. Se tomaron medidas muy rigurosas para asegurar el uso de las vestiduras eclesiásticas, que eran una especie de defensa de la conducta. En los laicos el eje fundamental se marcaba en la santidad del matrimonio, que los propios contrayentes establecen desde que efectúan el *consensus de praesenti* («palabras de presente hacen matrimonio», sería la fórmula legal) sin que pueda después disolverse.

Entre las disposiciones conciliares que se estudian en otro lugar de este libro, además de la condena contra valdenses, albigenses y berengarios, destacan: el reconocimiento de Constantinopla como segunda sede de la cristiandad, la prohibición de establecer nuevas reglas para órdenes religiosas, el veto al matrimonio entre parientes hasta el cuarto grado, las disposiciones que obligaban a judíos y musulmanes a usar señales distintivas en la ropa, morando en barrios apartados, y la prohibición radical de todas las formas de usura. En cada catedral habría un *magister scholarium* y se dispondría de beneficios adecuados para que clérigos y monjes acudieran a los estudios generales. Letrán es, probablemente, el momento que marca la cumbre medieval. Se establecía la obligación de recibir una vez al año el sacramento de la penitencia y de comulgar al menos en Pascua.

En el verano de 1216, contando apenas 46 años, Inocencio III, que había sufrido frecuentes ataques de fiebre, viajó al norte de Italia para establecer la paz entre Genova y Pisa, permanentes bases para los cruzados. Falleció de uno de esos ataques estando en Perugia y allí fue enterrado, hasta que León XIII dispuso el traslado de los restos a San Juan de Letrán.

Honorio III (18 julio 1216 - 18 marzo 1227)

Elección. Los cardenales, reunidos en Perugia, delegaron en dos de ellos la elección del sucesor de Inocencio y coincidieron en Cencío Savelli, un anciano y enfermizo cardenal obispo de Albano, donde había nacido, antiguo camarlengo y autor del *Liber censuum*. Tutor en otro tiempo de Federico II, era dulce, pacífico y tan desprendido que había repartido casi todos sus bienes entre los pobres. A él iba a corresponder la puesta en marcha de los decretos del IV Concilio de Letrán, especialmente en tres aspectos principales: cruzada, represión de la herejía y renovación del episcopado. Según M. Gibbs y J. Land (*Dishops and reform, 1215-1272, with special reference to the Lateran Council of 1215*, Oxford, 1934), el cambio más significativo del concilio se advertía en el nuevo talante universitario que se trataba de introducir en el episcopado.

Federico II y la cruzada. La cruzada estaba en marcha desde finales de 1215. Max Halbe (*Friedrich und die papstliche Stuhl bis zum Kaiserkrönung*, Berlín, 1888) ya sostuvo la tesis de que tanto Inocencio III como Honorio se equivocaron seriamente: preparaban con ahínco a Federico II para que fuese el jefe de dicha cruzada y fortalecieron sin darse cuenta al más formidable enemigo de la Iglesia. Este error, sin embargo, respondía a un hecho cierto: cerrado el camino de tierra y llevada la cruzada de 1204 al escandaloso desastre, la operación planeada —una gran expedición marítima— sólo podía alcanzar éxito si se disponía de una base mediterránea. Sicilia era adecuada, advierte Josef Derr (*Papstum und Nordmannen: Untersuchungen zur ihren lehnsrechtlichen und kirchenpolitischen Beziehungen*, Colonia, 1972) porque al ser feudo de la Santa Sede, su rey operaba como un mandatario. La entrega del estandarte (*vetula Petri*) daba en este caso una significación más intensa que la que tenían los vasallajes de Hungría o Aragón. J. A. Watt (obra ya citada) destaca que la separación entre *sacerdotium* y *regnum*, tan nítida en Francia, por ejemplo, no aparecía en el sur de Italia, puesto que el papa tenía una parte en este *regnum*.

Federico II había reiterado su juramento de ir a la cruzada y el 1 de julio de 1216 también el compromiso de separar Sicilia del Imperio: cuando fuera coronado emperador, cedería a su hijo Enrique el reino, restableciéndose así la situación que él mismo viviera. Pero en la Dieta de Frankfurt hizo que se reconociera a este Enrique como rey de Romanos, su sucesor también en el Imperio. Explicó que era éste el modo de asegurar el futuro evitando contiendas intestinas, y compensó el gesto con una *Constitución en favor de los príncipes eclesiásticos* (26 abril 1220) que ponía el poder temporal al servicio de los obispos. Pudo decir que la libertad de la Iglesia quedaba garantizada.

El emperador viajó a Roma donde fue coronado el 22 de noviembre de 1220. En esta oportunidad promulgó una Constitución, que la investigación moderna ha descubierto que fue redactada en la curia, mediante la cual se ponía en vigor el canon 3 de Letrán, declarando la herejía como crimen de lesa majestad: a los obispos competía pronunciar sentencias sobre los herejes, que serían condenados a destierro y pérdida de bienes. Esta ley sería incorporada en 1226 a la legislación de Francia y de Aragón. Pero en 1224, por iniciativa propia, rompiendo las vacilaciones formuladas por la curia, Federico estableció pena de muerte en la hoguera para este crimen. Había precedentes de su aplicación en algunos casos en Lombardía y Languedoc.

En la Dieta de Veroli, Federico logró un aplazamiento de la cruzada alegando que necesitaba poner orden en Sicilia (1222). Mientras tanto, la gran expedición que llamamos quinta cruzada, dirigida por Andrés II de Hungría (1175-1235) y Leopoldo VI de Austria (1198-1230), culminaba en un desastre. Era legado de la misma el cardenal español Pelagio (1216). Acudieron gentes de todas partes y en noviembre de 1219 se logró la toma de Damietta que parecía anunciar buenos logros. Una base en Egipto permitía enfocar nuevas operaciones. Pelagio cometió entonces dos errores: rechazar una oferta que hizo el sultán al-Kamel restituyendo Jerusalén a cambio de garantías, y lanzar una

ofensiva tierra adentro en agosto de 1221. Los caballeros cubiertos de hierro no pudieron resistir bajo el calor del desierto: fue necesario entregar Damietta y hacer otras concesiones para recuperar los prisioneros.

Honorio escribió una dolorida carta a Federico II dándole cuenta de la caída de Damietta y culpándole prácticamente del fracaso. Pero en las dos entrevistas que sostuvo con el papa, en Veroli (abril 1222) y Ferentino (marzo 1223) explicó sus razones: sin una Sicilia pacificada y en orden era un error lanzarse a la expedición. El papa aceptó estas explicaciones como también que, viudo de Constanza, contrajera nuevo matrimonio con María, la hija de Jean de Brienne que se titulaba rey de Jerusalén. Por último, un acuerdo en San Germano (julio de 1225) fijó la fecha de salida de la expedición para el verano de 1227; el emperador reconocía que si no cumplía esta vez el compromiso quedaría incurso en excomunión.

Una cosa era cierta. Federico no tenía la menor intención de renunciar a la corona de Sicilia; estaba convirtiendo el sur de Italia en una base militar. Pedro de la Vigne y Roberto de Viterbo se encargaron de establecer un régimen de durísima disciplina. Tampoco se respetaba la independencia de los Estados Pontificios y Honorio III registró ingerencias en la marca de Ancona y el ducado de Spolcto. Por su parte Federico II le acusaba de apoyar los esfuerzos de las ciudades para reconstruir la liga.

Otros asuntos. Un importante cambio se producía en Francia. La muerte de Simón de Monfort (1218) puso en manos de Luis VIII el mando de la cruzada contra los albigenses y de la batalla con los señores feudales. Era la Francia del norte que dominaba a la del sur. Cuando en 1229 se restableció la paz mediante sumisión de todos a la corona, el reino de Francia alcanzaba por fin los Pirineos.

Honorio, que autorizó una nueva colección de Decretales, la *Compilado quinta* que se envió a todas las universidades para su enseñanza, debe ser recordado también por el impulso que proporcionó a nuevos movimientos religiosos. Favoreciendo la expansión del cristianismo por las tierras aún paganas de Livonia, Estonia, Samland y Prusia, tomó a los habitantes de ellas bajo su especial protección. Aceptó en 1216 las comunidades de beguinas dedicadas al cuidado de hospitales y leproserías. Otorgó por dos bulas (22 diciembre 1216 y 21 enero 1217) el pleno reconocimiento de la orden de los dominicos bajo la regla de san Agustín. Aprobó (22 noviembre 1223) la carta definitiva de los franciscanos en cuya redacción intervino el cardenal Ugolino, que sería su sucesor. Y confirmó en 1226 la regla que el patriarca Alberto de Jerusalén diera a los carmelitas. En el gobierno interior de la Iglesia reorganizó la penitenciaría, de acuerdo con el formulario de Tomás de Capua, convirtiéndolo en el gran órgano de gobierno que se encargaba de los pecados y censuras reservados al papa, de otorgar dispensas matrimoniales, casar sentencias injustas, aceptar o rechazar las modificaciones de votos y, en general, de los indultos y penitencias. Todo lo cual significaba una fuente de ingresos.

Gregorio IX (19 marzo 1227 - 22 agosto 1241)

Elección. El colegio de cardenales creó una comisión de tres miembros para que escogiesen y, en segundo término, propusieron a un sobrino de Inocencio II, Ugolino dei Conti di Segni. J. Felten (*Papst Gregor IX*, Friburgo, 1886) ya demostró que había nacido en torno a 1170, por lo que es falsa la ancianidad que algunos textos le atribuyen. Cardenal diácono en 1198 y obispo de Ostia en 1206, había probado su destreza diplomática en Italia, Alemania y otros lugares, entregando a Federico II la cruz durante su predicación de la cruzada, una idea a la que se mantendrá fiel. Enérgico, era bastante riguroso en el cumplimiento de sus deberes religiosos, y en esto le influyeron los dominicos y especialmente san Francisco, su amigo, al que canonizó en 1228. Protector de la orden siendo cardenal, hubo de intervenir en las querellas que se suscitaron tras la muerte del fundador, disponiendo que su testamento no tenía fuerza de mandato, sino de consejo y orientación. Favoreció el crecimiento de las clarisas.

La extraña cruzada. Como en otros tiempos los cistercienses y canónigos regulares, eran ahora los mendicantes el gran apoyo del papa. Ellos le ayudaron en la predicación de la cruzada: dos grandes contingentes, uno de ingleses en Apulia, y otro de alemanes a las órdenes de Luis, margrave de Turingia, esperaban la partida de la expedición. Gregorio IX hubo de recordar a Federico que pesaba sobre él la amenaza de excomunión si no la emprendía. El emperador embarcó en Brindisi en agosto de 1227, pero se sintió enfermo y ordenó al barco dar la vuelta. El gran ejército, desconcertado, comenzó a disolverse, y Gregorio no creyó en la realidad de la dolencia: fue formulada la excomunión que ratificó un sínodo romano en marzo de 1228. De hecho, se había llegado a una ruptura que los Frangipani trataron de aprovechar provocando una revuelta que obligó al papa a refugiarse en Rieti.

A. di Stefano (*L'idea imperiale di Federico II*, Bolonia, 1952) ha profundizado en la postura del emperador que, desde luego, no quería ir a la cruzada como simple jefe de un ejército heterogéneo. Volviendo a la idea del *dominium*, entendía que el Mediterráneo tenía que ser eje fundamental del Imperio. Cedió parcelas importantes de su soberanía a los príncipes alemanes, primero los eclesiásticos y luego los laicos. Despojó a Jean de Brienne del título de rey de Jerusalén, incorporándolo a la corona de Sicilia. Y el 28 de junio de 1228 embarcó con un pequeño ejército, suyo propio, a fin de tomar posesión de este reino. Mantenía relaciones con al-Kamel desde algún tiempo antes. Al llegar a Acre, el 7 de septiembre, templarios y hospitalarios se mostraron adversos porque era un emperador excomulgado. Pero las negociaciones dieron como resultado el acuerdo de Yafo (4 de febrero de 1229) por el que los turcos entregaron Jerusalén y el camino de los peregrinos hacia la costa. Un extraño contrasentido tuvo lugar: fue pronunciado el entredicho sobre la iglesia del Santo Sepulcro. Comenzó a trazarse la espesa leyenda que presentaría a Federico como enemigo de la religión.

Gregorio IX trató, sin éxito, de provocar una revuelta en Alemania, mientras Jean de Brienne invadía el reino, cuyos habitantes fueran desligados del ju-

ramento de fidelidad. La noticia de que Federico II estaba de nuevo en Italia (junio de 1230) bastó para que estas fuerzas se disolvieran, comenzándose negociaciones que condujeron a la paz de San Germano (23 julio 1230): a cambio de garantías de libertad para la Iglesia, el papa levantó la excomunión. No era un acuerdo definitivo, sino el paso a una nueva etapa, destinada a durar nueve años, en que cada una de las partes intentaba fortalecer su posición. En la Iglesia como en el Imperio se contempla un desarrollo jurídico importante.

Constituciones. Pedro de la Vigne trabajó en unas *Constitutiones regnum regni Siciliae* mediante las cuales se estableció por primera vez un absolutismo regio que sometía a la Iglesia y su doctrina a los imperativos del poder laico. La Dieta de Rávena (noviembre de 1231) declaró que la herejía era crimen de lesa majestad, siendo la pena de muerte en la hoguera el castigo adecuado para los que no se arrepintieran. En la primavera de 1232 se exigió de las ciudades lombardas juramento de fidelidad con vasallaje, y cuando estas ciudades trataron de resistirse renovando la liga, el emperador las aplastó en Cuortenuova (27 noviembre 1237). Pero entonces el joven heredero, Enrique, se levantó en armas protestando del abandono de la soberanía que dismantelaba sus facultades de gobierno en Alemania y de la calificación política de la herejía, pues era un modo de desembarazarse de enemigos alegando razones religiosas. Federico redujo a este hijo rebelde a prisión, de la que nunca salió.

Gregorio no renunciaba a la cruzada. Dos expediciones separadas, la de Teobaldo, rey de Navarra (1234-1253), y la de Ricardo de Cornwall (1209-1272), viajaron a Tierra Santa, consiguiendo por medio de alardes militares y negociaciones la restitución de Galilea (1239-1241). De este modo resurgía el reino de Jerusalén, aunque por muy poco tiempo, ya que, como consecuencia remota de la expansión de los mongoles, los jaresmios tomarían en 1244 la ciudad santa.

Decretales. El decenio de 1230 a 1240 señala un importante desarrollo interno en el gobierno de la Iglesia. Gregorio IX encargó a san Raimundo de Peñafort (1175-1275) una codificación legislativa que fue promulgada como *Liber Decretalium extra decretum vagantium* el 5 de septiembre de 1234 y constituye el primer código universal e indudable del derecho canónico. Los papas posteriores harían añadidos, obligando a Bonifacio VIII a otra refundición complementaria, pero de todas maneras la Iglesia iba a disponer del gran cuerpo de leyes que aseguraba su administración. Al mismo tiempo, el papa continuaba la centralización de poderes, reservándose las canonizaciones, restringiendo mucho el poder de los obispos para conceder indulgencias, y estableciendo como obligación la visita *ad limina* en que éstos daban cuenta del estado de su diócesis. En 1229 la Universidad de París, a causa de la querrela entre sus profesores y los primeros maestros mendicantes, se había disuelto. Gregorio IX la restauró (bula *Pareas scientiarum* de 13 de abril de 1231), determinando que tres cátedras fuesen de los frailes, otras tres del cabildo de Notre Dame y las otras seis de régimen ordinario para el clero secular. Mucho más importante, en relación con este hecho, fue el nombramiento de una comisión encargada de

examinar los textos de Aristóteles: el aristotelismo vencía las reticencias que se le oponían, y entraba en la universidad.

Inquisición. El problema de la Inquisición suscita desde hace muchos años grandes debates. C. Douais (*L'inquisition, ses origines et sa procedure*, París, 1906) fue el primero en establecer que el «procedimiento» inquisitorial había sido un instrumento de defensa del poder pontificio frente a la justicia imperial, suscitando la discrepancia de H. Kohler (*Die KetzerpoUtik der deutschen Kaiser und Kónige in den Jahren 1152-1254*, Bonn, 1913), que trataba de exculpar al emperador. H. Maisonneuve (*Etudes sur l'origine de l'Inquisition: l'Eglise et l'État au Moyen Age*, París, 1960) establece con claridad los hechos: Gregorio IX heredaba una tradición eclesiástica que declaraba la herejía como un crimen cuyo juicio correspondía a los obispos; se encontró con el decreto de la Dieta de Rávena que la declaraba «crimen de Estado» (lesa majestad) aplicando la pena más grave, muerte en la hoguera, o cremación del cadáver si el culpable se arrepentía. No intentó privar a los obispos de un derecho que de antiguo tenían, pero con su Decretal de 1231 trató de poner límite a lo que podía convertirse en un abuso político (Juana de Arco iba a demostrar la realidad de esos temores), acudiendo a san Raimundo de Peñafort y a los dominicos para establecer garantías en el procedimiento. No era la autoridad civil la que decidía la existencia del delito; sólo la eclesiástica podía hacerlo tras un examen de expertos. Hallado el culpable y probado el delito, se haría la entrega al brazo secular, que era el único capacitado para ejecutar la sentencia. A Federico II y, en general, a los reyes, no gustó porque les arrebatara un arma. Y de hecho la Inquisición medieval fue menos dura de lo que pudiera temerse, porque los poderes laicos desconfiaron de ella.

Nueva ruptura con el emperador. Desde 1236 se registró un rápido deterioro de las relaciones entre Gregorio y el emperador. Protestaba el papa de los atropellos a la Iglesia, pues Federico despojaba de sus bienes a templarios y hospitalarios, impedía el nombramiento de obispos, trataba a los lombardos como herejes y permitía a sus tropas, en parte musulmanas, cometer terribles atropellos. Estas discordias alcanzaron el punto de ruptura cuando el emperador intentó crear un reino de Cerdeña (isla que formaba parte del Patrimonio de San Pedro) para su hijo bastardo, Enzio, casado con una dama de la nobleza insular, Adelasia. El 20 de marzo de 1239 Gregorio volvería a pronunciar la excomunión. La lucha se caracterizó por una propaganda verdaderamente feroz, creándose en torno a Federico la leyenda de que era un ateo blasfemo; los mendicantes predicaron en contra suya. Y entonces la suerte comenzó a abandonarle. Milán y Bolonia resistieron sus ataques y pronto se contagió el levantamiento. Cuando intentó apoderarse de Roma, las milicias ciudadanas consiguieron derrotarle.

Gregorio optó por la convocatoria de un concilio (9 de agosto de 1241) que debía reunirse en Letrán en la Pascua del siguiente año, a fin de elevar la querrela a su nivel más alto. Federico cerró los accesos a Roma mientras que Enzio de Cerdeña se apoderaba de los barcos genoveses en que viajaban los obis-

pos frente a la isla de Montecristo: más de cien prelados, entre ellos los abades del Cister y de Cluny, quedaron prisioneros. En estas circunstancias murió Gregorio IX.

Celestino IV (25 octubre - 10 noviembre 1241)

De los doce cardenales subsistentes, dos estaban en poder de Federico II y los otros diez divididos y atemorizados. El cónsul Mateo Rosso Orsini, para obligarles a una elección rápida, recurrió a un procedimiento que empleaban ciertas ciudades: encerrarles con llave y en malas condiciones en el palacio de Septizonium junto al Palatino. A pesar de todo, transcurrieron dos meses sin que se decidieran entre los dos candidatos, Godofredo de Castiglione y Juan Colonna. La muerte de uno de los cardenales y las amenazas de Orsini acabaron por provocar la elección de Godofredo, que tomó el nombre de Celestino. Buen teólogo —es dudoso que se tratara de un sobrino de Urbano III—, había sido cardenal de San Marcos (1227) y luego obispo de Sabina. Fracasó en una misión en Lombardía, para luchar contra la herejía y esto detuvo su carrera eclesiástica. Enfermo, dio justamente tiempo para que los cardenales salieran de su encierro, pues murió a los quince días de su elección sin haber sido ordenado.

Inocencio IV (25 junio 1243 - 7 diciembre 1254)

Elección. La vacante duró en esta ocasión dieciocho meses, ya que los cardenales aguardaron la liberación de los dos miembros del colegio prisioneros de Federico. El emperador maniobraba para conseguir que el electo le fuera favorable. Al fin pudieron reunirse los electores en Anagni, escogiendo el 25 de junio de 1243 a Sinibaldo Fieschi, conde de Lavagna, genovés de familia gibelina, que había estudiado y enseñado brillantemente en Bolonia. Juez de la curia, fue nombrado cardenal y vicescanciller por Gregorio IX en 1227, gobernando la marca de Ancona entre 1235-1240. Aunque Federico no perdió la esperanza de negociar, comprendía bien que un colaborador de Gregorio IX no podía seguir siendo su amigo. Cierta cronista le atribuye la frase de que «un papa no puede ser gibelino». Ya F. Fehling (*Kaiser Friedrich II und die romanische Cardinale in den Jahren 1227 bis 1239*, Berlín, 1901), llegó a la conclusión de que Inocencio IV llevó a sus últimas consecuencias las tesis de Inocencio III acerca de la soberanía universal pontificia, distinguiendo sin embargo entre una situación *de iure* y otra *de jacto* que a él no correspondía. Sinibaldo era autor del *Apparatus in quinque libros Decretalium*, primer comentario importante sobre las Decretales de Gregorio IX que fue utilizada en las universidades para la enseñanza.

Una de las tareas fundamentales se refería al colegio de cardenales: el 28 de mayo de 1244 promocionó cuatro franceses, que unidos a los dos españoles y un inglés formaban el adecuado contrapeso a los once italianos. Reducido el número (estamos muy lejos de los 53 que se mencionaban dos siglos atrás) ganaron en poder. En 1245 se les autorizó el uso del capelo rojo como signo de

distinción. Venían a ser un consejo de Estado que gobernaba con el papa y le sustituía en los interregnos. Sus reuniones, denominadas consistorios, como en el Bajo Imperio, sustituían ya a los antiguos sínodos. A sus órdenes trabajaban más de doscientos capellanes. Este mundo, que tendía a centralizar el gobierno (era cada vez mayor el número de provisiones que se tomaban directamente *in curia*) fue dotado también de cátedras para la enseñanza de la teología y del derecho, embrión de la *Sapienza* creada por Bonifacio VIII. Allí encontraría santo Tomás de Aquino al traductor de Aristóteles, Guillermo de Moerbeke, tan importante en su contribución a la *Summa*.

El juicio al emperador. Federico II ofreció negociar. Las promesas que hizo fueron tan exageradas que, aunque el 31 de marzo de 1244, se redactó un convenio marco, Inocencio no quiso precipitarse: era imprescindible una entrevista entre ambos, señalada para Narni, en que se precisaran los puntos. Inocencio salió de Roma pero, de pronto, sospechando una celada, torció hacia Civitavecchia, donde embarcó secretamente (28 junio 1244) llegando a Genova y desde aquí a Lyon en donde pudo instalarse el 2 de diciembre de 1244. Permanecería en esta ciudad hasta después de la muerte de Federico II. Desplegó tanta actividad que debemos considerar esta etapa como una de las más fecundas para la Iglesia medieval. El 3 de enero de 1245 se cursó la invitación para un concilio ecuménico a celebrar en Lyon a partir del 24 de junio. Acababan de llegar las noticias de la toma de Jerusalén por los jaresmios y del hundimiento estrepitoso de lo que quedaba del reino. Los temas asignados al concilio fueron, pues: la reforma del clero, la cruzada, la ayuda a Constantinopla, la política a seguir con los mongoles y, sobre todo, las relaciones con el emperador.

En un extremo intento, Inocencio IV, que había convocado a Federico en calidad de acusado ante el concilio, le escribió (6 de mayo de 1245) ofreciendo una reconciliación si mantenía todas las condiciones de marzo del año anterior en forma solemne. Una ingerencia en los dominios de la Iglesia y una gestión para que se denegase un importante crédito en Inglaterra, convencieron al papa de que nada quedaba salvo la ruptura. El concilio inició sus sesiones el 26 de junio con un discurso de Inocencio en que comparaba los males de la Iglesia con las cinco llagas de Cristo: pecados de los obispos y de los fieles; insolencia de los infieles en Tierra Santa; invasiones mongolas que alcanzaron Hungría; y la persecución del emperador contra la Iglesia.

Federico fue sometido a una especie de juicio en ausencia. En su defensa actuaron Tadeo de Sessa, el patriarca de Antioquía, y los embajadores ingleses, que reclamaban su presencia pero como partícipe y no como acusado. Tres obispos, uno italiano y dos españoles (Tarragona y Santiago) pidieron en cambio al papa que tomara medidas contra él. Éste, que había interesado a la banca güelfa en la defensa de Lombardía, retrasó las sesiones con la esperanza de que se produjera algún tipo de acuerdo que no llegó: finalmente, el 17 de julio tuvo lugar la solemne sesión de clausura en la que Federico fue depuesto aunque no fue mencionada en este punto la excomunión. La propaganda, más moderada, centró su atención en este punto político: si se reconoce al papa el de-

recho a nombrar y deponer, ningún príncipe podrá hallarse seguro en su trono. Enrique III (1216-1273), que necesitaba del apoyo pontificio para mantener en calma su reino, mantuvo sin embargo a Inglaterra neutral (G. von Puttkamer, *Papst jnnocenz IV*, Münster, 1930), mientras que san Luis (1226-1270), garantizando con sus tropas la seguridad de Lyon, intentaba forzar la reconciliación. Hubo negociaciones, pero Inocencio IV respondió que sólo se entrevistaría con Federico si éste acudía solo y sin armas. La guerra se hizo especialmente dura en Italia, donde Enzo disponía de sarracenos.

La guerra cambia de signo. Pero Inocencio, como ya revelara P. Aldinger (*Die Besetzung der deutschen Bistümer unter Papst Innozenz IV, 1243-1245*, Leipzig, 1900), disponía de un verdadero partido en Alemania, ya que muchas de las elecciones episcopales habían sido forzadas desde Roma en favor de candidatos que ahora se mostraban contrarios al emperador. Cuando los duques de Austria, Baviera y Bohemia se pusieron en contacto con la curia, se les dijo que el trono estaba vacante y podían, por tanto, elegir nuevo emperador. El 22 de mayo de 1246 proclamaron a Enrique Raspe, que hasta entonces era el delegado de Federico en Alemania, y cuando éste falleció (16 de febrero de 1247) eligieron a Guillermo de Holanda. Inocencio IV reconoció tanto a uno como a otro.

La guerra cambió de signo en febrero de 1248 cuando los defensores de Paríria derrotaron a los imperiales causando la muerte de Tadeo de Sessa, y las milicias de Bolonia capturaron a Enzo, que nunca recobraría su libertad. De modo que Federico II se hallaba en plena derrota cuando murió (13 diciembre de 1250). El papa, decidido a romper la vinculación de Sicilia con los Staufen, rechazó a Conrado IV (1250-1254), hijo de Federico, y emprendió el regreso a Roma (19 abril 1251) en un viaje triunfal. Desde el 6 de octubre estaba de nuevo en su palacio, excomulgando a Conrado y reclamando su presencia para ser juzgado. Sin embargo, cuando Conrado murió en Amalfiel 21 de mayo de 1254, el papa se mostró dispuesto a reconocer a su hijo Conradino como rey de Sicilia y Jerusalén, ya que nada tenía que ver con el Imperio.

Mendicantes e Inquisición. Otras importantes cuestiones se trataron en este pontificado. Buscando el apoyo de los mendicantes incorporó a éstos la orden de los carmelitas, cuyo origen se remonta a las postrimerías del siglo xn, y cuyo primer general es san Simón Stocke. Consolidó la Inquisición, mitigando de hecho la dureza del procedimiento primitivo, como se había propuesto en los sínodos de Narbona (1243) y Béziers (1246). Sin embargo, al extender a Italia el procedimiento inquisitorial (bula *Ad extirpandos* de 15 mayo 1242), autorizó el empleo de la tortura en los interrogatorios. Fue ampliamente criticado porque aumentaron las tasas para la obtención de dispensas y la colación de beneficios. La lucha contra el emperador era la causa de que se atendiese menos a la reforma y más a la obtención de recursos.

Mongoles. Mientras san Luis vivía su gran aventura de Egipto, llamada Séptima Cruzada (1248-1254), que cerraría con un fracaso el capítulo de las expediciones a Oriente, se iniciaba la toma de contactos con los mongoles. Por

medio de una carta, *Regi et populo Tartarorum* (5 marzo de 1245), entregada al franciscano Lorenzo de Portugal, se les invitaba a que abrazasen el cristianismo. Carecemos de noticias acerca de este posible aunque dudoso viaje. Pero el 16 de abril de ese mismo año Juan de Piano Carpino (1182-1252) y Benedicto de Polonia salieron de Lyon para un larguísimo trayecto por tierra que les llevó al campamento de Batu Khan (Altyn Ordu, actual Volgogrado y antes Stalingrado), desde donde fueron escoltados con seguridad hasta Karakorum. Era el momento en que Kuyuk era elevado al rango de Gran Khan; recibió mal a los embajadores, invitando al papa a que se sometiese a su poder. Al regreso, Piano Carpino estuvo en Kiev, visitando al príncipe Daniel y tratando de atraer a la unidad a la Iglesia ucraniana. Inocencio daría a Daniel el título de rey. Entre 1253 y 1255 otro franciscano, Guillermo de Rubrock, con cartas de san Luis, visitó Karakorum, donde Mongka (f 1260), sustituto de Kuyuk, le recibió de forma más cordial,

Alejandro IV (12 diciembre 1254 - 25 mayo 1261)

Elección. Habiendo muerto en Nápoles Inocencio IV, las autoridades de esta ciudad cerraron las puertas obligando a los cardenales a elegir allí mismo. Designaron a un sobrino de Gregorio IX, Reinaldo conde de Segni, que era cardenal desde 1227 y obispo de Ostia desde 1231. Persona amable que no había destacado en los pontificados anteriores. Cardenal protector de los franciscanos, mostraría especial interés por los mendicantes, favoreciéndoles en el pleito que sostenían con la Universidad de París, a la que compensó otorgándole el derecho de poseer sello propio, esto es, jurisdicción independiente. Los electores probablemente esperaban que se mostrase menos implacable con los Staufen que su antecesor. Prácticamente no residió en Roma: repartía sus estancias entre Nápoles, Anagni y Viterbo.

Sicilia. Manfredo (f 1265), bastardo de Federico II, actuaba como regente en Sicilia en nombre de su sobrino Conradino. Alejandro negoció con él, pero se negó a reconocerlo, y en 1255 le excomulgó. Declarados vacantes el reino y el ducado de Suabia, el papa pareció inclinarse por la aceptación de las reclamaciones de Alfonso X de Castilla (1252-1284) a la herencia patrimonial y ofreció el trono de Sicilia a Edmundo, hijo segundo de Enrique III de Inglaterra. Pisa tomó pie de las buenas disposiciones pontificias para enviar una embajada que encontró a Alfonso en Soria (18 marzo 1256) y le invitó a que reclamara también la corona imperial, sugerencia que él aceptó cuando Marsella y otras ciudades se sumaron a la misma. Pero las opiniones en Alemania, inclinadas a prorrogar la vacante, se dividieron entre el castellano, descendiente de los Staufen, y Ricardo de Cornwall (1254-1273), hermano del rey de Inglaterra. El rey de Bohemia votó dos veces, de modo que ambos candidatos pudieron decir que tenían cuatro votos sobre siete. Ninguno tenía fuerzas ni posibilidad de imponerse.

Tampoco Edmundo, a cuya candidatura hubo de renunciar Alejandro en 1258. Manfredo, que había conseguido expulsar del reino a cuantos le comba-

tían, se hizo proclamar rey el 11 de agosto del mismo año, renunciando a la ficción de la regencia. Mientras los gibelinos se extendían por el norte de Italia, Alejandro IV renovó la excomunión contra el flamante rey. Pero los güelfos fueron derrotados en Montiaperti (4 septiembre 1260) y Florencia se convirtió en gibelina, por un tiempo. Ahora Manfredo aparecía como verdadero rey de Italia. Sus partidarios en Roma le eligieron senador, al tiempo que la fracción contraria hacía lo mismo con Ricardo de Cornwall. En este momento el papa vivía al resguardo de los muros de Viterbo, donde murió.

Otros asuntos. Entre otros asuntos corresponde a Alejandro IV haber elevado a Riga al rango de metropolitana. Canonizó a Clara de Asís, extendiendo a sus monjas la protección que dispensaba a los franciscanos. Ordenó en una congregación única a los ermitaños de san Agustín y confirmó en 1255 a los servitas. Antes de 1260 recibió una carta de Hulagu, el khan que conquistara Bagdad, casado con una jacobita, estos es, cristiana nestoriana: pedía el envío de un hombre piadoso e instruido que pudiera enseñar esta religión. El papa delegó en el patriarca de Jerusalén el establecimiento de relaciones con esta rama de mongoles. G. Soranzo (*// Papato, l'Europeo cristiana e i tartari*, Milán, 1930), tras un minucioso análisis de fuentes concluye que los esfuerzos para crear una cristiandad extremooriental fracasaron por la enorme distancia, el fortalecimiento de los turcos, que crearon una barrera, y finalmente la revolución Ming en China, que rechazaría a los cristianos por considerarlos filomongoles.

Urbano IV (29 agosto 1262 - 2 octubre 1264)

El giro hacia Francia. Durante tres meses los ocho cardenales supervivientes discutieron en Viterbo, sin llegar a acuerdo alguno. Finalmente se decidieron a elegir, fuera del colegio, a Jacques Pantaleon, patriarca de Jerusalén que ocasionalmente visitaba la curia. Hijo de un zapatero de Troyes, había hecho una muy brillante carrera eclesiástica, destacando en el primer Concilio de Lyon. Fue entonces enviado como legado a Polonia, Prusia y Pomerania, territorios en que la orden teutónica desarrollaba su conquista. Tuvo una intervención decisiva en la paz de Cristenburgo (1249), que equiparaba a los prusianos con los alemanes, garantizando su libertad. En 1255 el propio Alejandro le nombró patriarca de Jerusalén con la misión, según hemos visto, de contactar con los tártaros. Su condición de francés podía dejarle manos libres para manejar los asuntos de Italia.

Apenas consagrado, Urbano IV creó catorce cardenales, de los que seis eran franceses; comenzaba de este modo la reorientación de la curia que se acentuaría en los años siguientes. Desde esta nueva posición mostró condiciones de independencia y dotes de mando: nunca quiso residir en Roma, aunque la gobernaba, sino en Viterbo u Orbieto, para sentirse más libre. Mantuvo la línea de sumisión universal a la sede romana: por ejemplo, agregó a la orden benedictina la congregación de ermitaños creada por Pedro de Morrone, futuro Celestino V, a fin de evitar desviaciones. El 2 de octubre de 1264, tomando pie en el milagro de la forma ensangrentada de Bolsena, extendió a toda la Cristian-

dad la fiesta del Corpus Christi, encomendando el oficio de la misma a santo Tomás de Aquino que, tres años antes, había concluido la *Summa contra gentiles* y trabajaba en la monumental *Teológica*, donde se explicaba la doctrina de la presencia real de Cristo en la eucaristía.

Acude a Carlos de Anjou. En política sus ideas eran muy claras. No quería apoyar a Alfonso ni a Ricardo: pretendía que se abriera un proceso que mediante pruebas permitiera conocer, en términos estrictamente jurídicos, quién era de los dos el legítimo. No aceptó en principio las conversaciones de Miguel VIII, que en 1261 había expulsado a los latinos de Constantinopla (1261), y prometió ayuda a Balduino II haciendo predicar una cruzada que permitiera su reconquista. Rápidamente restableció el dominio sobre las tierras del Patrimonium y suscitó dos grandes familias güelfas, Este y Visconti, para que combatesen a los gibelinos dirigidos por un representante de Manfredo, Pallavicini. Otón Visconti (1207-1295) fue nombrado arzobispo de Milán: tal es el origen de un dominio que se prolongaría durante casi dos siglos.

Parecieron a Urbano IV indispensables dos objetivos para garantizar su independencia: acabar con los *ghibellini* y desarraigar definitivamente a los Staufén del sur de Italia. Concedió a los banqueros güelfos privilegios que a otros negaba, favoreciendo arbitrariamente a este partido, y prescindió absolutamente de Edmundo. Según K. Hampe (*Urban IV und Manfred 1261-1264*, Heidelberg, 1905), la razón fundamental de esta conducta, y de que rechazase las demandas de Manfredo —que venían acompañadas de la suma de 300.000 onzas de oro— era un proyecto: hacer del reino un verdadero Estado vasallo de la sede romana. Primero se dirigió a san Luis, pidiéndole uno de sus hijos, pero el monarca declinó la oferta. Entonces acudió a Carlos de Anjou, el ambicioso hermano de aquel mismo rey. Un acuerdo preliminar fue establecido el 7 de junio de 1263. Carlos debía entregar 50.000 marcos esterlinos como *rachat* del feudo y comprometerse a una «ayuda» anual de 10.000 onzas de oro. Garantizaba la libertad de elecciones episcopales, la no aceptación de la corona imperial, y una completa abstención en los asuntos del resto de Italia, algo que seguramente no pensaba cumplir.

La curia nunca estuvo convencida de la oportunidad de dicho acuerdo. Cuando llegó la noticia a Manfredo, éste desató una ofensiva sobre las marcas y Campania, obligando al papa a refugiarse en Orvieto. Carlos, que acudió en su ayuda, obtuvo un premio que era quebranto de la palabra dada: fue elegido senador de Roma. En estas condiciones, el 15 de agosto de 1264 se confirmó el acuerdo y se hizo la investidura. Pero el papa murió antes de que el de Anjou tomara posesión efectiva del territorio.

Clemente IV (5 febrero 1265 - 29 noviembre 1268)

De nuevo francés. Los cardenales, reunidos en Perugia, estaban profundamente divididos respecto a la conducta a seguir: tardaron cuatro meses en elegir a Guy Foulquois, también francés, nacido hacia 1195 en Saint-Gilles-sur-Rhône, hijo de un juez y consejero importante de Luis IX. Al enviudar se ha-

bía ordenado, siendo obispo de Le Puy (1257), arzobispo de Narbona (1259) y cardenal obispo de Sabina (1261). En condición de tal fue legado en Inglaterra, mediando entre Enrique III y los barones. Elegido cuando regresaba a Italia hubo de disfrazarse de monje para llegar a Perugia; allí fijó su residencia, más tarde en Viterbo, nunca en Roma. Había logrado durante su legación que Inglaterra se abstuviese de participar en las querellas sicilianas. En 1268 explicaría confidencialmente a los embajadores que no creía en la legitimidad de los derechos de Alfonso X.

Conquista de Nápoles. Absolutamente profrancés, instó a Carlos de Anjou para que acelerara la llegada de tropas. Carlos entró en Roma en mayo de 1265 y recibió la investidura del reino (28 junio) sin renunciar a su título de senador. El papa ordenó predicar la cruzada contra Manfredo y respaldó la operación de los banqueros de Florencia con los fondos de la Iglesia en Francia durante un plazo de treinta años. El 26 de febrero de 1266, Manfredo fue derrotado y muerto en Benevento; la correspondencia del papa no deja duda respecto a que Clemente reprendió a Carlos con severidad por la dureza de sus represalias y de su régimen. Pero cuando Conradino, en julio de 1268, llegó a Roma reclamando su herencia, Clemente IV le excomulgó; nada hizo tampoco en su favor cuando el joven príncipe, derrotado y preso en Tagliacozzo (23 de agosto), fue ejecutado públicamente.

La victoria de Carlos de Anjou trajo una profunda decepción al papa, como ya E. Jordán *{Les origines de la domination angevine en Italie, París, 1910}* señalara: el príncipe francés no se limitó a ser rey de Sicilia, preparando la cruzada, sino que muy pronto, asumiendo el vicariato imperial, trató de extender sus dominios a otras regiones de Italia. A pesar de todo, Clemente IV reiteró su apoyo, desoyendo las demandas de Miguel VIII, que quería llegar a la unión para quitar a Carlos el pretexto esencial.

Dos actos importantes de este pontífice son: la bula *Ea quae iudicio* (Kaspar Elm, *Die Bulle Ea quae iudicio Clemens IV, 30-VW-1266*, Lovaina, 1968), que unió a los ermitaños de san Agustín, antes dispersos, en una sola congregación, y la *Licet ecclesiarum*, que establecía un sistema de designación directa en todos los beneficios que vacaren estando su anterior titular en corte de Roma.

Gregorio X, san (1 septiembre 1271 - 10 enero 1276)

Un papa restaurador. Los cardenales estaban profundamente divididos en torno a dos cuestiones: la hegemonía de Carlos de Anjou, y la prolongada vacante en el Imperio. A éstas, según Olga Johnson *{Die Papstwahlen des 13Jahrhunderts bis zur Einführung der Conclaveordnung Gregors X, Berlín, 1928}*, se sumaban otras dos: los intereses de las familias de papas y la clara disensión entre jóvenes y viejos en el colegio de los cardenales. De hecho, el interregno duró casi tres años. Las autoridades civiles presionaron encerrando a los cardenales en el palacio, quitando el techo y amenazando con privarles de la comida. Fue san Buenaventura quien propuso la solución: delegar en una comisión de sólo seis, la cual designó a Teobaldo Visconti, arcediano de Lieja, un

laico que se encontraba con Eduardo de Inglaterra en Tierra Santa. De noble origen, había jugado un papel importante en el primer concilio de Lyon y gozaba de una amplia confianza en las dos familias reales, francesa e inglesa. L. Gatto (*Il pontificato dei Gregorio X, 1271-1276*, Roma, 1959) le considera especialmente dotado: estudiante en París, conoció a santo Tomás y a san Buenaventura. Llegó a Viterbo el 10 de febrero e inmediatamente se trasladó a Roma, donde fue ordenado y consagrado en San Pedro el 27 de marzo.

Se elige emperador. Entendía que su elección respondía al esfuerzo que debía hacerse en favor de la cruzada. Su primer gesto fue la convocatoria (13 de abril de 1273) del concilio, nuevamente en Lyon; en él debían tratarse tres cosas íntimamente ligadas: la cruzada, la unión con la Iglesia oriental y la reforma. Antes de que todo esto pudiera llevarse a cabo, el papa sabía que era preciso poner un límite a la expansión angevina en Italia, y sosegar las querellas entre güelfos y gibelinos que perturbaban la vida de sus ciudades. No impidió que Carlos de Anjou siguiera ostentando el senado en Roma y la vicaría imperial en Toscana, pero, aprovechando la muerte de Ricardo de Cornwall, decidió colaborar para resolver el interregno: recomendó a los electores que prescindiesen de Ottokar de Bohemia y de este modo logró que el 1 de octubre de 1273 hubiera, con Rodolfo de Habsburgo (1273-1291), nuevo rey de Romanos. El papa no ocultó su satisfacción, pero quiso que el reconocimiento se hiciera a través del concilio. Fue en Lyon, el 6 de julio de 1274, donde el canciller, en nombre de Rodolfo, garantizó el juramento de éste respecto al respeto de las libertades de la Iglesia. Se acordó entonces hacer en Roma la coronación imperial. La primera fecha fue demorada tras la entrevista personal de Gregorio X y Rodolfo (Lausanne, octubre de 1275) hasta el 2 de febrero de 1276. La muerte de Gregorio impidió que pudiera llevarse a cabo.

La unión con Oriente. Gregorio aplicó dotes de moderación, prudencia y grandeza en la solución del problema oriental. Sus primeros contactos con Miguel VIII se habían producido durante el viaje a Palestina. Era evidente que el emperador quería protección frente a las ambiciones de Carlos de Anjou. Muy pronto la iniciativa pasó a manos del papa, que tuvo el acierto de conducir el asunto ante el concilio en lugar de convertirlo en puramente personal. Además, se mostró condescendiente: se conformaba con que sólo una parte del clero griego se adhiriera a la unión, dejando para más adelante la universalización del juramento, y se conformaba con que reconociera la integridad de la fe y el primado de la sede romana. Miguel aceptó las condiciones aunque al principio tropezó con enormes dificultades, pues apenas media docena de obispos se mostró dispuesta a apoyarle: el patriarca José, empujado por su clero, formuló un juramento contra la unión. Pero el más importante de los teólogos, Juan Beccos, que al principio se mostró absolutamente contrario (hubo de ser reducido a prisión por su actitud levantisca), acabó convencéndose de su error y se convirtió en ardiente defensor de la unión. Fue el comienzo de la victoria. En febrero de 1274, Miguel VIII consiguió que 44 obispos y todo el clero de Santa Sofía suscribieran una carta al papa.

El 24 de junio de este mismo año llegó a Lyon la embajada bizantina presidida por el logoteta Jorge Acropolita y de la que formaban parte el antiguo patriarca de Constantinopla, Germán III, el de Nicea, Teófanos, y algunos otros. Las condiciones de los griegos fueron aceptadas por el concilio y el 29 de junio pudo proclamarse la unión; se invitó a los otros obispos bizantinos a que se adhiriesen. Fue entonces elegido patriarca Juan Beccos, y el 16 de enero de 1275, en la capilla del palacio real de Constantinopla, se celebró la solemne función religiosa de la unión.

Aparte de esto, el concilio tomó algunas disposiciones importantes: renovación de las sentencias contra la usura; restablecimiento de la obligación del culto divino en los cabildos; exigencia rigurosa de los decretos que prohibían nuevas reglas para las congregaciones religiosas. Los españoles impidieron, en cambio, que prosperara un proyecto para refundir en una todas las órdenes militares. La más importante de las disposiciones, *Ubi periculum*, establecía el sistema de cónclave para las futuras elecciones pontificias. Los cardenales serían encerrados con llave (éste es el origen del nombre), manteniéndolos incomunicados con el mundo exterior; en caso de demora se les reducirían las raciones alimenticias.

Tras la entrevista con Rodolfo en Lausanne, Gregorio X regresó a Italia, aunque no pudo alcanzar Roma porque murió de fiebre en Arezzo. Su muerte iba a interrumpir un proceso evolutivo importante.

Inocencio V, beato (21 enero - 22 junio 1276)

Los cardenales no tardaron en elegir al dominico Pedro de Tarantaise en un cónclave que se celebró en Arezzo, aplicándose por vez primera el decreto conciliar. M. H. Laurent (*Beatas Innocentius PP. V. Petras de Tarantasia*, Roma, 1943) ha trazado la biografía de este maestro extraordinario, nacido en Val d'Isère, dominico y colaborador de san Alberto Magno y de santo Tomás de Aquino, autor de un importante comentario de las Sentencias de Pedro Lombardo y uno de los que más contribuyeron a difundir el pensamiento de Aristóteles. Dos veces provincial de los dominicos en Francia, arzobispo de Lyon, cardenal obispo de Ostia (1273) y colaborador estrechísimo de Gregorio X, fue el primer miembro de su orden que ciñó la tiara. Fue conocido con el sobrenombre de *doctor famosissimus*.

Hay un contraste entre su saber, acompañado de austera piedad, y la debilidad política que mostró hacia Carlos de Anjou, al que confirmó como senador de Roma y vicario de Toscana. Pidió a Rodolfo (17 de marzo) que pospusiera su viaje a Roma hasta que hubieran sido resueltas sus diferencias con el angevino. Logró la reconciliación de Genova con Carlos de Anjou y la paz entre Pisa, gibelina, y la Liga güelfa de Toscana. Pero todo esto servía al rey de Nápoles para incrementar su poder. Predicó una vez más la cruzada. Y, cambiando la política de Gregorio, suspendió las concesiones que se hicieran exigiendo que todos los obispos del Imperio juraran ya el símbolo de fe con el *Filioque*. Era, también, un medio indirecto de indicar a Carlos de Anjou que iba

a disponer del apoyo, al menos moral, de la Santa Sede para sus proyectos sobre Constantinopla. La breve duración de su pontificado impidió que el programa llegara a realizarse.

Adriano V (11 julio - 18 agosto 1276)

El cónclave se reunió en Letrán. En su calidad de senador de Roma, Carlos de Anjou se ocupó de que se cumpliera con rigor el decreto de Lyon, suspendiendo incluso el aprovisionamiento de los cardenales. Éstos acabaron eligiendo a Ottobono Fieschi, sobrino de Inocencio IV, nacido en Genova en la familia de los condes de Lavagna. Había sido legado en Inglaterra, donde coronó con éxito la política pontificia de restablecimiento de la paz entre Enrique III y sus nobles; con posterioridad había trabajado en favor de la política angevina. Aunque proponía una negociación entre Sicilia y Bizancio, mostrándose así menos hostil, se negó a excomulgar a los partidarios de Carlos de Anjou por sus agresiones injustificadas en territorio bizantino. El único acto que de él se recuerda es la anulación del decreto sobre las elecciones pontificias, prometiendo la redacción de uno nuevo, que no llegó a promulgar. Antes de que pudiera ser ordenado sacerdote y, por consiguiente, consagrado, falleció en Viterbo, adonde había llegado huyendo del calor de Roma.

Juan XXI (8 septiembre 1276 - 20 mayo 1277)

La elección estuvo nuevamente rodeada de violencia. Las autoridades de Viterbo quisieron aplicar el decreto del cónclave, pero los cardenales alegaron que dicho decreto ya no existía. Juan Gaetano Orsini, al ver que no conseguía los votos necesarios, promovió la candidatura de un portugués, Pedro Juliáo, conocido como Pedro Hispano, confiando en gobernar a través de él. Hijo de un médico y nacido en Lisboa, M. H. da Rocha Pereira (*Obras médicas de Pedro Hispano*, Coimbra, 1973) y J. M. de la Cruz Pontes (*A obra filosófica de Pedro Hispano Portugalense*, Coimbra, 1972) han estudiado a fondo los dos aspectos fundamentales de su saber. Médico personal de Gregorio X, éste le nombró arzobispo de Braga (1272) y cardenal de Tusculum (1273). Fue una de las figuras más destacadas del Concilio de Lyon. Como médico se hizo famoso por un tratado de oftalmología conocido como *El ojo* y un manual de patología, *Tesoro de los pobres*. Se le ha confundido a veces con otro Pedro Hispano, dominico natural de Estella y autor de dos obras filosóficas de gran importancia, *Summulae logicae*, muy empleada como texto en las universidades, y *De alma*, que es un comentario a Aristóteles y al pseudo Dionisio (A. D'Ors Lois, «Petrus Hispanus O.P. auctor Summutarum», *Vivarium*, 35/1, 1997).

Por un error que ya no fue corregido tomó el nombre de Juan XXI, siendo así que ningún Juan XX encontramos en la lista de los papas. No quiso residir en Roma, haciéndose construir un departamento provisional en el palacio de Viterbo para poder seguir con su trabajo científico; dotado de gran sencillez, estaba dispuesto a recibir a todo el mundo, aunque prefería la compañía de sabios y doctores a la de los miembros de la curia. Comenzó su pontificado

confirmando la anulación del decreto del concilio sobre las elecciones y entregando a Orsini prácticamente todo el poder. Por esta causa se inició un distanciamiento con Carlos de Anjou, al que no fue renovado el nombramiento de senador ni el de vicario en Toscana. La Santa Sede estaba buscando medios para restablecer una concordia entre el rey de Sicilia y Roberto, entre Alfonso X y Felipe III de Francia (1270-1285), enemistados a causa de los infantes de la Cerda, así como en Portugal, su patria, donde tomó la defensa de las inmunidades eclesiásticas. Tras esta política de paz alentaban siempre dos propósitos: afirmar la supremacía de Roma y proceder a un nuevo lanzamiento de la cruzada. A este mismo fin apuntaban el envío de misioneros y legados a tierra de mongoles y las nuevas negociaciones con Miguel VIII. Pero en este último caso era, tal vez, demasiado tarde: el rigorismo un tanto arbitrario de sus dos antecesores había disipado el buen clima que creara Gregorio X.

Preocupaba especialmente a Juan XXI un problema que conocía bien: las tendencias al materialismo que podían nacer de los excesos del aristotelismo. El 18 de enero de 1277 ordenó al obispo de París que abriera una información en la universidad. El resultado fue señalar 219 proposiciones que se estaban enseñando y que los universitarios calificaban de «averroístas». Diecinueve de ellas se encuentran en santo Tomás.

Juan XXI murió a consecuencia de la herida que sufrió al desplomarse la techumbre del departamento provisional que levantara en Viterbo. Fue enterrado en aquella catedral.

Nicolás III (25 noviembre 1277 - 22 agosto 1280)

La elección de Orsini. Los siete cardenales se dividieron en dos bandos: tres de ellos apoyaban la candidatura de Juan Gaetano Orsini, hijo de Mateo Rosso y de Perna Gaetani, que durante treinta años había gobernado la curia; otros tres se le oponían porque le consideraban un enemigo de Carlos de Anjou. El interregno duró seis meses hasta que, finalmente, la candidatura de Orsini triunfó. El nombre adoptado por el nuevo papa coincidía con el título que como cardenal ostentara. Publicaría una nueva colección de Decretales, las *Novellae*, que se agregaron a las de Graciano. Al desarrollarse en Europa el antijudaísmo, como consecuencia de las condenas que se estaban formulando contra el Talmud, pidió a franciscanos y dominicos que escogiesen predicadores idóneos que llevaran a los hebreos a la fe. Elegante y de buena presencia, juntaba la destreza personal con la experiencia de los negocios. Su objetivo parece haber sido restaurar la independencia de los Estados Pontificios.

La política. Comenzó obteniendo el cese de Carlos de Anjou como senador de Roma (16 septiembre 1278); un decreto, de 11 de julio de 1279, determinó que ningún príncipe foráneo pudiera en adelante ocupar el cargo. El papa debía ser senador perpetuo, absorbiendo de esta manera la señoría sobre la ciudad de Roma; su pariente, Mateo Orsini, se ocupó en la práctica de hacer sus veces. También hizo desaparecer la vicaría imperial sobre Toscana. Mantuvo estrechas negociaciones con Rodolfo de Habsburgo, preparando ya su corona-

ción: el 14 de febrero de 1279 el rey de Romanos hizo una solemne renuncia a los derechos que aún pudieran corresponderle en Romagna. De este modo los Estados Pontificios obtuvieron la distribución espacial y la estructura jurídica que conservarían hasta 1860. Para que esta política diera resultados duraderos, se necesitaban dos condiciones difíciles de obtener: la reconciliación entre los Anjou y los Habsburgo, que hiciera definitiva la separación entre Alemania e Italia, y la paz entre los partidos de güelfos y gibelinos. Por eso apoyó a los Visconti, en Milán, y su sobrino el cardenal Latino Malabranca negoció en Genova y en Florencia reconciliaciones que permitieran regresar a los que estaban en el exilio.

Se proyectó el matrimonio de una hija del emperador, Clemencia, con un nieto del rey de Nápoles, Carlos Martel; ambos serían reconocidos como reyes de Arles. De hecho, Rodolfo legitimó a Carlos de Anjou en su posesión de Provenza y Foncalquier, que eran feudos del Imperio. Es difícil conocer cuál era el proyecto de fondo que Nicolás perseguía: se ha especulado con el designio de crear cuatro reinos o principados independientes entre sí, Alemania, Lombardía, Borgoña, Toscana, como una garantía de paz para la Iglesia; de todas formas, la muerte del papa impidió que las negociaciones llegasen a buen fin.

Oriente. Siempre, la cruzada. Bizancio estaba en el mismo centro del problema. Aunque Nicolás prohibió hacer la guerra a Miguel VIII (no se atrevió, en cambio, a excomulgar a quienes en Epiro y Tesalia le combatían), presentó exigencias en relación con la unión, que los orientales juzgaron excesivas: inserción obligatoria del *Filioque*, publicación de los juramentos prestados en Lyon, conservación en la liturgia griega únicamente de aquellos ritos que coincidiesen con la latina, presencia de un legado permanente en Constantinopla y de nuncios en cada una de las principales ciudades, confirmación de los nombramientos eclesiásticos en Roma y algunas otras de menor importancia. Sin embargo, el papa no quería provocar la ruptura: tales demandas se incluyeron en las instrucciones a los legados como una especie de programa máximo, pero con poderes para atemperarlas si era necesario. A pesar de todo es preciso reconocer que aquí estaba el precedente para la decisión de Martín IV.

Franciscanos. Protector de los franciscanos, Nicolás III publicó la constitución *Etsi qui seminat* (14 agosto 1279), declarando la santidad de la pobreza y la obligación de seguirla; al mismo tiempo establecía la diferencia entre propiedad y usufructo, que permitía poseer edificios y otros bienes. A los extremistas del franciscanismo esta disposición les sentó mal, y Berengario de Perpignan presentó ante el papa una protesta que llegaría a tener consecuencias impensadas: alegaba que Cristo y los apóstoles nada habían tenido en propiedad ni en simple posesión.

Martín IV (22 febrero 1281 - 28 marzo 1285)

Golpe de Estado. De nuevo una vacante de seis meses con un final muy grave. Los cardenales, reunidos en Viterbo, no lograban ponerse de acuerdo, cuando Carlos de Anjou decidió dar un golpe de Estado valiéndose de las au-

toridades de la ciudad, que aprisionaron a dos de los purpurados, mientras el rey presionaba a Mateo Rosso Orsini para impedir que interviniese. Por esta vía se eligió a Simón de Brie, antiguo archidiácono de Rouen, tesorero de San Martín de Tours y canciller y guardasellos de san Luis. Cardenal de Santa Cecilia desde 1264, vivía entregado con todo entusiasmo a la misión de hacer triunfar los proyectos de Carlos de Anjou. Tomó el nombre de Martín IV, por el patrón de Francia y por el error de haber confundido a Marino I y II con Martín. Ha sido definido como «el más francés de todos los papas» por su empeño en propiciar el triunfo absoluto de los angevinos. No sólo renunció en Carlos el oficio de senador, sino que le entregó el gobierno de todos los Estados Pontificios; Jean d'Eppe se hizo cargo de Romagna y Guillermo Durando, el famoso autor del *Speculum iudiciale*, fue nombrado vicario general. Las relaciones con Rodolfo de Habsburgo se mantuvieron correctas porque el rey de Romanos se abstuvo cuidadosamente de intervenir en los asuntos de Italia.

// *Vespro*. Nacía así un Imperio angevino tan amenazador para la independencia de la Iglesia como lo fuera en tiempos el de los alemanes. Carlos compró a María de Antioquía sus derechos sobre Jerusalén y comenzó a usar este título enviando a Rogerio de San Severino en calidad de bailío a tomar posesión de las escasísimas reliquias que aún sobrevivían del antiguo reino. Al mismo tiempo mantenía abiertas relaciones comerciales con Egipto para evitar amenazas desde este sector. Poco a poco iba aumentando sus dominios. Gobernaba Albania y Acaya, esta última en nombre de su nuera, y ostentaba la soberanía feudal sobre Atenas y los otros señoríos latinos en Grecia. El objetivo final era la conquista de Constantinopla, presentándose como heredero de Balduino II. Todo estaba preparado cuando se negoció en Orvieto, interviniendo la cancillería pontificia, una alianza entre Carlos, Felipe de Courtenay y la República de Venecia (3 de julio de 1281). Martín IV dio la señal: sin que se hubiera dado motivo alguno, excomulgó a Miguel VIII (18 noviembre 1281), prohibió a los católicos prestarle cualquier clase de ayuda (26 marzo 1282) y finalmente declaró nula la unión que tan trabajosamente se consiguiera en Lyon. Martín, mientras tanto, no residía en Roma: estableció en Orvieto y en Perugia su residencia.

Los manifiestos errores de Martín IV causaron un indudable daño a la Iglesia pues la convirtieron en un satélite de la política francesa, y a Italia porque la lanzaron de nuevo por el camino de la guerra: el primero de mayo de 1282 los gibelinos, mandados por Guido de Montefeltro, derrotaron a las tropas pontificias; el 30 de marzo, tras una delicada operación de acercamiento entre la nobleza siciliana, el rey Pedro III de Aragón (1276-1285) y el emperador Miguel, aclarada por Steven Runciman (*The Sicilian Vespers*, Cambridge, 1958), estallaba la gran revuelta conocida como las «Vísperas Sicilianas». Los rebeldes acudieron a Martín IV como a su señor natural, pero él los rechazó con dureza ordenándoles someterse sin condiciones a Carlos de Anjou. Pedro III, yerno de Manfredo, aceptó la corona y el papa le excomulgó. Esfuerzo inútil: la

flota catalana, reforzada en Sicilia, hizo añicos el Imperio angevino. Sin proponérselo, los aragoneses habían prestado un servicio al papa, pues dividieron el reino en dos, alejando el agobiante dominio que desde él se ejercía.

Protector de los franciscanos, Martín IV publicó la bula *Ad fructus liberes* (13 diciembre 1281), autorizándoles la predicación y la confesión. Este privilegio provocó la resistencia del clero secular, que lo consideraba como una ingerencia en sus propias funciones. Martín IV murió en Perugia, pocas semanas después del fallecimiento de Carlos de Anjou.

Honorio IV (2 abril 1285 - 3 abril 1287)

Los cardenales reunidos en Perugia se dieron prisa y en sólo cuatro días eligieron a Jacobo Savelli, cardenal de Santa María in Cosmedin, evitando de este modo las ingerencias. Perteneciente a una ilustre familia romana, estudiante en París y sobrino nieto de Honorio III, cuyo nombre adoptó. Con 75 años de edad y medio paralítico, había sido elegido para que intentara subsanar los errores de su antecesor, pero conservando las relaciones excelentes con la Casa de Anjou. El 20 de mayo fue consagrado en Roma, en medio de un entusiasmo delirante de su población, al que correspondió fijando su residencia permanente en la ciudad y asumiendo de nuevo la senatoria que su hermano Pandolfo gestionó en la práctica.

La mayoría francesa en el colegio de cardenales obligaba a conservar una política proangevina en la guerra. Honorio rechazó las propuestas de Eduardo I de Inglaterra (1272-1307), que quería mediar, y otorgó a Felipe III los beneficios de cruzada para la guerra que emprendía contra Pedro III y que se cerró en un fracaso. Cuando estos dos reyes murieron en el otoño de 1285, pudo abrirse, al fin, el camino de las negociaciones. Alfonso III (1285-1291) reinaba en Aragón, firmando tregua con Francia; su hermano Jaime fue coronado como rey en Palermo, ganando con ello la excomunión. Pero la derrota angevina en Castellamare (1287) obligó a reconocer el fallo, abriéndose negociaciones que condujeron al tratado de Oloron (25 julio 1287), firmado cuando el papa ya había muerto.

Se reanudaron los contactos con Rodolfo de Habsburgo, preparándose la coronación imperial. Pero los príncipes alemanes negaron el dinero para el viaje porque el legado, cardenal Juan de Tusculum, había solicitado fuertes compensaciones económicas para la Cámara y sospecharon que se estaba tendiendo una intriga para declarar a Alemania monarquía hereditaria como las demás de Europa.

Aunque Honorio restauró los derechos y privilegios del clero secular y condenó en 1286 una secta de extremada pobreza fundada en Parma con el título de «apostólica» (1260), fue también un protector de las órdenes religiosas, especialmente dominicos y franciscanos, a los que trataba de convencer de que estableciesen cátedras de árabe a fin de preparar misioneros para tierras musulmanas.

Nicolás IV (22 febrero 1288 - 4 abril 1292)

Elección. La supresión del decreto de Gregorio X había permitido el retorno a las elecciones prolongadas: más de once meses duró esta vez la vacante. Calores excesivos y peste causaron la muerte de seis cardenales y la dispersión de todos los demás excepto uno, el franciscano Jacobo de Ascoli, del título de Palestrina. Cuando los purpurados regresaron a Roma, le eligieron por unanimidad. Nacido en Lisciano, cerca de Ascoli, el 30 de septiembre de 1227, e hijo de clérigo, sucedió a san Buenaventura como general de su orden en 1274. Había sido uno de los negociadores de la unión con los griegos. Colaborador de Nicolás III en la bula *Exiit qui seminat*, este papa le nombró cardenal. Se trata del primer franciscano que llegó al solio. Protector de artistas como Arnolfo di Cambio o Pietro Cavallini, reconstruyó San Juan de Letrán y Santa María la Mayor. Protegió, seguramente con exceso, a los Colonna, procedentes de Nápoles: Giovanni Colonna, senador único, en lucha con los Orsini y los Savelli, creó en Campania un gran poder.

Cardenales. La bula *Coelestis ahitado* (18 de junio de 1289) reconoció a los cardenales el derecho a percibir la mitad de las rentas correspondientes a la curia. Estableció de este modo un precedente de importancia, abriendo el debate en torno a las funciones del colegio, en especial durante las vacantes en el solio. Dos corrientes de opinión se dibujaban: aquella que sostenía que los cardenales compartían con el papa la *plenitudo potestatis*, por lo que, en los interregnos, gobernaban a la Iglesia por derecho propio; y aquella otra que afirmaba ser únicamente un organismo consultivo (consistorio) cuyos miembros recibían del papa todas las funciones y, durante las vacantes, asumía provisionalmente funciones que no eran suyas.

Nápoles. Apoyó a Carlos II de Anjou (1285-1309) con todas sus fuerzas aunque mantuvo buenas relaciones con Rodolfo, reconociendo su derecho a ser coronado. La muerte del rey de Romanos en 1291 impidió definitivamente la coronación. Mediante negociaciones intentó que, anulado el tratado de Canfranc (28 octubre 1288) —por el que se daba a Carlos II libertad a cambio de reconocer a Jaime II como rey de Sicilia—, los Anjou recobrasen la totalidad de sus dominios. No pudo conseguirlo, pero logró al menos que, levantando la excomunión que pesaba sobre Alfonso III, se negase desde Aragón toda clase de ayuda a los rebeldes. Sin embargo Alfonso murió el 18 de junio de 1291 y fue precisamente Jaime quien le sucedió, dejando a su hermano Federico en Sicilia como lugarteniente. Cuando el papa coronó en Rieti a Carlos II lo hizo en calidad de rey de todo el Realme y no sólo de Nápoles.

Oriente. En un último esfuerzo para salvar las posiciones de Tierra Santa, tras el saqueo de Trípoli (abril de 1289), Nicolás IV dispuso la predicación de la cruzada (1290) e incluso llegó a enviar una pequeña flota en auxilio de san Juan de Acre. En 1291 Enrique II, rey de Chipre y de Jerusalén, abandonó esta última ciudad, que sucumbió al asalto el 18 de mayo del mismo año. Las noticias que llegaron a Occidente eran espeluznantes: el maestre del Temple Guillermo de Beaujeu, y el mariscal del Hospital, Mateo de Clermont, murieron lu-

chando heroicamente, y las monjas clarisas se cortaron la nariz para evitar ser violadas. Causaron un gran impacto. El franciscano Fidenzio de Padua envió al papa un *Líber de recuperatione Terre Sancte*, incitándole a realizar un gran esfuerzo para recobrar Palestina, de cuya pérdida Tadeo de Nápoles culpaba a los reyes y caballeros occidentales. Pero fue Ramón Llull (1232-1316) quien envió el programa más eficaz: un plan de estudios para disponer de personas que conociesen el árabe y el hebreo a fin de penetrar en los espacios orientales y africanos; la centralización de las misiones bajo el mando de un solo cardenal; y la refundición de las órdenes militares hasta crear con ellas el gran ejército de caballería que la cristiandad necesitaba. Nicolás atendió también al otro horizonte que se había abierto. En 1290 Argun, nieto de Hulagu Khan, dueño de Bagdad, se puso en contacto con Roma a través de un converso, Andrés Chagan o Zagan, pidiéndole como su abuelo el envío de personas instruidas porque en sus dominios había comunidades cristianas. Paralelamente, otro franciscano, Juan del Monte Corvino, que había actuado en Armenia, llegaba a ponerse en contacto con los keraitas nestorianos: por el camino de Mongolia llegó a la corte de Kublai Khan (1260-1294) en Pekín. Desde Orvieto fueron enviados algunos franciscanos para ayudarle. El papa otorgaría a Monte Corvino el título de obispo de Pekín.

Celestino V, san (5 julio - 13 diciembre 1294)

Un papa «angélico». Muchas fantasías literarias se siguen vertiendo en torno a este papa que tomó la decisión excepcional de abdicar y al que algunos autores siguen llamando «papa angélico», como lo hicieron los franciscanos «espirituales» en su propio tiempo. Hace más de un siglo F. Ehrle (*Die Spirituales, ihr Verhältniss zum Franciscanerorden und zu den Fratricellen*, 4 vols., Berlín, 1885-1888) puntualizó la necesidad de distinguir entre estos «espirituales», rigoristas que preceden a la observancia, que aparecen íntimamente ligados al nombramiento y gestión de san Celestino, y los *fratricelli* posteriores, en los que, como clara desviación de esta postura, se mezclaron la resistencia al papa y algunas doctrinas heréticas milenaristas. Por su parte, F. X. Seppelt (*Monumento Coelestiniana*, Paderborn, 1921) ha trabajado para recopilar la abundante literatura en torno a Celestino, a fin de separar los elementos reales de los legendarios, reconociendo la importancia que en 1294 revestían las ideas rigoristas. Estas pretendían, frente a los intereses políticos y de familia, dar un salto radical entregando el pontificado a un santo, que lo fuera en el sentido más simple y directo de la palabra.

Tras la muerte de Nicolás el solio estuvo vacante dos años y tres meses: divididos en facciones, los doce cardenales eran incapaces de llegar a un acuerdo que atribuyese los doce votos que se necesitaban. Tras dos interrupciones, el cónclave volvió a reunirse en Perugia en octubre de 1293; se produjo entonces una fuerte presión de Carlos II, que necesitaba de un papa que confirmase el acuerdo que acababa de concluir con Jaime II en La Jonquera, el cual incluía la orden a Federico para entregar Sicilia. Los cardenales no se rindieron a las

presiones, pero fueron conscientes de la necesidad de poner rápidamente fin al interregno porque se estaban produciendo graves desórdenes. El decano del Sacro Colegio, Latino Malabranca, dijo que un santo ermitaño, Pedro de Morro--, había profetizado un castigo de Dios si seguían demorando la elección, y añadió que este hombre santo era precisamente su candidato. Con bastante rapidez los cardenales le proclamaron por unanimidad.

Pedro era hijo de aldeanos y tenía 85 años; educado por los benedictinos de Santa María de Faifula, se había retirado a una cueva del monte Morrone, de donde procedía el nombre con que sustituyera el de Pedro Angelario, que recibiera en el bautismo. El apellido familiar se prestaba a interpretaciones relacionadas con el advenimiento de un «papa angélico» que iniciaría la nueva etapa en la vida de la Iglesia, dominada por el Espíritu según las profecías de Joachim de Fiore (1130? - 1202). Al acudir a él numerosos discípulos, decidió construir una iglesia dedicada a Santa María al pie del Morrone y crear una fraternidad reconocida por Gregorio X en 1274, pero dentro de la orden y regla de san Benito, que pretendía observar con todo rigor. Carlos II tomó la hermandad bajo su protección y Pedro Angelario fue elegido abad del monasterio de Faifula, donde se educó. Pero en 1293 había tomado la decisión de retirarse de nuevo a una gruta en el Morrone para ser otra vez ermitaño.

Fracaso y abdicación. Costó trabajo convencerle para que aceptara. Pero un vasto clamor se extendió por Italia: al fin la santidad estaba en la cátedra de Pedro. Los «espirituales» le consideraron como uno de los suyos —de ahí el error de que a veces se le tuviera por franciscano— y Carlos II le tomó bajo su guía y protección. Con escolta napolitana llegó a L'Aquila, en cuya iglesia de Santa María de Colmaggio fue consagrado el 29 de agosto. Celestino no fue nunca a Roma: el rey preparó para él una residencia en el Castilnuovo de Nápoles. Incapaz de usar el latín, hablaba en italiano con sus cardenales. Pronto se demostró que santidad y gobierno son valores distintos: pueden coincidir, pero pueden también ser divergentes. Nombró doce cardenales, sobre una lista que le proporcionó Carlos II (siete eran franceses y todos angevinos), confirmó el acuerdo de La Jonquera, dando un plazo de tres años a los aragoneses para restituir Sicilia, y nombró a un niño de pocos años, hijo de Carlos II, arzobispo de Toulouse. La confusión en la curia se hizo terrible: algunos beneficios eran atribuidos simultáneamente a varias personas por ignorancia absoluta del asunto.

Llegado el tiempo de Adviento propuso retirarse a un lugar aislado a fin de entregarse a la oración contemplativa en riguroso ayuno, dejando a tres cardenales el gobierno de la Iglesia. Cuando el colegio rechazó esta propuesta que consideraba muy perjudicial, consultó con uno de sus miembros, Benito Gaetani, notable canonista, si existían precedentes de una abdicación. La respuesta fue afirmativa aunque errónea. Entonces, el 10 de diciembre de 1294, publicó una bula que hacía extensivo el procedimiento del cónclave de Gregorio X, previsto para la muerte de un papa, al caso de una renuncia, y el 13 del mismo mes, en un consistorio, se dio lectura a un acta de abdicación que el propio Gaetani

preparara. Sin duda Celestino, de nuevo Pedro Angelario del Morrone, confiaba en volver a su vida de santo ermitaño. No se lo consintieron: podía convertirse en bandera para los «espirituales». Tratado con toda dignidad, se le puso vigilancia, de la que huyó tratando de volver al yermo. Fue entonces cuando Bonifacio VIII le encerró en Castel Fumone, cerca de Ferentino. Es seguramente falsa la noticia de que se le maltratará: murió el 19 de mayo de 1296. Fue canonizado el 5 de mayo de 1313 como confesor de la fe.

Bonifacio VIII (24 diciembre 1294 - 12 octubre 1303)

La persona. Restablecida por Celestino V la constitución del Concilio de Lyon, los cardenales se reunieron en el Castilnuovo de Nápoles, diez días después de la abdicación de aquél, y habiendo rechazado la elección Mateo Rosso Orsini, escogieron precisamente a Benito Gaetani. Nacido en Anagni en 1240 de una familia de baja nobleza, educado por su tío el obispo de Todi, había adquirido una sólida formación en ambos derechos, estudiando en Bolonia. Había prestado importantes servicios como legado en Francia e Inglaterra, mostrándose favorable a la primera, y Martín IV le premió haciéndole cardenal diácono en 1281 y presbítero en 1291. En ambos casos retuvo importantes beneficios que le permitían acumular considerables propiedades en favor de su familia: empleaba sus recursos en la adquisición de propiedades que diesen origen a un patrimonio para los Gaetani.

Sus mayores éxitos antes de la elección le ponían en relación con Francia: negoció el tratado de Tarascón de 1291, que aparentemente ponía fin a las hostilidades con Aragón y evitaba una ruptura con Inglaterra, y defendió brillantemente a los mendicantes en su pleito con la Universidad de París. Los «espirituales» fueron sus enemigos declarados porque le atribuían la eliminación del «papa angélico». Apenas elegido, Bonifacio anularía todas las disposiciones de su antecesor, despegándose de la influencia angevina y limpiando la curia de partidarios de Carlos II. Se instaló en Roma, donde fue coronado el 23 de enero de 1295.

T. R. S. Boase (*Boniface VIII*, Londres, 1933) pone en guardia contra uno de los errores más frecuentes: reducir este importantísimo pontificado a uno sólo de sus aspectos, el de la lucha contra el rey Felipe IV de Francia. Probablemente, como Heinz Göring (*Die Beamten der Kurie unter Bonifaz VIII*, Königsberg, 1934) estableciera, a él corresponde una reforma fiscal de grandes proporciones, que proporcionó a la curia recursos abundantes. Tres casas de banca florentinas se encargaron, naturalmente con beneficios para ellas, de manejar tales fondos, que permitieron, ante todo, una política de pacificación interna aplicada con energía, mediante la cual el papa tuvo verdadera posesión de los Estados Pontificios. Sus cartas demuestran que se consideraba árbitro supremo entre todos los poderes de la cristiandad, mostrando empeño en desempeñar un papel decisivo: fue este empeño, precisamente, el que según G. Digaard (*Philippe le Bel et le Saint Siège, 1285-1304*, 2 vols., París, 1966) le condujo al enfrentamiento que provocó la grave derrota del pontificado.

Caltabellota. Confirmando su política como cardenal quería que se entregase Sicilia a Carlos II de Anjou, según lo previsto en el tratado de Tarascón, y que cesaran las hostilidades entre Francia e Inglaterra reanudadas durante el interregno en el pontificado. Sobre esta base negoció con los tres enviados de Jaime II, Manfredo Lanza, Juan de Prócida y Roger de Launa: el rey se comprometía a evacuar Calabria y entregar Sicilia, casándose con una hija del angevino. Fadrique sería compensado mediante su matrimonio con Catalina de Courtenay y con los dominios que en Oriente pertenecían a esta señora. Se negociaba también en torno a la entrega de Córcega y Cerdeña, feudos de la Iglesia, al soberano aragonés. Pero el proyecto fracasó: Felipe IV no quiso consentir en el matrimonio de Catalina, y los sicilianos reafirmaron su independencia, coronando rey a Federico en Palermo (26 marzo 1296). Con natural repugnancia, Jaime II prometió el envío de una flota y de un ejército para combatir a este hermano rebelde que, entre tanto, estaba lanzando su ofensiva sobre Apulia y Calabria. Recibiendo mucho dinero, el aragonés adquirió el compromiso de emprender la lucha en 1297; en la práctica el ataque sólo se produjo en 1299. La flota catalana obtuvo una victoria en cabo Orlando (5 julio 1299), pero cuando los angevinos intentaron la invasión de la isla fueron estrepitosamente derrotados en Falconaria. De modo que la solución final fue muy distinta a la que Bonifacio preconizara: la paz de Caltabellota (1302) reconoció la independencia de Sicilia.

Italia y Alemania. Idénticos fracasos, según H. Finke (*Vorreformatione geschichtlichen Forschungen. Aus den Tagen Bonifaz VIII. Funde und Forschungen*, Münster, 1902), se registraron en todas o casi todas las cuestiones en que el papa se empeñó en intervenir. Nunca pudo lograr la reconciliación entre Genova y Venecia, a las que trataba de interesar en la cruzada, ni sostener la independencia de Escocia frente a Inglaterra, ni menos hacer triunfar la causa de Carlos Roberto de Hungría. La experiencia que se estaba recogiendo marcaba la diferencia con los días de Inocencio III: los poderes fácticos de las monarquías eran ya superiores. Únicamente se registra un éxito en Italia al extender a Toscana la tutela de la Santa Sede; pero esta influencia era tan sólo el resultado de los compromisos adquiridos con la banca florentina que ligaban a la Iglesia con los llamados «negros» de la parte güelfa, es decir, los elementos más conservadores.

En 1298 Adolfo de Nassau (1292-1298), rey de Romanos, fue derrotado y muerto en Gollheim por Alberto de Habsburgo (1298-1308), el cual le sustituyó en el trono. Bonifacio trató de oponerse a este último comprometiéndose incluso con los príncipes que en 1301 intentaron una insurrección. Pero la rebelión fue dominada y el papa, por la bula *Aeterni Regis* (30 abril 1303), se vio obligado a reconocer la legitimidad de Alberto. Éste se comprometió a no ayudar a Francia en la polémica que entonces alcanzaba su punto más agudo y a desentenderse de los asuntos italianos: los vicarios imperiales en Lombardía y Toscana requerirían, para su nombramiento, la aquiescencia de la Santa Sede. Pero este cambio de política no era mérito de Bonifacio, sino resultado de un

giro en la orientación que se registraba en Alemania. La época del *dominium Mundi* había pasado para siempre.

Primera fase del conflicto. La causa de la guerra franco-británica estaba en los feudos de Guyena: iniciada cuando la sede romana estaba vacante, los dos reyes, Eduardo y Felipe, comenzaron a recabar tributos sobre las rentas del clero sin el preceptivo consentimiento de la curia. Protestaron los simples clérigos, guiados por cistercienses, pero no los obispos. El 24 de abril de 1296 Bonifacio publicó la bula *Clericis laicos*, no dirigida específicamente a Francia, pero que endurecía las penas canónicas contra quienes, sin permiso, cobrasen tributos. En Inglaterra fue aprovechada por los eclesiásticos, y también por los barones, para negarse a contribuir. El 18 de agosto del mismo año, Felipe IV publicó una disposición que prohibía la salida de metales, moneda y letras de cambio: las rentas pontificias en Francia, las más cuantiosas, quedaron bloqueadas. Se presentó la medida no como una réplica, sino, simplemente, como emergencia en caso de guerra, pero Bonifacio entendió que estaba dirigida en contra suya. El 20 de septiembre escribió al rey una carta quejándose; en ella negaba taxativamente que la *Clericis laicos* estuviese dirigida contra Francia.

Surgió una polémica doctrinal bastante agria. Los colaboradores de Felipe recurrieron a panfletos, como el titulado *Disputas del clérigo y el caballero*, en que se defendían tres tesis fundamentales:

— La autoridad temporal debe ayudar a la espiritual sin que esto suponga reconocimiento de ninguna clase de superioridad.

— La Iglesia limita sus funciones a los aspectos espirituales, la palabra, los sacramentos y el sacrificio, sin intervenir para nada en los temporales.

— Al rey corresponde la defensa de la comunidad en todos los aspectos, incluyendo a su Iglesia, por lo que los clérigos están obligados a contribuir en sus necesidades.

A ninguna de las partes convenía endurecer las posiciones. Menos que a nadie a la banca florentina, que estaba manejando las rentas pontificias. Fue por eso un banquero, Juan Francesi, llamado Musciato, quien intervino como mediador, logrando que el papa redujera sus pretensiones y accediendo a contestar afirmativamente a una demanda de contribución por parte del clero. Felipe envió entonces una embajada, presidida por Pedro Flotte, a Roma. El enviado descubrió una magnífica oportunidad en el choque entre el papa y los Colonna. Se trataba de una cuestión entre familias relacionada con la adquisición de ciertas fincas en Campania, pero a ella se mezclaron los «espirituales» franciscanos, descontentos porque no se les consentía formar una congregación aparte. En 1297 Esteban Colonna robó el dinero que el papa enviaba desde Anagni a Roma para completar la compra de Narni. Aunque los agresores devolvieron el botín (9 de mayo), Bonifacio excomulgó a los Colonna, deponiendo además a los dos cardenales de esta familia, Jacobo y Pedro, exigiendo el depósito de todas las fortalezas que ocupaban.

De este modo Pedro Flotte pudo disponer en Roma de los servicios de un fuerte partido, que utilizó contra el papa, sin mezclarse en sus cuestiones: los Colonna depositaron en el altar de San Pedro un documento en que acusaban a Bonifacio de ilegitimidad, herejía, simonía y las acostumbradas y negras denuncias que formaban su secuela. El papa ordenó entonces a la Inquisición incoar un proceso. Pero ante los franceses se doblegó: el 31 de julio declaró que la *Clericis laicos* no era de aplicación en Francia y que el monarca estaba facultado para decidir cuándo necesitaba percibir impuestos. Otros abundantes privilegios fueron concedidos. Pero gracias a este repliegue los «espirituales» tuvieron que someterse y las tierras de los Colonna fueron ocupadas. Palestrina, principal de sus fortalezas, tomada en octubre de 1298, fue arrasada. Los dos cardenales se sometieron y volvieron a la comunión, pero no recuperaron el capelo.

Primer Año Santo. El año 1300 era considerado de especial significación. Movido por fuertes presiones el papa publicó la bula *Antiquorum habet fidem*, en la que, declarándolo santo, por primera vez se otorgaba indulgencia plenaria a quienes, tras la debida confesión, visitasen las tumbas de los dos apóstoles: esta indulgencia podían lucrarla quince veces los peregrinos y treinta los romanos. De este modo se estableció la norma que ha continuado hasta hoy. La afluencia de peregrinos fue extraordinaria y las iglesias romanas se beneficiaron de las abundantes ofrendas. Bonifacio no obtuvo un gran rendimiento económico, pero sí un enorme prestigio que le proporcionó conciencia, tal vez excesiva, de su propio poder. Cuando el conflicto con Felipe IV rebrotó, se mostró sumamente fuerte, nada inclinado a complacencias.

Camino hacia Anagni. En 1295, al crear la diócesis de Pamiers, el papa nombró, sin consulta previa, a Bernardo Saisset, preboste de los canónigos regulares de san Agustín. Saisset, que había chocado antes con el rey, se enfrentó al conde de Foix que, por cesión de Felipe IV, ejercía el patronato sobre Pamiers; apeló entonces al papa, profiriendo amenazas muy duras contra el conde. Frases imprudentes del obispo fueron causa de que se le detuviera, embargándose sus bienes (24 de octubre de 1301), y de que se le juzgara por un tribunal que presidía precisamente Flotte: los cargos eran insulto al rey, rebeldía, alta traición, simonía y herejía. La sentencia, condenatoria, fue comunicada al papa a fin de que éste pronunciara la degradación del obispo. Pero la respuesta de Bonifacio (5 diciembre 1301) fue contundente: Saisset tenía que ser puesto en libertad y reintegrado a su sede. Una bula, *Salvator mundi*, puso nuevamente en vigor la *Clericis laicos*, convocando a los obispos franceses a un sínodo que debía celebrarse en Roma el 1 de noviembre de 1302.

El papa envió al rey una carta, *Ausculta filii*, en que hacía exposición de los agravios que la Iglesia estaba recibiendo. Pedro Flotte la interceptó, sustituyéndola por otra, *Deum time*, redactada por él mismo. Esta falsificación, llamada a demostrar que el papa hacía injurias al rey, circuló conjuntamente con una supuesta réplica de Felipe IV, *Sciat máxima tua fatuitas*, en que se descendía al terreno de los insultos. En el fondo, la batalla se estaba planteando en

términos doctrinales. El papa invocaba para sí la supremacía espiritual única. El rey reclamaba un poderío «absoluto», esto es, sin limitaciones ni dependencias.

Los Estados Generales, con escasa asistencia de obispos, apoyaron decididamente a Felipe IV, refiriéndose a la *Deum time* como si se tratara de un documento auténtico. En consistorio de cardenales, Bonifacio denunció la falsificación, y mantuvo que él no trataba de imponer ninguna clase de vasallaje a Francia, sino de pedir cuentas a un cristiano, el rey, *ratione peccati*. Al sínodo de Roma asistieron 39 obispos franceses, desafiando la cólera de Felipe IV. Inmediatamente después se hizo pública la bula *Unam sanctam* (18 noviembre 1302), uno de los documentos más controvertidos y, al mismo tiempo, más claros, cuyo probable redactor fue el cardenal francés Mateo de Acquasparta, que utilizaba la doctrina teológica elaborada en el siglo xiii, incluyendo a santo Tomás de Aquino: siendo la salvación eterna el único verdadero fin de la existencia humana, quien resiste al vicario de Cristo resiste a Dios; y todo hombre, si quiere salvarse, debe someterse al obispo de Roma. Era por tanto una pretensión absoluta de someter la existencia al espíritu. Pero esto, para las nacientes monarquías en las que el «poderío real absoluto» incluía ambos aspectos, el temporal y el espiritual de la existencia, resultaba ya intolerable.

Acababa de morir Flotte en la batalla de Courtenay (11 julio 1302) y al lado de Felipe aparecía un nuevo personaje, Guillermo de Nogaret, cuyo protagonismo, desde que fuera establecido por R. Holtzmann (*Wilhelms vori Nogaret, Rat und Grossiegelbelwahrer Philipps des Schonen vori Frankreich*, Friburgo, 1898), no ha sido nunca discutido. Fue un gran daño para la causa de Bonifacio VIII que el cardenal Le Moine, a quien nombrara legado en Francia, se pasara al enemigo. El 12 de marzo de 1303 Nogaret presentó ante el consejo real, acusaciones formales contra el papa que coincidían con las que en 1297 formularan los Colonna, haciendo hincapié en la ilegitimidad y la herejía. Un concilio debía reunirse para juzgarle. El 13 de abril Bonifacio replicó fulminando la excomunión, pero su bula fue interceptada y nunca se dio a conocer. La acusación fue asumida por una asamblea general a mediados de junio, repitiéndose la apelación al concilio. Los clérigos que dirigidos por cistercienses y franciscanos osaron resistir, fueron encarcelados o desterrados. Una asamblea del clero (24 de junio 1303) se sumó a la acusación. Fue entonces cuando según R. Fawtier («L'attentat d'Anagni», *Mél. École Franq. á Rome*, LX, 1948, pp. 153-79), Nogaret, con sólo algunos acompañantes, emprendió el viaje a Roma para formular la acusación, citar a Bonifacio ante el concilio, y declararlo acusado bajo la protección del rey de Francia.

Los Colonna vieron llegada la hora de su venganza personal y prepararon un atentado más violento. Bonifacio, instalado en Anagni, había redactado la bula *Super Petri solio*, que excomulgaba a Felipe y desligaba a sus súbditos del juramento de fidelidad. Iba a ser publicada solemnemente el 8 de septiembre de 1303. Pero el día anterior Nogaret, con Sciarra Colonna (t 1329) y hombres armados, se apoderó de Anagni invadiendo el palacio. Bonifacio, revestido de

pontifical, desafió a sus acusadores mostrándose dispuesto a entregar su vida. Nogarel no se atrevió a llegar tan lejos. Los moradores de la ciudad, hasta entonces pasivos, tomaron las armas y liberaron al pontífice, obligando a los agresores a huir. Pero Bonifacio era ya un hombre acabado: regresó a Roma el 25 de septiembre y falleció el 12 de octubre.

Las reformas. Graves defectos se han achacado a Bonifacio VIII: soberbia y arrogancia, nepotismo y desprecio hacia sus colaboradores, excesiva preocupación por el enaltecimiento de su familia. Pero, al mismo tiempo, poseyó extraordinarias cualidades. Muchas de sus realizaciones permanecieron largo tiempo. Publicó una nueva colección de cánones, el *Liber Sextus*, promulgada el 3 de marzo de 1298 e incorporada a las Decretales de Gregorio IX. Fue en realidad la obra de una comisión dirigida por Guillermo de Mandagout, arzobispo de Embrun, formada por 108 decretos de los papas anteriores, 251 del propio Bonifacio y los cánones de los concilios de Lyon. Supo dar estructura jurídica a la posición de aquellos obispos cuyas sedes estaban en territorio hostil (*in partibus infideliuní*), determinando que tendrían funciones espirituales pero no pastorales. Afirmó la inamovilidad de los obispos, estableciendo la norma de que se nombrara coadjutor, siempre con consentimiento del cabildo, en casos de enfermedad o ausencia prolongada. Reorganizó la Audiencia, formada por 14 jueces, en forma de Colegio (*Audientia sacri palatii*), que entendían en todas las causas, civiles o penales, de la competencia de la Santa Sede. Mediante la bula *Super cathedram* (18 febrero 1300) reguló las relaciones entre los mendicantes y el clero secular: tendrían libertad de predicación en sus iglesias propias, pero necesitarían de la licencia del párroco para predicar en otras, y del obispo para confesar; aunque podían tener enterramientos, la tercera parte del llamado derecho de estola correspondería a la parroquia del difunto. Aunque los mendicantes protestaron, estas disposiciones han seguido vigentes hasta hoy.

Benedicto XI, beato (22 octubre 1303 - 7 julio 1304)

Un continuador. Aunque el ambiente en Roma estaba profundamente alterado por el enfrentamiento entre los Gaetani y los Colonna, el cardenal Mateo Rosso Orsini consiguió que se celebrara el cónclave, sin autorizar la entrada de los dos depuestos cardenales, Pedro y Jacobo, y que se hiciera una rápida elección unánime de Nicolás Boccasino, antiguo general de los dominicos y ahora cardenal obispo de Ostia. Nacido en Treviso en 1240, de humilde familia, ingresó muy joven en la orden de los Predicadores. Su lealtad a Bonifacio había sido causa de que éste le promoviera cardenal en 1298 y lo empleara como legado en Francia, y, sobre todo, en Hungría, defendiendo con calor, aunque sin éxito, las pretensiones de Carlos Roberto. De ahí nacía el agradecimiento de Carlos II, abuelo de aquel príncipe, cuyas tropas garantizaron el orden durante el cónclave. Los cardenales le eligieron porque iba a defender la memoria de Bonifacio VIII pero, al mismo tiempo, porque era un hábil negociador. Pronto sería acusado de debilidad, pero probablemente hizo la política que más convenía en aquellos momentos.

Escogió el nombre de Benedicto en memoria y honor de Bonifacio VIII (Benedetto Gaetani), y buscó de inmediato los medios de lograr una paz sin concesiones excesivas: dejó sin pronunciar la sentencia de excomunión contra Felipe IV y aceptó una reconciliación de los Colonna con la Iglesia, sin restituirles el capelo; volvió a establecer relaciones con Fadrique de Sicilia, renovando el compromiso de vasallaje y, con él, el abono del dinero de san Pedro; envió a Florencia al cardenal Nicolás de Prato a fin de propiciar la reconciliación de las facciones que fue acordada en una gran fiesta (17 marzo 1304), aunque en esta oportunidad cosechó un fracaso, ya que esta intervención sirvió únicamente para que los linajes relevantes de la parte güelfa, Donati, Tosingi, Médicis, tomaran represalias contra sus enemigos. En favor de Felipe IV pronunció la excomunión contra los rebeldes flamencos que causaran al rey la derrota de Courtrai.

Condena del atentado. Nada de esto sirvió para obtener el cambio deseado en las relaciones con Francia: se había adelantado a comunicar al rey su elección, y cuando Felipe respondió congratulándose, publicó la bula que le exoneraba de cualquier censura (25 de marzo de 1304), usando de la habilidad de hacerla extensiva a toda su familia. Prácticamente dejó sin efecto la *Clericis laicos* y otorgó al monarca los diezmos del clero correspondientes a dos años. De estas medidas de clemencia mantuvo sin embargo una excepción: Nogaret. Éste, por otra parte, seguía reclamando la convocatoria de un concilio que condenase al papa, pues sólo la sentencia contra Bonifacio le absolvería de toda culpa. Benedicto, tras haber consultado con sus cardenales, incrementados en tres puestos, todos de dominicos, decidió precisamente lo contrario. Llegado a Perugia, publicó la bula *Flagitiosum scelus* (7 de junio de 1304), condenando abiertamente a Nogaret, Sciarra Colonna y otros doce como responsables de una agresión contra el papa. Las espadas estaban de nuevo en alto cuando Benedicto murió exactamente un mes más tarde.

Clemente V (5 junio 1305 - 20 abril 1314)

Un papa angevino. Los cardenales, que se reunieron en Perugia se hallaban divididos en dos sectores perfectamente igualados: los partidarios de Bonifacio, dirigidos por Orsini, Stefaneschi y Pedro Hispano, querían alguien que defendiese su memoria; los otros buscaban una reconciliación a toda costa con el rey de Francia. Once meses se prolongaron los debates hasta que en un extraño cambio de actitud Nicolás Orsini propuso un nombre que podía servir de compromiso: Bertrand de Got, nacido hacia 1260 en Villandraut (Gironde), hermano del cardenal-arzobispo de Lyon, Berard; se trataba de uno de los 39 obispos que, sin atender a las prohibiciones reales, asistieron al sínodo de Roma, en noviembre de 1302. R. Guillemain (*La Cour pontificale d'Avignon, 1309-1376. Étude d'une société*, París, 1962), estudiando las relaciones familiares, ha desvelado con claridad una maniobra tendente, en la opinión del cardenal napolitano, a imponer la influencia angevina sobre la Iglesia y en definitiva sobre Italia. Inteligente, indeciso y débil, Clemente V acabaría cayendo bajo la

abrumadora influencia de Felipe IV. Es falsa, sin embargo, la noticia que transmite Villani, de que se hubiera celebrado una entrevista del rey con el nuevo papa antes de la elección. El 5 de junio de 1305, Bertrand de Got obtuvo exactamente los dos tercios de los votos.

Abandona Roma. Deliberadamente escogió Clemente para su consagración la catedral de Lyon. Fue después de la ceremonia cuando por primera vez se entrevistó con Felipe IV. Signos de mal agüero se registraban, pues durante aquélla, el 14 de noviembre, se había derrumbado una pared causando la muerte de varias personas, entre ellas el duque de Bretaña, heridas a otras cuantas, entre las que se contaba Carlos de Valois, y contusiones al propio papa, derribado del caballo. Prometió a Felipe no regresar todavía a Roma e incrementar la influencia francesa en el gobierno de la Iglesia. Inmediatamente creó diez cardenales, todos franceses, menos uno, inglés, asegurando así la mayoría nacional de sus compatriotas: Pedro y Jacobo Colonna se vieron completamente rehabilitados. La decisión de no retornar a Roma suscita debates entre los historiadores; una versión, en cierto modo «oficial», pretende que las condiciones de anarquía reinante se lo impedían. Pero a esto se opone el hecho de que Bonifacio VIII había conseguido establecer disciplina, la cual necesitaba de la presencia física del papa para perdurar.

Cronistas, literatos e historiadores italianos descalificaron esta ausencia de Roma que habría de durar setenta años, llamándola «cautiverio de Babilonia». Sin duda se trata de una versión nacionalista y en parte exagerada; de hecho, hacía mucho tiempo que los papas no residían en la Ciudad Eterna, sino en otros lugares del Patrimonio. G. Mollat (*Les Papes d'Avignon*, París, 1912, 1920, 1950), en un excelente trabajo, señala cómo fue precisamente durante la estancia en Avignon —dejando aparte al propio Clemente— cuando se efectuó la gran transformación de la curia que convertiría a ésta en arquetipo de organización. Otro error que se comete es considerar Avignon como la ciudad francesa —actualmente lo es—, pues la ciudad era un enclave del condado Venaisin, en poder de los Anjou, siendo éstos vasallos del papa. Constantemente tuvieron conciencia de que no estaban habitando tierra extraña. E. Dupré-Théseider (*I Papi di Avignone e la questione romana*, Florencia, 1939) llama justamente la atención sobre el círculo vicioso: el papa no regresaba a causa del desorden y sólo su presencia podía conjurarlo. Cada año el retorno se tornaba más difícil.

Proceso contra Bonifacio. Clemente deambuló por varios lugares, Cluny, Nevers, Burdeos, Poitiers y, durante un corto tiempo, residió en el convento de los dominicos de Avignon. Durante seis años Felipe IV hizo pesar sobre él la amenaza del proceso contra Bonifacio. Nogaret era el principal interesado en la condena. De esto se trató en la conversación de Lyon y en otra posterior, de abril de 1307, en Poitiers. Clemente no se atrevió a oponerse: intentaba ganar tiempo para despejar la tormenta. Existen documentos que permiten conocer cuáles fueron las exigencias francesas: anulación de todas las medidas tomadas contra los responsables del atentado de Anagni; casación de todos los actos de

Bonifacio VIII; exhumación de los restos de éste para someterle a juicio de un concilio; e indemnización a los Colonna. El papa nombró una comisión de seis cardenales que se dedicó a perder el tiempo. Pero en 1308 las presiones se hicieron más fuertes y se mezclaron ya con las denuncias contra los templarios: Felipe estaba reclamando que el papa fijara en Francia su residencia por ser éste el reino más importante y cabeza de la cristiandad. Al final, Clemente hizo una concesión: incoaría el proceso si los acusadores presentaban sus testimonios contra Bonifacio en Lyon en la Pascua de aquel año.

Las nieves estorbaron la comunicación y hubo un nuevo plazo hasta la Cuaresma de 1310. Entonces apareció el acusador, que era Guillermo de Nogaret, actuando como defensores Francesco Gaetani y Jacobo Stefaneschi. Duraron los debates entre el 16 de marzo y el 13 de mayo de 1310; los acusadores, aludiendo a los graves delitos de Nogaret que estaba excomulgado —sentencia que Clemente confirmó—, consideraron sus testimonios inaceptables. Se pasó entonces al examen de los documentos escritos, ganándose más tiempo. A pesar de que el 3 de julio de 1310, Felipe IV protestaría de la lentitud de los debates, el ritmo nunca se alteró. Fueron nombradas dos comisiones para interrogar a los testigos, una en Francia, la otra en Roma. Sorprende a los historiadores, hoy, comprobar la facilidad con que se afirmaban cosas absurdas e increíbles. Concluyeron las sesiones de noviembre y diciembre de este año sin que se llegara a resultado alguno.

Enrique VII emperador. Habían surgido entre tanto complicaciones políticas. La rebelión de Flandes, indomada, obligaba a Felipe a moderar sus ímpetus. Sobre todo, según Karl Wenck (*Clemens V und Heinrich VII Die Anfänge des französischen Papsttums*, Halle, 1882), fue la aparición de un nuevo emperador la que permitió el cambio. Cuando en 1308 Alberto I de Habsburgo murió asesinado, el papa se negó a patrocinar la candidatura de Carlos de Valois como quería el rey. Fue elegido Enrique de Luxemburgo, amigo de Francia, hermano del arzobispo de Tréveris, muy dispuesto sin embargo a restablecer el prestigio del Imperio. Su viaje a Italia, para recibir la corona, suscitó probablemente el entusiasmo de Dante Alighieri (1265-1321) en su *De Monarchia*, que reflejaba las esperanzas gibelinas. Fue coronado en Roma por tres cardenales, entre ellos Jacobo Stefaneschi, que tenía un plan para la pacificación de Italia que se apoyaba en el matrimonio de una hija del emperador con Roberto de Nápoles (1309-1353), que recibiría Arles. Durante la ceremonia de la coronación (29 de junio de 1309), tropas napolitanas guardaron el orden en la ciudad. Pero cuando Enrique de Luxemburgo exigió de Roberto que renunciara a sus funciones de vicario porque había sido nombrado por el papa y no por el emperador, las relaciones se rompieron. Reanudada la lucha, Clemente cedió a las presiones francesas, colocándose al lado de Roberto. La prematura muerte de Enrique (24 de agosto 1313) permitiría la publicación de la bula *Pastoralis cura* en que se sostenía la tesis de que vacante el trono al papa correspondía el nombramiento de los vicarios en Italia. Mediante ella se legitimaban los poderes de Roberto de Anjou.

De todas formas, como señalara G. Lizerand (*Clément V et Philippe le Bel*, París, 1910), los términos se habían invertido y era ahora el rey quien necesitaba del papa. En abril de 1311, aconsejado por Enguerrando de Marigny, Felipe IV escribió a Clemente una carta, en términos conciliatorios, en que se mostraba dispuesto a renunciar al proceso contra Bonifacio a cambio de importantes compensaciones: convocatoria de un concilio a celebrar en Francia para tratar del problema de los templarios; perdón a Nogaret y los demás responsables de Anagni; reparaciones a los Colonna; canonización de Celestino V. Clemente cedió, imponiendo dos matizaciones: a Nogaret se señaló como penitencia el traslado a Tierra Santa para permanecer allí; y la canonización del papa Angélico se hizo el 5 de mayo de 1311 a título de Pedro del Morrone, confesor de la fe, no mártir como el rey reclamaba. El 27 de abril de 1311 se cerraba definitivamente este aspecto mediante la bula *Rex gloriae*, en que se alababa el celo exquisito con que procediera el rey.

La víctima: los templarios. Pocas dudas quedan de que en el turbio asunto de los templarios intervino la codicia, la misma que en 1306 había dictado la expulsión de los judíos de Francia impidiéndoles disponer de sus bienes. H. Finkle (*Papsttum und Untergang des Templeordens*, 2 vols., Münster, 1907), tras un análisis muy riguroso, llegó a la conclusión de que las acusaciones que se manejaron eran falsas. Debe establecerse alguna relación entre la caída de Acre en 1291 y el proceso contra la orden. En un memorial de Pedro Dubois dirigido a Felipe IV se habla de la cruzada como de un medio para asegurar la hegemonía francesa en Oriente y, por primera vez, se insinuó la confiscación de los bienes de la orden, al tiempo que un impuesto sobre las herencias de los clérigos como un medio de reunir los fondos necesarios. En 1305, Esquiú de Floyran y otro caballero templario presentaron atroces denuncias contra la orden; como Jaime II de Aragón no quiso recibirlas, acudieron con ellas a Felipe IV. El maestre Jacques de Molay (1243-1314) reclamó un juicio en toda regla a fin de que se estableciera la verdad, pero la respuesta fue, bruscamente, su detención y la de todos los caballeros templarios en Francia el 13 de octubre de 1307. Felipe, utilizando a Guillermo Imbert de París, inquisidor general, y a los tribunales de algunas diócesis, sometió a muchos de los presos a tortura, obligándoles a declarar crímenes terribles: hechicería, homosexualidad, injurias al crucifijo, sacrilegio y cuantos horrores puedan imaginarse. Clemente V, informado de cómo se estaba procediendo, trató de detener la iniquidad suspendiendo a los jueces en conjunto de sus funciones e invocando la causa ante la curia. Pero la habilidad del rey consistió en llevar la acusación no contra la orden como un conjunto, sino contra los individuos, uno por uno, que quedaban dentro de la jurisdicción episcopal.

Entre los días 26 de mayo y 20 de julio de 1308, el rey y el papa estuvieron juntos en Poitiers. Guillermo de Plaisians se encargó de presentar el testimonio de 72 templarios que, bajo tortura ciertamente, acusaban a la orden de los crímenes que se la imputaban. Ante esta evidencia, Clemente retrocedió disponiendo que se abriesen dos procesos inquisitoriales: en cada diócesis para los

simples caballeros, y en la curia para el maestre y los altos dirigentes de la orden. Esta última, presidida por tres cardenales, se instaló en París, y entre el 9 de agosto y el 26 de noviembre de 1309 procedieron a los interrogatorios. Pero entonces Jacques de Molay y sus compañeros rechazaron las confesiones, declarándose inocentes: uno de los caballeros, Ponsard de Gisi, alegó que todo era producto de una falsificación bajo tortura cuando la víctima ni siquiera sabe 10 que se le atribuye. Entre tanto, en algunas diócesis, como Sens, donde era obispo Felipe de Marigny, hermano de Enguerrando, comenzaron las ejecuciones por muerte en la hoguera.

Concilio de Vienne. En tales circunstancias no quedaba otra solución que la de recurrir al concilio, que se inauguró en Vienne el 1 de octubre de 1311. Aunque figura entre los ecuménicos, la convocatoria no fue universal: se redactó una lista de 231 obispos, de los cuales Felipe IV tachó 66 nombres. Al final asistieron alrededor de 170. Paralelamente, el rey de Francia convocó a sus Estados Generales para hacer presión sobre la asamblea. A pesar de estas precauciones, con gran disgusto del monarca, y temor de Clemente y sus cardenales ante posibles represalias francesas, el concilio se inclinó en favor de la tesis de que la orden pudiera defenderse en forma debida. Enguerrando de Marigny propuso entonces la solución jurídica de que la extinción del Temple se hiciera por decisión directa del papa; tal fórmula fue aceptada en la sesión segunda del concilio (3 abril 1312). Allí mismo fue leído el decreto *Vox clamantis* que el papa firmara el 22 de marzo. El argumento empleado fue que, estando difamada la orden, nadie querría ya ingresar en ella y era preferible su disolución. La bula *Ad providam*, de 2 de mayo de 1313, hizo una excepción con España, donde los caballeros no fueron acusados y pasaron a integrarse con sus bienes en otras órdenes, pero dispuso que las propiedades del Temple pasaran a la caballería del Hospital de San Juan de Jerusalén. Esta bula no se cumplió: Felipe IV confiscó los bienes alegando los gastos que había asumido para establecer la verdad. Jacques de Molay y los caballeros que se negaron a reconocer su culpa fueron quemados en la hoguera. En Italia, Alemania, Inglaterra, Portugal y Castilla se mantuvo oficialmente la tesis de la inocencia de la orden.

Sobre el concilio pesaba la abrumadora influencia francesa, pero fuera de él, como hemos visto en las relaciones con el emperador, el papa gozaba de bastante independencia. Clemente V mantuvo muy buenas relaciones con Eduardo I de Inglaterra, apoyándole incluso frente a Roberto de Winchelsea, arzobispo de Canterbury, y obligando a este último a reconciliarse con el rey. También formuló reservas espirituales sobre los rebeldes de Escocia. Hizo la guerra a Venecia hasta obligarla a reconocer los derechos pontificios sobre Ferrara. Por primera vez en 1306 se percibieron anatas sobre los beneficios vacantes en Inglaterra, Escocia e Irlanda, recortando unos ingresos que antes recaían en el Tesoro real. Los ingresos anuales de la Cámara, pese a faltar las rentas del Patrimonio, se incrementaron hasta alcanzar los 190.000 florines de oro. La contabilidad, llevada por medio de un *Liber tam de secretis receptis quam expensis*, se hizo muy minuciosa. El defecto era que gran parte de los ahorros conseguí-

dos (había un superávit de 25.000 florines al año sólo en los gastos ordinarios) iban a parar a los bolsillos de los parientes.

Otras muchas cuestiones se trataron en el concilio. Los españoles insistieron en que el esfuerzo de cruzada se volcase sobre Granada. Enrique de Lusignan presentó un proyecto de bloqueo sobre Egipto para arruinar su comercio, empleando además su isla de Chipre como base para la conquista de territorios en este país. Nogaret, por su parte, presentó un plan: todos los recursos económicos para el sostenimiento de la cruzada debían ingresar en las arcas del rey de Francia, ya que Felipe IV estaba destinado a ser el jefe de esta cruzada. Por vez primera Ramón Llull consiguió que, en medio de estas fantasías militares, se aprobase un proyecto de creación de cátedras de hebreo, árabe y caldeo en París, Oxford, Bolonia y Salamanca, a fin de disponer de misioneros preparados. Como resultado final de los debates se acordó un diezmo sobre todas las rentas eclesiásticas durante seis años a fin de constituir el fondo preciso: pero esa renta, prolongada por el papa otros cinco años, en el caso de Francia, fue entregada a Felipe IV. Ambos ingresos, bienes del Temple y subsidio de cruzada, significaron un considerable beneficio para el rey.

Pobreza. Aunque se acumularon abundantes materiales en relación con la reforma de la Iglesia, no llegaron a adoptarse disposiciones. El principal problema en este aspecto lo constituían los enfrentamientos en el seno del franciscanismo, elevados al rango de doctrina por Pedro Juan Olivi. Dos constituciones de la misma fecha, 6 de mayo de 1312, la *Fidei catholica fundamentum* y la *Exivit de paradiso*, trataron de hallar una solución. Se exigía a los franciscanos el mantenimiento estricto de la norma de pobreza, pero mitigando ésta de tal forma que les fuese permitida la posesión de bienes y no la propiedad. Se evitó pronunciar censura sobre Olivi, pero se afirmaron algunos puntos de doctrina que éste discutía: el costado de Cristo no fue abierto hasta que se produjo su muerte; la sustancia racional del alma es la verdadera forma del cuerpo humano; los efectos del bautismo son iguales en los adultos y en los niños. El papa dispuso que los decretos conciliares y sus propias disposiciones se incorporaran a las Decretales con el nombre de clementinas.

Juan XXII (7 agosto 1316 - 4 diciembre 1334)

Persona y obra. Noel Valois («Jacques Duèse, Pape sous le nom de Jean XX», *Hist. Lit. de la France*, 34, 1915) sigue siendo nuestra guía fundamental para el conocimiento de este controvertido papa, sin duda el más importante de cuantos residieron en Avignon. Para José Orlandis (*El pontificado romano en la historia*, Madrid, 1996), dos fueron las decisiones importantes: haber escogido una residencia permanente que, en medio del condado Venaisin, le garantizase su libertad; y haber establecido un sistema recaudatorio que libró al pontificado de las variables rentas tradicionales, decisivamente afectadas por la recesión del siglo xiv. Como reverso de la medalla aparecen las acusaciones contra su concupiscencia, que aprovecharon los enemigos del pontificado, y el desarrollo de un fuerte espíritu laico en las monarquías.

Los cardenales se reunieron en Carpentras, donde muriera Clemente V. Formaban tres partidos: diez gascones, siete italianos y seis franco-provenzales; era imprescindible un pacto con los gascones para asegurar la mayoría absoluta. Mientras se producían debates aparecieron tropas armadas que expulsaron a los italianos y entonces los demás se dispersaron (julio de 1314). Pasaron dos años de tercas negociaciones en que desempeñó un papel importante Felipe de Poitiers, hermano y sucesor de Luis X de Francia (1314-1316), antes de que pudieran reunirse nuevamente los cardenales, esta vez en Lyon. Fue entonces cuando Napoleone Orsini, Jacobo Stefaneschi y Francesco Gaetani negociaron con los otros grupos la candidatura del cardenal obispo de Porto, antiguo prelado de Avignon, Jacques Duése, de 72 años y mala salud, pensando en un pontificado de tránsito. En la práctica viviría hasta cumplir 90 años.

Nacido en Cahors, de familia burguesa, discípulo de los dominicos y, después, de la Facultad de Derecho de Montpellier, hablaba mal el francés y por eso prefería expresarse en latín o en provenzal. Canciller de Carlos II y después de Roberto de Nápoles, debía a los angevinos mucha parte de su carrera política. Demostró una gran energía y buena experiencia. Afirmó que su intención era volver a Roma, pero supeditado este propósito al logro de una Italia güelfa pacificada, en la que el papa pudiera residir con libertad, y este objetivo sólo podían lograrlo los angevinos. Por eso confirmó a Roberto como vicario, entregándole plenos poderes. Mientras llegaba el momento, se instaló en el palacio episcopal de Avignon, que en otro tiempo ocupara, ocupándose de que se realizaran obras que le permitiesen instalar la curia. Creó 28 cardenales de los que 23 fueron franceses y muchos parientes suyos. Comenzaba, pues, un nepotismo a gran escala.

Las rentas. Autoritario por naturaleza, los 65.000 documentos conservados en los registros aviñonenses nos revelan su enorme capacidad de trabajo. Encontró la Cámara agotada (sólo había 70.000 florines, de los que la mitad correspondían a los cardenales, del millón largo que Clemente V hubiera debido ahorrar) y de ahí la decisión de ejecutar una reforma a fondo. La caída en vertical de las rentas había provocado una tendencia a la acumulación de beneficios como medio de conservar los ingresos; Juan XXII, por la bula *Execrabais* (19 de noviembre de 1317), prohibió que una misma persona tuviera más de dos, al tiempo que reivindicaba para la Santa Sede todos los nombramientos de obispos que de este modo tenían que pagar anatas con gran beneficio para la Cámara apostólica. Muchas diócesis excesivamente grandes fueron divididas, mientras que otras veían modificados sus límites a fin de equilibrar los rendimientos. En 1319 se decretó también una reserva completa de todos los beneficios menores por un plazo de tres años. Las annatas fueron unificadas en todos los casos, respondiendo a los ingresos calculados de un año, y se compiló un sistema de nuevas tasas para las concesiones de la curia. Al lado de esta reordenación hemos de colocar la recopilación definitiva de los acuerdos del Concilio de Vienne, la transformación de la orden de la Merced en puramente religiosa, siendo en su origen de caballería (1318) y las me-

didias disciplinarias acerca de las beguinas. En 1323 canonizaría a santo Tomás, poniendo de este modo término a los ataques que se dirigían a su doctrina.

Extremo Oriente. Influido por los dominicos, Juan XXII mostró una clara preocupación por los países de Oriente, en donde los predicadores habían comenzado a actuar. Creó dos obispados, uno en Sultaneih, con facultad para crear otros seis sufragáneos, a fin de reorganizar la comunidad cristiana en Persia e Iraq, y el otro en Quilon (Colombo), punto de encuentro para los mercaderes que iban de Arabia al Extremo Oriente; ambos fueron encomendados a dominicos. En 1330 regresó Ordorico de Podernone, que había permanecido tres años en Kanbalig (Pekín) y dio cuenta de la excelente acogida que le dispensaran los mongoles. Todo esto, que despertó grandes esperanzas, no duraría mucho tiempo: la reacción Ming y, luego, la conversión de Tamerlan al Islam, arrancarían las efímeras raíces. Pero quedó en pie la tensión de buscar un camino que permitiera el retorno a China y a Japón. Los reyes de Armenia y de Chipre pidieron al papa ayuda contra el Soldán de Babilonia y, en 1334, se dispuso una nueva cruzada. Francia, Navarra, Bohemia y Venecia contribuyeron a armar una flota que derrotó a los mamelucos ganando un corto respiro para las posiciones cristianas en el Oriente mediterráneo.

La cuestión de los «espirituales». Fue especialmente grave el enfrentamiento con los espirituales franciscanos. Las predicaciones del dominico Gerardo di Borgosandonino y de Pedro Juan de Olivi, inyectaron en ellos las doctrinas milenaristas de Joaquim de Fiore que anunciaban que muy pronto la Iglesia de los clérigos y de los obispos sería sustituida por una nueva, la de los espirituales pobres. En 1316, Miguel de Cesena, recientemente elegido general de los franciscanos, ordenó a los espirituales reintegrarse a la que se dominaba a sí misma como la Comunidad. Los espirituales, fuertes especialmente en Narbona y Beziers, se resistieron. El papa ordenó a Ubertino de Casale y a Angelo Clareno, que aparecían como jefes de la resistencia, para que compareciesen ante él. El 11 de mayo de 1317 fueron 64 los espirituales que acudieron a Avignon pidiendo ser oídos. Juan XXII los trató con dureza, conminándolos a someterse a la Comunidad. Fue en este momento cuando, despectivamente, les calificó de *fratricelli*. Bernard Delicieux fue preso, Angelo Clareno, absuelto de excomunión, pasó a los Celestinos, y a Ubertino da Casale, que contaba con la protección del cardenal Colonna, se le conminó para que se hiciera benedictino. La bula *Quorundem exigit* (7 de octubre de 1317) declaró que la virtud de la obediencia estaba por encima de la de la pobreza y conminó a los espirituales a cesar en su disidencia. Al mismo tiempo se denunciaban los errores doctrinales que estaban defendiendo.

Las circunstancias en el Imperio, tras la muerte de Enrique VII, favorecían los proyectos del papa: una doble elección, entre Luis de Baviera (1314-1347) y Federico de Austria, había conducido a Alemania al borde de la guerra civil. Juan XXII recabó para sí el derecho de pronunciar el juicio arbitral; mientras tanto, prohibió que se obedeciera a otro vicario imperial que el nombrado por

él, Roberto de Anjou. Pero desconfiando de la capacidad de este **último** para llevar a cabo la tarea de imponer en Italia la unidad güelfa, decidió conferir a su pariente Bertrand de Pouget plenos poderes como legado en Lombardía, con instrucciones de derribar a los «tiranos», es decir, a los gobernantes gibelinos: entre éstos eran los más relevantes los Visconti. En un primer momento Federico de Austria intentó prestar ayuda a los güelfos, socorriendo a Brescia, pero muy pronto los Visconti le convencieron de que estaba favoreciendo a los enemigos de los alemanes.

En 1321 un franciscano, Berengario de Tolón, apoyándose en un decreto de Nicolás III, afirmó que era dogma de fe que Cristo y los apóstoles no habían tenido propiedad alguna. El papa, en su bula *Quia nonnumquam* (26 marzo 1322), aclaró que la decretal alegada era ambigua, que se trataba de una cuestión sujeta a debate y que no podía darse aún por definida. Era un asunto muy grave, pues los extremistas que invocaban esta doctrina apuntaban a un objetivo de largo alcance: que la Iglesia jerárquica tuviera que despojarse de todos sus bienes, incapacitándose para la acción. Los franciscanos habían acudido a una curiosa fórmula que les permitía el usufructo de bienes cuyos titulares eran los llamados «procuradores». Cuando el capítulo general de la orden, reunido en Perugia, declaró que la pobreza absoluta de Cristo era doctrina correcta (4 de junio de 1322), el papa se sintió herido en su dignidad y traicionado por Miguel de Cesena, que presidía el mencionado capítulo: la bula *Ad conditorem canonum* (8 de diciembre de 1322) retiró a los procuradores, obligando a la orden a asumir la plena propiedad de todos sus bienes.

Fray Bonagratia de Bergamo se colocó al lado de Miguel de Cesena en esta ocasión. Tomó sobre sus hombros la responsabilidad de visitar a Juan XXII, tratando de convencerle (14 de enero de 1323), y fue detenido por desobediencia. El papa tuvo de inmediato un gesto de condescendencia: permitió que la Iglesia asumiera la propiedad de los inmuebles y objetos de culto de los franciscanos. Demasiado tarde: los ánimos estaban muy soliviantados y las concesiones podían afectar al principio de autoridad. Cuando la bula *inter nonnullos* (12 noviembre 1323) declaró herética la doctrina de la absoluta pobreza, surgió entre los franciscanos un movimiento de rebelión y a él se sumó Guillermo de Ockham (1290-1349), el gran filósofo fundador del nominalismo.

Excomuni6n de Luis de Baviera. A esta contienda vino a sumarse Luis de Baviera, convertido en único emperador tras su victoria de Mühldorf, en que Federico de Austria quedó prisionero. Reclamó del papa el reconocimiento, pero mezclaba esta demanda a una invocaci6n de los derechos imperiales sobre Italia. Sin esperar el resultado de esta negociaci6n, hizo que sus tropas intervinieran decisivamente en la ruptura del cerco de Milán (1323), derrotando estrepitosamente a Bertrand de Pouget. Estas tropas estaban mandadas por Bertoldo de Neifen. Lleno de cólera, el papa prohibió el 8 de octubre de 1323 que se prestara obediencia a Luis, al que calificaba únicamente de «electo», insistiendo en que la legitimidad sólo podía darla él mismo. Los franciscanos rebeldes comenzaron a agruparse en torno suyo.

El 23 de marzo de 1324 Juan XXII pronunció la excomunión del emperador. Éste, que había recibido previamente el apoyo de la Dieta de Nuremberg (los príncipes consideraban intolerable la ingerencia del papa), convocó una importante reunión en la capilla de los caballeros de Sachsenhausen, cerca de Frankfurt. En ella se redactó un manifiesto al que se incorporaron las protestas de los franciscanos. Entre otras muchas cosas se reclamaba en él la convocatoria de un concilio que juzgase al papa como culpable de herejía al rechazar el dogma de la absoluta pobreza de Cristo. El 11 de julio, rememorando a Gregorio VII, el papa prohibió, bajo severas penas espirituales, que los súbditos alemanes prestaran obediencia a Luis. A toda prisa, el emperador liberó a Federico de Habsburgo y se reconcilió con él y con su hermano, cediéndoles la administración de extensos territorios. De este modo se dio un paso decisivo para la consolidación de la Casa de Austria.

«*Defensor Pacis*». Comenzaron a faltar apoyos a Juan XXII. El capítulo general de la orden franciscana, reunido en Lyon en Pentecostés de 1325, reiteró su obediencia al pontífice, pero se negó a relevar a Miguel de Cesena en el generalato. Juan XXII, que retenía aún a Bonagracia, ordenó a Cesena y a Ockham que fuesen a Avignon para responder de sus doctrinas. También fueron detenidos. Luis de Baviera había descendido a Italia para recibir en Milán (31 de mayo de 1327) la corona de hierro de los lombardos de manos de un obispo, el de Arezzo, que estaba excomulgado. Desde aquí marchó sobre Roma, en estrecha alianza con Sciarra Colonna, que había conseguido expulsar a la guarnición napolitana. El 17 de enero de 1328, tras haber recibido en San Pedro la unción de manos de dos obispos que carecían de poderes, subió al Capitolio, donde en una ceremonia laica fue proclamado emperador. La vieja Roma de los Césares intentaba resucitar: un sueño que la ausencia del papa propiciaría durante algunos años.

En la noche del 26 al 27 de mayo de 1328, Miguel de Cesena, Bonagracia de Bergamo y Guillermo de Ockham, huyeron de Avignon y se incorporaron en Pisa a la corte de Luis de Baviera, que regresaba de Roma. Allí encontraron a Jean de Jandun, antiguo rector de la Universidad de París y autor, con otros colaboradores, de una obra, *Defensor Pacis*, destinada a una profunda repercusión. Se iniciaba una ruptura llamada a terribles consecuencias. Como G. de la Garde {*La naissance de l'esprit laïque au déclin du Moyen Age. II: Marseille de Padouse ou la premier théoricien de l'Etat laïque*, París, 1934) ha señalado con precisión, se estaban sentando las bases de la modernidad: el poder temporal que, en su grado máximo, corresponde al emperador, es independiente de cualquier otro y no reconoce superior; es, en consecuencia, absoluto; la fe se encuentra en las Escrituras, sólo en ellas, y tan sólo el concilio puede interpretarlas. A esta doctrina añadía Ockham que en el papa reconocía dos condiciones, la de vicario de Pedro, que plenamente le correspondía, y la de vicario de Cristo, que constituía tan sólo una usurpación. Pues el poder de los pontífices se extiende únicamente al culto, los sacramentos y los otros medios que conducen a la salvación. Fuera de esto, todos los demás poderes corresponden al

emperador, y en su nivel debido a los reyes. El *Defensor Pacis* declaraba falso el principio de que toda autoridad tuviese origen divino, ya que ésta es consecuencia de que los hombres forman comunidades. La Iglesia es, tan sólo, una de estas comunidades, sociedad humana que el papa preside como una especie de *primiis inter pares*, que coincidía con la forma en que san Pedro recibiera su mandato.

La respuesta a esta doctrina, que iniciaba el proceso hacia la fractura de la Iglesia, fue dada por un franciscano gallego, Alvaro Pelayo (N. Jung, *Un franciscain théologique du pouvoir pontifical au XIV siècle: Alvaro Pelayo, évêque et pénitencier de Jean XXII*, París, 1931) y por Agostino de Ancona, denominado Trionfo: en sus obras respectivas, *De statu et planeta Ecclesiae* y *Summa potestate*, defendieron la tesis tradicional en la Iglesia: es cierto que el poder entregado plenamente por Cristo al papa es de naturaleza espiritual, pero precisamente por eso el poder temporal se le encuentra sometido, ya que el espíritu desborda en todos los aspectos a la materia.

Antipapa Nicolás. Luis de Baviera intentó crear un antipapa escogiendo al franciscano Pedro Rainalducci. Era, sin duda, una persona de poca importancia, que a veces ha sido duramente calificado. Había ingresado en el convento de Aracoeli en Roma después de abandonar a su esposa, tras cinco años de matrimonio. Fue elegido por una comisión de 13 clérigos el 12 de mayo de 1333 y coronado por el propio emperador el 22 de mayo. Designó seis cardenales, organizando una minúscula curia. Ockham y Cesena se aprestaron a sostenerle. Mientras tanto, Juan XXII había conseguido que el Capítulo general de los franciscanos accediera a elegir un nuevo general, Geraldo Odón. Ahora todos, antipapa, rebeldes franciscanos, partidarios de Luis, se volvieron contra el papa y contra el superior de la orden: se estaba llegando al más absurdo de los contrasentidos, como señala J. Lotz (*Der unvergleichliche Heilige*, Dusseldorf, 1952), pues se estaba invocando la memoria del santo fundador, el *poverello* obediente de Asís, para practicar un acto de desobediencia al papa. La minoría disidente generaría un grupo cada vez más sumido en el error. La mayoría, en cambio, privada de quienes debieran haber sido sus guías rigurosos, entraría por el camino de la tibieza y las concesiones: únicamente treinta o cuarenta años más tarde la «observancia» emprendería el camino de la reconstrucción.

El antipapa llamado Nicolás V no permaneció mucho tiempo en Roma: salió detrás de Luis de Baviera cuando éste abandonó la ciudad (4 de agosto de 1328). Tras apoderarse de los tesoros de la iglesia de San Fortunato en Todi, a fin de aprovisionarse de recursos, se reunió en Pisa con el emperador. Aquí los rebeldes trataron de fortalecerle: montaron en la catedral una ceremonia de deposición de Juan XXII, utilizando un muñeco al que revistieron con ornamentos papales para despojarlo después. Luis no pudo permanecer mucho tiempo allí y se dirigió al norte de Italia. Entonces Nicolás V, perdida su causa, se refugió en Burgaro y entró en negociaciones con el papa para alcanzar su perdón. Juan XXII se mostró muy generoso: le ofreció una pensión anual de 3.000 flo-

rines, y cumplió su palabra. Hasta su muerte, Rainalducci viviría en unas habitaciones del palacio de Avignon, en libertad.

Supuesta «herejía». Aunque se ejercieron fuertes presiones sobre el papa para lograr su reconciliación con Luis de Baviera, Juan se negó. Intervino entonces en el conflicto Juan de Bohemia (1311-1346), hijo del emperador Enrique VII, que levantó la bandera del güelfismo, buscando una alianza con el rey de Francia (Fontainebleau, enero de 1332), al que llegó a prometer la entrega del reino de Arles si lograba el triunfo de sus planes. Estos consistían en convencer a Luis de que abdicara en su hijo Enrique de Baviera, que era precisamente el yerno de Juan. Luis estuvo a punto de aceptar, pero ni Roberto de Anjou ni los güelfos, que veían en la intriga un tortuoso medio para que Juan de Bohemia se convirtiera en rey de Lombardía, se mostraron dispuestos a consentirlo. Algunos cardenales, entre ellos Napoleone Orsini, se distanciaron del papa convencidos de que se trataba de un error político. Además, en este momento, 1332, estalló el escándalo cuando Juan XXII, advirtiendo que se trataba de una opinión personal, que a nadie obligaba, sostuvo que las almas de los muertos no gozan de la plena visión de Dios hasta que no llega el Juicio Universal. Todas las escuelas de teología, comenzando por la de París, que era la de más prestigio, alzaron voces de protesta. El papa aclaró en seguida (18 de noviembre de 1333) que él no había querido decir que fuese doctrina segura, sino solamente que era una cuestión que convenía debatir. Y luego retiró su tesis. Demasiado tarde. Los espirituales franciscanos afirmaron que el papa había sostenido dos doctrinas heréticas: una en relación con la pobreza de Cristo, la otra en cuanto a la visión beatífica. El pontífice podía, en consecuencia, ser un hereje como cualquier otro hombre.

Benedicto XII (20 diciembre 1334 - 25 abril 1342)

La persona. Siete días duró esta vez el cónclave. Una noticia sin confirmar, aunque muy significativa, pretende que el cardenal de Comminges no fue elegido porque rechazó un compromiso de no volver a Roma. Fue designado entonces un languedociano de alrededor de cincuenta años, Jacques Fournier, nacido de una familia sencilla en Saverdun, cerca de Toulouse, monje cisterciense desde su niñez, al cuidado de su tío que era abad de Fontfroide, cerca de Narbona. Maestro de teología por la Universidad de París y sucesor de su pariente en la abadía, fue obispo de Pamiers (1317), Mircpoix (1326) y cardenal de Santa Prisca (1327), sin abandonar el hábito y las costumbres cistercienses. Como obispo se había distinguido en la persecución a los herejes, hasta convertirse en un experto del procedimiento inquisitorial, aunque prefería la reconciliación y no la condena de los acusados. Juan XXII le había utilizado como su principal colaborador en cuestiones teológicas.

Líneas fundamentales del pontificado. Muchos de los debates que se han producido en torno a su política, han sido despejados por la obra de J. Koch (*Der Kardinal Jacques Fournier (Benedikt XII) als Gutacher in theologischen Prozessen: Die Kirche und ihre Ämter und Stande*, Colonia, 1960) y por la

exhaustiva publicación de sus cartas. Su primera declaración doctrinal fue para declarar que los niños y los que nada tienen que purgar entran directamente en el cielo en la presencia de Dios. Aunque dio buenas palabras a los enviados que le suplicaban el retorno a Roma, nada hizo para llevarlo a cabo; dispuso en cambio la construcción de un gran palacio en Avignon, trasladando los archivos de la curia a esta ciudad. El argumento que se esgrimía para justificar esta conducta seguía siendo que las violentas querellas internas seguían siendo un obstáculo insalvable para el retorno a Roma. Se afirmaba que Avignon era una ciudad absolutamente pontificia, sin los problemas que en aquella otra ciudad planteaban los grandes linajes. Las obras, dirigidas por el arquitecto Pedro Posson, se iniciaron en 1335: ese mismo año un dominico, Venturino de Bergamo, con sus predicaciones, exaltaba los ánimos de los romanos contra el papa. También Petrarca, decepcionado definitivamente en sus esperanzas, le criticaría con aspereza.

Contrario al nepotismo, Benedicto comenzó expulsando de la curia a cuantos no tenían en ella un oficio definido, y ordenando a los beneficiados que cumplieren sus deberes de domicialización. Abolió expectativas y encomiendas, salvo las de los cardenales, y emprendió la reforma de las órdenes religiosas, comenzando por la suya propia, el Císter (*Fulgens sicut stella*, 12 julio 1335), y por una disposición de carácter general, la *Pastor bonus* (17 junio 1335), que intentaba acabar con los monjes que vivían fuera de sus monasterios o los llamados giróvagos: reclamaba de sus hermanos de religión más obediencia a sus votos y, también, que enviaran a algunos de sus jóvenes a las universidades para formarse. La *Summi magistri* (20 junio 1336) dividió a los benedictinos en 32 provincias, exigiendo la celebración periódica de capítulos. La *Redemptor noster* (28 noviembre 1336), dirigida a los franciscanos, fue mal acogida por éstos: condenaba a los *fratricelli*, pero reprochaba también a la Comunidad su relajación de costumbres. Las protestas se fundamentaron en considerar abusiva la pretensión del papa, que penetraba en detalles minuciosos.

Corpulento y de buenos colores, de voz fuerte, piadoso, humilde, pacífico y, al mismo tiempo, severo, Benedicto reorganizó los departamentos de la curia, poniendo orden en las finanzas. Se calcula que sus ingresos anuales eran de 165.000 florines de oro —los más bajos del período avignonense—, pero al ser restringidos los gastos hasta 96.000, pudo efectuar grandes ahorros. Aproximadamente un millón y medio de florines se depositaron en las cámaras inferiores, inmediatas a la habitación del papa, en monedas, oro, plata y joyas de diversas especies. Dedicó una particular atención a la Sacra Penitenciaría (*In agro dominico*, 8 abril 1338); de entonces data el tribunal de indulgencias, dispensas y exenciones que se conocería como la Rota.

Política de paz. La política conciliadora con los gibelinos en Italia, que logró al principio la sumisión de Bolonia, se cerró con un fracaso: prácticamente toda la marca de Ancona, como la Romagna, escapaban a la influencia pontificia, mientras en Roma las torres de los Colonna y de los Orsini se enfrentaban en una verdadera guerra civil. Idéntico fracaso cosecharía la diplomacia ponti-

ficia en sus intentos para detener la guerra entre Inglaterra y Francia: el hecho de que se hubiera autorizado a Felipe VI a disponer de las rentas del clero reservadas para la cruzada, causó un profundo malestar en Inglaterra e hizo ya imposible la predicación de la guerra santa en otros lugares. Solamente en España quedaba abierto el frente. En 1339 un monje calabrés procedente de la ortodoxia, Barlaam, acudió al papa tratando de convencerle de la posibilidad de un proyecto de unión en que estaba interesado también el emperador Juan Cantacuzeno (1341-1355), el cual imprescindiblemente tenía que ser precedido por una sustanciosa ayuda militar. Barlaam desaconsejaba las negociaciones entre pequeños grupos de teólogos. Sólo un concilio, en que ambas partes estuviesen reunidas, tenía buenas perspectivas de éxito, pues los orientales sentían un profundo respeto por ellos.

En 1335 llegaron a Avignon embajadores de Luis de Baviera, que buscaban el camino de la reconciliación. Benedicto consultó con Felipe VI y con Roberto de Anjou y puso como condición un previo acuerdo con éstos. Pero ambos reyes se opusieron resueltamente al entendimiento. Luis de Baviera volvería a insistir en 1338, dejando bien clara su posición negociadora. La negativa actitud de los franceses le favoreció, puesto que en marzo de ese mismo año un sínodo de obispos alemanes celebrado en Spira, mostró su apoyo encomendando a Enrique de Virneburgo, arzobispo de Maguncia, una negociación con la curia. Más tarde, al confirmarse la cerrada actitud profrancesa de Avignon, la Dieta de Frankfurt, con ayuda de los franciscanos rebeldes, redactó un documento, *Fidem catholicam*, en que se rechazaba absolutamente la doctrina según la cual al papa corresponde la legitimación de la autoridad imperial. No es el pontífice quien crea emperadores, pues el poder de éstos viene directamente de Dios. Los electores, creando una unión (*Kurverein*) afirmaron que a ellos y sólo a ellos correspondía decir si el emperador había sido legítimamente elegido. Tal fue la doctrina que hizo suya la Dieta reunida en Rense, cerca de Coblenza. A comienzos de 1339 el poder y la autoridad de Luis de Baviera no admitían discusión. Sin embargo, el emperador, a quien preocupaba el futuro de su propia familia, necesitaba de alguna clase de acercamiento a la sede romana y comenzó por abandonar la alianza con Eduardo III (1327-1377) para firmar un acuerdo con Felipe VI en 1341. No conseguiría otra cosa que aumentar el embrollo sin lograr la confianza del papa y alterando la paz interior en Alemania. Su designio era casar a su propio hijo Luis con la heredera del Tirol, Margarita Maultasch, anulando previamente el matrimonio de ésta con un hijo de Juan de Bohemia, impotente, a fin de asegurarle un fuerte dominio señorial. Esta conducta despertó la cólera de los príncipes. Las discordias desgarraban Alemania cuando Benedicto XII murió.

Clemente VI (7 mayo 1342 - 6 diciembre 1352)

Un papa pródigo. Felipe VI estaba tan interesado en disponer de un papa favorable que envió a su propio hijo, el duque de Normandía, a Avignon con objeto de asegurar la designación de Pedro Roger, su antiguo canciller, ahora

obispo de Rouen. No tuvo necesidad de ejercer ninguna clase de presión, pues antes de que el príncipe llegara a Avignon, los cardenales le habían elegido por unanimidad. Tras el gobierno austero de Benedicto estaban deseosos de tener un pontífice más condescendiente. Escogió el nombre de Clemente porque quería que la clemencia fuera su principal virtud. Contaba entonces 51 años, pues había nacido en Maumont (Limousin), hijo del señor de Rosier d'Égletons en 1291. Desde los diez años de edad vestía el hábito de los benedictinos, que le habían preparado cuidadosamente. Se le consideraba como el mejor orador de su tiempo y, desde luego, poseía una amplia instrucción. Un cambio radical se produjo en la curia: lujo y derroche hicieron que apenas pudiera distinguirse de las cortes principescas. Pródigo con sus amigos y parientes, amigo de banquetes y de fiestas, los cronistas más adversos como Mateo Villani, Matías de Neuenburg y el *Chronicon Estense*, le acusan de mujeriego, aunque probablemente esto es producto de una calumnia, muy extendida y, por consiguiente, aceptada.

Las tasas ordinarias aumentaron su rendimiento hasta los 195.000 florines de oro, pero los gastos alcanzaron los 165.000. A éstos habría que añadir el continuo despilfarro de fiestas y banquetes (fue especialmente famoso el que ofreció el cardenal Aníbal de Ceccano, en que, en medio de bailes y representaciones, se sirvieron 27 platos mientras se dejaban correr fuentes de vino), así como las joyas y vestidos (reunió hasta 1.800 pieles de armiño), que se abordaban recurriendo al tesoro acumulado por sus antecesores. Ochenta mil florines de oro se invirtieron en 1348 al comprar a la reina Juana de Nápoles (1343-1382) la ciudad de Avignon y el condado Venaisin; en este caso se trataba de una operación excelente, ya que convertía al papa en dueño del territorio en que moraba. Avignon se desarrolló hasta convertirse en una de las plazas mercantiles más prósperas de todo el Occidente. Las embajadas, como la de Tartaria en 1338, y la que Alfonso XI (1313-1350) remitió con el botín de la batalla del Salado, dieron lugar a costosas recepciones. Para compensar los gastos, Clemente VI dispuso la reserva de todos los nombramientos episcopales y de otros muchos beneficios, porque de este modo se percibían directamente anatas y otras contribuciones (A. Pélissier, *Clemente VI le magnifique*, París, 1951).

Raíz del anglicanismo. Estas medidas, impopulares, tropezaron con una fuerte resistencia en Alemania y de una manera especial en Inglaterra, donde se le consideraba además como beligerante en favor de Francia. Fue entonces cuando Eduardo III publicó los primeros Estatutos llamados de *Provisores* (1351) y *Praemunire* (1353), que permitían al rey rechazar colaciones de beneficios y sentencias procedentes de la curia e incluso a los obispos establecer relaciones con la Santa Sede sin autorización del rey. Es cierto que existía una razón profunda para las quejas: Clemente VI estaba apoyando a Felipe VI con préstamos, diezmos, subsidios de cruzada y rentas eclesiásticas. No es, por consiguiente, extraño que se originara una abundante literatura panfletaria: una pieza especialmente curiosa es la de la supuesta carta de Lucifer, felicitando al papa que, con su mal ejemplo, le poblaba el infierno de almas.

Opuesto decididamente a Luis de Baviera, le cupo la satisfacción de obtener en este punto una victoria. En agosto de 1342 reiteró la excomunión, y mediante la bula *Prolixa retro* (12 abril 1343) le conminó a deponer sus vestiduras imperiales, invitando al obispo de Tréveris a convocar a los electores para proceder a una nueva designación. Luis ofreció su sometimiento completo, pero fue rechazado. El 13 de abril de 1346 (bula *Olim videlicet*) se pronunciaron la excomunión y deposición de forma solemne. Entonces cinco de los siete electores, los tres eclesiásticos más Bohemia y Sajonia, decidieron proclamar a Carlos, el hijo de Juan de Bohemia. La muerte de Luis de Baviera (11 octubre 1347) hizo que Carlos IV fuera reconocido sin dificultad.

Aspectos positivos. P. Fournier («Clemente VI», *Hist. Lit. de la France*, 37, 1936) y R. Guillemain (*La Cour Pontificak d'Avignon, 1309-1376*, París, 1962) descubren los aspectos positivos de un pontificado que supo hacer frente a grandes desdichas, como la guerra y la peste, empleando grandes sumas en aliviar el sufrimiento, y que ante la noticia de la existencia de islas pobladas en el Atlántico, de Azores a Canarias, recordó a los cristianos que era ilícito reducir dichas poblaciones a la esclavitud. A principios de 1343 llegó a Avignon una embajada romana con dos encargos: que el papa regresara a su ciudad asumiendo las funciones de senador, y que promulgara un nuevo Año Santo para 1350, dado el hecho de que el intervalo de un siglo dejaba a la inmensa mayoría de los cristianos sin poder lucrar la indulgencia. El papa aceptó la segunda de las peticiones, y en la bula *Unigénitus Dei Filias* habló por primera vez del tesoro de gracias que los méritos de Cristo y de los santos proporcionan a la Iglesia como fuente para la concesión de indulgencias.

En 1348 se desató en Europa la peste negra, una epidemia que trajeron de Crimea barcos genoveses. Avignon sufrió terriblemente: en un cementerio que compró Clemente se inhumaron en pocos días once mil cadáveres. Para muchos era el azote un castigo de Dios. Partiendo de Alemania, grupos de flagelantes que se azotaban durante treinta y cinco días trataron de frenar la epidemia mediante penitencia. Se recrudecieron en muchos lugares las persecuciones contra los judíos, a los que se acusaba de propagar la enfermedad. Hubo desviaciones hacia la superstición que movieron al papa a tomar disposiciones contra los flagelantes. En las órdenes religiosas las pérdidas fueron sensibles y la necesidad de rellenar los huecos con improvisadas vocaciones se reflejó en el deterioro de la disciplina.

Cola di Rienzo. Clemente no tuvo intención de regresar a Roma, pero no quiso desentenderse de la situación en la ciudad. En la embajada de 1343 figuraba Nicolás de Arezzo (Cola di Rienzo), un soñador de humilde cuna, que entusiasmó al papa con sus discursos en que evocaba la gloria de la Antigüedad. Clemente le apoyó en sus proyectos, que condujeron en 1347 a un verdadero golpe de Estado que pretendía acabar con la influencia de las familias patricias. Pero la curia comenzó a desconfiar de sus extravagancias: cuando cayó, en diciembre del mismo año, volvería a encontrar amparo en el pontífice. Clemente pensaba que la solución al problema de las querellas internas romanas tenía

que venir por una vía semejante, de creación de un fuerte poder laico, ya que en diciembre de 1351 haría una nueva tentativa para nombrar capitán del pueblo y senador a Giovanni Cerroni.

Pero el papa no fue a Roma ni siquiera con ocasión del Año Santo: lo presidieron los cardenales Guido de Bolonia y Aníbal Ceccano. Muchos peregrinos, entre ellos Petrarca y santa Brígida, se dieron cita. Pero la impresión que la ciudad, azotada poco antes por un terremoto, causaba en los viajeros, era lamentable. Su aspecto contribuía a fortalecer los argumentos de quienes decían que no estaba ya en condiciones de servir de residencia al papa. Por otra parte, la campaña que Clemente VI intentó para restablecer su potestad en Romagna, fracasó lamentablemente: Bolonia le ofreció su obediencia, pero a costa de ser entregada en vasallaje a Juan Visconti, arzobispo de Milán.

La guerra entre Inglaterra y Francia impidió que se pusiera en marcha el proyecto de cruzada. La empresa de defensa del Mediterráneo oriental dejó de ser un proyecto europeo para convertirse en algo propio de los poderes locales. Clemente hubo de conformarse con apoyar una liga formada por Venecia, Chipre y los caballeros sanjuanistas, cuyo primer objetivo era sostener a los reyes de Armenia: Esmirna fue ocupada en octubre de 1344 y se logró una victoria sobre la flota turca en 1347. Pero ni siquiera pudieron conservarse las posiciones momentáneamente conquistadas.

Inocencio VI (18 diciembre 1352 - 12 septiembre 1362)

Un papa restaurador. Breve fue el cónclave celebrado en Avignon; los veinticuatro cardenales que en él tomaron parte estaban decididos a imprimir a la Iglesia un giro radical haciendo de la *Plenitudo potestatis* un gobierno compartido. Prestaron juramento de que cualquiera que fuese elegido no crearía nuevos cardenales hasta que el número se hubiera reducido a dieciséis y manteniendo el colegio por debajo de los veinte miembros; los nuevos nombramientos requerirían la aprobación de los dos tercios de los existentes; una condición que sería aplicable también a los casos de enajenación de bienes de la Iglesia, concesión de subsidios o proceso contra un purpurado. El colegio, que retendría para sí la mitad de las rentas pontificias, sería preceptivamente consultado en todos los nombramientos administrativos. Bajo tales condiciones se eligió a Esteban Aubert, a quien A. Pélissier (*Innocent VI le réformateur, deuxième pape Umousin*, Tulle, 1961) presenta como un anciano de mala salud y magnífico administrador, profesor de derecho en Toulouse y cardenal desde 1342. En el momento de su elección era obispo de Ostia y gran penitenciario. Su gran defecto sería el nepotismo.

El 6 de julio de 1353, Inocencio, que había consultado a jurisconsultos, declaró que el juramento prestado no era válido por oponerse a la *plenitudo potestatis* que sólo corresponde al pontífice. Volviendo a las normas de Benedicto XII, se había propuesto intentar la reforma, limitando las acumulaciones de beneficios y obligando a la residencia. Los gastos de la casa del papa fueron restringidos; esto no evitó que el déficit financiero se acentuara por la necesidad

de atender a la defensa de Avignon frente a las compañías de mercenarios, y por el deseo de sostener campañas en Italia que hiciesen posible el retorno. Se asignaron emolumentos fijos a los jueces de la Audiencia para garantizar su imparcialidad. En 1360, a petición del general de los dominicos, Simón de Langres, se ordenó una inspección a fondo en los conventos: ocho definidores de la orden se volvieron entonces contra el general, pero el papa le sostuvo. De todas formas se trataba de un problema que quedó sin resolver. La misma actitud de firmeza y respaldo mostró en relación con los hospitalarios, a los que Felipe VI de Francia quería aplicar las mismas medidas disolutorias del Temple. Inocencio VI se negó en redondo, y llamando a Juan Fernández de Heredia, el más prestigioso de los caballeros, le encomendó la visita y el restablecimiento de la disciplina. La orden, que era conocida comúnmente como de Rodas por tener su maestrazgo en esta isla, recibió el encargo del papa de sostener las posiciones de Esmirna y Armenia, pero no pudo cumplir este objetivo demasiado ambicioso. Sin embargo, sostendría durante dos siglos la punta de vanguardia en el extremo mediterráneo.

Surgían visionarios y milenaristas. Un fraile de Puigcerdá, Arnaldo Muntañer, mezclando en sus predicaciones la doctrina de la absoluta pobreza de Cristo, afirmaba que nadie que vistiera hábito franciscano podía permanecer mucho tiempo en el purgatorio, pues san Francisco bajaba allí cada año a sacar a los suyos; se libró de la persecución del inquisidor Eymerich porque se fue a Oriente a predicar sus fantasías. Fray Juan de Roquetaillade anunciaba que pronto vendría un antipapa, al que Cristo haría morir por medio del espíritu de la palabra; inmediatamente después, con la desaparición del Islam y del judaísmo, coimponer criterios de sensatez.

Don Gil de Albornoz. La muerte de Alfonso XI (1350) había provocado una fuerte reacción en Castilla contra los que fueran sus consejeros y colaboradores. El arzobispo de Toledo, don Gil de Albornoz, tuvo que huir refugiándose en Avignon donde fue elevado por Inocencio al cardenalato, pasando luego a desempeñar funciones de confianza. No se restableció la paz. Pedro I (1350-1369), casado con Blanca de Borbón (3 de junio de 1353), abandonó a su esposa, cohabitó públicamente con María de Padilla, y hasta llegó a contraer un nuevo e ilícito matrimonio. Comenzaron luchas internas. Muchos nobles y no pocos eclesiásticos se exiliaron en Francia y Aragón, llegando algunos hasta la propia Avignon. Inocencio VI trató de detener la guerra, interna y entre reinos, que amenazaba la península, enviando como legado a Guillermo de la Juge; no pudo nunca conseguir una paz estable.

La abundancia de mercenarios, secuela de la contienda franco-británica en el sur de Francia, hicieron desaparecer la seguridad de que hasta entonces disfrutara Avignon. Por otra parte, el viaje de Carlos IV a Roma, donde fue coronado emperador por un legado pontificio (5 de abril de 1355), venía a demostrar que el retorno no era imposible. Carlos promulgó en 1356 la llamada «Bula de Oro», en la que fijaba el procedimiento para la elección de empera-

dores (confirmando de hecho los acuerdos de la Dieta de Rense referentes a la separación de potestades) e independizaba el Imperio de la Santa Sede. Una decisión de doble vertiente, ya que suponía la definitiva renuncia a intervenir en Italia. Los electores designaban un rey de Romanos con entera independencia; sólo él podía convertirse en emperador cuando el papa le coronase. En 1360 la amenaza a que los merodeadores armados hicieron pesar sobre Avignon fue tan seria que Juan Fernández de Heredia (1310-1396) tuvo que acudir con 600 caballeros y 1.000 peones a liberar al papa de lo que era un asedio. De todas formas, hubo que pagar a los sitiadores 14.5000 florines de oro para que accedieran a alejarse.

Antes de que pudiera efectuarse el retorno a Roma era imprescindible la pacificación del Patrimonium. Tal fue la tarea que Inocencio VI confió a don Gil de Albornoz, a cuyo séquito fue agregado Cola di Rienzo, con título de senador y poderes para gobernar Roma. El 1 de agosto de 1354, Rienzo entró en la ciudad, siendo recibido con fuertes aclamaciones, pero muy pronto las facciones romanas provocaron un levantamiento que acabó con la vida del reformador (8 de octubre de 1354). Albornoz consiguió cumplir la misión que se le encomendara: en 1354 arrancaba Orvieto de manos de Juan de Vico; al año siguiente obligaba a los Malatesta de Rímini a firmar el humillante tratado de Gubbio. El cardenal tenía el proyecto de transformar la administración de los Estados Pontificios, haciendo participar en ella a los poderes laicos que se habían asentado. Una asamblea, reunida en la ciudad de Fano, aprobó las *Constitutiones egidianas* (1357), que estarían vigentes hasta el siglo xix. A. Erler (*Aegidius Albornoz als Gesetzgeber des Kirchenstaates*, Berlín, 1970) advierte que las Constituciones se basaban en la legislación anterior, incluyendo el *Liber Augustalis* de Federico II. La influencia del derecho romano se situaba por encima del canónico.

Llamado a Avignon, porque se habían producido acusaciones en su contra, el papa le confirmó en su cargo, ampliando los poderes. Regresó a Italia en 1358. Fue entonces cuando conquistó Bolonia, en donde fundaría el Colegio que lleva su nombre y aún subsiste, enfrentándose abiertamente con los Visconti. La victoria de san Ruffilio sobre Barnabó (1361) abría definitivamente al papa la posibilidad del retomo. Inocencio VI comunicó al emperador Carlos, en carta de 18 de abril de 1361, que había tomado la decisión de volver a Roma. Una decisión que la muerte le impidió cumplir. Pero el éxito militar estaba empañado por un dato negativo: los tesoros de la Santa Sede estaban exhaustos.

Urbano V, beato (28 septiembre 1362 - 19 diciembre 1370)

Elección. Divididos los cardenales era difícil que pudieran llegar a un acuerdo que permitiese la elección de uno de ellos. La noticia que dan algunos cronistas de que Hugo Roger, hermano de Clemente VI, rechazó su candidatura, es cuando menos dudosa. Al parecer fue Guillermo d'Aigrefeuille quien insinuó el nombre de Guillermo de Grimoard, abad de San Víctor de Marsella que, a la sazón, era legado pontificio en Nápoles. Nacido en Griscol (Lorena) y

de familia noble, profesó como benedictino en San Víctor después de haber cursado estudios en Montpellier y Toulouse. Fue abad de Saint Germain d'Auxerre (1352) antes de ser elegido para San Víctor. Era conocido por su piedad, austeridad, profundo conocimiento del derecho y experiencia en los asuntos italianos, tan importantes ahora que el retorno del papa se había convertido en la cuestión principal. E. Dupré-Théseider (*Papi di Avignone e la questione romana*, Florencia, 1939) entiende que fue ésta precisamente la razón de su nombramiento: era el papa para el retorno. Llegado a Marsella el 27 de octubre fue entronizado en Avignon pero, pese a la pompa que le rodeaba, seguía vistiendo y viviendo como un benedictino.

Las relaciones con el colegio fueron difíciles: no había sido cardenal. Quería continuar la obra de Inocencio VI hacia la centralización y la reforma: dispuso que, en adelante, todas las sedes episcopales y las principales abadías, cualesquiera que fuesen los procedimientos selectivos, serían de nombramiento pontificio. De este modo podría oponerse a las designaciones indebidas. También quiso prohibir la acumulación de beneficios en una sola persona y recomendó la celebración de sínodos provinciales. Muy convencido de las ventajas que aportaban al clero los estudios fundó las Universidades de Orange, Cracovia y Viena y, a imitación del de Bolonia, estableció el Colegio de Montpellier. Empleó mucho dinero en becas para estudiantes.

De nuevo cruzada. Al firmarse la paz de Brétigny, que parecía poner fin a la contienda entre Francia e Inglaterra, proclamó en 1363 una nueva cruzada: Pedro de Lusignan, que había cosechado algunos éxitos en Cilicia, y Felipe de Méziers, se sumaron a ella: pero Urbano creía que el éxito dependía de que tomara el mando el rey de Francia. Legado para esta cruzada fue el carmelita Pedro Thomiers y en ella tomó parte Venecia. Pero en la práctica todo se tradujo en una operación de los caballeros sanjuanistas que llegaron a reunir en Rodas 10.000 infantes y 1.400 caballos. Una fuerza que pudo ocupar fugazmente Alejandría (11 a 13 de octubre) para convencerse de que era imposible retenerla. Estas operaciones servían sin embargo para conservar Rodas y Chipre como grandes bastiones avanzados.

Retorno a Roma. Comenzó apoyando los esfuerzos militares de don Gil de Albornoz. Pronto cambió de táctica: era imprescindible acelerar el retorno a Roma y éste no podía lograrse sino mediante una paz con los partidos haciendo concesiones. Roma brindaba la posibilidad de un entendimiento con el emperador bizantino Juan V (f 1391). Desde el 23 de mayo de 1363 la decisión fue públicamente anunciada: muchas voces le impulsaban a ella. Pagó grandes sumas a Barnabo Visconti para que entregara Bolonia y sustituyó a Albornoz por el cardenal Androin que pasaba por enemigo del español y partidario de los milaneses. La recluta de los mercenarios que amenazaban Avignon, a fin de constituir las compañías blancas que provocarían el cambio en Castilla —Urbano contribuyó con una elevada suma— dieron un saludable respiro. En 1365 fray Pedro de Aragón escribió al papa que había tenido una revelación de su tío san Luis el difunto obispo de Toulouse, que le anunciaba que los grandes males de

la Iglesia no se remediarían mientras no estuviese en Roma. Santa Brígida y santa Catalina contribuyeron con sus advertencias al aire de retorno espiritual. Petrarca, en cambio, hablaba de motivos estrictamente humanos; las ruinas de Roma, la esposa abandonada. Carlos V de Francia envió a Anselmo de Chart para convencer a Urbano de que desistiera de su propósito, pero el pontífice respondió con argumentos que resultaban incontrovertibles: centro del orbe, tumba de san Pedro, altar de mártires, Roma había sido siempre la cabeza y las voces del cielo le ordenaban volver.

P. Kirsch (*Die Rückkehr der Papste Urban V und Gregor XI vori Avignon nach Rom. Auszüge aus den Karneralregistern des Vatikanischen Archives*, Paderborn, 1898) reconstruyó el itinerario y los obstáculos que hubo de vencer. En mayo de 1366 el emperador Carlos IV viajó a Avignon ofreciendo darle escolta. Urbano aceptó en principio, pero luego lo pensó mejor: convenía a su libertad de movimientos viajar solo. Hubo una fuerte resistencia de los cardenales, que consideraban un desastre abandonar Avignon, pero, mostrando una gran energía, salió de la ciudad el 30 de abril de 1367. En Marsella se produjo un verdadero enfrentamiento entre el papa y el colegio, que resistió, y pudo llegar a Genova el 23 de mayo, a Pisa el 1 de junio, y por el camino del mar, alcanzar Corneto, donde le esperaba Albornoz, el 4 de junio. Desde allí se dirigieron a Viterbo. La muerte de don Gil, acaecida en esta ciudad el 22 de agosto, fue un gran contratiempo. Los grandes elogios de Petrarca desde Padua y de Coluccio Salutati desde Roma, dan la medida de la exageración en el recibimiento, que hubiera debido ser más normal. En el verano de 1368 Urbano se instaló en Montefiascone, huyendo de los calores del verano.

En otoño de aquel año llegó Carlos IV. Se vio al papa y al emperador entrar juntos en Viterbo (17 de octubre) y el 1 de noviembre, con la pompa debida, proceder a la coronación de la emperatriz Isabel durante una misa solemne en que predicó fray Pedro de Aragón. Presente estuvo también Juan V, el bizantino, que suscribió a título personal una fórmula de fe romana. Pero los signos no eran tan halagüeños como se pensara. Roma era una ruina: los alhambres habían tenido que entrar apresuradamente en el Vaticano y en San Juan de Letrán porque los palacios eran inhabitables. Comenzaban las habituales discordias políticas. Cuando en septiembre de 1368 Urbano creó siete cardenales, sólo uno era romano; los otros seis, franceses. La influencia de Francia no había disminuido.

Vuelta a Avignon. Desilusionado, sufriendo la presión de sus cardenales que añoraban la independencia avignonense, obligado a enfrentarse con revueltas como la de Perugia, y refugiado nuevamente en Montefiascone, esta vez para huir de las inquietudes romanas, Urbano hubo de preguntarse si no había cometido un error. A principios de 1370 decidió regresar a su ciudad del Ródano. Los romanos le enviaron una embajada (22 de mayo), a la que contestó con mansa firmeza el 26 de junio. Santa Brígida subió a Montefiascone a comunicarle que había tenido una revelación según la cual si regresaba Dios le heriría de muerte pidiéndole estrecha cuenta. Todo inútil. Embarcó en Corne-

to el 5 de septiembre, alcanzó Marsella el 16 y entró en Avignon el 27 del mismo mes. Muy pronto cayó enfermo y murió el 19 de diciembre.

O. Halecki (*Un empereur de Byzance á Rome*, Varsovia, s.f.) ha explicado las razones de la presencia del emperador Bizantino. Las presiones turcas habían obligado a Juan V, inmediatamente después de su victoria sobre Juan Cantacuzeno, a acudir a Inocencio VI con una propuesta de reanudar las relaciones, la cual fue recibida con gran frialdad (1355). Pero ante la nueva ofensiva de Murad I, el emperador insistió, esta vez cerca de Urbano V, que se mostró dispuesto a organizar el socorro militar que se necesitaba si se restablecía la unión. Juan V permaneció en Roma entre 1369 y 1371: tuvo que entregar a Venecia la isla de Tenedos para afrontar los gastos de este viaje. La noción de la existencia de un peligro turco comenzaba a abrirse camino en la conciencia occidental, aunque con gran lentitud.

Gregorio XI (30 diciembre 1370 - 27 marzo 1378)

De nuevo la decisión. Los diecisiete cardenales que se reunieron en Avignon tardaron poco tiempo en elegir por unanimidad a un sobrino de Clemente VI, Pedro Roger de Beaufort, nacido en 1329, cerca de Limoges y producto del nepotismo que le hiciera cardenal a los 19 años. Sin embargo, siendo despierto, inteligente, culto y extraordinariamente piadoso, se había elevado, por sus grandes servicios durante el pontificado de Urbano V, al primer puesto dentro del colegio. Discípulo de Pietro Baldo degli Ubaldi (1327-1400), en Perugia, poseía una excelente formación jurídica. Mezclaba un aire de soñador, acaso por su mala salud, con rasgos de energía y firmeza cuando hacía falta. Aunque desde el primer momento afirmó su voluntad de volver a Roma, ya que sólo desde ella podía ser gobernada la Iglesia y ejecutarse la triple misión que se había asignado (reforma de las costumbres, paz entre los príncipes de la cristiandad, ofensiva contra los turcos), esto no significa que proyectase disminuir la abrumadora influencia francesa. De los 21 cardenales que creó, ocho eran paisanos suyos, limousinos, otros ocho franceses de diversas regiones, dos italianos, y tres, respectivamente, de Genova, Castilla y Aragón.

Tres obstáculos se oponían al viaje a Roma. El tesoro papal estaba vacío y se requirió bastante tiempo para incrementar las rentas que llegarían al nivel de los 480.000 florines cada año; los ingresos estaban comprometidos de antemano al pago de deudas con sus intereses. Se habían reanudado las hostilidades entre Francia e Inglaterra, arrastrando en esta ocasión a castellanos y portugueses; de modo que el alejamiento de Avignon no había favorecido el proceso de paz. Los Visconti habían aprovechado la coyuntura para hacerse de nuevo fuertes en el norte de Italia. Richard C. Trexler («Rome on the eve of the Grat Schism», *Speculum*, XLIII, 1967) concede una singular importancia, sin embargo, a la radical oposición de los cardenales.

En vísperas del cisma. Para aislar a los Visconti, Barnabó y Galeazzo, el papa formó una liga en agosto de 1371, contrató los servicios de un *condottiero* inglés, Giovanni Acuto (John Akwood) y puso a Amadeo VI de Saboya al

frente de las fuerzas; un hermano del papa, vizconde de Turenne, se encargó de reclutar mercenarios en Francia. A principios de 1373 se predicó la cruzada contra los Visconti, que previamente habían sido excomulgados. Sin embargo, Urbano V, urgido por el tiempo y las dificultades económicas, se conformó con un resultado mediocre: dos victorias en Pesaro y Chiesi, justificaron que se firmara una tregua. Ahora el camino de Roma parecía abierto y se anunció la partida para Pascua de 1376. Nuevos inconvenientes aparecieron: sólo seis cardenales declararon estar dispuestos a acompañar al papa. Se acababa de conseguir la tregua general de Brujas, suspendiendo las hostilidades en Occidente, y el duque de Anjou insistía en que ahora más que nunca era oportuna la presencia del papa para que la tregua se convirtiese en paz. Al mismo tiempo, Pedro IV de Aragón (1336-1387) reclamaba una gestión pontificia para asegurar las relaciones en el interior de la península.

A todo ello oponía el cardenal Jacobo Orsini una sentencia: el señorío del papa estaba en Italia y la causa primordial de los desórdenes estaba en la ausencia del señor. Santa Brígida, que murió en Roma el 23 de julio de 1373, fray Pedro de Aragón y santa Catalina de Siena, impresionaban a Gregorio, como antes hicieran con Urbano V, refiriéndole las visiones de los males de la Iglesia mientras no se restaurara. Sin embargo, R. Fawtier (*Ste. Catherine de Sienne. Essai de critique des sources*, París, 1921-1930) rechaza como legendaria la pretensión de Raimundo de Capua que otorga un papel decisivo a la santa en ese retorno. Al anunciarse nuevas demoras estalló una rebelión en Florencia, donde los legados Gerardo de Puy, abad de Marmoutier, y Guillermo de Noellet, que residía en Bolonia, fueron acusados de haber desamparado a la ciudad en tiempo de hambre. Aunque Gregorio XI, con sus cartas, trató de calmar los ánimos, no fue atendido. En el verano de 1375 Florencia alzó la bandera roja con el lema «*Libertas*», se unió a los Visconti y a la reina Juana I de Nápoles y pretendió provocar una revuelta general en los Estados Pontificios: Coluccio Salutati, en la carta que envió a Roma el 4 de enero de 1376, hablaba de la «*foedissimam tyrannidem Gallicorum*». A esta revuelta se la conoce como «guerra de los ocho santos» porque los dirigentes de la ciudad empleaban muchas referencias a la reforma de la Iglesia. Catalina de Siena, en su correspondencia, nos informa de cómo Gregorio XI encargó al obispo de Jaén, Alfonso Fernández Pecha, hermano del fundador de los Jerónimos, que fuese a pedir sus oraciones. Tan eficaz fue la gestión que el obispo renunció a su mitra para convertirse en uno de los «caterinatos», como llamaban a los discípulos de la santa. Fue este el momento escogido por Florencia para enviar a Catalina de Avignon como singular embajadora. Permaneció tres meses en esta ciudad, desde mediados de junio de 1376.

Gregorio era muy sensible a estas gestiones. A pesar de los preparativos del viaje, no había dejado de entender en la reforma. Apoyó de un modo especial a los caballeros de San Juan, que se estaban reorganizando dirigidos por Juan Fernández de Heredia. En 1373 dispuso la reorganización de los dominicos, nombrándoles un cardenal protector. Persiguió con rigor a los herejes y el 22 de

mayo de 1377, en cartas dirigidas a Eduardo III, al arzobispo de Canterbury, al obispo de Londres y a la Universidad de Oxford, condenó 19 proposiciones de Wyclif (1320-1384), semejantes a las que Marsilio de Padua (1275-1342) y Ockham ya formularan y que incidían en verdadera herejía.

Segundo viaje. El 2 de octubre de 1376 la flota pontificia, mandada por Juan Fernández de Heredia, abandonaba Marsella. El papa viajaba en una nave española, la *Santa María*. Las tormentas afectaron de tal modo a la travesía que hasta el 6 de diciembre no pudo Gregorio desembarcar en Corneto. El papa pudo hacer su entrada en Roma el 17 de enero de 1377. Desde este momento hasta el día de su muerte la documentación escasea de tal modo que no es posible seguir las líneas de su gobierno. La presencia del papa coincidió desdichadamente con la noticia de que los mercenarios que mandaba, en nombre del pontífice, el cardenal Roberto de Ginebra, habían ejecutado una terrible matanza en Cesena (3 de febrero de 1377). Florencia solicitó la paz y Bolonia volvió a la obediencia del pontífice. La inseguridad de Roma seguía siendo tan grande que Gregorio decidió fijar su residencia en Anagni. Desde aquí intentó negociar una paz que siguiese la pauta del procedimiento marcado en Brujas dos años antes, es decir, mediante la reunión de una conferencia en Sarzana, presidida por Barnabó Visconti. La conferencia llegó a reunirse, pero antes de que concluyera murió Gregorio (marzo de 1378). La idea de que había dos Iglesias, la de Avignon y la de Roma, flotaba ya en el aire.

Urbano VI (8 abril 1378 - 15 octubre 1389)

La elección disputada. En una obra clásica, M. Creighton (*A history of the papacy during the period of Reformation*, Londres, 1882) recomendaba considerar como unidad todo el período que media entre la discutida elección de 1378 y la muerte de Pío II, en 1464. Durante este período de aguda crisis la principal batalla doctrinal giró en torno a esta cuestión: si la *plenitudo potestatis* pertenece a una persona o, por el contrario, a la comunidad de donde dicha persona la recibe. En esta línea, T. Brian (*Foundations of the Conciliar Theory: the contribution of the medieval Canonist from Granán to the Great Schism*, Cambridge, 1955) advierte que el conciliarismo no surgió como consecuencia del cisma, sino que le precede, apoyándose en el derecho romano y en el principio tantas veces repetido de que «lo que a todos atañe por todos tiene que ser decidido», que se incorporó a las Decretales. La Iglesia ha establecido oficialmente que Urbano VI, Bonifacio IX, Inocencio VII y Gregorio XII fueron legítimos, y a ese criterio nos vamos a acomodar. Pero no estaba claro en su tiempo que Clemente, Benedicto, Alejandro y Juan fuesen antipapas. Es un matiz que debe tenerse en cuenta para entender lo que sigue.

Los dieciséis cardenales que se hallaban en Roma decidieron seguir el consejo que les diera el difunto papa y reunirse en cónclave sin esperar la llegada de los seis que residían en Avignon. Se encerraron, pues, los once franceses, cuatro italianos y un español, el 7 de abril de 1378. Los lemosinos querían seguir la tradición eligiendo a uno de los suyos y los demás estaban decididos a

impedirlo; ningún grupo estaba en condiciones de reunir una mayoría suficiente. Desde los funerales de Gregorio XI se estaban produciendo alborotos en Roma reclamando la elección de un romano o, al menos, de un italiano, listo reducía a dos las candidaturas, el ancianísimo Tebaldeschi y Jacobo Orsini, ninguno de los cuales resultaba aceptable al colegio. Hubo que despejar el palacio alejando los grupos armados antes de que don Pedro de Luna, el claustral, cerrara las puertas; afuera quedaba, como custodio del cónclave, el arzobispo de Marsella, que se comunicaba con los cardenales por un ventanuco. Constantemente advertía que debían darse prisa porque los alborotos iban en aumento. Para calmar impacencias había prometido, como si fuese iniciativa de los cardenales, que la elección de un italiano se haría en plazo de uno o dos días.

Orsini propuso como solución elegir a algún eclesiástico fuera del colegio y fue Pedro de Luna, en conversación con el cardenal de Limoges, Juan de Cros, quien mencionó el nombre de Bartolomé Prignano, arzobispo de Bari, encargado de la cancillería y hombre de confianza del anterior pontífice. Aunque Orsini se opuso a esta candidatura no tardaron en reunirse los votos suficientes. Consta que algunos de los cardenales, al votar, formularon ya reservas acerca de la libertad con que procedían. A las nueve de la mañana del 8 de abril se pasó al arzobispo de Marsella una lista de seis obispos italianos pidiéndole que les hiciera acudir; el primer nombre era el de Prignano. Volvió a insistir el custodio en que no perdiesen más tiempo porque las cosas se estaban poniendo muy mal. Cuando Orsini, a través del ventanuco, dijo que ya había papa y que la gente debía dirigirse a San Pedro, muchos entendieron que el elegido era Tebaldeschi, cardenal precisamente de dicho título; otros, por el contrario, confundieron Bari con Juan de Bar, lemosín y cardenal, por lo que aumentó el alboroto. La muchedumbre rompió las puertas invadiendo el aula y alguien, para salir del paso, señaló a Tebaldeschi que, pese a sus protestas, fue alzado en hombros y llevado a San Pedro mientras se cantaba un *Tedeum*. Los cardenales aprovecharon el pequeño respiro para huir: unos salieron de Roma; otros se refugiaron en Sant'Angelo.

Urbano VI, papa. Aclaradas las cosas, Prignano manifestó que se consideraba legítimo y no estaba dispuesto a renunciar. En la mañana del día 9, cinco cardenales, Florencia, Marmoutier, Grandeve y Luna le cumplieron conociendo que había decidido tomar el nombre de Urbano VI: ellos le garantizaron una elección unánime. Los refugiados de Sant'Angelo también le prestaron obediencia por medio de comisionados. De este modo, cuando se produjo la coronación en Letrán, parecía existir unanimidad en el acatamiento. De ahí que un sector de historiadores haya llegado a la siguiente conclusión: si bien el cónclave, atemorizado y quebrantado, puede ofrecer dudas en cuanto a su legitimidad, ha existido una legitimación *a posteriori* por el reconocimiento unánime. M. Scldmayer (*Día Anfange des grossen Abendlandischen Schismas*, Münster, 1940) y O. Prerovsky (*L'elezione di Urbano VI e l'insorgere dello scisma d'Occidente*, Roma, 1960) han estudiado a fondo los 60 escritos que Martín de Zalba, obispo de Pamplona, reunió para don Pedro de Luna y que constituyen hoy

los llamados *Libri de schismate* en el Archivo Vaticano. Se encuentran en ellos los argumentos que ambas partes esgrimieron en defensa de su legitimidad y también los interrogatorios de testigos presenciales desde marzo de 1379 al verano de 1386; destaca en todo este trabajo, por su importancia, el de los enviados de Juan I de Castilla (1379-1390), que sirvió de base a la declaración de Salamanca de mayo de 1381. Al margen de circunstancias políticas, la decisión castellana fue tomada con perfecto conocimiento de causa. Hay unanimidad, en todos estos testimonios, relacionada con un punto: la elección fue viciada por «*metus qui cadit in constantem virum*». Como una consecuencia de este hecho los reyes, que estaban recibiendo informes acerca de la elección, retrasaron más de lo normal la prestación de obediencia. Algunos, como los de Navarra y Aragón, hasta una fecha tan tardía como el 1390 y el 1388 respectivamente. Existe, pues, motivo fundado acerca de una carencia de legitimidad de origen. Sin embargo no fue ésta, sino la de ejercicio, la que actuó como factor desencadenante.

Porque, evidentemente, Urbano provocó los odios con su actuación. Decidido a actuar como soberano absoluto, mostró recelo, desconfianza y desvío al colegio de los cardenales. No podía ocultar el resentimiento que en él despertaban. A menudo decía que un especial designio de Dios le había hecho papa para cambiar las cosas. Cubría a los purpurados de insultos, cayendo en extravagancias como cuando interrumpió a un padre dominico que predicaba contra la simonía para exclamar que desde aquel momento excomulgaba a los simoníacos, incluyendo en esta categoría a los cardenales. Insultó a los obispos residentes en Roma acusándoles de abandonar sus sedes y obligando a Martín de Zalba a decirle que estaban allí no por voluntad propia, sino porque sus servicios eran requeridos en la curia. El 25 de abril llegó a Roma Juan de Lagranje, uno de los que permaneciera en Avignon, para prestar obediencia, y tuvo con el papa un serio altercado. Fue en casa de este cardenal, transcurridos veinte días desde la elección, donde se produjeron las primeras reuniones en que se hablaba francamente de considerarla inválida: alguien explicó que el miedo había obligado a votar en favor de un candidato que se esperaba no aceptase, permitiendo así pasar a elecciones verdaderamente libres.

Clemente VII Al acercarse el verano, los cardenales salieron uno a uno de Roma y fueron a instalarse en Anagni. Allí llegó también don Pedro de Luna el 24 de junio. En este momento explicaron los miembros del colegio al embajador español, Alvaro Martínez, que todos estaban ya de acuerdo en considerar la elección como ilegítima, salvo él. Martínez habló con don Pedro, que le contestó que estaba estudiando minuciosamente el asunto porque no quería cometer un error canónico en esta ocasión. Ante las noticias que llegaban, Urbano VI no se atrevió a ir a Anagni y escogió Tívoli como residencia estival. Desde aquí pidió a los tres cardenales italianos que le acompañaban, Orsini, Brossono y Corsini, que fueran a negociar con sus compañeros, ofreciéndoles todo el favor y benevolencia que pudieran desear. Demasiado tarde: el colegio, con casi unanimidad en sus opiniones, comunicó su postura: las dudas acerca de

la legitimidad del cónclave eran tan invencibles, que se precisaba repetirlo. Nada se oponía a que Prignano, u otro, fuera el elegido. Los italianos se sumaron a esta opinión, de modo que cuando Urbano VI la rechazó afirmando su indiscutible legitimidad, sólo el anciano Tebaldeschi permanecía en su obediencia.

En estas circunstancias se produjo la victoria de Bernardon de Lasalle, que obedecía a Roberto de Ginebra, sobre las milicias romanas, y hubo la sensación de que la causa de Urbano VI estaba perdida. Los cardenales franceses abandonaron sus escrúpulos y el 2 de agosto de 1378, transcurridos cuatro meses, publicaron un manifiesto en que declaraban inválida la elección y a Urbano VI intruso si se empeñaba en seguir ostentando la calidad de papa. El 20 de septiembre, en Fondi, protegidos por la reina Juana I de Nápoles, procedieron a una nueva elección de Roberto de Ginebra, que fue coronado el 31 de octubre como Clemente VII. Había bastado un escrutinio: se confiaba en sus dotes militares y políticas para alcanzar una pronta victoria. Nacido en Ginebra en 1342, hermano del conde de Saboya y pariente por su madre del rey de Francia, había sido nombrado cardenal por Gregorio XI en 1371. Como legado era responsable de las victorias y también de la crueldad con que se había llevado la guerra contra Florencia. Aunque había sido el primero en prestar acatamiento a Urbano VI, explicando en carta a Carlos IV del 14 de abril del mismo año, que no tenía dudas respecto a la legitimidad del papa, seguramente los malos tratos que recibiera de este último le habían inducido a un cambio de opinión.

La división de la cristiandad. Comenzaba un cisma. Clemente, que contaba con los Anjou y con sus propias compañías de mercenarios, confiaba en liquidarlo mediante un golpe militar, pero en febrero de 1379 sufrió una primera derrota en Carpineto. El 30 de abril, perdido Sant'Angelo, sus dos principales capitanes, Bernardon de Lasalle y Louis de Montjoie, cayeron prisioneros. El sedicente papa tuvo que refugiarse en Nápoles para emprender por vía marítima el retorno a Avignon, donde llegó el 20 de junio del mencionado año. En su ausencia, Urbano VI conseguiría provocar una revuelta en Nápoles, derribando a la reina Juana, que fue sustituida por Carlos de Durazzo, hijo de Luis de Hungría (1342-1382). Una expedición del duque de Anjou fracasó por la muerte inesperada de este príncipe.

Salvatore Fodale (*La política napolitana di Urbano VI*, Roma, 1973) atribuye una importancia decisiva a este éxito logrado por Urbano VI en Nápoles, que hizo que toda Italia, salvo Saboya, por razones obvias, le obedeciera. Esta obediencia, sin embargo, le reducía al papel de un papa italiano, pues las dos grandes fuerzas políticas que le reconocieron, Inglaterra y Alemania, aprovecharon esta ocasión para afirmar su propia independencia. Wenceslao, lo mismo que su padre, hizo que la Dieta de Frankfurt (febrero 1379) se pronunciará en favor de Urbano, una conducta que fue seguida en Escandinavia y Hungría. Pero las intensas maniobras diplomáticas de Clemente VII lograron que, a su favor, se situaran las diócesis del alto Rhin, Constanza, Basilea, Estras-

burgo, Baviera, Austria y el conde Eberhardo de Wutemberg, de modo que Alemania quedó dividida. La división afectó muy seriamente a las universidades.

Noel Valois (*La France et le Grand Schisme d'Occident*, 4 vols., París, 1896-1902), en un trabajo que sigue siendo imprescindible, coincide con Guy Mollat en afirmar la buena fe con que, más allá de las circunstancias y conveniencias políticas, procedieron los clementistas. Los maestros universitarios insistían en que el *tacitas consensus* no era suficiente para salvar los gravísimos defectos del primer cónclave, que exigían una nueva reunión confirmatoria por parte de los cardenales; al no haberse producido ésta era evidente la ilegitimidad de Urbano. La absoluta incapacidad de éste demostrada en los primeros meses de gobierno era una segunda razón a añadir. Ello no obstante parece indudable que pesaron mucho las razones políticas: Francia se decidió pronto, porque quería un papa que siguiera la línea avignonense. Inglaterra no podía estar en su mismo bando y el clementismo escocés responde a la hostilidad hacia los ingleses. El caso de Portugal es significativo: fue clementista, urbanista, otra vez clementista y definitivamente urbanista a tenor de las cambiantes alianzas que iba contrayendo.

Esta división, que parecía aislar a Francia, dio una importancia decisiva a los reinos españoles. Ya hemos dicho cómo Aragón y Navarra retrasaron mucho su decisión. Enrique II (1368-1379) y su hijo Juan I, en Castilla, defendieron la idea de abrir una amplia información que permitiera conocer los hechos y, después, que los cuatro reinos peninsulares se pusiesen de acuerdo para reconocer juntos al mismo pontífice. Cuando Portugal se adelantó a formular su declaración, la idea de la conferencia conjunta fue abandonada. Ello no obstante, puede decirse que la decisión castellana fue muy cuidadosamente preparada. En principio, el arzobispo de Toledo dispuso que en las misas se mencionara únicamente «*pro illo qui est venís papa*», sin dar nombre alguno. Dos asambleas del clero, ambas en Toledo (noviembre y diciembre de 1378), concluyeron afirmando que la única solución residía en la convocatoria de un concilio y que, mientras tanto, era imprescindible recoger las opiniones de los protagonistas y de modo especial de quien durante tanto tiempo ciñera la tiara sin obstáculo. Los obispos que asistieron a las cortes de Burgos de 1379, primeras del reinado de Juan I, coincidieron en esta opinión. Tres embajadores, Ruy Bernal, fray Fernando de Illescas y Alvaro Menéndez fueron los encargados de recoger en Avignon y Roma la correspondiente información. Pero Clemente VII decidió enviar a España a don Pedro de Luna con amplísimos poderes de legado a fin de atraer a estos reinos a su causa. Su tesis favorita consistió en decir que sólo los cardenales podían decidir si la primera elección era verdadera o falsa. Urbano, que contaba con el importante apoyo de fray Pedro de Aragón, delegó en un franciscano, fray Menendo, el cual fue capturado en el mar por piratas catalanes y tardó en recobrar la libertad.

La documentación recogida, abundantísima, fue estudiada en una asamblea reunida en Medina del Campo (23 de noviembre de 1380). Tras largos debates se llegó a la conclusión de que la primera elección era inválida y, por consi-

guiente, Clemente VII fue reconocido en un acto solemne que tuvo lugar en Salamanca el 19 de mayo de 1381. No puede negarse que había también una congruencia política con las actividades de don Pedro de Luna y los intereses de Francia.

Posiciones doctrinales y fácticas. Cada obediencia ahora estaba formada por un número suficiente de reinos como para organizarse como si fuera una verdadera Iglesia. No cabía esperar una victoria militar que eliminase a uno de los dos electos, ni tampoco que se produjera la renuncia de ninguno de ellos. Conforme pasaba el tiempo se tornaba más difícil para los reyes cambiar de opinión, pues el reconocimiento de que obedecían al papa equivocado hubiera conducido a la nulidad de todos los actos ejecutados por él. Ya G. J. Jordán (*The inner history of the Great Schism, a problem of Church unity*, Londres, 1930) llegó a la conclusión de que el conciliarismo era la consecuencia lógica y casi inevitable del *impasse* a que se había llegado en punto de doctrina. Fue formulado por Enrique de Langenstein (*Epístola pacis* de mayo de 1379; y *Epístola concilii pacis* de 1381) y por el preboste capitular de Worms, Conrado de Gelnhausen (*Epístola brevis*, 1379; *Epistolae concordiae*, mayo de 1380), lo mismo que por el arzobispo Tenorio en sus primeras intervenciones. Se afirmaba que la *plenitudo potestatis* tiene su origen en la Iglesia y es ejercida ordinariamente por el papa; pero en circunstancias excepcionales como éstas en que no es posible saber dónde está el legítimo vicario de Cristo, la única solución que queda es volver a la fuente, esto es, la Iglesia misma, de la que el concilio puede considerarse cabal expresión. Urbano VI, invitado por los príncipes alemanes, rechazó la idea de convocar el concilio.

Los dos rivales. Puede considerarse como un dato seguro la inestabilidad patológica de Urbano VI. Comenzó creando 29 cardenales a fin de disponer de un colegio, pero les trató tan mal como a sus antecesores. Desentendiéndose de los asuntos de Europa —circunstancia que permitiría a Inglaterra reforzar el poder real sobre la Iglesia—, puso su interés únicamente en Italia. Carlos de Durazzo, una vez consolidado como rey de Nápoles, pudo aspirar a la hegemonía sobre la península. Pero entonces las relaciones se hicieron difíciles porque Urbano trataba de intervenir directamente en el gobierno napolitano. En octubre de 1363, Carlos ordenaría prender al papa en Aversa: en este momento el monarca estaba de acuerdo con un grupo de cardenales para introducir una modificación en el gobierno de la Iglesia que acabara con las arbitrariedades: un consejo de regencia se encargaría del poder, sustituyendo al papa, al que se declararía incapaz. Urbano descubrió el plan: aprisionó a seis cardenales y al obispo de Aversa (enero de 1385), haciéndoles objeto de atroces torturas. Carlos, excomulgado, puso cerco a Nocera: varias veces al día Urbano se asomaba a una ventana para fulminar la excomunión contra sus sitiadores. Pudo escapar, llegando a Genova, en donde apeló la ayuda de los gibelinos para reclutar un ejército que le permitiera combatir primero a Carlos y luego a la viuda de éste que se había declarado clementista. Cinco de los cardenales presos desaparecieron sin dejar rastro y otros dos se pasaron al bando enemigo.

Cuando Bartolomé Prignano murió el 15 de octubre de 1389, la atmósfera de odio y temor que con su conducta creara dio pábulo a la sospecha de que hubiera sido envenenado.

Paralelamente, Clemente VII organizaba desde Avignon una eficiente burocracia: basta comparar la riqueza de sus registros con los de Urbano para comprender la diferencia. Ello no obstante, el papa de Avignon comenzó a perder apoyos. La Universidad de París, en una asamblea (20 de mayo de 1381), acordó defender la tesis de que sólo el concilio podría ser vía eficaz para la solución del cisma. Mientras vivió Carlos V y la influencia angevina permaneció dominante, la corte se mostró firme: Pedro de Ailly y Jean Rousse que fueron a llevar la preocupación de los universitarios, obtuvieron una pésima acogida. De todas formas, decían los expertos, el concilio presentaba una dificultad: para ser legítimo es preciso que un papa firme la convocatoria. Evidentemente, ninguno de los dos estaba dispuesto a hacerlo. Algunos profesores abandonaron la universidad y se pasaron al urbanismo.

Hasta el final, Clemente VII creyó que la solución al problema era únicamente militar: que su rival fuera destruido. Los errores de Urbano VI y el asesinato de Carlos de Durazzo le dieron grandes esperanzas. El matrimonio de Luis de Turenne con una Visconti y el movimiento que favorecía las aspiraciones de Luis II de Anjou al trono de Nápoles, ofrecían buenas perspectivas, ya que Urbano estaba absolutamente desprestigiado. Paradójicamente, su muerte iba a permitir la recuperación de su bando.

Bonifacio IX (2 noviembre 1389 - 1 octubre 1404)

Recuperación. Los catorce cardenales urbanistas supervivientes se reunieron en Roma rechazando la fórmula de liquidación rápida del cisma que hubiera sido la elección de Clemente. Dos previos candidatos, Poncello Orsini y Angelo Acciaiuoli, fueron incapaces de reunir los votos necesarios y hubo que llegar a un compromiso para elegir a Pietro Tomacelli, a quien había nombrado cardenal Urbano VI, en 1381, y que era como él oriundo de Nápoles. Muy elocuente y diestro en el manejo de la diplomacia, no poseía una gran preparación ni tampoco formación intelectual. Con gran decisión defendió su legitimidad, rechazando cuantos medios se le proponían para acabar con el cisma. Su influencia fuera de Italia fue aún menor que la de su antecesor, pero en cambio reforzó el dominio sobre las posesiones en la península. En el momento de la muerte de Urbano estaba en marcha un gran proyecto clementista que consistía en hacer de Luis II de Anjou (1377-1417) un feudatario de la Santa Sede con la totalidad de los dominios de Ancona, Romagna, Ferrara, Rávena, Bolonia, Perugia y Todi, bajo el título de reino de Adria. Bonifacio consiguió desbaratar este plan coronando a Ladislao (1386-1414), hijo de Carlos de Durazzo, y operando con él y sus partidarios un giro en la conducta hacia la reconciliación. Los angevinos fueron expulsados de la parte que ocupaban en Nápoles y en los Estados Pontificios. Puede decirse que de este modo la *via facti* quedó pulverizada. Dejaba tras de sí pesadas consecuencias: las campañas de Italia, el

lujo de una corte que con menos países quería seguir manteniendo las mismas dimensiones del pasado y la necesidad de indemnizar a los capitanes de mercenarios —entre los que figuraba un sobrino de Gregorio XI llamado Raimundo de Turenne—, agotaron todos los recursos. Avignon dependía prácticamente de Francia, pues sólo ésta, y en menor medida España, se hallaba en condiciones de remediar sus necesidades.

No muy distinta era la situación de Bonifacio IX, obligado a combatir en todos los frentes. Coronó en Gaeta a Ladislao de Nápoles (29 de mayo de 1390). Encomendó las lugartenencias de Spoleto y la marca de Ancona a dos de sus hermanos y se ocupó personalmente de someter a Roma. La guerra de Nápoles duraría d sumiendo grandes cantidades de dinero. Precisamente las reformas de Bonifacio ponen punto final a la estructura republicana que se arrastraba desde la época avignonense. Sus fuentes de ingresos estaban reducidas a las rentas de los Estados Pontificios. No es extraño que reapareciese la simonía a gran escala. No expresó Tomacelli nunca la menor duda de que era el legítimo papa: la posesión de Roma le parecía una señal inequívoca. En consecuencia, no tenía previsto para el cisma otro final que la renuncia de su contendiente; en 1390 propuso a Clemente que, si abdicaba, él y sus cardenales conservarían esta condición, reconociéndosele además una legación sobre Francia y España, que eran precisamente los territorios que dirigía. La propuesta no fue ni siquiera escuchada.

Las vías de la universidad de París. Ahora la posición de Francia había cambiado y se deseaba la conclusión del cisma. Pero como ya explicara K. Eubel (*Die Avignonische Obedienz der Mendikanten-Orden sowiet der Orden del Mercedarier und Trinitarier zur Zeit des grossen Schismas*, Paderborn, 1900), no era posible, dado el profundo esquema de división que se había producido, llegar a un punto en que se reconociese que una mitad de la cristiandad había vivido en el error y la otra mitad en la legitimidad. El 6 de enero de 1391 el canciller de la Universidad de París, Juan Gerson (1363-1429), acusó a la corte de mantener el cisma por razones políticas. Se hizo una primera gestión cerca de Clemente VII, formulándose la propuesta de que ambos papas abdicasen, permitiendo a los cardenales reunirse para elegir otro sin disputa. La respuesta fue negativa. El papa se limitó a ordenar la celebración de la misa *pro sedandis schismatis* (29 octubre 1393). En octubre de 1394, tras la caída de los marmosets y la asunción del poder por los duques de Berry, Borgoña y Orleans, el Consejo real de Francia pidió a la Universidad de París que elaborara una propuesta acerca de los medios que podían aplicarse para la liquidación del cisma. Se hizo una consulta mediante votación secreta y en pocas semanas se recogieron más de 10.000 boletos. Resultado final de la consulta fue la formulación de tres vías: *a) cessionis*, consistente en que ambos papas renunciaran simultáneamente; *b) transactionis*, mediante una negociación entre ambas partes para descubrir quién era el legítimo, recurriendo si era necesario a un procedimiento de arbitraje; y *c) concilii*, convocatoria de un concilio ecuménico. Se re-

comendó particularmente la primera por ser la que menos dificultades presentaba. A. Esch (*Bonifaz IX und der Kirchenstaat*, Tübingen, 1969) hace una advertencia: las tres vías parisinas se produjeron únicamente en el ámbito de obediencia clementista, pues Bonifacio rechazó resueltamente cualquier propuesta que no fuera de reconocimiento de su propia legitimidad.

Pedro de Luna, papa. Murió entonces Clemente VII (16 de septiembre de 1394) y la corte francesa ejerció presiones sobre los cardenales para que no procediesen a una nueva elección. Ellos argumentaron como sus colegas de Roma: eso era tanto como admitir que durante quince años ellos habían actuado con ilegalidad. Aceptaron en cambio firmar un documento comprometiéndose a poner todos los medios, incluso la abdicación, para acabar con el cisma. Por unanimidad, el 28 de septiembre, fue elegido Pedro Martínez de Luna, nacido en Illueca (Aragón), de 66 años, cardenal de Santa María in Cosmedin y una de las primeras autoridades en derecho canónico de su tiempo. Elevado al cardinalato en 1375, era un hombre de irreprochable conducta y sumamente enérgico, si bien S. Puig y Puig (*Pedro de Luna*, Barcelona, 1920) reconoce que a veces era difícil distinguir la firmeza de la terquedad. Testigo de primera magnitud en el cónclave de 1378, se había convertido luego en uno de los principales colaboradores de Clemente VII, siendo decisiva su parte en la obediencia de España. En 1393, estando en París, había defendido la tesis de la abdicación si era precisa para liquidar el cisma.

Apenas elegido escribió a Carlos VI: era su firme voluntad poner todos los medios precisos para una justa solución del problema. Fue encargado de llevar la respuesta del Consejo el maestro Pedro de Ailly, a quien el papa, según L. Salembier (*Le cardinal Pierre d'Ailly, chancelier de l'Université de Paris, évêque du Puy et de Cambrai*, Tourcoign, 1932), atraería para su causa, convenciéndole de que su propuesta de negociación era la correcta. Mientras tanto, un nuevo personaje, Simón Cramaud, que desde 1391 era patriarca de Alejandría y administrador apostólico de la diócesis de Avignon, entraba en escena. Según H. Kaminsky («The carlier career of Simón Cramaud», *Speculum*, XIX, 1974), se trataba de un ambicioso que había hecho de la abdicación del papa un objetivo que llegaría a obsesionarle. Se encargó de presidir una asamblea del clero en París (2 febrero de 1395), contando con el apoyo del duque de Berry, en la cual los 109 asistentes concluyeron que debía exigirse, sin más demora, la abdicación de Benedicto XIII. Los duques de Berry, Borgoña y Orléans viajaron a Avignon en mayo de 1395 para exigir sin ambages dicha fórmula. La corte francesa, que ya no manejaba a Benedicto, tampoco tenía el menor interés en sostenerle.

Camino del galicanismo. La respuesta de don Pedro de Luna fue que la *via cessionis* era anticánónica (un papa no puede ser obligado a abdicar) y creaba males mayores que los que se trataba de remediar, pues en adelante el primado romano quedaría sometido a las veleidades de la política. Y en el momento actual, su renuncia, conocida la negativa de Bonifacio, dejaría al descubierto la cuestión de la legitimidad. Propuso la que llamó *via conventionis* o *via iustitiae*:

los dos papas se reunirían para conversar o negociarían por medio de plenipotenciarios, siendo ellos, sin interferencias exteriores, quienes aclarasen la cuestión de la legitimidad; en caso de no obtener resultados, ambos, de consuno, abdicarían, fijando las condiciones para la elección del nuevo papa sin disputa.

Una nueva asamblea del clero francés, más agria, rechazó la *via conventionis* (agosto de 1396). Por su parte, Benedicto XIII envió procuradores a Roma en dos momentos (diciembre 1395 y otoño 1396) intentando el contacto directo con Bonifacio, aunque sin resultados. El obispo de Elna fue acusado de intentar en Roma una revuelta. Al de Tarazona se dijo que ni por medio de entrevista directa ni por vía de plenipotenciarios estaba el papa dispuesto a negociar.

Los consejeros de Carlos VI tomaron contacto con sus aliados de España y con los reyes de Inglaterra y de Alemania aprovechando un tiempo de tregua. El objetivo era formar una embajada de príncipes de las dos obediencias para presentar la propuesta de abdicación. Al final, sólo Enrique III de Castilla (1390-1407) y Ricardo II de Inglaterra (1377-1399) incorporaron sus procuradores a los de Francia (junio de 1397). Colard de Caleville conminó a Benedicto en Avignon; los británicos formularon en Roma a Bonifacio IX la misma demanda. En mayo de 1398 Wenceslao, por propia iniciativa, haría una gestión semejante. Todas fracasaron. Pedro de Luna se atrincheró tras su propuesta de negociación y Tomacelli en su indiscutible legitimidad. De modo que se cumplieron los plazos del ultimátum (febrero de 1398) sin que ninguno de los papas diera un paso hacia la solución del cisma. El 22 de mayo de 1398, una nueva asamblea del clero francés acordó que el único modo de obligar a Benedicto a entrar por la *via cessionis* era «sustraerle» la obediencia, es decir, bloquear absolutamente las rentas que desde Francia se le suministraban. Francia ejecutó la sustracción el 27 de julio de este mismo año y Castilla el 13 de diciembre. Escocia, Navarra y Aragón, rechazaron el procedimiento.

En aquella asamblea, lo mismo que en la literatura doctrinal que siguió, se formularon ya tesis de sometimiento a la monarquía que forman el precedente del galicanismo y del anglicanismo. Se dijo que al rey corresponde velar por la salud espiritual de sus súbditos incluso contra el papa. Pierre Plaoul añadió que el pontífice es tan sólo mandatario de la Iglesia, elegido, mientras que el monarca, suscitado por Dios desde la cuna, es vicario del mismo Dios. Pierre le Roy sostuvo que, en consecuencia, el papa está sometido al concilio, que es la expresión de la Iglesia. Sin embargo, la sustracción revelaría, con su fracaso, lo que podía esperarse de un sometimiento de la Iglesia al Estado. Las universidades, privadas de libertad y de muchos de sus medios de vida, fueron las primeras que reclamaron el retorno a la normalidad.

Sin obediencia. Sobre Benedicto se ejercieron muy fuertes presiones. Tras la sustracción, sólo cinco cardenales permanecieron a su lado; los demás se trasladaron a Villeneuve-les-Avignon, al amparo de las tropas francesas que, mandadas por Godofredo Boucicaud, sitiaron estrechamente el palacio, fuertemente defendido por doscientos soldados aragoneses que rechazaron incluso un asalto. Enrique III protestó de esta violencia y Martín I de Aragón (1395-1440)

envió una flota que remontó el Ródano hasta Arles, logrando una especie de tregua (10 de mayo de 1399) tras haberse obtenido del papa una promesa de abdicar en el caso de que su rival lo hiciese o muriera sin que se eligiese sucesor. Pero el papa había hecho levantar acta de que tal juramento era inválido al serle arrancado por la fuerza. El asedio se convirtió en bloqueo.

Estas circunstancias permitieron a Bonifacio IX afirmarse. Genova y Nápoles le ofrecieron obediencia, de modo que prácticamente toda Italia —pero sólo Italia— le obedecía. Para conservar la frágil fidelidad de Ricardo II y de Wenceslao —que sería sustituido por Roberto el Palatino en agosto de 1400— hizo concesiones, como la entrega de los diezmos eclesiásticos, que prácticamente desmantelaban la independencia de las Iglesias locales. Bonifacio se desprestigió porque la simonía y la venta de indulgencias eran el único medio desesperado que tenía para procurarse dinero. Había un terrible contraste entre el papa, desprendido y austero, y los abusos escandalosos de la curia.

En 1402 las cosas comenzaron a cambiar en favor de Benedicto XIII. Los eclesiásticos estaban cada vez más asustados ante la intrusión de los laicos. La Universidad de París, privada de beneficios y rentas, hubo de cerrar sus aulas en 1400. Las de Orléans y Toulouse se pronunciaron abiertamente contra la sustracción. Provenza restituyó la obediencia y Luis II de Anjou se convirtió en un firme apoyo para la causa del papa. En la noche del 11 de octubre de 1403, con hábito de cartujo, el papa abandonó el palacio, al que jamás regresaría, refugiándose en casa del embajador catalán, Jaime de Prades, desde donde pasó a Chateau-Renaud. Entonces los habitantes de Avignon, en la mañana del 12 de octubre, se amotinaron contra las tropas francesas aclamando al papa. Los cardenales acudieron también a su lado. Enrique III restableció la obediencia y, al final, Carlos VI tuvo que hacer lo mismo.

Al finalizar el año 1403, don Pedro de Luna estaba instalado en Marsella anunciando que iba a poner en marcha la *vía iustitiae*. Envió una embajada a su rival que alcanzó Roma el 22 de septiembre de 1404. Bonifacio estaba muy enfermo. Los avignonenses proponían una entrevista personal entre ambos papas con el compromiso moral de abdicar si no se llegaba a un acuerdo. Las discusiones, especialmente el 29 de septiembre, fueron tormentosas. Como el papa murió a los dos días, los cardenales culparon a los embajadores de su fallecimiento, les redujeron a prisión y obligaron a pagar un fuerte rescate.

Inocencio VII (17 octubre 1404 - 6 noviembre 1406)

Nueva elección. El cónclave romano no necesitó mucho tiempo para llegar a la elección de Cosimo Gentile de Migliorati, arzobispo de Bolonia y cardenal presbítero, un hombre que iba a cumplir 70 años y cuya más importante trayectoria le situaba en el estudio del derecho. Legado en Toscana y Lombardía, había prestado grandes servicios a Bonifacio IX. Los cardenales se negaron a atender los ruegos de los embajadores de Benedicto, que proponían retrasar la elección hasta llegar a un acuerdo que permitiera la liquidación del cisma. El que pasó a llamarse Inocencio VII se había comprometido bajo juramento, an-

tes de su elección, a poner todos los medios a su alcance para restaurar la unidad, incluyendo su propia abdicación. Presionado por el rey de Romanos, accedió a convocar un concilio que debería reunirse en Roma el 1 de noviembre de 1405, pero los embajadores de Benedicto XIII, rescatados al fin, regresaron a Marsella con el convencimiento de que nada iba a hacerse. De hecho el concilio, pospuesto dos veces, acabaría siendo olvidado.

Benedicto XIII abandonó Marsella el 2 de diciembre de 1404, dirigiéndose a Italia: con él viajaban sus dos grandes aliados, Luis II de Anjou y Martín I; suya era la flota que les transportaba. Los colectores de Francia y el soberano aragonés contribuyeron a reunir la suma de 128.000 francos de oro en que se cifraban los costes de la operación. El 21 de diciembre llegaba a Niza. Monaco envió al papa las llaves. Toda la Costa Azul se declaraba en favor suyo. El 16 de mayo de 1405 fue recibido en Genova con todo honor. San Vicente Ferrer, con su palabra y sus prodigios, contribuía a dar un ambiente popular a la expedición. Las noticias que llegaban del otro campo eran muy favorables: a causa de los disturbios acaecidos en Roma, Inocencio VII había tenido que refugiarse en Viterbo. Benedicto comunicó que estaba dispuesto a ir a esta ciudad, si se le proporcionaba un salvoconducto, para tener allí la entrevista. Pero Inocencio se negó en redondo a ambas cosas. Una gran decepción se produjo en todo Occidente cuando Benedicto regresó a Marsella el 4 de diciembre del mismo año.

Interviene Ladislao. En el fondo, Inocencio era un instrumento en manos del rey Ladislao, que temía que una reconciliación con Luis II de protagonista significara el desconocimiento de sus derechos a Nápoles: hizo jurar al papa que ninguna clase de acuerdo concluiría sin que se incluyese la confirmación de su legitimidad. Las tropas napolitanas habían aprovechado la ausencia del papa para adueñarse de Roma, incluyendo el castillo de Sant'Angelo. Aunque Inocencio llegó a fulminar la excomunión contra Ladislao por estas usurpaciones (marzo 1406), no le quedaba otro remedio que rendirse: fuera de Ladislao no tenía ningún otro punto de apoyo. Y así el 1 de septiembre de 1406 le nombraría gonfaloniero de la Santa Sede y protector de los Estados Pontificios.

Cuando Benedicto XIII envió a París al cardenal Antonio Challant para dar cuenta de sus gestiones, fue recibido con absoluta frialdad. El duque de Borgoña, que gobernaba en nombre de Carlos VI, a quien la pérdida de razón incapacitaba, se mostró declarado enemigo de don Pedro de Luna, cuya abdicación exigía sin condiciones. Una embajada de Enrique III volvió a insistir: la *via cessionis* era la más conveniente. En una nueva asamblea del clero, Simón Cra-maud se mostró sumamente crítico no sólo en relación con ambos papas, sino con la institución misma del pontificado, tal y como había salido de la experiencia centralizadora de Avignon. Cuando la asamblea clausuró sus sesiones, el 4 de enero de 1407, quedó flotando en el aire la idea de que había que reclamar a toda costa las «libertades de la Iglesia de Francia». Los medios prácticos para acabar con el cisma estaban pasando a un segundo plano ante esta explosión de galicanismo. En este momento llegó la noticia de que Inocencio VII había muerto en Roma el 4 de enero de 1406.

Gregorio XII (30 noviembre 1406 - 4 julio 1415)

Primer acuerdo. De nuevo los procuradores de Benedicto XIII trataron de convencer a los cardenales para que no procedieran a una nueva elección. Éstos, antes de entrar en el cónclave, juraron abdicar si éste era el medio para acabar con el cisma. El electo, Angelo Correr, veneciano que tomó el nombre de Gregorio XII, confirmó solemnemente este juramento la misma noche del escrutinio y así lo explicó en cartas a príncipes y reyes, despertando grandes esperanzas. Contaba más de 70 años y había sido patriarca de Constantinopla, cardenal presbítero de San Marcos, secretario del papa. Su juramento, que finalmente cumpliría, implicaba una condición previa y era la renuncia de Benedicto XIII. Esto mismo estaba exigiendo en Marsella el infatigable Simón Craud: que don Pedro de Luna publicara una bula comprometiéndose a abdicar en iguales circunstancias y prohibiendo a sus cardenales elegir después de su muerte, para lo cual deberían invitar a los de la obediencia romana a reunirse con ellos. El 12 de diciembre Gregorio escribió a Benedicto: tenían que devolver la paz a la Iglesia. A esto respondió don Pedro que se trataba de algo que ellos mismos debían acordar en una entrevista directa. Las muestras de consideración y respeto que mutuamente se dispensaron, inducen a los historiadores a creer que ya existían secretos contactos que desconocemos. Resultado de las mismas fue el acuerdo de Marsella (21 de abril de 1407): la reunión se celebraría en Savona, ciudad protegida por Francia y guarnecida por Boucicaut, acudiendo ambos a ella con sus cardenales y un séquito rigurosamente equilibrado. Para mayor garantía, el casco urbano se dividiría en dos.

Se fijaron dos fechas, 29 de octubre y 1 de noviembre del mismo año. Pronto los parientes del papa y Ladislao de Nápoles, que temían sufrir perjuicios, trabajaron para impedir la reunión. Los primeros pedían garantías sobre los beneficios que estaban recibiendo y el rey reclamaba como una de las condiciones previas su propio reconocimiento, puesto que al lado de Benedicto estaba Luis de Anjou. Comenzaron las vacilaciones de Gregorio cuando temió que hubiera tras ello una celada para capturarlo: puso primero inconvenientes al viaje por tierra, poco seguro, y después a la navegación; finalmente salió de Roma a finales de agosto sin tiempo material para hallarse en Savona en la fecha precisa. Llegó a Siena el 4 de septiembre y permaneció allí hasta enero de 1408; entonces recibió la noticia de que, en su ausencia, Ladislao había atacado Roma hasta tomarla. En su desesperación los romanos pidieron auxilio a Benedicto XIII, que envió algunas naves, aunque llegaron demasiado tarde. Una eventual ocupación de Roma por los benedictistas hubiera sido para Gregorio el final. Además, Ladislao anunció que si la entrevista se celebraba, él estaría presente.

Benedicto, que mostraba un decidido interés por el encuentro, había llegado a Savona el 24 de septiembre de 1407. Daba sensación de poder. Mientras se negociaban nuevos plazos y nuevos lugares, avanzó hasta Portovenere (3 enero 1408). Gregorio continuó hasta Lucca (28 de enero). Aunque las negociaciones continuaban, se abrió paso el convencimiento de que la entrevista

nunca llegaría a celebrarse. Una gran decepción se extendió. Asesinado el duque de Orléans (23 de noviembre de 1407), gobernaba ahora en nombre de Carlos VI el duque de Borgofia, que no era nada favorable a Benedicto: el Consejo Real anunció que si antes del 24 de mayo los dos papas no daban la unidad a la Iglesia, Francia se declararía neutral. La amenaza se cumplió con absoluta precisión el 28 de mayo. Cuando Gregorio, en esta misma fecha, buscando reforzarse, promovió cuatro nuevos cardenales, el colegio se rebeló, trasladándose a Pisa, desde donde escribió a reyes y príncipes señalando que no quedaba otro recurso que la convocatoria del concilio universal. A Pisa acudieron también cuatro cardenales de la obediencia de Benedicto que le habían abandonado. Entre todos tomaron la decisión de convocar un concilio que se reuniría en aquella misma ciudad el próximo mes de marzo de 1409. Esta convocatoria, en que se afirmaba la tesis de que, vacante el pontificado, a los cardenales compete la iniciativa, fue distribuida ya a todas las Iglesias en el mes de julio de 1408. En este momento fracasó, al parecer, un intento de Simón Craud para apoderarse de la persona de don Pedro de Luna.

El concilio fallido. Comenzaban a tocarse las consecuencias de tan prolongado cisma: el pontificado había perdido no sólo su poder, sino también el prestigio de que se viera rodeado en los dos últimos siglos. Surgían dos doctrinas, conciliarismo y regalismo. La primera sostenía abiertamente que el concilio, como expresión de toda la Iglesia, es superior al papa, a quien puede incluso juzgar, y se hace titular de la *plenitudo potestatis*, no siendo por tanto necesario que un papa lo convoque y presida. Se añadía que aunque en circunstancias normales al pontífice corresponde cursar la convocatoria, en otras excepcionales como aquella podría hacerlo el colegio de cardenales o incluso los soberanos temporales. El regalismo colocaba la potestad regia (poderío real absoluto) por encima de la del propio papa. El principio del *praemunire*, que exigía la autorización real para las relaciones con Roma, se consolidó en Inglaterra y comenzó a aplicarse en Francia.

El 16 de junio de 1408, tras haber convocado un concilio a celebrar en Perpignan, Benedicto XIII abandonó Portoveneris; le acompañaban solamente cuatro cardenales. Buscó refugio en tierra catalana, donde en los años inmediatamente siguientes la muerte de su gran amigo Martín I le daría la oportunidad de influir sobre el Compromiso de Caspe y la elección de Fernando el de Antequera (1412-1416) como rey. Por esta vía calculaba disponer de una plataforma inmovible en la península. Gregorio XII, vuelto a Siena, también convocó un concilio de su obediencia en Cividale. La situación se complicaba: eran tres concilios los convocados. Muy pocas personas concurren a Cividale, que fue suspendido sin que se tomara resolución alguna. El de Perpignan tuvo una mayor importancia y volumen. Se examinó y aprobó un largo informe de Benedicto XIII acerca de las gestiones que había hecho y continuaba haciendo para concluir el cisma por la *via iustitiae*. Sus sesiones se interrumpieron, sin acto de clausura, el 26 de marzo de 1409, después de tomarse el acuerdo de enviar una delegación a Pisa.

Francia, Navarra, Milán e Inglaterra se sumaron oficialmente al Concilio de Pisa, que se inauguró el 15 de marzo de 1409 mediante una solemne ceremonia en su catedral. Aunque la Dieta del Imperio, reunida en Frankfurt, aprobó la doctrina del concilio, los príncipes y ciudades se dividieron de modo que no se produjo una comparecencia conjunta de la nación alemana. La concurrencia fue, sin embargo, muy grande: 24 cardenales, cuatro patriarcas, 160 arzobispos, obispos y abades presentes en persona y otros 3.000 representados por procuradores. La ausencia de España, que se mostraba como un bloque en torno a Benedicto XIII, auguraba también el fracaso. Comenzó presidiendo el cardenal más antiguo, Guido de Malesset, pero muy pronto Simón Cramaud se hizo dueño de la situación pasando a dirigir las sesiones con ayuda de otros dos patriarcas. Por vez primera un concilio se presentaba a sí mismo como suma de seis corporaciones: el colegio de los cardenales y las naciones alemana, francesa, inglesa, italiana y provenzal. En la primera sesión el arzobispo de Milán, Pedro Philarghi, sostuvo la tesis de que los cardenales tenían derecho a convocar el concilio (26 de marzo), pero ya el 15 de abril los alemanes replicaron que sólo Gregorio XII tenía derecho y que si se le negaba legitimidad también los cardenales designados por él y sus antecesores la perdían. Carlos Malatesta, que intervino en nombre de Gregorio, dijo que si el concilio se trasladaba a una ciudad que no estuviese bajo el dominio de Florencia, acudiría allí depositando la abdicación en sus manos.

El cisma tricéfalo. Se nombraron el 4 de mayo las comisiones encargadas de juzgar a ambos papas. De ello protestaron Roberto de Nápoles y Bonifacio Ferrer, que estaba al frente de una embajada española que fue maltratada después por el concilio y cuyos miembros tuvieron que abandonar Pisa perseguidos por el populacho. Los miembros de dicha comisión eran dos cardenales y dieciséis representantes de las naciones (cuatro alemanes, cinco franceses, un inglés, cinco italianos y un provenzal). Se recogieron 62 testimonios, algunos de ellos presentados únicamente por escrito y, en medio de acusaciones fantásticas que no podían faltar, apareció clara la culpabilidad: negándose a abdicar, ambos papas impedían que volviera la paz a la Iglesia. En consecuencia, el 5 de junio de 1409 se leyó la sentencia: se les declaraba depuestos por cisma, herejía contra el concilio y perjurio al no cumplir el voto de abdicar. Vacante la sede se procedió a una nueva elección: como medida cautelar se dispuso que el electo debía reunir dos tercios de los votos en ambas obediencias. El 26 de junio Pedro Philarghi sería designado por unanimidad. Tomó el nombre de Alejandro V.

Nacido en Creta, súbdito veneciano, de humilde familia, era un franciscano formado en Padua, Norwich y Oxford. Había viajado mucho. Profesor de Sentencias de Pedro Lombardo, era, desde 1381, doctor por la Universidad de París. De aquí pasó a Pavía, y contando con la protección de los Visconti fue obispo de Piacenza, Vincenza, Novara y, desde 1402, arzobispo de Milán. Inocencio VII le elevó al cardenalato, encomendándole la legación en Lombardía. Fue de los primeros en abandonar a Gregorio XII para sumarse a los rebeldes de

Pisa. Su candidatura había sido sugerida por Baldassare Cossa que, precisamente, le sucedería. Defraudó las esperanzas que su recta vida personal habían hecho concebir: como primera medida confirmó todas las actuaciones de los cardenales y del concilio e hizo un reparto de prebendas entre parientes y amigos. El 7 de agosto el Concilio de Pisa cerró sus puertas anunciándose que antes de tres años volvería a reunirse para proceder a la reforma en la cabeza y en los miembros. Se creía que en este plazo los rivales de Alejandro V desaparecerían.

Benedicto XIII, seguro de la obediencia española, pasó a Barcelona y luego a Valencia, desde donde formuló anatemas contra el concilio. Gregorio, confiando en el apoyo de Ladislao, se refugió en Gaeta: el rey de Nápoles controlaba gran parte de los Estados Pontificios. Para destruir este poder, Alejandro nombró a Luis II de Anjou gonfaloniero de la Iglesia, excomulgando a Ladislao y reconociendo los derechos angevinos sobre Nápoles. Aunque las tropas de Luis II y de Baldassare Cossa se apoderaron de Roma (12 de diciembre de 1409), Alejandro V no llegó a instalarse en ella. Fijó su residencia en Bolonia, donde falleció el 3 de mayo de 1410.

El primer Juan XXIII. Por recomendación de Luis II los cardenales eligieron a Baldassare Cossa, que tomó el nombre de Juan XXIII. J. Blumenthal («Johann XXIII: seine Wahl und seine Persönlichkeit», *Zeitschrift für Kirchengeschichte*, 21, 1901) ha recogido todas las noticias negativas que convierten a este antipapa en un verdadero monstruo de liviandad y de codicia. Es indudable que tales exageraciones no pueden ser admitidas como fidedignas. De hecho, era un soldado, con dotes políticas antes que hombre de Iglesia: se le había elevado al cardenalato del título de San Eustaquio en febrero de 1402 como consecuencia de tales cualidades, que fueron tenidas en cuenta en su elección como papa ya que era el único que podía conducir la guerra a buen fin. Su primera decisión consistió en enviar un mensaje a España para reclamar su sumisión. Cayó en el vacío. Francia, Inglaterra y partes sustanciales de Alemania e Italia le obedecían. Con ayuda de Luis II derrotó en Roccasecca a Ladislao, entrando en Roma once días más tarde (22 abril 1411). Pero la vuelta de Luis II a Francia permitió a Ladislao un cambio radical: abandonó a Gregorio XII, reconoció a Juan XXIII y se encargó de la protección de Roma. Gregorio se recluyó en Rímini al amparo de Carlos Malatesta y hasta el momento de su abdicación vivió reducido a la impotencia.

La alianza entre el papa y Ladislao no podía durar: era un juego de intereses encontrados. Juan XXIII creó 14 cardenales y convocó un concilio que, con muy escasa asistencia, se celebró en Roma. La única decisión importante fue la condena pronunciada sobre los escritos de Wyclif (1 febrero 1413). Despejada la amenaza angevina, Ladislao volvió a sus pretensiones de dominio y en junio de este mismo año el pontífice tuvo que huir de Roma, de la que se apoderaron los napolitanos. Buscó refugio en la corte de Segismundo, rey de Romanos, que había llegado entre tanto al norte de Italia.

Constanza. Elegido en 1411 para suceder a Roberto, Segismundo, que no alteró la línea de obediencia de su antecesor, mostró desde el primer instante

su convencimiento de que el final del cisma sólo vendría cuando los tres sedicentes papas abdicasen, estando todas las naciones conformes. Gregorio no significaba ningún problema: varias veces había anunciado su intención de renunciar. Estando en Lodi, el rey de Romanos pidió a Juan XXIII que le enviara procuradores para tratar de la convocatoria de un concilio que fuese verdaderamente ecuménico: fueron los cardenales Chalant y Zabarella. El 20 de octubre de 1413 la Cancillería imperial pudo anunciar que dicho concilio abriría sus puertas en la ciudad de Constanza el 1 de noviembre del siguiente año. Juan XXIII firmó en efecto la bula de convocatoria (9 de diciembre). Segismundo dejó pasar algún tiempo antes de transmitir a Gregorio una invitación.

La dificultad principal se hallaba en España donde, según se creía, Fernando I, rey de Aragón y regente al mismo tiempo de Castilla en nombre de Juan II (1407-1454), ofrecía apoyo absoluto a Benedicto. Entraba en los planes del soberano aragonés casar a su hijo Juan con la hermana heredera de Ladislao, Juana (1414-1435), que sucedió a éste precisamente en 1414. Si se unían Sicilia y Nápoles al benedictismo, podían convertirlo en opción peligrosa. Entre junio y septiembre de 1414, enviados del rey de Romanos se reunieron con los representantes del papa y con castellanos, aragoneses y franceses, en Morella, y llegaron a una conclusión: Benedicto no iba a renunciar en modo alguno, de modo que la esperanza se cifraba en una entrevista directa entre Segismundo y Fernando; una idea que el rey de Romanos aceptó.

Juan XXIII llegó a Constanza el 28 de octubre de 1414, siendo recibido con los honores de un verdadero papa. Pudo entonces creer que el concilio era suyo y que su trabajo consistiría en lograr que los otros dos electos renunciasen. A la primera misa, ceremonia oficial de apertura (5 de noviembre), acudieron muy pocas personas; pero luego la asistencia creció. Cuando Segismundo se instaló en Constanza (24 de diciembre de 1414) se tuvo la sensación de que se empezaba a trabajar en serio. Aumentaron los asistentes. Al final estuvieron presentes 29 cardenales, tres patriarcas, 33 arbozispas, 150 obispos, más de cien abades, 300 doctores y 18.000 laicos de las más diversas procedencias. Nunca se había reunido en la Iglesia una asamblea tan numerosa. Juan XXIII, que comenzaba a temer, se colocó bajo la protección del duque Federico de Austria (1382-1439) y del margrave de Badén. Se dijo entonces que las tareas asignadas al concilio eran tres: liquidación del cisma, confirmación de la fe, reforma en la cabeza y en los miembros.

Pedro de Ailly y Guillermo Fillastre desmontaron la maniobra de Juan XXIII, que presentaba a Constanza como simple continuación de Pisa, haciendo aprobar (7 de febrero 1415) un procedimiento que era enteramente nuevo: todo el mundo tendría voz y voto, expresándose éste a través de la nación correspondiente. Europa, la cristiandad, estaba formada por cinco naciones: italiana, alemana, francesa, española e inglesa. Los cardenales perdían su carácter de corporación e Italia se veía despojada de la primacía que hasta entonces tuviera: era apenas un voto entre cinco. Ante las protestas de los cardenales, la sesión XI (25 de mayo de 1415) permitió al colegio designar una comisión de seis miem-

bros que podría deliberar con las naciones aunque sin reconocerle un voto independiente.

Conciliarismo. Ausente la española, el concilio comenzó a marchar con cuatro naciones. Mientras se negociaba y deliberaba sobre el cisma, tenía lugar el proceso contra Juan de Hus (1369-1415) y sus colaboradores, que duraría hasta el 6 de julio de 1415: la sentencia condenatoria y ejecución del famoso reformador bohemio se produjeron estando la sede vacante. Fillastre y Pedro de Ailly defendieron con decisión la tesis de Segismundo: era imprescindible que los tres papas abdicasen. Se hizo circular entre los conciliares un libelo infame que presentaba a Juan XXIII bajo las más negras tintas que cabe imaginar. Aterrorizado, el papa consultó con sus colaboradores la posibilidad de comparecer ante el concilio, hacer una abierta confesión y lograr de este modo una declaración absolutoria que despejara las calumnias; ellos la desaconsejaron dadas las circunstancias. Presionado, firmó el 16 de febrero de 1415 una fórmula de abdicación condicionada a que sus rivales lo hicieran también, pero el concilio la rechazó, por falta de claridad, y le propuso un texto que, mediante presiones, tuvo que aceptar el 1 de marzo. Entonces el concilio le aplaudió y Segismundo, en signo de reconocimiento, se arrodilló para besar su zapato.

Pero en la noche del 20 al 21 de marzo, disfrazado, Baldassare huyó de Constanza y alcanzó Schaffhausen, desde donde se dirigió a Friburgo de Brisgovia para ponerse bajo el amparo del duque de Austria. Fue un momento de gran confusión, porque el concilio perdía su cabeza. Segismundo llamó a los representantes de las naciones para explicar la situación, y ellos decidieron seguir adelante. En la tarde del Viernes Santo, 29 de marzo de 1415, en el convento de los franciscanos, tres de las cuatro naciones presentes, alemana, francesa e inglesa, acordaron defender la doctrina de la superioridad del concilio sobre el papa. Juan Gerson sostuvo la tesis de que todo el mundo, incluidos los pontífices, se encuentran obligados a obedecer al concilio, que cuenta con la asistencia del Espíritu Santo.

Esto era ya conciliarismo. Los cardenales y la nación italiana estaban dispuestos a oponerse a él. Segismundo intervino para lograr una suavización en las expresiones que evitara una ruptura. Se dio a conocer, sin embargo, que algunos cardenales y miembros de la curia se estaban reuniendo con Baldassare Cossa para restablecer su obediencia y estallaron tumultos. En la sesión del 6 de abril fue aprobado un decreto —los cinco Artículos de Constanza— que rompía con las Decretales y toda la tradición de la Iglesia, declarando que el concilio era superior al papa. Juan XXIII se había alejado todavía más refugiándose en el castillo de Breisach, que pertenecía a Federico de Austria; aquí le visitaron Zabarella y una comisión de cardenales que le conminaban a regresar para responder a las acusaciones que se habían presentado. Federico se comprometió con los conciliares a entregar a quien consideraba únicamente como un rehén. El 28 de mayo se pronunció la sentencia de deposición e inmediatamente el duque dispuso que se le trasladara en calidad de prisionero a Gottlieben. Años más tarde, tras la conclusión del concilio, Cossa recobraría la

libertad, pero entregando como rescate toda su fortuna, 30.000 florines de oro. Fue a Roma, pidió perdón a Martín V y se le reintegró en el colegio hasta su muerte en 1419.

Desde enero de 1415 se encontraban en Constanza representantes de Gregorio XII, a los que se trató bastante mal. Ellos habían comunicado la decisión de su señor de abdicar si los otros lo hacían y siempre que Cossa no presidiera el concilio. Tras la destitución de Juan XXIII, Carlos Malatesta confirmó este propósito. A fin de dar una mayor legitimidad a los actos, Juan Dominici presentó el 4 de julio una bula firmada por Gregorio convocando el concilio. A continuación Malatesta leyó el acta de abdicación. El que ahora era ya de nuevo Angelo Corario fue nombrado decano del colegio de cardenales, obispo de Porto y legado perpetuo en la marca de Ancona. Moriría en Recanate el 18 de octubre de 1417.

Interregno (4 julio 1415 - 11 noviembre 1417)

Entre el 4 de julio de 1415 y el 11 de noviembre de 1417 se produjo en la Iglesia un interregno muy singular: por vez primera la Iglesia estaba, sede vacante, gobernada por un concilio y no por el colegio de cardenales. Segismundo seguía firme en la idea de que no debía procederse a una nueva elección mientras no hubiera sido eliminado el tercero de los sedicentes papas, Benedicto XIII. Embajadores de este último y de los reyes españoles habían insistido en Constanza el 4 de marzo de 1415 en la idea de una entrevista con Fernando y con don Pedro de Luna, señalando la ciudad de Narbona. El rey de Romanos aceptó y emprendió el viaje en el mes de julio del mismo año. La enfermedad que padecía Fernando I fue causa de que la entrevista tuviera que celebrarse en Perpignan, tierra catalana, a partir del 17 de septiembre. Los españoles comenzaron defendiendo la *via iustitiae*, es decir, aquella información que debía permitir averiguar quién de los electos era legítimo papa. Benedicto propuso dos fórmulas: que se repitiese la elección de 1378 con los cardenales supervivientes de aquel cónclave —es decir, únicamente él—, prometiendo que en modo alguno se votaría a sí mismo; o que se estableciese una negociación con árbitros entre sus procuradores y los del concilio. No hubo modo de inducirle a abdicar. Al final, Fernando optó por retirarle su obediencia, firmando con Segismundo un convenio (13 de diciembre de 1415) que implicaba la incorporación al concilio de Aragón, Castilla, Navarra, Escocia y Armagnac. Ésta fue la decisión que san Vicente Ferrer comunicó a Benedicto el 6 de enero de 1416.

Hubo fuertes retrasos en la constitución de la nación española. Los procuradores de Portugal y Aragón fueron admitidos el 15 de octubre en 1416 y los de Navarra el 24 de diciembre del mismo año. Pero los de Castilla no quisieron hacerlo hasta el 18 de junio de 1417, porque como L. Suárez *{Castilla, el cisma y la crisis conciliar*, Madrid, 1960) ha comprobado, exigieron seguridades de que se procedería a una elección de papa antes que a los decretos de reforma. La deposición de Benedicto XIII como culpable de perjurio, al haber incum-

plido la promesa de abdicar, de cisma y de herejía contra la *Unam Sanctam* —no se pudo formular acusación alguna respecto a su conducta personal—, tuvo lugar el 26 de julio de 1417.

Segismundo compartía el pensamiento de la nación alemana: la reforma debía preceder a la elección de papa a fin de que el nuevo vicario de Cristo se encontrara con una Iglesia reformada. Los cardenales y las dos naciones de Italia y España sostenían que la primera y principal de las reformas era precisamente devolver a la Iglesia su cabeza. Hubo fuertes debates. Llegó la solución cuando el obispo de Winchester, Enrique de Beaufort, tío de Enrique VI de Inglaterra (1422-1461), asumió la presidencia de su nación y sumó su voto al de las dos mencionadas, estableciendo una mayoría a la que entonces se sumó Francia. Un decreto del 9 de octubre de 1417 declaró que la reforma se haría inmediatamente después de la elección. Alemania se sintió entonces traicionada. Fue ésta la primera raíz de las *gravamina*, que se esgrimirían más tarde en la Reforma. El 30 de octubre el concilio aprobó un programa de 18 puntos para esa reforma, que el futuro electo tenía que comprometerse a aceptar.

Por una sola vez, y habida cuenta de las excepcionales circunstancias que entonces concurrían, las naciones estuvieron de acuerdo para que en el cónclave, además de los 23 cardenales existentes, tomaran parte otros treinta preladados o embajadores, seis de cada nación. Se reunieron el 8 de noviembre y en sólo tres días llegaron al acuerdo de elegir al cardenal diácono Otón Colonna que, por la festividad del día, quiso llamarse Martín V. Tuvo que ser ordenado antes de que se procediera, el día 21 del mismo mes, a su coronación. Felipe de Malla pronunció en esta ceremonia un discurso en que establecía la comparación entre las doce estrellas del Apocalipsis y los doce reyes que habían conseguido acabar con el cisma. Benedicto XIII mantuvo su condición de papa, sin ser molestado, en la pequeña villa de Peñíscola, rodeado por un minúsculo grupo de fieles seguidores hasta su muerte en 1423, contando 95 años de edad. Los tres cardenales que le sobrevivieron eligieron entonces a Gil Sánchez Muñoz, arcipreste de Teruel, que tomó el nombre de Clemente VIII. Obedeciendo las sugerencias de Alfonso V abdicaría en una solemne ceremonia el 28 de julio de 1429, haciendo que los cardenales de él dependientes proclamasen también a Martín V como legítimo papa. Gil Sánchez moriría en 1446 siendo obispo de Mallorca.

Martín V (11 noviembre 1417 - 20 febrero 1431)

Decretos finales del concilio. Martín V comenzó su programa de reformas mediante el restablecimiento de la curia, tomando para ella, como el concilio propusiera, personas procedentes de las dos obediencias. Modesto, de buen juicio y notable prudencia, entendía que dicho programa tenía que empezar precisamente por la cabeza, es decir, restaurando el principio de autoridad y conservando la colación de todos los beneficios con los ingresos que éstas procuraban. Incorporó seis cardenales a la comisión de reforma. Pero el colegio no tenía mucho interés en ella y cada una de las naciones tenía su propio progra-

ma que no coincidía con el de la nación vecina. Los alemanes se adelantaron a presentar en enero de 1418 lo que podríamos llamar un croquis general, que afectaba por igual a todos los países. Martín suprimió dos puntos (la protesta por excesivas apelaciones a la curia y la referencia a aquellos casos en que un papa puede ser juzgado por el concilio) y presentó los demás a la aprobación de las naciones. Así surgieron los siete decretos del 20 de marzo de 1418:

- Supresión de las exenciones otorgadas a monasterios durante el cisma.
- Revocación de las uniones concedidas para reformar con varios beneficios un solo título.
- Renuncia por parte del papa a percibir las rentas de los beneficios vacantes.
- Suspensión inmediata de todos aquellos que hubiesen sido ordenados con simonía.
- Obligación de residencia para todos los titulares de beneficios, privándose de ellos a los obispos que no se hubiesen hecho consagrar.
- Supresión de todos los diezmos concedidos hasta entonces y compromiso de no imponer otros nuevos excepto en casos especialmente graves.
- Corrección de los abusos producidos en el vestir y comportamiento de los clérigos ordenados.

Los decretos tuvieron escasa efectividad. Pero en cambio Martín V se vio obligado a firmar concordatos con Alemania, Francia, Italia y España (13 de mayo de 1418) que restringían durante cinco años —hasta la celebración del siguiente concilio— muchas de las prerrogativas pontificias. El acuerdo con Inglaterra era más fuerte, ya que no reconocía límites de tiempo confirmando así el Estatuto de Provisores que iba a permitir a los monarcas británicos conformar un clero a su medida. El papa pudo recuperar gran parte de sus poderes en Francia por la confusa situación provocada por la guerra y porque el Parlamento de París se negó a registrar el concordato, alegando que había sido firmado con la Iglesia y no con el príncipe. En aquellos momentos los borgoñones ocupaban París reconociendo a Enrique VI, y los obispos franceses estaban divididos entre las dos obediencias.

La tarea de reconstrucción. El 22 de abril de 1418 concluyó el Concilio de Constanza. Comenzaba ahora la tarea más difícil, precisamente aquella en que, según P. Partner (*The Papal State under Martin V*, Londres, 1958), obtendría el mayor éxito: recuperar su poder en Italia. Habiendo celebrado el 15 de mayo su última misa, Martín abandonó Constanza al día siguiente, acompañado hasta Gottlieben por una inmensa muchedumbre. Allí embarcó rumbo a Schaffhausen. Por Berna y Ginebra, viajando lentamente, llegó a Milán. En Florencia tuvo que detenerse 19 meses porque ni Roma, ocupada por Juana II, ni Bolonia, sometida a tiranuelos locales, le obedecían. A sus hermanos Jordano y Lorenzo les nombró respectivamente duque de Amalfi y príncipe de Salerno, y conde de Alba. Mediante negociaciones logró que Juana II retirara sus tro-

pas de Roma y así pudo entrar en la ciudad el 29 de septiembre de 1420 con un ceremonial deliberadamente fastuoso.

La vieja capital era una ruina: hubo que comenzar reponiendo la techumbre de San Pedro, que se había caído. Martín V inició la profunda transformación que haría de la capital de la Iglesia la gran ciudad del Renacimiento, contratando artistas como Massaccio, Giacomo Bellini o Gentile da Fabriano. Pero la guerra era en aquellos momentos la ocupación fundamental. Un *condottiero*, Braccio da Montone, se encargó de recuperar los Estados Pontificios, que significaban una muy sustantiva fuente de rentas. Mientras tanto, de acuerdo con el decreto *Frequens* aprobado en Constanza (5 de octubre de 1417), tuvo que convocar un Concilio en Pavía (22 septiembre de 1423). W. Brandmüller (*Das Konzil von Pavia-Siena, 1423-1424*, Münster, 1968) ha comprobado que el conciliarismo reapareció, aunque la asistencia fuera muy escasa. A causa de la peste, las sesiones se trasladaron a Siena. Aquí la gran figura fue precisamente un español, Juan Martínez de Contreras, arzobispo de Toledo, que gozaba de la confianza de Martín V. Se comenzó a trabajar en un programa de reformas preparado por maestros franceses que tendían a disminuir los poderes pontificios: supresión de las expectativas, reducción de las causas susceptibles de apelación ante la curia, sometimiento de ésta a los decretos conciliares y reforma del colegio mediante la condición de que el papa sólo pudiera nombrar cardenales de entre una lista de candidatos propuesta por las naciones. Naturalmente, el interés de Martín V estaba en cerrar lo antes posible los trabajos conciliares.

La guerra de Nápoles y los disturbios acaecidos en el norte de Italia, acontecimientos ambos en los que aparece mezclado Alfonso V de Aragón, permitieron a Martín V poner fin al concilio tras la sesión del 25 de febrero de 1424. Braccio de Montone se había convertido ahora en una amenaza porque se había pasado al servicio de Juana II. El papa consiguió derrotarle en L'Aquila, consolidando de este modo su dominio sobre los Estados Pontificios. Desde 1428 puede decirse que el pontificado se había restablecido en su antiguo poder. Estaba previsto que el concilio volviera a reunirse en 1431 y, a pesar del temor que inspiraban los doctrinarios, Martín V no quiso alterar este compromiso.

Mientras tanto continuaban sus esfuerzos de reforma. Decretos de 13 de abril y 16 de mayo de 1425 redujeron los oficios de la curia, rebajaron las tasas por colaciones y adoptaron normas disciplinarias. Aparecen también por este tiempo los primeros humanistas, con Antonio Loschi y Poggio Bracciolini. A la hora de promover cardenales, el papa buscó personas dentro de esta línea, verdaderos hombres de Iglesia, como Domingo Capránica, Julio Cesarini (1389? - 1444) o el beato Luis de Alemán. Mostró comprensión inusual hacia los judíos, prohibiendo que se predicara contra ellos y que se bautizara a niños menores de doce años. En 1426 fue presentada una denuncia contra san Bernardino de Siena, que difundía la devoción al santo nombre de Jesús, pintando en todas partes el anagrama «JHS»; algunos frailes le acusaban de que fomentaba una superstición. El papa escuchó la defensa que de esta práctica hizo san Juan Ca-

pistrano y autorizó que continuara. De su tiempo data la fundación de las oblatas por santa Francisca Romana (1425).

La apelación que formulara Juana de Arco contra el proceso inquisitorial a que estaba siendo sometida, llegó a Roma cuando el papa había fallecido. Las difíciles circunstancias que siguieron fueron causa de que la revisión de la causa no se emprendiera hasta la época de Calixto III.

Eugenio IV (3 marzo 1431 - 23 febrero 1447)

La elección. Tres semanas antes de su muerte, el 1 de febrero de 1431, Martín V había firmado las bulas que convocaban el concilio para la ciudad de Basilea y otorgaban poderes a Julio Cesarini, entonces legado en la guerra contra los husitas, para reunirlos, presidirlos y también clausurarlos. De estas bulas tomaron pie los cardenales para juramentarse en torno a unas condiciones que habría de cumplir el nuevo papa: habría de hacerse a través del concilio la esperada reforma *in capite et in membris*; se garantizaría al colegio la mitad de las rentas pontificias; no se procedería contra un miembro del mismo sin acuerdo de sus colegas; y que el juramento de fidelidad de los oficiales tuviera que dirigirse al papa y al colegio conjuntamente. Bajo tales condiciones procedieron a elegir a Gabriel Condulmer, un pariente de Gregorio XII, veneciano y de familia rica, austero agustino, obispo de Siena, cardenal desde 1408. En el momento de su elección gobernaba la marca de Ancona y Romagna. Aunque su conducta personal fuese irreprochable, le faltaban sin duda dotes de habilidad en el difícil juego de la política. Al proceder contra los Colonna, tratando de recobrar las vastas posesiones que disipara su antecesor, se excedió en el rigor, provocando una terrible enemistad.

El concilio suspendido. El problema fundamental era el concilio ya convocado. Las tormentas que amenazaban desde Constanza estallaron ahora con gran violencia. Eugenio IV confirmó el 31 de mayo el nombramiento y poderes de Cesarini, pero éste, ocupado en los graves problemas de su legación, no pudo asistir personalmente a la sesión inaugural, del 23 de julio, haciéndose representar por Juan de Palomar y Juan de Ragusa. Se fijaron de inmediato los cuatro cometidos: reforma de la Iglesia, solución del conflicto husita, restablecimiento de la paz entre Francia e Inglaterra y búsqueda de la unión con la Iglesia oriental. La cruzada contra los husitas registraba un desastre: Cesarini, vencido en el Taus, llegó a Basilea con el convencimiento de que era el concilio la única vía posible para resolver el problema haciendo concesiones a los sectores moderados. Hasta el 14 de diciembre de 1431 no se celebró la primera sesión solemne; en este momento la asistencia era muy escasa.

Mientras tanto Eugenio IV había recibido, por medio del canónigo Jean Beaupere, enviado por Cesarini, un comunicado desalentador: la exigua asistencia, las dificultades de acceso a Basilea, la cercanía amenazadora de Federico de Austria y del duque de Borgoña, la hostilidad demostrada por los habitantes, eran motivos suficientes para que se pensara en otro lugar. Se habían recibido además noticias alentadoras de los griegos, que se mostraban deseosos

de negociar la unión pero reclamaban una ciudad a ellos más asequible. Todo esto decidió al pontífice, en una fecha tan temprana como el 12 de noviembre de 1431, a ejecutar el traslado. Una bula (18 de diciembre) enviada a Cesarini por medio del nuncio Daniel de Rampi, ordenaba la disolución del concilio, convocando otro para Bolonia año y medio más tarde. La lentitud de los viajes fue causa de que los documentos pontificios no se leyeran hasta el 13 de enero de 1432, cuando ya habían comenzado negociaciones esperanzadoras con los husitas. Se produjo un gran escándalo, menudeando las actitudes destempladas. Cesarini se colocó al lado del concilio y escribió inmediatamente al papa solicitando una rectificación.

En la segunda sesión general, el 15 de febrero, los padres conciliares pusieron en vigor los decretos de Constanza, nunca confirmados, y declararon que, siendo el concilio superior al papa, no podía ser disuelto por éste. En consecuencia las reuniones debían continuar hasta que se alcanzase la reforma en la cabeza y en los miembros. Segismundo temió que llegara a producirse una ruptura, pero no quería desautorizar a un concilio que se celebraba en tierra alemana. Por su parte, una asamblea de obispos franceses, reunida en Bourges, acordó apoyar la decisión conciliar, aunque tratando al papa con obediencia y caridad. J. Haller (*Concilium Basiliense. Studien und Quellen zur Geschichte des Concils von Basei*, 2 vols., Basilea, 1896-1897), en un estudio que sigue siendo imprescindible para el conocimiento de estos sucesos, llega a la conclusión de que un verdadero espíritu revolucionario y antijerárquico se había apoderado ya de los conciliares. Éstos eran, en la tercera sesión general, diez obispos y setenta doctores, nada más (29 abril 1432); en ella se acordó desobedecer la bula. Los maestros en teología se sentían como los profetas de una nueva edad, pretendiendo destruir la estructura jerárquica de la Iglesia a fin de otorgarle una verdadera dirección intelectual.

Eugenio fue consciente del grave riesgo. Los grandes pensadores de la época, como Capránica, Nicolás de Cusa (1401-1464), autor del *De concordia catholica libri tres*, y Eneas Silvio Piccolomini (1405-1464), futuro papa, tomaron parte en aquella primera fase en favor del concilio. Cesarini insistió el 5 de junio en carta al papa pidiendo que suspendiera el traslado para no poner en riesgo la paz con los utraquistas de Bohemia. Poco a poco el concilio se iba afirmando en sus posiciones: en la sesión IV, del 20 de junio, usurpó abiertamente funciones que correspondían al poder ejecutivo, como dar salvoconductos a los husitas moderados, nombrar a Alfonso Carrillo legado en Avignon y acordar que si el solio llegaba a quedar vacante, la nueva elección tendría lugar en Basilea. En la sesión V, del 9 de agosto, se aprobó el reglamento. Manteniendo las naciones, éstas estarían supeditadas a cuatro comisiones (dogma, reforma, pacificación de la Iglesia y asuntos diversos) en cuyo seno el voto de los obispos quedaba absolutamente sumergido por el de los doctores. En la sesión VI, a la que concurrieron ya 32 obispos, lo que seguía siendo una ínfima minoría, se iniciaron los ataques al papa, cuya deposición fue reclamada por desconocimiento de la superioridad conciliar. Contarini reasumió la presiden-

cia el 18 de diciembre; trataba sin duda de salvar al concilio haciéndolo entrar por vías de moderación. Pero sólo pudo conseguir que se diera a Eugenio IV un plazo de sesenta días, en tono de ultimátum, para que retirase el decreto de traslado.

El papa, cede. El año 1433 estuvo marcado por fuertes tensiones, amenazadoras para la autoridad del pontífice: la Iglesia entraba en la vía revolucionaria. El 19 de febrero, en medio de un gran alboroto, los maestros pidieron que se declarara a Eugenio IV contumaz y se le depusiera, porque el concilio era cabeza de la Iglesia y todos le debían obediencia. El papa intentó entonces negociar enviando a Felipe de Malla, Ludovico Barbo, reformador de los benedictinos, Nicolás Tedeschi, conocido como el Panormitano, y Cristóbal, obispo de Cervia. Propusieron una prórroga del concilio por otros cuatro meses a fin de culminar las negociaciones con los husitas, trasladándose luego a Bolonia, sin solución de continuidad, dándose a la propia asamblea la administración de la ciudad. La misma oferta en el caso de que se escogiera otra sede satisfactoria para los griegos. Pero los padres conciliares, cada vez más exaltados, rechazaban cualquier fórmula: en las sesiones de 5 de junio, 13 de julio y 17 de noviembre se profirieron insultos y amenazas contra Eugenio, a quien se ordenaba comparecer y someterse.

Pero entonces muchos de los que al principio apoyaran el proyecto de reforma por la vía conciliar, empezaron a temer los desmanes de los asamblearios. E. Van Steenberghe (*Le cardinal Nicolás de Cuse, 1401-1466: l'action, la pensée*, Lille, 1920) explica que no hubo ningún cambio en el modo de pensar de los humanistas, sino un desbordamiento por parte de los revolucionarios. Segismundo temió que fuera a reproducirse el cisma y viajó a Roma para ser coronado emperador (31 de mayo de 1433), haciendo así público y expreso reconocimiento de la autoridad de Eugenio, al que, por otra parte, recomendaba que se mostrara condescendiente.

La autoridad y prestigio del papa tocaban sus horas bajas. Fue el momento que los Visconti, desde Milán, aliados a los Colonna de Roma, aprovecharon para desencadenar la gran revuelta. Un ejército, que se presentaba a sí mismo como obrando en nombre del concilio, a las órdenes de dos famosos *condottieros*, Nicolás Fortebraccio y Francisco Sforza (1401-1466), invadió la marca de Ancona apoderándose de ella. Eugenio pudo comprar a Sforza nombrándole gonfaloniero de la Iglesia, pero no pudo impedir que estallara un levantamiento en Roma, donde se proclamó la República. El papa se refugió en Santa María del Trastévere y, en circunstancias de extrema necesidad, firmó la bula *Dudum siquidem* del 15 de diciembre de 1433, que dejaba en suspenso la disolución y traslado del concilio.

Eugenio tuvo que huir de Roma, perseguido por la muchedumbre, en mayo de 1434. Tendido en el fondo de un bote pudo llegar a Ostia, en donde embarcó en una nave del pirata Vitelio, llegando a Florencia el 22 de junio. Durante un decenio Florencia se convertiría en la capital de la cristiandad; un hecho que influyó en gran medida en que la ciudad del Amo llegara a ser la primera en

cuanto al nivel del Renacimiento cultural. La curia se contagiaría de humanismo.

Aparentemente se había logrado la reconciliación entre el papa y el concilio: desde el 26 de abril de 1434 los legados recobraron la presidencia. Pero los conciliaristas entendieron que era la suya una victoria absoluta, sin concesiones, y en la sesión XVIII (26 de junio) exigieron de todos los presentes que prestaran juramento de obediencia reconociendo la superioridad del concilio sobre toda la Iglesia. Pero en agosto de 1434 se incorporó la legación castellana, presidida por Alfonso de Cartagena (1385-1456), que iba a desempeñar un papel importante en favor de la autoridad pontificia: planteó de inmediato dos debates, uno sobre el derecho de preferencia de la nación española sobre la inglesa y el otro sobre los títulos que a su rey correspondían en relación con las Canarias.

Concluida con éxito la negociación con los husitas moderados, que permitiría en breve tiempo liquidar el problema, se pasó a tratar de la unión con los griegos: Juan VIII Paleólogo (1425-1448) urgía porque necesitaba de un gran esfuerzo occidental para rescatar la capital de su Imperio prácticamente sitiada por los turcos. Entonces se produjo una división: los conciliaristas exigían de los bizantinos que fueran a Basilea o, en caso necesario, a Ginebra o Avignon; pero el papa había adquirido el compromiso de que el concilio se celebraría en una ciudad de fácil acceso. Las discusiones alcanzaron de nuevo un tono violento: se pensaba en que todo era un pretexto para detener la reforma radical que se estaba intentando: un decreto del 22 de enero de 1435, que privaba de sus beneficios a los clérigos concubinarios, hacía mención expresa de los más altos dirigentes de la Iglesia incluyendo al papa; otro más grave, del 9 de junio, suprimía las anatas y servicios comunes, privando a la sede romana de su fuente de ingresos. Las protestas que elevaron los nuncios y legados (26 de agosto) fueron sencillamente ignoradas.

La ruptura. Fue entonces cuando, afirmada su posición en Florencia, el papa se decidió a plantar batalla. El 1 de junio de 1436 envió a los príncipes cristianos un escrito acusando al concilio de abusos inaceptables, de destruir en la Iglesia el principio de autoridad —algo que a ellos también afectaba— y, especialmente, de impedir el logro del más importante de los objetivos, esto es, la unión con los griegos. Las negociaciones para esta unión databan de 1422 y los bizantinos habían dado su conformidad en aceptar una fórmula de fe que fuese elaborada por un concilio. Siendo imposible reunirlo en Constantinopla (primera opción) se pensó en alguna de las ciudades accesibles desde Venecia, destinada a ser puerto de enlace. Eugenio IV estableció de nuevo la necesidad del traslado. El concilio se encrespó: el 7 de mayo el cardenal Luis de Alemán, dirigiendo la mayoría, presentó una especie de conminación para que el papa compareciera en término de sesenta días so pena de deposición. La respuesta del papa fue la bula *Doctoris gentium* del 18 de septiembre del mismo año 1437, trasladando las sesiones a Ferrara. Todos los miembros del concilio debían hallarse en esta ciudad antes del 8 de enero de 1438.

El 1 de octubre de 1437, en una sesión que presidía Jorge, obispo de Vise Eugenio IV fue declarado contumaz. Este gesto se volvió contra los concilia, ristas. Todos los cardenales, salvo Luis de Alemán, se colocaron al lado de Eugenio IV. La delegación inglesa abandonó el concilio antes de que éste, el 24 de enero de 1438, suspendiera al papa en sus funciones declarando dogma de fe tres decretos: superioridad del concilio sobre el papa, prohibición de disolverlo, prorrogarlo o trasladarlo salvo con acuerdo del mismo, y definición de herejía para cualquier oposición a estas tres verdades. Inmediatamente hizo lo mismo la nación española, formada entonces únicamente por los embajadores castellanos. La muerte de Segismundo, a quien sucedió Alberto II de Austria (1438-1440), privó a la nación alemana, única en que podían confiar los conciliaristas, de su principal apoyo: la Dieta, reunida en Frankfurt (17 de marzo de 1438), acordó recomendar la neutralidad en el conflicto entre concilio y pontificado. Carlos VII de Francia reunió en Bourges una asamblea del clero (1 de mayo a 7 de junio de 1438) y en ella se acordó mantenerse en la obediencia a Eugenio IV, pero después de haber incorporado a una Pragmática Sanción de 23 artículos (7 de agosto de 1438) los decretos de reforma aprobados por el concilio que permitían el refuerzo de la autoridad del rey sobre la Iglesia. Siguiendo «las laudables costumbres de la Iglesia galicana» se suprimían las reservas de beneficios, debiendo conferirse esto a quienes *de iure* correspondiese, se sustituían las anatas y rentas comunes por una indemnización, y se limitaban las apelaciones a Roma.

Las monarquías habían conseguido sus objetivos y ahora abandonaban el concilio a su suerte. Este siguió adelante: declaró vacante la sede romana y procedió a designar una comisión que, sustituyendo al colegio, hiciera la elección de un nuevo papa (25 de junio de 1439). El 5 de noviembre del mismo año sería proclamado Amadeo VIII, conde de Saboya y prior de los Caballeros de San Mauricio. En una muy curiosa conversación con Luis de Alemán y Eneas Silvio, el antipapa, que tomó el nombre de Félix V, pidió explicaciones acerca de la falta de recursos a que le condenaban, pues no estaba dispuesto a sacrificar sus propios bienes, que eran el patrimonio de sus hijos. Una de sus primeras decisiones consistió en nombrar a Alemán, cardenal de Arles, presidente del concilio. En este preciso momento Eneas Silvio decidió abandonarle para volver al servicio de Eugenio IV.

Los éxitos de Eugenio IV. Desde finales de enero de 1438 Eugenio IV estaba en Ferrara presidiendo las sesiones con notable éxito. El 15 de febrero hizo que se pronunciara la excomunión contra los que seguían reunidos en Basilea. Todas las grandes figuras de la primera etapa, como Cesarini, Juan de Torquemada, Nicolás de Cusa, estaban ya a su lado. En marzo llegaron Juan VIII, su hijo, y el patriarca de Constantinopla, José II. La voz de los que se oponían a la unión estuvo a cargo de Marcos Eugenicos, metropolitano de Éfeso. Los unionistas contaban con dos figuras extraordinarias, Besarion (1402-1472), metropolitano de Nicea, y el teólogo Gemistos Pleton. Hubo discusiones prolongadas y falta de dinero: los griegos viajaban con cargo a la sede romana.

Por eso en enero de 1439 se decidió el traslado a Florencia, alegando un brote de epidemia, aunque en realidad era porque la ciudad de los banqueros había decidido hacerse cargo de los gastos. Aquí, en la sesión solemne del 6 de julio de 1439, se leería el decreto de unión, que no tuvo las consecuencias que de él se esperaban por la incapacidad de los occidentales para liberar Constantinopla, de la que finalmente se adueñaron los turcos en 1453. El concilio viajaría después con el papa a Roma y aquí celebró otras dos sesiones.

En enero de 1443 Eugenio IV había establecido su sede en la Ciudad Eterna, poniendo fin a un largo período de ausencias. Se cerraba una etapa en la historia del pontificado. Es cierto que el decreto del 6 de julio, jubilosamente conocido como *Laetentur coeli*, falló en su cometido principal, puesto que ni la Iglesia bizantina ni la rusa se unieron, pero sí trajo algunas incorporaciones importantes: armenios (1439), jacobitas de Egipto (1443), nestorianos de Mesopotamia y de Chipre (1445) aceptaron la obediencia al papa, conservando muchas de sus peculiaridades. La rebelión de Basilea, carente de apoyos y pérdida en sus metas, se reveló apenas como la obra de grupos minoritarios. Pasado el 16 de mayo de 1443 no celebraría nuevas sesiones. Félix V abdicó solemnemente el 7 de abril de 1449, integrándose en el colegio como cardenal de Santa Sabina.

Un cierre en falso: Alemania. Quedaba aún el gran problema de Alemania. Para muchos eclesiásticos de esta nación, Basilea había aparecido como respuesta a sus deseos de reforma. Durante seis años la Dieta mantuvo la declaración de neutralidad, dando origen a que los obispos, especialmente aquellos que tenían poderes temporales, procediesen con absoluta independencia. En 1439 una nueva Dieta, en Maguncia, ante la que estuvieron acreditados embajadores franceses, castellanos, portugueses y del duque de Milán, acordó reconocer la legitimidad de los decretos conciliares en la medida en que se acomodasen a las necesidades alemanas. Dos electores, los de Colonia y Tréveris, incluso habían reconocido como papa a Félix V. Desde el momento de su elección, en 1440, Federico III de Habsburgo (t 1493) mostró una fuerte decisión negociadora. Dos legados pontificios, Juan de Carvajal (1399-1469) y Eneas Silvio Piccolomini, trabajaron en etapas sucesivas y trabajaron con gran eficacia: el llamado «concordato de los príncipes», negociado en febrero de 1447 por el propio Piccolomini, consiguió que a cambio de concesiones en la reforma la nación alemana volviera a la plena obediencia de Eugenio IV. El tiempo del cisma parecía definitivamente superado.